



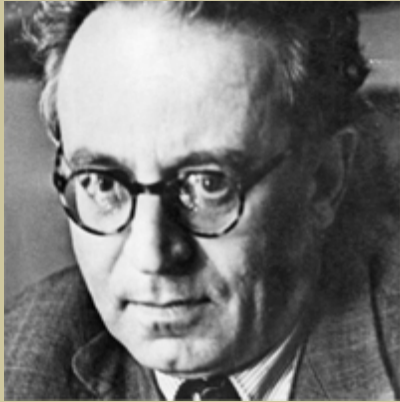
Vasili Grossman

Años de guerra



Galaxia Gutenberg

Círculo de Lectores



**Andrew Nurnberg
Associates**

Vasili Grossman

En 1941, el escritor y periodista ruso Vasili Grossman (Berdíchev, 1905 – Moscú, 1964) se convirtió en reportero de guerra para el *Estrella Roja*, cubriendo, entre otros frentes, la batalla de Stalingrado y la caída de Berlín. *Años de guerra* reúne esas crónicas ya legendarias, así como varios relatos escritos durante ese período y el estremecedor testimonio «El infierno de Treblinka», el primero que dio noticia al mundo de la existencia de los campos de exterminio nazis. En 1952, y tras innumerables versiones sucesivas destinadas a satisfacer las exigencias de los censores, aparece en prensa *Por una causa justa*, que Grossman considera la primera parte de una serie de dos novelas: la

segunda es *Vida y destino*, que concluye en 1960. Grossman sabe que esta última es la obra de su vida, pero el régimen soviético de Jrushov prohibirá su publicación y ello le valdrá a su autor la condena al ostracismo: su retrato de la sociedad de la URSS con el trasfondo de la guerra había puesto en evidencia el desmoronamiento moral e ideológico del comunismo. Abatido, pero no vencido, Grossman sigue escribiendo y poco antes de morir concluye la redacción definitiva de *Todo fluye* -cuya primera versión se remonta a la década de los cincuenta-, su testamento literario y un monumento a la grandeza y la miseria de la condición humana.

Vasili Grossman fue corresponsal de guerra en primera línea de fuego con el ejército soviético durante toda la Segunda Guerra Mundial. Nadie como el autor de la memorable novela *Vida y destino* supo plasmar el impresionante fresco de la batalla de Stalingrado, cuando la perla del Volga padeció la feroz ofensiva de los ejércitos alemanes, el avance inexorable de las tropas soviéticas hasta las puertas de Berlín o los horrores de Treblinka, de los que Grossman fue el primero en dar testimonio en una crónica que fue citada en el Tribunal de Núremberg. Grossman no fue un observador desapasionado de lo que él mismo llamaba «la verdad despiadada de la guerra». El ritmo trepidante de su pulso narrativo transporta al lector a los combates calle por calle, casa por casa, bajo un incesante fuego de artillería, y también a las historias humanas, a esos destellos de humanidad que perviven incluso bajo las bombas.

Años de guerra reúne los textos de Vasili Grossman escritos durante la guerra: la magnífica novela *El pueblo es inmortal*, publicada por entregas durante el verano de 1942 y distinguida con el premio Stalin, el sobrecogedor relato «El viejo profesor» o sus crónicas desde el frente. Publicado íntegramente por vez primera en España, *Años de guerra* conforma un todo de un valor excepcional sobre uno de los escritores que mejor supo pulsar el rumbo de la historia contemporánea.

«Stalingrado vive y vivirá. Imposible quebrantar la voluntad del pueblo que quiere ser libre. La gente se ha acostumbrado enseguida a la guerra. Uno de los camaradas militares levanta del suelo un libro medio quemado: “*Humillados y ofendidos*”, lee en alta voz, mira a las mujeres sentadas sobre unos fardos a su alrededor y suspira. Una joven, comprendiendo el hilo de sus pensamientos, se le acerca y dice enfadada: “Esto no tiene nada que ver con nosotros. ¡Hemos sido ofendidos, pero no humillados! ¡Nosotros nunca seremos humillados!”.»

Vasili Grossman, *Años de guerra*

VASILÍ GROSSMAN

Años de guerra
(1941-1945)

Galaxia Gutenberg
Círculo de Lectores

1941

EL PUEBLO ES INMORTAL

1. Agosto

Aquella tarde del verano de 1941, la artillería pesada avanzaba en dirección a Gómel. Las piezas eran tan enormes que hasta los expertos soldados del convoy, habituados a todo, contemplaban con interés las colosales trompas de acero. El aire vespertino estaba saturado de polvo, que cubría de una capa gris los rostros y la ropa de los artilleros, y les inflamaba los ojos. Sólo algunos marchaban a pie; los más iban sentados en las piezas. Uno de los combatientes bebió agua de su casco de acero y las gotas rodaron por su barbilla; sus dientes, humedecidos, brillaban, y parecía que reía, pero no era así. Su rostro reflejaba concentración y cansancio.

-¡Aviones! -gritó con voz estentórea el teniente que marchaba en cabeza.

Dos aviones volaban raudos hacia la carretera por encima de un pequeño robledal. Los hombres, preocupados, los siguieron con la vista e intercambiaron opiniones:

-¡Son nuestros!

-No, son alemanes.

Y como siempre en estos casos, alguien dio muestras de la agudeza nacida en el frente:

-Son nuestros, son nuestros. ¿Dónde está mi casco?

Los aviones volaban en perpendicular al camino, claro indicio de que eran soviéticos. Los aviones alemanes, por lo general, al divisar una columna tomaban un rumbo paralelo a la carretera.

Poderosos tractores arrastraban los cañones por la calle de la aldea. Entre las casitas de adobe encaladas y los pequeños jardincillos poblados de ondulantes centauras doradas y de peonías rojas, llameantes a la luz crepuscular; entre las mujeres y los viejos barbicanos sentados en los bancos de tierra, entre el mugido de las vacas y los ladridos de los perros, los enormes cañones, que avanzaban por la aldea sumida en el sopor de la tarde, ofrecían un aspecto extraño y fantástico.

Junto al pequeño puentecillo, que gemía bajo el terrible y desacostumbrado peso, se hallaba estacionado un coche ligero, esperando a que acabasen de pasar los cañones. El chófer, por lo visto habituado a tales detenciones, contemplaba sonriente al artillero que bebía agua del casco. El comisario de batallón sentado a su lado se limitaba a mirar hacia delante, esperando ver aparecer la cola de la columna.

-Camarada Bogariov -dijo el chófer con acento ucraniano-, ¿no sería mejor pernoctar aquí? La noche se nos echa encima.

El comisario negó con un movimiento de cabeza.

-No, tenemos que darnos prisa -respondió-; debo llegar hoy sin falta al Estado Mayor.

-De todos modos, de noche no podremos avanzar por estos caminos y nos tocará dormir en el bosque -indicó el chófer.

El comisario soltó una carcajada.

-¿Qué te ocurre, te han entrado ganas de beber un poco de lechecita?

-¡Pues claro! ¡No nos vendría mal beber leche y comernos unas patatas fritas!

-Y un ganso asado -añadió no sin ironía el comisario.

-¡Pues claro! -respondió el chófer con jovial entusiasmo.

Poco después, el coche se lanzaba por el puente. Unos chiquillos rubios corrieron tras él.

-¡Tiítos, títos -gritaban-, cojan unos pepinos, cojan unos tomates, cojan unas peras! -Y tiraban por la ventanilla abierta del auto pepinos y peras todavía sin sazonar.

Bogariov saludó a los pequeños agitando una mano y, en aquel mismo instante, un escalofrío de emoción recorrió su cuerpo. No podía ver sin un sentimiento de aflicción y ternura cómo los pequeños campesinos despedían al Ejército Rojo en retirada.

Antes de la guerra, Serguéi Aleksándrovich Bogariov era profesor de marxismo-leninismo en uno de los institutos de enseñanza superior de Moscú. Como sentía una ferviente vocación por la investigación básica, trataba de dedicar el menor número posible de horas a las clases. Concentraba todo su interés en un trabajo científico que había emprendido hacía dos años. Después de volver del trabajo, se sentaba a cenar, sacaba de su cartera algún manuscrito y se enfrascaba en su lectura. Ante las preguntas de su mujer sobre si le gustaba la cena, si no le faltaba sal a la tortilla, él le contestaba lo primero que se le venía a la cabeza. La mujer unas veces se enfadaba y otras se reía, pero Bogariov le decía invariablemente: «Sabes, Lisa, hoy he sentido un verdadero placer leyendo una carta de Marx que hemos encontrado en un viejo archivo».

Al estallar la guerra, Serguéi Aleksándrovich Bogariov se convirtió en el jefe de la Sección de Propaganda entre las fuerzas enemigas, aneja a la Dirección Política del Frente. Había momentos en que añoraba las frías salas del archivo del instituto, su escritorio atestado de papeles, la lámpara de despacho, el chirrido de las ruedecillas de la escalera que la bibliotecaria movía de una estantería a otra. A veces, en su cerebro surgían determinadas frases de su trabajo

inacabado, y entonces se ponía a meditar sobre las cuestiones que tan viva y ardientemente le habían apasionado.

El coche avanzaba por uno de los caminos de la zona de guerra. Nubes de polvo flotaban sobre esos caminos: polvo oscuro color ladrillo, polvo amarillento, gris, fino, polvo levantado por cientos de miles de botas militares, las ruedas de los camiones y las orugas de los tanques, los tractores y los cañones, las pezuñas de las ovejas y de los cerdos, las manadas de caballos de labor y los numerosos rebaños de vacas, los tractores koljosianos y los desvencijados carros de los refugiados, los *laptis*¹ de los campesinos y los zapatitos de las muchachas evacuadas de Bobrúisk, Mosir, Zhlobin, Shepetovka y Berdichev. Ese polvo envolvía Ucrania y Bielorrusia, flotaba sobre el territorio soviético, confería a todos los rostros un tinte cadavérico. De noche, el resplandor de las aldeas en llamas teñía el oscuro cielo agosteo de un rojo siniestro. El ruido ensordecedor de las explosiones de las bombas de aviación retumbaba en los sombríos robledales y pinares, en las trémulas pobedas; las balas trazadoras, verdes y rojas, respunteaban el tupido terciopelo celeste; relampagueaban los fogonazos de los obuses antiaéreos; en la tenebrosa altura se oía el monótono zumbido de los Heinkel, cargados de bombas, y parecía que el ronquido de sus motores decía «tra-i-go, tra-i-go»... Los ancianos, las viejas y los niños de las aldeas y caseríos acompañaban a los combatientes en retirada y les decían: «Bebe un poco de leche, querido. Come un poco de requesón. Toma un pastelillo, unos pepinillos para el trayecto, hijito...».

Regueros de lágrimas eran los ojos de las viejas, que entre miles de rostros graves, cansados y cubiertos de polvo buscaban el de sus hijos. Extendían las manos, que sostenían

pequeños paquetes con regalos, y suplicaban: «Toma, toma, querido; os quiero a todos como a mis hijos».

Las hordas alemanas avanzaban desde occidente. Sus tanques exhibían como emblema calaveras con tibias cruzadas, dragones verdes y rojos, bocas de lobo, colas de zorro y cabezas de ciervo. Cada soldado alemán llevaba en sus bolsillos fotografías del París vencido, de la Varsovia destruida, del Verdún deshonrado, del Belgrado reducido a cenizas, de Bruselas y Amsterdam, de Oslo y Narvik, de Atenas y Gdynia invadidos. Los oficiales guardaban en sus carteras de bolsillo fotografías de chicas y mujeres alemanas con bucles y rizos, vestidas con pantalón de pijama a rayas; cada oficial llevaba sus amuletos: cascabeles de oro, hilos con corales, muñequillos de serrín con pequeños ojos de cristal. Cada uno de ellos poseía un diccionario militar alemán-ruso de bolsillo, con frases estereotipadas: «¡Manos arriba!», «¡Alto!», «¿Dónde está tu arma?», «¡Ríndete!». Cada soldado alemán se sabía de memoria las palabras «leche», «pan», «huevos», «coco» y «traiga, traiga» en un ruso chapurreado. ¡Venían de occidente...!

Y decenas de millones de hombres se alzaban para hacerles frente, hombres venidos del límpido Oká y del ancho Volga, del sombrío y amarillento Kama, del espumoso Irtysh; de las estepas de Kazajstán y de la cuenca del Donetsk; de las ciudades de Kerch, Astrakán y Vorónezh. El pueblo organizaba su defensa: decenas de millones de brazos fieles cavaban zanj as antitanque, trincheras, refugios y pozos; los susurrantes bosques y arboledas inclinaban dócilmente sus troncos, obstaculizando las carreteras y los soñolientos caminos vecinales; las alambradas envolvían los territorios de las fábricas y empresas; las barras de hierro se transformaban en erizos antitanque, cerrando las plazas y

calles de nuestras pequeñas y queridas ciudades, llenas de verdor.

A veces, a Bogariov le extrañaba la facilidad y rapidez con que había sido capaz de alterar el rumbo de su vida anterior. Le satisfacía haber podido conservar su calmado raciocinio en una situación tan grave, y haber sabido obrar enérgica y eficientemente. Y aunque consideraba que esto era lo principal, también veía que las vicisitudes de la guerra no le habían cambiado, que seguía siendo el mismo de antes, que había conseguido salvaguardar su mundo interior. La gente confiaba en él, le estimaba y sentía la fuerza de su espíritu. No obstante, el puesto que desempeñaba no le satisfacía; juzgaba que no mantenía un contacto bastante estrecho con los soldados –la palanca principal en la guerra– y quería dejar la Dirección Política para integrarse en las filas del ejército de operaciones.

Con frecuencia, una de sus funciones consistía en interrogar a los prisioneros alemanes –en su mayoría cabos y suboficiales–, y observaba que el sentimiento de odio hacia el fascismo, que no le abandonaba ni un solo instante, se transformaba durante los interrogatorios en desprecio y asco. En la mayor parte de los casos, los prisioneros se mostraban cobardes: en el acto y sin reticencias declaraban el número de su unidad y el armamento que utilizaban, aseveraban ser obreros, simpatizantes con el comunismo que, incluso, habían estado en la cárcel por sus convicciones revolucionarias, y todos exclamaban unánimes: «*Hitler kaput, kaput!*», a pesar de que era evidente que en su fuero interno estaban convencidos de lo contrario.

Pocas veces solían comparecer ante él fascistas que, en cautiverio, encontrasen valor para hacer manifestaciones de fidelidad a Hitler y de fe en la superioridad de la raza germana, llamada a esclavizar a los demás pueblos del

mundo. A esos, Bogariov tenía la costumbre de interrogarlos detalladamente. Resultaba que no habían leído nada, ni siquiera folletos y novelas fascistas, que no conocían a Goethe o a Beethoven, y tampoco a pilares del Estado alemán como Bismarck o Moltke, Federico el Grande y Schlieffen, figuras célebres entre los militares. Sólo conocían el nombre del secretario de su organización de distrito del Partido Nacionalsocialista.

Bogariov estudiaba detenidamente las órdenes del mando alemán, en las que veía una gran capacidad de organización: los alemanes sabían saquear, arrasar y bombardear de un modo organizado y metódico; sabían organizar la recogida de botes de conserva vacíos en los acantonamientos militares; sabían elaborar el complejo plan de movimiento de una enorme columna, teniendo en cuenta miles de detalles que cumplieran con una exactitud matemática. En su capacidad de obedecer de un modo mecánico y de marchar sin cavilaciones, en el complejo e intenso desplazamiento de aquellos millones de soldados sujetos a una férrea disciplina, había algo animal, impropio del libre raciocinio del hombre. No era la cultura de la razón, sino la civilización de los instintos, un modo de proceder más acorde con la organización de las hormigas y de los animales que viven en rebaño.

Desde que se encontraba en el ejército, Bogariov, entre la gran masa de cartas y documentos alemanes, había encontrado únicamente dos misivas (una enviada por una mujer joven a un soldado y otra de un soldado que no llegó a enviarla) con ideas exentas de automatismo, con sentimientos libres de vulgaridad repugnante; cartas llenas de vergüenza y amargura por los crímenes que cometía el pueblo alemán.

Una vez tuvo que interrogar a un viejo oficial, antiguo profesor de literatura, y éste también resultó un hombre pensante que odiaba sinceramente al hitlerismo.

-Hitler -dijo a Bogariov- no es un creador de valores nacionales, es un usurpador. Se ha apoderado de la laboriosidad y de la cultura industrial del pueblo alemán como el bandido ignorante que roba un magnífico automóvil construido por un ingeniero.

«¡Nunca, jamás -pensaba Bogariov-, lograrán vencer a nuestro país! Cuanto más exactos sean sus cálculos en los detalles y menudencias, cuanto más matemáticos sean sus movimientos, tanto mayor será su impotencia para comprender lo esencial, tanto más atroz será la catástrofe que les espera. Planean pequeñeces y detalles, pero sólo piensan en dos dimensiones. En la guerra, que ellos han desatado, no han llegado a conocer las leyes del movimiento histórico, y éstas no pueden llegar a ser conocidas por gente que simplemente se deja llevar por sus instintos y por el más bajo utilitarismo.»

El vehículo circulaba cortando el aire fresco de los oscuros bosques, a través de puentecillos tendidos sobre tortuosos riachuelos, por valles envueltos en niebla, bordeando calmosos lagos en cuyo fondo titilaban las estrellas del inmenso cielo de agosto. El chófer dijo en voz baja:

-Camarada comisario, ¿se acuerda del soldado que bebía agua del casco, aquel que estaba sentado sobre el cañón? Pues se me ha ocurrido que es posible que fuera mi hermano. Sólo ahora he comprendido por qué me llamó tanto la atención.

2. El Consejo Militar

Antes de que diera comienzo la reunión del Consejo Militar, el comisario de división Cherednichenko salió a dar un paseo por el parque. Caminaba despacio, deteniéndose de vez en cuando para llenar de tabaco su pipa corta. Cuando hubo dejado atrás el antiguo palacio con su alta y sombría torre y con su reloj parado, se dirigió hacia el estanque, sobre cuyas aguas se inclinaban las verdes y pobladas ramas de los árboles. El sol matutino bañaba con su nítida luz los cisnes que nadaban en el lago. Parecía que la lentitud de sus movimientos y la tensión de sus graciosos cuellos obedecieran a la enorme densidad del agua verdinegra. Cherednichenko se detuvo y, meditabundo, se puso a contemplar las aves de albo plumaje. La arena húmeda crujía bajo sus botas. Desde el lado de la Sección de Enlace, por la alameda que bordeaba el estanque, vio acercarse a un comandante de edad madura con barba negra. Cherednichenko le conocía: era de la Sección de Operaciones y un par de veces le había informado de la situación. Una vez hubo llegado frente al comisario, el comandante exclamó:

-¡Permítame dirigirme a usted, camarada miembro del Consejo Militar!

-¡Informe! -ordenó Cherednichenko mientras miraba a los cisnes que, alarmados por la potente voz del comandante, se dirigían hacia la orilla opuesta.

-Acaba de recibirse un parte del jefe de la 72.^a división de Infantería.

-De Makárov, si no me equivoco.

-Exacto. De Makárov. Informaciones de suma importancia, camarada miembro del Consejo Militar. Ayer, cerca de las once de la noche, el enemigo puso en movimiento grandes masas de tanques y fuerzas motorizadas. Los prisioneros informaron de que pertenecían

a tres divisiones de tanques escogidas del ejército de Guderian y que se dirigían a Únech-Nóvgorod-Siéversk. -El comandante miró a los cisnes y añadió-: Según las declaraciones de los prisioneros, las divisiones de tanques no están completas.

-Así es -dijo Cherednichenko-. Me enteré anoche.

El comandante escrutó el ajado rostro del comisario y sus grandes ojos rasgados. El color de éstos era más claro que el de su tez morena, que había conocido los vientos y los fríos de la guerra ruso-alemana de 1914 y las expediciones esteparias durante la guerra civil. La cara del comisario parecía serena y meditativa.

-¿Me permite retirarme, camarada miembro del Consejo Militar? -preguntó el comandante.

-Infórmeme del último parte de operaciones del sector central.

-Parte de operaciones con datos de las 04.00.

-¡Vaya, ya me ha salido con los cero cero! -exclamó Cherednichenko-. ¿Y si fuera de las tres y cincuenta y siete minutos?

-Es posible, camarada miembro del Consejo Militar -dijo el comandante con una sonrisa-. No contiene nada de extraordinario. En los demás sectores el enemigo no ha revelado gran actividad. Sólo al oeste de la travesía ocupó la aldea de Marchíjina Buda, y en el curso de esa operación perdió cerca de un batallón y medio.

-¿Qué aldea? -preguntó Cherednichenko mientras se volvía hacia el comandante.

-Marchíjina Buda, camarada miembro del Consejo Militar.

-¿Está seguro? -preguntó Cherednichenko con voz severa y fuerte.

-¡Absolutamente! -El comandante hizo una pausa y, sonriendo, agregó con voz culpable-: Hermosos cisnes, camarada miembro del Consejo Militar. Ayer en el bombardeo perecieron dos; han sobrevivido los polluelos.

Cherednichenko volvió a encender la pipa y lanzó una bocanada de humo.

-Con su permiso.

Cherednichenko asintió con la cabeza. El comandante dio media vuelta, haciendo chocar sus tacones, y se encaminó hacia el Estado Mayor pasando junto al oficial de enlace de Cherednichenko, que estaba apoyado en un añoso arce. El comisario permaneció inmóvil largo rato mirando los cisnes, las brillantes manchas de luz estampadas en el verde raso de la superficie del lago. Después dijo en voz baja y ronca:

-¿Qué será de ti, madre, que será de Lioña, nos veremos algún día? -Y empezó a toser con esa tos seca de los viejos soldados.

Cuando volvía hacia el palacio con su habitual paso lento, el oficial de enlace, que le estaba esperando, le preguntó:

-Camarada comisario de división, ¿me permite enviar un coche en busca de su madre y su hijo?

-No -respondió Cherednichenko, y tras fijar sus ojos en el sorprendido rostro de su ayudante, añadió-: Marchíjina Buda fue ocupada por los alemanes anoche.

El Consejo Militar celebraba sus reuniones en una sala alta y abovedada cuyas alargadas y angostas ventanas estaban cubiertas con cortinas. El mantel rojo con flecos que cubría la mesa parecía negro en la penumbra. Unos quince minutos antes de empezar la reunión, el secretario de guardia, avanzando silenciosamente por la alfombra, se acercó al oficial de enlace y le dijo en voz muy baja:

-Mursijin, ¿han traído las manzanas para el jefe?

El oficial respondió con desparpajo:

-Ordené, como siempre, que trajeran también agua de Narzán y cigarrillos Sévernaia Palmira. Mire, ahí lo traen todo.

En la habitación entró un ordenanza con una fuente de manzanas verdes y varias botellas de Narzán.

-Colóquelo todo en aquella mesilla -indicó el secretario.

-¿Acaso cree que no lo sé, camarada comisario de batallón? -inquirió el ordenanza.

Unos minutos más tarde entró en la sala el jefe del Estado Mayor, un general con expresión de descontento y cansancio al que seguía un coronel, jefe de la Sección de Operaciones, con un rollo de mapas. El coronel era delgado, alto y de tez rojiza; el general, por el contrario, era grueso y de tez pálida; sin embargo, ambos guardaban un cierto parecido. El general preguntó al ayudante, que se había cuadrado:

-¿Dónde está el jefe?

-Hablando por teléfono, camarada general mayor.

-¿Hay enlace?

-Ha sido restablecido hace unos veinte minutos.

-Ya ve usted, Piotr Efímovich -dijo el jefe del Estado Mayor-, ¡y su ponderado Stemejel había prometido arreglarlo para el mediodía!

-¡Tanto mejor, Iliá Ivanóvich! -le respondió el coronel, y con la severidad adecuada en tales casos, añadió-: ¿Piensa usted acostarse algún día? ¡Lleva ya tres noches sin dormir!

-¿Sabe usted?, ¡la situación es tal que en lo que menos piensa uno es en dormir! -respondió el jefe del Estado Mayor, y tras acercarse a la mesilla cogió una manzana.

El coronel, que estaba extendiendo los mapas sobre una mesa grande, también estiró el brazo para coger otra. El oficial de enlace, que permanecía en postura marcial, y el

secretario, que se hallaba sonriente junto a la biblioteca, intercambiaron una mirada.

-¡Ahí lo tiene, es ese mismo! -dijo el jefe del Estado Mayor mientras se inclinaba sobre el mapa y miraba la gruesa flecha azul que señalaba la dirección que había seguido la columna de tanques alemanes hacia la profundidad del semicírculo rojo de las líneas defensivas soviéticas. Miraba el mapa con los ojos entornados; luego mordió la manzana y, frunciendo el ceño, exclamó:- ¡Demonios, qué porquería más ácida!

El coronel también hincó los dientes en la manzana y se apresuró a decir:

-Lleva razón, es vinagre puro. -Y en un tono de enfado preguntó al oficial de enlace-: ¿Es posible que no se hayan podido conseguir mejores manzanas para el Consejo Militar? ¡Qué escándalo!

El jefe del Estado Mayor se echó a reír.

-Sobre gustos no hay nada escrito, Piotr Efímovich. Es un encargo especial del jefe, a quien le gustan las manzanas ácidas.

Se reclinaron sobre la mesa y entablaron conversación a media voz. El coronel dijo:

-Amenazan la línea principal de comunicaciones; es fácil descifrar el objetivo de su movimiento, vea: ¡quieren rodear nuestro flanco izquierdo!

-¡Vaya! Ya nos ha salido usted con lo de rodear -observó el general-. Digamos «amenaza potencial de que nos rodeen».

Dejaron las manzanas mordidas sobre la mesa y, los dos a un tiempo, se cuadraron cuando irrumpió en la sala el jefe del frente, Eriomin, hombre alto, delgado y de pelo corto en el que brillaba la plata de las primeras canas. Entró con

pasos ruidosos; no caminaba por la alfombra, como todos, sino sobre el crujiente piso encerado.

-¡Salud, camaradas, salud! -dijo. Y, al fijarse en el jefe del Estado Mayor, le preguntó-: ¿Qué le pasa a usted, por qué tiene tan mal aspecto, Iliá Ivanóvich?

Por lo habitual, el jefe del Estado Mayor se dirigía al jefe del frente por su nombre y patronímico -Víktor Andréyevich-, pero esta vez, ante una reunión tan importante del Consejo Militar, respondió con voz sonora:

-Me encuentro perfectamente, camarada teniente general -y preguntó a su vez-: ¿Me permite darle cuenta de la situación?

-Bueno. Ahí viene precisamente el comisario de división -indicó el jefe del frente.

Cherednichenko entró en la sala, saludó en silencio con un movimiento de cabeza y se sentó a la mesa.

-¡Un momento! -exclamó el jefe del frente, y abrió la ventana de par en par-. ¿Acaso no se acuerda de que ordené que abriesen las ventanas? -preguntó con rigor al secretario.

La situación de la que informó el jefe del Estado Mayor era compleja. Las cuñas del ejército fascista alemán presionaban sobre los flancos de nuestras unidades, amenazando con envolverlas. Nuestras tropas se retiraban a nuevas posiciones. En cada río, en cada terreno accidentado tenían lugar cruentos combates. Pero el enemigo avanzaba y nosotros nos replegábamos. El enemigo ocupaba una ciudad tras otra, invadiendo vastos territorios. Cada día, la radio y los periódicos fascistas anunciaban más y más nuevos triunfos. La propaganda hitleriana cantaba victoria. También entre nosotros había gente que sólo veía lo que le parecía

irrefutable: los alemanes avanzaban; las tropas soviéticas se batían en retirada. Y esa gente estaba anonadada, no esperaba nada bueno del porvenir. El *Völkischer Beobachter*² encabezaba sus páginas con grandes titulares en rojo; en los clubes fascistas se pronunciaban discursos de júbilo; las mujeres alemanas esperaban el retorno de sus maridos, que parecía cuestión de días, a lo sumo de semanas.

El ponente y su ayudante el coronel, el secretario, el jefe del frente y el comisario: todos veían la flecha azul incrustada en el cuerpo del país soviético. Al coronel aquella flecha le parecía terrible, impetuosa, incansable en su movimiento por el papel cubierto de líneas. El jefe del frente sabía más que los otros sobre las divisiones y los regimientos de reserva, sobre las unidades que se encontraban en la profunda retaguardia y que marchaban desde el este hacia el oeste; tenía una noción perfecta de las zonas de combate; percibía físicamente los accidentes orográficos, la fragilidad de los pontones tendidos por los alemanes, la profundidad de los rápidos riachos, la fangosidad de los pantanos, donde se proponía hacer frente a los tanques fascistas. Para él la guerra no se desarrollaba sólo sobre los cuadrados del mapa. Se combatía en tierra rusa, sobre un territorio con bosques selváticos, con nieblas matutinas, con luz incierta en los crepúsculos, con denso cáñamo sin recoger, con altos trigales, con almiarés, con hórreos, con aldehuelas sobre las abruptas orillas de los ríos, con barrancos cubiertos de matorrales. Percibía la longitud de las carreteras y de los tortuosos caminos vecinales, sentía el polvo, el azote de los vientos y de las lluvias; veía los apeaderos volados, las vías destruidas en los empalmes. Y la flecha azul no le infundía temor ni le emocionaba. Era un general de sangre fría, que amaba y conocía su país, al que le gustaba luchar y que sabía

hacerlo. Sólo ansiaba una cosa: la ofensiva. Pero ahora tenía que retroceder y eso le atormentaba.

Su jefe de Estado Mayor, profesor en una academia, poseía todas las cualidades del militar ilustrado, conocedor de los métodos tácticos y capaz de tomar decisiones estratégicas. El jefe del Estado Mayor disponía de una vasta cultura histórico-militar y era aficionado a buscar las semejanzas y diferencias en las operaciones llevadas a cabo por los ejércitos, cotejándolas con otras batallas de los siglos XIX y XX. Estaba dotado de una viva inteligencia no inclinada a los dogmas. Atribuía un gran valor a la capacidad de maniobra del mando supremo alemán, a la movilidad de la infantería fascista y a la habilidad de su fuerza aérea para cooperar con las tropas terrestres. Le amargaba la retirada de nuestros ejércitos y consideraba que la flecha azul apuntaba a su propio corazón de militar ruso.

El jefe de la Sección de Operaciones amoldaba sus pensamientos a las categorías de la topografía militar. Para él no existía más realidad que la de los cuadrados del mapa a escala 1:2000; se acordaba con exactitud de cuántos mapas habían sido cambiados en su mesa y de qué desfiladeros estaban señalados con lápiz azul o rojo. Le parecía que la guerra se desarrollaba sobre los mapas y que la hacían los Estados Mayores; que las flechas azules del movimiento de las columnas motorizadas alemanas, dirigidas hacia los flancos del ejército soviético, avanzaban según las leyes matemáticas de las escalas y de las velocidades. En este movimiento no veía más leyes que las geométricas.

Cherednichenko, el comisario de división, era un hombre callado y de actitud serena, que se había ganado el apodo de «el Kutúzov-soldado»³. En los momentos más críticos de los combates, en torno a este hombre paciente, lento y de expresión taciturna se generaba una atmósfera de

extraordinaria calma. Sus burlonas y cortantes réplicas, sus agudos y expresivos exabruptos eran repetidos y recordados con frecuencia. Todos conocían muy bien su corpulenta figura. Solía pasear despacio mientras fumaba meditabundo su pipa, o permanecía sentado en algún banco con el ceño fruncido, y pensaba. Y a todos los oficiales y soldados se les llenaba el pecho de alegría cuando veían a este hombre de pómulos salientes, ojos entornados y ceño fruncido con su pipa corta en la boca.

Durante el informe del jefe del Estado Mayor, Cherednichenko permaneció cabizbajo, y para el resto de los oyentes era imposible discernir si escuchaba con atención o estaba sumido en sus pensamientos. Una sola vez se incorporó y se acercó al informante para ver el mapa.

Concluido el informe, el jefe del frente comenzó a formular preguntas al general y al coronel; de cuando en cuando miraba al comisario, esperando que tomase parte en la discusión. A cada instante el coronel sacaba del bolsillo de su guerrera una estilográfica, probaba la pluma en la palma de la mano y la guardaba de nuevo, pero pasado un instante volvía a lo mismo. Cherednichenko le observaba. El jefe del frente se paseaba por la sala y el entablado crujía bajo el peso de su corpachón. Una sombra nublaba el rostro de Eriomin: el movimiento de los tanques alemanes tendía a envolver el flanco izquierdo de uno de sus ejércitos.

-Escucha, Víktor Andréyevich -dijo inesperadamente el comisario-, desde pequeño te acostumbraste a las manzanas verdes que robabas en los huertos de los vecinos, y aún hoy no les has perdido el gusto, sin darte cuenta de que haces sufrir a la gente, como puedes ver.

Todos fijaron la mirada en las manzanas mordidas que yacían una al lado de la otra, y se echaron a reír.

-Tienes razón, ¡no hay que servir sólo manzanas verdes, es una verdadera vergüenza! -reconoció Eriomin.

-¡Así se hará, camarada teniente general! -dijo el secretario con una sonrisa.

Cherednichenko se acercó al mapa y preguntó al jefe del Estado Mayor:

-¿Qué es lo que hay ahí? ¿Propone usted que nos fortifiquemos en estas posiciones?

-¡Precisamente, camarada comisario de división! Víktor Andréyevich cree que aquí podremos emplear del modo más activo y con la máxima efectividad los medios de defensa de que disponemos.

-Así es -intervino el jefe del frente-, pero el jefe del Estado Mayor propone, para un mejor desarrollo de la maniobra, efectuar un contraataque en el sector de Marchíjina Buda y recuperar esa población. ¿Qué opinas tú, comisario?

-¿Recuperar Marchíjina Buda? -preguntó Cherednichenko, y algo en el tono de su voz llamó la atención de los presentes. Encendió su pipa apagada, lanzó una bocanada de humo, lo disipó con la mano y se quedó durante largo rato contemplando el mapa-. ¡No! Me opongo -anunció y, deslizando la boquilla de la pipa sobre el mapa, se puso a explicar por qué consideraba inútil aquella operación.

El jefe del frente dictó una orden sobre el reforzamiento del flanco izquierdo y la reorganización de la agrupación de Samarin, y ordenó al mismo tiempo que se enviase al encuentro de los tanques alemanes una de las unidades de infantería de su reserva.

-¡Ah! ¡Qué buen comisario les voy a mandar! -dijo Cherednichenko mientras firmaba tras el jefe la orden dictada.

En aquel momento retumbaron con fuerza los estallidos de unas bombas de aviación. Se oyeron las acompasadas ráfagas de los cañones antiaéreos de pequeño calibre y el quedo y monótono zumbido de los motores de los bombarderos alemanes. El jefe del Estado Mayor dijo al coronel, con una nota de enfado en la voz:

-Ahora, dentro de un par de minutos, en la ciudad sonarán las sirenas...

Cherednichenko se dirigió al secretario:

-Camarada Orlovski, llame a Bogariov.

-Está aquí, camarada comisario de división. Pensaba comunicárselo después de la reunión.

-Está bien -dijo el comisario, y mientras abandonaba la sala le preguntó a Eriomin-: Entonces, ¿estamos de acuerdo respecto a las manzanas?

-Sí, sí, comisario, estamos de acuerdo -respondió el jefe del frente-. ¡Habrá manzanas para todos los gustos!

-Perfecto -asintió Cherednichenko, y se encaminó hacia la puerta acompañado del general y el coronel, que sonreían. Ya en el umbral, le hizo un comentario a este último-: Coronel, estaba de más todo ese manoseo de la estilográfica, ¿a qué venía eso? ¿Acaso cabe dudar aunque sea un segundo? ¡No, mil veces no! ¡Aplastaremos a los alemanes!

A Orlovski, secretario del Consejo Militar y que se consideraba buen conocedor de las relaciones humanas, siempre le había resultado extraño el afecto que el comisario de división mostraba hacia Bogariov. Aquel viejo militar, con casi veinte años de servicio, acostumbraba a tratar con cierto escepticismo a los jefes y comisarios de la reserva. Bogariov constituía una excepción que el secretario no podía explicarse.

En las conversaciones con Bogariov, el comisario sufría una metamorfosis completa: dejaba a un lado su mutismo y

una vez incluso se quedó con Bogariov en su despacho casi hasta el amanecer. En aquella ocasión el secretario no podía dar crédito a lo que oía: el comisario hablaba de forma locuaz y apasionada. Cuando el secretario entró en el despacho, los dos interlocutores estaban inquietos, mas no parecía que hubiesen estado discutiendo; se diría que habían mantenido una conversación de extraordinaria importancia para los dos. Ahora, tras salir de la sala donde se había celebrado la reunión, el comisario no sonrió como de costumbre al ver a Bogariov, que se cuadró ante él. Cherednichenko se le acercó con expresión grave en el rostro y dijo con una voz que el secretario no le había oído ni en las paradas militares más solemnes:

-Camarada Bogariov, ha sido usted nombrado comisario de una unidad de infantería a la que el mando encomienda una tarea de suma importancia.

-¡Agradezco la confianza depositada en mí! -contestó Bogariov.

3. La ciudad a oscuras

Antes de la guerra, Semión Ignatiev, soldado de la primera compañía de infantería, mozo alto y de constitución fornida, vivía en uno de los koljoses⁴ de la región de Tula. La notificación del Comisariado Militar del distrito le fue entregada de noche, cuando reposaba en el henil, a la misma hora en que Bogariov recibía el aviso telefónico de que debía presentarse a la mañana siguiente ante la Dirección General Política del Ejército Rojo. A Ignatiev le gustaba recordar aquel momento con su círculo de amigos.

-¡Oh, qué despedida me depararon! Por la noche llegaron de Tula mis tres hermanos, que trabajan en la fábrica de ametralladoras, junto con sus mujeres; vino también el

maestro mecánico de la Estación de Máquinas y Tractores; soplamos de lo lindo y cantamos hasta desgañitarnos.

Aquella fiesta le había parecido alegre y solemne, pero al despedirse, a Ignatiev se le hizo un nudo en la garganta cuando miró a su madre llorosa y a su anciano padre, que intentaba mantener la compostura. «Mira, Sionka -le dijo el viejo-, aquí puedes ver mis dos cruces de plata de San Jorge; otras dos que tenía, de oro, las he dado para el empréstito de la libertad. Toma ejemplo de tu padre, zapador que hizo saltar por los aires un regimiento alemán entero, con un puente y todo», y aunque el viejo se esforzaba por ocultarlo, muy a gusto habría roto a llorar como las mujeres. De sus cinco hijos, Semión era su preferido, el más jovial y cariñoso.

Semión era novio de la hija del presidente del koljós, Marusia Pesóchina, que estaba haciendo en la ciudad de Odóyev unos cursillos de contaduría de los que debía regresar después del primero de julio. Las amigas, y especialmente la madre, la habían advertido de la actitud demasiado alegre y voluble de Sionka Ignatiev. Cantor y danzarín, gran amigo de la bebida y las juergas, parecía incapaz de enamorarse debidamente de una muchacha y serle fiel durante largo tiempo. Pero Marusia les replicaba: «A mí me da igual, chicas; le quiero tanto que cuando le veo se me enfrían los pies y las manos y hasta me pongo a temblar».

Cuando estalló la guerra, Marusia pidió dos días de permiso y en una noche recorrió treinta kilómetros a pie para verse con su novio. Llegó a casa de madrugada y allí se enteró de que la víspera habían trasladado a los movilizados a la estación. Sin descansar lo más mínimo, Marusia volvió a cubrir a pie los dieciocho kilómetros que la separaban de la estación ferroviaria, donde se encontraba el punto de concentración. Allí le comunicaron que los movilizados

habían partido en tren, pero se negaron a indicarle en qué dirección. «Secreto de guerra», la informó un teniente. Las fuerzas abandonaron a Marusia, que a duras penas logró llegar a casa de una conocida, la cajera de la sección de equipajes de la estación. Por la tarde su padre vino a buscarla y la llevó a casa.

Semión Ignatiev se hizo célebre en cuanto ingresó en la compañía. Todos conocían a aquel hombre risueño, fuerte e incansable. Era un magnífico trabajador y manejaba cualquier herramienta como un músico su instrumento: con agilidad y presteza. Estaba dotado de la sorprendente cualidad de trabajar con tanta soltura y satisfacción que a cualquiera que estuviese un rato mirándole le entraban ganas de coger el hacha, la sierra o la pala y ponerse a hacer tan bien y con la misma ligereza lo que hacía Semión Ignatiev.

Poseía buena voz y conocía muchas canciones antiguas, que le había enseñado la vieja Bogachija. Ésta era una arpía insociable, que no dejaba entrar a nadie en su casa y que solía pasarse meses enteros sin cruzar una palabra con los vecinos. Incluso iba por agua al pozo de noche, para evitar encontrarse con las vecinas, que la importunaban con sus preguntas. De ahí que todos se extrañaran de que hiciese una excepción con Sionka, a quien contaba cuentos y enseñaba las viejas canciones que conocía.

Durante un tiempo, Semión trabajó con sus hermanos en la famosa fábrica de armas de Tula; pero pronto pidió el salario y volvió a su aldea. «Allí no puedo respirar –decía–; para mí pisar nuestra tierra es tan necesario como el pan y el agua, y en Tula el suelo está empedrado.»

Con frecuencia paseaba por los campos vecinos, el bosque o el río, llevando una caña de pescar o un escopetón de mala muerte, cosa que hacía más que nada para despistar

y evitar que se burlasen de él. Solía andar siempre a buen paso, mas de pronto se detenía, escuchaba el canto de los pájaros, sacudía la cabeza, lanzaba un suspiro y reanudaba la marcha. A veces se encaramaba a una alta loma sombreada de nogueras y se ponía a cantar. Y entonces, los ojos le brillaban como los de un ebrio. En la aldea le habrían tomado por un extravagante y se habrían reído de sus paseos con la escopeta al hombro de no ser porque estimaban extraordinariamente su fuerza y su formidable habilidad en el trabajo. Era capaz de jugarle a cualquiera una mala pasada, si bien las hacía con gracia; podía beber hasta la saciedad sin embriagarse, contar interesantes anécdotas o alguna historia picante, y nunca negaba un cigarrillo a sus interlocutores. En la compañía, todos le cobraron cariño de inmediato. Hasta el adusto brigada Mordínov solía decirle, en un tono que tanto podía interpretarse de admiración como de reproche: «¡Ignatiev, qué alma más rusa tienes!».

Había trabado gran amistad con dos soldados: el mecánico Sedov, de Moscú, y el koljosiano Rodímtsev, de Riazán, soldado robusto y de rostro cetrino nacido en 1905. Rodímtsev había dejado en casa a su mujer y a sus cuatro hijos.

En los últimos tiempos la unidad permanecía en reserva, acantonada en los suburbios de la ciudad. Algunos combatientes se habían instalado en las casas deshabitadas, que eran muchas, ya que de los ciento cuarenta mil habitantes más de cien mil se habían marchado al interior del país. Fueron evacuados los talleres de maquinaria agrícola, los de reparación de vagones ferroviarios y la gran fábrica de cerillas. ¡Qué triste aspecto presentaban las silenciosas naves de los talleres, las chimeneas apagadas, las calles desiertas del suburbio obrero, los quioscos azules, donde hasta hacía poco se vendían helados, cerrados! En uno

de ellos solía resguardarse de la lluvia el soldado que dirigía el tráfico agitando banderines de diferentes colores. Sobre los antepechos de las ventanas de las casas, abandonadas por sus habitantes, se veían macetas con flores y plantas marchitas: ficus con sus pesadas hojas caídas y hortensias mustias. Bajo los árboles que sombreaban las calles estaban enmascarados los camiones militares; por las plazoletas destinadas a los niños y donde había montones de arena amarillenta cruzaban los autos blindados, pintarrajeados de verde y ocre, haciendo sonar sus sirenas, cuya estridente voz semejaba la de las aves de rapiña. Los suburbios se habían visto muy afectados por los bombardeos aéreos. A la entrada de la ciudad había un enorme almacén reducido a cenizas, con una inscripción ennegrecida por las llamas que decía: «¡Cuidado con el fuego!».

En la ciudad continuaban funcionando los comedores, una pequeña fábrica de jarabes y las peluquerías. A veces, después de la lluvia, brillaban en el follaje las gotas de rocío, los charcos despedían un brillo alegre y el aire se volvía suave y puro. Y, por unos instantes, la gente se olvidaba del terrible dolor que laceraba a todo el país, de que el enemigo se hallaba a no más de cincuenta kilómetros de su hogar. Las muchachas intercambiaban miradas con los soldados rojos, los achacosos viejos se calentaban al sol en los bancos de los jardincillos, los niños jugaban en la arena, preparada para sofocar las bombas incendiarias.

A Ignatiev le gustaba aquella ciudad llena de vegetación y medio desierta. No experimentaba la honda pena que sentían los que habían quedado en ella. No veía las lágrimas en los ojos de los viejos, que se fijaban con inquietud en el rostro de todos los militares que encontraban a su paso. No oía el llanto ahogado de las viejecitas, no sabía que cientos de ancianos se pasaban las noches en vela junto a las

ventanas, escrutando la oscuridad con ojos humedecidos. Sus labios lívidos murmuraban un padrenuestro. Los viejos se acercaban a los lechos de sus hijas, que durante el inquieto sueño lloraban y lanzaban quejidos, de los durmientes y agitados nietos, y de nuevo ocupaban su sitio junto a las ventanas, tratando de adivinar hacia dónde marchaban los camiones envueltos por las tinieblas de la noche.

A las diez de la noche el toque de generala despertó a los combatientes. En medio de la oscuridad, los chóferes pusieron en marcha los motores de sus vehículos, que gruñían quedamente. Los habitantes salían a los patios y observaban en silencio los preparativos de los soldados. Una anciana judía, de constitución semejante a la de una niña huesuda y delgadita, que cubría su cabeza y hombros con un grueso chal, preguntaba a los combatientes:

-¿Qué me aconsejáis, camaradas, que me vaya o que me quede?

-¿Adónde vas a ir, madre? -inquirió el siempre alegre Zhávelev-. Con tus noventa años y a pie no vas a llegar muy lejos.

La vieja movió la cabeza con tristeza, dando la razón a Zhávelev. Permanecía quieta junto al camión, bañada por la luz azulada de los faros. Con una punta de su chal, la vieja limpiaba cuidadosamente, como si se tratara de la vajilla usada en Pascua, el guardabarros del coche, quitándole el lodo reseco. Ignatiev notó el gesto de la viejecita y de inmediato una profunda congoja embargó su joven corazón. Y la vieja, como si se hubiera dado cuenta de ello, rompió a llorar.

-¿Qué hacer, qué hacer? ¿Vosotros os marcháis, camaradas? ¿Sí? ¡Decídmelo!

El ronquido de los motores ahogaba sus débiles lamentos, y la vieja, a quien nadie oía, continuó murmurando:

-Mi marido está paralítico, mis tres hijos sirven en el ejército. El pequeño se alistó ayer en las milicias populares. Mis nueras han sido evacuadas de sus fábricas... ¿Qué hacer, camaradas, cómo salir de aquí, cómo salir?

El teniente se asomó al patio, llamó a Ignatiev y le dijo:

-Tres hombres se quedarán aquí hasta el amanecer para escoltar al comisario. Usted será uno de ellos.

-¡A sus órdenes, camarada teniente! -respondió con viveza Ignatiev.

Tenía deseos de quedarse aquella noche en la ciudad. Había descubierto que le gustaba mucho Vera, una joven refugiada que pertenecía al personal de limpieza de la redacción del periódico local. Solía regresar del trabajo después de las once, e Ignatiev acostumbraba a esperarla en el patio. Era una muchacha alta, de ojos negros y pechos generosos. Ignatiev se deleitaba pasando el rato sentado con ella en el banco, uno al lado del otro. Vera, entre suspiros, relataba con cantarín acento ucraniano su vida en Proskúrov antes de la guerra y cómo, de noche, había logrado escapar de los alemanes, llevándose consigo nada más que un vestido y un pequeño saco con galletas, y dejando en la casa a sus padres y a su hermanito pequeño; cómo los alemanes bombardearon con brutal saña el puente que cruzaba el Sozh, mientras ella marchaba en la columna de refugiados. Toda su conversación giraba en torno a la guerra: los cadáveres que había visto en el camino, los niños asesinados y los incendios de las aldeas. De sus negros ojos no se borraba una expresión de tristeza. Cuando Ignatiev le ceñía el talle con su brazo, Vera le rechazaba y decía: «¿Para qué? Mañana tú te irás para un lado; yo, para otro. Tú no te acordarás de mí, y yo me olvidaré de ti». «Bien, ¿y qué? -respondía él-, a lo mejor no te olvido.» «¡Te olvidarás! De haberme encontrado antes, habrías oído mis canciones;

ahora mi corazón no está para esas cosas.» Y seguía apartando su brazo. No obstante, a Ignatiev le gustaba estar a su lado, y seguía creyendo que Vera cambiaría de opinión y no le negaría su amor. Ya no pensaba tanto en Marusia Pesóchina y le parecía que, puesto que estaba en la guerra, no era un pecado imperdonable iniciar un nuevo amor con una muchacha bonita, si así lo quería ésta. Mientras Vera contaba sus vicisitudes Ignatiev la escuchaba distraído, sin dejar de mirar sus cejas negras y sus ojos, al tiempo que aspiraba el agradable olor que emanaba de su piel.

Los camiones, uno tras otro, salían a la calle y se dirigían hacia la carretera de Chernígov. Los vehículos tardaron mucho rato en pasar por delante del banco donde estaba sentado Ignatiev. De pronto, todo quedó mudo e inmóvil en la oscuridad, y sólo en las ventanas clareaban las canosas barbas de los viejos y los cabellos blancos de las ancianas.

El cielo estaba tachonado de estrellas y tranquilo como un estanque; de cuando en cuando una estrella fugaz cruzaba el firmamento, y los militares creían que había sido abatida por un avión de guerra. Ignatiev esperó a Vera y le pidió que se quedara con él un rato en el banco.

-Estoy muy cansada, soldado.

-Quédate aunque no sea más que un ratito -insistió Ignatiev-. Mañana me marchó.

Y ella se sentó a su lado. En medio de la oscuridad, él clavó su mirada en el rostro de la muchacha. La veía tan bella y llena de ansia que el pobre soldado no hacía más que exhalar suspiros de tristeza. No cabía duda. Vera era muy bonita.

4. La alarma

Bogariov permanecía sentado a la mesa y meditaba. La entrevista con el jefe del regimiento, el Héroe de la Unión Soviética Mertsálov⁵, le había producido una pésima impresión.

Mertsálov le había tratado de forma cortés y atenta, pero a Bogariov le disgustó su tono un poco engreído.

Bogariov anduvo unos instantes por la habitación y, luego, dio unos golpecitos en la puerta del dueño de la casa.

-¿No duerme usted aún? -preguntó.

-No, no, pase -respondió una voz precipitada y senil.

La casa pertenecía a un viejo abogado, ahora pensionista. Bogariov había conversado dos o tres veces con él. El anciano ocupaba una habitación espaciosa, llena de estantes con libros y abarrotada de viejas revistas.

-Quiero despedirme de usted, Alekséi Alekséyevich -le anunció Bogariov-, nos vamos mañana.

-¡Será posible! -exclamó el viejo-; lo siento. En horas tan graves, el destino me obsequió con un interlocutor con el que había soñado largos años. En lo que me resta de vida, recordaré lleno de reconocimiento nuestras conversaciones vespertinas.

-¡Gracias! -respondió Bogariov-. Permítame ofrecerle un presente: un paquete de té chino. Sé que es usted muy aficionado a este brebaje.

Bogariov estrechó la mano de Alekséi Alekséyevich y volvió a su habitación. En aquellas breves semanas de guerra había leído una decena de libros sobre cuestiones militares, muchas obras específicas que sintetizaban la experiencia de las grandes guerras del pasado. La lectura era para él lo mismo que la comida y la bebida.

Pero aquella noche Bogariov no se puso a leer. Quería escribir unas cartas a su mujer, a su madre y a unos amigos. A la mañana siguiente comenzaría una nueva etapa en su

vida, y no estaba seguro de si podría mantener una correspondencia regular.

«¡Queridísima, alma mía! -comenzó su carta-, por fin he obtenido el nombramiento con el que soñaba y del que te hablé antes de mi partida, y como recordarás...»

Permaneció meditabundo mientras contemplaba las líneas escritas. Su mujer, naturalmente, se emocionaría y se afligiría al mismo tiempo al recibir la noticia de este nombramiento, con el que él había soñado. Pasaría noches sin dormir. ¿Merecía la pena comunicárselo?

En el umbral apareció la figura del brigada de la compañía.

-¿Da usted su permiso, camarada comisario? -preguntó.

-Pase, ¿qué ocurre?

-Hemos dejado un retén, camarada comisario, una camioneta y tres soldados. ¿Da usted alguna orden?

-Partiremos a las ocho de la mañana. El vehículo ligero necesita una reparación. Yo iré en la camioneta. Por la tarde daremos alcance al regimiento. Ahora escuche: que ningún soldado salga de la casa, dormiremos todos aquí. Revise personalmente la camioneta.

-¡A sus órdenes, camarada comisario!

Parecía como si el brigada quisiese añadir algo. Bogariov le miró interrogante.

-Camarada comisario, los reflectores están registrando el cielo como desesperados; por lo visto, pronto darán la señal de alarma.

El brigada salió al patio y llamó en voz baja:

-¡Ignatiev! ¡Que no se te ocurra salir del patio!

-Pero si no me muevo de aquí -contestó Ignatiev.

-Yo no sé si te mueves de aquí o no; la orden del comisario es que nadie abandone el patio.

-¡A sus órdenes, camarada brigada!

-Di, ¿cómo está el coche?

-¿Cómo va a estar? Listo.

El brigada alzó la vista hacia el hermoso cielo, miró las casas sumidas en la oscuridad y, después de bostezar, dijo:

-Oye, Ignatiev, despiértame si ocurre algo.

-¡A sus órdenes! De ocurrir algo le despertaré -dijo Ignatiev, si bien pensaba: «¡Qué tipo más pesado es este brigada! ¡Qué diablos hará aquí, en vez de meterse en la cama!».

Ignatiev volvió al lado de Vera y, abrazándola rápidamente, comenzó a susurrarle con pasión en el oído.

-¡Cómo eres! -respondió la joven, y él se dio cuenta de que Vera no le rechazaba. Ella misma le estaba abrazando-. ¡Cómo eres! No comprendes nada... -continuó en voz muy baja-. La verdad es que tengo miedo de amarte: a otro se le puede olvidar; a ti no. Entonces, pienso, tendré que llorarte también a ti. ¿De dónde voy a sacar las lágrimas? ¡Y eso que no podía suponer que hubiese tantas en mi corazón!

Ignatiev no supo qué responderle; por otra parte, Vera no necesitaba una respuesta, y él empezó a besarla.

Se oyó en la lejanía el silbido intermitente de una locomotora y, de inmediato, la corearon otras que llenaron el aire con su estridencia.

-¡Alarma! -dijo Vera quejumbrosa-, ¡alarma, otra vez la alarma! ¿En qué va a terminar todo esto?

Al punto, se oyeron a lo lejos las salvas convulsivas de los antiaéreos. Los rayos de los reflectores resbalaron cautelosos por el cielo, como si temiesen lacerar su fino y azulado cuerpo en las afiladas puntas de las estrellas, entre las que relampagueaban las explosiones de los obuses.

5. La muerte de una ciudad

Llegará un día en que el tribunal de los grandes pueblos iniciará sus sesiones, en que el sol alumbrará con repugnancia el hocico rapaz de Hitler, su estrecha frente y sus sienes hundidas, llegará el día en que al lado del verdugo de Europa se agitará pesadamente en el banquillo de la deshonra un hombre de mejillas fofas, el atamán de la vandálica aviación fascista.

«¡Que mueran!», exclamarán las viejas con los ojos ciegos de tanto llorar.

«¡Que mueran!», exclamarán los niños cuyos padres perecieron entre las llamas.

«¡Mueran! -exclamarán las madres que han perdido a sus hijos-. ¡Que mueran en nombre del sacrosanto amor a la vida!»

«¡Mueran!», gritará la tierra por ellos profanada.

«¡Mueran!», susurrará la ceniza de las ciudades y aldeas arrasadas. Y el pueblo alemán, horrorizado, verá fijas en él las miradas de desprecio y reproche, y lleno de pavor y vergüenza, gritará también: «¡Que mueran, que mueran!».

Dentro de cien años los historiadores estudiarán horrorizados las órdenes redactadas calmosa y metódicamente por el Cuartel General del mando supremo del ejército alemán, dirigidas a los jefes de las escuadras y de los destacamentos aéreos. Y pensarán: ¿quién pudo escribirlas? ¿Fieras, locos o seres inanimados? ¿Quizá los dedos de acero de aritmómetros e integradores?

El ataque de la aviación alemana se inició aproximadamente a medianoche. Los primeros aviones de exploración, que volaban a gran altura, dejaron caer unas bengalas con paracaídas y varias cajas con bombas incendiarias. Cuando las blancas lunas de las bengalas se inflamaron y quedaron suspendidas en el espacio, las estrellas empezaron a palidecer y difuminarse. La luz fría

inundó las plazas, calles y callejuelas, sacando del negro mar de la noche toda la ciudad dormida: la blanca estatua de yeso de un muchacho con el clarín en los labios, que se alzaba frente al palacio de los Pioneros; las brillantes vitrinas de las librerías; los enormes globos de cristal, azules y rosados, en los escaparates de las boticas. Las oscuras ramas de los arces gigantes del parque surgieron de pronto de la oscuridad, mostrando cada una de sus recortadas hojas; los grajos jóvenes y necios lanzaron sus alarmados graznidos, asombrados por la repentina llegada del amanecer. Quedaron iluminados los anuncios del teatro guiñol; las ventanas, con sus visillos y macetas con flores; la columnata del hospital; el pintarrajeado letrero de un restaurante; cientos de huertecillos, bancos y ventanucos; millares de puntiagudos tejados. Los tragaluces redondos de los desvanes reflejaron tímidamente la luz; unas manchas nacarinas comenzaron a desplazarse por el lustroso entarimado de la sala de lectura de la biblioteca municipal.

Envuelta en la blanca luz de las bengalas, se alzaba la ciudad durmiente; ciudad en la que vivían decenas de millares de viejos, mujeres y niños; ciudad que se había desarrollado durante novecientos años; ciudad donde tres siglos antes había sido construido un seminario y una catedral blanca; ciudad en la que habían vivido generaciones de alegres estudiantes y hábiles artesanos. Por esta ciudad, en épocas fenecidas, pasaban las largas caravanas de los boyeros ucranianos; barbudos almadieros navegaban lentamente por delante de sus casas blancas y se persignaban al mirar las cúpulas de la catedral; ciudad famosa que había obligado a los intrincados y sombríos bosques a cederle su lugar; ciudad donde, siglo tras siglo, habían trabajado célebres fundidores, ebanistas, curtidores, pasteleros, sastres, pintores y canteros. Y en aquella oscura

noche de agosto, la antigua y hermosa ciudad, que se alzaba a la orilla del río, fue iluminada por la luz química de las bengalas.

Ya durante el día, los cuarenta bombarderos bimotores habían sido dispuestos para el ataque. Los mecánicos alemanes, con una meticulosidad propia de boticarios, llenaban los depósitos de gasolina con el líquido transparente y volátil. Las bombas de metralla, verdinegras, y las incendiarias, plateadas, habían sido sujetas al fuselaje en la proporción adecuada para el bombardeo de una urbe. El jefe de escuadrilla había examinado el plan detallado del vuelo, elaborado por el Estado Mayor; los meteorólogos habían dado los partes exactos sobre el tiempo atmosférico. Los pilotos masticaban chocolate, fumaban, escribían a sus hogares pequeñas y grotescas tarjetas: todos ellos eran mozos presumidos, con el pelo cortado a la moda.

Los aviones, que se aproximaban con un gruñido monótono, fueron saludados por el fuego de las baterías antiaéreas; los reflectores los cazaban en las redes de sus rayos, y pronto uno de ellos se incendió. Dando volteretas, como un juguete de cartón, el avión caía, ora enredándose en el trapo negro de la humareda, ora escapando de él. Pero los pilotos ya habían descubierto la ciudad sumida en el sueño, iluminada por las bengalas.

Una tras otra retumbaban las explosiones, haciendo temblar la tierra; saltaban ruidosamente los cristales, en las casas se desprendía el enlucido y se abrían de par en par puertas y ventanas. Mujeres a medio vestir, que sostenían en brazos a sus criaturas, corrían hacia las zanjás-refugio. Ignatiev sujetó a Vera del brazo y corrió con ella hacia la trinchera abierta junto a la verja. Allí estaban ya los pocos vecinos que habían quedado en la casa. Con paso lento, apareció en el patio el viejo abogado. Llevaba en la mano un

paquete de libros atado con una pequeña soga. Ignatiev ayudó al anciano y a Vera a bajar a la zanja y se precipitó hacia la casa. En aquel instante se oyó el silbido de una bomba. Ignatiev se echó al suelo. Todo el patio quedó envuelto en tinieblas y el aire se llenó del fino polvo de ladrillo de un edificio vecino que se había desplomado. Una mujer gritó:

-¡Gases!

-¡Qué gases ni qué demonios! -observó Ignatiev con enfado-. Es polvo. ¡Cállate! -Y echó a correr hacia la casa-. ¡Camarada brigada, los alemanes están bombardeando! -exclamó.

El brigada y los soldados, ya despiertos, se estaban calzando. Las llamas del incendio que se había iniciado iluminaban el aposento. Las escudillas de metal blanco reflejaban las incipientes llamaradas sin humo. Ignatiev miró a sus camaradas, que se vestían con rapidez y en silencio; luego sus ojos se detuvieron en las escudillas y preguntó:

-¿Habéis recogido mi cena?

-Sólo faltaría eso, hermano -exclamó Sedov-, que nosotros te recogiéramos la cena mientras tú pelas la pava... ¡contando las estrellas!

-¡Vamos, vamos, daos prisa! -refunfuñó el brigada-. Tú, Ignatiev, ve a despertar al comisario.

Ignatiev subió al segundo piso. La vieja casa crujía estremecida por las explosiones; las puertas chirriaban al abrirse y cerrarse, en los aparadores tintineaba angustiosamente la vajilla, parecía que todo el edificio temblase como un ser vivo al ser testigo de la terrible y repentina destrucción de sus semejantes. El comisario estaba de pie junto a la ventana. No había oído entrar a Ignatiev. Una nueva explosión sacudió la tierra; con un golpe sordo y pesado el enlucido cayó y llenó la habitación de un

polvillo seco. Ignatiev estornudó. El comisario, sin oírle, seguía junto a la ventana, contemplando la ciudad. «¡Vaya comisario que tenemos!», pensó Ignatiev, e involuntariamente le embargó un sentimiento de admiración. En la alta e inmóvil silueta que observaba los nacientes incendios había algo poderoso y atrayente.

Bogariov se volvió con lentitud. La expresión de su rostro era grave. El velo de un pensamiento amargo y tenaz se extendía por todo su semblante, y las mejillas enjutas, los ojos oscuros y los labios apretados estaban contraídos por una enorme tensión espiritual. «Severo como un icono», pensó Ignatiev, con la mirada fija en el comisario.

-Camarada comisario -dijo-, debería usted salir. Están bombardeando ahí al lado. Si atinan, no quedará nada de la casa.

-¿Cómo se llama usted?

-Ignatiev, camarada comisario.

-Camarada Ignatiev, transmita al brigada mi orden: hay que acudir en ayuda de la población civil. ¿Oye los gritos de las mujeres?

-Les ayudaremos, camarada comisario. Pero poco podremos hacer para sofocar los incendios. La mayoría de las casas son viejas, de madera, y los alemanes están incendiando cientos de ellas a la vez. No hay gente para apagar las llamas: los jóvenes han sido evacuados o se alistaron en las milicias. Sólo han quedado ancianos y niños.

-¡Camarada Ignatiev, recuerde siempre todo lo que está viendo! -exclamó el comisario-. ¡Recuerde siempre esta noche, esta ciudad y esos viejos y niños...!

-¡Nunca lo podré olvidar, camarada comisario!

Ignatiev contemplaba el rostro sombrío del comisario y se repetía: «Tiene razón, camarada comisario, tiene usted razón».

A continuación añadió:

-Si me lo permite, cogeré esta guitarra; de todos modos la casa arderá. A los soldados les gusta que toque la guitarra.

-¡Pero la casa no arde aún! -señaló con rigor Bogariov.

Ignatiev acarició con la mirada la hermosa guitarra, exhaló un suspiro y abandonó la habitación. Bogariov se dedicó a acomodar los papeles en su cartera de campaña, se puso el impermeable y el gorro y volvió junto a la ventana.

La ciudad estaba ardiendo. El serpenteante humo, rojizo por las chispas, se elevaba a gran altura, y llamaradas de color ladrillo oscuro se agitaban sobre la plaza. Millares de luces -blancas, anaranjadas, amarillo pálido, rojas y azuladas- cubrían la ciudad como un enorme gorro de lana de Angora. El follaje de los árboles se arrugaba y se mustiaba. Las palomas, los grajos y los cuervos volaban alocados en el aire candente: también sus casas ardían. Los tejados de chapa, calentados al rojo vivo, fosforecían, al tiempo que crujían y chisporroteaban ruidosamente; el humo se escapaba por las ventanas llenas de macetas con flores y ora parecía blanco lechoso, ora negro fúnebre, rosado o gris ceniza. Tan pronto se arremolinaba, elevándose en finos y dorados hilillos y en rubios mechones, como, de repente, saltaba al exterior como una enorme y vertiginosa nube lanzada inesperadamente por el soplo de un enorme pecho, y así cubría la ciudad con su manto, se extendía sobre el río y los valles, quedaba colgado en jirones de los árboles del bosque.

Bogariov descendió al patio. En medio de aquel mar de fuego y humo, entre las explosiones de las bombas y los gritos y sollozos de los niños, había hombres serenos que apagaban las llamas, cubrían de arena las bombas incendiarias, sacaban del fuego a los ancianos. Soldados,

bomberos, agentes de la milicia, obreros, artesanos, sin importarles el aullido de la muerte, con los rostros ennegrecidos de hollín y la ropa humeante, luchaban con todas sus fuerzas por su ciudad, haciendo lo imposible por salvar y arrancar a las llamas aquello que aún se podía salvar y arrancar.

Bogariov notó de inmediato la presencia de aquellos hombres; surgían de entre el humo y el fuego, fundidos por una gran fraternidad; juntos desafiaban el peligro, penetraban en las casas envueltas en llamas y desaparecían entre el humo y el fuego, sin dar sus nombres, sin conocer los de los seres a quienes salvaban.

Bogariov vio cómo una bomba incendiaria caía sobre el tejado de una casa de dos pisos; chisporroteando como un cohete, la termita había comenzado a extenderse hasta formar una mancha deslumbrante. El comisario subió en un vuelo la escalera, penetró en el desván y, asfixiándose por el tufo a arcilla, que le recordó su infancia, se acercó a la claraboya, que despedía una luz turbia. Las planchas recalentadas del tejado le abrasaban las manos, las chispas saltaban sobre su ropa, pero Bogariov llegó rápidamente al lugar donde había caído la bomba y la echó abajo. El proyectil cayó sobre un macizo, iluminando por un instante los hermosos ásteres y dalias, y se hundió en la tierra mullida, donde comenzó a apagarse. Desde el tejado, Bogariov vio cómo de la casa vecina, que estaba ardiendo, dos hombres con uniforme de soldado sacaban a un viejo tendido en un catre. En uno de los soldados reconoció a Ignatiev, el que le había pedido la guitarra; el otro era Rodímtsev, algo más bajo y más ancho de espaldas. La vieja judía les hablaba rápidamente; con seguridad, estaría agradeciendo a Ignatiev la salvación de su marido. Ignatiev la interrumpió con un ademán, y en su amplio, desinteresado

y noble gesto pareció poner toda la grandeza y generosidad del alma del pueblo. En aquellos momentos se hizo más nutrido el fuego de los antiaéreos, a los que se había sumado el tableteo de las ametralladoras. Una nueva oleada de bombarderos fascistas atacaba la ciudad en llamas. De nuevo se oyó el taladrante aullido de las bombas lanzadas por los aviones.

–¡A las zanjás! –gritó alguien.

Pero la gente, enardecida por la lucha, ya no hacía caso del peligro.

La noción del tiempo, de la duración y de la sucesión de los acontecimientos parecía haber abandonado a Bogariov. Junto a los demás, sofocaba los conatos de incendio, cubría con arena las bombas incendiarias, sacaba del fuego todo lo que podía salvarse y ayudaba a unos camilleros que habían llegado con una ambulancia para llevarse a los heridos. Luego corrió con sus combatientes a la maternidad, que había empezado a arder, y salvó los libros de la biblioteca municipal, incendiada también. Algunas escenas quedaron grabadas para siempre en su memoria: un hombre salió corriendo de su casa al tiempo que gritaba: «¡Fuego, fuego!». De pronto, al ver que a su alrededor todo se había convertido en una inmensa hoguera, se calmó y, sentado en la calzada, permaneció inmóvil; también se grabó en su memoria cómo, repentinamente, en medio del calor y del humo, percibió una agradable fragancia: las llamas devoraban una perfumería. En su memoria quedó grabada la imagen de una joven que había perdido el juicio. Con el cadáver de su hijita en brazos, se hallaba en el centro de la plaza desierta iluminada por las llamas... En la esquina de la calle yacía un caballo herido. En sus ojos vidriosos, pero aún vivos, Bogariov vio reflejada la ciudad en llamas. Las negras y llorosas pupilas del caballo, llenas de un dolor insondable,

reproducían como un espejo las casas en llamas, el humo que flotaba en el aire, las luminiscentes ruinas calentadas al rojo y el bosque de las altas y delgadas chimeneas, que aumentaba y aumentaba allí donde antes se levantaban las casas ahora devoradas por el fuego.

Acometió a Bogariov el súbito pensamiento de que también en su corazón se había reproducido el cuadro de la destrucción nocturna de la antigua y pacífica ciudad.

Al amanecer, los incendios comenzaron a remitir. El sol contemplaba las humeantes ruinas, a los ancianos sentados sobre sus bultos, entre cacharros viejos, macetas y antiguos cuadros con marcos ennegrecidos, arrancados por la noche de las paredes. Y el sol, que miraba a los niños muertos a través del humo de los incendios que se iban enfriando, también tenía un tono blanco y mortecino, como si hubiese sido intoxicado por el humo y el hollín.

Bogariov se dirigió al Estado Mayor para recibir instrucciones y luego regresó a la casa. En el patio se le acercó el brigada.

-¿Está lista la camioneta? -preguntó Bogariov.

-Sí, camarada comisario -respondió el brigada, cuyos ojos estaban inflamados por el humo.

-Hay que irse; reúna a la gente.

-Es que... camarada comisario, se ha producido un accidente -informó el brigada-. Ya de madrugada una bomba ha caído precisamente al lado de la zanja donde se resguardaban los vecinos; ha herido a casi todos ellos y matado a dos: al viejecito en cuya casa usted se alojaba y a una muchacha refugiada, con la que Ignatiev solía charlar -añadió con una triste sonrisa.

-¿Dónde están? -preguntó Bogariov.

-Recogimos a los heridos; los muertos siguen allí. En este momento acaba de llegar un carro para llevárselos -explicó

el brigada.

Bogariov se dirigió al fondo del patio, donde la gente se agolpaba para contemplar los cadáveres. Era difícil reconocer al viejo. A su lado estaban esparcidos los libros desencuadernados, manchados de sangre. Por lo visto, en el preciso instante en que explotaba la bomba se había incorporado y había asomado la cabeza de la zanja poco profunda. «*Anales. Tácito*», leyó Bogariov el título de uno de los libros que descansaba junto al cadáver. La muchacha parecía estar durmiendo. Su tez morena ocultaba la palidez de la muerte; las negras pestañas cerraban sus ojos; en sus labios había quedado impresa una sonrisa turbada, como si se avergonzara de que la gente la rodeara.

El carretero cogió a la muchacha por los pies y dijo:

–¡Eh!, ¿quién me echa una mano?

–¡Deja! –exclamó Ignatiev.

Sin esfuerzo, levantó amorosamente el cuerpo exánime de la muchacha y lo acomodó en el carro. Una chiquilla depositó una flor en el pecho de la difunta. Bogariov ayudó al carretero a levantar el cuerpo del viejo. Y la gente, con los ojos inflamados y el rostro tiznado de hollín, permanecía en silencio, con la cabeza gacha.

Una mujer de edad miró a la muerta y comentó en voz baja:

–Feliz de ella.

Bogariov se dirigió a la casa. La gente que se hallaba estacionada junto al carro callaba, y sólo una voz algo ronca pronunció con tristeza:

–Minsk ha sido abandonado; Bobrúisk, Zhitómir y Shepetovka, también; ¿acaso existe fuerza alguna capaz de detenerle? Mirad lo que hace: ¡en una noche ha arrasado la ciudad y se ha vuelto a casa como si nada!

-¡Nada de eso! ¡Los nuestros les han destripado seis aviones! -exclamó un soldado.

Al cabo de un rato, Bogariov abandonó el apartamento del abogado muerto. Contempló por última vez la habitación semidestruida, el suelo cubierto de vidrios rotos, los libros tirados de los estantes por la fuerza de la explosión, los muebles en desorden. Después de un breve instante de vacilación descolgó la guitarra de la pared, la llevó abajo y la colocó en la caja de la camioneta.

Rodímtsev le alargaba la escudilla a Ignatiev, que estaba de pie junto a la camioneta, y decía:

-Come, Ignatiev, aquí tienes los macarrones con carne de la cena de ayer.

-No quiero comer -gruñó Ignatiev-; tengo sed, se me han secado las entrañas.

Poco después habían salido ya de la ciudad. La mañana veraniega les saludó con toda su solemne y tranquila belleza. Al mediodía hicieron un alto en el bosque. Un cristalino arroyo, que se plisaba graciosamente sobre las piedras, fluía entre la arboleda. El aire fresco acariciaba la piel irritada y los ojos descansaban a la sombra apacible de los altos robles. Bogariov vio entre las hierbas un setal de robellones: allí estaban, con sus sombrillas grises sobre sus patas gruesas y blancas, y le trajeron a la memoria con qué pasión su mujer y él se habían dedicado el año anterior a recoger setas en el bosque durante la temporada que vivieron en el campo.

Los soldados se bañaron en el arroyo.

-Les doy quince minutos para la comida -indicó Bogariov al brigada, y se puso a pasear lentamente entre los árboles, contento y triste al mismo tiempo por la indolente belleza del mundo, por el susurro de las hojas.

6. El Estado Mayor del regimiento

En el Estado Mayor se hallaban reunidos los mandos del regimiento. Su jefe, el Héroe de la Unión Soviética comandante Mertsálov, que había participado en la guerra contra Finlandia, examinaba el mapa junto a Kudakov, su jefe de Estado Mayor, hombre de unos cuarenta años, calvo, lento de movimientos y de expresión.

El día en que llegó Bogariov, al capitán Babadzhanián, jefe del primer batallón, le dolían terriblemente las muelas; acuciado por el insoportable calor de mediodía, bebía agua de un fresco manantial, por lo que, según sus propias palabras, «parecía que le hubieran dado una coz en la mandíbula». El jefe del segundo batallón, comandante Kochetkov, hombre bonachón y locuaz, no hacía más que burlarse de Babadzhanián. Estaba allí también el ayudante del jefe del Estado Mayor, teniente Mishanski, hombre atractivo y fornido. Al regimiento le había sido encomendada una misión importante. Apoyado por la artillería pesada, debía asestar un golpe por sorpresa en el flanco alemán para detener el movimiento del enemigo que pretendía rodear el ejército rojo y, con ello, posibilitar que las unidades de un cuerpo de infantería salieran del «saco».

Mertsálov ponía en conocimiento de los jefes y comisarios de los batallones la tarea a cumplir por sus unidades. Ya al final de la lectura de la orden de batalla, se presentó el jefe de la sección de exploradores, teniente Koslov, hombre de ojos redondos y cara pecosa. Al mismo tiempo que se llevaba la mano a la visera, el teniente hizo chocar sus tacones con extraordinaria marcialidad. Dio el parte al jefe del regimiento con voz sonora, recalcando cada palabra, pero al hacerlo, sus ojos redondos sonreían con malicia y condescendencia.

Bogariov permanecía sentado y en silencio. Aún se encontraba bajo la impresión del incendio de la noche anterior y varias veces sacudió la cabeza, como si quisiera salir de un estado de sopor. Al comienzo de la reunión, los jefes se fijaban frecuentemente en Bogariov, pero luego se habituaron a su presencia y dejaron de observarle.

Babadzhanián, que sonreía como si su dolor de muelas hubiera remitido, se dirigió a Bogariov:

-Me gusta, camarada comisario; el ejército se retira, fíjese, todo el ejército, ¡mientras que el batallón de Babadzhanián emprende la ofensiva! ¡Me gusta, le doy mi palabra de honor!

El representante del colindante regimiento de obuses, un teniente coronel de ceño adusto que no dejaba de tomar apuntes en su libreta de bolsillo, intervino:

-Debo prevenirles, camaradas, que el gasto de proyectiles se hará de acuerdo a las normas establecidas.

-Eso se sobreentiende, lo fija el reglamento -señaló Kudakov.

El teniente coronel añadió:

-Sí, sí, camaradas, ¡las normas son las normas!

Babadzhanián le refutó alegremente:

-¡Déjese usted de normas! Yo sólo conozco una norma: ¡la victoria!

Una vez finalizada la discusión práctica, la conversación recayó sobre el ejército alemán. Mishanski relataba el modus operandi de ataque de los alemanes en la zona de Lvov.

-Marchaban en filas escalonadas, hombro con hombro, ¿os lo imagináis?, formando un muro de no menos de un kilómetro. A unos cuatrocientos metros detrás de la primera fila venía la segunda manteniendo la misma formación y, tras ésta, la tercera. Marchaban entre el alto trigo, cada uno con

su automático, más tiesos que un palo. La artillería de nuestro regimiento los segaba, pero ellos marchaban y marchaban, ¡era algo verdaderamente asombroso! No vociferaban ni disparaban y no parecía que estuviesen borrachos. Muchos de ellos caían entre el trigo, pero los otros seguían avanzando. ¡La verdad es que ponía los pelos de punta!

Recordó cómo avanzaban las columnas de millares de tanques alemanes por las carreteras de Lvov y Proskúrov; cómo de noche, a la luz de las bengalas verdes y azules, descendían los paracaidistas alemanes; cómo unos destacamentos de motociclistas abatieron con su fuego uno de nuestros Estados Mayores; el grado de cooperación de los tanques y la aviación alemanes. Y, por lo visto, le complacía relatar cómo retrocedían nuestras fuerzas ante los primeros ataques. «¡Ah, cómo chaqueteaba yo!», decía Mishanski. En tono idéntico, expresaba su admiración ante el vigor del ejército alemán.

-¿Creéis que es cosa de broma lo que han hecho con Francia? -decía-. ¡Dar cuenta en treinta días de una potencia tan formidable! Sólo pudieron conseguirlo gracias a su excelente organización, a sus generales, a su cultura militar.

-¡Sí, su organización es buena, es cierto! -aseveró el jefe del regimiento.

-¡Todo lo que se diga es poco! -agregó Mishanski-. Yo he visto ese coloso en acción. No cabe duda: han revolucionado la estrategia y la táctica.

-¡Sabios e invencibles, ¿eh?! -exclamó de pronto con enojo Bogariov.

Mishanski le miró y dijo con indulgencia:

-Usted me perdonará, camarada comisario, ¡pero soy un hombre del frente y estoy acostumbrado a decir lo que

pienso!

-¡Nunca le perdonaré eso ni a usted ni a nadie! -le interrumpió Bogariov-. ¿Entiende?

-Tampoco es preciso subestimar -dijo Kochetkov-. Mis soldados dicen: «El alemán es cobarde, pero pelea como Dios...».

-No somos unos ingenuos -refutó Bogariov-, sabemos que nos estamos enfrentando al ejército más poderoso de Europa, con una técnica que, os lo diré con sinceridad, en el momento presente supera la nuestra. El caso es, camarada Mishanski, que usted debe aprender a despreciar al fascismo, debe comprender que el fascismo es lo más bajo, lo más vil, lo más reaccionario que hay sobre la faz de la Tierra. Es una miserable mezcolanza de sucedáneos y latrocinios en el más amplio sentido de la palabra. Esa abominable ideología está privada por completo de todo elemento creativo. ¡Hay que odiarla con toda el alma! ¿Comprende usted? Si no, escuche: sus ideas sociales son el producto de una vieja y absurda pesadilla de la que se burlaban Chernishevski y Engels. Toda la doctrina militar del fascismo ha sido copiada íntegramente de los antiguos planes del Estado Mayor alemán, elaborados por Schlieffen; todos esos golpes de flanco, las cuñas, etc., han sido servilmente plagiados. El empleo en masa de los tanques y los desembarcos aéreos, con que los alemanes asombraron al mundo, son producto del robo. La idea de los tanques pertenece a los ingleses; la de los desembarcos aéreos, a nosotros. No deja de asombrarme la monstruosa infecundidad creadora del fascismo. ¡Ningún método bélico original! ¡Todo es pura copia! ¡Ningún invento importante! ¡Todo robado! ¡Ninguna arma nueva! ¡Todo alquilado! El pensamiento creativo alemán ha sido esterilizado en todos los dominios: los fascistas son impotentes para inventar,

escribir libros, componer música y buenos versos. Simbolizan el estancamiento, el pantano... No han aportado más que un elemento a la historia y a la política: ¡el salvajismo y el vandalismo organizados! Hay que odiar, camarada Mishanski, la miseria intelectual del fascismo y burlarse de ella. ¿Me ha comprendido? Todo el Ejército Rojo, de arriba abajo, todo el país debe estar imbuido de ese espíritu. A usted le parece que, en su calidad de hombre del frente, es también la personificación de la verdad, mientras que su psicología es la de un hombre que ha estado largo tiempo replegándose. En su voz se percibe un tono de servilismo. -Bogariov se irguió y, mirando fijamente a Mishanski, añadió con severidad-: Como comisario de la unidad, le prohíbo pronunciar palabras indignas de un patriota y que no responden a la verdad objetiva. ¿Me entiende?

El batallón de Babadzhanian debía iniciar la operación. El ataque había sido fijado para las tres de la madrugada. Koslov, que había efectuado dos exploraciones, informó detalladamente acerca del dispositivo de los alemanes en el sovjós⁶. Los tanques y carros blindados se hallaban en la plaza; los soldados dormían en el almacén de legumbres, un depósito de entre cuarenta y cincuenta metros de longitud. Los alemanes se habían instalado allí confortablemente después de que obligaran a los campesinos de la vecindad a traer varios carros con paja, que extendieron en el suelo y cubrieron con lonas. Dormían en paños menores, descalzos y con la luz encendida, que salía a raudales por las ventanas. Por la tarde cantaban a coro. Los exploradores, que los observaban desde las huertas, oyeron perfectamente las canciones alemanas. Esto los había irritado sobremanera.

«Berrean -decían-, mientras que nuestros soldados callan y jamás se les oye cantar.» En efecto: en aquellos tiempos no se oía cantar a las tropas soviéticas. Las columnas marchaban en silencio. Ni tan siquiera en los descansos se cantaba o danzaba.

Una vez hubo anochecido, un grupo del regimiento de artillería ocupó sus posiciones de fuego. Poco después, el jefe y el comisario del grupo entraron en la casa donde estaba instalado el Estado Mayor, se sentaron a la mesa y el comisario abrió el tablero de ajedrez. El jefe extrajo de la cartera de campaña las piezas y los dos se entregaron a renglón seguido al juego, meditando mucho antes de cambiar de escaque las piezas. Kochetkov, el jefe del segundo batallón, dijo:

-Casi todos los artilleros que conozco juegan al ajedrez.

El comisario del grupo, sin apartar la vista del tablero, contestó:

-Pues yo no conozco a uno solo de infantería que no juegue al dominó.

El jefe del grupo, mientras miraba absorto las piezas, añadió:

-¡Es verdad! -Y al tiempo que señalaba con el dedo el tablero, agregó-: Si haces esta jugada, Seriozha, estás perdido. Entregas la reina, igual que la vez pasada, en las cercanías de Mosir.

Clavaron la vista en el tablero, abstraídos. Cinco minutos más tarde, el comisario del grupo exclamó:

-¡Quiá! No pierdo nada aquí -y, sin levantar la cabeza, añadió dirigiéndose a Kochetkov, que había salido sin que nadie lo advirtiera-: En cambio, la caballería prefiere la baraja, ¿no es así, camarada Kochetkov?

El telefonista que estaba de guardia junto al aparato se echó a reír; pero en el acto frunció el ceño, preocupado, y al

tiempo que hacía girar la manivela del aparato dijo con tono grave:

-¡Luna, Luna, Medinski! ¿Eres tú? Llamada de prueba.

El jefe del regimiento, Mertsálov, estaba hablando en voz baja con el jefe del Estado Mayor cuando se presentó Babadzhanián, alto, delgado, nervioso, con los ojos brillantes en la penumbra. El capitán se puso a hablar rápida y apasionadamente mientras señalaba el mapa con la mano:

-Es un caso único: el servicio de exploración informa con exactitud el emplazamiento de los tanques. De trasladar los cañones a esta colina, los destruiríamos a tiro directo. ¡Palabra de honor! ¿Cómo desperdiciar esta ocasión? ¡Si están como en la palma de la mano, dese cuenta, como en la palma de la mano! -y extendió su delgada mano de piel oscura y dio un golpe en la mesa.

Mertsálov miró a Babadzhanián y dijo:

-De acuerdo. No me gusta perder el tiempo en discusiones. ¡Vamos a darles fuerte! -Se acercó a los artilleros-. Camaradas ajedrecistas, me veo obligado a molestaros. Venid aquí.

Todos a una se inclinaron sobre el mapa.

-No cabe duda: quieren cortar la carretera, apenas son cuarenta kilómetros, y salir a la retaguardia de nuestro ejército.

-De ahí la importancia de nuestra operación -indicó el jefe del Estado Mayor-. Tengan presente que el jefe del ejército en persona sigue de cerca el desarrollo de esta maniobra.

-Ayer, los alemanes clamaban por radio: «¡Soldados rojos, entregaos! ¡Han llegado nuestros tanques lanzallamas y os

vamos a abrazar a todos! ¡Aquellos que se entreguen podrán volver a sus hogares!» -explicó el jefe del grupo, Rumiántsev.

-¡Son unos granujas -exclamó Mertsálov-. Su desvergüenza es espantosa! Se desnudan para dormir, mientras que yo he perdido la cuenta de los días que hace que no me quito las botas. Los muy hijos de perra van con los faros encendidos por los caminos del frente. -Luego quedó meditabundo por unos instantes y exclamó-: ¡Qué comisario tenemos! Sus palabras, sabéis, me han llegado al alma...

-Es algo brusco -observó el jefe del Estado Mayor-. ¡Qué bronca le ha metido a Mishanski!

-Pues a mí me ha gustado -dijo Mertsálov entre risas-. Con franqueza, Mishanski y tú me tenéis frito: él con sus cuentos y tú con tus normas endemoniadas... Yo soy un hombre sencillo, un militar, y temo las palabras más que las balas. -Miró al jefe del Estado Mayor y añadió con alegría-: ¡Me gusta el comisario, seremos buenos compañeros de lucha!

7. La noche

El batallón de Babadzhanián se había apostado en el bosque. Los soldados estaban sentados o acostados bajo los árboles, en pequeñas chozas hechas con ramas de hojas marchitas y susurrantes. Entre el follaje se veían las estrellas. El aire estaba quieto y templado. Bogariov y Babadzhanián caminaban por un sendero apenas perceptible.

-¡Alto, quién vive! -exclamó el centinela, y agregó rápidamente-: Que se acerque uno; los demás permanezcan en el sitio.

-Los demás también son uno -dijo riendo Babadzhanián y, tras acercarse al centinela, le susurró la consigna.

Siguieron adelante. Se detuvieron junto a una choza y se pusieron a escuchar la conversación que mantenían los soldados en voz baja.

-Dime, ¿qué piensas tú? ¿Dejaremos que exista Alemania después de la guerra o qué? -preguntaba una voz queda y pensativa.

-¡Vete a saber! -respondió otra-. ¡Ya veremos!

-¡Buena conversación durante esta retirada tan larga! -dijo satisfecho Bogariov.

Babadzhanián miró la esfera luminosa de su reloj.

Ignatiev, Rodímtsev y Sedov no habían podido dormir lo suficiente después de la noche en vela en la ciudad en llamas. Los despertó el brigada, que les ordenó ir a buscar la cena. El fogón de la cocina de campaña despedía una difusa luz rojiza en la oscuridad del bosque. Allí, con un bullicio contenido y sin dejar de hacer sonar las escudillas, se agolpaban los soldados rojos. Todos estaban ya informados de la proyectada operación nocturna.

Los tres combatientes, haciendo ruido con las cucharas, daban buena cuenta de la sopa y conversaban lentamente. Rodímtsev, que ya había participado en seis ataques, explicaba con voz pausada a sus compañeros:

-Claro, la primera vez da miedo. No se puede explicar por qué, pero el hecho es que uno siente miedo. No sabes qué va a pasar. Debo deciros que a los novatos les dan mucho miedo los automáticos, a pesar de que disparan al tuntún. La ametralladora tampoco es un arma muy certera que digamos. Cuando dispara, basta con meterse en un barranquillo u ocultarse detrás de algún montículo y, enseguida, buscar otro lugar para el salto siguiente. Los morteros son lo peor y lo más repugnante; lo cierto es que

incluso ahora siento un no sé qué cuando los oigo. Sólo hay una salvación: seguir adelante. Si uno se echa a tierra o retrocede, está perdido.

-¡Qué pena me da Vera! -exclamó Ignatiev-. ¡Aún la veo como si estuviera viva! No sé lo que me pasa...

-Yo ahora no pienso en las mujeres -dijo Rodímtsev-. En la guerra les he perdido el gusto. A los chiquillos, a esos sí que tengo ganas de verlos y pasar aunque sea un día con ellos. Pero en cuanto a las mujeres, no soy un mico alemán...

-No lo entiendes -dijo Ignatiev-. Sencillamente, siento lástima. ¿Acaso se lo merecía, tan joven y tan buena? ¿Por qué la han matado?

-¡Ya he visto hoy la lástima que te da! -observó Rodímtsev-. Te has pasado todo el día en la camioneta tocando la guitarra.

-Eso no quiere decir nada -intervino el moscovita Sedov-. Ignatiev es así por naturaleza. -Y mientras miraba al cielo estrellado, sobre cuyo fondo resaltaba el caprichoso relieve del ramaje joven y negro, prosiguió en voz queda-: Los animales y las plantas luchan por la existencia, en cambio, el alemán lucha por el predominio.

-Tienes razón, Sedov -aceptó Rodímtsev, a quien le gustaban las palabras cultas e incomprensibles-; lo que dices es cierto. -Y prosiguió su interrumpido relato-: En mi casa temía los chirridos del portón, evitaba ir de noche al bosque, en tanto que aquí no temo nada. ¿A qué se deberá? ¿Será que me he acostumbrado o que esta guerra ha cambiado mi corazón, lo ha endurecido? En ocasiones me encuentro con algunos que tienen más miedo que siete viejas, pero yo... Ya pueden hacer conmigo lo que quieran: ¡nada me asusta! Y ya veis, yo era un hombre pacífico, estaba casado y jamás hubiera soñado con esta guerra. Nunca me he peleado con nadie, ni cuando era niño. Y si alguna vez me emborrachaba,

no me metía en líos, ¡qué va!, me ponía a llorar, pues me daba pena todo el mundo...

-Se debe a todo lo que has visto -dijo Sedov-. Cuando uno escucha lo que cuentan los habitantes o ve algo como el incendio de anoche, deja de temer hasta al diablo en persona.

-No sé -dudó Rodímtsev-, ¡lo cierto es que algunos tienen mucho miedo! Nuestro jefe de batallón nos ha acostumbrado: ¡ni un paso atrás! Duela o no duela y por duro que sea, resistimos.

-Sí, el jefe es una roca -dijo Sedov-, pero hay días en que uno las pasa de todos los colores.

-Sí, es un buen hombre. Nunca nos lleva adonde no debe, cuida de sus soldados. Y, sobre todo, comparte todas las dificultades con nosotros. Recuerdo una ocasión en que se sentía completamente enfermo, pero aun así se pasó todo el día metido hasta el pecho en el fango, y hasta empezó a escupir sangre por la boca: fue antes de que vosotros llegaraís, cuando los tanques alemanes avanzaban hacia Novograd-Volinsk. Yo había entrado al bosquecillo a secarme y le vi tendido en el suelo, muerto de fatiga. Me acerqué a él y le dije: «Camarada capitán, coma usted algo, tengo aquí embutido y pan». No abrió los ojos, pero me reconoció por la voz. «No, camarada Rodímtsev», dijo, «gracias, no quiero comer. Lo que quisiera es recibir una carta de mi mujer y de mis hijos; los perdí en los primeros días de la guerra.» Y cuando me lo dijo, os juro por Dios que no sé lo que sentí... Me aparté de él y pensé: «Sí, hermano mío, pesada es la cruz que llevas a cuestas...».

Ignatiev se levantó y se desperezó al tiempo que carraspeaba.

-¡Es fuerte como un toro! -dijo Rodímtsev.

-¿Y qué? -preguntó Ignatiev, enfadado y satisfecho al mismo tiempo.

-¿Qué? ¡Pues nada! Es natural: la comida es buena. En cuanto al trabajo... En casa también trabajaba. Por eso es fuerte.

-Sí, hermano -se oyó en la oscuridad una voz burlona-, en la guerra el trabajo no es difícil, claro que cuando se te meta en las tripas un cascote de kilo y medio, ¡sabrás dónde es más pesada la vida: aquí o en casa!

-¡Vaya, si está trinando el ruseñor de Kursk! -exclamó Sedov y, dirigiéndose a aquel hombre sumido en la oscuridad, preguntó-: ¿Qué, no te gusta cuando disparan los alemanes?

-¡Bueno, bueno! -respondió la voz con enfado-. ¡Como si a ti te encantara!

Un poco más tarde, el batallón emprendió la marcha. La gente caminaba en silencio y sólo de vez en cuando se oían las apagadas voces de mando o alguna blasfemia lanzada por aquellos que tropezaban en los raigones que cruzaban la pista. Marchaban por un estrecho camino abierto en un robledal. Los árboles callaban, con sus ramas inmóviles y sus copas perdidas en las alturas, negras y muertas, como fundidas de una sola pieza. Cuando los soldados salían a los vastos calveros del bosque, el cielo tachonado de estrellas se extendía de pronto sobre ellos como un tapiz de terciopelo negro bordado en oro, y el corazón latía inquieto cuando alguna estrella fugaz surcaba el firmamento. Pero luego, el bosque volvía a cerrarse en torno a ellos y los ojos seguían viendo el dorado enjambre estelar y las enormes manazas de los robles. En la oscuridad se distinguía difusamente la pista arenosa.

El bosque terminó y los combatientes salieron a una llanura. Marchaban por campos aún sin segar, y en medio de la oscuridad, por el susurro de los granos que caían, por el

crujido de la paja bajo las botas, por el murmullo de las espigas que se enganchaban a las guerreras, reconocían el trigo, la cebada, el alforfón, la avena. Y en la marcha con las pesadas botas militares por el delicado cuerpo de la cosecha no recogida, el grano, susurrante como la triste lluvia y que palpaban en la oscuridad, hablaba a muchos corazones campesinos de la guerra y de la sangrienta invasión con mayor elocuencia y fuerza que los incendios que ensangrentaban el horizonte; que el rojo respunte de las balas trazadoras, que ascendían lentamente hacia las estrellas; que los azulados haces de los reflectores, oscilantes en el cielo; que el lejano y sordo retumbar de las explosiones de las bombas. Era una guerra sin precedentes: el enemigo aplastaba la vida del pueblo, arrancaba las cruces de los cementerios donde estaban enterrados sus padres, quemaba los libros infantiles, hollaba los huertos donde sus abuelos habían plantado los manzanos y los cerezos, pisaba la garganta de las viejecitas que solían contar a los niños el cuento del gallo de la cresta de oro, ahorcaba a los toneleros, a los herreros y a los viejos guardianes de las aldeas. Esto no lo habían conocido nunca Ucrania, Bielorrusia ni Rusia. Esto nunca había ocurrido en tierra soviética. Y los soldados rojos marchaban de noche, hollando su propio trigo y alforfón, se acercaban al sovjós donde, entre las casitas blancas, se hallaban los negros tanques con dragones de larga cola pintados en sus costados. Y Rodímtsev, el bueno y pacífico Rodímtsev, decía:

—¡No, esto no tiene perdón!

Un poco antes de que el primer proyectil explotase junto al cobertizo donde reposaban los infantes y tanquistas alemanes, un soldado rojo, cuyo apellido no recordaba nadie, se metió por entre la alambrada, pasó desapercibidamente entre las casas y los huertos, traspuso la verja que daba a la

plaza y empezó a arrastrarse hacia los almiarés de heno que los alemanes habían traído la víspera. El centinela le descubrió y le dio el alto, pero el soldado siguió arrastrándose hacia los almiarés, sin responder. Fue tal la perplejidad del guardia ante la intrepidez de aquel hombre, que en un primer momento no supo qué hacer. Cuando reaccionó y apretó el gatillo de su automático, el soldado rojo se encontraba ya a escasos metros del heno. Tuvo tiempo de lanzar una botella de líquido inflamable contra uno de los almiarés y cayó muerto. Los tanques, autos blindados y tanquetas que se hallaban en la plaza fueron iluminados por la luz anaranjada del heno en llamas. E, inmediatamente, desde una distancia de seiscientos metros, los obuses abrieron fuego. Los artilleros vieron cómo los soldados alemanes salían corriendo del cobertizo.

-¡Diantres, por qué no llegará la infantería! -exclamó enfadado Rumiántsev a Nevtúlov.

Pero al poco rato, una bengala roja daba la señal de ataque. Los cañones callaron al punto. El silencio apenas duró un instante, mientras la gente, que había echado cuerpo a tierra, se incorporaba. Luego, por el oscuro bosque y el alto trigo se extendió un prolongado, bajo e intermitente «¡hurra!». La compañía de Babadzhanian se habían lanzado al ataque. Comenzaron a ladrar las ametralladoras pesadas y se oyó el disperso crepitar de los fusiles. Babadzhanian arrebató el auricular al telefonista. A su oído, mezclada con los ruidos del combate, llegó la voz del jefe de la primera compañía:

-He irrumpido en la aldea; el enemigo huye.

Babadzhanian se acercó a Bogariov y el comisario advirtió que los negros y ardientes ojos del jefe del batallón estaban velados por las lágrimas.

-¡El enemigo huye, el enemigo huye, camarada comisario! -informó con voz ahogada por la emoción-. ¡Ah! ¡Hubiéramos podido cortarles la retirada a esos canallas! -gritó-. ¡No es allí donde Mertsálov debería haber colocado el batallón de Kochetkov! ¡Debería haberlo apostado en el flanco, y no en la retaguardia!

Desde el puesto de observación podía verse como los alemanes corrían de las afueras a la plaza. Muchos iban medio desnudos y llevaban en la mano sus armas y un lío con su ropa. El cobertizo que les servía de cuartel era pasto de las llamas; ardían también los tanques estacionados en la plaza, y una enorme y humeante hoguera, como una torre viva de color rojo, se alzaba sobre los camiones cisterna. Entre los soldados podían verse las figuras de los oficiales, que vociferaban, amenazaban con sus revólveres... y también huían.

«He aquí lo que produce la sorpresa», pensaba Bogariov mientras fijaba la mirada en la multitud de soldados que corrían despavoridos entre las casas.

-¡Las ametralladoras, las ametralladoras adelante! -gritó Mertsálov, y corrió hacia donde estaba la compañía de reserva, irrumpiendo en la aldea con los ametralladores.

Los alemanes se retiraban por la carretera en dirección a Marchijina Buda, situada a nueve kilómetros del sovjós. Un número indeterminado de tanques y autos blindados lograron escapar; los alemanes pudieron recoger a los heridos y muertos.

Amanecía. Bogariov contemplaba los tanques alemanes destrozados por el fuego, que despedían olor a pintura y a lubricante quemados; palpaba el metal muerto, aún tibio.

Los soldados rojos sonreían y reían. También reían y sonreían los mandos; incluso los heridos, embargados de

emoción, se narraban con labios lívidos los episodios del combate nocturno.

Bogariov comprendía que aquel repentino ataque al sovjós, planeado muy a la ligera, no era sino un episodio menor en la larga retirada del Ejército Rojo. Su alma percibía la inmensidad del territorio perdido, toda la gravedad de la pérdida de las grandes ciudades y de las regiones industriales, la tragedia de los millones de seres que habían caído en poder de los fascistas. Sabía que en los meses de guerra transcurridos se habían perdido decenas de miles de aldeas y que en el ataque tan sólo se había recuperado una. Pero experimentaba una alegría sin límites: había visto con sus propios ojos cómo los alemanes huían a la desbandada, había sido testigo de cómo sus oficiales vociferaban asustados. Y también había oído las voces sonoras y alborozadas de los soldados rojos, había visto lágrimas de alegría en los ojos de un jefe oriundo de la lejana Armenia, en el momento en que los combatientes arrebatában a los alemanes una aldehuela en la frontera entre Ucrania y Bielorrusia. ¡Aquel ataque era una pequeña semilla del gran árbol de la victoria!

Él era quizás el único en todo el regimiento que conocía la verdadera situación de las tropas que habían llevado a cabo el golpe de mano nocturno. Al despedirse, el comisario Cherednichenko le había dicho:

–¡Hay que aguantar, aguantar hasta el último aliento!

Bogariov había visto el mapa en el Estado Mayor del frente donde se representaba con claridad la tarea de su unidad: retener en su poder el camino que pasaba por las cercanías del sovjós y no permitir que los alemanes se abriesen paso hacia la carretera real y pudieran atacar por la retaguardia al ejército en retirada. Sabía que al regimiento le esperaba un duro sino.

A las siete de la mañana fueron atacados por los bombarderos alemanes, que surgieron inesperadamente de detrás del bosque. «¡Aviación!», dieron la voz de alarma los centinelas. Los aviones de picado, variando el orden de formación en escuadrilla, se alinearon en columna; luego formaron un círculo cerrado y, a poca velocidad, sin dejar de observar el terreno, comenzaron a girar como un tiovivo sobre el sovjós. Este lento y temible movimiento giratorio apenas duró minuto y medio. La gente, agachada como durante el juego del escondite, corría de un refugio a otro. «¡Permaneced echados, no corráis!», ordenaron los jefes. De pronto, el avión que lideraba la formación se lanzó en picado, seguido de los demás. Aullaron las bombas, que produjeron al estallar un horrísono sonido metálico. El humo negro, la tierra descuartizada y el polvo inundaron el aire. Los que yacían en el suelo trataban de apretarse más a éste, aprovechando cada hendidura del terreno; el aullido de las bombas, el tronar de las explosiones y el rugido de los aviones parecían incrustarles en la tierra.

Uno de los combatientes se incorporó y disparó su automático contra los aviones que se lanzaban en picado. Era Ignatiev.

-Pero ¿qué haces? ¡Nos estás descubriendo, condenado! ¡Alto el fuego inmediatamente! -gritó Mishanski desde la zanja donde se había guarecido.

Pero el soldado no le obedecía, seguía disparando.

-¡Ordeno cesar el fuego! -rugió Mishanski. Pero muy cerca de él otro automático abrió fuego-. ¿Quién dispara, qué diablos estáis haciendo? -volvió a bramar Mishanski, pero al mirar en derredor vio al autor de los disparos: el comisario Bogariov.

-El bombardeo de nada les ha valido a los alemanes -decía el jefe del Estado Mayor del regimiento-. Pensad en ello: estuvieron lanzándose en picado durante treinta y cinco minutos, descargaron medio centenar de bombas y ¿con qué resultado? Dos heridos leves y una ametralladora pesada destruida.

Cuando el jefe del Estado Mayor informó del daño insignificante que había causado el bombardeo, Bogariov suspiró profundamente. «No -pensó-, el daño no es tan pequeño, la gente habla de nuevo en voz baja, de nuevo sus ojos muestran tristeza e inquietud. ¡Aquel buen ánimo, tan inapreciable, ha desaparecido!»

En aquel momento Koslov se acercó a él. Su rostro parecía haber enflaquecido, cubierto de ese velo oscuro que nubla las facciones de los hombres recién salidos del fragor de una batalla. Dios sabe si será el hollín de los incendios, el humo de las explosiones, el polvo fino levantado por la onda expansiva y mezclado con el laborioso sudor del combate, el caso es que después del combate los rostros siempre enflaquecen y se nublan, al tiempo que adquieren un grave semblante. En estos casos también la mirada se vuelve más serena y profunda.

-Camarada jefe del regimiento -empezó a informar Koslov-, Záitsev ha regresado de la exploración y comunica que a Marchíjina Buda han llegado un centenar de tanques alemanes, en su mayoría medianos, pero también hay algunos pesados.

Mertsálov echó una mirada a los ensombrecidos rostros de los jefes y dijo:

-Ya veis, camaradas, qué mal les ha sentado a los alemanes nuestra presencia aquí, ¡nos hemos atravesado en su camino como un hueso en la garganta!

Y echó a andar en dirección a la plaza del sovjós.

Los soldados rojos abrían trincheras a lo largo del camino, cavaban pozos para los antitanquistas.

Zhávelev, mozo atractivo y con un aire de desfachatez, preguntó en voz baja a Rodímtsev:

-¿Es cierto que fuiste el primero en meterte en el almacén de los alemanes? Dicen que había allí unas cien docenas de relojes, ¿es verdad?

-¡Sí! Había allí tantas riquezas que no sólo a mis nietos, sino hasta a mis biznietos les hubiera tocado algo -dijo Rodímtsev.

-Cogisteis alguna cosilla de recuerdo, ¿no? -preguntó Zhávelev al tiempo que le guiñaba el ojo.

-¡Pero, por Dios, hombre! -replicó, sorprendido, Rodímtsev-. Mi carácter no me lo permite, me da asco hasta tocar sus cosas. Además, ¿para qué voy a coger nada si estoy luchando a vida o muerte? -Volvió la cabeza y dijo-: ¡Qué hombre este Ignatiev, qué hombre! Nosotros damos una palada y él da tres. Nosotros hemos abierto una zanja entre dos, y él ha hecho un par solito.

-Y aún canta, el hijo de perra -dijo Sedov-, y eso que lleva dos días sin pegar ojo.

Rodímtsev aguzó el oído y levantó la pala.

-¡Recristo, es cierto! -exclamó alegre-. ¿Qué os parece el niño?

8. Marchijina Buda

María Timoféyevna Cherednichenko, madre del comisario de la división, una anciana de setenta años y tez morena, tenía que salir de su aldea natal. Los vecinos le aconsejaron que se fuera de día, pero María Timoféyevna tenía que cocer el pan para el viaje, y éste sólo podría estar en su punto a la noche. Sin embargo, el presidente del koljós había resuelto irse por

la mañana y ella decidió irse con él. Lioña, su nieto de once años, había venido tres semanas antes de la guerra a pasar sus vacaciones en la aldea después de haber terminado sus estudios en la escuela de Kiev. Desde el comienzo de la guerra no había recibido carta alguna de su hijo y decidió llevar al nieto a Voroshílovgrad, a casa de los padres de su nuera, que había fallecido tres años atrás.

El comisario de división había rogado varias veces a su madre que accediese a vivir con él, en su casa de Kiev, porque allí la vida le sería más fácil y cómoda. Todos los años iba a ver al hijo, pero por lo general su estancia allí no se prolongaba más de un mes. El hijo la paseaba en coche por la ciudad; había visitado un par de veces el museo de historia, y le gustaba ir al teatro. Los espectadores miraban con interés y respeto a la vieja aldeana alta, severa y de manos encallecidas por el trabajo que se sentaba en las primeras filas. Por lo habitual el hijo llegaba poco antes del final del último acto, ya que trabajaba hasta muy tarde. Avanzaban por el vestíbulo, uno al lado del otro, y todos se apartaban al paso de la erguida y severa anciana con un mantón negro sobre los hombros y del militar de tez oscura y grave semblante, muy parecido a ella, con los distintivos de su alto rango de comisario de división. «Madre e hijo», decían en voz baja las mujeres mientras volvían la cabeza.

En 1940, María Timoféyevna había caído enferma y no fue a visitar a su hijo. Entonces, en julio, mientras se encontraba de tránsito para unas maniobras, éste fue a pasar con ella dos días. En esta ocasión le pidió a su madre que se trasladase a Kiev. Tras el fallecimiento de su mujer se sentía muy solo y tenía miedo de que Lioña creciera sin el cariño maternal. Le preocupaba además que su madre, a sus setenta años, continuara trabajando en el koljós, donde tenía

que acarrear agua de un lejano pozo y donde ella misma debía ocuparse de cortar la leña.

Mientras escuchaba en silencio sus razonamientos, la vieja le servía el té bajo el manzano que el padre había plantado en presencia del hijo. Después, antes de atardecer, fue con él al cementerio a visitar la tumba del progenitor. En el cementerio le dijo:

-¿De verdad crees que puedo irme de aquí? Aquí moriré. Tú me perdonarás, hijo mío.

Y he aquí que ahora se preparaba para dejar su aldea natal. La víspera fue a visitar a una vieja amiga. El nieto iba con ella. Se acercaron a la casita y vieron que el portón estaba abierto de par en par. En el patio encontraron al viejo tuerto Vasili Kárpovich, pastor del koljós. Junto a éste, con la cola gacha, gruñía un perrito de pelambre rojizo.

-¡Vaya, Timoféyevna, ya se van! -exclamó Vasili Kárpovich-. Pensaba que ya se había marchado esta mañana temprano.

-No, nos vamos mañana -explicó Lioña-. El presidente del koljós nos facilita caballos.

El sol del crepúsculo alumbraba los tomates que comenzaban a adquirir color, colocados por la mano cuidadosa del ama sobre el poyo de la ventana. Las hermosas flores del jardincillo, los árboles frutales con los troncos encalados y sus frondosas ramas sujetas con palos alegraban la huerta. Sobre la verja estaba el pasador de madera, cuidadosamente cepillado, que servía para cerrar el portón. En la huerta, entre las verdes hojas de las hortalizas se veían las calabazas amarillas, las panochas de maíz, las vainas de las habas y de los guisantes y los redondos girasoles de pepitas negras.

María Timoféyevna entró en la casa abandonada. Por todas partes había huellas de vida apacible, del amor de los

dueños a la limpieza y a las flores; sobre el alféizar se encontraban rizadas rosas; en un rincón, un gran ficus de hojas oscuras y brillantes; sobre la cómoda, una maceta con un pequeño limonero y dos más con finos tallos de palmera. Todo lo que había en la casa –la mesa de cocina con las huellas redondas y requemadas de las ollas de hierro, un lavabo verde con unas flores blancas pintadas, un pequeño repostero con tacitas nunca usadas, oscuros cuadros colgados de las paredes– hablaba de una vida larga pasada en esta vivienda abandonada, del abuelo, de la abuela, de los niños que habían dejado sobre la mesa su libro *Literatura patria*, de las tranquilas veladas en invierno y en verano. Miles de casitas blancas ucranianas como ésta habían quedado vacías, y los dueños que las habían construido, que habían visto crecer los árboles a su alrededor, caminaban ahora sombríos, levantando con sus botas el polvo de los caminos que se dirigían a oriente.

–Abuelo, ¿han dejado el perro? –preguntó Liona.

–No han querido llevarlo; yo lo cuidaré –dijo el viejo, y comenzó a llorar.

–¿Por qué lloras? –preguntó María Timoféyevna.

–Por qué, por qué... –dijo el viejo al tiempo que hacía un gesto con la mano.

Y con este triste movimiento de su mano de uñas negras y deformadas por el trabajo expresó cómo la vida se había derrumbado.

María Timoféyevna volvió presurosa a su casa. El pálido y delgado Liona la seguía con dificultad.

¡Qué amargo le resultaba ahora caminar por esta calle de la aldea! Por esta misma calle había ido a la iglesia para casarse, por aquí también fue tras el féretro de su padre, de su madre y de su marido. Y por la mañana tendría que sentarse en un carro en medio de los bultos y enseres

recogidos a toda prisa, y abandonar la casa de la que había sido dueña durante cincuenta años, donde crecieron sus hijos, donde había venido a visitarla su tranquilo, inteligente y sensible nietecito.

Y en la aldea iluminada por el cálido sol del atardecer, en las blancas isbas, entre los macizos de flores y pequeños jardines se murmuraba que las tropas del Ejército Rojo estaban más allá del río, y que el viejo Kotienko, que se marchó en la época de la colectivización a la cuenca del Donetsk y que después regresó, había ordenado a su mujer enjalbregar la isba como si fuera a celebrarse Pascua. La viuda Gulíenskaya, junto al pozo, les hablaba:

–Dicen que ellos repartirán la tierra. La gente dice que creen en Dios.

Rumores tenebrosos y malsanos comenzaron a circular por la aldea. Los viejos salían a la calle y miraban hacia el lugar por donde cada tarde, envuelto en el polvo rosado del atardecer, volvía el rebaño.

Por allí, por el lejano bosque, por el robledal donde habitualmente había muchas setas, debían aparecer los alemanes. Las mujeres, entre lágrimas y suspiros entrecortados, cavaban hoyos en los jardines y debajo de las casas para guardar apresuradamente sus modestos ajuares – mantas, botas de fieltro, vajilla– mientras volvían a menudo la cabeza hacia el oeste. Pero el oeste estaba claro y en calma.

Grischenko, presidente del koljós, fue a la casa de Kotienko para recoger cuatro sacos que le había prestado hacía un mes.

Kotienko, un viejo alto, recio, de unos sesenta y cinco años, con espesa barba, estaba sentado a la mesa mirando a su mujer mientras ésta blanqueaba la casa.

-Buenos días -saludó Grischenko-, he venido a recoger mis sacos.

Kotienko le preguntó en tono burlón:

-¿Se prepara para el viaje, presidente del koljós?

-Claro está, es preciso marcharse -dijo Grischenko, y lanzó al viejo una mirada de odio.

En los últimos días el viejo parecía más erguido; su forma de hablar se había tornado burlona, sosegada, y ahora al dirigirse a Grischenko le tuteaba.

-Sí, sí, tienes que marcharte, ¡cómo no te vas a ir si ya se fue el presidente del sóviet, todos los de la oficina, el tenedor de libros, los jefes de las brigadas del koljós! Casi todos los tuyos se han ido, ¡hasta el cartero! -y se echó a reír-. ¿Sabes?, no puedo devolverte los sacos; los cogió mi yerno para llevar el trigo a Bieli Kolódets y no volverá hasta pasado mañana.

Grischenko asintió con la cabeza y le dijo tranquilamente:

-Bueno, qué le vamos a hacer. ¿Qué idea es ésta de blanquear la casa?

-¿Blanquear la casa? -repitió el viejo.

Estuvo tentado de decirle al presidente del koljós por qué blanqueaba la casa. Pero en tanto que hombre prudente y reservado, acostumbrado a ocultar sus pensamientos, también ahora tuvo miedo. «¿Quién sabe? A lo mejor me pega un tiro», pensó.

Parecía ebrio de alegría, a pesar de que el presidente del koljós todavía andaba por las casas. Sentía deseos de expresar todo lo que llevaba dentro de su alma, todo lo que había pensado en las largas noches de invierno y que nunca le había confiado a nadie, ni a su propia mujer. Hacía cuarenta años había ido a ver a un tío suyo que trabajaba como peón en la hacienda de un rico *kulak*⁷ estoniano. Como si fuera un poema maravilloso, se le quedó grabado el

recuerdo del magnífico corral para el ganado, donde lavaban el suelo de cemento con jabón, del molino de vapor y del propio amo, un viejo fornido y con barba, vestido con una pelliza roja forrada de piel. Miles de veces se había acordado del bonito trineo pintado de colores llamativos, y del joven, fogoso y dócil caballo que lo arrastraba hasta el zaguán claro y limpio, del dueño vestido con su magnífica pelliza, con su gorro alto de pieles, con sus manoplas bordadas y sus flexibles botas de fieltro. Recordaba cómo, mientras recorría el bosque, donde los peones serraban la madera, el amo sacó del bolsillo un frasquito, desenroscó su original tapón y tomó un trago de vodka de frutas. Éste no era un negociante, no era un terrateniente noble, no: era un mujik⁸, un verdadero mujik, pero rico y poderoso. Convertirse en un mujik tan rico como aquél, poseer hermosas vacas pintas, rebaños de ovejas, centenares de cerdos grandes y rosados, ser un mujik en cuya hacienda trabajasen decenas de jornaleros fuertes y disciplinados: ése era el sueño, la vida y la aspiración de Kotienko. Luchó por la realización de este sueño de modo cruel, infatigable y con inteligencia. En 1915 poseía sesenta desiatinas⁹ de tierra y había construido un molino de vapor. La Revolución derrumbó el castillo de sus sueños, le quitó el sentido a su vida. Dos de sus hijos se enrolaron en el Ejército Rojo y perecieron en los frentes de la guerra civil. Kotienko no permitió a su mujer que colgara sus fotografías en la pared. Él esperaba y rezaba. En 1931 se marchó a la cuenca del Donetsk y estuvo trabajando en las minas ocho años. Pero su anhelo de vivir como aquel kulak no quería, no podía morir.

Ahora creía llegado el momento de realizar su sueño.

Durante todo este tiempo le había atormentado la envidia que sentía hacia la vieja Cherednichenko. El honor que él aspiraba a obtener en tiempos del zar ésta lo había

alcanzado con su vida de trabajo después de la Revolución. La elegían delegada para que en nombre del koljós pronunciase discursos en los teatros de la ciudad. Kotienko perdía los estribos cuando veía su fotografía publicada en el periódico de la región: una vieja de labios finos, con su mantón negro sobre los hombros, mirándole con sus ojos inteligentes y maliciosos como si estuviera burlándose de él. «Eh, Kotienko, tú no has vivido así», le decía su cara. El odio se adueñaba de él cuando veía a la vieja dirigirse tranquilamente al campo a trabajar, o cuando los vecinos decían:

-Timoféyevna se ha marchado a Kiev a ver a su hijo; un teniente vino a recogerla en un coche azul.

Pero ahora Kotienko sabía que no había esperado en vano. Resultó que él tenía razón, y ella no. No se había dejado crecer en vano una barba igual que la que llevaba el kulak estoniano, no había esperado en vano, no había abrigado esperanzas en vano.

Y mientras miraba al presidente del koljós, que le observaba con ojos escrutadores, se contenía, se calmaba: «Espera, espera, has esperado mucho; ahora sólo falta un día, un solo día».

-¿Quién sabe -dijo con un bostezo-, quién lo sabe? A mi mujer se le ocurrió blanquear la casa justo ahora, y si una mujer se empeña ¿qué puedes hacer con ella?

Salió para acompañar al presidente y miró largo rato hacia la carretera desierta, mientras en su cabeza zumbaba un enjambre de alegres pensamientos. «Cherednichenko ha construido su casa sobre mis propiedades, esto quiere decir que la vivienda será mía; si quiere vivir en ella tendrá que pagarme el alquiler en oro... Las cuadras del koljós también están sobre mi tierra, por consiguiente serán mías... Los frutales del koljós fueron plantados sobre mi tierra: por lo

tanto, también serán míos los cerezos y los manzanos... El colmenar del koljós será mío, pues demostraré que las colmenas me fueron arrebatadas en tiempos de la Revolución...»

La carretera estaba tranquila, desierta, no había polvo, no se movían las hojas de los árboles situados a lo largo de la carretera. El disco rojo del sol, espléndido y tranquilo, descendía hacia la tierra.

«Por fin ha llegado el momento tan largamente deseado», pensó Kotienko.

9. Los alemanes

-Abuelita, ¿tendremos tiempo de marcharnos? -preguntó Lioña.

-Sí, Lioña, sí -contestó María Timoféyevna.

-Abuelita, ¿por qué retrocedemos siempre? ¿Es que los alemanes son más fuertes?

-Duérmete, Lioña -dijo María Timoféyevna-, mañana tenemos que partir al amanecer. Yo me acostaré, descansaré luego una horita y más tarde haré los preparativos. Me cuesta trabajo respirar, es como si tuviera una losa sobre el pecho. Siento ganas de quitármela, pero no tengo fuerzas para ello.

-Abuelita, pero ¿no habrán matado a mi padre?

-Pero ¡qué dices, Lioña! A tu padre no lo matarán. Es fuerte.

-¿Más fuerte que Hitler?

-Más fuerte, Lioña. Era un mujik como tu abuelo y ahora es general. Es inteligente, tú no sabes lo inteligente que es.

-Pero papá siempre está callado. Me sienta sobre sus rodillas y calla. Sólo una vez hemos cantado canciones.

-Duerme, Lioña, duerme.

-¿Nos llevaremos la vaca?

María Timoféyevna jamás había sentido tal debilidad como en aquel instante. Tenía muchas cosas que hacer pero, de súbito, las fuerzas le fallaron y se sintió débil, exhausta.

Extendió una manta de algodón sobre un banco, puso una almohada y se acostó. Hacía mucho calor. Los dorados panes, recién sacados del horno, despedían un olor dulce y apetitoso. ¿Sería posible que fuera la última vez que cociera el pan en su horno, sería posible que no comiera más pan de su trigo? Los pensamientos se confundían en su cabeza.

En su niñez, lo mismo que ahora, se acostaba junto al cálido horno sobre la pelliza de piel de su padre y miraba los panes que había cocido su madre. «¡Manka, ven a desayunar!», la llamaba el abuelo. ¿Dónde se encontraría ahora su hijo? ¿Estaría vivo? ¿Cómo podía llegar hasta él?

«¡Manka, Manka!», la llamaba su hermana, y ella, sin calzarse, corría con los pies desnudos sobre el frío suelo de tierra. «Es preciso recoger todos los retratos, descolgar de la pared todas las fotografías. Las flores se quedarán, los árboles frutales también, lo mismo que las tumbas. No he ido al cementerio a despedirme. El gato se quedará. Cuentan los koljosianos que en las aldeas quemadas sólo se quedan los gatos. Los perros se marchan con sus amos: los gatos, acostumbrados a la casa, no quieren irse.» ¡Oh, qué calor, qué difícil es respirar, qué pesadez en los brazos! Sólo ahora sienten éstos el enorme trabajo que ella, ahora ya vieja, ha realizado durante los setenta años de su vida. Las lágrimas corren por sus mejillas: le cuesta levantar la mano, las lágrimas no dejan de brotar. Así lloró cuando una zorra se llevó el más hermoso ganso de la manada. Al anochecer, al volver a casa, la madre le preguntó con tristeza:

-Manka, ¿dónde está nuestro ganso?

Ella lloraba a lágrima viva. El padre, severo, siempre taciturno, se le acercó, le acarició la cabeza y le dijo: «No llores, hijita, no llores». Le parecía que también ahora lloraba de dulce felicidad mientras sentía la ruda y cariñosa mano de su padre sobre su cabeza. En esta última amarga noche de su vida en la casa que debía abandonar, como si el tiempo hubiese desaparecido, regresaron los recuerdos de su infancia, de su adolescencia y de los primeros años de su vida de casada. Oía los llantos de sus hijos cuando los amamantaba, el susurro alegre y malicioso de sus amigas, veía a su joven y fuerte marido, de cabellos negros, obsequiar en la mesa a los invitados, oía el tintineo de la vajilla, el crujido de los pepinos salados, duros como manzanas, que su abuela le había enseñado a preparar. Los invitados comenzaban a cantar; ella les acompañaba con su joven voz y notaba las miradas de los mujiks, mientras su marido se enorgullecía de ella, y el viejo Afanasi movía la cabeza cariñosamente diciendo: «¡Oh, mi María!».

Debió de quedarse dormida. Después la despertó un ruido extraordinario, salvaje, un ruido como jamás se había oído en la aldea. Lionña, que se había despertado, la llamaba:

-¡Abuelita, abuelita, levántate deprisa! Abuelita, no duermas más, te lo ruego.

La vieja se acercó rápidamente a la pequeña ventana, apartó los visillos y miró.

¿Era de noche o había llegado el nuevo y terrible día? Todo aparecía de color rojo, como si hubieran regado con agua sanguinolenta la aldea entera: las pequeñas casas y los troncos de los abedules, los jardines y las vallas. Se oían disparos, el rugido de los motores de los automóviles, gritos.

Los alemanes irrumpieron en la aldea. Entró la horda. Así llegó desde Occidente, con sus modernos aparatos transmisores, con sus piezas niqueladas, su cristal, su

wolframio, su molibdeno, con los neumáticos de los automóviles producidos en sus fábricas de caucho sintético. Y como si se avergonzasen de estas máquinas perfectas, creadas, a su pesar, por la ciencia y el trabajo de Europa, los fascistas habían pintado sobre ellas los símbolos de su cruel salvajismo: osos, lobos, zorras, dragones, calaveras humanas con tibias cruzadas.

María Timoféyevna comprendió que le había llegado la muerte.

-Lioña -dijo-, vete corriendo con el pastor, con Vasili Kárpovich, él te sacará de la aldea y te llevará con tu padre.

Ayudó al nieto a vestirse.

-¿Dónde está mi gorra? -preguntó el chico.

-Ahora no hace mucho frío, márchate sin ella -le dijo la abuela.

El muchacho, como si fuera un adulto, comprendió enseguida por qué no debía ponerse la marinera con los botones dorados.

-¿Puedo coger el revólver y los anzuelos de pescar? -preguntó en voz baja.

-Cógelos, cógelos -y la abuela le entregó un revólver negro de juguete.

María Timoféyevna abrazó a su nieto, lo besó en los labios y le dijo:

-Vete, Lioña, y saluda a tu padre de mi parte con una reverencia profunda, y tú, nietecito mío, acuérdate de la abuelita, no me olvides.

El niño salió corriendo de la casita en el instante en que los alemanes se dirigían hacia su patio.

-¡Corre por las huertas, por las huertas! -le gritaba la abuelita.

Corría, y era como si las palabras de despedida de su abuela se incrustaran para siempre en su turbada alma

infantil. Y no se daba cuenta de que estas palabras surgirían de nuevo en su memoria y ya jamás las olvidaría.

María Timoféyevna recibió a los alemanes en el umbral de la puerta. Vio que detrás de ellos estaba el viejo Kotienko, y aun en este terrible momento le sorprendieron a María Timoféyevna sus ojos, que la miraban ávidos y escrutadores, buscando en su cara el azoramiento, el miedo.

Un alemán alto, delgado, con la cara cubierta de polvo, sudoroso y sucio, le preguntó en ruso, vocalizando, como si imprimiese sus palabras con las letras mayúsculas del abecedario:

-¿Usted es la madre del comisario?

Y ella, que presentía la muerte, irguió aún más su esbelta figura y dijo en voz baja, prolongando las palabras:

-Yo soy su madre.

El alemán miró despacio y con atención su cara, miró el retrato de Lenin, echó un vistazo al horno, a la cama deshecha. Los soldados que estaban detrás de él examinaban la casa y la vieja, con su mirada penetrante, comprendió lo que significaban sus rápidas y prácticas ojeadas al jarro lleno de leche que estaba sobre la mesa, a las toallas con gallos rojos bordados, a los panes de trigo, al pedazo de tocino medio envuelto en un lienzo limpio, a una botella con licor de guindas que ardía en chispas de rubíes sobre el alféizar de la ventana.

Un soldado dijo algo en voz baja y tono bonachón; los demás se rieron. Y una vez más María Timoféyevna comprendió, con su instinto agudizado hasta el extremo, de qué hablaban los soldados. Era una simple broma de soldado a propósito de la buena comida que les iba a caer en suerte. La vieja se estremeció, al comprender de repente la terrible indiferencia que los alemanes sentían por ella. No les interesaba, no les conmovía, no les inquietaba la enorme

desgracia de esta mujer de setenta años dispuesta a recibir la muerte. Simplemente, la vieja se interponía entre ellos y el pan, el tocino, las toallas y el trozo de lienzo, y ellos sólo tenían ganas de comer y de beber. La vieja no provocaba en ellos odio, pues no representaba ningún peligro. La miraban como se puede mirar a un gato, a una ternera. Ante ellos estaba una vieja inútil que existía en el espacio vital necesario para los alemanes.

No, no había sobre la tierra nada más terrible que semejante indiferencia hacia la gente. Los alemanes seguían adelante, marcaban las rutas sobre los mapas, anotaban en sus diarios la cantidad de miel comida, la lluvia caída, los baños en los ríos, las noches de luna, las conversaciones con los compañeros. Eran pocos los que escribían sobre los fusilamientos en innumerables aldeas de nombre impronunciable y rápidamente olvidado. Esas cuestiones las consideraban formales y aburridas.

-¿Dónde está el hijo del comisario? -preguntó el alemán.

-¿Acaso haces la guerra también con los niños, víbora? -le preguntó María Timoféyevna.

La vieja quedó tendida en el umbral de la casa y los tanquistas alemanes pasaron cuidadosamente por encima del charco de sangre oscura, anduvieron de un lado para otro llevándose lo que encontraban y charlando animadamente entre sí.

-El pan aún está caliente.

-Si fueras un tipo decente, de las cinco toallas me darías por lo menos una. Eh, ¿qué te parece? No tengo ninguna como éstas, con gallos.

En el centro de la habitación había una mesa cubierta con un mantel blanco. Sobre ella se veía miel, nata, salchichón

casero ucraniano, con ojos blancos de tocino y de ajo, grandes jarros oscuros con leche y un samovar hirviendo.

Serguéi Ivanóvich Kotienko, vestido con chaqueta y chaleco negros en los que brillaban las escamitas de la naftalina, y una blanca y fina camisa de hilo bordada, recibía a los huéspedes alemanes: al mayor, el jefe del destacamento de tanques, y a un oficial entrado en años, de tez morena y con gafas de oro, que llevaba una calavera blanca sobre la manga de su guerrera. Los oficiales estaban rendidos después de la larga marcha nocturna; sus caras, pálidas.

El mayor tomó un vaso de leche con mucha nata y dijo bostezando:

-Esta leche me gusta mucho, me recuerda el chocolate.

Serguéi Ivanóvich ofrecía los platos a los huéspedes mientras decía:

-Coman, háganme el favor. ¿Por qué no comen ustedes?

Los oficiales, cansados, no tenían ganas de comer, bostezaban, removían perezosamente sobre los platos las rodajas de salchichón con los tenedores.

-Sería mejor echar a este viejo y también a su mujer - propuso el oficial con gafas-; me asfixio con el olor de la naftalina, casi es necesario ponerse la máscara antigás.

El mayor se echó a reír.

-Pruebe usted la miel -dijo-, en sus cartas mi mujer me dice que coma toda la miel ucraniana que pueda.

-¿Han encontrado al muchacho? -preguntó el oficial con gafas.

-Hasta ahora no.

El mayor cogió un pedazo de pan, lo cubrió con una gruesa capa de mantequilla, después tomó con la cucharilla una gran porción de espesa miel y la vertió encima del pan, que se tragó rápidamente con algunos sorbos de leche.

-En serio, no está mal, os lo aseguro -dijo.

Kotienko estaba ansioso de preguntar a quién debía dirigirse para que le reconocieran sus derechos sobre las casas, las cuadras del koljós, las colmenas y la huerta. Pero una incomprensible timidez se apoderó de él. Había creído que con la llegada de los alemanes, de golpe, se sentiría libre y feliz, que se sentaría con ellos a la mesa, que conversaría. Pero no le invitaron a tomar asiento, y en sus caras burlonas, que bostezaban, se reflejaban la indiferencia y el hastío. Al conversar con él, en tono de impaciencia, fruncían el ceño. Su atento oído pescó algunas palabras en alemán, incomprensibles para él, pero que evidentemente eran de burla y desprecio hacia él y su mujer.

Los oficiales se levantaron de la mesa, le dijeron entre dientes una palabra incomprensible que Kotienko interpretó como un saludo displicente. Salieron a la calle y se dirigieron hacia la escuela donde los ordenanzas les habían preparado el alojamiento.

Ya amanecía. Los incendios que se estaban extinguiendo aún humeaban.

-Y bien, Motria, ¿es que no vas a dormir? -preguntó Serguéi Ivanóvich a su mujer.

-No puedo -le contestó ésta.

Un sentimiento de inquietud, de miedo, se apoderó cada vez con más fuerza de Kotienko. Echó una mirada a la mesa, a la comida intacta. ¡Él, que tanto había soñado con una fiesta alegre y solemne, con el discurso emocionado que pronunciaría tras la llegada de una vida nueva y próspera!

Se acostó, pero durante mucho rato no pudo conciliar el sueño. Le venía a la memoria el recuerdo de sus hijos, que habían perecido en el Ejército Rojo, de la vieja Cherednichenko. Él no había sido testigo de sus últimos instantes en este mundo. Cuando ella amenazó al oficial, Serguéi Ivanóvich salió al patio y corrió hasta la verja. Oyó

el disparo que estremeció la casa y sus dientes empezaron a castañetear. Pero cuando el oficial salió al patio estaba tan tranquilo, los soldados que sacaban las cosas de la casa conversaban entre sí tan amistosa y sosegadamente, que Serguéi Ivanóvich se serenó. «La vieja perdió completamente la cabeza -pensaba-; se empeñó en abofetear a un oficial.» Con un gruñido, se dio la vuelta en la cama. El olor de la naftalina le incomodaba, hasta tal punto que le parecía tener la cabeza llena de plomo; el dolor de las sienes era insoportable. Se levantó sin hacer ruido, se dirigió al baúl donde estaba la ropa de invierno y sacó las fotografías de sus hijos, vestidos con el uniforme de la caballería de Budionni¹⁰, con los sables colgados de su cintura. Echó una rápida ojeada a los jóvenes de caras redondas y pómulos salientes que desde los retratos le miraban con curiosidad; empezó a romper las fotografías y a echar los pedazos a la lumbre. Después se acostó de nuevo. De pronto se sintió triste, pero tranquilo. «Ahora será como yo quería», y con este pensamiento se durmió.

Se despertó a las ocho tocadas y salió a la calle. La aldea estaba llena de polvo. Llegaban camiones nuevos, enormes, con infantería, que atravesaban las calles de la aldea. Los soldados, en grupos, recorrían las casas. Sus rostros enflaquecidos y tostados reflejaban desconfianza e indiferencia.

«Esto sí que es una fuerza», pensó Serguéi Ivanóvich. Oyó unos gritos provenientes del pozo y miró hacia atrás. La hija de Cherednichenko, Ganna, se dirigía apresuradamente a su casa cargada con unos cubos. Un joven alto que calzaba botas amarillas con gruesas suelas la seguía a grandes pasos.

-Oh, buena gente, nuestra casa está ardiendo. ¡La incendiaron los malditos alemanes y no me dejan que la

apague! –gritaba Ganna llorando.

El soldado alto la alcanzó, la obligó a dejar los cubos en el suelo, le dijo algo rápidamente y, cogiéndola por el brazo, miró sus ojos llorosos. Se acercaron otros dos soldados más y, riendo, empezaron a hablar, al tiempo que abrían los brazos para cortar el camino a la muchacha. Mientras, el tejado de paja seguía ardiendo con su fuego claro, amarillo, alegre, vivo y despreocupado como el sol de una mañana de verano.

El polvo envolvía la calle, se posaba sobre el rostro de las gentes; el olor de los incendios lo impregnaba todo. Los que ya se iban extinguiendo despedían un humo blanquecino, las altas y delgadas chimeneas de las estufas permanecían sobre las casas incendiadas como tristes monumentos. En algunos hornos habían quedado las ollas y peroles de hierro fundido. Las mujeres y los niños, con los ojos enrojecidos por el humo, removían las brasas para salvar lo poco que quedaba de sus ajuares medio quemados: sartenes, vasijas de hierro fundido todavía servibles. Serguéi Ivanóvich vio a dos alemanes que se disponían a ordeñar una vaca; uno ofrecía al animal un pequeño plato de patatas cortadas en trozos menudos y espolvoreadas con sal. La vaca, desconfiada, tomaba con su húmedo hocico la golosina y dirigía miradas aviesas al otro alemán, que acomodaba un cubo esmaltado debajo de su ubre. Cerca del estanque se oía hablar animadamente en alemán y el graznido de los gansos asustados. Algunos soldados, saltando como las ranas, con los brazos abiertos, atrapaban los gansos que echaban del estanque dos jóvenes rubios muy bien parecidos, metidos en el agua hasta la cintura. Éstos salieron del agua y, desnudos, se acercaron a la vieja maestra Anna Petrovna, que atravesaba la plaza. Empezaron a bailar haciendo muecas. Los otros soldados se reían a carcajadas mientras contemplaban estas danzas.

Serguéi Ivanóvich se dirigió a la escuela; allí, de un columpio donde antes jugaban los niños durante el recreo, colgaba Grischenko, el presidente del koljós. Sus pies descalzos, con los dedos torcidos y encallecidos, casi tocaban la tierra. Su cara amoratada, cubierta de cuajarones de sangre, miraba fijamente a Serguéi Ivanóvich, y éste soltó un grito de sorpresa: Grischenko se reía de él. Con sus ojos horribles y feroces fijos en él, sacaba la lengua e inclinaba su pesada cabeza como si le preguntase: «Qué, Kotienko, ¿has recibido por fin a los alemanes?».

La cabeza de Serguéi Ivanóvich se turbó. Quiso gritar pero ningún sonido salió de su boca, y haciendo un gesto con la mano dio media vuelta y se marchó. «¡He aquí mis cuadras!», dijo en voz alta al examinar los escombros ennegrecidos por el incendio, las vigas salientes, los tirantes, los postes. Se dirigió al colmenar y desde lejos vio las colmenas destruidas, volcadas; oyó el zumbido de las abejas, que parecían vigilar el cuerpo del muchacho que cuidaba las colmenas y que yacía debajo de un árbol. «¡Aquí está mi colmenar!» Y, tras detenerse, se quedó mirando la nube oscura de abejas que volaba alrededor del cuerpo exánime del joven. Se marchó para ver la huerta koljosiana. En las ramas no había una sola manzana, ni una sola pera. Los soldados serraban y cortaban con hachas los árboles frutales, sin dejar de maldecir los fibrosos troncos, que se resistían. «El peral y el cerezo son los más duros de cortar – pensó Serguéi Ivanóvich–; tienen la madera nudosa.»

Las cocinas humeaban en la huerta del koljós. Los cocineros desplumaban los gansos; con navajas de afeitar raspaban las cerdas de los lechones sacrificados, mondaban patatas, zanahorias y remolachas traídas de la huerta koljosiana. Debajo de los árboles había decenas, centenas de soldados tendidos que masticaban ruidosamente, chascando

la lengua al saborear el jugo de las manzanas blancas y de las azucaradas peras. Le parecía a Serguéi Ivanóvich que este ruido mitigaba todos los otros sonidos: el de las bocinas de los nuevos autos que llegaban cada vez en mayor número, el zumbido de los motores, el largo mugido de las vacas, el piar de los pájaros. Tenía la sensación de que aunque un trueno hubiera hecho estremecer el cielo, incluso eso habría sido sofocado por el potente, apresurado y alegre masticar de aquellos centenares de soldados alemanes.

Todo se confundía en la cabeza de Serguéi Ivanóvich. Andaba sin rumbo por la aldea sin saber adónde ir, ni para qué. Las mujeres, al verle, huían atemorizadas; los hombres le miraban con indiferencia y pasaban delante de él sin responder a sus saludos; las viejas, que no temían a la muerte, le amenazaban con sus puños nudosos y le insultaban con sus peores palabras. Iba por la aldea mirando de un lado para otro. Su americana negra estaba cubierta por una capa de polvo; su cara sudorosa, llena de suciedad; el dolor de cabeza le atormentaba. Creía que el dolor de las sienes era producido por el olor penetrante y molesto de la naftalina, y que el ruido de los oídos era consecuencia del unánime y alegre masticar.

Los autos negros marchaban y marchaban entre el polvo amarillo y gris. De ellos saltaban a tierra, sin abrir siquiera la portezuela trasera con escalones, nuevos alemanes enflaquecidos que se dispersaban por las casas blancas, se metían en las huertas, en los jardines, en los cobertizos y gallineros.

Serguéi Ivanóvich llegó a su casa y se detuvo en el umbral de la puerta. La rica mesa preparada desde la tarde estaba manchada de los vómitos de las borracheras. Sobre ella había botellas vacías tiradas. Los alemanes ebrios iban de una habitación a otra, dando traspiés; uno de ellos exploraba

con el hurgón el negro vientre del horno, otro estaba encima de un taburete descolgando de los iconos las toallas nuevas bordadas, puestas allí la víspera. Al ver a Serguéi Ivanóvich, uno le guiñó el ojo y pronunció una larga perorata en alemán. En la cocina oyó de nuevo un ruidoso, alegre y apresurado masticar: los alemanes comían tocino, manzanas y pan. Serguéi Ivanóvich salió al pasillo y en un rincón oscuro, al lado del barril del agua, encontró a su mujer.

El corazón se le contrajo terriblemente por el dolor. Allí estaba su taciturna, sumisa y obediente esposa, que ni una vez en su vida le había replicado, que jamás había pronunciado una palabra más alta que otra, grosera.

-Motria, pobrecita Motria mía -susurró, y de repente se calló.

Los ojos de Motria, jóvenes y ardientes, le miraban.

-Yo quería conservar las fotografías de mis hijos -dijo ella, y Kotienko no reconoció su voz-, pero anoche tú las rompiste y las echaste a la estufa.

Y abandonó para siempre la casa mancillada.

Kotienko se quedó en el pasillo semioscuro. Por su imaginación vio pasar al kulak estoniano con la pelliza roja bordeada de piel, chascando alegre y fuertemente la lengua. Y como si fuese en un paisaje lunar, de pronto vio a María Cherednichenko con los cabellos blancos que se escapaban de su pañuelo, iluminada por las llamas de los incendios. De nuevo se sintió abrasado por la envidia. Ahora envidiaba su vida, envidiaba su muerte sin mácula. Por un instante se abrió un terrible abismo en el que cayó su alma.

En la oscuridad tanteó con la mano el cubo con la cuerda. El cubo hizo un ruido conocido, pero la cuerda no estaba, se la habían llevado los alemanes.

-¡No me vencerás, perra suerte! -murmuró, y, tras quitarse su delgado y resistente cinturón, empezó allí mismo,

en la oscuridad del pasillo, a preparar un nudo corredizo que sujetó en una alcayata clavada encima del barril.

10. ¿Quién tiene razón?

Era de noche. Mertsálov y Bogariov despachaban su cena en el puesto de mando. Comían carne en conserva. Mertsálov se llevó a la boca un trozo de carne cubierto de grasa blanca fría y dijo:

-Algunos la calientan; yo, en cambio, considero que fría está más sabrosa.

Después de las conservas, tomaron té. Con la empuñadura del machete que les había servido de abrelatas, Mertsálov partió un gran terrón de azúcar. Los pequeños terrones que saltaron en todas direcciones provocaron las quejas del jefe del Estado Mayor, pues varios de ellos impactaron en su rostro.

-¡Ah! Me había olvidado por completo -dijo Mertsálov-, ¡si tenemos dulce de frambuesa! ¿Está usted dispuesto a hacerle los honores, camarada comisario?

-¡Encantado! Precisamente, ésa es mi mermelada predilecta.

-Entonces, ¡magnífico! Aunque le diré que yo prefiero la de guindas. ¡Es para chuparse los dedos!

Mertsálov cogió la gran tetera de latón.

-¡Cuidado, cuidado, que está llena de tizne! Seguramente la habrán puesto a hervir en la hoguera.

-La han hervido en la cocina de campaña, pero después Proskúrov la ha recalentado en la hoguera -explicó Mertsálov con una sonrisa.

-Veo que su experiencia de la vida de campaña, camarada Mertsálov, es por lo menos setenta veces mayor que la mía. ¿Dónde quiere que le ponga el dulce?

Los dos sorbieron ruidosamente el té, levantaron a un tiempo la cabeza, se miraron y sonrieron.

Aquellos pocos días de vida en común les habían hermanado. La vida del frente une siempre a los hombres con gran rapidez. A veces basta convivir con alguien un solo día y ya parece que se le conozca de años: uno aprende sus hábitos alimentarios, sobre qué costado duerme, si -¡Dios nos libre!- rechina los dientes al dormir y adónde ha sido evacuada su mujer; uno llega incluso a enterarse de cosas que, en tiempos de paz, ni en diez años hubiera descubierto de su mejor amigo. ¡Qué fuerte es la amistad soldada con la sangre y el sudor de los combates!

Entre sorbo y sorbo, Bogariov derivó la conversación hacia un tema importante.

-¿Qué opina usted, camarada Mertsálov, ha sido o no eficaz el ataque nocturno contra los tanques alemanes que había en el sovjós? -preguntó.

-Cómo decirle... -respondió Mertsálov sonriendo-. Irrumpimos allí de noche, por sorpresa, el enemigo huyó y nosotros ocupamos un punto poblado. Por un acto así mereceríamos ser condecorados. Y usted, camarada comisario, ¿opina acaso que el ataque no fue un éxito? -demandó a su vez, con una sonrisa esbozada en los labios.

-¡Claro que no! -exclamó Bogariov-. Me parece un fracaso rotundo.

Mertsálov se acercó a él.

-¿Por qué? -inquirió.

-¿Cómo que por qué? Los tanques huyeron. De haber organizado mejor la coordinación de las diversas fuerzas implicadas en el ataque, ni uno solo hubiera podido escapar. En cambio, ¿qué vimos? Cada jefe de batallón obraba por su cuenta y riesgo sin saber nada del vecino. Por eso fallamos el golpe contra el centro, donde estaban concentrados los

tanques. Pero eso no es todo. Cuando los alemanes emprendieron la retirada, debimos pasar el fuego de la artillería al camino por el que huían, de ese modo hubiéramos liquidado a muchos; en vez de eso, nuestra artillería, después de llevar a cabo la preparación, suspendió el fuego. Luego supimos que el enlace con la artillería había quedado interrumpido y que no se le había encomendado ninguna nueva tarea. Debimos destruir los tanques, aniquilarlos, en vez de dejar que se escurrieran.

»Podría mencionar aún muchos más defectos -continuó Bogariov, contando con los dedos a medida que los enumeraba-. Por ejemplo: debimos destacar parte de las ametralladoras a la retaguardia alemana. Aquel bosque parece como plantado a propósito para ello: las ametralladoras hubieran recibido con su fuego a los que se retiraban. En cambio, presionamos sólo de frente, sin aprovechar como es debido la acción de flanco.

-En tal caso -dijo Mertsálov-, los alemanes hubieran destacado un grupo con automáticos y hubieran contrarrestado nuestro fuego.

-¿Por qué, entonces, condecorarnos? -preguntó Bogariov, y se echó a reír-. ¿Acaso porque el jefe del regimiento, el famoso camarada Mertsálov, en el punto álgido del combate, en lugar de dirigir el fuego y el movimiento de los fusiles, ametralladoras, automáticos, cañones pesados y ligeros, morteros de compañía y de regimiento ha cogido un fusil y ha emprendido el asalto al frente de sus compañías? ¿Eh? La operación era extraordinariamente compleja y no era esto lo que debía hacer el jefe del regimiento. Debió detenerse a pensar hasta sudar a chorros, y adoptar medidas rápidas y concretas.

Mertsálov apartó la taza y preguntó con enojo:

-¿Qué más piensa el camarada comisario?

-Pienso muchas cosas -replicó Bogariov sonriéndose-. El caso es que, en las cercanías de Moguiliov, tuve la oportunidad de observar un escenario casi idéntico: cada batallón luchaba por su cuenta, mientras que el jefe del regimiento marchaba al ataque con la compañía de exploradores.

-Y ¿qué más? -preguntó Mertsálov, ahora más sosegado.

-¿Qué más? La deducción es evidente: la cooperación de las distintas fuerzas no está a la altura que se le presupone; de ordinario, las unidades inician las operaciones con retraso; en conjunto, el regimiento se mueve con lentitud, torpemente; el enlace durante el combate es malo, pésimo. El batallón que avanza no sabe quién está a su derecha: una unidad propia o una enemiga. El magnífico armamento es mal aprovechado. Los morteros, por ejemplo, por lo general no intervienen en los combates; los llevan a todas partes pero, según he podido observar, muchos de ellos parecen mudos. El regimiento no recurre a los movimientos de flanqueo, no tiende a sorprender al enemigo por la retaguardia. ¡Arremete de frente y basta!

-Siga, siga. Es verdaderamente interesante -dijo Mertsálov-. ¿Qué deducciones hace de todo esto?

-¿Qué deducciones? -repitió Bogariov visiblemente irritado-. Que el regimiento lucha mal, peor de lo que le corresponde.

-Siga, siga. Diga, ¿cuál es la conclusión principal a la que ha llegado? -volvió a preguntar Mertsálov con insistencia.

Al parecer, el comisario no se animaba a decir la última palabra.

Pero Bogariov prosiguió con calma:

-Usted es un hombre audaz, no regatea su vida, pero dirige mal el regimiento. La guerra es compleja. En ella interviene la aviación, los tanques, una gran cantidad de

medios de fuego, y todo ello debe hacerse con rapidez y de forma coordinada; en el campo de batalla surgen nuevas combinaciones y problemas, más complejos que los del ajedrez, que hay que resolver, pero usted no quiere calentarse la cabeza con ellos.

-¡Eso quiere decir que Mertsálov no sirve!

-Estoy convencido de que sirve. Pero yo no quisiera que Mertsálov pensase que todo marcha bien y que ya no tiene nada que aprender. Si los Mertsálov piensan así, nunca vencerán a los alemanes. En esta batalla de pueblos no basta con conocer la aritmética de la guerra; para aplastar a los alemanes hay que conocer las matemáticas superiores.

Mertsálov callaba. Bogariov le preguntó en un tono afable:

-¿Por qué no se toma su té?

Mertsálov apartó aún más la taza.

-No me apetece -rechazó sombrío.

Bogariov se echó a reír.

-Ya lo ve -dijo-, nada más conocernos trabamos una relación amistosa, que me llenaba de satisfacción. Acabamos de tomarnos el té con una excelente mermelada de frambuesa. Le he echado en cara un montón de cosas desagradables y, como quien dice, le he quitado las ganas de tomar el té. ¿Acaso cree que a mí me agrada que usted se haya enfadado y que, seguramente, en su fuero interno, me esté cubriendo de improperios? ¡No, no me agrada en absoluto! No obstante, estoy contento, muy contento de que así sea. Nosotros no sólo debemos ser amigos; debemos ser, además, vencedores. Puede guardarme rencor, Mertsálov, ¡es asunto suyo!, pero recuerde esto: yo le he dicho cosas serias, le he dicho la verdad.

Y tras estas palabras, Bogariov salió del fortín.

Mertsálov, adusto, le siguió con la mirada, y de pronto saltó de su asiento y comenzó a gritar, dirigiéndose al jefe del Estado Mayor, que se había despertado:

-Camarada comandante, ¿ha oído la filípica que me ha soltado? ¿Eh? ¿Quién soy yo para él? ¿Eh? ¡Qué atrevimiento! ¡Decirme eso a mí, héroe de la Unión Soviética, cuatro veces herido en el pecho!

-Es un hombre pesado -repuso el jefe del Estado Mayor con un bostezo-, lo calé enseguida.

Mertsálov, sin prestarle atención, continuó:

-No. Esto merece una reflexión a fondo. Está tomando el té con mermelada de frambuesa y con toda la calma, como si tal cosa, dice: «¿Qué conclusión? Muy sencilla: usted dirige mal el regimiento». ¿Qué podía objetarle? Ha sido tan inesperado que me he quedado sin saber qué responderle. Pero hombre, ¡que me digan esas cosas a mí, a Mertsálov!

11. Jefes

Por la noche, el jefe de la división, coronel Petrov, llamó a Mertsálov por teléfono. Les resultaba muy difícil entenderse, pues a cada momento la comunicación se interrumpía y, además, la audibilidad era pésima. Finalmente, la comunicación quedó interrumpida por completo. Por las palabras del coronel, Mertsálov comprendió que en las últimas horas la situación en el sector ocupado por la división había empeorado mucho. Ordenó entonces que despertaran a Mishanski, a quien envió al Estado Mayor de la división, situado a doce kilómetros de allí.

Mishanski tardó una hora en regresar con una orden escrita del jefe de la división, donde se decía que una columna de tanques alemanes, con un numeroso contingente de infantería motorizada, había aparecido por la retaguardia

de la división aprovechando que el pantano, situado al este del gran bosque de foliáceas, se había secado durante los tórridos días de agosto. Los alemanes habían llegado a la carretera bordeando el camino que defendía el regimiento de Mertsálov. A resultas de la nueva situación creada, la división había recibido orden de ocupar posiciones defensivas al sur del sector que había cubierto hasta entonces. Se ordenaba al regimiento al mando de Mertsálov y al grupo de obuses agregado replegarse y cubrir el camino real. Mishanski explicó que en su presencia, en el Estado Mayor de la división habían comenzado a enrollar los cables telefónicos, a quitar los postes y cargar los enseres en camiones; a las diez de la noche, dos regimientos de infantería, la artillería divisionaria y el regimiento de obuses ya estaban formados listos para partir; el batallón de sanidad había salido a las seis de la tarde.

-Entonces, ¿no llegaste a ver a Ánechka? -preguntó el teniente Koslov.

-¡Qué Ánechka ni qué diantres! -exclamó Mishanski-. Mientras aún estaba allí se presentaron dos oficiales de enlace: uno del Estado Mayor del ejército y el otro del sector de la derecha, el comandante Beliáyev, a quien conocí en Lvov. Me dijo que en su zona se combate encarnizadamente día y noche, que nuestra artillería ha infligido mucho daño a los alemanes pero que, no obstante, éstos siguen arremetiendo.

-Sí, se está creando una situación muy grave -asintió el jefe del Estado Mayor.

Mishanski se inclinó hacia él y le dijo en voz baja:

-Sólo hay una palabra para calificarlo: «cerco».

Mertsálov replicó con enfado:

-¡Déjese de cercos! ¡Hay que actuar de acuerdo con la orden! -Y, dirigiéndose al oficial de guardia, le ordenó:-

Llame a los jefes de los batallones y al del grupo de obuses. ¿Dónde está el comisario?

-Está con los zapadores -respondió el jefe del Estado Mayor.

-Dígale que venga al puesto de mando.

Era una noche oscura, silenciosa, pero el estado de alarma era latente. Había inquietud en la luz titilante de las estrellas; la inquietud crujía quedamente bajo las botas de los centinelas, y envuelta en negras sombras se ocultaba entre los árboles somnolientos y temblorosos; la inquietud, junto con el crac de las ramas secas, acompañaba a los exploradores mientras éstos pasaban por delante de los escuchas y se acercaban al Estado Mayor del regimiento. La inquietud chapoteaba y murmuraba en las aguas oscuras, en la esclusa del molino; la inquietud reinaba en todas partes: en el cielo, en la tierra, en el río. Llegó un momento en que a todos los que llegaban al Estado Mayor se les observaba con ansiedad, esperando alguna mala noticia; un momento en que el fulgor alejado de los relámpagos les hacía ponerse en guardia. Y al menor ruido, los centinelas se echaban el fusil a la cara y gritaban: «¡Alto, o disparo!».

En aquellos momentos, Bogariov observaba a Mertsálov con muda admiración. Éste era el único que hablaba con voz jovial, segura y alta. Reía y bromeaba. En aquellas horas nocturnas de grave peligro, recaía sobre él todo el peso de la responsabilidad por millares de hombres, por los cañones, por la tierra misma. Y no se sentía abrumado por aquella enorme carga. ¡Cuántas preciadas cualidades del espíritu maduran y se fortalecen en el alma de un hombre en una noche así! Y a lo largo del vasto frente, millares de tenientes, comandantes, coroneles, generales y comisarios vivían horas, semanas y meses cargando con esta enorme responsabilidad, que les templaba e instruía.

Mertsálov explicaba las tareas que realizar a los jefes que le rodeaban. Parecía como si una infinidad de resistentes hilos le uniese a la gente que yacía en el oscuro bosque, que se juntaba en las avanzadillas, que permanecía de guardia junto a los cañones en las posiciones de fuego, que escrutaba las tinieblas en los puestos de observación avanzados. Este comandante de treinta y cinco años de edad, pelo rojizo, rostro curtido de pómulos salientes y ojos claros, que ora parecían grises, ora azules, mantenía una actitud alegre, serena y sencilla.

-¿Tocaremos generala para poner en pie a los batallones?
-preguntó el jefe del Estado Mayor.

-Deja que los muchachos duerman una hora más. Los soldados no tardan en levantarse -respondió Mertsálov-. Estoy seguro de que duermen con las botas puestas. -Luego miró a Bogariov y le dijo-: Lea la orden del jefe de la división.

Bogariov leyó la orden que indicaba al regimiento la dirección a seguir y su misión: impedir con las fuerzas de un batallón el avance de los alemanes por el camino real y, con la cooperación de las demás fuerzas, defender la travesía del río Uzh.

-¡Ah, sí! -añadió Mertsálov como si se hubiese acordado de una nimiedad; y mientras se enjugaba la frente con el pañuelo, dijo-: ¡Qué calor hace aquí! ¿Salimos a respirar un poco de aire fresco?

Tras permanecer unos segundos en silencio en medio de la oscuridad, Mertsálov dijo en voz baja:

-Esto es lo que hay: unos quince minutos después de que pasara Mishanski, los alemanes cortaron la carretera. No tengo enlace con el Estado Mayor de la división ni con nuestros vecinos. En resumen: el regimiento está cercado. He resuelto que marche hacia la travesía para cumplir su

tarea y luego se abra paso con objeto de unirse a las demás unidades. El batallón de Babadzhanian y el grupo de obuses permanecerán en el bosque cercano al campo para contener el avance enemigo.

Guardaron silencio.

-¡Diablos! ¡No paran de acribillar el cielo con balas trazadoras! -dijo Mertsálov.

-Considero que su resolución es acertada -apostilló Bogariov.

-Ya ve -Mertsálov levantó los ojos al cielo-, una bengala verde. Yo me quedo con el batallón... ¡Una bengala más!

-¡De ningún modo, de ningún modo! -se apresuró a decir Bogariov-. Soy yo quien debe quedarse con el batallón, y le demostraré por qué. Usted debe guiar el regimiento.

Y se lo demostró. Se despidieron en la oscuridad. Aunque Bogariov no podía ver el rostro de Mertsálov, percibió que éste recordaba la franca conversación sostenida durante la sobremesa.

Una hora más tarde, los lentos convoyes de transporte hipomóvil emprendieron la marcha. Los caballos, como si comprendiesen que no debían quebrantar el silencio del furtivo movimiento nocturno, avanzaban sin hacer ruido mientras resoplaban ahogadamente. Los soldados marchaban en silencio, salían de la oscuridad para volver a penetrar en ella. Arrebujados por el negro manto de la noche y sumidos en un profundo silencio, los hombres que se quedaban les despedían con una mirada. Y en aquella despedida de los batallones había mucha solemnidad, y una gran tristeza.

Antes del amanecer las piezas del grupo de obuses ocuparon sus posiciones de fuego. Los artilleros cavaban zanjás, construían defensas, traían ramas del bosque para enmascarar los cañones. Rumiántsev y Nevtúlov dirigían la

organización de los polvorines. Establecían las direcciones más probables del ataque de los tanques y, tratando de prever los elementos sorpresa del combate que se avecinaba, emplazaban las piezas y marcaban los lugares para la apertura de trincheras y zanjas de comunicación. Disponían de una buena reserva de botellas de líquido inflamable y granadas antitanque pesadas como planchas. Bogariov les explicó su misión.

-La tarea es ardua -observó Rumiántsev-, pero ya nos hemos visto en trances así.

Hablaron sobre la táctica de ataque de los tanques alemanes, sobre las cualidades y puntos flacos de los aviones de picado y caza, y sobre la artillería alemana.

-Aquí tenemos unas minas -dijo Rumiántsev-, ¿cree conveniente minar el camino, camarada comisario?

-A un kilómetro del sovjós -añadió Nevtúlov, tosiendo- hay un lugar ideal para las minas: de un lado un barranco, del otro un espeso bosquecillo. Allí el enemigo no podrá desviarse.

Bogariov asintió.

-¿Qué edad tiene usted? -preguntó de pronto a Rumiántsev.

-Veinticuatro años -respondió éste y, a guisa de justificación, agregó-: pero estoy combatiendo desde el veintidós de junio.

-¿Y qué tal se le da? -preguntó Bogariov.

-Yo puedo informarle -intervino Nevtúlov-, si es que dispone de dos o tres minutos, camarada comisario.

-¡Sí, sí, léeselo, Seriozha! -pidió Rumiántsev. Y dirigiéndose a Bogariov añadió-: Desde el primer día lleva un diario de operaciones.

Nevtúlov extrajo de su cartera de campaña una libreta. A la luz de su linterna de bolsillo Bogariov vio que la tapa del

cuaderno estaba adornada originalmente con letras recortadas en papel de colores.

Nevtúlov empezó a leer: «22 de junio. El regimiento recibió la orden de emprender las operaciones en defensa de la patria, y a las 15.00 el primer grupo, comandado por el capitán Rumiántsev, realizó una poderosa descarga contra el enemigo. Doce cañones del 152 descargaban sobre la cabeza de los fascistas tonelada y media de metal cada minuto...».

-Seriozha escribe bien -señaló Rumiántsev con convicción.

-Siga leyendo -pidió Bogariov.

-«El día 23 el regimiento aniquiló dos baterías de artillería, tres de morteros y más de un regimiento de infantería; los fascistas se replegaron dieciocho kilómetros. Este día el regimiento gastó mil trescientos ochenta proyectiles.

»El 25 de junio el grupo del capitán Rumiántsev mantuvo bajo su fuego la travesía de Kámenni Brod. Ésta fue destruida. Fueron aniquiladas una compañía de motociclistas y dos de infantería...

-Y así sucesivamente -dijo el capitán Rumiántsev-. Escribe bien, ¿no es así, camarada comisario?

-Lo indiscutible es que peleáis bien -dijo Bogariov.

-No, en serio, Seriozha tiene talento literario -insistió Rumiántsev-. Antes de la guerra le publicaron un cuento en *Smena*.

«Aquí todo va de primera -pensó Bogariov-, voy a ver a Babadzhanián.»

Mientras se alejaba, tanteando cuidadosamente el camino con el pie y deslumbrado aún por la luz de la linterna, llegó hasta él la voz de Rumiántsev:

-También es indiscutible que mañana no habrá dios que pueda jugar al ajedrez.

-¿Dónde habéis aparcado los tractores, Rumiántsev? -preguntó Bogariov al tiempo que se detenía.

-Todos los tractores, los camiones y el combustible están en el bosque, camarada comisario, y pueden llegar hasta las posiciones de fuego por un camino a cubierto -respondió desde la oscuridad Rumiántsev.

Bogariov se encontró con Babadzhanian en el puesto de mando. Éste le puso al corriente de los preparativos del batallón para la defensa. Bogariov se fijó en los brillantes ojos negros y en las morenas y enflaquecidas mejillas del jefe del batallón.

-¿A qué se debe esa expresión tan triste en su mirada? -preguntó Bogariov.

Babadzhanián hizo un gesto de desesperación.

-Desde el comienzo de la guerra, camarada comisario, no he recibido ni una sola carta de mi mujer ni de mis hijos, a quienes dejé en Kolomie, a seis kilómetros de la frontera rumana. -Sonrió con tristeza y prosiguió-: No sé por qué, se me había metido en la cabeza que mañana, el día del cumpleaños de mi compañera, recibiría sin falta una carta. Y si no una carta, una noticia cualquiera. He estado esperando ese día, llevo esperándolo todo el mes, y hoy, cosas del destino, el regimiento ha caído en el cerco. Si ya antes, cuando la comunicación era buena, el correo funcionaba mal, ahora habrá que echarle cruz y raya: pasaremos mucho tiempo sin recibir cartas...

-Sí, mañana no recibirá usted carta -aseveró Bogariov meditabundo, pero de pronto añadió-: Es curioso, en estos últimos tiempos he podido observar que los hombres casados que aman apasionadamente a sus hijos, a sus mujeres y a sus madres suelen combatir mucho mejor.

-Es cierto -confirmó Babadzhanián-, ejemplos de ello no faltan en mi batallón. Ahí tiene a Rodímtsev, uno de mis mejores soldados. Y como él, muchos.

-Yo conozco otro ejemplo en su batallón -dijo Bogariov.

-¡Vaya, camarada comisario! -se azoró Babadzhanián, y añadió con viveza-: ¡Ésta es una guerra patria!

12. La primera línea

Los alemanes emprendieron la marcha al amanecer. Los tanquistas, asomados a las escotillas superiores, comían manzanas y miraban al sol naciente. Algunos de ellos iban en calzoncillos y camiseta. El pesado tanque delantero se había distanciado ligeramente de los demás. El jefe del mismo, un alemán rollizo, con un hilillo de encendidos corales ceñido a su blanco y gordo brazo, había vuelto hacia el sol su abotargado rostro manchado de pecas y bostezaba. De su boina asomaba un largo tufo de pelo rubio. Estaba sentado encima del tanque como un ídolo del engreimiento soldadesco, como el dios de la guerra injusta. Su tanque se hallaba ya a unos seis kilómetros de Marchíjina Buda, en tanto que la férrea cola de la columna aún no se había desplegado y, traqueteando, maniobraba lentamente en la plaza del pueblo. Veloces como una bandada de pequeños y rápidos esturiones que, de pronto, se meten entre unas carpas grandotas, las motocicletas avanzaban raudas a los tanques. Al hacerlo no aminoraban la marcha y daban enormes saltos en los baches, y uno tenía la impresión de que los sidecares verde oscuros sacudidos por los saltos trataban de separarse de las motos. Al llegar junto al tanque que lideraba la columna, los encorvados y flacos motociclistas, con las caras tostadas por el sol, alzaban rápidamente la cabeza hacia él, levantaban el brazo,

saludando, y volvían a pegarse al manillar. El gordo respondía al saludo de los motociclistas con un perezoso movimiento de su robusto brazo. La compañía de motociclistas siguió adelante, mientras arrastraba tras de sí nubes de polvo amarillento que los primerizos rayos de sol teñían de un tono rosado. Oscilante, el polvo quedaba suspendido sobre el camino. El tanque delantero, traqueteando afanoso, atravesaba aquellas sutiles nubes. Por las alturas volaron unos Messerschmitt Bf 109 con un agudo silbido. Los finos cuerpos de saltamontes de los Messer viraban ora a la derecha, ora a la izquierda, se elevaban y luego se lanzaban en picado vertiginosamente; a veces se adelantaban demasiado a la columna de tanques y retrocedían, mediante virajes rápidos y cerrados. El silbido de los aviones era tan estridente que ni el fuerte rugir de los tanques podía ahogarlo. Los Messer descendían hasta las copas de los árboles de cada bosquecillo, hasta cada barranco, husmeaban los trigales no segados. Tras los tanques, resoplando, salían al camino los camiones negros de seis ruedas con infantería motorizada. Los tiradores del automático iban sentados en bancos plegables; todos llevaban sus gorros ladeados de forma chulesca. Los camiones circulaban entre unas nubes de polvo tan densas que ni el pujante sol veraniego podía atravesarlas. El polvo se extendía y flotaba sobre los campos y los bosques; los árboles se ahogaban en aquella nube espesa y la tierra parecía arder, despidiendo un humo denso y sofocante.

Era el clásico movimiento de las columnas motorizadas alemanas, perfectamente estudiado y verificado en la práctica. La misma postura había adoptado el gordinflón de la boina en la madrugada del 10 de mayo de 1940, cuando su pesado tanque abría la marcha por la carretera que serpenteaba entre los oteros, entre las tapias y los verdes

viñedos de Francia. Del mismo modo, a la hora fijada pasaron a su lado los motociclistas y husmearon desde el cielo de Francia los aviones del destacamento de protección. Así también, en la clara mañana del 1 de septiembre de 1939, cruzó su máquina la frontera de Polonia entre las altas hayas, mientras miles de fugaces manchas solares saltaban silenciosamente por el negro blindaje. Así, con todo su peso, la columna de tanques irrumpió en la carretera de Belgrado, y el pardo territorio de Serbia, crujiendo, se estremeció bajo las veloces orugas. Así había salido el primero del desfiladero sumido en la penumbra y había visto la mancha azul de la bahía de Salónica, las rocosas riberas... Y, habituado a todo, ese ídolo de la guerra injusta, cuyo retrato publicaban todos los periódicos ilustrados y revistas de Múnich, Berlín y Leipzig, bostezaba.

Al salir el sol, Bogariov y los oficiales subieron a la cima de la cota. Babadzhanián le pidió a Rumiántsev los prismáticos y observó con atención el camino. Bogariov contemplaba el radiante cuadro de la alegría matutina del mundo, que, después de la noche, era despertado por el vivificante frescor, el cosquilleo del rocío y la suave caricia de la tenue niebla, al corto y tímido toque de diana de los grillos. Con aspecto grave y atareado, hundiéndose en la arena, pasó un escarabajo; las hormigas se dirigían al trabajo; una bandada de pájaros levantó el vuelo de las ramas de un árbol e, intentando hundirse en el polvo apenas entibiado por el primer beso del sol, voló trinando hacia el arroyo.

Extraordinaria es la impresión que la guerra deja en el alma del hombre. La eterna paz de la naturaleza es eclipsada por las imágenes a las que da vida la guerra. Por eso, a los hombres que se hallaban en la cota les parecía que

las ligeras nubecillas en el cielo eran huellas de explosiones de proyectiles antiaéreos; que los lejanos álamos eran altas columnas de humo negro y tierra, levantadas por las pesadas bombas de aviación; que las bandadas de cigüeñas en vuelo eran escuadrillas de aviones de guerra en riguroso orden de formación; que la niebla del valle era el humo de las aldeas en llamas, que los matorrales a lo largo del camino eran una columna de camiones camuflados con ramas en espera de la señal de partida. Más de una vez Bogariov había oído decir a la hora del crepúsculo, durante los ataques aéreos: «Fíjese, los alemanes han lanzado una bengala roja». Y la burlona respuesta: «¡Qué va a ser una bengala, es el lucero vespertino!». Más de una vez los lejanos relámpagos de las tardes calurosas de verano eran tomados por fogonazos de la artillería. Y cuando desde el bosque enclavado al este unos grajos negros alzaron su rápido vuelo, a Bogariov y a sus camaradas les pareció que eran aviones que volaban en orden disperso.

–¡Qué diablos! –exclamó Nevtúlov–. Habría que prohibir a los grajos volar en víspera de un ataque alemán.

Unos instantes después, como si también hubiesen levantado el vuelo desde los árboles, aparecieron los aviones. Se acercaban en vuelo rasante, pintados de color oscuro, rapidísimos, y de pronto el aire se llenó de su rítmico zumbido.

Y en las laderas de las colinas, donde se habían situado en trincheras y blindajes, los soldados rojos comenzaron a agitar los gorros y las manos, saludando: en las alas de los aviones destacaba el fuego de las estrellas rojas.

–¡Son nuestros, son nuestros aviones de asalto! –exclamó Babadzhanián.

–Nuestros Ilas¹¹ entran en combate –dijo Rumiántsev–, ¡mirad, mirad!, el que guía se está balanceando, lo que

quiere decir: «Enemigo a la vista; ataco».

La fraternidad de las armas es buena y fuerte. Los hombres del frente la han experimentado y verificado. Agradables y jubilosos son el tronar de la artillería, que durante el combate apoya a sus infantes, y el aullido de los proyectiles dirigidos hacia donde avanzan las tropas atacantes. No es sólo el apoyo de la fuerza, es también el apoyo del alma y de la amistad.

Allí, a unos diez metros del camino real, entre la maleza que bordeaba el sendero, había unos pozos de tirador. Metidos en ellos hasta el pecho, esperaban unos hombres con guerrera caqui y gorro con la estrella roja. En el fondo de los pozos había frágiles botellas de cristal, en los parapetos descansaban los fusiles. En los bolsillos de los pantalones tenían aquellos hombres petacas de seda roja con tabaco, cajas de cerillas aplastadas durante el sueño, galletas y terrones de azúcar; en los bolsillos de las guerreras guardaban las manoseadas cartas que sus mujeres enviaban desde las aldeas, lápices y, envueltos en papel de periódico, los fulminantes de las granadas que llevaban en pequeños sacos de lona colgados del cinto. ¡Había que ver también la distribución de los pozos! Aquí, dos amigos que no querían separarse habían abierto sus pozos uno junto al otro; allí, cinco paisanos que trataban de estar lo más cerca posible el uno del otro los abrieron muy pegados a pesar de las recomendaciones del sargento: «¡Muchachos, no os coloquéis tan cerca, no es una buena idea!». Pero en la azarosa hora del ataque de los tanques alemanes, tranquilizaba ver al lado la sudorosa cara de un amigo a quien poder gritarle: «¡No tires la colilla, que quiero dar unas caladas!». Y sentir, a la vez que el calorcillo del humo, la tibieza y la humedad del pitillo mordisqueado.

Los hombres se hallaban metidos hasta el pecho en la tierra y ante ellos se extendían el descampado y el camino desierto; pero antes de que pasasen veinte minutos debían aparecer los veloces y pesados tanques armados con cañones, que rechinando y envueltos en nubarrones de polvo se lanzarían contra ellos. «¡Ya vienen! –gritaría entonces el sargento–. ¡Ya vienen, atención, muchachos!»

A sus espaldas, en la pendiente de la colina, en sus blindajes, estaban los ametralladores; más arriba y más lejos, a la espalda de éstos, se apostaban los infantes en las trincheras; más allá, a la retaguardia de los infantes, los emplazamientos de la artillería, y más lejos aún, el puesto de mando, el de sanidad... Y más allá, mucho más allá, estaban los Estados Mayores, los aeródromos, las reservas, las carreteras, los puestos de control, los bosques, las ciudades enmascaradas de noche, las estaciones ferroviarias; y más allá, Moscú, y tras él, a su espalda, todo: el Volga, los grandes talleres de retaguardia, iluminados por la brillante luz eléctrica, los cristales sin tirillas de papel y los barquillos blancos e iluminados del Kama. ¡A sus espaldas estaba toda su gran patria!

Delante de los hombres que permanecían en los pozos no había nadie. Fumaban pitillos liados en papel de periódico, se pasaban la mano por los bolsillos de la guerrera y palpaban las cartas, arrugadas y borradas en los dobleces. Sobre ellos flotaban las nubes, pasaban volando las aves; mas seguían en sus pozos, metidos hasta el pecho en la tierra, esperando, observando. ¡Sobre ellos recaía la orden de resistir la arremetida de los tanques! Y sus ojos ya no veían a los amigos; sus ojos esperaban al enemigo. Por esto, cuando llegue el día de la victoria y de la paz, ¡que todos los que se hallaban detrás de ellos se acuerden de los destructores de tanques, de los hombres vestidos con guerreras caquis, de

aquellos hombres que empuñaban frágiles botellas de líquido inflamable y de cuyo cinto pendían los saquitos de lona con granadas! ¡Que se les ceda el lugar en los vagones y que se les agasaje durante el viaje!

A la izquierda estaba la ancha zanja antitanque revestida con gruesos troncos que corría desde el riacho fangoso hasta el camino; a la derecha de éste, comenzaba el bosque.

Rodímtsev, Ignatiev y el joven comunista moscovita Sedov, cuyos pozos se hallaban uno cerca del otro, observaban el camino. A la derecha, al otro lado de la carretera, se hallaban Zhávelev, el brigada Mórev y el subcomisario Eretik, jefe del grupo de voluntarios antitanquistas. A su espalda estaban los encargados de las dos ametralladoras al mando de Glagólev y Kordajin. Si uno prestaba atención podía ver las bocas de las ametralladoras, que apuntaban hacia el camino desde sus nidos hechos con troncos y tierra. Más a la derecha y atrás, los observadores-artilleros se removían entre las ramas de roble clavadas en la tierra, que ya comenzaban a marchitarse.

-¡Eh, antitanquistas, vamos a pescar, que por la mañana pican bien! -gritó uno de los observadores.

Pero los aludidos ni siquiera volvieron la cabeza. Los observadores, naturalmente, podían permitirse cierto alborozo: delante tenían la zanja antitanque; a la izquierda, entre ésta y el camino, las anchas espaldas de los destructores de tanques en sus desteñidas guerreras, impregnadas de sudor. Y al mirar aquellas espaldas, aquellas nuca de color de ladrillo, curtidas por el sol, el observador se permitía bromear.

-Qué, ¿echamos un pitillo? -preguntó Sedov.

-¡Por qué no! -le contestó Ignatiev.

-Toma, el mío es más fuerte -ofreció Rodímtsev, y le tiró a Ignatiev un frasquito chato de agua de colonia, lleno hasta la

mitad de tabaco.

-¿Y tú qué, no vas a fumar? -quiso saber éste.

-He fumado mucho hoy y tengo mal sabor de boca. Lo que voy a hacer es comerme una galleta. Dame de las tuyas, que son más blancas.

Ignatiev le tiró una galleta. Rodímtsev le limpió con meticulosidad la fina arena y el polvo de tabaco y se puso a masticarla.

-Con tal de que sea pronto... -dijo Sedov, y encendió el pitillo-. Quien espera, desespera.

-¿Te aburres? -preguntó Ignatiev-. ¡Qué lástima, me he olvidado de coger la guitarra!

-¡Déjate de bromas! -observó con enfado Rodímtsev.

-Este camino blanco, muerto, sin un alma en movimiento me da miedo, muchachos -dijo Sedov-. ¡Jamás podré olvidarlo!

Ignatiev miraba en silencio hacia delante, con las manos apoyadas en el borde del pozo.

-El año pasado por esta época me encontraba en una casa de reposo -contó Sedov e, irritado, escupió.

El silencio de sus camaradas le sacaba de sus casillas. Veía a Rodímtsev, con el cuello un poco estirado, imitar a Ignatiev y mirar a su vez en la misma dirección.

-¡Alemanes a la vista, camarada brigada! -gritó con voz serena Rodímtsev.

-¡Vienen! -exclamó Sedov, y lanzó un leve suspiro.

-¡Qué polvareda levantan -balbuceó Rodímtsev-, como si fueran un millar de bueyes!

-¡Los recibiremos con las botellas! -gritó Sedov riendo.

Luego escupió con rabia y lanzó una maldición. Tenía los nervios de punta, el corazón le latía desbocado, las palmas de las manos se le habían cubierto de sudor y las restregaba contra el áspero borde del pozo.

Ignatiev permanecía en silencio, los ojos fijos en la polvareda que se alzaba en el camino.

En el puesto de mando sonó el teléfono. Rumiántsev levantó el auricular. Hablaba el observador; informaba de que la avanzadilla de motociclistas alemanes había tropezado con las minas. Varias motos habían volado por los aires, pero los alemanes reanudaban su avance.

-¡Ahí están! -exclamó Babadzhanián-. Les dispensaremos un buen recibimiento.

Llamó por teléfono al teniente Kosiuk, jefe de la compañía de ametralladoras, y le ordenó que no rompiese el fuego con las ametralladoras pesadas hasta que las motocicletas no estuvieran más cerca.

-¿A cuántos metros? -preguntó el teniente.

-¿Para qué necesita los metros? -inquirió Babadzhanián-. Dispare en cuanto lleguen a ese árbol seco que está a la derecha del camino.

-¡A sus órdenes! -replicó Kosiuk.

Tres minutos más tarde, las ametralladoras abrieron fuego. La primera ráfaga resultó corta; en el camino se levantaron rápidamente unas nubecillas de polvo, como si una gran bandada de gorriones estuviese jugueteando en la arena. Los alemanes abrieron fuego a su vez sin detenerse. Disparaban a ciegas, pero la densidad de su fuego desatinado era intensa. El aire comenzó a vibrar y se llenó de invisibles moscardones mortíferos; las nubecillas de polvo se fundieron en un nubarrón y comenzaron a extenderse por la ladera de la colina. Los soldados rojos que se hallaban en las trincheras y en los abrigos se agacharon un poco y observaron con recelo el aire azulado que cantaba sobre sus cabezas.

En aquel instante las ametralladoras pesadas segaron a los motociclistas, que se aproximaban embalados. Un

segundo antes parecía como si en el mundo no hubiera fuerza suficiente para detener aquel destacamento volante, que atronaba el aire con sus disparos. Pero a la vista de todos, el destacamento se convertía en una masa informe: las motos se detenían, volcaban, las ruedas de las máquinas destruidas seguían girando por inercia, levantando nubes de polvo. Los motociclistas que habían resultado ilesos huían hacia el campo.

-¿Qué, qué me dice de esto? -preguntó Babadzhanian a Rumiántsev-. ¿Qué me decís, camaradas artilleros, os gustan o no nuestros ametralladores?

Un nutrido fuego de fusil persiguió a los motociclistas. Un joven alemán, que salió de debajo de la moto volcada cojeando a causa de alguna herida o golpe, levantó las manos. El tiroteo cesó. El alemán, con la guerrera rota y una expresión de sufrimiento y terror en su cara sucia y llena de arañazos, estiraba y estiraba hacia arriba sus brazos, como si quisiese arrancar una manzana de una rama muy alta. Luego empezó a gritar y, sin dejar de caminar lentamente y agitando sus manos en alto, se dirigió hacia las trincheras. El alemán no dejaba de gritar y, de pronto, estalló una alegre carcajada que comenzó a saltar de trinchera a trinchera, de refugio a refugio. Desde el puesto de mando se veía perfectamente la figura del alemán con los brazos en alto, pero los jefes no podían adivinar qué provocaba la risa de sus soldados. En este momento sonó el teléfono y desde el puesto de observación avanzado explicaron el porqué de aquel regocijo espontáneo.

-Camarada jefe del batallón -dijo con la voz ahogada por la risa el responsable de la compañía de ametralladoras-, ese alemán que viene con los brazos en alto va gritando como un loco: «¡Ruso, entrégate!». Al parecer, del susto se

ha hecho un lío y ha confundido todas las palabras rusas que conoce...

Bogariov, riendo como todos, pensó: «Esto viene muy bien; una risa así, cuando se están aproximando los tanques, es formidable», y preguntó a Rumiántsev:

-¿Lo tiene todo listo, camarada capitán?

Éste respondió:

-Todo listo, camarada comisario. Los cálculos se han hecho de antemano, los cañones están cargados; batiremos con fuego concentrado todo el sector por el que pasarán los tanques.

-¡Aviación! -gritaron con voz estridente varios hombres a la vez.

Y, simultáneamente, sonaron los dos teléfonos.

-¡Vienen! El que va en cabeza está a dos mil metros de nuestra posición -dijo, silabeando, Rumiántsev.

Sus ojos adquirieron una expresión concentrada y seria, pero en sus labios aún jugueteaba la risa.

13. Por duro que sea, ¡resistir!

Los aviones y los tanques aparecieron casi al mismo tiempo. Casi a ras de suelo volaba un sexteto de Messerschmitt Bf 109; por encima de éstos, dos patrullas de bombarderos; más arriba aún, a una altura de mil quinientos metros aproximadamente, una patrulla de cazas surcaba el cielo.

-Su formación clásica previa al bombardeo -murmuró Nevtúlov-. Los Messers de abajo protegen la salida del picado, los de arriba velan por la entrada en picado. Ahora nos harán sudar.

-No habrá más remedio que descubrir nuestro emplazamiento -señaló Rumiántsev-, pero les haremos

morder el polvo -y ordenó a los jefes de las baterías abrir fuego.

«¡Fuego!», se oyó una lejana orden, y por unos instantes todos los demás sonidos se extinguieron; en los oídos sólo repercutía el atronador martilleo de los disparos de cañón. De inmediato aullaron los proyectiles que volaban hacia el blanco segando el aire. Parecía como si bosques de añosos álamos, pobos y abedules hubiesen comenzado a susurrar y murmurar con sus millones de hojas jóvenes, a doblarse y estremecerse ante el ímpetu del viento, que desgarraba su fuerte y tupida casaca en las delgadas ramas. Parecía que, en su vertiginosa carrera, el viento levantado por el acero arrastraría a los hombres y a la misma tierra. A lo lejos resonaban las explosiones: una, otra, luego varias a la vez...

Bogariov oyó en los auriculares una voz lejana que indicaba los datos del tiro. En el tono de aquella voz serena, cuyo cometido se limitaba a pronunciar números, se expresaba toda la pasión de la batalla. Los números cantaban victoria, se enfurecían, eran números animados, tenaces.

Mientras tanto, los bombarderos habían empezado a describir círculos en busca de los blancos. Nevtúlov corrió hacia las posiciones de los artilleros.

-¡No interrumpir el fuego pase lo que pase! -gritó al jefe de la primera batería.

-¡A sus órdenes! -respondió éste.

Dos Junkers se lanzaron en picado contra la artillería. Las ametralladoras antiaéreas sincronizadas de a cuatro disparaban contra ellos una ráfaga tras otra.

-Pican con valentía -dijo Nevtúlov-, eso es innegable.

-¡Fuego! -ordenó el teniente.

Las tres piezas de la batería realizaron una descarga. El trueno de ésta se confundió con el de las bombas. Nubes de

tierra y arena cubrieron a los artilleros.

Mientras se limpiaban la cara, sucia y bañada de sudor, volvieron a cargar los cañones.

-Morózov, ¿estás vivo? -gritó el teniente.

-¡Y coleando, camarada teniente! -respondió el apuntador-. ¡No hay quien pueda con nosotros!

-¡Fuego!

Los aviones describían círculos y más círculos sobre la primera línea, desde donde se oían las ráfagas de las ametralladoras y las frecuentes explosiones de las bombas.

Los artilleros trabajaban con una tenacidad feroz, con un impetuoso apasionamiento; en sus precisos movimientos, fundidos por la fraternidad de ideas y de esfuerzo, se traducía el solemne poder del trabajo en común. Ya no era la labor de hombres solos; el delgado georgiano que servía los proyectiles, el tártaro de poca talla y anchas espaldas que los llevaba al cañón, el judío que regulaba el alza, el ucraniano de ojos negros que cargaba la pieza y el fornido apuntador ruso trabajaban como un solo hombre. Y este «hombre» miraba de cuando en cuando a los Junkers que salían del picado y que, describiendo un círculo para ponerse en rumbo de combate, volvían a atacar las baterías; este «hombre» se enjugaba el sudor, sonreía, bufaba al unísono con el cañón y continuaba su inteligente y compleja tarea, centimano, rápido, incontenible, lavando con el noble sudor del trabajo todas las huellas de temor que pudieran manchar su frente. Él, este «hombre», actuaba también en el segundo y tercer cañón de la primera batería y en las piezas de la segunda. No se detenía, no se echaba cuerpo a tierra, no corría al refugio cuando aullaban las bombas, no abandonaba su labor ni bajo los truenos metálicos de las explosiones; tampoco se detuvo a mirar gozoso cuando los soldados de la tercera compañía, que estaba en reserva,

gritaron: «¡Los antiaéreos han dado en el blanco, está cayendo, arde!». No perdía el tiempo, seguía con su labor. Para todos estos hombres fundidos en uno no existía más que una palabra: «¡Fuego!». Y esta palabra, unida al trabajo, engendraba el fuego.

El apuntador Morózov, peludo y pecoso, gritaba: «¡Duro con él, muchachos!». Y los calculadores, que observaban la destructora labor de los artilleros, seguían volcando nuevos y nuevos números en este fuego.

Los proyectiles comenzaron a explotar entre la columna de tanques de un modo completamente inesperado por los alemanes. El primer proyectil impactó en la torreta de un tanque pesado y la hizo añicos. Desde el puesto de observación pudo verse cómo los tanquistas asomados a las escotillas se escondían a toda prisa.

-Parecen conejos escondiéndose en sus madrigueras, camarada teniente -comentó el explorador que se hallaba en el puesto de observación de los artilleros.

-Así parece -asintió el teniente, e hizo una seña al telefonista-: ¡Oguréchenko, dame el cuatro!

El único que no se escondió fue el alemán gordo que iba en el tanque que lideraba la columna. Hizo un movimiento con el brazo rodeado por el hilillo rojo de corales, como si animara a los tanques que le seguían. Luego sacó del bolsillo una manzana y la mordió. La columna, sin alterar la formación, seguía avanzando. Sólo en aquellos lugares donde los tanques averiados e incendiados obstaculizaban el camino, se desviaban los conductores. Parte de la columna seguía la marcha a campo traviesa.

A dos kilómetros de la línea fortificada, los tanques variaron de formación y se desplegaron. Enmarcados a la derecha por el bosque y a la izquierda por el río, avanzaban

en una masa bastante compacta, escalonados. En el camino ardía una veintena de ellos.

Los proyectiles de la artillería rusa batían el campo en amplio abanico; los tanques empezaron a responder al fuego. Sus primeros proyectiles pasaron por encima de los antitanquistas y estallaron en las posiciones de la infantería atrincherada en la ladera. A continuación, los alemanes enfocaron el fuego hacia más arriba; su objetivo por lo visto, era acallar la artillería soviética. La mayoría de los tanques se había detenido. En el aire hizo su aparición un avión de corrección, que estableció enlace por radio con los tanques. El radiotelegrafista del puesto de mando exclamó en tono de queja:

-Camaradas, el alemán me está martillando los oídos con su *gut, gut, gut*.

-No hagas caso -le aconsejó Bogariov-. *Gut*, pero no mucho.

Babadzhanián le dijo en voz baja a Bogariov:

-Los tanques van a lanzarse al ataque ahora mismo, camarada comisario; ya conozco su táctica, es la tercera vez que me enfrento con ellos.

Babadzhanián ordenó por teléfono que entrasen en acción los morteros. Luego dijo a Bogariov:

-¡Ahí tiene usted el correo de campaña en el día del cumpleaños de mi mujer!

-Deberíamos retirar la artillería por si rompen -propuso el teniente de obuses.

Pero Rumiántsev le contestó irritado:

-Si lo hacemos, los alemanes se abrirán paso y destruirán el grupo. Permítame, camarada comisario, adelantar dos baterías y batirlos a tiro directo.

-Hágalo inmediatamente, sin perder un segundo -contestó emocionado Bogariov. Había comprendido que ése

era el momento decisivo de la batalla.

Los alemanes, pensando que el silencio de los cañones se debía a la retirada de la artillería, intensificaron su fuego. Pocos minutos más tarde los tanques emprendieron el ataque en toda la línea. Marchaban a gran velocidad mientras disparaban sus cañones y ametralladoras.

Varios soldados echaron a correr agachados desde el refugio de arriba; uno de ellos cayó fulminado por una bala perdida; los otros, agachándose casi a ras del suelo, continuaron con su carrera y pasaron por delante del puesto de mando.

Babadzhanián les salió al encuentro.

-¿Adónde vais, hacia dónde corréis? -les increpó.

-¡Los tanques, camarada capitán, los tanques! -exclamó uno de los soldados con voz ahogada.

-¿Es que os duele la barriga? ¿Por qué os habéis agachado? -gritó con rabia Babadzhanián-. ¡Levantad la cabeza! Si vienen los tanques, hay que recibirlos como se merecen y no huir como liebres. ¡Atrás!

En aquel momento los obuses rompieron de nuevo el fuego. Fue entonces cuando los artilleros vieron al enemigo. La fuerza de las explosiones de los proyectiles pesados era terrible. Los tanques eran destrozados, el metal se retorció, las llamas salían por las escotillas y se elevaban sobre los carros en ígneas columnas. Los pesados cascotes de metralla perforaban la coraza, destrozaban las orugas. Y los tanques, rugiendo, comenzaban a girar en torno a su propio eje.

-Qué, camarada Babadzhanián -gritaba Rumiántsev al oído del jefe del batallón-, ¿le gusta nuestra artillería?

El ataque de los tanques que progresaban por el lado del campo fue repelido. Pero en el sector del camino los alemanes lograron avanzar. El pesado tanque delantero, vomitando fuego con su cañón y con todas sus

ametralladoras, había irrumpido en el sector donde se hallaba al acecho el destacamento de antitanquistas. Otros cuatro tanques le seguían a gran velocidad.

El fuego de la artillería remitió: dos piezas estaban averiadas y no podían disparar, la tercera había quedado completamente destrozada por un impacto y los camilleros habían retirado de allí a los tiradores, gravemente heridos. Los cadáveres parecían conservar aún el ímpetu del combate: los hombres habían perecido luchando hasta el último aliento.

–¡Muchachos, ha llegado el momento! Por duro que sea, ¡hay que resistir! –gritó Rodímtsev.

Los tres amigos empuñaron las botellas de líquido inflamable.

El primero en asomar del pozo fue Sedov. Una ráfaga de ametralladora del tanque delantero, que avanzaba directamente hacia él, le atravesó el pecho y la cabeza. Sedov se desplomó en el pozo.

Ignatiev vio caer a su amigo. Sobre su cabeza pasó silbando una ráfaga de ametralladora, cuyas balas se incrustaron en el suelo; el tanque había pasado tan cerca de él que tuvo que echarse a un lado, y con la rapidez del relámpago, cruzó por su mente un recuerdo de su infancia: mientras se encontraba en la estación adonde su padre acompañaba a los pasajeros, había pasado por delante de él un tren expreso que le ensordeció y lo envolvió en su vaho y el olor a aceite caliente. Ignatiev se irguió y lanzó la botella, mientras pensaba casi con desesperación: «¿Qué le va a hacer una botella de a litro a una locomotora?». La botella impactó en la torreta: una ligera y oscilante llama saltó en el acto, levantada por el viento. En el mismo instante Rodímtsev lanzó bajo las orugas del segundo tanque un manojo de granadas. Ignatiev lanzó otra botella. «Este

tanque es más pequeño -cruzó por su mente enardecida-, le bastará con medio litro.»

El enorme tanque delantero había quedado fuera de combate. Al parecer, su conductor quiso hacerlo girar, pero las llamas no se lo permitieron. La escotilla superior se abrió. Rápidamente comenzaron a salir de allí los alemanes armados con sus automáticos y, al tiempo que se tapaban la cara para defenderse de las llamas, fueron saltando a tierra.

Como si se lo hubiera sugerido el instinto, Ignatiev pensó: «Éste ha matado a Sedov».

-¡Alto! -gritó; cogió el fusil y saltó fuera del pozo.

El alemán grandote, ancho de espaldas y gordo, con el brazo ceñido por el hilillo de corales, se había quedado solo.

Los demás miembros de su tripulación habían huido agachados por una zanja cubierta de maleza. El alemán se detuvo muy erguido y, al ver a Ignatiev, que corría hacia él empuñando el fusil, apoyó el automático en su obesa barriga y lanzó una larga ráfaga. Las últimas balas impactaron en el fusil de Ignatiev y destrozaron la culata. Ignatiev se detuvo por un instante, pero luego se precipitó hacia el alemán. Éste había intentado volver a cargar el automático, pero al ver que ya no alcanzaría a hacerlo no se intimidó -por su conducta se veía que no era un cobarde- y, con su pesado pero rápido paso, se dirigió hacia Ignatiev.

Éste lo vio todo rojo: aquél era el hombre que había matado a Sedov; era él quien en una noche había arrasado una gran ciudad, quien había asesinado a la hermosa muchacha ucraniana, quien hollaba los campos y destruía las casitas blancas, él era el portador de la deshonor y de la muerte del pueblo.

-¡Ea, Ignatiev! -se oyó de lejos la voz del brigada.

El alemán confiaba en su fuerza y en su valor, en el bagaje de muchos años de ejercicios gimnásticos, y conocía

golpes de lucha contundentes y rápidos.

-Kom, kom, Iván! -gritaba.

Parecía embriagado por la majestuosidad de su pose; estaba solo entre los tanques en llamas, bajo el tronar de las explosiones, plantado como un monumento en un país conquistado; él, que había pasado por Bélgica, por Francia, que había hollado el suelo de Belgrado y de Atenas, él, cuyo pecho había adornado Hitler en persona con la Cruz de Hierro.

Parecía que había vuelto la época de los gladiadores, y decenas de ojos contemplaban a aquellos dos hombres que habían salido a medir sus fuerzas en la arena removida por la batalla. Ignatiev fue el primero en alzar el brazo. El golpe del soldado ruso fue terrible y sencillo.

-¡Canalla, sólo sabes pelear con mujeres! -exclamó con voz ronca.

Seco, sonó un disparo. Procedía del fusil de Rodímtsev.

El ataque alemán fue rechazado. Cuatro veces reanudaron el asalto los tanques y la infantería motorizada. Cuatro veces levantó Babadzhanian a su gente contra los alemanes. Los hombres contraatacaban con granadas y botellas de líquido inflamable.

Con voz ronca, los oficiales artilleros transmitían órdenes a su gente; los disparos sonaban cada vez con menor frecuencia.

Sencillamente, los hombres morían en el campo de batalla.

-Ya no jugaremos más al ajedrez, Vasia -dijo Nevtúlov.

Una bala de gran calibre le había herido en el pecho y cada vez que respiraba escupía un chorro de sangre. Rumiántsev le besó y rompió a llorar.

-¡Fuego! -gritó el jefe de la batería, y el tronar de los cañones ahogó las últimas palabras de Nevtúlov.

También Babadzhanian había sido herido de muerte en el estómago durante la cuarta ofensiva de los tanques alemanes. Los soldados le colocaron sobre la capa-tienda y quisieron retirarle del campo de batalla.

-¡Todavía tengo la voz para mandar! -exclamó él.

Y los combatientes oyeron su voz hasta que el ataque fue rechazado.

Babadzhanian murió en brazos de Bogariov.

-No me olvides, comisario -le pidió-. En estos pocos días te has convertido en mi amigo.

Morían también los combatientes. ¿Quién relatará sus hazañas? Sólo las nubes pasajeras vieron cómo luchó hasta el último aliento el soldado Riabokón; cómo, después de dar cuenta de diez enemigos, se hizo volar a sí mismo, con su mano casi rígida, el subcomisario Eretik; cómo, cercado por los alemanes, peleó hasta el último suspiro el soldado Glushkov; cómo, desangrándose, lucharon los ametralladores Glagólev y Kordajin mientras sus debilitados dedos tuvieron fuerzas suficientes para apretar el gatillo y los ojos moribundos pudieron percibir el blanco entre la calurosa neblina.

Grande es el pueblo cuyos hijos mueren sagradamente, con sencillez y solemnidad, en los inconmensurables campos de batalla. De ellos saben el cielo y las estrellas, sus últimos suspiros los ha oído la tierra, sus hazañas las han visto el trigo y los árboles del camino. Reposan en la tierra, sobre ellos está el cielo, el sol, las nubes. Duermen con sueño profundo, el sueño eterno, como duermen sus laboriosos padres y abuelos: carpinteros, mineros, tejedores y labradores del grandioso país. Entregaron a este país mucho sudor, trabajo duro y a veces superior a sus fuerzas. Y

cuando llegó la hora grave de la guerra, le entregaron su sangre y su vida. ¡Gloriosa sea pues esta tierra del trabajo, de la sabiduría, del honor y de la libertad! ¡Que no haya palabra más grandiosa y santa que la palabra «pueblo»!

Ya de noche, después de haber dado sepultura a los muertos, Bogariov se dirigió al blindaje.

-Camarada comisario -dijo el soldado de guardia a la entrada del refugio-, ha venido un enlace.

-¿Qué enlace? -preguntó Bogariov sorprendido-, ¿de dónde?

Entró un soldado de baja estatura, con macuto y fusil.

-¿De dónde viene usted, camarada?

-Del Estado Mayor de la división; traigo la correspondencia.

-¿Cómo ha podido pasar si el camino estaba cortado?

-Pasando, camarada comisario, arrastrándome unos cuatro kilómetros sobre la barriga; atravesé el río de noche. Maté antes al centinela alemán; aquí traigo una de sus charreteras.

-¿Tuvo miedo?

-¿Miedo?, ¿por qué? -sonrió el soldado.

-¿De verdad? -preguntó en tono serio Bogariov.

El soldado le tendió un paquete de cartas.

La primera carta venía de Ereván y estaba dirigida a Babadzhanián. Al leer el remite Bogariov vio que era de la esposa de su valiente amigo.

Los jefes de compañía Ovchínikov y Shuleikin y el subcomisario Mojotkin seleccionaban con rapidez las cartas mientras decían en voz baja: «Éste está..., éste muerto..., muerto..., éste está..., éste muerto...», y colocaban las cartas de los muertos en un montoncito aparte.

Bogariov recogió la carta de Babadzhanián y se dirigió hacia su tumba. Colocó la carta sobre el túmulo, la cubrió

con tierra y puso encima un trozo de metralla.

Permaneció largo rato junto a la tumba del jefe del batallón.

-¿Cuándo me llegará a mí tu carta, Lisa? -preguntó en alta voz.

A las tres de la madrugada se recibió un breve radiograma cifrado. El jefe del ejército daba las gracias a los soldados y a los mandos por el valor mostrado en el campo de batalla. Las pérdidas infligidas a los tanques alemanes eran enormes; habían cumplido con brillantez la tarea encomendada, deteniendo el movimiento de una poderosa columna. El mensaje ordenaba el repliegue de los restos del batallón y la artillería.

Bogariov sabía que la retirada era imposible: el servicio de exploración había informado sobre el movimiento nocturno de los alemanes por los caminos vecinales, que cortaban la carretera.

Los jefes se acercaban a él con inquietantes preguntas: «¿Estamos cercados?».

Después de la muerte de Babadzhanian le correspondía a él resolverlo todo. La frase que tan a menudo acostumbran a emplear en el frente: «He examinado la situación y ya he resuelto qué hacer», incluso cuando se trataba de pernoctar o de almorzar en alguna parte, fue pronunciada ahora por Bogariov en tono solemne al dirigirse a los jefes y subcomisarios reunidos en el blindaje. Él mismo, en su fuero interno, se extrañó al pronunciar estas palabras y pensó: «Si Lisa me viera ahora...». Sí, con frecuencia deseaba que su compañera pudiese verle.

-Camaradas jefes, he tomado mi decisión -dijo Bogariov-: nos replegaremos hacia el bosque. Allí descansaremos, nos reorganizaremos y, combatiendo, llegaremos al río para pasar a la orilla oriental. Nombro suplente mío al capitán

Rumiántsev. Empezaremos la marcha exactamente dentro de una hora.

Escrutó los rostros exhaustos de los jefes, la cara severa y envejecida de Rumiántsev, y ya en un tono completamente diferente, que le hizo recordar y le transportó al Moscú de antes de la guerra, añadió:

-Amigos míos, así, con sangre y fuego, se va forjando nuestra victoria. Pongámonos en pie para honrar a nuestros fieles amigos que han muerto en el combate de hoy, a los soldados, colaboradores políticos y jefes.

14. En el Estado Mayor del frente

El Estado Mayor del frente se había constituido en un bosque. El personal de las secciones de Operaciones e Información, de la Dirección Política y de Servicios vivía en chozas y chabolas cubiertas de ramas verdes. Bajo un espeso nogueral se hallaban las oficinas; los enlaces iban y venían por pequeñas sendas encantadas y alfombradas de bellotas, llenando los tinteros; por las mañanas, el tableteo de las máquinas de escribir bajo la fronda humedecida por el rocío ahogaba el canto de los pájaros; entre las espesas matas se veían cabezas rubias de mujer, se oían risas femeninas y las voces tristes de los escribientes. En una choza alta y sombría había grandes mesas con mapas. En torno a la choza se paseaban los centinelas; a la entrada, el soldado de guardia clavaba los pases en un gancho hincado en el tronco de un viejo pobo. De noche, los tocones pútridos despedían una luz azulada. El cometido del Estado Mayor siempre se desarrollaba de un modo invariable, cualquiera que fuese el lugar donde se encontrara: en las antiguas salas del palacio de algún gran señor polaco, en las casas de un gran pueblo o en el bosque. Éste, a su vez, también bullía de

vida: las ardillas hacían acopio de reservas para el invierno y jugueteando, dejaban caer bellotas sobre la cabeza de las mecanógrafas; los pájaros carpinteros perforaban los troncos en busca de gusanos; los milanos husmeaban por las copas de los robles, álamos y pinos; los pájaros jóvenes probaban la fuerza de sus alas; el mundo de millones de rojizas y negras hormigas, de escarabajos y jardineras se apresuraba y trabajaba.

A veces, los Messerschmitt surcaban el cielo claro, describiendo círculos sobre el macizo forestal en busca de las tropas y los Estados Mayores.

«¡Aviación!», gritaban entonces los centinelas. Las mecanógrafas recogían los papeles de las mesas y se cubrían la cabeza con pañoletas oscuras; los jefes se quitaban las gorras, para ocultar el brillo de las viseras; el peluquero del Estado Mayor escondía apresuradamente el paño y secaba el jabón de la mejilla del cliente a medio afeitar; las mozas del comedor tapaban con ramas los platos preparados para el almuerzo. Todo quedaba en silencio, perturbado tan sólo por el zumbido de los motores, y de la arenosa colina sombreada por jóvenes pinos llegaba la alegre y gruesa voz del campechano general, jefe de la Dirección de Artillería, que reprendía a sus subalternos.

E igual que en la penumbrosa y abovedada sala del palacio, allí, en la choza cubierta de ramas donde se desarrollaban las sesiones del Consejo Militar, se servía la fuente con manzanas verdes para el jefe del frente y los paquetes de Sévernaia Palmira para los concurrentes.

El Estado Mayor del frente se hallaba a cuarenta kilómetros de las líneas avanzadas. Por las tardes, cuando amainaba el viento y se acallaba el susurro de las copas de los árboles, en el bosque se oía el cañoneo. El jefe del Estado Mayor consideraba conveniente trasladarse unos

setenta u ochenta kilómetros, por lo menos, más hacia la retaguardia, pero su superior remoloneaba. Le gustaba la proximidad del frente, así podía visitar con frecuencia las divisiones y los regimientos, observar personalmente la marcha de los combates y, en poco más de cuarenta minutos, estar de vuelta en el Estado Mayor, junto al gran mapa donde se reflejaba la situación en el frente.

Aquel día, ya desde la mañana, el personal del Estado Mayor se había mostrado inquieto. Las columnas de tanques alemanes habían llegado hasta el río. Entre el personal del Estado Mayor circuló el rumor de que se habían visto unos motociclistas que, al parecer, habían atravesado el río en botes de fondo plano y llegado hasta el lindero del bosque donde se hallaba el Estado Mayor. Mientras el comisario informaba de estas cuestiones a Eriomin, éste se hallaba bajo un avellano arrancando los frutos maduros.

Los oficiales del Estado Mayor llegados con el comisario observaban con curiosidad e inquietud el rostro de su superior, pero vieron que la noticia no le había impresionado en absoluto. Con un movimiento de cabeza, dio a entender al comisario que le había oído y dijo a su ayudante:

-Lázarev, inclina aquella rama; hay en ella unas tres decenas de avellanas.

Los oficiales que rodeaban a Eriomin observaban atentos con qué empeño arrancaba las avellanas de las ramas. Debía de tener buena vista, porque no se le escapaba una, ni siquiera las que se ocultaban en sus verdes nidos entre las hojas del avellano. Esta lección de sangre fría duró un buen rato.

A continuación, Eriomin se aproximó rápidamente a los jefes que le esperaban y dijo:

-Ya sé por qué habéis venido. El Estado Mayor se queda donde está y no se moverá de su emplazamiento. En

adelante, haced el favor de venir sólo cuando os llame.

Los oficiales, turbados, se marcharon. Unos minutos después el ayudante vino a decirle que le llamaba por teléfono Samarin, el jefe de una de las agrupaciones del ejército.

Eriomin se encaminó hacia la choza.

Escuchó las palabras de Samarin mientras repetía de vez en cuando: «Sí, sí». Y con el mismo tono con que pronunciaba el «sí, sí», dijo:

-Escuche, Samarin, las bajas en las unidades son inevitables. En cuanto a la tarea encomendada, deberá cumplirla a cualquier precio, aunque se quede solo en el intento. ¿Ha entendido? -Y después de una pausa, añadió:- Me alegro de que lo haya entendido -y colgó el auricular.

Cherednichenko, que había escuchado la conversación, dijo:

-Por lo visto, Samarin las está pasando canutas; si no, no llamaría.

-Sí, Samarin es un hombre de hierro -aseguró el jefe.

-Cierto, es de hierro. No obstante, mañana iré a visitarle.

-¡Qué buen día hace, un día excelente! -exclamó el jefe-. ¿Quieres avellanas? Las he recogido yo solo.

-Ya lo he visto -dijo Cherednichenko sonriendo, y cogió un puñado.

-¿Has visto? -preguntó con viveza el jefe-. Han oído lo de los motociclistas y ya piensan que voy a trasladar el Estado Mayor.

-¡No hagas caso! -comenzó a decir Cherednichenko-. Tengo grabadas en la mente a unas doscientas personas y siempre he observado lo mismo: cuando vienen a presentarse, su guerrera es nueva, su cara y manos son blancas y su mirada, vaga, imprecisa. Uno advierte enseguida sin riesgo a equivocarse que han estado todo este

tiempo metidos en la academia o en alguna otra parte. Pero a medida que pasan los días, sus rasgos se alteran: su nariz empieza a pelarse, las manos se les curten, la guerrera pierde la forma, el rostro se les broncea y hasta se les destiñen las cejas. Y al ver a un hombre así, al palparle, uno se da cuenta de que si la piel se le ha curtido al sol y al viento, también se ha curtido por dentro...

-Sí, sí -le atajó el jefe del frente-, todo eso está muy bien. Pero he de confesarte que no considero digno de mérito de los hombres que aprendan a combatir, se templen y acostumbren. ¿Qué ves de particular en eso? ¡Los militares, demonio, son hombres! -Y, dirigiéndose al ayudante, preguntó-: ¿Falta mucho para el almuerzo?

-Ya están poniendo la mesa -respondió el enlace de guardia.

-Magnífico -dijo Eriomin-; no te comas las avellanas antes del almuerzo. -Y, después de encogerse de hombros, añadió-: A mí me parece poco que un jefe se haya templado, que haya adquirido experiencia y enriquecido su caudal de conocimientos. En la guerra, un jefe debe vivir con toda plenitud, dormir bien, comer mejor, leer buenos libros, estar alegre y tranquilo, cortarse el pelo a la moda, como mejor le siente, y machacar a la aviación enemiga, a los tanques que hayan emprendido un movimiento para rodearnos, aniquilar a los motociclistas, a la infantería con automáticos, a quien quieras. Y cuando la pelea le proporciona placer y colma sus ansias, entonces le considero un militar hecho y derecho. ¿Te acuerdas de cuando comimos pasteles con nata de leche en uno de los regimientos?

Cherednichenko sonrió.

-Cuando el cocinero se quejaba: «Pican que te pican los aviones del canalla, ¡y no me dejan hacer los pasteles!».

-Eso mismo: pican que te pican... ¡Pero qué buenos salieron los pasteles!

Cherednichenko se acercó a Eriomin y, con voz ronca, le dijo:

-Le haremos morder el polvo. Huirá, ya verás como huirá. ¡Y maldecirá el día veintidós de junio, y aquella hora, las cuatro de la madrugada!¹² ¡Y también los maldecirán sus hijos, sus nietos y sus biznietos!

La exploración aérea efectuada en el transcurso del día había confirmado los informes traídos por un teniente herido que había logrado escapar del cerco, según los cuales, en la región de Goriélovets se estaban concentrando columnas de tanques alemanes llegados por varios caminos. El teniente señaló en el mapa la vaguada, cubierta por un ralo pinar, donde se efectuaba la concentración. Las fotografías aéreas confirmaban estos informes. Unos pastores que habían atravesado el río contaron a los exploradores que al mediodía, después de que las aldeanas fueran a ordeñar las vacas, llegaron al punto de concentración dos columnas de infantería motorizada. El punto citado se encontraba a veinte kilómetros del río. Conscientes de que en aquel sector del frente la aviación soviética era escasa, los alemanes se sentían seguros. Los carros de combate y los camiones estaban pegados unos a otros y, cuando oscureció, algunos incluso se atrevieron a encender los faros, a cuya luz los cocineros pelaban las verduras para el desayuno del día siguiente.

El jefe del frente mandó llamar al jefe de artillería.

-¿Están a su alcance? -le preguntó mientras señalaba el círculo en el mapa.

-Los batiré, camarada teniente general -fue la respuesta del jefe de artillería.

El jefe del frente tenía a su disposición artillería pesada de las reservas del mando supremo. Eran los mismos colosos de acero que Bogariov había encontrado en el camino el día de su llegada al Estado Mayor. Muchos temían que aquellos enormes cañones no pudieran cruzar el río, pues hacía falta un puente de extraordinaria resistencia. Bogariov no sabía que el combate en las cercanías del sovjós y el aniquilamiento de la columna de tanques habían dado tiempo a los zapadores para construir una travesía adecuada para los colosos.

-A las 22.00 descargará usted sobre ellos todo su fuego - dijo Eriomin al jefe de artillería.

Este general, hombre lozano y casi siempre sonriente, amaba muchísimo a su mujer, a su anciana madre, a sus hijas e hijo. Amaba muchas cosas en la vida: la caza, la charla amena, el vino georgiano y un buen libro. Pero si había algo que amara más que nada en el mundo era la artillería de largo alcance. Era su servidor y su más ferviente admirador. La pérdida de una pieza pesada le dolía como algo propio. Sufría porque en esta guerra de maniobras rápidas, a la artillería de largo alcance no se le ofrecía ocasión para desplegar todo su potencial. Cuando vio concentrada en las cercanías del Estado Mayor una gran cantidad de artillería pesada se emocionó, sintiéndose alegre pero también triste, pues dudaba de si podría ponerla en juego.

Y el instante en que Eriomin le dijo: «... descargará todo su fuego» fue, quizás, el más feliz y solemne de toda su vida de artillero.

Por la tarde, el Comité Central del Partido Comunista de Bielorrusia se reunió en un calvero. El claro cielo crepuscular se traslucía entre el follaje. Las hojas secas y

grises, como si hubiesen sido colocadas por la solícita mano de una buena ama de casa, cubrían el musgo blando y verdinegro.

¿Quién será capaz de describir la rigurosa sencillez de esta reunión, celebrada en el último palmo libre de los bosques de Bielorrusia? El viento susurraba triste y solemnemente, y parecía el murmullo de millones de voces humanas que resonaran entre el follaje de los robles. Los comisarios del pueblo y los miembros del Comité Central, con sus rostros curtidos por el sol, fatigados, hablaron brevemente. Y parecía que millares de hilos unían este calvero con Gómel, Moguilióv, Minsk, Bobrúisk, Rogachov y Smoliévichi, con las aldeas y pequeñas ciudades, con los huertos, los colmenares, los campos y pantanos de Bielorrusia... Y el viento vespertino vibraba entre el oscuro follaje con la apagada, triste y serena voz de un pueblo que sabía que no le quedaba otra alternativa que morir en la esclavitud o luchar por su libertad.

Anocheecía. La artillería rompió el fuego. Lejanos relámpagos iluminaron el sombrío occidente. Los troncos de los robles surgieron de la oscuridad y pareció como si los millares de árboles del bosque, todos a la vez, hubiesen dado un paso al frente para quedar luego inmóviles, iluminados por aquella luz blanca y temblorosa. No eran descargas aisladas ni el tronar habitual de la artillería. Así rugía el aire sobre la tierra en los lejanos períodos del eón proterozoico, cuando del fondo del océano surgieron las cordilleras de Asia y de la Europa de hoy.

Dos corresponsales de guerra y un fotógrafo permanecían sentados en un tronco caído cerca de la choza del Consejo Militar, observando mudos el impresionante cuadro.

Del interior de la choza salía la voz del jefe del frente:

-Recordáis, camaradas, cómo Pushkin describe en su *Viaje a Arzrum...*

Los periodistas no oyeron el final de la frase.

Pasados unos instantes volvieron a coger al vuelo unas serenas y pausadas palabras, y por la entonación de la voz que las pronunciaba supieron que pertenecían al comisario de división Cherednichenko:

-A mí, ¿sabéis?, me gusta Garshin. ¡Él sí que describió con todo realismo la vida del soldado!

A las 22.50 el jefe del frente y el de artillería efectuaron un vuelo sobre el valle donde se habían concentrado las columnas acorazadas alemanas. Lo que allí vieron llenó de orgullo para siempre el corazón del general de artillería.

15. El general

Una de las tareas encomendadas al general mayor Samarin, jefe de una agrupación del ejército, era la de conservar la travesía. El Estado Mayor, los servicios de retaguardia, la redacción del periódico del ejército, es decir, el segundo y el primer escalón, se encontraban en la orilla oriental del río. Samarin había instalado el puesto de mando avanzado en la orilla occidental, en una pequeña aldehuela lindante con un gran campo sin segar. Le acompañaban únicamente el comandante Garán, de la Sección de Operaciones del Estado Mayor, el canoso coronel Nabashidze, jefe de la artillería, la estación de radio, el telégrafo y los teléfonos de campaña, que le enlazaban con los jefes de las unidades. Samarin se había instalado en una casa espaciosa con mucha luz donde trabajaba, recibía a los mandos y comía. Dormía en el henil, pues no soportaba el calor.

En la casa, sobre camillas plegables, dormían el ayudante de Samarin, Liádov, de nariz respingona, mejillas coloradas y ojos redondos muy grandes; el melancólico cocinero, que antes de acostarse siempre cantaba el *Pañuelito azul*, y el chófer del automóvil oruga verde, quien desde el primer día de la guerra llevaba en el coche la novela de Dickens *David Copperfield*. El 22 de junio tenía leídas catorce páginas y, en el mes que llevaba de guerra, no había adelantado nada en la lectura, pues Samarin no dejaba mucho tiempo libre a la gente. Una vez el cocinero le preguntó si era interesante aquel libro tan grueso. «Precioso –le contestó Kliujin–; trata de la vida de los judíos.»

Cuando amanecía, Samarin bajaba del henil y Liádov salía a su encuentro con una jarra y una toalla. Echaba agua fría

del pozo sobre el cuello del pequeño general, cubierto de rubia pelusa, y le preguntaba invariablemente:

-¿Ha dormido bien, camarada general mayor? Esta noche los alemanes han estado disparando balas trazadoras desde el bosque.

Samarin era un hombre lacónico y severo. En la guerra desconocía lo que era el miedo y, con frecuencia, volvía loco a Liádov, dirigiéndose a los sectores más peligrosos de la batalla. Recorría el frente con dominante y serena seguridad, y aparecía en los puestos de mando de los regimientos y batallones en los momentos más críticos del combate. Andaba entre las explosiones de las granadas de mortero y de los proyectiles, llevando en su pecho todas sus condecoraciones y la estrella de oro. En cuanto llegaba a alguno de los regimientos en combate, se hacía inmediatamente cargo de la situación entre el caos de disparos y explosiones, entre el humo de las casas y los cobertizos en llamas, entre el embrollo de las corridas, entre el movimiento de los tanques propios y ajenos. Los jefes de las divisiones, de los regimientos y batallones identificaban al instante su voz seca y su cara nariguda, que desconocía la sonrisa y que, a menudo, semejaba sombría y adusta. En cuanto irrumpía en algún regimiento, enseguida eclipsaba con su persona el tronar de los cañones y las llamas de los incendios, encarnando por unos minutos toda la intensidad del combate. No se quedaba mucho rato en el puesto de mando, pero su visita dejaba huella en todo el desarrollo de los acontecimientos bélicos, como si la sosegada y serena mirada del jefe del ejército siguiese clavada en el rostro de los jefes. Si el combate era mal dirigido, reemplazaba al mando sin titubear.

En una ocasión degradó a un mayor, jefe de regimiento, por su pusilanimidad e indecisión, y le envió al ataque como

soldado raso en expiación de su culpa. Sin piedad ni miramientos, castigaba con la muerte a aquellos que mostraban cobardía en el campo de batalla.

Su odio y desprecio por el enemigo eran indomables. Cuando transitaba por las calles de las aldeas incendiadas por los alemanes, su rostro demudaba en una expresión feroz. Los soldados contaban que una vez Samarin llegó en un auto blindado al lugar donde la lucha era más encarnizada y, al ver a un soldado rojo herido, lo sentó en su sitio y él marchó a pie detrás del auto, bajo el fuego huracanado de los alemanes.

Contaban también que una vez recogió el fusil tirado por un soldado, lleno de barro maloliente, lo limpió con esmero y cariño delante de la compañía formada y, sin pronunciar una palabra, lo entregó al dueño muerto de vergüenza. Los hombres a quienes llevaba al combate confiaban en su general y le perdonaban su severidad y rigor.

Liádov era quien mejor conocía a su general. Más de una vez, al aproximarse a las posiciones avanzadas, solía preguntar la dirección a los jefes que encontraba en el camino y, al volver al coche, informaba:

-Camarada general mayor: con el coche no podremos pasar; por este camino no va nadie porque está batido por los morteros, y en el bosquecillo, según dicen, hay alemanes apostados con automáticos. Hay que dar un rodeo.

Samarin estrujaba un grueso cigarrillo y, mientras lo encendía, respondía:

-¿Alemanes con automáticos? ¡No tiene importancia, sigue sin desviarte!

Y Liádov, descompuesto por el miedo, se sentaba detrás de su general. Como muchos hombres faltos de coraje, Liádov llevaba encima un exceso de armamento: un automático, una pistola Mauser, un revólver Nagan, una

Browning y en los bolsillos otra Mauser y munición Parabellum sustraída al enemigo. Cierta vez, por encargo del general, había realizado un viaje a la retaguardia; con sus relatos y su aspecto belicoso había despertado la admiración de las mujeres que viajaban con él en un mismo vagón y de los jefes militares de las estaciones ferroviarias. Pero seguramente no había disparado ni una sola vez sus numerosos revólveres y pistolas.

Samarin había pasado todo el día en la primera línea. La presión de los alemanes aumentaba en todos los sectores. Se combatía día y noche. Los soldados rojos, atormentados por el calor y el bochorno, con frecuencia renunciaban a la comida caliente que les llevaban a las trincheras.

Al volver al puesto de mando, Samarin telefoneó a Eriomin y solicitó permiso para replegarse en la margen oriental del río. Eriomin le respondió con una negativa rotunda. Tras la conversación sostenida con Eriomin, el general mayor se puso de mal humor. Cuando el comandante Garán le trajo el parte de operaciones, Samarin ni tan siquiera se molestó en leerlo.

-No me hace falta el parte para conocer la situación -dijo con indiferencia, y preguntó con aspereza al cocinero-: ¿Comeremos alguna vez o no?

-La comida está lista, camarada general mayor -respondió el cocinero, que se cuadró y giró sobre sus tacones con tanto brío que su blanco mandil chasqueó en el aire.

La dueña de la casa, la vieja koljosiana Olga Dmitrievna Gorbachova, sonrió aviesa. Estaba enfadada con el cocinero, que se burlaba del modo de guisar aldeano.

-Dime, Dmitrievna, ¿cómo prepararías tú las croquetas a la francesa o, por ejemplo, las patatas fritas, eh? -le preguntaba el cocinero.

-¡Vete al infierno! -le respondía ella-. Sólo faltaría que te pusieras a enseñar a una vieja cómo freír patatas.

-Pero no como en las aldeas, sino como yo las preparaba en el restaurante de Penza, antes de la guerra. Supongamos que te lo ordenara el general, ¿qué le dirías tú?

Su nuera Frosia y el nietecito enfermo escuchaban con atención la disputa, que duraba ya varios días. La vieja se irritaba porque no sabía preparar platos con nombres absurdos pero también porque el flaco y larguirucho cocinero era más entendido que ella en el arte culinario.

-En una palabra, eres un Timka -le decía, sabedora de que al cocinero le disgustaba que se dirigieran a él por el apellido, y sólo estaba satisfecho cuando le llamaban Timoféi Márkovich. Así lo hacía Liádov cuando quería comer algo antes de que el general se sentara a la mesa.

Samarin estaba satisfecho del cocinero y nunca se enfadaba con él. Pero esta vez le dijo al sentarse a la mesa:

-¿Cuántas veces tendré que repetir que traigan el samovar del Estado Mayor?

-Esta misma tarde lo traerán los de intendencia, camarada general mayor.

-¿De nuevo has guisado carne de cabra de segundo? -preguntó Samarin-. Dos veces te he dicho que frías pescado. El río está aquí al lado y, según parece, tienes tiempo de sobra.

Dmitrievna, con una sonrisa, miró al azorado cocinero y dijo:

-Sólo sabe burlarse de una vieja como yo, pero cuando el general le pide algo por las buenas... ¿acaso entiende de algo? En una palabra, ¡es un Timka!

-¿Así que se burla de usted? -preguntó Samarin.

-¡Claro que se burla! «¿Tú, vieja», dice, «sabes freír croquetas a la francesa?» Y dale que te dale el Timka este.

Samarin sonrió.

-¡No haga caso! Yo también puedo burlarme de él. A ver, cocinero, ¿cómo se prepara la masa para una torta?

-No lo sé, camarada general mayor.

-Y ¿cómo se hace para que tome cuerpo la masa de harina candeal? ¿Se le añade soda o levadura? ¡A ver, di!

-No he trabajado en el ramo de la repostería, camarada general mayor.

Todos se echaron a reír, burlándose del turbado cocinero.

Cuando el general terminó de comer se puso a tomar té e invitó a Olga Dmitrievna. La anciana se secó las manos con el delantal, sacudió el polvo del banquillo y se arrimó a la mesa. Bebía el té del platillo mientras se enjugaba la arrugada frente que, sudada, había comenzado a brillarle.

-Coja azúcar, madre, coja -dijo Samarin, y preguntó-: ¿Cómo está su nieto? ¿Tampoco ha dormido esta noche?

-El tumor se le sigue desarrollando. ¡Es una desgracia! El pobrecillo sufre y nos hace sufrir a nosotros...

-Cocinero, dale mermelada al niño.

-¡A sus órdenes, camarada general mayor! Lo hago ahora mismo.

-¿Y qué pasa por allí?, ¿se continúa combatiendo en Riájovichi? -se interesó la vieja.

-Sí, así es.

-¡Cómo sufre la gente! -y la vieja se persignó.

-Allí no hay gente -explicó el general-, se han ido todos. Las casas están vacías. También se llevaron los cacharros.

En ese momento trajeron un radiograma cifrado de Bogariov, en el que éste comunicaba los detalles del aniquilamiento de la columna de tanques.

Liádov conocía a la perfección el carácter del general. Sabía que Samarin se ponía de buen humor siempre que emprendía viaje a los sectores más peligrosos del frente.

Sabía que cuanto más intensa y complicada se volvía la situación, mayor era la serenidad de Samarin. Conocía también la extraña debilidad de este hombre severo: cuando Samarin entraba en una casa abandonada, habitada ahora tan sólo por los fieles gatos, sacaba del bolsillo un trocito de pan traído ex profeso, llamaba al felino, a veces madre de numerosa prole, y sentado en cuclillas se ponía a darle de comer. Una vez le dijo, pensativo, a Liádov:

-¿Sabes por qué los gatos aldeanos no juegan con el papel blanco? Porque no están acostumbrados; en cambio, si les tiras un papelucho oscuro, enseguida saltan sobre él, pensando que es un ratón.

La conversación con la vieja y el mensaje de Bogariov pusieron a Samarin de buen humor.

-Camarada general mayor -dijo Liádov-, permítame anunciarle que se ha presentado el comandante Mertsálov.

Samarin adoptó un semblante sombrío.

-¿Qué dices?

-Le estoy anunciando, camarada general mayor, que se ha presentado el jefe del 111 regimiento de Infantería.

-¡Ah! Perfecto. ¡Que pase! -y dirigiéndose a la anciana, que se había levantado para marcharse, dijo-: Quédate, quédate, ¿adónde vas? Sigue tomando té y, por favor, ¡no pienses que estorbas!

Esa mañana, a través de un camino vecinal, Mertsálov se había unido a la división. La marcha resultó un desastre. Por el camino había perdido parte de la artillería, atascada en un pantano del bosque. El servicio hipomóvil del regimiento se había extraviado, porque al jefe de la columna se le había dado un itinerario erróneo. Por último, durante la marcha, el regimiento se vio obligado a repeler un ataque de los tiradores de automático alemanes, y la compañía de Mishanski, que cerraba el grupo, en vez de abrirse paso

hacia el grueso de las fuerzas titubeó y, con su jefe a la cabeza, torció hacia el bosque, sin decidirse a atravesar terreno descubierto.

Por la mañana, cuando Samarin escuchó el parte de Mertsálov, le formuló una sola pregunta:

-¿Cuántas municiones le ha dejado a Bogariov? -y añadió-: Venga a verme a las cinco.

Mertsálov comprendía que esta segunda entrevista sería aún más breve que la primera y que no prometía nada bueno. Por eso se sorprendió y alegró al oír las palabras de Samarin.

-Le doy la posibilidad de corregir su falta: establezca contacto con Bogariov, coordine las acciones, asegúrele la salida del cerco y salve los cañones que ha dejado abandonados. Puede retirarse.

Mertsálov comprendía la extraordinaria complejidad que entrañaba la tarea encomendada. Pero él no era de los que se arrugaban cuando debía afrontar misiones difíciles y peligrosas. Su mayor temor era la furia de su riguroso jefe.

16. El dueño de esta tierra

El batallón de Bogariov llevaba dos días en el bosque.

La unidad tenía pocos efectivos. Los cañones, camuflados con ramas, apuntaban hacia el camino. El teniente de artillería Klenovkin, un joven alto que tenía la costumbre de mirar obsesivamente y sin necesidad el reloj, fue nombrado jefe del destacamento de exploración, integrado en su mayoría por artilleros y del que también formaban parte los soldaos de infantería Ignatiev, Zhávelev y Rodímtsev.

Bogariov llamó a Klenovkin y le dijo:

-Usted, además de explorador, deberá ser nuestro intendente. Las reservas de pan se están terminando -y

agregó pensativo-: Tenemos medicamentos; en cuanto a comida para los heridos... Ellos necesitan una comida especial: jaleas y bebidas a base de frutas.

Klenovkin, que deseaba probar a los nuevos exploradores, encomendó a Rodímtsev y a sus compañeros la primera tarea.

-Además de eso -les dijo-, tendréis que conseguir pan para los combatientes y procurar jalea y bebidas a base de frutas a los heridos. El cocinero tiene harina de patata para la jalea.

Zhávelev, sorprendido, dijo:

-Camarada teniente, ¿de dónde vamos a sacar jalea? Alrededor no hay más que bosque, y los caminos están infestados de tanques alemanes.

Klenovkin sonrió. Él mismo había juzgado extraño el encargo del comisario.

-Bueno, vamos. Ya veremos -dijo Ignatiev.

Estaba impaciente por explorar el bosque. Pasaron entre los soldados que descansaban bajo los árboles. Uno de ellos, que tenía una mano vendada, levantó su pálido rostro y dijo con enfado:

-¡Silencio! ¿Por qué armas más ruido que un oso?

Otro preguntó en voz baja:

-¿Volvéis a casa, muchachos?

Los exploradores se internaron en el bosque y Rodímtsev, extrañado, se limitaba a repetir:

-Me sorprende esta gente... Los he visto ocuparse de la defensa sin mostrar temor ante doscientos tanques, y ahora, en los dos días que llevamos en el bosque, están nerviosos como señoritas.

-Es la inactividad -observó Zhávelev-, siempre ocurre así.

-No. Es para asombrarse -insistió Rodímtsev.

Bien pronto llegaron a un camino abierto en el bosque. Permanecieron más de dos horas en una zanja junto al camino, observando los movimientos de los alemanes. Ante sus narices pasaban raudos los motoristas-enlace. Uno se detuvo muy cerca de ellos, llenó la pipa, la encendió y prosiguió viaje. Pasaron seis tanques pesados. Pero sobre todo circulaban camiones de intendencia. Los alemanes conversaban; llevaban los cuellos de las guerreras desabrochados para tostarse al sol. Los soldados de uno de los camiones cantaban. Los vehículos pasaban por debajo de un árbol de copa baja y casi todos los soldados alargaban el brazo para arrancar algunas hojas.

Poco después los exploradores se separaron: Rodímtsev y Zhávelev marcharon por el bosque hacia el cruce de la carretera, en tanto que Ignatiev atravesó el camino y, por un barranco, llegó hasta una aldea ocupada por los alemanes.

Estuvo observando un buen rato desde un campo de cáñamo crecido. En la aldea estaban acantonados tanquistas e infantería. Al parecer, descansaban después de una marcha. Algunos se habían bañado en el estanque y exponían sus cuerpos desnudos a los rayos del astro rey. En un huerto, a la sombra de un árbol, comían unos oficiales; bebían de unos vasos metálicos que brillaban deslumbrantes al sol. Cuando terminaron de comer, uno se puso a darle cuerda a la gramola, otro a jugar con un perro y otro, que se encontraba algo alejado de ellos, a escribir. Algunos soldados, sentados en los bancos de tierra pegados a las casitas, se dedicaban a remendar ropa, otros se afeitaban con la toalla ceñida al cuello o sacudían los manzanos en los huertos, y armados con cañas puntiagudas, despojaban a las altas ramas de los perales de la fruta madura. Algunos estaban tumbados en la hierba, leyendo periódicos.

A Ignatiev, aquel lugar le recordaba su aldea natal. El bosque era como aquel por donde tanto le gustaba vagar horas y horas, y el río se parecía al mismo donde, siendo pequeño, solía ir a pescar. También el huerto, donde comían y tocaban la gramola los oficiales alemanes, se parecía al de la casa de Marusia Pesóchina. ¡Cuántas y qué agradables horas había pasado por la noche con Marusia en aquel huerto! Recordó cómo entre las sombras nocturnas y el oscuro follaje brillaban las caritas blancas de las manzanas, cómo suspiraba Marusia, sentada a su lado, gorjeando como un joven y cálido pajarillo. Ignatiev se sintió embargado de emoción al evocar aquellos recuerdos.

En el umbral de la casa apareció una chica delgada y con los pies descalzos, vestida de blanco. Al verla, un alemán vociferó algo y le hizo un gesto. La chica volvió a la casa y al pronto salió con un jarro de agua. Un dolor terrible y una rabia avasalladora oprimieron el corazón de Ignatiev. Nunca jamás, ni aquella noche cuando los alemanes quemaron la ciudad, ni al contemplar las aldeas arrasadas, ni en los combates a vida o muerte, había experimentado una sensación pareja. Aquellos alemanes que descansaban tranquilamente en la aldea soviética en ese día tan claro y sereno eran mil veces más odiosos que los otros, los que peleaban.

Él, Ignatiev, andaba ahora agachado, sin atreverse a levantar la voz, mirando receloso en derredor, a pesar de que conocía estos bosques foliáceos, sus robles, álamos, abedules y pobos como su propia casa. En otros tiempos solía vagar por ellos y cantar a pleno pulmón las tonadas que le había enseñado Bogachija, la vieja cascarrabias; acostumbraba a tumbarse sobre las crujientes hojas secas y miraba el cielo y observaba el bullicio de las aves y los troncos de los árboles, cubiertos de musgo. Conocía los

viveros de bayas y setas, los cubiles de los zorros y los huecos de los árboles donde vivían las ardillas; sabía en qué calveros jugaban las liebres al caer la tarde, entre la alta hierba. Pero ahora eran los alemanes los que andaban fumando en pipa por los bosques, mientras que él, silencioso y furtivo, se veía obligado a observarlos desde una zanja cubierta de matas. Un cable negro, tendido por algún alemán, corría entre sus queridos árboles. En su infantil ingenuidad, los serbales y abedules accedían a que sus finas ramas sostuviesen el cable por el cual, a través del bosque ruso, volaban palabras alemanas. Y allí donde no había árboles, los alemanes habían enterrado en el suelo esbeltos tallos de jóvenes abedules con rótulos indicadores, y los abedules, con sus hojitas doradas, pequeñas como monedas de bronce, se alzaban muertos, sosteniendo el maldito cable.

Y aquel día, en aquel instante, Ignatiev comprendió con absoluta nitidez lo que estaba ocurriendo en el país, comprendió que se estaba librando una guerra a vida o muerte, que se luchaba por la existencia del pueblo trabajador.

Veía reposar a los alemanes y se sentía horrorizado. Por un momento se imaginó que la guerra había terminado y que los alemanes, tal y como los estaba viendo, se bañaban, escuchaban el canto vespertino de los ruiseñores, recorrían los calveros del bosque, recogían frambuesas, moras y setas, tomaban el té en las isbas, tocaban la gramola a la sombra de los manzanos y, condescendientes, llamaban a las muchachas rusas. Y en aquel instante, Ignatiev, que llevaba auestas todo el terrible peso de las batallas, que más de una vez había permanecido en los pozos de tierra arcillosa cuando los tanques alemanes pasaban por encima, Ignatiev, que había recorrido miles de kilómetros en el polvo sofocante de los caminos de la guerra, que cada día se

enfrentaba con la muerte y que salía a su encuentro, comprendió con todas las fibras de su alma que la guerra debía continuar hasta que el último alemán fuera expulsado de la tierra soviética. Las llamas de los incendios, el estruendo de las explosiones y los combates aéreos eran un paraíso comparados con el espectáculo del apacible descanso de los fascistas alemanes en aquella aldea ucraniana ocupada. Aquella calma, aquella benignidad de los alemanes le infundían pavor. Involuntariamente, Ignatiev acarició la culata de su automático, palpó una granada para tener la certeza de su fuerza, de su disposición para lanzarse a la lucha. Él, simple soldado, oía el grito de cada gota de su sangre: ¡guerra!

¡Oh! Ésta no era la guerra del año catorce, de la que le había hablado su hermano mayor, una guerra maldecida por los soldados y que el pueblo odiaba.

Todo esto lo sentía Ignatiev con el alma, con el cerebro y con el corazón en aquel luminoso día soleado, en la engañosa calma del mediodía, mientras observaba a los alemanes que descansaban.

«Sí, en aquella ocasión el comisario me dijo una gran verdad», pensó al recordar la conversación que había mantenido con Bogariov en la ciudad incendiada.

Ignatiev regresó al lugar convenido, donde ya le esperaban sus compañeros.

-¿Qué tal en la carretera? -preguntó.

-El tránsito de camiones es incesante -explicó Zhávelev con voz triste-, camiones y más camiones, con gansos y gallinas que chillan. Se están llevando el ganado.

De su rostro demudado había desaparecido la habitual sonrisita insolente y maliciosa. Se veía que también en su corazón hervía la iracunda tristeza que le había causado observar las posiciones de la retaguardia alemana.

-¿Regresamos? -preguntó Rodímtsev.

Estaba tranquilo como de costumbre. Así le habían visto los camaradas mientras esperaba los tanques alemanes, así le habían visto cuando, antes de la cena, con el pausado empaque de un buen administrador, repartía las raciones de pan.

-Deberíamos echarle la zarpa a algún alemán -propuso Zhávelev.

-Sí, no estaría mal -asintió Ignatiev, animándose-; ya he pensado cómo hacerlo -y expuso a los camaradas su sencillo plan.

Una avasalladora ansia de actividad se adueñó de Ignatiev. Le pareció que debía estar combatiendo día y noche, que no podía perder ni un minuto. No en vano siempre había despertado la admiración de sus paisanos, los armeros de Tula, con su ingenio e indomable fuerza en el trabajo, no en vano se le consideraba el primer segador de su aldea.

Informaron al teniente de los resultados de la exploración y éste ordenó a Ignatiev que se presentase al comisario. Bogariov estaba sentado a la sombra de un árbol.

-¡Ah, camarada Ignatiev! -dijo con una sonrisa-, ¿dónde está su guitarra? ¿La conserva?

-Naturalmente, camarada comisario. Ayer estuve tocando para los soldados. La gente está muy triste, de nuevo habla en voz baja... -Ignatiev fijó su mirada en el rostro del comisario y añadió-: Camarada comisario, permítame hacer un trabajito que merezca la pena, del que salten chispas. No soporto ver cómo los alemanes tocan aquí la gramola y se pasean por nuestros bosques:

-Hay mucho trabajo -indicó Bogariov-, hay trabajo de sobra para todos. Ahora me preocupa una cosa: el pan. Hay

que dar de comer a los heridos, hay que capturar algún prisionero. Como ve, va a haber faena de sobra.

-Camarada comisario -dijo Ignatiev-, si me diese cinco hombres, ¡yo lo haría todo antes del anochecer!

-¿No estará usted fanfarroneando? -preguntó Bogariov.

-Le demostraré que no.

-Si no lo hace, tendrá que responder por ello.

-¡A sus órdenes, camarada comisario!

Bogariov ordenó a Klenovkin que destacase cinco voluntarios. Quince minutos más tarde, Ignatiev se dirigía con ellos al bosque, hacia la carretera.

La primera parte de su tarea no le llevó mucho tiempo. Recordaba haber visto varios calveros plagados de bayas.

-¡Vamos, muchachas -gritó a los soldados que le acompañaban-, arremangaos las faldas y a recoger bayas!

Todos se desternillaban de risa al escuchar sus chistes y las historietas que les contaba sin darse un minuto de descanso.

-¡Cuántas bayas, parece como si hubieran extendido un tapiz! -comentó Rodímtsev.

-Separad con hojas las diferentes clases de bayas -señaló Ignatiev-. No juntéis la mortilla con las moras ni con las frambuesas.

Cuarenta minutos más tarde los calderos y los cascos estaban llenos de bayas.

-Es muy sencillo -explicó presa de la agitación Ignatiev a sus camaradas-: La mortilla será para los que sufran dolor de barriga, la frambuesa para los que tengan fiebre y de las moras, cuyo jugo es agrio, obtendremos algo parecido al kvas¹³; los heridos siempre tienen sed.

Rápido y hábil, se las ingenió para exprimir el jugo de las bayas y lo coló, para que no saliese turbio, por un tamiz hecho con la gasa de su botiquín individual. En muy poco

tiempo llenó varios tarros de cristal con el jugo espeso y transparente. Ignatiev llevó toda esta riqueza a las chozas, donde los heridos yacían entre gemidos. Al ver lo que traía, el viejo médico no pudo contener las lágrimas y, mientras se las enjugaba, le dijo:

-Dudo que en el mejor hospital clínico hubiesen podido ofrecer algo superior a los heridos. Ha salvado usted más de una vida, camarada soldado... perdone, no sé su apellido.

Ignatiev miró al médico con turbación, sonrió y se retiró, confuso.

El éxito acompaña a los audaces. El soldado enviado por Ignatiev para que observase la circulación informó de que en el camino vecinal se había detenido un camión alemán. Por lo visto se le había averiado el motor. Los alemanes discutieron largo rato el incidente y luego todos, hasta el chófer, se marcharon en una camioneta que iba de paso.

-¿Qué lleva el camión? -preguntó rápidamente Ignatiev.

-Es difícil saberlo, la carga va cubierta con unas capas-tienda.

-¿Y no miraste?

-¿Cómo iba a mirar, si sus coches van y vienen continuamente? No he podido ni acercarme.

-¡Ay, gorrión!

El soldado se ofendió.

-¡Vaya un... halcón que nos has salido!

Ignatiev se aproximó al camión y gritó desde allí:

-¡Venid aquí, muchachos!

Se dirigieron hacia él, contemplando la alegre y al mismo tiempo preocupada expresión de su rostro. Él y nadie más que él era el dueño del bosque. Y nadie más que él podía serlo. Por eso hablaba en voz alta, como si estuviese en su casa, y sus ojos claros sonreían.

-¡Rápido, rápido -les apremió-, agarrad las capas-tienda! ¡De aquella punta! ¡Sujetadlas! ¡Así! Los alemanes nos han traído pan. Veis, se dieron tanta prisa para que nos llegara calentito que hasta han estropeado el motor.

Empezó a tirar un pan tras otro en las capas-tienda sin parar de hablar:

-Éste se le ha pasado a Fritz, no sabe cocer bien el pan. ¡Le pediremos cuentas! ¡Éste está bueno!, se ve que Hans se ha esmerado. Éste está pasado; Herman se durmió. Éste está magnífico, mejor que todos, el propio Adolf lo ha cocido ex profeso para mí.

Su frente tostada se había cubierto de sudor, los rayos del sol que penetraban a través del follaje jugueteaban en su rostro, en los panes que volaban en el aire, en los laterales negros del camión alemán y en el camino cubierto de verde hierba. Ignatiev se incorporó, carraspeó y, estirándose cuan alto era, se enjugó la frente y echó una mirada al bosque, al cielo, al camino...

-Ahora me parezco al jefe de una brigada koljosiana, plantado en un almiar -exclamó, dirigiéndose a sus camaradas-. ¡Vamos muchachos, llevadlo unos doscientos o trescientos metros más allá, ocultadlo entre las matas y volved!

-Escóndete tú también, ¿o es que te has vuelto loco? ¡De un momento a otro vendrán volando!

-¿Por qué voy a esconderme? -preguntó como sorprendido-. Éste es mi bosque, yo soy el dueño aquí. Si me fuera, me preguntarían: «¡Eh, patrón!, ¿adónde vas?».

Y se quedó quieto en el camión. Los mirlos y arrendajos volaban sobre él, ponderando con sus gorjeos la intrepidez, la alegría y la bondad de aquel hombre que había desmigado un pan para ellos y que también cantaba sin dejar de observar el recto camino. A veces interrumpía el canto,

entornaba los ojos y aguzaba el oído tratando de percibir el zumbido de motores. De pronto, una nubecilla de polvo se levantó a lo lejos. Ignatiev prestó atención. Era una motocicleta.

«Amo, ¿para qué vas a huir?», se preguntó a sí mismo en tono burlón.

Estaba claro que los alemanes no llegarían en una moto para reparar o remolcar el camión. Ignatiev examinó una de sus granadas, la empuñó con fuerza y se ocultó en el hueco que había quedado después de descargar el pan. El motorista pasó de largo sin aminorar la marcha. Una hora después, habían descargado el camión por completo. Antes de marcharse, Ignatiev registró la cabina y encontró en un bolso lateral una botella con un poco de coñac, que se metió en un bolsillo del pantalón. No bien los soldados se llevaban la última carga de pan, se oyó a lo lejos el traqueteo de un motor.

Ignatiev se echó entre las matas para esperar acontecimientos. Un camión aminoró la marcha, dio la vuelta y se detuvo junto al vehículo vacío.

Ignatiev no entendía ni una palabra de lo que gritaban los alemanes, pero por los gestos, la expresión de sus rostros y el revuelo lo comprendió todo. Primero miraron hacia la zanja y debajo del coche; después, el suboficial empezó a vociferarle al cabo, que permanecía en postura marcial, con los tacones pegados. Para Ignatiev no había duda de lo que gritaba el suboficial: «¡Hijo de perra!, ¿por qué no has dejado a nadie para que vigilara el camión? ¿A quién temías?». Y el cabo, con rostro compungido, señalaba con la mano: «Estamos en medio del bosque, ¿acaso podía obligar a estos diablos a quedarse?». A lo que el suboficial, por lo visto, replicaba a grito pelado: «¡Tú mismo, so cochino, debiste quedarte! Ahora os arrestaré a todos y os dejaré sin

pan». «Como guste», respondió el cabo, y exhaló un suspiro. A continuación el cabo empezó a chillar al chófer. Ignatiev se explicaba así lo que gritaba: «¿Por qué has fundido la biela? ¿No ves que nos hemos quedado en medio del bosque? ¡Habrás estado chupando y chupando de la botella!». El chófer, al ver que el suboficial, contrariado, se había apartado para mear, respondía al cabo en tono insolente: «¿A qué viene tanto grito? ¡Dios mío, si sólo he bebido un par de vasitos!».

Los mirlos seguían saltando en las ramas, riéndose de los alemanes. Luego, uno de éstos encontró una colilla junto al camión y se la enseñó al suboficial. Ignatiev se dio cuenta de que miraban el papel de la colilla, en el que había impresos caracteres rusos. «¡Ahí están!», exclamó mientras le mostraba la colilla a un soldado. Eso fue el colmo, y pareció como si los alemanes hubieran enloquecido de repente. Desenfundaron sus Parabellums, algunos empuñaron los automáticos y abrieron fuego contra los árboles con tanto ardor, que una lluvia de hojas y de ramitas cayó sobre el camino. Ignatiev se arrastró hasta unas matas lejanas, donde estaban escondidos sus camaradas y el pan. Allí, entre risas, les contó lo que había presenciado y, tras sacarse la botella del bolsillo, dijo:

-Del coñac no ha quedado ni para mojar los labios. Como no alcanzará para los seis, tendré que pimplármelo yo solito ¿eh?

Rodímtsev desenroscó con su meticulosidad habitual el tapón de su cantimplora y dijo:

-Qué se le va a hacer... Bébetelo tú solo, ahí tienes el vasito. Yo nunca toco nada alemán...

A la caída de la tarde, Ignatiev condujo ante la presencia del comisario a un alemán. Lo había capturado mediante una sencilla artimaña: cortó el cable telefónico y lo tendió a lo

largo del camino, y luego se ocultó con sus camaradas entre unas matas. Una hora más tarde llegaron dos telefonistas alemanes para reparar la avería. Los soldados rojos saltaron de su escondrijo y se abalanzaron sobre ellos. Uno de los alemanes, que intentó huir, fue liquidado. El otro, paralizado por la sorpresa, fue hecho prisionero.

-Camarada comisario, aquí en el bosque uso un método especial para cazarlos -explicó con regocijo Ignatiev-. Para capturar a los motoristas tiendo un cable perpendicular al camino; para los infantes el método es más sencillo aún: no hay más que atar unas gallinas entre las matas. Al oír el cacareo, los alemanes de cinco kilómetros a la redonda acuden corriendo.

-¡Muy práctico! -le dijo Bogariov, riendo.

Ya anocheecía cuando Rumiántsev ordenó formar a los infantes y artilleros y leyó una orden en la que, en nombre de la patria, se daba las gracias al soldado explorador Ignatiev. En la penumbra se oyó la voz de Ignatiev, que al ser nombrado, dio un paso al frente:

-¡Sirvo a la Unión Soviética, camarada capitán!

A Mertsálov le atormentaba el recuerdo del repliegue fracasado. El insoportable y humillante sentimiento de impotencia le había dominado durante la corta marcha que más se pareció a una fuga que a la retirada de una unidad regular. La gente de Mishanski causaba una impresión particularmente penosa.

En su compañía reinaba el abatimiento; los soldados marchaban cabizbajos, arrastrando sus cansadas piernas. Algunos habían perdido sus armas. Cualquier sonido hacía que la gente aguzara el oído; escrutaban el cielo con mirada vaga y huían a la desbandada apenas veían un avión alemán.

Mishanski prohibió abrir fuego contra los aviones y ordenó que los soldados se retirasen a un lado del camino, tratando de buscar sitios arbolados o lugares cubiertos de matorral. La compañía marchaba en filas largas y desordenadas. Los soldados, al advertir la incertidumbre de los mandos, infringían con frecuencia la disciplina. Varios de ellos, naturales de la región de Chernígov, abandonaron las armas durante la noche y se marcharon a sus aldeas, siguiendo caminos vecinales. Mertsálov ordenó detenerlos, pero no se pudo dar con ellos.

Ya de día, los grupos avanzados del regimiento llegaron a un vasto campo. Delante de ellos, a unos cinco o seis kilómetros, negreaba el bosque, que llegaba hasta el mismo río. Los soldados rojos se animaron: allí, al otro lado del río, estaban estacionadas las tropas soviéticas, allí terminaba la dura y peligrosa marcha por la retaguardia alemana. Los caballos, en cuanto percibieron de lejos el olor de la humedad, resoplaron anhelantes, y los soldados del servicio hipomóvil no tuvieron necesidad de aguijarlos.

Mientras el regimiento se arrastraba disperso por entre la polvareda que levantaban los millares de botas de los soldados, las ruedas chirriantes de los carros, los desgastados neumáticos de los autos, y las orugas anchas y estriadas de los tractores, un avión de exploración alemán surcó el espacio, describió un rápido círculo sobre el polvoriento camino y desapareció. Mertsálov comprendió que el destino le deparaba un encuentro con el enemigo y ordenó que se mantuviese rigurosamente la distancia de veinte metros de carro a carro y de camión a camión en caso de que la aviación atacara, y que los camiones con las ametralladoras antiaéreas se colocaran a la cabeza y a la cola de la columna.

Estaba convencido de que el enemigo le atacaría desde el aire. Al jefe del Estado Mayor le dijo con sorna:

-Camarada mayor, fíjate en la compañía de Mishanski: todos han levantado la cabeza y miran al cielo. El mismo Mishanski mira al cielo como un águila; en cambio, cuando se arrastra por el bosque parece un septuagenario, no alza la cabeza...

Su coche había subido a un altozano y Mertsálov contempló los amplios espacios de cielo y tierra que se extendían ante él. El trigo sin segar se mecía y susurraba, movido por el viento, y las amarillentas espigas en sazón se inclinaban ofreciendo a la vista los pálidos tallos. Todo el campo cambiaba de color: de amarillo-ámbar se transformaba en verde pálido. Y entonces semejaba como si una lividez mortal cubriera el trigo, como si se quedase sin savia, como si el campo palidciera atemorizado ante la retirada del ejército ruso. Y el campo susurraba, imploraba, se inclinaba hasta la tierra, ora empalidecido, ora volviendo a erguir sus opulentas espigas, deslumbrando con toda su rica belleza dorada por el sol. Mertsálov contemplaba el campo, los pañuelos de las mujeres que blanqueaban en la lejanía, los molinos distantes y las casitas de la aldea que resplandecía en el horizonte.

Miró al cielo que conocía desde la infancia, el reseco, azul lechoso y ardiente cielo estival. En lo alto flotaban huidizas pequeñas nubecillas, diluidas, imprecisas y tan transparentes que a través de ellas se traslucía el azul celeste de la atmósfera. Y este vasto campo y este inmenso cielo abrasador, implorantes en su infinita tristeza, pedían ayuda a las tropas que se arrastraban por el camino árido. Y las nubes navegaban de occidente a oriente como si alguien, invisible, arrease un gran rebaño de blancas ovejas por el cielo ruso invadido por los alemanes.

Las nubes corrían en pos de las tropas que se retiraban envueltas en polvo, se apresuraban por llegar adonde no serían partidas por las agudas alas metálicas de la aviación alemana. Y el trigo susurraba, reverenciaba a los soldados rojos, imploraba, sin saber él mismo qué implorar.

-¡Ay! ¡Lloraría sangre! -exclamó Mertsálov-. ¡Sangre salada y no lágrimas!

Una vieja con los pies descalzos y las alforjas medio vacías sobre la encorvada espalda, y el chiquillo de grandes ojazos que la acompañaba, miraban en silencio a las tropas que se retiraban. Era inenarrable, terrible, el reproche de sus miradas apenadas y fijas, infantilmente impotente la de la anciana y senilmente cansada la del niño. Y así permanecieron, perdidos en el inmenso campo.

¡Qué dura fue aquella jornada! Mertsálov no la olvidaría jamás. Esperaba que el enemigo atacase desde el aire, pero el enemigo se presentó por tierra. En el breve combate Mertsálov perdió su tren de servicios y la compañía de Mishanski, que huyó con su jefe hacia el bosque.

Por la tarde el regimiento llegó al río. La penosa marcha había terminado. Pero el jefe del regimiento no tenía motivos para estar contento. Le embargaban sombríos pensamientos.

El jefe del Estado Mayor se le acercó y le entregó el parte del subcomisario de la segunda compañía, en el que daba cuenta de un indigno suceso: en el caserón del bosque se había quedado un soldado rojo después de declarar a sus camaradas que resolvía permanecer allí, en espera de días mejores, en compañía de la joven viuda dueña de la casa. Mertsálov ordenó que una camioneta trajera de inmediato al desertor. Esa misma noche fue conducido al Estado Mayor del regimiento, vestido de campesino y calzado con *laptis*; había hundido su uniforme, atado a una piedra, en el

estanque. Desde lejos Mertsálov escuchaba la conversación que habían entablado con él los soldados rojos.

-¿También hundiste el gorro con la estrella roja? -le preguntó el apuntador de una de las ametralladoras.

-Sí-í -dijo el desertor, desanimado e indiferente.

-¿Y el fusil, lo hundiste? -preguntó el proveedor.

-¿Qué falta me hacía si me quedaba en el caserón?

-¡Al parecer también ha hundido su alma en el estanque! -exclamó el soldado Glushkov, alto y sombrío, cuyo hermano había perecido en un combate contra los tanques alemanes-. La ha atado a un ladrillo y descansa en el fondo del estanque.

-¿Y para qué iba a hundir el alma? -dijo, ofendido, el desertor, y se rascó la pierna.

El brigada que había ido a buscar al desertor intervino con una sonrisa:

-Cuando llegamos estaba a punto de acostarse con su viudita, todo muy bien arreglado, la cama preparada, la botella de medio litro de vodka vacía y dos copas en la mesa; habían engullido filetes de cerdo...

-Habría que traer también a aquella golfa y fusilarlos juntos -dijo el apuntador.

-¡Habría que aplastarlos con las botas! -dijo un soldado delgaducho, con cara de sufrimiento y ojos febriles de enfermo.

Mertsálov se acercó al desertor. Recordó toda aquella jornada llena de amargura: los trigos, el cielo, la vieja con el chiquillo, sus reproches a las tropas que se retiraban y, por primera vez en su vida, pronunció palabras crueles y terribles:

-¡Fusilarlo ante las tropas!

Esa noche no pudo conciliar el sueño. «No, no me doblegaré -se decía a sí mismo-, no me faltan fuerzas para esta guerra.»

17. El comisario

Por la mañana Mishanski llegó hasta donde se encontraba Bogariov.

-¡Salud, camarada comisario -exclamó alegremente-, éste sí que es un encuentro!

Los soldados que le acompañaban traían las barbas crecidas y las guerreras rotas. El mismo Mishanski no tenía mucho mejor aspecto. Se había arrancado del cuello los emblemas y llevaba la guerrera desabrochada. La cartera de campaña y el portamapas, que antes siempre acarreaba consigo, no se veían por ningún lado -por lo visto los había tirado para perder el aspecto de jefe-, e incluso había sacado la pistola de la funda y se la había metido en el bolsillo del pantalón.

Se sentó al lado de Bogariov y dijo en voz baja:

-Sí, estamos metidos en un cerco clásico, camarada comisario. Me parece que la única solución es dispersar a las tropas y tratar de pasar la línea del frente de manera aislada.

Al oírle, Bogariov sintió que la sangre abandonaba sus venas; le pareció que hasta se le habían quedado las mejillas frías, lívidas por la rabia.

-¿Por qué tiene su gente este aspecto? -preguntó en voz baja.

Mishanski hizo un ademán de dejadez.

-¿Qué quiere que le diga? -respondió-. Entre ellos no hay héroes. Salieron por la noche a un claro del bosque, los alemanes lanzaron unas bengalas y ellos echaron cuerpo a tierra, como si se encontrasen bajo un fuego huracanado.

Bogariov se incorporó y movió pesadamente las piernas sin cambiar de sitio. Mishanski permaneció sentado y, ajeno a la rabia que desfiguraba el rostro de Bogariov, dijo:

-¿Tiene un pitillo, camarada comisario? En cuanto a nuestra situación, me parece que la solución que propongo es acertada: pasar la línea del frente uno por uno. Cada cual como pueda. De todos modos, en grupo no lograremos abrírnos paso.

-¡Póngase en pie! -ordenó Bogariov.

-¿Qué? -preguntó Mishanski.

-¡En pie! -repitió Bogariov en un tono imperioso.

Mishanski se percató de la expresión de Bogariov y de un salto se cuadró.

-¡Firmes! -exclamó Bogariov, y mirando con desprecio y odio a Mishanski le gritó-: ¿Qué significa ese aspecto? ¿Así es como se acerca a un superior? Arréglense de inmediato como es debido, usted y su tropa; no quiero ni uno solo sin afeitar y ninguna guerrera rota. Los emblemas estarán en el cuello de todos. Dentro de veinte minutos forme la compañía y preséntese ante mí, jefe de una unidad regular del Ejército Rojo que opera en la retaguardia enemiga y a quien queda usted subordinado desde ahora.

-¡A sus órdenes, camarada comisario de batallón! -dijo Mishanski y, en la creencia de que la amenaza no iba en serio, añadió sonriendo-: El caso es que... ¿dónde conseguiré ahora los emblemas si estamos cercados, en el bosque? Supongo que no puedo ponerme bellotas como emblemas.

Bogariov miró la hora y pronunció pausadamente:

-Dispone de veinte minutos para cumplir con la orden. En caso contrario, será usted fusilado delante de las tropas, debajo de este mismo árbol.

Mishanski comprendió y sintió la fuerza indomable del hombre que le hablaba. Mientras tanto los artilleros y fusileros cosían a preguntas a los recién llegados.

-Oye, barbudo -espetó en voz alta a uno de los llegados el apuntador Morózov, el héroe del combate contra los tanques

alemanes-, ¿qué edad tienes?

-Soy de la quinta del doce -respondió el aludido en un murmullo, y con un dedo levantado imploró-: No resolléis tan fuerte, muchachos.

-¿Por qué, compadre? -preguntó Ignatiev al tiempo que alzaba la voz con toda intención.

-¡Más ba-a-ji-ito! -pidió con voz quejumbrosa el soldado barbudo-, ¿acaso no oyes?

-¿Qué, qué? -preguntaron intrigados los artilleros y exploradores.

-Este lugar está infestado de alemanes, sus voces llegan hasta aquí...

Todos se miraron sorprendidos e Ignatiev, de pronto, estalló en una carcajada tan sonora que varios hombres de la compañía de Mishanski comenzaron a chistarle: «Silencio, silencio».

-¿Qué os pasa, muchachos? -les dijo Ignatiev-. ¡Si son los cuervos que graznan! ¿Comprendéis? ¡Los cuervos!

Y una carcajada unánime recorrió el bosque; reían los artilleros, reían los infantes, reían los exploradores, reían los heridos mientras gemían de dolor, reían también los soldados recién llegados mientras meneaban la cabeza, turbados, y escupían.

En este momento se acercó Mishanski.

-Rápido, rápido -exclamó-, os doy quince minutos para afeitaros y tener todo el equipo en orden. Camaradas jefes de las secciones y sargentos: cosed los emblemas y formad la compañía.

Cogió su macuto y a todo correr se dirigió al arroyo.

Bogariov se paseaba entre los árboles, pensativo.

«Mishanski dice que en su compañía no hay héroes. Pues los crearemos; serán héroes. ¡Lo serán!»

Poco después la compañía estaba formada. El capitán Rumiántsev recorrió lentamente las filas, inspeccionó con atención el uniforme de los soldados, revisó las armas e hizo serias observaciones por cada pequeñez.

–Cíñase más el cinto, más –decía con aire grave–. ¿Por qué se ha afeitado tan mal? Hay que afeitarse con esmero y no de cualquier modo. Y usted no ha limpiado bien el fusil, esto no sirve para nada. ¿Acaso puede un soldado del Ejército Rojo tratar mal su arma?

Parecía que la escena tuviera lugar en una escuela militar antes de una rigurosa inspección, y no en el bosque, en la retaguardia de los alemanes. Bogariov había pedido a Rumiántsev que realizase esta minuciosa revista y observaba desde lejos la compañía formada. Rumiántsev se acercaba ya al flanco izquierdo y, tras dirigir una mirada inquisitiva a las filas, le dijo al jefe de la sección: «Los soldados de su sección no están bien alineados, camarada teniente». Bogariov dio unos pasos hacia delante. «¡Firmes!», dio la voz de mando Mishanski; luego se adelantó ante las fuerzas formadas y pronunció en voz alta el parte de reglamento. Bogariov recorrió las filas y se dirigió a los soldados. Hablaba sin elevar el tono de su voz y sus palabras llegaron a la conciencia de cuantos escuchaban. Les habló de las grandes penalidades de la guerra, de la amargura de la retirada. Expuso ante los soldados toda la complejidad y los peligros de la situación, sin ocultarles nada: les habló de los tanques alemanes, de los caminos cortados, les dijo también qué valor atribuía a las fuerzas enemigas de aquel sector. Les habló de la sangrienta lucha a vida o muerte que venía sosteniendo el pueblo.

Y los que estaban en las filas le escuchaban erguidos, con los rostros serenos, mirando al comisario con ojos perspicaces de hombres a quienes no hay nada que enseñar.

En estas horas y jornadas difíciles la gente sólo ansiaba una cosa: la verdad. Querían saber la verdad, aunque fuese dura y triste. Y Bogariov les dijo esta verdad. Un viento frío que anunciaba el otoño susurraba entre las altas copas de los árboles. Y después del ardoroso estío, después de las oscuras y tormentosas noches de los últimos meses, después del calor sofocante de los mediodías y de las tardes, llenas del zumbido de los mosquitos, este viento llegado del norte que presagiaba el invierno, las nevadas y las tempestades era infinitamente grato y parecía advertir de que el despiadado y abrasador verano estaba llegando a su fin y daba paso a la nueva estación. Los hombres lo habían percibido interiormente y asociarían para siempre la nueva sensación con las palabras del comisario y con el ímpetu violento del frío viento, que hizo vibrar los robles como si fuese noviembre.

Por la noche Bogariov no pudo conciliar el sueño. Se dirigió a la arenosa colina poblada de pinos enormes, se echó al suelo, se tapó con el capote y clavó la mirada en el cielo. Hacía frío. La luna cruzaba lentamente el cielo azul por entre los oscuros troncos. En el bosque, en medio de la arboleda, se observaba con mayor precisión el pausado movimiento de la luna. Era tan grande que ni los troncos más gruesos podían ocultarla ni a ella ni a su halo dorado, que desaparecía por un lado del tronco, crecía y se ampliaba por el otro. Bogariov fumaba y el humo transparente del cigarrillo parecía de cristal a la luz de la luna. El cielo, inmenso, estaba despejado: la luna había eclipsado las estrellas. Sobre la densa espesura del bosque se alzaba una niebla gris azulada, tan sutil como el humo del cigarrillo. Y bajo los pinos se oía un susurro continuo, como producido por millares de hormigas que trabajasen durante las horas nocturnas. Eran las gotas del rocío que, tras deslizarse por

las hojas, caían al suelo. El rocío se acumulaba y cuajaba sobre las puntas verdes, el líquido se escurría por las hojas y las gotas se espesaban y fosforescían a la luz de la luna. Era tan grande la belleza de esa noche que la tristeza se apoderó de Bogariov. El leve susurro de las gotas que caían, el movimiento flotante de la luna, las sombras de los troncos que con lentitud inconcreta se movían sobre la tierra hablaban de la sabia belleza del mundo absorto en la noche.

Y el mundo estaba estremecido por los golpes de la guerra, que había irrumpido en las tierras labradas, se había hundido bajo las aguas, se había elevado a decenas de miles de metros sobre la tierra, bramaba en los bosques, en los campos, sobre los apacibles estanques cubiertos de musgo, sobre los ríos y las ciudades, sin distinguir el día de la noche. Y Bogariov pensó: «Si Hitler llega a ganar esta guerra, el mundo no tendrá sol, ni estrellas ni noches tan hermosas como ésta». De pronto vio a un hombre que estaba sentado en el calvero iluminado. Bogariov le llamó. Era Ignatiev.

-¿Qué hace aquí, camarada Ignatiev? -preguntó Bogariov.

-No podía dormir, camarada comisario; la noche es tan hermosa...

Al comisario Bogariov le resultaba simpático aquel hombre fuerte y alegre. Veía y sabía el influjo que ejercía Ignatiev sobre sus compañeros. Había oído cómo éstos se contaban entre sí los chistes de Ignatiev y cómo hablaban de su jovial y astuta intrepidez. Allí donde se sentaba Ignatiev se formaba invariablemente un corro de unos cuantos oyentes.

-¿En qué piensa, camarada Ignatiev? -le preguntó Bogariov.

-Recordaba a mi amigo y camarada Sedov. Cuando estalló la guerra, por las noches también se veía la luna. Una vez me dijo: «Fíjate qué noche hace, Ignatiev; aunque la verdad

es que no sé cuánto me queda por vivir en este mundo». Y ya ve, ya no está entre nosotros.

-Y Babadzhanian tampoco -dijo Bogariov, y lanzó un suspiro.

Bogariov empezó a hablar; a Ignatiev le gustaba escucharle. No le interesaban las charlas instructivas, en las que se dan explicaciones sobre esto y lo otro.

«¿Qué me pueden enseñar? -pensaba-. Yo ya lo sé todo.»

Y por lo general ocurría que no era a él a quien le contaban cosas, sino que era él quien hacía que los demás le escuchasen: conocía muchas historias de todo género, recopiladas de antiguos soldados, de viejos y viejas. Sentía un apasionamiento especial por recoger todos estos relatos, en su mayoría de una sencillez extrema. Se acordaba con facilidad de ellos porque poseía una magnífica memoria. Y como también estaba dotado de una fantasía brillante, solía adaptarlos y contaba a sus camaradas ingeniosas historietas, cómicas y espeluznantes a la vez, de soldados rojos con los cuales Hitler entablaba pelea. Pero aquella noche el comisario habló e Ignatiev escuchó. Y nunca olvidó ni una sola palabra de aquella conversación nocturna.

-Es verdad, camarada comisario -dijo-, esta guerra me ha convertido en otro hombre. Uno marcha, y cada riachuelo, cada bosquecillo infunde tanta lástima que el corazón se estremece. La vida del pueblo no era fácil, pero las dificultades eran propias, nuestras. La tierra era nuestra, las fábricas, nuestras y la vida, nuestra, una vida difícil, pero nuestra. ¿Cómo, pues, entregar todo esto? Ahora medito a menudo. Cuando me marché a la guerra pensaba que todo me daba igual. Ahora me arde el corazón. Hoy venía por un claro del bosque y al oír un arbolillo susurrar e inquietarse se me encogió el corazón. ¿Es posible, pensé, que este arbolillo tan hermoso pase a poder de los alemanes? No, les

digo a los muchachos, esto no sucederá. Mi amigo Rodímtsev dice: «Por duro que sea, hay que resistir; es por nuestra tierra por la que luchamos». Ha habido de todo, a veces no tenía qué llevarme a la boca, pero mi vida me pertenecía a mí.

La luz de la luna se había extinguido; un velo negro cubrió el cielo. Poco después empezó a caer una lluvia fina, como un polvillo frío.

Bogariov se ajustó el capote sobre los hombros, carraspeó y dijo con su habitual voz lenta y de bajo:

-Camarada Ignatiev: se ha dado orden a la sección de exploración de aniquilar un tren de servicios alemán. De ello se encargará un nuevo destacamento al que se incorporarán los hombres más débiles de la compañía de Mishanski. Hay que enseñarles y levantar su ánimo. Le he incluido a usted en este destacamento. Que vean cómo se puede machacar a los alemanes.

-¡A sus órdenes, camarada comisario! -respondió Ignatiev.

«Ya ha terminado la noche de luna», pensó Bogariov.

El mismo pensamiento cruzó por la mente de Ignatiev, que se alejaba del comisario.

Poco después Bogariov despertó a Mishanski y le dijo:

-Dentro de una hora marchará usted con el destacamento para aniquilar un tren de servicios alemán.

-¿De quién recibiré las instrucciones? -preguntó Mishanski.

-Las instrucciones se le han dado al teniente Klenovkin, jefe del destacamento. Usted marcha a esta operación en calidad de simple soldado, con fusil. Desde hoy ya no comandará la compañía.

-Camarada comisario -dijo Mishanski-, permítame que le explique...

-He querido prevenirle de lo siguiente -le interrumpió Bogariov-: no tema a los alemanes, tema su propia flaqueza. No habrá más explicaciones y recuerde mis palabras.

18. Lioña

Seis días llevaba el pastor Vasili Kárpovich andando con Lioña Cherednichenko por las aldeas ocupadas por los alemanes. El chico estaba muy cansado y se había lastimado los pies hasta sangrar. No dejaba de preguntar al viejo: «¿Por qué me sale sangre de los pies si todo el rato andamos por suelo blando?». Durante la marcha habían comido bastante bien: las mujeres les daban suficiente leche, pan y tocino. Habían pasado la última noche en una casa en la que vivían una mujer y sus dos hijas. Las muchachas cursaban el décimo curso, estudiaban álgebra, geometría y tenían nociones de francés. La madre vistió a sus hijas con ropas viejas; tenían las manos y las caras manchadas de tierra, el pelo sin peinar, enmarañado, argucias para que los alemanes no ultrajasen a esas chicas bonitas. Ellas se miraban en el espejo y no hacían más que reírse. Creían que, pasados uno o dos días, terminaría esta vida terrible y salvaje, que el *starosta*¹⁴ les devolvería los manuales de geometría, física y lengua francesa, recogidos por orden del comandante alemán, y que dejarían de conducirlos al trabajo. Corrían rumores de que una multitud de mujeres y muchachas marchaba por los caminos hacia lejanos campamentos de trabajo, que seleccionaban a las guapas, que desaparecían sin dejar rastro; que en los campamentos separaban a los hombres de las mujeres y que en todas las aldeas ucranianas los casamientos habían sido prohibidos.

Las chicas lo habían oído, pero en su interior se negaban a creer los rumores que corrían. Los juzgaban demasiado

bárbaros. Para el otoño habían proyectado irse a Glújov e ingresar en la Escuela Normal. Leían libros, sabían resolver ecuaciones con dos incógnitas, sabían que el sol es una estrella en fase de extinción y que la temperatura de su superficie es de cerca de 6.000 °C. Habían leído *Anna Karénina* y en los últimos exámenes de literatura escribieron composiciones acerca de «La lírica de Lérmontov» y «La característica de Tatiana Lárina». Su difunto padre había sido jefe de brigada en el koljós; agrónomo-práctico, dirigía el laboratorio de la aldea y mantenía correspondencia con el académico Lisenko de Moscú. Las chicas se reían, miraban los trapos que vestían y tranquilizaban a su madre.

–No llore, madre, esto no puede seguir así. Adolf desaparecerá como desapareció Napoleón.

Cuando se enteraron de que Lioña estudiaba tercer curso en una escuela de Kiev, decidieron examinarle: le dieron a resolver problemas con multiplicaciones y divisiones.

Hablaban todos en voz baja, sin dejar de mirar hacia las ventanas; sin querer pensaban que, debido a la presencia alemana, los chicos aldeanos no podían hablar de aritmética. Y una de las chicas, Pasha, de ojos castaños, rompió en pequeños pedazos el papel en el que Lioña había resuelto los problemas y lo echó al horno.

A Lioña le prepararon la cama en el suelo, pero a pesar del cansancio, no pudo dormirse. La conversación sobre la escuela le había provocado una gran emoción. Se acordó de Kiev, de la habitación con los juguetes, se acordó de cómo su padre le había enseñado a jugar al ajedrez y por las noches solía venir a su cuarto para echar una partida. Lioña se ponía serio, arrugaba la nariz e, imitando al padre, se pasaba la mano por la barbilla. El padre se reía y le decía: «Jaque mate». Junto a estos recuerdos surgían otros: el del incendio, el de la chica asesinada que habían visto en el

campo, el de la horca en la plaza de un pueblecito judío, el del zumbido de los aviones. Estos recuerdos se entrecruzaban y confundían: ora le parecía que no existían la escuela, los camaradas, el cine en la calle Kreschiátik, ora pensaba que de un momento a otro su padre se acercaría a su cama y le acariciaría la cabeza y una sensación de calma y felicidad colmaría su pequeño y fatigado cuerpo. Lioña creía que su padre era un gran hombre. Con su infalible intuición infantil sentía la fuerza espiritual de éste. Había observado el respeto que hacia él manifestaban sus camaradas militares, había advertido cómo todos ellos, sentados a la mesa, guardaban silencio y tornaban la cabeza cuando se dejaba oír la voz serena y sosegada de su padre. Y este muchacho de once años, impotente, que vagaba a la ventura entre las aldeas envueltas en llamas, abarrotadas de tropas del ejército alemán que estaban a la ofensiva, ni por un segundo vacilaba en sus concepciones: para él su padre seguía siendo tan fuerte e inteligente como lo recordaba de los tiempos de paz. Y cuando marchaba por el campo, cuando se dormía en el bosque o en algún henil, sabía perfectamente que el padre iba a su encuentro, que el padre lo buscaba.

Se estaba durmiendo cuando a sus oídos llegó la débil voz de Vasili Kárpovich, que conversaba con la dueña de la casa.

-He pasado por cuarenta aldeas -contaba el viejo- y he visto cosas que no quisiera ver más. Entre los nuestros había gente que esperaba el nuevo orden, en la creencia de que sería favorable para los campesinos. ¿Y qué es lo que ocurre? En una aldea obligan a ordeñar las vacas de acuerdo a una lista: los soldados llegan dos veces al día y se llevan la leche. Parece como si hubiesen dado las vacas en arriendo a los koljosianos, cuando ellos son los verdaderos dueños. En otra aldea ordenaron a los hombres a entregar sus botas. «Vosotros, los koljosianos, andad descalzos.» En todas partes

han nombrado *starostas* y éstos se convierten en los capitostes del pueblo, aunque no sean dueños de sí mismos: el miedo no les deja dormir, y también temen a los alemanes. El pueblo ha dejado de ser el dueño: si haces esto, mal, si haces lo de más allá, también mal. «En cuanto a la tierra – dice el alemán–, olvidaos de ella.» En ninguna de las aldeas por las que he pasado he oído cantar a los gallos; no han dejado ni uno, les han retorcido el pescuezo a todos. A un viejo lo fusilaron porque no hacía más que subirse al tejado y mirar hacia oriente para ver si venían los nuestros. Y los alemanes le pegaron un tiro. «No tenía por qué mirar hacia oriente», dijeron. Han colocado letreros y flechas indicadoras en todas partes y nadie sabe lo que dicen. Las mujeres se quejan: día y noche las obligan a mantener encendido el horno, a guisar y freír. Ellos hablan y hablan; las mujeres están furiosas porque dicen que no les entienden ni jota, que andan como tontos diciendo: «*Matka, matka*»¹⁵. No sienten vergüenza delante de las mujeres viejas y andan desnudos frente a ellas. Las mujeres dicen que por su culpa los gatos se escapan de las casas. Una vieja me contaba: «Es mala cosa que los gatos se vayan de casa, pero cuando están aquí los alemanes los gatos se escapan; a un gato no se le puede echar de casa ni con fuego ni con ninguna otra cosa, mientras que ahora se van solos a la huerta».

»Yo miraba las aldeas y parecía como si hubiera un orden, pero esto no es orden, sino nuestra muerte. Un hermano tiene miedo de mirar al otro. En una aldea reunieron a los hombres y en ucraniano puro se pusieron a explicarles: “¿Quiénes os oprimían a vosotros? Los rusos, los judíos. Ésos son los enemigos de Ucrania”. Los viejos se quedaron quietos y callaron, y al volver a sus casas iban diciendo: “Ya lo hemos oído: antes todos nos offendían; sólo ahora los alemanes vienen a hacer el bien”. En otra aldea obligaron a

los hombres a construir un retrete para el general, y los mandaban a buscar los ladrillos a cuarenta kilómetros de allí, para que todo se hiciese de la debida forma. Un viejo me dijo: “Que me ahorquen, pero nunca más haré un trabajo así”. Corren toda clase de rumores, la gente teme mirarse a los ojos, la franqueza ha desaparecido. Los alemanes tratan a la gente como si fuese el ganado del koljós: hacen listas y más listas, los forman según la estatura, los mandan no se sabe adónde... Pronto empezarán a marcar a todos, a cada uno le colgarán un letrero con un número.

Lioña se despertó y dijo de pronto:

-Abuelo, tenemos que irnos ya.

El viejo no respondió. Lioña miró en torno suyo. Vasili Kárpovich no estaba en la casa, sus alforjas yacían sobre el banco.

-¿Dónde está el abuelo? -preguntó el chico.

La dueña, sentada junto a la ventana, miraba a sus hijas que dormían mientras gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

-Se lo han llevado los muy malditos; en plena noche se lo han llevado -dijo ella-; hoy se han llevado al abuelo, mañana se llevarán a mis hijas... Estamos perdidos, completamente perdidos.

El chico dio un salto.

-¿Quién se lo llevó, adónde lo han llevado? -preguntaba entre sollozos.

-Ya se sabe quiénes se lo han llevado -dijo la dueña, y empezó a maldecir a los alemanes-: ¡Que les salten los ojos, que no lleguen a ver a sus hijos, que se los lleve el cólera, que se les pudran las manos y los pies! -Luego añadió-: No llores, chiquillo, no te echaremos, te quedarás con nosotros, te mantendremos.

-No, yo no quiero quedarme -dijo Lioña.

-¿Y adónde irás?

-Iré a buscar a mi padre.

-Aguarda un poco, espera a que hierva el samovar. Comerás con nosotros, y después veremos adónde es mejor que vayas.

Lioña se asustó al pensar que la dueña no le dejaría marcharse. Se puso de pie lentamente y se dirigió hacia la puerta.

-Pero ¿adónde vas? -preguntó la dueña.

-Salgo un minuto -respondió él.

Salió al patio, volvió la cabeza para mirar la puerta y echó a correr.

Echó a correr por la calle de la aldea y pasó junto a camiones negros de siete toneladas cuyos altos bordes llegaban hasta los tejados de paja; pasó junto a una cocina de campaña, en la que el cocinero estaba encendiendo el fuego; pasó junto a soldados rojos prisioneros, con caras grises, cadavéricas, sentados sin las botas, con sus ropas ensangrentadas y sucias, tras el vallado de la cuadra del koljós. Pasó corriendo junto a unas flechas indicadoras amarillas llenas de números y negras letras góticas. En su cerebro todo se había embrollado: le parecía que huía de la vieja dueña y de sus hijas, que resolvían con él los problemas de aritmética; se imaginaba que la dueña quería calentar agua en el samovar y obligarle a beber té de la mañana a la noche encerrado en aquella aburrida casa.

Llegó hasta el molino de viento y allí se detuvo. El sendero se bifurcaba: una flecha amarilla indicaba la aldea, otra un ancho camino con numerosas huellas de autos y tanques. Lioña tomó el estrecho camino vecinal no señalado por ninguna flecha alemana, en dirección al bosque que negreaba en la lejanía. Hacía mucho tiempo, según parecía, que nadie había andado por aquel camino; por lo visto, en

primavera había pasado por allí el carro de un campesino, cuyas huellas habían quedado profundamente marcadas en la endurecida tierra arcillosa. Una hora después llegó a la linde del bosque. Tenía hambre y sed; los rayos del sol le habían extenuado.

En el bosque el miedo se apoderó de él. Tan pronto le parecía que los alemanes le observaban escondidos detrás de los árboles, o que venían arrastrándose desde los matorrales, como se imaginaba ver lobos y jabalíes negros del parque zoológico con sus largos colmillos y su labio superior levantado. Sintió ganas de gritar, de llamar a alguien, pero temía descubrirse y siguió andando en silencio. Por momentos el miedo y la desesperación eran tan agudos que lanzaba un grito y echaba a correr. Corría sin distinguir el camino, hasta que empezaba a sofocarse. Entonces se sentaba, recuperaba el resuello y volvía a emprender la marcha. Había momentos en que le invadía una seguridad rayana en la dicha: le parecía que el padre llegaba a su encuentro con su paso largo y acompasado, escudriñando con penetrante mirada el bosque y aproximándose cada vez más.

En un lugar encontró muchas bayas y se dedicó a recogerlas. Después se acordó de un librito en el que se hablaba de los osos, a los que les gusta salir a los calveros y arrancar la frambuesa de los arbustos, y apresuradamente se adentró en la espesura del bosque.

De pronto, vio a un hombre entre los árboles. Se detuvo, se resguardó tras un grueso tronco y empezó a observar. El hombre estaba quieto con un fusil en la mano y miraba hacia donde se había escondido el chico: era evidente que había oído los pasos. Lioña miraba y miraba, pero la densa sombra le impedía ver bien al hombre. Un grito alegre y estridente

resonó entre los árboles. El soldado rojo empuñó el fusil, mientras que el chico corría hacia él y gritaba:

-¡Tío..., tío...! ¡Camarada! ¡No tire, soy yo, yo, yo!

Llegó corriendo hasta el soldado rojo y, llorando, se agarró con tanta fuerza a su guerrera que los dedos se le quedaron blancos.

El soldado le acariciaba el cabello y, al tiempo que movía la cabeza, decía:

-¿Dónde te has lastimado así los pies? No me agarres tan fuerte. ¿Acaso crees que te voy a mandar de vuelta al bosque? -Suspiró y añadió-: Puede que el mío ande también vagando solo por los bosques. Sí, aunque los alemanes me maten dos veces, no me quedaré tranquilo mientras ellos manden. Me levantaré de la tumba.

Poco después Lioña yacía en una cama de ramas y hojas después de haber comido y bebido y de que le lavaran los pies. Llevaba puesto un cinto militar con una verdadera funda de cuero en la que guardaba su revólver de latón. A su alrededor estaban sentados unos oficiales y él les contaba cosas de los alemanes.

Bogariov se acercó y todos se pusieron de pie.

-¿Qué tal se encuentra nuestro huésped? -preguntó Bogariov-. Pronto verás a tu papá. Posiblemente mañana. Vosotros, camaradas, dejad descansar al viajero.

-No, si no quiero descansar -replicó el muchacho-; ahora voy a jugar al ajedrez con el capitán.

-Camarada Rumiántsev, ¿ha encontrado un nuevo rival? -inquirió Bogariov.

-Sí, hemos decidido jugar una partida -dijo el camarada Rumiántsev.

Colocaron las piezas y Rumiántsev, con aire absorto, clavó los ojos en el tablero. Así pasaron varios minutos.

-¿Por qué no mueve ficha? -preguntó el chico.

Rumiántsev se levantó bruscamente, hizo un ademán con la mano y se marchó a toda prisa hacia el bosque.

-No te ofendas, chico -dijo un sargento de artillería que se hallaba junto a él-, pero el capitán se ha acordado de su comisario. Siempre jugaban al ajedrez.

Entretanto, Rumiántsev seguía caminando sin volver la cabeza y sin dejar de balbucear.

-¡Ya nunca más jugaré contigo, Seriozha, nunca más!

19. Por la mañana el batallón entrará en combate

Podría parecer que en el campamento del bosque reinaba la inactividad. Pero nunca en su vida Bogariov se había fatigado tanto como en esos días de preparativos para la ruptura de las líneas de defensa alemanas. Se pasaba las noches casi sin dormir; su pensamiento y su voluntad estaban sometidos a la máxima tensión. Y esta tensión de su voluntad se transmitió a todos: desde los oficiales hasta los soldados, todos se sintieron embargados por una moral muy alta. Bogariov daba charlas a los soldados, los oficiales instruían a sus tropas, entre los diversos grupos se estableció el enlace telefónico, el radiotelegrafista recibía cada mañana el parte de guerra del Buró Soviético de Información, que era copiado a máquina, y un motorista lo llevaba por el bosque en una moto capturada a los alemanes para distribuirlo entre los soldados. Por la mañana varios pequeños destacamentos efectuaban exploraciones, observaban a los alemanes, recogían datos sobre el movimiento de sus tropas y servicios. Los uniformes de los soldados fueron arreglados y se implantó una disciplina extraordinariamente rígida. Por no hacer el saludo se imponían castigos severos; los partes se daban de acuerdo al reglamento; se sancionaban las más pequeñas infracciones. Los hombres menos fogueados y

tímidos eran paulatinamente entrenados para operaciones peligrosas: se les encomendaban golpes de mano contra los motoristas alemanes, la captura de enlaces, la destrucción de camiones aislados. La primera vez los acompañaban exploradores expertos, luego marchaban solos y se les exigía que obrasen en la medida de sus fuerzas y por su propia cuenta. Por las noches Bogariov conversaba con los mandos y su confianza en la próxima victoria, nacida de la profunda experiencia adquirida en medio de las grandes dificultades de los primeros meses de guerra, se contagiaba a sus hombres.

-Me revienta -dijo Rumiántsev- que los alemanes hablen de «guerra relámpago» y fijen plazos ridículos: treinta y cinco días para la ocupación de Moscú, setenta días para terminar la guerra; y que al despertarnos por la mañana nosotros contemos involuntariamente: «Ya van cincuenta y tres días de guerra, sesenta y uno, sesenta y dos, setenta y uno...». Con seguridad ellos se estarán diciendo: «Bah, si no es en setenta, será en ciento setenta, ¡qué importa! No es cuestión de fechas, de calendario».

-Precisamente es cuestión de calendario -señaló Bogariov-. La experiencia de casi todas las guerras sostenidas por Alemania ha demostrado su incapacidad de ganar una guerra larga. Basta mirar el mapa para ver por qué hablan de guerra relámpago. La guerra relámpago es su victoria, una guerra larga es su derrota. -Bogariov lanzó una mirada a los oficiales y prosiguió-: Camaradas, hoy debe volver el soldado enviado al Estado Mayor de la agrupación de ejércitos, a través de la línea del frente. Creo que mañana comenzaremos la operación.

Cuando se quedó a solas con Rumiántsev, ambos se echaron sobre la hierba y se pusieron a examinar el mapa.

Las exploraciones efectuadas día y noche habían aportado muchos datos valiosos.

Rumiántsev, con seguridad infalible, determinó el punto débil del frente alemán.

-Éste es el punto de aproximación, a través del bosque -indicó-; allí podemos concentrarnos y marchar por el bosque hasta el mismo río. Creo que si avanzáramos de noche podríamos llegar a nuestra orilla sin disparar un solo tiro; pasaríamos sin ser vistos.

-¿Eso es lo que cree? -preguntó Bogariov sorprendido-. ¿Cómo es posible que a usted, camarada Rumiántsev, excelentísimo oficial soviético, artillero culto e inteligente, se le puedan ocurrir semejantes herejías?

-¿Cuáles? -preguntó con sorpresa Rumiántsev-. ¿De qué herejías habla? Le aseguro que podemos pasar de noche sin ser vistos. El enemigo tiene pocos efectivos aquí, yo mismo he ido y lo he visto.

-En esto, precisamente, consiste la herejía.

-Pero ¿en qué, camarada comisario?

-¡Por todos los demonios! Usted propone que una unidad regular que se encuentra en la retaguardia enemiga se escurra de noche sin efectuar un solo disparo. ¿Perder una ocasión tan propicia? ¡Nunca! No buscaremos el sitio donde haya pocos alemanes. Buscaremos un lugar donde el enemigo tenga concentrado mucho material, asestaremos el golpe por la retaguardia, lo aplastaremos y saldremos victoriosos, infligiéndole grandes pérdidas. ¿Acaso podríamos proceder de otro modo?

Rumiántsev se quedó mirando larga y fijamente la cara de Bogariov.

-¡Perdóneme! -se disculpó-. ¡Por Dios que tiene razón! En realidad, podemos asestar un golpe en vez de escurrirnos.

-Está usted perdonado -contestó Bogariov, pensativo-. En la guerra, el instinto de conservación juega a veces malas pasadas a la gente. Hay que tener siempre presente por qué estamos aquí: para librar una lucha a muerte, y nada más que para esto. Las trincheras no se abren para ocultarse, sino para hacer fuego desde ellas, hay que meterse en las zanjass a fin de resguardarse hasta el momento del ataque en toda regla, que tendrá lugar una hora más tarde. Pero hay momentos en que la gente cree que los blindajes están hechos para ocultarse, y sólo para eso. La filosofía de nuestra idea puede expresarse de una manera sencilla -continuó-: estamos en el bosque, en la retaguardia del enemigo, para caer sobre él por sorpresa y no para escondernos. ¿De acuerdo?

-¡Completamente!

El teniente Klenovkin se acercó a Bogariov.

-Perdone que le moleste, camarada comisario -dijo, y por costumbre miró la hora-, tenemos una visita.

-¿Quién es? -preguntó Bogariov mientras se fijaba en el rostro del militar que permanecía al lado de Klenovkin. Y de pronto exclamó con evidente júbilo-: ¡Pero si es el camarada Koslov, nuestro famoso jefe de la compañía de exploración!

-El primer teniente Koslov ha llegado para presentarse ante usted por orden del jefe del 111 regimiento, mayor Mertsálov -dio el parte en voz alta y con exagerado énfasis Koslov, y sus inteligentes ojos castaños sonreían como el primer día que se conocieron-. Yo no diría que «ha llegado» sino que «se ha arrastrado sobre la barriga» -añadió en voz baja dirigiéndose a Rumiántsev.

Koslov se sentó al lado de Bogariov y comenzó a transmitirle con todo detalle el plan del golpe combinado elaborado por Mertsálov. Punto por punto le expuso la compleja operación que se había proyectado. Todo había

sido estudiado con detalle: la hora de la concentración y del ataque, el sistema de señales para las acciones combinadas, etc. Koslov señaló con un círculo el sector donde operarían los tanques soviéticos, desde donde dispararían la artillería y los morteros; explicó cómo cortarían el camino por el que los alemanes intentarían traer las reservas y cómo batiría la artillería divisionaria las vías de la probable retirada de los alemanes. A continuación entregó a Bogariov un reloj de oro y le dijo:

-El camarada Mertsálov me pidió que le entregara a usted su reloj; él tiene otro niquelado. Los dos están sincronizados.

Bogariov tomó el reloj y lo examinó por todos lados; luego miró la hora del suyo y vio que iba cuatro minutos atrasado.

-Está bien -murmuró.

Bogariov se rió y se dijo: «¿Acaso habré hecho mal en decirle a Mertsálov palabras tan duras? ¡Quién sabe!».

-Usted se hará cargo del mando de nuestro batallón de infantería -indicó a Koslov-, y usted, camarada Rumiántsev, emprenderá la marcha en cuanto oscurezca: el camino del bosque no es fácil para los cañones pesados.

-El camino ya está preparado y limpio de árboles, y en algunas partes hemos colocado fajinas -respondió Rumiántsev, que siempre lo tenía todo dispuesto por anticipado.

-¡Muy bien! -le felicitó Bogariov-. Sólo hay un inconveniente: no tenemos nada que fumar. ¿No traerá cigarrillos, camarada Koslov?

-Yo no fumo, camarada comisario -respondió Koslov en tono culpable-. ¡Me matarían ustedes si hubiesen oído cómo trató de convencerme Mertsálov de que les trajese un par de paquetes y yo me opuse, diciendo: «¡Seguro que tienen tabaco!».

-¡Muy bonito! -refunfuñó Rumiántsev-. Y nosotros, aquí, fumando alfalfa...

-¡Sí, mal favor nos ha hecho! -exclamó Bogariov-. ¿Qué cigarrillos le quería dar Mertsálov?

-Unos paquetes de color azul celeste con montañas nevadas y un jinete: Kasbek, si no recuerdo mal.

-¡Nada menos que cigarrillos Kasbek! -exclamó Bogariov-. ¿Qué le parece, camarada Rumiántsev?

-¡Sí, ya lo ve, tenemos mala suerte! -respondió Rumiántsev riéndose-. Es probable que tú seas el único oficial-explorador del ejército que no fuma. Y el maldito destino nos ha unido.

-Camaradas, retírense; hay mucho trabajo -ordenó Bogariov.

Koslov se alejó unos pasos y preguntó en voz baja:

-¿Qué tal Mishanski?

Rumiántsev se lo contó todo.

-¡Me parece muy extraño! -dijo Koslov, pensativo-. Conozco a Mishanski desde hace mucho tiempo, cuando aún estábamos en paz. Era obrero. Es cierto que no le querían, debido a su optimismo formal. No sabía hacer nada más que gritar «¡Hurra!». Subestimaba a los enemigos. Luego, cuando llegó la hora de la verdad, se apagó.

-Es comprensible -respondió Rumiántsev-; se trataba de un optimismo falso y, como dice nuestro comisario, se había convertido en su contraste.

-¿Qué tal el comisario? -preguntó Koslov.

-¡Oh, el comisario es toda una fortaleza! -dijo Rumiántsev, y lanzó un suspiro-. Mi Seriozha Nevtúlov ya no existe... Le mataron.

-Lo sé -dijo Koslov-, era un buen muchacho. ¡Lamento que haya muerto!

Poco después se anunció a los soldados la operación nocturna. Entonces comenzaron los preparativos. Como siempre antes de emprender una tarea seria, los rostros de los hombres adquirieron una expresión concentrada y pensativa. En la semipenumbra que proyectaban las ramas y el crepúsculo, su aspecto era más oscuro, enjuto y varonil.

La gente se había acostumbrado al bosque como a una casa conocida: a los troncos de los árboles, a cuya vera habían sostenida largas charlas, a las zanjas cubiertas de musgo, que servían de camas muelles y tranquilas, al crujido de las ramas secas, al murmullo del follaje, a los «¡alto!» de los centinelas apostados detrás del nogueral, a los arbustos de frambuesa, a los viveros de setas, al sonoro picotear del pájaro carpintero, al canto del cuco. Al día siguiente por la mañana los soldados ya no estarían en el bosque. A muchos de ellos el destino les reservaba recibir la aurora y la muerte en el vasto campo abierto.

-Coge mi petaca para mañana; en caso de que me maten, quédate con ella. Me da lástima porque es muy buena -decía un soldado a su paisano-; es de goma y cabe paquete y medio de tabaco, y además es impermeable: soporta el agua y la humedad.

-También pueden matarme a mí -contestó el otro, resentido.

-Pero tú eres camillero, mientras que a mí me tocará saltar el primero. Mis probabilidades son mayores.

-Bueno, dámela. Será un recuerdo tuyo.

-Con una condición: si salgo con vida, me la devuelves. Te la doy ante testigos.

Los que les rodeaban se echaron a reír.

-¡Ah, qué ganas de fumar! -exclamaron varios a la vez.

Bogariov andaba entre la gente y prestaba atención a lo que hablaban; luego seguía el recorrido y se paraba de

nuevo a escuchar a sus hombres.

Y quedó embargado por la tranquila y austera conciencia de la fuerza del pueblo, decidida a lanzarse a un combate mortal. Lo veía, lo sentía.

Los rayos del sol poniente se filtraron entre los troncos de los árboles y durante un instante iluminaron los rostros curtidos de los combatientes y los negros cañones de los fusiles, brillaron sobre el metal de los cartuchos que distribuía el brigada, blanquearon aún más las vendas de los heridos. Y de súbito, como si surgiera de este sol crepuscular, se oyó una canción. La entonó Ignatiev. Al momento fue acompañado por otro, por un tercero, por un cuarto. No se veía a los que cantaban, ocultos tras los árboles, y se diría que era el bosque mismo el que cantaba, melancólico y solemne.

El soldado Rodímtsev se acercó a Bogariov.

-Camarada comisario, los combatientes me han enviado -dijo, y ofreció a Bogariov una petaca de tela roja bordada en punto de cruz color verde.

-¿Qué significa esto? -preguntó Bogariov.

-Como todos sufrimos la falta de tabaco -explicó Rodímtsev-, los combatientes han decidido reunir un poco para nuestro comisario.

-¿Cómo? -exclamó Bogariov con voz temblorosa-. Los últimos restos de tabaco... No, no lo aceptaré; yo también sé lo que es, ¡también soy fumador!

Rodímtsev insistió en voz baja:

-Camarada comisario, los soldados se lo dan de todo corazón. Se ofenderán mucho.

Bogariov miró el rostro serio y solemne de Rodímtsev y sin pronunciar una palabra tomó la ligera petaca.

Rodímtsev, como si se disculpara, agregó:

-Lo que reunimos entre todos no llega ni a medio paquete. Los alemanes lanzaron una bomba incendiaria que alcanzó justamente el camión que llevaba el tabaco; los canallas sabían dónde pegar, en el punto más sensible. Los soldados dijeron: «Nuestro comisario se pasa las noches sin dormir, examinando el mapa, y es entonces cuando viene bien un pitillo».

Bogariov quiso expresar su agradecimiento a Rodímtsev, pero de pronto se sintió ahogado por la emoción.

Por primera vez durante la guerra aparecieron lágrimas en sus ojos.

La melodiosa y triste canción sonaba cada vez más fuerte, como amplificada por el incendio rojo del sol crepuscular.

20. Conócete a ti mismo

Mertsálov se despertó mucho antes del amanecer. En medio de la penumbra, en la mesa del blindaje, brillaba la escudilla de aluminio y yacía el mapa, sobre cuyos dos bordes habían sido colocadas sendas granadas de mano para evitar que el papel se enrollase. Mientras miraba este plano nuevo, Mertsálov sonrió. El jefe del Estado Mayor del regimiento en persona había traído las hojas la víspera desde la sección topográfica del Estado Mayor del ejército.

-Camarada Mertsálov -dijo solemnemente-: en el mapa viejo no hacíamos más que marcar las líneas de nuestra retirada. Ahora he traído uno nuevo. Mañana lo estrenaremos con un combate para romper las líneas del frente alemán.

Y quemaron el mapa viejo, manoseado, desgastado en los dobleces, el mapa donde, descolorido y arrugado como un trapo, se habían señalado los sangrientos combates del Ejército Rojo en retirada. Aquel viejo mapa lo había visto

todo: lo estuvo mirando Mertsálov en la madrugada del 22 de junio, cuando los bombarderos fascistas cruzaron la frontera soviética y aparecieron sobre los regimientos de artillería e infantería entregados al sueño; había visto las lluvias y tormentas, lo había descolorido el sol de los abrasadores mediodías de julio; lo habían sacudido los vientos de las vastas campiñas ucranianas; lo habían contemplado, por encima de las cabezas de los oficiales, los altos y viejos árboles de los bosques de Bielorrusia.

-¡Bueno! -exclamó Mertsálov, y echó una mirada de reprobación a la brillante escudilla.

«Habrás que pintarlas de color verde para evitar que descubran a los combatientes: refractan los rayos solares y por la noche relucen en la oscuridad», pensó.

Mertsálov sacó su maletín de debajo de la litera y lo abrió. El blindaje se llenó de una mezcla de olor a queso, a embutido, a agua de colonia y a jabón perfumado. Cada vez que Mertsálov abría la maleta recordaba a su mujer, que se la había preparado el día de la agresión alemana.

-¡Bueno! -repitió, y luego sacó una muda de ropa, un par de calcetines y peales limpios. Después encendió una vela y se afeitó. Cuando hubo terminado salió del blindaje.

Faltaba cerca de una hora para el amanecer. En oriente reinaba la misma oscuridad y calma que en occidente. Densas y uniformes tinieblas se extendían sobre la tierra. Una neblina fría y oscura flotaba entre los sauces y el cañaveral de la orilla del río. Era difícil discernir si el cielo, en calma e inmóvil como los ojos de un ciego, estaba nublado o despejado.

Mertsálov se quitó la ropa y, respirando con fuerza, se encaminó hacia el río por la arena fría y húmeda.

-¡Vaya! -dijo al sentir el contacto del agua.

Durante largo rato se enjabonó la cabeza, el cuello, las orejas y se restregó el pecho con la esponja. Terminado el baño, se puso una muda limpia y regresó al blindaje. Se sentó en el borde de la litera, eligió una tirilla almidonada y la cosió al reverso del cuello de su guerrera. Luego volcó el resto del agua de colonia en la palma de su mano, se friccionó las mejillas, se empolvó la cara recién afeitada y recogió los polvos que quedaban en la cajita redonda. A continuación se frotó escrupulosamente la cara con la toalla húmeda y comenzó a vestirse sin prisa: se puso el pantalón azul, la guerrera de tela de gabardina y el cinto nuevo. Tardó un buen rato en limpiarse las botas: primero les quitó el polvo, luego les dio crema y les sacó el lustre con cepillo y paño de lana. Después, volvió a lavarse las manos, se peinó el cabello húmedo, se puso de pie, revisó la pistola y se la enfundó; por último, guardó la foto de su mujer y de su hija en el bolsillo de la guerrera que acababa de ponerse.

-¡Bueno! -dijo mirando la hora, y despertó al jefe del Estado Mayor.

Amanecía. Un viento frío comenzó a susurrar en el cañaveral, se extendió sobre el río como una red móvil, recorrió veloz el ancho campo, pasando raudo sobre las trincheras y las zanjaz antitanque, levantando remolinos de arena en los montículos de los blindajes, arrastrando como ovillos las matas hasta las mismas alambradas.

El sol ascendía rápidamente en el espacio, como si fuera un viejo juez de este inmenso campo, ajeno a las emociones y pasiones, presto a ocupar el elevado sitio que le correspondía. Las oscuras nubes nocturnas cobraban calor y, como frías masas de hulla, se encendían y ardían con una llama sombría y opaca color ladrillo. Aquella mañana todo parecía siniestro, el presagio de una ruda labor bélica y la muerte para muchos. Era una mañana de otoño normal y

corriente. Justo un año antes, en esta misma tierra, en una mañana igual, venían bostezando unos pescadores que llegaron de visita a la aldea, y esta tierra, este cielo, este sol y este viento les brindaban la plenitud de la paz, de la calma y de la belleza campestre. Pero aquel verano todo se había vuelto siniestro: los pozos, cuyas oscuras aguas azul verdosas contenían veneno, y los almiarés iluminados por la luna, y los manzanarés, y las blancas paredes de las casitas aldeanas, salpicadas de la sangre de los fusilados, y los senderos, y el viento que hacía vibrar los cables, y los nidos vacíos de las cigüeñas, y las huertas, y el alforfón rojizo: el maravilloso mundo de la tierra ucraniana, impregnada de sangre y salificada por las lágrimas...

El ataque se inició a las cinco de la mañana. Los oscuros aviones de asalto sobrevolaron los regimientos de infantería. Eran aparatos nuevos, recién incorporados a la línea del frente. Volaban a poca altura y los infantes pudieron distinguir las bombas, ocultas bajo las alas, dispuestas a ser lanzadas. Sobre las posiciones alemanas se elevaron columnas de humo y un estruendo rasante se extendió por el amplio horizonte. Simultáneamente al primer ataque aéreo, abrieron fuego las baterías del regimiento. La atmósfera, hasta entonces vacía, recorrida únicamente por el viento matutino, se llenó de silbidos y del estrépito de las explosiones: el viento sintió que el espacio se estrechaba.

Mertsálov ansiaba marchar al ataque con el primer batallón, pero se contenía. En aquellos momentos fue consciente por vez primera de la importancia de su presencia en el Estado Mayor. «¡Diablos! ¡Él tenía razón!», pensó con disgusto Mertsálov, recordando su agria conversación nocturna con Bogarióv. Aquella conversación le atormentaba y se acordaba de ella todos los días. Y ahora comprendía y veía cuántos hilos del combate concentraba en

sus manos. A pesar de que ya la víspera todos los jefes y oficiales habían sido informados con exactitud de sus tareas y sabían perfectamente cuál era su cometido; a pesar de que la actividad de los bombarderos, cazas y aviones de asalto había sido planeada con meticulosidad y a pesar de que el jefe del batallón de tanques pesados, mayor Serioquin, había estado más de una hora examinando el mapa con Mertsálov, ya desde los primeros minutos del combate el enemigo había actuado enérgicamente, lo que exigió de inmediato una rápida y tensa dirección de todo el complejo y móvil sistema de fuerzas que participaban en la batalla.

Los aviones soviéticos habían atacado ya por dos veces las primeras líneas alemanas y sobre sus trincheras y blindajes flotaban nubarrones de humo negro. Pero cuando la infantería se lanzó al ataque tras la estela de los tanques, los alemanes abrieron un intenso fuego desde todas sus baterías de artillería, morteros y piezas antitanque. Los jefes de los batallones telefoneaban a Mertsálov para comunicarle que la infantería había echado cuerpo a tierra, que el fuego del enemigo era muy nutrido e impedía el avance. Mertsálov se incorporó y desabrochó la funda de la pistola: había que levantar a la infantería y abrirse paso hacia delante a toda costa. A él, hombre que desconocía el miedo, le pareció que lo más sencillo era lanzarse al fragor de la contienda. Por un instante sintió una rabiosa desilusión: ¿sería posible acaso que fracasara el combate de hoy, tan larga y meticulosamente preparado? ¿Sería posible acaso que fuese vano el esfuerzo que por vez primera había realizado, elaborando con académica escrupulosidad los detalles del combate?

-¡No, camarada jefe del Estado Mayor! -dijo con rabia-. ¡La guerra ha sido y será el arte de no temer al enemigo ni a la muerte! Hay que levantar a la infantería.

Pero no abandonó el puesto de mando. Volvió a sonar uno de los teléfonos e inmediatamente otro.

-Los ataques aéreos tienen escasa incidencia en el enemigo atrincherado. Sigue conservando intacto su poder de ataque -decía Kochetkov-; los cañones y morteros no cesan de disparar.

-Los tanques son recibidos con intenso fuego de artillería, la infantería ha echado cuerpo a tierra y los tanques se han distanciado de ella; dos tienen las orugas averiadas -informaba Seriouguin-. Considero que no deberíamos seguir avanzando.

El teléfono sonó de nuevo. Al otro lado de la línea estaba el representante de las fuerzas aéreas, que le preguntaba por la eficacia de los bombardeos y por si consideraba necesario modificar el sistema de los ataques, puesto que los pilotos informaban de que la infantería no avanzaba mientras que la artillería enemiga conservaba su actividad. En ese momento llegó al Estado Mayor un teniente coronel representante de la Dirección de Artillería; planteaba varias cuestiones que exigían una solución inmediata.

Mertsálov encendió un cigarrillo, adoptó un semblante sombrío y se sentó a la mesa.

-¿Repetiremos los ataques contra la infantería? -preguntó el jefe del Estado Mayor.

-No -respondió Mertsálov.

-¿Propondremos a la infantería que prosiga el avance? Las unidades avanzadas están cuerpo a tierra, a trescientos metros del enemigo. Podemos salvar otros cien metros avanzando a saltos intermitentes -señaló el jefe del Estado Mayor.

-No -respondió Mertsálov.

Se había quedado tan pensativo que ni siquiera advirtió que el comisario de división Cherednichenko había entrado

al puesto de mando. Tampoco el jefe del Estado Mayor se fijó en él. El comisario pasó por delante del centinela, que se cuadró al verlo, fue a sentarse en un oscuro rincón junto a la litera que generalmente ocupaban los enlaces y, mientras chupaba la pipa, escuchó con calma y atención las conversaciones telefónicas y observó a Mertsálov y al jefe del Estado Mayor.

Cherednichenko había ido a ver a Mertsálov sin pasar por el puesto de mando de Samarin. Quería estar allí en el momento de iniciarse el ataque y, consciente de que Samarin no dejaría de presentarse en el sector donde iba a tener lugar una operación importante, resolvió encontrarse con el jefe del ejército en las avanzadas.

Mertsálov contemplaba el mapa y su mente, aguzada hasta el extremo, concebía la batalla como un todo en el que, a semejanza de un campo de líneas magnéticas alternas, por instantes surgían nudos poderosos de tensión que luego se debilitaban y se extinguían. Había descubierto el eje de la defensa del enemigo, cuyo filo destruía la tensión alterna del ataque. Había percibido cómo los diferentes sumandos, superponiéndose los unos sobre los otros, sólo coexistían mecánicamente, sin interferirse, como las oscilaciones de la misma longitud de onda que se refuerzan de manera recíproca. Su cerebro reprodujo en proyección dinámica los múltiples elementos de este complejo combate. Valoró la tenacidad de la fuerza viva, el estruendoso esfuerzo de los aviones en vuelo y de los rugientes tanques pesados, y la presión del fuego de las baterías de la artillería pesada y ligera, y entonces sintió la energía potencial de las tropas de Bogariov, situadas en la retaguardia enemiga. Y su interior quedó de pronto iluminado por una radiante luz. Había descubierto la solución, extraordinariamente sencilla, matemáticamente irrefutable. Del mismo modo que el sabio

matemático o físico, en la primera fase de sus investigaciones, suele sentirse aplastado por la complejidad y el contradictorio peso de los elementos que descubre en un fenómeno en apariencia sencillo y corriente, con gran tensión el científico suma e intenta relacionar estos sumandos dispersos que se contradicen entre sí, y ellos, tercos, rápidos, elásticos, se escurren. Hasta que, como recompensa por la ardua labor analítica, por la intensa búsqueda de la solución, sobreviene una sencilla y nítida idea que anula toda la complejidad y que aporta la única solución acertada, admirable en su irrefutable sencillez. Este proceso se llama creación. Algo semejante sentía Mertsálov al resolver el complejo problema que había surgido ante él. Quizá nunca se había visto embargado por una emoción tan grande y por una alegría tan profunda. Y expuso su plan al jefe del Estado Mayor.

-Sí, pero a esto hay que objetar... -y el jefe del Estado Mayor enumeró todo aquello con lo que la solución de Mertsálov entraba en contradicción.

-¿Y qué? -le contestó Mertsálov-. ¿Se acuerda usted de lo que decía Babadzhanian: «Hay una sola norma y esta norma es la victoria»?

Se quedó un rato pensativo. En efecto, para adoptar medidas de responsabilidad frente al mapa del Estado Mayor a veces hace falta más fuerza y coraje que para realizar una hazaña en el campo de batalla. Pero Mertsálov encontró en sí este valor, el valor para adoptar una solución de responsabilidad. Él sabía que algunos oficiales rusos, ante una situación difícil, buscaban una justificación y una salida exponiéndose ellos mismos a correr el riesgo de morir. Cuando después de la batalla se le exigía al oficial que respondiese de su actitud, éste decía: «Cuando vi que la situación se volvía peligrosa, me puse al frente de mis

tropas. ¿Qué más podía hacer?». Pero Mertsálov sabía que este gran sacrificio en nada podía eludir la responsabilidad por el desenlace de la batalla.

La situación era la siguiente: los ataques aéreos no podían quebrar la resistencia de la infantería alemana atrincherada. La artillería enemiga y sus morteros obstaculizaban el avance de los tanques y eran la causa de que éstos se distanciasen de su infantería. Las unidades de infantería, al adelantarse demasiado, debilitadas y batidas por el fuego de la artillería y de los morteros, caían bajo el fuego de las armas automáticas alemanas. La artillería soviética, casi dos veces superior a la alemana, desperdigaba sus fuerzas batiendo un vasto sector de las primeras líneas enemigas. Mertsálov veía que el fuego de los aviones rusos, de los tanques, de la artillería y de la infantería, distribuidos proporcionalmente contra todos los elementos de la defensa alemana, dedicaba sólo una cuarta o quinta parte de su potencia a la lucha contra la artillería y los morteros, cuando precisamente lo que había que aplastar eran la artillería y los morteros, ya que la lucha eficaz contra ellos era la clave del éxito en la primera etapa del ataque.

Mertsálov, sin alzar la voz, transmitió sus indicaciones a la artillería del regimiento y a la divisionaria que había sido agregada, al batallón de tanques pesados, a los aviones de asalto, de bombardeo y de caza, que a petición del regimiento bombardeaban y ametrallaban a los alemanes. Ordenó a la infantería que se replegara y se concentrara en abrigos protegidos, con el fin de asestar el golpe en el sector donde estaba concentrado el grueso de la artillería y de los morteros del enemigo.

Mertsálov sabía que los alemanes, confiados en el poder de sus cañones, tenían en este sector sólo unos pequeños retenes de infantería. Sabía que con el fuego a su disposición

haría enmudecer sin dificultad la artillería alemana. Eligió para el ataque el sector más fortificado del frente alemán, porque había comprendido y percibido la posibilidad de convertirlo, de pronto, en el más débil y apto para la ruptura.

El jefe del Estado Mayor se quedó pasmado al escuchar las disposiciones de Mertsálov: ¡concentrar la infantería frente a las baterías de artillería y morteros! ¡Replegarse sin combatir de las posiciones ocupadas a costa de tanta sangre!

-Camarada Mertsálov -dijo-, ¿es posible que haya dispuesto que la infantería se repliegue?

-¡Hace treinta y cinco años que me llamo Mertsálov! -respondió el jefe del regimiento.

-Camarada Mertsálov, hemos avanzado ochocientos metros. ¿No sería mejor que nos fortificásemos allí?

-La orden está cursada y no tengo intención de cambiarla.

-Pero a usted le acusarán... Usted sabe -dijo en voz baja el jefe del Estado Mayor- lo severo que es Samarin. ¡Y nada menos que al comienzo del ataque y después de nuestro reciente y desastroso repliegue, usted se lo juega todo a una carta!

-Sí, a esta carta -dijo sombrío Mertsálov mientras señalaba el mapa-; y deje ya de hablar de esto, Semión Guermóguenovich; lo sé todo, no soy un chiquillo y no estoy para bromas.

A la entrada del puesto de mando se oyeron unas voces altas. Mertsálov y el jefe del Estado Mayor se levantaron rápidamente. El general Samarin se aproximaba a ellos.

Éste se fijó en la cara descompuesta del jefe del Estado Mayor y, tras saludar con un movimiento de cabeza, preguntó:

-¿Cómo va todo, ha roto el frente?

-No, camarada general mayor -respondió Mertsálov-, aún no lo he roto, pero lo romperé.

-¿Dónde están sus batallones? -preguntó Samarin con brusquedad.

Al aproximarse al puesto de mando del regimiento se había encontrado con los tanques y la infantería que se replegaban, y preguntó a un teniente quién había dado la orden de retirarse.

-El jefe del regimiento, héroe de la Unión Soviética mayor Mertsálov -informó el teniente.

Y esta respuesta había puesto fuera de sí a Samarin.

-¿Dónde están sus batallones y por qué se repliegan? -insistió Samarin en un tono inquietantemente calmado.

-Se retiran en orden por disposición mía, camarada general mayor -respondió Mertsálov, y de pronto vio que Samarin, en actitud marcial, miraba a un militar que salía del rincón oscuro del blindaje y se acercaba a él.

Se fijó mejor y también se cuadró al ver que frente a ellos estaba un miembro del Consejo Militar del frente.

-¡Salud, salud, Samarin! ¡Salud, camaradas! -dijo Cherednichenko-. He entrado sin saludar y suerte que el centinela me ha dejado pasar; he estado sentado aquí, en la litera, viendo cómo disponen ustedes la operación.

«De todos modos le demostraré que tengo razón -pensó Mertsálov, decidido-; se lo demostraré.»

Cherednichenko miró la cara adusta de Samarin y al agitado jefe del Estado Mayor y dijo:

-¡Camarada Mertsálov!

-¡A sus órdenes, camarada comisario de división! -contestó el aludido.

Durante un instante el comisario escrutó los ojos de Mertsálov. Y en esta mirada serena y un poco triste, Mertsálov leyó con sorpresa y alegría que el comisario había

comprendido toda la seriedad y solemnidad de este momento en la vida militar del jefe del regimiento.

-Camarada Mertsálov -dijo con lentitud el comisario-, me alegro por usted. Dirige de manera magnífica el combate y tengo pleno convencimiento en su éxito hoy. -Echó una mirada por el rabillo del ojo a Samarin y añadió-: Le doy las gracias en nombre de la patria, mayor Mertsálov.

-¡Sirvo a la Unión Soviética! -respondió el jefe del regimiento.

-Qué, Samarin, ¿nos vamos? -preguntó Cherednichenko mientras pasaba el brazo por encima del hombro del general, como si le abrazara-. Tengo un asunto para ti. Además, hay que dejar trabajar a la gente. El aposento se ha llenado de jefes, todos en postura de firmes; puesto que hay tanto que hacer, mejor dejarles que trabajen.

Antes de salir se acercó a Mertsálov y le preguntó en voz baja:

-¿Qué tal su comisario, camarada mayor? -y añadió con una sonrisa y bajando aún más la voz-: En una ocasión se pelearon, ¿no es cierto?

Y entonces Mertsálov supo que Cherednichenko estaba al corriente de su conversación nocturna con Bogariov, que se lo recordaba con toda intención y que aquella noche y el día de hoy estaban enlazados por un nexo misterioso e incomprensible.

21. En el Estado Mayor de Bruchmüller

El coronel Bruchmüller, jefe de la unidad alemana que se estaba preparando para el paso del río, recibió en su despacho al coronel Grün, representante del Cuartel General, que había llegado la víspera. La mañana del inesperado contragolpe de los rusos desayunaron en el

Estado Mayor, instalado en el edificio de una escuela. Bruchmüller y Grünner eran viejos conocidos y la víspera habían conversado hasta altas horas de la madrugada sobre la guerra y la situación de su país.

Grünner ocupaba un cargo mucho mejor y de mayor rango que el coronel Bruchmüller, pero mostraba sus respetos al dueño de la casa. Bruchmüller era conocido en el ejército alemán como un jefe capaz, un reputado maestro en el combate de artillería. En una ocasión el general coronel Brauchitsch dijo refiriéndose a él: «No en vano Bruchmüller lleva su apellido». Evidentemente, Brauchitsch aludía al famoso homónimo del coronel, que se había ganado los laureles organizando aquellos huracanes de la artillería pesada que antecedian a las ofensivas en el frente occidental durante la guerra de 1914. Y el enjuto Grünner, haciendo caso omiso del complicado sistema de graduaciones que regía en el ejército y que sólo permitía mantener conversaciones confidenciales con gente del mismo ambiente que uno, refirió con franqueza al obeso y calvo coronel el estado de ánimo que reinaba entre los oficiales del Cuartel General y cuál era la situación interna en Alemania. Sus relatos emocionaron mucho a Bruchmüller y le apenaron enormemente.

-Sí -afirmó con una simpleza que chocó un poco a Grünner-, mientras nosotros combatimos aquí, ellos ya están peleándose entre sí. Al fin y al cabo, todas estas intrigas entre los industriales y los nacionalsocialistas, toda esta fronda y contrafronda en el generalato embrollará las cosas. Hay que decirlo bien claro: Alemania es el ejército; y el ejército activo es Alemania. Nosotros, y nadie más que nosotros, debemos decidir y determinarlo todo.

-No -replicó Grünner-; mañana le hablaré de unas circunstancias no menos importantes que los éxitos en el frente y que se vuelven cada día más complicadas e

intolerables para los oficiales de alta esfera. A veces la situación es simplemente paradójica.

A la mañana siguiente no continuaron la conversación porque, de manera inopinada, los rusos emprendieron la ofensiva y, como es de suponer, los acontecimientos del día absorbieron el interés de los coroneles.

El enlace funcionaba a las mil maravillas y, sentado en el Estado Mayor, Bruchmüller tenía ante sí un cuadro completo de la batalla que se estaba desarrollando: cada cinco o seis minutos la radio y el teléfono le traían noticias del combate.

-Por lo general los rusos recurren a la presión frontal y la distribuyen proporcionalmente por toda la línea. Lo llaman «golpear en la frente» -explicó Grünm mientras examinaba el mapa-, y es evidente que ellos mismos se dan cuenta de la ineficacia de tales acciones. En sus órdenes hablan con frecuencia de ello. Pero las órdenes quedan en el papel. Esta táctica es una manifestación del carácter nacional de los rusos.

-¡Oh, el carácter! -exclamó Bruchmüller-. Los rusos tienen un carácter extraño. Pero ¿sabe usted?, en los combates nunca he podido comprender el carácter del jefe que tenía enfrente. Es difuso, nebuloso. No puedo captar lo que le gusta, qué arma prefiere. Y eso no es que me alegre precisamente, aun al contrario, me desagrada la niebla.

-¡Oh, no hay nada que esperar de ellos! -dijo Grünm-. Les hemos impuesto toda la complejidad de nuestra guerra alemana moderna. Aviones, tanques, desembarcos aéreos, maniobras, ataques combinados: la guerra dinámica, por tierra, mar y aire.

-A propósito, los rusos han traído a nuestro frente muchos tanques pesados y nuevos modelos de avión. Estas máquinas blindadas negras son enormemente eficaces; los soldados las llaman *Schwarztod*¹⁶.

-Sí, pero con escaso resultado, mire -dijo Grün n al tiempo que le mostraba un parte recién copiado a máquina por el escribiente.

Bruchmüller sonrió.

-Hay que decir con franqueza que aquí todo está dispuesto de tal modo que hasta usted o yo, de tropezar con semejante sistema de defensa, nos desesperaríamos.

Y apoyando su enorme corpachón contra la mesa comenzó a explicar con entusiasmo la organización de su sistema de fuego.

-Se asemeja al juguete con el que se entretiene mi hijo -dijo Bruchmüller-; un anillo está unido a otro, y éste a un tercero que, a su vez, está unido al primero. ¡Adivine cómo se desunen! Romperlos es imposible porque son de acero. La clave consiste en que los anillos se rompen allí donde parecen más sólidos y macizos.

La radio y los aparatos telefónicos eran emisarios de buenas noticias desde los batallones, compañías y baterías: el ataque de los rusos agonizaba.

-Debo confesar que me asombra que hayan podido avanzar ochocientos metros. No se puede negar que son valientes -dijo Grün n mientras encendía un cigarrillo, y añadió-: ¿Cuándo piensa usted forzar el río?

-Dentro de tres días -contestó Bruchmüller-, como dice la orden. -De pronto se puso de buen humor y se acarició el vientre-. ¿Qué haría yo en Alemania con este apetito? Sin duda habría muerto, créame; ahora mismo ya tengo hambre. Aquí lo he dispuesto todo a las mil maravillas. Estoy en el frente desde el uno de septiembre del treinta y nueve, y le juro que a estas alturas podría trabajar como consultor en cuestiones culinarias en el mejor hotel internacional. Me he impuesto una regla: comer los platos nacionales de los países en los que batallo. En cuanto a la comida, soy cosmopolita.

Bruchmüller miró de reojo a Grün. ¿Podrían interesar tales cosas a aquel hombre enjuto que se limitaba a beber café negro y que había encargado un caldo con picatostes y una gallina magra cocida para comer? ¿No le parecería desagradable a Grün el vicio por la comida sabrosa, aquel vicio que Bruchmüller veneraba?

Pero Grün le escuchaba con una sonrisa en los labios. Le agradaba el animado relato del coronel sobre la comida, representaba un tema cómico e interesante para sus conversaciones en Berlín.

Y Bruchmüller, riendo de vez en cuando, continuó su relato:

-En Polonia comía *sras*i y *fliaki*, que son repugnantes pero tienen un sabor diabólico, *klets*ki, *knish*ki y *masur*cas dulces, y bebía *stark*a; en Francia comía toda clase de ragús, legumbres, alcachofas, filetes asados..., y bebí además una enorme cantidad de vinos dignos de la mesa de un emperador. En Grecia yo olía a ajo como una vieja verdulera y temía quemarme las entrañas por la excesiva cantidad de pimienta que tragaba. Y en este país me atraco de lechones, gansos, pavos y de un plato muy sabroso: *va-re-ni-ki*. Es una pasta de harina rellena con cerezas o requesón y cubierta de crema de leche. Hoy lo probará usted, sin falta.

-¡Oh, no, no! -replicó Grün con una sonrisa, e hizo un ademán como para defenderse de algún peligro-; quiero volver a Berlín, ver a mis hijos y a mi mujer.

En aquel momento un ayudante informó de la retirada de los tanques soviéticos, cubriendo con su fuego el repliegue de la infantería; que su aviación ya no volaba sobre el dispositivo de la infantería y que la artillería de todos los calibres había suspendido el fuego.

-Ahí tiene usted su famosa niebla -dijo Grün.

-No, se equivoca -replicó Bruchmüller, y frunció el ceño-. Conozco la tenacidad de Iván.

-¿Usted sigue creyendo en la niebla? -preguntó Grünner con ironía.

-Yo creo en nuestras armas -contestó Bruchmüller-. Es probable que el enemigo se haya tranquilizado; pero también es posible que no. Lo más probable es que no. Pero yo no concedo importancia a eso, sino a esto -y golpeó el mapa con el dorso de su mano.

En éste, entre el verde de los bosques y el azul celeste de las aguas, se veían racimos de círculos rojos trazados con un lápiz grueso que indicaban los emplazamientos de la artillería y de los morteros alemanes.

-He aquí en lo que yo creo -volvió a repetir Bruchmüller.

El coronel pronunció estas palabras lentamente y con marcada intención. Y a Grünner le pareció que Bruchmüller aludía no tanto a los esfuerzos militares de los rusos como al objeto de su conversación nocturna.

Al cabo de quince minutos comunicaron por teléfono que los rusos volvían a manifestar actividad.

El primer golpe de la aviación de bombardeo fue asestado a las baterías de la artillería pesada. A renglón seguido, llegó un parte en el que se decía que los tanques pesados rusos habían localizado el dispositivo de los morteros de los batallones y habían abierto fuego contra ellos con sus cañones del 75. Seguidamente, la voz serena del mayor Schwalbe comunicó que sus piezas del 105 estaban siendo sometidas a un fuego nutrido de la artillería pesada rusa.

Bruchmüller comprendió al punto que los rusos no atacaban con igual ímpetu en todo el frente, que sus esfuerzos se aplicaban en una dirección determinada. Y al coronel le pareció sentir en sus carnes el acero del enemigo que le tanteaba. Estaba tan estrechamente ligado a las

tropas que esta sensación adquirió una realidad física y, de forma instintiva, se pasó la mano por el pecho, como si quisiera calmar aquel dolor inquietante. Pero la sensación continuó llenándole de temor.

Apenas se habían perdido de vista los bombarderos rusos cuando sobre los emplazamientos de la artillería aparecieron sus cazas. Los jefes de las baterías comunicaron que no estaban en condiciones de abrir fuego: los servidores de las piezas se escondían en los refugios.

-Continuad disparando a cualquier precio y con la máxima intensidad -ordenó el coronel.

De inmediato, todos sus nervios se pusieron en tensión. ¡Diablos! No en vano llevaba el apellido de Bruchmüller. No en vano le conocían y respetaban en el ejército. Era un militar con gran experiencia, decidido y hábil. Cuando estudiaba en la academia, los profesores hablaban de él como de un auténtico representante de la oficialidad alemana.

Toda la maquinaria del Estado Mayor, perfectamente montada y engrasada, pareció estremecerse por el impulso de su voluntad y se puso a trabajar. Sonaron los timbres de los teléfonos, el ayudante y los oficiales inferiores iban muy serios de la sección de telégrafos de campaña al despacho del coronel; la estación de radio funcionaba de manera ininterrumpida; los motociclistas de enlace se bebían presurosos un trago de vodka ruso, se ajustaban los gorros, salían del patio de la escuela y, levantando una estela de polvo, volaban por los caminos y sendas.

Bruchmüller habló personalmente por teléfono con los jefes de las baterías.

Apenas si se habían alejado los cazas rusos, cuando sobre los emplazamientos artilleros aparecieron de nuevo los bombarderos en picado. Bruchmüller comprendió que el jefe

ruso se había planteado como objetivo neutralizar y aplastar sus principales fuentes de fuego. Las piezas iban quedando fuera de combate una tras otra. Dos baterías de morteros, con todos sus servidores, habían sido machacadas. Los rusos localizaban metódicamente un emplazamiento tras otro.

Bruchmüller ordenó que un batallón de infantería de la reserva entrase en acción, pero al cabo de unos minutos le comunicaron que los aviones de asalto de los rusos habían atacado en vuelo rasante la columna de camiones cuando ésta se dirigía hacia las líneas, dejando caer sobre ella un diluvio de obuses y de balas de ametralladora.

Bruchmüller ordenó al batallón que abandonase los camiones y continuase a pie hasta las posiciones. Tampoco eso fue posible: los rusos abrieron un fuego nutridísimo sobre la carretera hasta convertirla en intransitable.

Por primera vez en su vida el coronel experimentaba un sentimiento de impotencia. Una voluntad ajena le estorbaba, confundía sus disposiciones. Aquella súbita sensación de superioridad del jefe enemigo era insoportable.

De pronto le vino a la memoria cómo hacía un año, mientras se encontraba en Francia, había sentido deseos de presenciar una operación quirúrgica extraordinariamente compleja que debía realizar un profesor famoso, de autoridad universal en el campo de la cirugía cerebral y recién llegado al frente. El profesor introdujo en la nariz del herido anestesiado un instrumento extraño, fino y flexible, semejante a una aguja y a un escalpelo, y con sus ágiles dedos fue insertando más y más aquel objeto brillante. En aquella ocasión le habían explicado a Bruchmüller que el lugar afectado se encontraba en una zona de difícil acceso, más arriba del occipital, y el profesor llevaba su flexible instrumento hacia el lugar afectado, haciéndolo pasar entre el cráneo y el encéfalo. Aquella operación impresionó

sobremanera a Bruchmüller. Y ahora, creyó ver en su adversario a un hombre de rostro también afilado y atento, con dedos tan ágiles como los de aquel profesor que, a ciegas, hacía pasar su instrumento de acero entre un mar de delicados ganglios y sensibles membranas vasculares.

El coronel llamó a su ayudante en tono irritado.

-¿Por qué está aún aquí? ¿No es usted artillero y además oficial? Me ha comunicado personalmente la muerte de tres jefes de batería y el heroico fallecimiento del mayor Schwalbe, mi mejor ayudante en el combate. Su deber militar exige que usted mismo solicite su envío a la línea de fuego. ¿O es que cree que sus obligaciones militares se limitan a los fusilamientos de los ancianos y los niños sospechosos de sentir simpatía hacia los guerrilleros?

-Señor coronel... -empezó ofendido el ayudante, y mientras miraba a Bruchmüller continuó presuroso-: Señor coronel, tengo el honor de rogarle que me envíe a la línea de fuego.

-¡Incorpórese! -ordenó Bruchmüller.

-¿Qué pasa? -preguntó Grün.

-Lo que pasa es que este ruso está revelando por fin su carácter -replicó Bruchmüller.

El coronel volvió a inclinarse sobre el mapa. El enemigo desplegaba su juego con serenidad. Ahora Bruchmüller veía su verdadera faz. «La infantería rusa ha pasado a atacar el sector de los emplazamientos de nuestra artillería», transmitía la cinta del telégrafo de campaña. En este instante entró corriendo un oficial y exclamó:

-¡Coronel, la artillería pesada rusa hace fuego desde nuestra retaguardia!

-Les ganaré esta partida -dijo Bruchmüller convencido-. No podrán vencerme.

Las puertas chirriaban, el viento abría y cerraba con ruido las ventanas, sacudía un gran cuadro de estudio colgado en la pared. La cabeza velluda y parda del cuadrumano representado en aquel cuadro movido por el viento parecía abrir y cerrar testarudamente sus poderosas mandíbulas.

22. ¡La muerte no triunfará!

Los observadores de Rumiántsev estaban situados muy cerca de las líneas alemanas. El teniente Klenovkin, tumbado entre unos arbustos, veía cómo dos oficiales tomaban café y fumaban a la puerta de su refugio. Klenovkin oía sus palabras y vio como un telefonista les entregaba un parte y uno de los oficiales, evidentemente el superior, daba órdenes al soldado. Con gesto de amargura, el teniente miró su reloj: qué rabia le daba no haber estudiado alemán en su momento; de conocerlo habría podido enterarse de todo lo que decían los alemanes.

Las baterías de obuses estaban emplazadas en la linde del bosque, a unos mil metros del lugar donde se ocultaba Klenovkin. Allí mismo se había concentrado la infantería. También los heridos se hallaban cerca, acostados en las camillas y en los camiones, preparados para avanzar detrás de la infantería cuando ésta se lanzase hacia la brecha.

El telefonista Martínov, echado junto a Klenovkin, contemplaba con especial interés al telefonista alemán. Aquel tipo con el que compartía profesión le parecía ridículo e irritante.

-Tiene jeta de zorro, se ve que es un borrachín -susurró Martínov-, pero si pones en sus manos un aparato de los nuestros no sabrá qué hacer con él, ese... alemán.

Todos, empezando por Klenovkin, oculto junto al blindaje alemán, y terminando con los heridos y el pequeño Lioña, expectantes ante el inicio del ataque en el bosque sumido en la penumbra, tenían los nervios de punta. Todos oían el cañoneo, el ladrido de los automáticos y de las ametralladoras, las explosiones de las bombas de aviación. Sobre las cabezas de los combatientes aullaban con frecuencia los aviones con estrellas rojas y viraban hacia las posiciones alemanas. Sólo haciendo ímprobos esfuerzos lograban contenerse y no saludar con la mano o gritar algo cuando los aparatos entraban en picado y ametrallaban las trincheras alemanas.

También Bogariov era presa de la agitación general. Veía que Rumiántsev y el intrépido y cómico Koslov estaban agotados por el nerviosismo de la espera. Habían finalizado ya las etapas del ataque señaladas y convenidas de antemano. Había pasado la hora convenida para el golpe combinado y aún no se había recibido la señal. Cuando el ruido del combate aumentaba, los jefes interrumpían sus conversaciones, escuchaban atentamente y escrutaban el espacio. Pero no. Mertsálov seguía sin dar la señal.

Estas tropas situadas en la retaguardia de los alemanes percibían el ruido del combate de un modo extraño y poco habitual. Todos los sonidos llegaban con signo inverso: las explosiones de los proyectiles eran rusas; las salvas de la artillería, alemanas; de vez en cuando silbaba sobre sus cabezas una bala perdida, una bala rusa. El tartamudeo de los automáticos y el ladrido de las ametralladoras de los alemanes eran extraordinariamente alarmantes y siniestros. Estos sonidos inversos y desusados del combate también agitaban a la gente.

Los combatientes rojos permanecían echados tras los árboles, entre los matorrales y el cáñamo sin recoger;

aguzaban el oído y observaban atentos el despejado cielo matutino, que sólo en algunos lugares ensombrecían el humo y el polvo.

¡Oh, qué hermosa era la tierra en aquellos momentos! ¡Qué benignos parecían a los hombres sus pliegues pesados, los montículos amarillentos, las vaguadas, los hoyos del bosque cubiertos de bardana! ¡Qué aromas tan deliciosos emanaban de la tierra: el olor del follaje putrefacto, del polvo seco, de la humedad forestal; el olor de los hongos, de las bayas reseca y de las viejas ramas desgajadas! El viento traía de los campos el aroma tibio y nostálgico de las flores y hierbas agostadas; en la penumbra del bosque, súbitamente desgarrada por la luz del sol, lucía como un arco iris una telaraña humedecida por el rocío, que parecía respirar la maravilla de la quietud y de la paz.

Rodímtsev yace de bruces. ¿Estará durmiendo? No, sus ojos escrutan la tierra, el cercano arbusto de agavanzo. Respira ruidosamente, aspirando el olor del bosque. Mira curioso, ávido y reverente todo lo que ocurre a su alrededor: unas hormigas marchan en columna por una ruta casi imperceptible para el ojo humano, arrastrando briznas de hierba seca y palitos. «Quizá también estén en guerra – piensa Rodímtsev –, y éstas sean columnas de hormigas movilizadas para la construcción de fortificaciones. También puede ser que alguna hormiga ricachona se esté construyendo una mansión y ésta sea una columna de carpinteros y albañiles que van al trabajo.»

Inmenso es el universo que abarcan sus ojos, oyen sus oídos y aspira, con el aire, su nariz. Un metro de tierra en la linde del bosque y un arbusto de agavanzo. ¡Qué grande parece este metro de tierra! ¡Qué rico es este arbusto agostado! Una grieta cruza como un rayo la tierra seca; las hormigas la atraviesan por un puente en rígido orden, una

tras otra, y al otro lado esperan pacientemente las que vienen en dirección contraria. Una mariquita gordezuela, engalanada con casaca roja, corre de un lado para otro buscando también un paso. ¡Cómo brillaban los ojos del ratón que, levantándose sobre sus patitas traseras, asomó el hociquillo y desapareció raudo entre la hierba susurrante! Las hierbas se doblan ante el embate del aire, se inclinan, cada una a su manera: unas, sumisas, rozan apresuradas la tierra; otras, rebeldes, tiemblan, se enfadan y resisten con todas las fuerzas de su pobre y fino tallo. Y en el arbusto se columpian las bayas del agavanzo: amarillas, rojizas, tostadas por el sol como la arcilla en el horno. Una telaraña, evidentemente abandonada hace mucho por su dueña, es arrastrada por el viento; en ella hay apresadas hojas secas, trocitos de corteza y una bellota que la deforma con su peso. Esta telaraña se asemeja a una red abandonada en la orilla después de la muerte de un pescador.

¡Y cuánta tierra así existe, cuántos bosques, qué infinidad de metros en los que reina la vida! ¡Cuántas auroras más bellas que ésta hubo en la vida de Rodímtsev, cuántas lluvias torrenciales de verano, cuántos pájaros cantores, cuánto viento fresco y nieblas nocturnas! ¡Cuánto trabajo! Y qué magníficos eran aquellos instantes cuando llegaba a casa y su mujer le preguntaba adusta, pero con cariño: «¿Quieres comer?», y en la tranquila y cálida isba él comía puré de patatas con mantequilla y contemplaba a sus hijos, los brazos de su mujer tostados por el sol. ¡Y cuánta vida le queda aún por delante! ¿Mucha? Todo puede terminar ahora mismo, dentro de unos cinco minutos. Y centenares de combatientes rojos permanecen como él, tumbados; piensan, recuerdan, miran la tierra, los árboles, los arbustos, aspiran el olor de la mañana. ¡No hay tierra mejor que ésta en el mundo!

Ignatiev, meditabundo, dijo a su camarada:

-En una ocasión oí hablar a dos tenientes de los antiaéreos: «Estamos en guerra y alrededor nuestro florecen los jardines y los pájaros trinan, como si nada de todo esto les importase», decían. Creo que no tenían razón; aquellos tenientes no percibieron lo esencial. Esta guerra ha abarcado toda la vida. Tomemos por ejemplo los caballos: ¡cuánto tienen que sufrir los pobres! Recuerdo que cuando estábamos acampados en Rogachov todos los perros corrían a los sótanos en cuanto tocaban la alarma. Allí pude ver una perra que escondía a sus cachorros en una zanja y que cuando terminaba el bombardeo los volvía a sacar. ¡Y los pájaros! ¿Crees que los gansos, las gallinas y los pavos no sufren por culpa de los alemanes? Y aquí, en derredor, en el bosque, veo que las aves se asustan en cuanto aparece un avión; levantan el vuelo en bandada y arman un jaleo de mil demonios, sin saber dónde meterse. ¡Cuántos bosques han sido arruinados; cuántos jardines han sido destruidos! Y ahora estoy pensando: el combate tiene lugar en el campo; aquí hemos echado cuerpo a tierra unos mil hombres y hemos trastornado la vida de todos estos mosquitos y hormigas. Y si los alemanes lanzan gases asfixiantes y nosotros contestamos con lo mismo, se trastornará la vida en todos los campos y en todos los bosques, la guerra alcanzará a los ratones y a los erizos, hasta las mariquitas y los pájaros se asfixiarán sin remedio.

Ignatiev se incorporó y dijo a sus camaradas con tono alegre y triste a la vez:

-¡Oh, qué buena es la vida, muchachos! En un día como éste llega uno a comprenderlo; me parece que podría pasarme mil años así, tumbado en el suelo sin aburrirme, porque respiro.

Bogariov escuchaba atento el ruido del combate. De pronto el estruendo de las explosiones comenzó a acallarse:

los aviones soviéticos ya no sobrevolaban las posiciones alemanas. ¿Acaso el ataque había sido rechazado? ¿Cabía la posibilidad de que Mertsálov no hubiese podido quebrar lo suficiente la defensa de los alemanes para comenzar junto con Bogariov el ataque simultáneo? La pena oprimió el corazón del comisario. La idea de que Mertsálov pudiese haber fracasado era insoportable, extraordinariamente dolorosa. No veía ya la luz del sol, le parecía que el cielo azul se había cubierto de un velo negro; no veía ya el extenso calvero; todo desapareció de su campo visual, incluso los árboles y los campos. Lo único que llenaba su ser era el odio a los alemanes.

Allí, mientras yacía en la linde del bosque, Bogariov se imaginaba con toda claridad aquella fuerza negra que se extendía por toda la tierra del pueblo. ¡La tierra del pueblo! En los ensueños de Tomás Moro y las utopías de Owen, en las obras de los gloriosos enciclopedistas de Francia, en las memorias de los decembristas, en los artículos de Belinski y de Hertzen, en las cartas de Zheliábov y de Mijáilov, en las palabras del tejedor Alekséiev se expresaba la eterna aspiración de la humanidad a la tierra de la igualdad, a la tierra en la que se habría destruido la eterna desigualdad entre los que trabajaban y los que vivían del trabajo ajeno. Miles y miles de revolucionarios rusos habían perecido en la lucha por conquistar esa tierra. Bogariov los conocía como si fueran sus hermanos mayores; había leído todo lo escrito sobre ellos; conocía sus últimas palabras y las cartas enviadas a sus madres e hijos en vísperas de la muerte; conocía sus diarios y conversaciones íntimas, anotadas por aquellos de sus amigos que lograron alcanzar la libertad; conocía su camino hacia los trabajos forzados de Siberia, en los que hacían altos para pernoctar, las cárceles donde les aherrojaban. Bogariov amaba a aquellos hombres y los

veneraba como a los seres más entrañables. Muchos de ellos habían trabajado como obreros en Kiev, como sastres en Vilno, como tejedores en Bielostok, en las imprentas de Minsk, ciudades invadidas por los fascistas.

Bogariov amaba su tierra con toda su alma, la tierra conquistada en las duras jornadas de la guerra civil, en los tormentos del hambre. Esta tierra aún llevaba una vida austera, de trabajo duro sometido a rigurosas leyes.

Bogariov paseaba lentamente entre los combatientes echados en el suelo, se detenía de vez en cuando por un instante, les dirigía unas palabras y proseguía sus idas y venidas.

«Si dentro de una hora -pensaba- Mertsálov no da la señal, levantaré a la gente para el ataque y romperemos sin su ayuda la defensa alemana. Exactamente dentro de una hora...»

-Mertsálov tendrá éxito -le decía a Koslov-, no puede ser de otro modo, de lo contrario tendré que reconocer que soy ciego y tonto.

Mientras pasaba entre los combatientes vio a Ignatiev y Rodímtsev, se acercó a ellos y se sentó en la hierba. Le parecía que en aquel momento estaban hablando y pensando lo mismo que él.

-¿De qué habláis? -les preguntó.

-De los mosquitos -respondió Ignatiev con una sonrisa turbada en sus labios.

Bogariov se extrañó y se dijo: «¿Acaso es posible que en esta hora podamos pensar en cosas distintas?».

Decenas de hombres divisaron a la vez la señal: los cohetes rojos que se dirigían en línea oblicua desde las líneas rusas hacia las alemanas. Inmediatamente tronaron los disparos de los obuses. Mil hombres contuvieron la respiración. El trueno de los obuses anunciaba a los

alemanes que las tropas rusas se habían infiltrado en su retaguardia.

Bogariov echó una mirada rápida y alegre al campo, estrechó la mano a Koslov, que iba en el flanco derecho, y le dijo:

-Querido amigo, confío en usted. -Aspiró el aire a pleno pulmón y gritó-: ¡Camaradas, adelante! -Y ni un solo hombre quedó tendido en la tierra querida y tibia.

Bogariov corría en cabeza. Un sentimiento desconocido invadía todo su ser: arrastraba con su actitud a los combatientes, y éstos, a su vez, unidos a él en un todo único, eterno e indisoluble, parecían empujarle hacia delante. Bogariov oía su respiración, percibía el latido ardiente y rápido de sus corazones. Era el pueblo que reconquistaba su libertad. Bogariov oía el ruido de su carrera: era Rusia, lanzada al ataque. Los hombres corrían cada vez con mayor rapidez y su «¡hurra!» iba creciendo, se fortalecía hasta alcanzar las nubes. A través del estruendo del combate, este «¡hurra!» llegó a oídos de los batallones de Mertsálov, que habían pasado al ataque con la bayoneta; lo oyeron los campesinos en la lejana aldea ocupada por el enemigo; lo oyeron también los pájaros que surcaban el alto cielo.

Los alemanes combatían a la desesperada. Adoptaron con rapidez y habilidad la defensa circular y abrieron fuego de ametralladora. Pero las dos olas de infantería rusa avanzaban una al encuentro de la otra. Los tanques de acero, empotrados en la tierra, se inflamaron por el destructor fuego ruso. Los coches del Estado Mayor ardían, los convoyes llenos de bienes robados se convertían en astillas.

¿Era posible que poco antes aquellos hombres temiesen pronunciar una palabra en voz alta? ¿Acaso habían sido ellos quienes prestaban oído atento a los gritos de los cuervos,

tomándolos por palabras en alemán? Los batallones de Mertsálov no sólo oían el «¡hurra!» proveniente de la retaguardia alemana; veían ya los rostros de sus camaradas, cubiertos por el polvo y el sudor del combate; distinguían a los lanzadores de granadas y a los fusileros, las charreteras negras de los artilleros y la estrella roja en el gorro del teniente Koslov. Sin embargo, los alemanes continuaban resistiendo. Quizá no fuese la audacia la única causa de su encono. ¿Tal vez la fe en su invencibilidad, que les embriagaba, no abandonaba a los alemanes en el momento de la derrota? ¿Tal vez los soldados acostumbrados en el transcurso de setecientos días a triunfar no podían ni querían aún comprender que este día, el setecientos uno, era el día de su derrota?

Pero los rusos rompieron la línea del frente. Allí se encontraron los primeros dos soldados, se abrazaron y en medio del estruendo del combate sonó una voz:

—¡Hermano, dame un pitillo, que llevo una semana sin fumar!

Unos ametralladores alemanes cercados levantan las manos; un tirador de automático, de cara pecosa y nariz ganchuda, grita: «¡Ruso, no dispaes!» y arroja al suelo su arma negra que, de pronto, se le ha vuelto desagradable. He aquí las primeras filas de prisioneros, con la cabeza gacha, sin gorros, la guerrera desabrochada y los bolsillos vueltos para mostrar que no llevan pistolas ni granadas. He aquí que los soldados rojos sacan del Estado Mayor a los escribientes, telefonistas y radiotelegrafistas. He aquí a nuestros combatientes, de rostro severo y cubierto de polvo, contemplando al coronel alemán que se ha pegado un tiro. He aquí a un oficial joven que cuenta rápidamente con la mirada los cañones y automáticos alemanes, los camiones y tanques abandonados por el enemigo en el campo de batalla.

-¿Dónde está el comisario? -se preguntaban los combatientes.

-¿Dónde está el comisario? -preguntaba Rumiántsev.

-¿Nadie ha visto al comisario? -preguntaba Koslov al tiempo que se enjugaba el sudor de la frente.

-El comisario ha estado todo el tiempo con nosotros -explicaban los combatientes-. El comisario ha estado todo el tiempo con nosotros.

-¿Dónde está el comisario? -preguntaba Mertsálov mientras avanzaba entre los restos de las máquinas cubierto de polvo, sucio, con su guerrera nueva destrozada por las balas.

Y le contestaban:

-El comisario iba a la cabeza, el comisario estaba con nosotros.

Por el campo de batalla ya en calma y abrasado por el sol implacable, entre los charcos de sangre que el calor ya secaba y ennegrecía, entre los tanques humeantes y los chasis retorcidos de los camiones, pasó un pequeño coche blindado de color verde. De él salió Cherednichenko.

-Camarada miembro del Consejo Militar -le informó Mertsálov-, en aquel convoy que se acerca viene su hijo; Bogariov lo ha salvado.

-¡Mi Lioña! -exclamó Cherednichenko-. ¡Mi hijo! ¿Y mi madre?

Cherednichenko miró a Mertsálov, pero éste no le contestó y bajó la mirada. Cherednichenko observaba en silencio los camiones que, a lo lejos, iban saliendo del bosque y levantaban el polvo del camino.

-¡Mi hijo! -repitió-. ¡Mi hijo! -Y volviéndose hacia Mertsálov le preguntó:- ¿Dónde está el comisario?

Mertsálov tampoco respondió esta vez.

El viento aúlla en el campo. Desde allí, donde el fuego ya empieza a extinguirse, vienen dos hombres. Todos los conocen. Son el comisario Bogariov y el combatiente rojo Ignatiev. La sangre corre por sus uniformes. Avanzan apoyados el uno en el otro, moviendo sus piernas lentamente, con dificultad...

Frente del centro
GÓMEL-BRIANSK

-
1. Calzado de corteza de abedul, usado en el campo. Salvo indicación contraria todas las notas son del editor.
 2. Literalmente, «El observador popular»; periódico oficial del Partido Nacionalsocialista alemán desde 1920.
 3. Mijaíl Ilariónovich Kutúzov: militar ruso de alto rango que se convirtió en el principal artífice de la victoria rusa en las guerras napoleónicas.
 4. Abreviatura de *Kollektívnoye Joziáistvo*: explotación agrícola colectiva. Los koljoses fueron creados en el marco de la colectivización obligatoria de la agricultura (1929-1931) con el fin de suprimir la propiedad privada e introducir el pleno control del Partido Comunista sobre la economía y la vida social del campo.
 5. La de Héroe de la Unión Soviética era la máxima distinción superior en la antigua Unión Soviética. Incluía la Orden de Lenin y la medalla de la Estrella Dorada.
 6. Abreviatura de *Sovétskoye Jozyáistvo*: asociación del consejo o sóviet. Así se denominaba a las explotaciones agrícolas que en la Unión Soviética dependían directamente del Estado, sin carácter cooperativo.
 7. Campesinos y agricultores que poseían propiedades y contrataban a trabajadores. Entre 1929 y 1932 el régimen de Stalin emprendió una dura campaña de represión política, la deskulakización.
 8. Éste era el nombre por el que se conocía a los campesinos rusos hasta la Revolución de 1917.
 9. Una desiatina equivale aproximadamente a una hectárea.
 10. Semión Mijáilovich Budionni (1883-1973), militar soviético que tuvo un papel destacado como oficial de la Caballería Roja y llegó a ser nombrado mariscal de la Unión Soviética en 1935.

11. Nombre por el que eran conocidos los aviones de combate soviéticos Ilyushin.
12. Fecha en que se inició la Unternehmen Barbarossa (Operación Barbarroja), nombre en clave que dio Hitler a la invasión de la Unión Soviética por las fuerzas del Eje.
13. Bebida de centeno fermentada.
14. Líder de la comunidad en la tradición eslava.
15. Madre.
16. Muerte negra.

1942

EL VIEJO PROFESOR

I

En los últimos años, Borís Isaákovich Rosental sólo salía de casa los días templados y tranquilos. Cuando llovía, y en los días de intenso frío o de niebla, sentía vértigos. El doctor Vaintraub, tras presumir que la causa era una esclerosis, le aconsejó tomar antes de las comidas una copita de leche con quince gotas de yodo.

En los días templados, Borís Isaákovich salía al patio con un libro. No era una obra de filosofía, pues allí le distraían el alboroto de los niños, la risa y el griterío de las mujeres. Tomaba consigo un libro de Chéjov y se sentaba en el banco cercano al pozo. Con el volumen abierto sobre las rodillas, la vista fija en una misma página, se pasaba las horas muertas con los ojos entornados y con una sonrisa soñolienta en los labios, la sonrisa propia de los ciegos cuando escuchan el murmullo de la vida. No leía, pero estaba tan acostumbrado a los libros, que era para él una necesidad acariciar las rugosas cubiertas con sus temblorosos dedos o palpar el grosor de las páginas. Las mujeres, sentadas no lejos de él, decían: «Mira, el profesor se ha dormido», y continuaban charlando sobre sus asuntos como si estuvieran solas. Pero Borís Isaákovich no dormía. Gozaba el calorcillo de la piedra del banco, recalentada por el sol, aspiraba el olor a cebolla frita, escuchaba el cotilleo de las viejas sobre sus nueras y sus yernos, prestaba oído al incansable ardor de los juegos infantiles. A veces, las pesadas sábanas mojadas, tendidas a secar en las cuerdas, chasqueaban como velas sacudidas por

el viento, y Borís Isaákovich sentía en su rostro la caricia de la humedad. Y entonces le parecía que aún era un joven estudiante que surcaba el mar en un barco de vela. Amaba los libros: éstos no eran un muro entre él y la vida, sino ligaduras que le unían con ella. La vida era su dios. Y estudiaba al dios vivo terrenal, al dios pecador, cuando leía a los historiadores y a los filósofos, cuando leía a los grandes y a los pequeños escritores, los cuales, cada uno en la medida de sus fuerzas, ensalzaban y justificaban o culpaban y maldecían al hombre, habitante de la magnífica tierra. Sentado en el patio, oía las agudas voces infantiles:

–¡Ojo, vuela una mariposa!, ¡fuego!

–¡Ya la he cazado! ¡Rematadla con piedras!

Borís Isaákovich no se horrorizaba ante esta ferocidad; la conocía bien y nunca la había temido en sus ochenta y dos años de vida.

La pequeña Katia, de seis años, hija del teniente Vaisman, caído en el frente, se acercó a él con su vestido hecho jirones, arrastrando los chanclos que se le salían de sus arañosos y sucios piececitos y, alargándole un buñuelo frío y agrio, le dijo: «¡Tome, cómaselo, profesor!».

Borís Isaákovich cogió el buñuelo y empezó a comerlo sin dejar de mirar el delgado rostro de la chiquilla. El patio quedó de pronto en silencio y todos, las viejas, las jóvenes de busto exuberante, que ya se habían olvidado de sus maridos, y el teniente Voronenko, que había perdido una pierna y estaba echado en un colchón bajo un árbol, se pusieron a mirar al viejo y a la niña. A Borís Isaákovich se le cayó el libro y no se molestó en levantarlo, miraba aquellos ojos desmesuradamente abiertos que, con atención e insaciable curiosidad, observaban cómo comía. De nuevo quiso comprender el milagro de la bondad humana, algo que siempre había admirado, quiso leerlo en aquellos ojos

infantiles pero, por lo visto, eran demasiado oscuros, o quizá las lágrimas se lo impidieron. El caso es que no vio nada y nada pudo comprender.

Las vecinas no salían de su asombro por la categoría de las visitas que recibía el viejo profesor –el director del Instituto Pedagógico, el ingeniero jefe de la fábrica de azúcar y un militar con dos condecoraciones que llegó una vez en automóvil–, que sólo disfrutaba de una pensión de ciento doce rublos y que ni siquiera tenía un hornillo de gasolina y una tetera.

–Son antiguos discípulos míos –aclaraba él. Y al cartero, que en ocasiones le traía dos o tres cartas a la vez, le decía asimismo–: Son de mis antiguos discípulos.

Se acordaban de su ex profesor.

La mañana del 5 de julio de 1942, Borís Isaákovich estaba sentado en el patio. Junto a él, en un colchón sacado de la casa, yacía el teniente Víktor Voronenko, que tenía la pierna seccionada más arriba de la rodilla. La mujer de Voronenko, la joven y hermosa Daria Semiónovna, preparaba la comida en la cocina de verano, y lloraba mientras se inclinaba sobre las cacerolas. Voronenko fruncía su pálido rostro con un gesto burlón y le decía:

–¿Por qué lloras, Dasha? Ya verás como me crece la pierna de nuevo.

–No lloro por eso. Con tal de que estés vivo... –le contestó Daria Semiónovna–, lloro por otra razón.

A la una del mediodía sonaron las sirenas dando la señal de alarma: un avión alemán sobrevolaba la zona. Las mujeres corrieron a las zanjas, llevando consigo a sus hijos. En el patio sólo quedaron Voronenko y Borís Isaákovich. Un muchacho gritó desde la calle:

–¡Al lado de nuestra casa hay un vehículo cisterna! ¡Ése es el objetivo! ¡El conductor se ha escondido como una rata

en la zanja!

Los perros, testigos de innumerables bombardeos, en cuanto oyeron los lejanos zumbidos del motor alemán escondieron el rabo entre piernas y se metieron en las zanas tras las mujeres.

Hubo un instante de silencio y los muchachos, chillando, avisaron:

-¡Vuela... vira... pica! ¡Canalla!

La pequeña ciudad se estremeció por la tremenda explosión. Nubes de humo y polvo se elevaron a gran altura; en las zanas se oían gritos y llantos. Después se hizo el silencio, las mujeres empezaron a salir de los refugios y, sacudiéndose y estirándose el vestido, riéndose unas de otras, limpiaron de polvo y barro a sus hijos y volvieron hacia sus fogones.

-¡Uff! ¡Así revienten! ¡Ya se ha apagado la hornilla! -decían las viejas y, aventando el fuego y con los ojos llorosos a causa del humo, murmuraban-: ¡Que no conozca el sosiego ni en éste ni en el otro mundo!

Voronenko explicó que el alemán había arrojado una bomba de doscientos kilos y que los antiaéreos habían errado el tiro en unos quinientos metros. La vieja Mijailiuk barbotó:

-¡Ojalá vengan pronto los alemanes y acaben de una vez por todas con las desgracias! Ayer, durante la alarma, un sinvergüenza se me llevó de la hornilla una cacerola con sopa.

En el patio sabían que su hijo Yashka había desertado del ejército y que permanecía oculto en la buhardilla, de donde sólo salía por las noches. La Mijailiuk había dejado bien claro que si alguien le denunciaba ya podía despedirse de su cabeza cuando llegaran los alemanes. Y las mujeres tenían miedo de delatarlo porque los alemanes estaban muy cerca.

En cuanto se dio la señal de alarma, el agrónomo Koriako, que no se había ido durante la evacuación de la Sección Agronómica del distrito y se jactaba de que sería el último en marcharse cuando lo hicieran las tropas, corrió a su habitación en el primer piso, se bebió un vaso de aguardiente, que él llamaba «antibomba», y descendió al sótano. Cuando pasó la alarma, Koriako iba y venía por el patio, diciendo:

-Está visto, nuestra ciudad es una fortaleza inexpugnable. ¿Qué ha hecho el *Deutsch*? ¡Vaya logro! ¡Ha derrumbado una barraca!

Los muchachos, que fueron los primeros en volver corriendo de la calle, trajeron detalles exactos:

-Ha caído enfrente de la casa de los Zabolotski, ha matado a la cabra de Rabinóvich y le ha arrancado una pierna a la vieja Miroshenko. La trasladaron al hospital en un carrito, pero ha muerto por el camino. Los llantos de la hija se oyen en cuatro manzanas a la redonda...

Por la tarde el doctor Vaintraub visitó a Borís Isaákovich. Vaintraub tenía sesenta y ocho años. Vestía una chaqueta de seda cruda y una camisa rusa abierta sobre el grasiento pecho, cubierto de vello gris.

-¿Cómo vamos, muchacho? -preguntó Borís Isaákovich.

Pero el «muchacho», que había tenido que subir la escalera hasta el segundo piso, respiraba con dificultad y, jadeando, se limitó a señalar a su pecho. Después de una pausa, dijo:

-Hay que irse. Se rumorea que mañana parte el último tren con los obreros de la fábrica azucarera. Hablé con el ingeniero Shevchenko y me prometió que enviaría un coche a buscarle.

-Shevchenko fue discípulo mío, era un gran aficionado a la geometría -dijo Borís Isaákovich-. Hay que pedirle que se

lleve a nuestro vecino Voronenko, al que su mujer encontró en el hospital hace cinco días, y a la Vaisman con la niña, pues han matado a su marido, según le han notificado.

-No sé si habrá sitio para ambos, pues hay varios centenares de obreros -dijo Vaintraub, y de pronto se puso a hablar deprisa, lanzando al rostro de su oyente su cálida respiración-. Vea lo que son las cosas, Borís Isaákovich. ¡Y pensar que el dieciséis de junio de mil novecientos uno llegué aquí por primera vez, a esta ciudad donde literalmente me conoce cada perro. -Sonrió con tristeza-. Y mire qué coincidencia, hace cuarenta y un años vine a esta casa, a esta misma casa, para visitar a mi primer paciente Mijailiuk, que sufría una intoxicación de pescado. ¡Desde entonces, a cuántos no habré visitado aquí! A él y a su mujer, y a Yashka Mijailiuk, con sus eternas diarreas, y a Dasha Tkachuk, mucho antes de que se casara con Voronenko, y al padre de Dasha y a Vitia Voronenko. Y así en todas las casas. ¡Ay, ay! ¡Quién hubiera podido pensar que llegaría la hora en que tendríamos que huir de aquí! Con franqueza, cuanto más se acerca el momento de la partida, menos me decido a irme. Me parece que aún me quedaré ¡pase lo que pase!

-Pues yo cada vez estoy más decidido a marcharme -dijo el profesor-. Sé lo que significa un viaje en un vagón de mercancías abarrotado de gente para un hombre de ochenta y dos años. No tengo parientes en los Urales. Estoy sin blanca. Y aún más -e hizo un gesto de desesperanza con la mano-, tengo el convencimiento de que no resistiré hasta los Urales, pero en todo caso es mejor morir conservando el sentimiento de su propia dignidad humana, es mejor morir en el país donde le consideran a uno como a un hombre.

-No sé, no sé -dudó Vaintraub-, creo que no será tan horrible, al fin y al cabo a las personas con una profesión

liberal, usted mismo lo comprenderá así, no las dejarán tiradas en la calle.

-¡Es usted un cándido, joven! -dijo Borís Isaákovich.

-No sé, no sé -replicó el doctor-. Yo aún vacilo, muchos de mis pacientes me persuaden para que me quede... Pero hay otros que me aconsejan que me vaya sin más dilaciones.

De pronto, Vaintraub se levantó bruscamente y empezó a gritar:

-Pero ¿qué es esto? ¡Acláremelo por favor! ¡He venido a verle para que usted, Borís Isaákovich, esclareciera mis dudas! Usted, filósofo, matemático, acláreme a mí, médico, ¿qué es todo esto? ¿Un delirio? ¿Cómo un pueblo culto y civilizado, capaz de crear tales clínicas, cuna de celebridades de la ciencia médica, ha sumergido al mundo en las tinieblas de una época reaccionaria, como si fuera la Edad Media? ¿De dónde procede esta infección espiritual? ¿Qué es esto? ¿Una epidemia de psicosis? ¿Una rabia en masa? ¿Un trastorno mental? ¿O quizás no sea tanto, no le parece? ¡A lo mejor han exagerado!

Por la escalera se oyó un ruido de muletas. Era Voronenko.

-Camarada comandante, ¿me da su permiso para dirigirme a usted? -preguntó bromeando.

Vaintraub se tranquilizó enseguida y preguntó:

-Vitia, ¿cómo van tus asuntos?

El doctor tenía por costumbre tutear a casi toda la población, ya que en mayor o menor medida, todos aquellos con edades comprendidas entre los treinta y los cuarenta años habían sido pacientes suyos durante su infancia.

-Compruébelo por sí mismo, me han tenido que arrancar una pata -respondió Voronenko con una sonrisa burlona. Siempre hablaba de su desgracia en son de broma, con evidentes dosis de ironía.

-¿Ha leído usted el libro? -le preguntó Borís Isaákovich.

-¿El libro? -replicó Voronenko aún con aquella sonrisa, aunque esbozaba una mueca de disgusto-. ¡Para qué diablos sirven ahora los libros! ¡Menudo libro nos van a dar!

Y Voronenko, de pronto, se inclinó hacia él con el rostro inmutable y sereno. Sin alzar la voz y sin apresurarse, dijo:

-Los tanques alemanes han atravesado la línea férrea y han ocupado la aldea Malie Nizgurtsi, aproximadamente a unos veinte kilómetros al este.

-A dieciocho y medio -precisó el doctor, y añadió-: ¡Así pues, los trenes no podrán salir!

-¡Eso es evidente! -exclamó el viejo profesor.

-Nos hallamos en un saco -dijo Voronenko, y añadió pensativo-: En un saco atado y bien atado.

-Bueno, qué le vamos a hacer -musitó Vaintraub-, esperaremos acontecimientos, se ve que así lo ha querido el destino. Me voy a casa.

Rosental se quedó mirándole:

-Doctor, jamás en mi vida me han gustado los potingues, pero ahora usted me va a dar uno que es el único que puede salvarme.

-¿Cuál? ¿Qué puede salvarle? -se interesó apresuradamente Vaintraub.

-¡Veneno!

-¡Nunca, nunca! -gritó Vaintraub-. Yo no he hecho una cosa así en la vida.

-¡Es usted un cándido, joven! -dijo Rosental-. Epicuro nos enseñó que un hombre inteligente puede suicidarse por amor a la vida si sus sufrimientos se vuelven insoportables. Y yo amo la vida no menos que Epicuro.

Se irguió cuan alto era. Sus cabellos, su rostro, sus dedos temblorosos, su delgado cuello, todo en él estaba reseco, descolorido por el paso del tiempo, parecía transparente,

ligero, ingrátido. Y sólo en sus ojos refulgía el brillo de la idea, rebelde al tiempo.

-No, no. -Vaintraub se dirigió hacia la puerta-. Ya verá como superaremos esta prueba sea como sea... -Y se fue.

-Una sola cosa temo más que nada -dijo el profesor-, y es que el pueblo con el que he vivido toda la vida, al cual amo, en el cual creo, caiga en una oscura y cobarde provocación.

-¡No, esto no sucederá jamás! -exclamó Voronenko.

La noche era oscura a causa de las nubes que cubrían el cielo e impedían que refulgieran las estrellas. Estaba oscura a causa de la tenebrosidad de la tierra. Los hitlerianos eran la gran mentira de la vida. Y allí donde estampaban su huella surgía de las tinieblas a la superficie la cobardía, la traición, la negra sed de asesinato, el ensañamiento contra los débiles. A su conjuro, tétricas sombras salían a la superficie, como en los cuentos ancestrales las palabras cabalísticas invocaban al espíritu del mal.

Aquella noche la pequeña ciudad se asfixiaba a causa de todo lo tétrico y maligno, de toda la fetidez y suciedad, excitada y galvanizada por la llegada de los hitlerianos. De los sótanos y los escondrijos asomaban los traidores, los pusilánimes; los débiles de espíritu rompían y quemaban los libros de Lenin, los carnés del Partido, las cartas, arrancaban de las paredes los retratos de los hermanos. En los espíritus mezquinos maduraban las palabras adulatoras de la apostasía, se engendraban ideas de venganza por una riña de comadres en el mercado, por una palabra casual de agravio; los corazones se contagiaban de indiferencia, de crueldad, de egoísmo. Los cobardes, temerosos de su pellejo, sólo pensaban en salvarse denunciando al vecino. Y así sucedía en todas las grandes y pequeñas ciudades, en todos los grandes y pequeños Estados, allí donde los hitlerianos se habían asentado. Se agitaba y levantaba el cieno del fondo

de los ríos y lagos, los sapos asomaban a la superficie, la cizaña brotaba allí donde crecía el trigo.

Aquella noche Rosental no durmió. Le parecía que a la mañana siguiente el sol ya no saldría, que las tinieblas envolverían la ciudad para siempre. Pero el sol hizo su aparición a la hora prevista, el cielo amaneció azul y sin nubes y los pájaros trinaban.

Un bombardero alemán voló bajo y a escasa velocidad, como fatigado después de una noche de insomnio. Las baterías antiaéreas no disparaban, la ciudad y el cielo que la cubría se habían hecho alemanes.

La casa se despertó. Yashka Mijailiuk salió de la buhardilla. Dio una vuelta por el patio, se dejó caer en el banco que el día antes ocupara el profesor y dijo a Dasha Voronenko, que estaba encendiendo la hornilla:

-¡Bueno! ¿Dónde está tu defensor de la patria? ¿Los rojos han huido y le han abandonado?

Y la hermosa Dasha, con una triste sonrisa, le contestó:

-No lo denuncies, Yashka, fue movilizado igual que todos.

Después de una larga temporada a la sombra, Yashka Mijailiuk salía a templarse al cálido sol, a respirar el aire de la mañana, a mirar cómo crecían los cebollinos en el huerto. Se afeitó y se puso una camisa bordada.

-Bueno -dijo en un tono indolente-. ¡De buena gana echaría un trago! ¿No sabes dónde podré encontrar algo que echarme al colete?

-Yo misma te traeré aguardiente -dijo Dasha-. Una conocida mía tiene en su casa. Pero ten cuidado con lo que haces, Yashka, al fin y al cabo es un pobre inválido. No lo denuncies.

Después el agrónomo Koriako salió al patio.

-¡Vaya con el hombre! -murmuraron las mujeres-. ¡Ni que fuera el primer día de Pascua!

Koriako habló con Yashka, le susurró algunas palabras al oído y ambos se echaron a reír.

A continuación se fueron a casa del agrónomo y allí bebieron. La vieja Mijailiuk les trajo tocino y tomates en salmuera, y Varvara Andréyevna, vieja chismosa y dueña de una lengua viperina, que tenía sus cinco hijos en el Ejército Rojo, le dijo:

-Ahora, Mijailiuk, con la llegada de los alemanes te convertirás en la mujer más importante: el marido recluido en un campo por contrarrevolucionario, tu hijo desertor, y ésta, tu casa propia. Los alemanes no tendrán más remedio que nombrarte alcalde de la ciudad.

La carretera discurría cinco kilómetros al este, razón por la que las tropas alemanas pasaron de largo por la pequeña ciudad y prosiguieron su avance. Únicamente hacia el mediodía aparecieron en la calle principal unos motoristas tostados por el sol, con los gorros ladeados, calzón corto y zapatillas. Todos llevaban reloj de pulsera.

Las viejas, al verlos pasar, decían:

-¡Ay, Dios mío, no tienen vergüenza, ni conciencia! ¡Desnudos por la calle principal! ¡A qué punto ha llegado la relajación!

Los motoristas empezaron a merodear por los patios, se llevaron el pavo del pope, que había salido a refocilarse en el estiércol; atragantándose, se comieron en casa del sacristán dos kilos y medio de miel, se bebieron un cubo de leche y siguieron su ruta, no sin antes anunciar que dentro de dos horas llegaría el comandante. Durante el día, Yashka recibió la visita de dos amigos, dos desertores como él. Se emborracharon y entonaron a coro «Tres tanquistas, tres alegres amigos». Sin duda, hubieran preferido cantar alguna canción alemana, pero no conocían ninguna. El agrónomo

andaba por el patio, y, sonriendo con malicia, preguntó a las mujeres:

-¿Dónde se han metido nuestros judíos? No se les ha visto en todo el día, ni a los pequeños ni a los viejos; nadie, como si se los hubiera tragado la tierra. En cambio, ayer venían del mercado cargados con cestas de cinco arrobas.

Pero las mujeres se encogieron de hombros y se abstuvieron de responder. El agrónomo no salía de su asombro. Había creído que las mujeres reaccionarían de un modo completamente distinto a sus interesantes palabras.

Después, Yashka, ebrio como una cuba, decidió echar a los inquilinos de su vivienda, cuyo piso bajo había sido ocupado por los Mijailiuk hasta 1936; luego, cuando su padre fue deportado, Voronenko y su mujer ocuparon dos habitaciones, y durante la guerra, el sóviet local instaló en la tercera habitación a la familia del teniente Vaisman, evacuada de Zhitómir.

Los camaradas de Yashka le ayudaron a desalojar la casa. Katia Vaisman y Vitali Voronenko estaban sentados en el patio y lloraban. La vieja Vaisman sacaba los cacharros de la cocina, y al pasar junto a los niños que sollozaban, les dijo en voz baja:

-¡Chist, pequeños, no lloréis!

Pero el aspecto de su rostro sudoroso, con los albos cabellos pegados a las sienes y a las mejillas, era tan espantoso que los niños, al mirarla, se asustaron e intensificaron su llanto. Dasha intentó recordar a Yashka la conversación que habían mantenido aquella misma mañana, pero el desertor la atajó:

-¡Con medio litro no conseguirás comprarme! ¿Acaso crees que la gente olvida que tu Vitia luchó contra los kulaks?

La viuda Lida Vaisman, que estaba medio trastornada desde que en un mismo día recibió la noticia de la muerte de su marido y la de un hermano, miraba a la pequeña que lloriqueaba y le dijo:

-Hoy en el mercado no había una sola gota de leche; así es que, por mucho que llores, no la tendrás.

Víktor Voronenko sonreía, echado sobre un saco vacío, y golpeaba el suelo con la muleta.

La vieja Mijailiuk estaba de pie, erguida, canosa, con sus ojos claros, y, sin decir una palabra, miraba a los niños que lloraban, a su atareado y afanoso hijo, a la vieja Vaisman, al sonriente cojo.

-Madre, ¿qué hace usted ahí de pie, como una desposada? -le preguntó Yashka.

La mujer permaneció callada, y sólo cuando Yashka repitió su pregunta por tercera vez, le dijo:

-Por fin, ha llegado nuestro día.

Los desalojados permanecieron sentados en silencio sobre los bártulos hasta el atardecer, y cuando la noche caía salió el profesor y les dijo:

-Por favor, vengan todos a mi casa.

Las mujeres, que hasta entonces habían permanecido como petrificadas, rompieron a llorar.

El profesor cogió dos bultos del suelo y se dirigió a su casa. En la habitación se amontonaron bultos, cacerolas, maletas atadas con alambre y cordeles. Los niños durmieron en la cama, las mujeres en el suelo. Rosental y Voronenko hablaban a media voz.

-He soñado con muchas cosas en mi vida -decía Vitia Voronenko-. Tan pronto quería que me condecoraran con la Orden de Lenin, o anhelaba comprarme una motocicleta con sidecar para ir los domingos con mi mujer al Donetsk. Estuve en el frente, y soñaba con ver a mi familia, con traerle a mi

hijo una Cruz de Hierro alemana. Ahora sólo sueño con una cosa: tener bombas de mano. ¡El ruido que armaría!

-Cuanto más piensa uno sobre la vida, menos la comprende -dijo el profesor-. Yo pronto dejaré de pensar, pero esto no sucederá antes de que me destrocen el cráneo. Mientras tanto, ni los tanques alemanes me impedirán pensar. Pienso en el mundo.

-¿Y para qué pensar? -dijo Voronenko-. ¡Lo mejor es tener bombas de mano y, mientras esté uno vivo, hacerle a Hitler todo el daño que pueda!

II

El agrónomo Koriako esperaba ser recibido por el comandante de la ciudad. Se decía que el comandante era un hombre entrado en años, y que hablaba ruso. No se sabe por qué conducto, se averiguó que en otros tiempos había estudiado en el instituto de Riga. Al comandante le habían anunciado ya la visita del agrónomo, quien se paseaba inquieto en la antesala, echando miradas a un enorme retrato de Hitler en el que se veía al Führer hablando con unos niños. Hitler sonreía, y los niños, guardando la compostura, con el rostro serio y tenso, le miraban desde abajo levantando la cabeza. Koriako se sentía inquieto, pues en otro tiempo había planeado la colectivización del distrito, y cabía la posibilidad de que alguien le hubiese denunciado. Estaba nervioso porque era la primera vez en su vida que iba a tener ocasión de hablar con los fascistas, pero también debido a que la comandancia se había instalado en el edificio del Instituto de Agricultura, donde apenas hacía un año él daba clases de agronomía. Tenía perfecta conciencia de que iba a dar un paso decisivo, del que nunca podría volverse

atrás. Pero calmaba todas las inquietudes que agitaban su alma con una frase que se repetía machaconamente:

-Hay que jugar a la carta ganadora; sí, hay que jugar a la carta ganadora.

De pronto, se oyó un grito ronco, apagado, de dolor, que partió del despacho del comandante.

Koriako se dirigió hacia la puerta de salida. «¡Vive dios, he cometido una estupidez al presentarme sin que nadie me llamara! Si me hubiera quedado en casa, nadie me hubiese tocado», pensó, con inopinada tristeza. La puerta del despacho se abrió de par en par y de ella salieron el jefe de policía, llegado recientemente de Vínitsa, y el pálido y joven ayudante del comandante, que en los días de mercado se dedicaba a dar batidas contra los guerrilleros. El ayudante vociferó unas órdenes en alemán al escribiente, que saltó de su asiento y se lanzó hacia el teléfono, al mismo tiempo que el jefe de policía, al ver a Koriako, le espetaba:

-¡Deprisa, deprisa! ¿Dónde hay un médico? El comandante ha sufrido un ataque.

-Ahí mismo, en la casa de enfrente, vive el mejor médico de la ciudad -señaló desde la ventana Koriako-. ¡Solamente que... discúlpeme, Vaintraub es judío!

-*Was? Was?* -preguntó el ayudante.

El jefe de policía, que ya empezaba a hacer sus pinitos con el alemán, dijo:

-*Hier, ein gut Doktor, aber er ist Jud.*

El ayudante se lanzó hacia la puerta, y Koriako, alcanzándole, le indicó:

-Por aquí, por aquí, vive en esta casa.

Unas pocas preguntas al ayudante bastaron para que el doctor dictaminara que el mayor Werner sufría un fuerte ataque de angina de pecho. Corrió a la habitación vecina, abrazó, despidiéndose, a su mujer y a su hija, cogió una

jeringa y unas cuantas ampollas de aceite alcanforado y salió tras el joven oficial.

-Un momento... Debería ponerme el brazalete -dijo Vaintraub.

-No es necesario, vaya usted así -dijo el ayudante.

Cuando entraban en la comandancia, el joven oficial le dijo a Vaintraub:

-Le prevengo que en unos momentos llegará nuestro médico, hemos enviado un automóvil para que lo traiga aquí. Él comprobará los medicamentos y remedios que usted emplea.

Vaintraub sonrió irónicamente y le dijo:

-Joven, está usted tratando con un médico, pero si no tiene confianza en mí puedo irme.

-¡Vamos, apresúrese! -gritó el ayudante.

Werner era un hombre delgado, de pelo cano. Estaba tendido en un diván, y tenía el rostro pálido y sudoroso. El pavor ante la muerte confería a sus ojos una expresión terrible. Werner articuló lentamente:

-Doctor, en nombre de mi pobre madre y de mi esposa enferma, sálveme, ellas no lo resistirían -y alargó a Vaintraub una impotente mano de uñas blancas.

El escribiente y el ayudante gimieron al unísono.

-¡En este momento se ha acordado de su madre! -exclamó con fervor el escribiente.

-Doctor, no puedo respirar, se me nubla la vista -gritó con voz ahogada el comandante, reclamando ayuda con la mirada.

Y el doctor le salvó.

La dulce sensación de la vida volvió de nuevo a Werner. Por las arterias de su corazón, liberadas del espasmo, volvía a circular la sangre; su respiración se normalizaba.

Cuando el doctor Vaintraub se disponía a salir de la estancia, Werner le agarró de una mano:

-No, no se vaya, tengo miedo de que se repita. -Y con voz queda se lamentaba-: Horrible enfermedad. Éste es el cuarto ataque. Cuando sobreviene siento cómo me envuelven las tinieblas de la muerte. No hay nada en el mundo más pavoroso, más oscuro, más terrible que la muerte. ¡Qué injusticia que seamos mortales! ¿No es verdad?

Estaban solos en la habitación.

Vaintraub se inclinó hacia el comandante y, sin saber por qué, como si alguien le hubiese impelido a ello, dijo:

-Yo soy judío, señor comandante. Tiene usted razón, la muerte es horrible.

Durante un segundo, sus miradas se encontraron. Y el canoso médico vio reflejada la inquietud en los ojos del comandante. El alemán dependía de él, temía un nuevo ataque, y el viejo doctor, con seguros y tranquilos movimientos, le defendía contra la muerte: se interponía entre él y la terrible oscuridad, agazapada cerca, muy cerca, en el escleroso corazón del comandante.

Se oyó el ruido de un automóvil que se acercaba. Entró el ayudante y dijo:

-Mi comandante, ha llegado el médico jefe del hospital. ¿Podemos dejar que se vaya este hombre?

El viejo se marchó. Al pasar al lado del médico que llevaba prendida en la guerrera la orden de la Cruz de Hierro y que estaba esperando en la secretaría, le dijo sonriente:

-Buenos días, colega, el paciente ya se encuentra bien.

El médico se quedó mirándole, silencioso e inmóvil.

Vaintraub se fue a su casa, repitiendo en alta voz, como una cantinela:

-Sólo una cosa deseo: toparme con una patrulla y que me fusilen ante las ventanas del comandante, ante sus propios ojos. Nada más deseo. No andes sin brazalete, no andes sin brazalete.

Se reía, agitaba los brazos, como si estuviera borracho.

Su mujer corrió a su encuentro.

-¿Qué? ¿Todo ha ido bien? -le preguntó.

-Sí, sí, la vida del querido comandante está completamente fuera de peligro -dijo sonriente, pero de pronto cayó al suelo al entrar en la habitación y, llorando, comenzó a darse de cabezazos contra el piso.

-Tiene razón, tiene toda la razón el profesor -se lamentaba-. ¡Maldito sea el día en el que me hice médico!

Así transcurrían los días. El agrónomo se convirtió en delegado de barrio; Yashka servía en la policía. La muchacha más bonita de la ciudad, Marusia Varapónova, tocaba el piano en el café de los oficiales y vivía con el ayudante del comandante. Las mujeres iban a las aldeas a intercambiar toda clase de trapos por harina, patatas y mijo y maldecían a los chóferes alemanes que exigían un precio exorbitante por llevarlas. La Oficina de Trabajo expedía cientos de avisos y las muchachas y los muchachos marchaban con sus morrales y bártulos hacia la estación para embarcarse en los trenes de mercancías. En la ciudad se abrió un cine alemán, casas de alterne para los soldados y oficiales, y en la plaza principal se construyó un gran retrete de ladrillos con un vistoso letrero en ruso y en italiano: «Sólo para alemanes». En la escuela, la maestra Klara Frantsevna planteaba a los alumnos de primer año el siguiente problema: «Dos Messerschmitt abatieron ocho cazas y doce bombarderos rojos; una batería antiaérea alemana destruyó once aviones de asalto bolcheviques. ¿Cuántos aeroplanos rojos fueron aniquilados en total?». Las demás maestras temían hablar de

sus cosas en presencia de Klara Frantsevna y esperaban a que saliera de la sala de profesores para hacerlo.

Por la ciudad arreaban como a bestias a los prisioneros, que iban harapientos y muertos de hambre. Las mujeres se acercaban a ellos para darles un pedazo de pan, una patata cocida. Los prisioneros, exhaustos por el hambre, la sed y los piojos, habían perdido todo aspecto humano. Algunos tenían la cara tumefacta; otros, por el contrario, tenían las mejillas hundidas, cubiertas por una barba oscura y polvorienta. Pero pese a los terribles sufrimientos, llevaban con dignidad su cruz y miraban con odio a los satisfechos y acicalados policías, a los traidores con guerreras alemanas, y su odio era tan inmenso, que si les hubieran dado a escoger, sus manos no se hubieran alargado hacia las hogazas de pan caliente, sino hacia las gargantas de los traidores. Por las mañanas, custodiadas por soldados y policías, un enjambre de mujeres iban a trabajar al aeródromo y a los puentes, a arreglar los caminos y terraplenes del ferrocarril. Por delante de ellas circulaban trenes procedentes del oeste, cargados de tanques y municiones; del este hacia el oeste pasaban los trenes con cargamentos de trigo y ganado, vagones precintados atestados de muchachos y muchachas.

Las mujeres, los viejos, los niños, todos comprendían claramente lo que estaba sucediendo en el país, a qué destino habían condenado los alemanes al pueblo, y en nombre de qué hacían aquella terrible guerra. Y cuando un día la vieja Varvara Andréyevna se acercó en el patio a Rosental y, sollozando, le preguntó: «¿Qué está ocurriendo en el mundo, abuelo?», el profesor le contestó:

-Sí, seguramente uno de estos días los alemanes organizarán una masacre de judíos. ¡Es demasiado terrible la vida a que han condenado a nuestra Ucrania!

-¿Y por qué, precisamente, harán una masacre de judíos?
-intervino Voronenko.

-¿Cómo?, ¿por qué, me preguntas? Es uno de sus principios básicos -dijo el profesor-. Los fascistas han creado una cárcel general para toda Europa, y para mantener sometidos a los penados han construido una escala de opresión. Los holandeses viven peor que los daneses, los franceses a su vez peor que los holandeses, los checos peor que los franceses, aún peor lo pasan los griegos y los serbios, a continuación los polacos, y todavía más miserablemente viven los ucranianos y los rusos. He aquí los grados de la escala de vejaciones. Cuanto más bajo, más hambre, más esclavitud, más sudor. Y en esta enorme cárcel de incontables pisos hay una sima a la cual los fascistas han arrojado a los judíos. Su destino debe aterrorizar a toda la gran prisión europea, para que la más horrible suerte parezca una felicidad en comparación con la que se le depara a los judíos. Y a mí me parece que los sufrimientos de los rusos y ucranianos son tan enormes, que ha llegado la hora de demostrar que hay un destino aún más horrible, más pavoroso si cabe. Ellos os dirán: «No os quejéis, sentíos afortunados, orgullosos, felices de no ser judíos». Es un ejemplo de la aritmética sencilla del salvajismo, no un odio espontáneo.

III

Durante aquel mes se produjeron muchos cambios en el patio de la casa donde vivía el profesor. El agrónomo se convirtió en una persona importante, había engordado. Las mujeres se dirigían a él con súplicas y le traían aguardiente; todas las noches se emborrachaba, ponía el gramófono y cantaba: «Mi hoguera resplandece en la niebla». En su

conversación aparecieron palabrejas alemanas. Decía: «Cuando voy a la “nach Haus” o por un “Spazier” os ruego que no me molestéis con peticiones». Yashka Mijailiuk iba por casa rara vez, se pasaba la mayor parte del tiempo en el distrito, a la caza de guerrilleros. Yashka solía llegar a casa en la carreta de algún campesino, y traía tocino, aguardiente, huevos. La madre, que le quería con locura, le preparaba ricas cenas. Un día asistió a una de estas cenas un suboficial de la Gestapo y la vieja Mijailiuk le dijo en un tono de reproche a Dasha Voronenko:

-Has elegido mal, tonta, fíjate qué tipo de gente viene a nuestra casa, y tú, mientras tanto, vives con tu cojo y en la habitación del judío.

Jamás perdonaría a la hermosa Dasha el que en 1936 rechazara el ofrecimiento de su hijo y se casara con Voronenko. Yashka, burlón y enigmático, le dijo:

-Pronto vivirás a tus anchas. Yo he estado en ciudades en donde ya se ha limpiado todo, todo... hasta la última raigambre.

Dasha relató esta conversación en su casa. La vieja Vaisman empezó a lamentarse por la suerte de su nieta.

-Dasha -dijo-, yo te dejaré mi anillo de bodas. Además, de nuestro huerto se pueden sacar quince *puds*¹ de patatas, y también produce unas pocas calabazas y remolacha, suficiente para poder alimentar a la niña hasta la primavera. Después tengo un corte de abrigo, que podrás cambiar por harina. La pequeña apenas come, tiene muy poco apetito.

-La alimentaremos como sea -le contestó Dasha-. Y cuando crezca la casaremos con nuestro Vitali.

Este mismo día, el doctor Vaintraub fue a casa del profesor. Al tiempo que le alargaba a éste un pequeño frasco con tapón de cristal esmerilado, le dijo:

-Es una solución concentrada. He cambiado de opinión al respecto, en los últimos días he empezado a considerar esta sustancia como un medicamento útil y necesario.

El profesor movió lentamente la cabeza.

-Se lo agradezco -dijo con tristeza-, pero mis opiniones también han cambiado en estos últimos días. He decidido renunciar a este medicamento.

-¿Por qué? -preguntó Vaintraub sorprendido-. Yo no puedo continuar resistiendo. Tenía usted razón. Tengo prohibido pasear por la calle principal, a mi mujer no se le permite ir al mercado, todos tenemos que llevar este brazalete so pena de ser fusilados. Cuando salgo a la calle con él, es como si llevara en el brazo un pesado anillo de acero al rojo vivo. Vivir así es imposible, usted tenía razón. ¡Incluso estamos excluidos del presidio en Alemania, somos indignos! ¿Ha oído usted hablar del terrible trabajo a que fuerzan allí a los infelices muchachos y muchachas? Pero a la juventud judía no la llevan allí; es decir que a ella, a todos nosotros nos espera algo mil veces peor que ese horrible presidio. ¿Cuál será? ¡No lo sé! ¿Para qué esperar más? Tenía razón. Me iría con los guerrilleros, pero mi asma me lo impide.

-En cambio yo -dijo el profesor- me he hecho optimista en estas horribles semanas en que no nos hemos visto.

-¿Cómo? -replicó Vaintraub con espanto-. ¿Optimista? Perdóneme, pero creo que se ha vuelto usted loco. ¿Sabe qué clase de gente es ésta? Hoy por la mañana he ido a la comandancia con el único fin de pedir que, después de haber sido azotada, liberaran por un día a mi hija del trabajo, y me han arrojado de allí, y aún debo dar las gracias a que se hayan limitado a eso.

-No, no me refiero a esto -dijo el profesor-. Yo temía sobre todo una cosa, más que temerla, me horrorizaba, un

frío sudor recorría todo mi cuerpo sólo de pensar en ella. ¿Sabe usted?, yo temía que resultasen ciertos los cálculos de los fascistas. Ya he hablado acerca de esta cuestión con Voronenko. Lo temía, me horrorizaba ante esta idea y no quería vivir hasta que ese día, esa hora llegaran. ¿Acaso piensa usted que los fascistas han organizado sin motivo aparente esta mastodóntica persecución y aniquilamiento de millones de seres? Todo se rige por un frío cálculo matemático. Ellos se han limitado a despertar en la gente tenebrosas y viejas supersticiones, han abierto la espita del odio, han resucitado los prejuicios. Y en eso reside su fuerza. ¡Divide, encizaña y vence! ¡Restablecer las tinieblas! Azuzar un pueblo contra su vecino, a los pueblos esclavizados contra los que aún viven en libertad, a los que viven en el otro lado del océano contra los que están a este lado, y a todos los pueblos del mundo contra el pueblo judío. ¡Encizaña y domina! ¡Y cuánta tiniebla y maldad hay en el mundo, cuántas supersticiones y prejuicios! Pero se han equivocado. Han atizado los odios, y en cambio ha nacido la compasión. Querían excitar la maldad, la crueldad, nublar la inteligencia de los grandes pueblos; pero yo he visto con mis propios ojos, he experimentado sobre mí mismo, cómo el horroroso destino del pueblo judío ha provocado en los rusos y ucranianos la simpatía hacia aquél, cómo, al sentir la terrible opresión del terror alemán, están decididos a ayudarle en lo que puedan. Nos prohíben comprar pan, ir al mercado por leche, y nuestras vecinas se prestan a hacernos las compras, decenas de personas se me han acercado para darme consejos de cómo esconderse mejor y en qué lugar estar más a salvo. Veo la simpatía de muchos. Hay también, claro está, la indiferencia de otros. Pero sólo en tres o cuatro casos he visto odio y alegría por nuestras desgracias. ¡Los alemanes se han equivocado! Los calculadores erraron las cuentas. Mi

optimismo triunfa. Nunca me he hecho ilusiones: he conocido y conozco la dureza de la vida.

-Todo eso es cierto -dijo Vaintraub, y miró su reloj-. Pero ya es hora de partir, el día judío se acaba, las tres y media... Seguramente, no nos veremos más. -Se acercó al profesor y le dijo-: Permítame que me despida de usted, hace ya casi cincuenta años que nos conocemos. No soy yo quien tiene que darle lecciones en unos momentos así.

Se abrazaron y se besaron. Las mujeres que presenciaban la despedida lloraban.

Aquella jornada fue testigo de grandes acontecimientos. El día anterior Voronenko había conseguido de unos muchachos dos granadas de mano F-1, a cambio de un vaso de habichuelas y dos de pepitas de girasol tostadas.

-Por lo que a mí respecta -le dijo al profesor mientras permanecía de pie apoyado en el árbol y miraba cómo su hijo Vitali maltrataba a la pequeña Katia Vaisman-. Por lo que a mí respecta, he vuelto a casa herido, pero no siento la menor satisfacción, aun cuando soñaba con ello en las trincheras y en el hospital. Ya ve lo que hay aquí: la ocupación alemana, su brutal Oficina del Trabajo, los trabajos forzados en Alemania, el hambre, la vileza, las jetas de los alemanes y de los policías, la traición de los malditos renegados.

El viejo callaba. Voronenko gritó visiblemente enojado a su hijo:

-¿Qué estás haciendo a la pequeña, fascista? Le estás moliendo los huesos. Pero ¿en qué estás pensando? Su padre dio su vida por la patria y a su muerte fue condecorado con la Orden de Lenin, y tú te dedicas a maltratarla despiadadamente de la mañana a la noche. Y ¿qué clase de chiquilla es? Se está quieta como una oveja, abre los ojos y ni siquiera llora. Si por lo menos escapara del imbécil, pero, no, se está quieta y lo aguanta todo...

Nadie vio cómo, inadvertidamente, salió del patio, golpeando con las muletas. Se detuvo un momento en la esquina, dirigió una mirada a la casa en la que quedaban su mujer y su hijo y se encaminó hacia la comandancia. Jamás volvió a ver a su mujer y a su hijo. El agrónomo tampoco regresó a su casa. La bomba de mano arrojada por el teniente cojo cayó en la ventana de la antesala de la comandancia donde estaban reunidos los delegados de barrio, en espera de nuevas instrucciones. El comandante no se encontraba en aquel momento en la estancia: paseaba por el jardín como le había aconsejado el médico de la Cruz de Hierro prendida en la guerrera. Cada día un paseo de cuarenta minutos y un breve descanso en un banco.

Por la mañana, la policía envió a la medio perturbada Lida Vaisman a recoger los cadáveres de la familia Vaintraub, que se había envenenado la noche anterior.

Los alemanes pusieron un pequeño destacamento de guardia en la puerta para que nadie se apropiara de los bienes de los Vaintraub y quedaran así en sus zarpas. Ni el propio doctor Aguéiev consiguió que le entregaran la *Gran Enciclopedia Médica*, aunque explicaba acaloradamente que el libro en cuestión no tenía ningún valor para los alemanes, pues estaba escrito en ruso.

Los cuerpos fueron paseados por todas las calles. El escuálido jamelgo que arrastraba el carro con los cadáveres hacía un alto en cada esquina como si sus difuntos pasajeros le pidieran detenerse para ver por última vez las casas cerradas, la terraza con vidrieras de cristales azules y amarillos de la vivienda de Lubimenko, la atalaya del servicio de bomberos.

Los pacientes, apostados tras las ventanas, desde los portales y las cercas, contemplaban el último viaje del doctor. Nadie, claro está, lloraba o se descubría para

despedirse de él. En aquellos terribles días la sangre, los sufrimientos y la muerte ya no conmovían a nadie, solamente el amor y la bondad tenían fuerza para ello. El doctor no prestaba un servicio necesario a la ciudad, ¿quién era el que en aquellos tiempos tenía humor de curarse, cuando la salud era un verdadero castigo? Los vómitos de sangre, la parálisis, las hernias insufribles, mortíferas crisis cardíacas o tumores malignos, salvaban de trabajos agotadores, del presidio alemán. Y soñaban con las enfermedades, las provocaban, se las pedían a Dios. Miradas tristes y silenciosas acompañaban al difunto doctor. Sólo la vieja Vaisman se echó a llorar cuando el carro pasó frente a su casa, pues recordaba cómo el día anterior el doctor, al ir a despedirse de Borís Isaákovich, había llevado a la pequeña Katia un kilo de arroz, una bolsita de cacao y doce terrones de azúcar. El doctor Vaintraub curaba bien a los suyos, pero no le gustaba curar de balde. Jamás había hecho a nadie un regalo tan espléndido.

Lida Vaisman regresó cuando ya anochecía.

Contó que los cuerpos del doctor y su esposa eran muy pesados, que la tierra era muy pedregosa y dura, pero por suerte el alemán accedió a que no cavara muy hondo. Se quejaba de que se le había roto un tacón con la pala y de que, al saltar del carro, se había enganchado en un clavo que le rasgó la falda. Y aún tuvo el suficiente juicio, o, quién sabe, picardía de loca, para no contar a Dasha que en la barrera, a la entrada de la ciudad, vio el cuerpo ahorcado de Vitia Voronenko.

Pero cuando Dasha se marchó, apresuradamente y en voz baja dijo:

-Vitia está colgado allí, seguramente tendrá una sed terrible, pues tiene la boca abierta y los labios completamente secos.

Al atardecer Dasha se enteró por boca de la vieja Mijailiuk de la suerte que había corrido Vitia. Sin decir una palabra, se fue al rincón más apartado del patio, donde estaban plantados los pepinos, y se sentó entre los surcos. Al principio, los muchachos sospecharon que tal vez pensaba robar algo en el huerto y la siguieron con la mirada, pero pronto comprendieron que estaba embebida en sus pensamientos. Se mordía los labios y pensaba, pensaba... Sin tener la menor compasión de sí misma, se torturaba con horribles reflexiones. Recordaba el primer día de casados y el día anterior, el último que habían pasado juntos, recordaba al médico militar y el café que ella preparaba para el médico y bebía con él, mientras escuchaba discos en el gramófono. Recordaba cómo su marido, con un susurro, le preguntó por la noche: «¿No te desagrada dormir con un cojo?», y cómo ella le contestó: «¡Qué le vamos a hacer!». Ella era culpable ante él de todos los pecados, quería huir de la gente. Pero el mundo se había vuelto cruel y nadie iba a apiadarse de ella, había que levantarse, empezar de nuevo. Aquella tarde le tocaba a ella traer agua del pozo.

Un soldado alemán, que vivía en el patio vecino, corrió al retrete, quitándose el cinto por el camino. Al volver vio a Dasha sentada y se acercó a la verja. De pie, en silencio, el alemán admiraba su hermosura, su blanco cuello, sus cabellos, su pecho. Dasha sentía sobre sí aquella mirada y pensaba por qué Dios le había concedido el triste castigo de su belleza, pues era inconcebible que una mujer hermosa pudiera vivir honradamente, sin pecado, en tiempos tan viles y tan terribles.

Después Rosental se acercó a ella.

-Dasha, querrá usted estar sola, yo traeré el agua. Siga sentada aquí, hasta que se serene su espíritu. A Vitali ya le he dado la papilla de harina de mijo.

Dasha aprobó en silencio con un movimiento de cabeza, fijó su mirada en el anciano y estalló en sollozos. Era la única persona que no había cambiado, que seguía siendo el mismo de siempre: atento, cortés, leía sus libros, y preguntaba: «¿Le molesto?». Cuando alguien estornudaba le decía: «Salud». De todos había desaparecido aquello que a ella tanto le gustaba: la cortesía, la delicadeza, la bondad; solamente este viejo, el único en toda la ciudad, decía todavía: «¿Cómo se encuentra usted hoy? ¡La veo muy pálida! ¡Coma, anoche apenas comió nada!». Mientras que todo el mundo vivía con esta idea: «¡Bueno, al fin y al cabo, lo mismo da, estamos en guerra, aquí mandan los alemanes, todo arde, todo se hunde!». Y ella también vivía como todo el mundo, con abandono, sin pensar en el alma.

Rápidamente, empezó a cavar con un pedazo de madera entre las revueltas matas de pepinos procurando igualar luego la tierra cuidadosamente. Y cuando ya casi había anochecido, derramó unas lágrimas. Después de esto le fue más fácil respirar, sintió ganas de comer, de tomar té, y deseos de acercarse a la trastornada Lida Vaisman y decirle: «¿Ves? Ya somos dos viudas, tú y yo».

Al anochecer, Rosental puso un candelabro en la mesa, sacó del armario dos velas -hacía mucho tiempo que las guardaba, cada una de ellas estaba envuelta en un papel azul- y las encendió. Abrió un cajón que siempre había tenido cerrado, sacó un paquete de viejas cartas y fotografías, y sentándose a la mesa, se puso los lentes y empezó a releer las cartas escritas en papel de color azul y rosa, ya descoloridas por el tiempo. Miraba con atención las fotografías. La vieja Vaisman se acercó a él despacito:

-¿Qué será de mis hijos? -dijo la mujer.

No sabía escribir, en toda su vida no había leído un solo libro, era una vieja sin la menor cultura, pero poseía un gran

espíritu de observación y sentido común a raudales.

-¿Para cuánto tiempo tendrá con estas velas? -preguntó.

-Creo que para un par de noches -contestó el profesor.

-¿Hoy y mañana?

-Sí, para mañana también.

-Y pasado mañana, ¿estará oscuro?

-Creo que pasado mañana estará ya oscuro.

La vieja era una incrédula con todo el mundo. Pero a Rosental se le podía creer y le creía. Una terrible tristeza invadió su corazón. Estuvo largo tiempo contemplando la carita de la nieta dormida y con una nota metálica en la voz dijo:

-Dígame, ¿qué culpa tienen los niños?

Pero Rosental no la oía, abstraído en la lectura de las viejas cartas.

Aquella noche revisaba la ingente cantidad de recuerdos que su memoria atesoraba. Recordó a cientos de personas que habían pasado por su vida, a sus alumnos y a sus maestros, a los amigos y a los enemigos; recordó los libros leídos, las discusiones de su época estudiantil, un cruel amor fracasado, vivido sesenta años atrás y que había impreso una sombra fría en toda su existencia; recordó los años de peregrinación y los años de trabajo, recordó sus cuantiosas vacilaciones espirituales, desde la apasionada mística religiosa hasta el claro y frío ateísmo; recordó sus disputas acaloradas, fanáticas e intransigentes. Todo eso se había apagado ya, había quedado muy atrás en el tiempo. Decididamente, su existencia había sido un fracaso. Había pensado mucho, pero había hecho poco. Fue maestro de escuela durante cincuenta años en una pequeña y aburrida ciudad. En aquellos tiempos enseñaba a los niños de la escuela profesional judía; después de la Revolución enseñó álgebra y geometría en el instituto. Debiera haber vivido en

una capital, escribir libros, publicar artículos en los periódicos, debatir con todo el mundo.

Pero aquella noche no sentía que su vida hubiese sido un fracaso. En aquella noche, por vez primera sintió indiferencia por las personas que hacía tiempo habían abandonado la vida. Sólo deseaba ardientemente una cosa, el milagro que él no había podido aún comprender: el milagro del amor. No lo conocía. En su infancia, después de la muerte de su madre, se educó en casa de unos tíos; en la juventud saboreó las mieles de la amargura de la traición femenina; toda su vida transcurrió en el mundo de las ideas nobles y de las acciones juiciosas.

Hubiera querido que alguien se acercase a él, diciéndole: «Tápese las piernas con el mantón, hay corriente de aire y usted tiene reumatismo». Hubiera querido que alguien le dijera: «¿Por qué ha traído hoy agua del pozo, usted, con su esclerosis?». Esperaba que alguna de las mujeres que estaban tendidas en el suelo se le acercara y le dijera: «Vaya a dormir, no es bueno para usted velar hasta tan tarde». Jamás se acercó nadie a su lecho para arreglarle las mantas, nadie le dijo: «Así estará más caliente, tome también mi manta». Sabía que le había tocado morir en la hora en que las leyes de la maldad, de la fuerza bruta, en nombre de la cual se cometían crímenes jamás vistos, dirigían la vida de la ciudad, regulaban las acciones no solamente de los criminales vencedores, sino también de las gentes que habían caído bajo su poder. La indiferencia y la pasividad eran los grandes enemigos de la vida. Y el destino le condenaba a morir en aquellos terribles días.

Por la mañana se anunció que los judíos que habitaban en la ciudad debían presentarse al día siguiente a las seis de la mañana en la plaza cercana al molino de vapor. Todos iban a ser enviados a los distritos occidentales de la Ucrania

ocupada, en donde las autoridades del Reich estaban organizando un gueto especial. Se dio la orden de no llevar consigo más que quince kilos de equipaje. No había que llevar comida, ya que en todo el trayecto a realizar el mando militar había asegurado el racionamiento y agua caliente.

IV

El día transcurrió entre idas y venidas de los vecinos a casa del profesor para pedirle consejo y preguntarle qué pensaba sobre la orden que habían dictado los alemanes. Vino el viejo zapatero Boruj, ocurrente y mal hablado, gran maestro en el calzado de lujo; vino el fumista Mendel, hombre silencioso y filosófico; estuvo el hojalatero Leiba, padre de nueve hijos, y el forjador Chaim Kulish, ancho de espaldas y con bigotes grises. Todos habían oído hablar de que los alemanes habían dado órdenes parecidas en muchas ciudades, pero nadie había visto en ninguna parte un tren cargado de judíos, ni nadie se había encontrado con una columna de judíos en ruta por caminos apartados y nadie sabía nada acerca de la vida en aquellos guetos. Todos, sin embargo, habían oído decir que las columnas de judíos no iban a las estaciones de ferrocarriles ni transitaban por las anchas carreteras, sino que eran conducidas a aquellos lugares de los alrededores de las ciudades donde había barrancos y precipicios, pantanos y canteras abandonadas. Todos habían oído relatos de cómo algunos días después de la marcha de los judíos, los soldados alemanes cambiaban en el mercado chaquetas de mujer, jerséis de niños y zapatos por miel, crema de leche y huevos; que los vecinos, al volver a su casa del mercado, se contaban unos a otros en voz baja: «Un alemán ha cambiado el jersey de lana que llevaba puesto la vecina Sonia la mañana en que los sacaron de la ciudad». «Un alemán ha cambiado las

sandalias que llevaba el muchacho evacuado de Riga.» «Un alemán quería tres kilos de miel a cambio del traje de nuestro ingeniero Kugel.» Sabían, adivinaban la suerte que les esperaba; pero en el fondo, en el fondo se negaban a dar crédito, juzgaban demasiado horroroso el asesinato de un pueblo. ¡Asesinar a todo un pueblo! Nadie podía creerlo.

-¿Acaso se puede matar a un hombre que hace zapatos como los que yo hago? -decía el viejo Boruj-. Se pueden llevar a la Exposición de París sin avergonzarse.

-Pueden matarle, pueden -opinó el fumista Mendel.

-Bueno -dijo el hojalatero Leiba-, supongamos que ellos no necesitan mis teteras ni mis cacerolas ni mis chimeneas para el samovar. Pero no por ello van a matar a mis nueve hijos.

El viejo profesor les escuchaba en silencio y pensaba: ¡qué bien había hecho en no tomar el veneno! Toda su vida había vivido con aquellas gentes y con ellas debía vivir su última y amarga hora.

-Deberíamos huir al bosque, pero es imposible -decía el forjador Kulish-, los policías le siguen a uno los pasos. Por la mañana ha venido ya tres veces el delegado de barrio. He mandado a mi pequeño a casa de mi suegro y el amo de la casa le ha seguido todo el trayecto. El amo es un buen hombre, me ha dicho sin rodeos: «La policía me lo ha advertido: si falta alguien a la plaza, aunque sea un solo niño, responderás con tu cabeza».

-Bueno, y entonces ¿qué? -dijo Mendel-. Es el destino. Una vecina le ha dicho a mi hijo: «Yashka, tú no pareces judío, huye a una aldea». Y mi Yashka le contestó: «Yo quiero ser parecido a los judíos, allá a donde lleven a mí padre, iré yo también».

-Yo sólo puedo decir una cosa -dijo el forjador-, no moriré como un borrego.

-¡Bravo, Kulish! -dijo el viejo profesor-. ¡Es usted un valiente! Ha pronunciado las palabras justas.

Por la tarde, el mayor Werner recibió al representante de la Gestapo, Becker.

-¡La operación de mañana debe realizarse organizadamente, sólo así respiraremos tranquilos! Estos judíos me tienen atormentado. No pasa día sin que cometan algún exceso: cinco han huido, al parecer con los guerrilleros; una familia se ha suicidado; tres han sido detenidos por no llevar brazalete; una mujer judía ha sido descubierta comprando huevos, a pesar de tener categóricamente prohibido ir al mercado; dos han sido detenidos en la Berlinerstrasse, aunque sabían perfectamente que les está prohibido andar por la calle principal; ocho de ellos paseaban por la ciudad después del toque de queda de las cuatro de la tarde; dos muchachas intentaron esconderse en el bosque cuando se dirigían al trabajo y fueron fusiladas. Todo esto son pequeñeces. Comprendo que en el frente nuestras tropas atraviesan dificultades aún mayores, pero los nervios son los nervios. Tenga presente que acabo de relatarle los acontecimientos de una sola jornada, y así un día y otro y otro.

-¿Cuál es el orden de la operación? -preguntó Werner.

Becker limpió con un pedazo de gamuza los lentes.

-En esta ocasión no ha sido elaborado por nosotros; en Polonia dispusimos de más posibilidades para tomar medidas enérgicas. Y, verdaderamente, no se puede prescindir de ellas cuando se trata de cifras estadísticas con gran número de ceros. Aquí, claro está, tendremos que proceder de un modo sumario. La cercanía del frente así lo aconseja. La última directiva permite no aplicar rigurosamente los artículos y atenerse a las condiciones locales.

-¿Cuántos soldados necesita? -preguntó Werner.

Durante esta conversación, Becker mantenía una actitud grave, mucho más que de ordinario. Incluso el comandante Werner se sentía interiormente intimidado al hablar con él.

-Organizaremos el asunto de la siguiente manera -dijo Becker-. Dos secciones: una de fusilamiento y otra de custodia. La de fusilamiento de quince a veinte hombres, obligatoriamente voluntarios. La de custodia deberá ser relativamente escasa, a razón de un soldado por cada quince judíos.

-¿Por qué así? -preguntó el comandante.

-La experiencia ha demostrado que en el momento en que la columna se apercibe de que pasan de largo la línea del ferrocarril y la carretera empieza a cundir el pánico, los ataques de histerismo, y muchos intentan huir. Además, en los últimos tiempos está prohibido el empleo de las ametralladoras a causa del menor porcentaje de heridos mortales que se consigue con ellas; en consecuencia, se ordena utilizar el fusil u otra arma de fuego de carácter personal, lo que enlentece todo el trabajo. Hay que añadir, por cierto, que la sección de fusilamiento debe estar compuesta de un mínimo de gente, no más de veinte hombres por cada mil judíos. Y, mientras se cumple la tarea, el destacamento de custodia tiene no poco que hacer. Ya comprenderá usted que entre los judíos hay un elevado porcentaje de hombres.

-¿Cuánto tiempo se necesita para llevar a cabo toda la operación? -se interesó Werner.

-Para mil hombres, con un organizador experimentado, máximo dos horas y media. Lo principal es saber delimitar las funciones, preparar bien los grupos, y saber conducirlos oportunamente. La operación en sí no dura mucho.

-¿Cuántos soldados necesita usted?

-No menos de cien -dijo con decisión Becker. Miró hacia la ventana y añadió-: El tiempo también es un elemento a tener en cuenta. He consultado con el metereólogo; para mañana por la mañana se espera un día soleado, hacia la tarde es posible que llueva, pero esto carece de importancia para nosotros.

-Por consiguiente... -empezó con indecisión Werner.

-El orden será el siguiente. Usted designa un oficial, claro está, miembro del Partido, que será el encargado de organizar la sección de fusilamiento con las siguientes palabras: «Muchachos, necesito unos cuantos hombres con nervios templados». Esto ha de hacerse esta misma tarde en el cuartel. La lista debe incluir al menos treinta nombres, ya que la experiencia nos ha demostrado que un diez por ciento se rajan. El siguiente paso consiste en mantener una conversación aislada con cada uno de los voluntarios. «¿Te asusta la sangre? ¿Eres capaz de soportar una gran tensión nerviosa?» Sin más aclaraciones. Simultáneamente, hay que organizar la sección de custodia; al suboficial se le instruye la víspera. Se prueban los fusiles, y las secciones, con casco, forman ante la comandancia a las cinco de la mañana. El oficial explica detalladamente las tareas y las obligaciones a cumplir y solicita voluntarios. Después de esto, se entregan trescientos cartuchos a cada uno. Hacia las seis se dirigen a la plaza designada para la concentración de los judíos. El orden de la expedición será el siguiente: la sección de fusilamiento marcha delante de la columna, a unos treinta metros; tras la columna van dos carretas, pues siempre hay unos cuantos viejos, embarazadas o histéricas que pierden el conocimiento durante el camino -hablaba lentamente, para que el mayor no perdiera detalles-. En realidad, no hay nada más que explicar, mis subalternos se ocuparán de dar las instrucciones ulteriores en el lugar de trabajo.

El mayor Werner se quedó mirando unos instantes a Becker y, de pronto, le preguntó:

-Bien, ¿y los niños?

Becker tosió con desagrado. La cuestión se salía del marco de la instrucción a cumplir.

-Mire usted -dijo en un tono áspero y grave, mirando fijamente a los ojos del comandante-, aunque se recomienda separarlos de las madres y ocuparse de ellos aparte, yo considero que es mejor no proceder así. Usted mismo comprenderá qué difícil es separar al niño de su madre en este angustioso trance.

Cuando Becker saludó y se marchó, Werner llamó al ayudante y le comunicó detalladamente las instrucciones, diciéndole a media voz:

-Yo, a pesar de todo, estoy particularmente contento de que el viejo doctor se haya suicidado. Hubiera sentido terribles remordimientos de conciencia ya que, al fin y al cabo, me ayudó mucho... de no ser por su ayuda tal vez no hubiera resistido hasta la llegada de nuestro médico. Estos últimos días me encuentro muy bien, duermo tranquilo, el estómago no me duele, incluso dos personas me han dicho que tengo muy buen aspecto, seguramente debido a los cotidianos paseos por el jardín. Desde luego, el aire en esta ciudad es magnífico, dicen que antes de la guerra había aquí sanatorios para enfermos con problemas respiratorios y del corazón.

Y el cielo era azul, brillaba el sol y los pájaros cantaban...

Cuando la columna de judíos dejó atrás la línea del ferrocarril y, tras rodear la carretera, se dirigió hacia el precipicio, el forjador Chaim Kulish se llenó de aire los

pulmones y con un grito feroz, que se impuso por encima de cientos de voces, exclamó en yiddish:

–¡Oh, gente, ha llegado mi hora!

Asestó un puñetazo en la sien a un soldado que marchaba a su lado, lo derribó y le arrebató de las manos el automático y, como en aquellas circunstancias se antojaba imposible desentrañar el mecanismo de aquella arma desconocida y extraña para él, la volteó en el aire, como cuando trabajaba con el macho, y golpeó en la cara al suboficial que corría hacia él. En la gran batahola que se armó a continuación, la pequeña Katia Vaisman perdió a su madre y a su abuela, y se agarró entonces a la chaqueta del viejo Rosental. Éste la levantó con dificultad en sus brazos, acercó los labios a su oído y le dijo:

–No llores, Katia, no llores.

La niña, abrazada a su cuello, le decía:

–Yo no lloro, profesor.

Le era difícil sostenerla, la cabeza le daba vueltas, los oídos le zumbaban, las piernas le temblaban a causa del largo camino al que no estaba acostumbrado y de la atormentadora tensión de las últimas horas.

La muchedumbre retrocedía ante el precipicio, aferrándose al terreno, muchos caían por tierra, se arrastraban. Rosental pronto se encontró entre las primeras filas.

Quince judíos fueron empujados hacia la sima. Rosental conocía a algunos de ellos: al silencioso fumista Mendel; al dentista Meyeróvich, al viejo y marrullero electricista Apelfeld y a su hijo, que enseñaba en el conservatorio de Kiev, y a quien en otros tiempos Rosental había dado clases de matemáticas. El viejo respiraba trabajosamente mientras aún sostenía a la pequeña en brazos. Ella ocupaba todos sus pensamientos.

«¿Cómo consolarla, cómo engañarla?», pensaba el viejo. Un sentimiento de tristeza infinita le embargaba. Ni en el último momento nadie le sostendría, nadie le diría aquella palabra que toda su vida ansió oír, más grande que toda la sabiduría de los libros sobre las ideas y acciones admirables de los hombres.

La pequeña se volvió hacia él; su rostro estaba tranquilo, era el pálido rostro de una persona adulta, llena de indulgente compasión. Y en un instante de repentino silencio, el viejo oyó su voz que le decía:

-Profesor, no mires a ese lado, te va a dar miedo.

Y ella, como una madre, le tapaba los ojos con sus manecitas.

El jefe de la Gestapo se equivocó. Después del fusilamiento de los judíos no pudo respirar tranquilo. Por la tarde le comunicaron que un numeroso grupo armado había aparecido en las cercanías de la ciudad, comandado por el ingeniero principal de la fábrica de azúcar, Shevchenko. Ciento cuarenta obreros de la fábrica, que no pudieron salir en el convoy, se fueron con el ingeniero a las guerrillas.

Aquella misma noche saltó por los aires el molino de vapor que trabajaba para la intendencia alemana. Más allá de la estación, los guerrilleros incendiaron grandes reservas de forraje destinadas a una división húngara de caballería. Nadie pudo pegar ojo en toda la noche. El viento embestía a la ciudad y el incendio amenazaba con extenderse a las casas y a los graneros. Grandes llamas de color ladrillo se agitaban, extendiéndose. Un humo negro cubría las estrellas y la luna, y el cálido y despejado cielo estival estaba preñado de amenazas y llamas.

La gente, de pie junto a las puertas de sus hogares, contemplaba en silencio la propagación del enorme incendio. El viento traía el tableteo de las ametralladoras y las explosiones de las bombas de mano.

Yashka Mijailiuk llegó a casa aquella noche sin su gorra y no trajo ni tocino ni aguardiente. Al pasar cerca de las mujeres que permanecían en silencio en el patio, dijo, dirigiéndose a Dasha:

-¿Qué, tenía o no yo razón? ¡Qué ancha vas a vivir ahora, eres la única dueña de la habitación!

-¡Ancha! -replicó Dasha-. ¡Ancha! En una misma tumba han enterrado a mi Vitia, a la pequeña de seis años y al viejo profesor. Por todos he derramado mis lágrimas -y de pronto, gritando, añadió-: Vete, no me mires con esos ojos perversos, que te voy a degollar.

Yashka corrió a su habitación y se sentó sin decir una palabra. Cuando su madre quiso cerrar los postigos le dijo:

-¡Vaya una gente! No abra la puerta, están todos rabiosos. Serían capaces de echarle agua hirviendo a los ojos.

-Yáshenka -dijo ella-, mejor harías en esconderte de nuevo en la buhardilla. Tu cama aún está allí, yo te cerraré con llave.

Como sombras, los soldados corrían y disparaban a la luz del incendio. Los habían levantado al toque de alarma y requerido su presencia en la comandancia. La vieja Varvara Andréyevna estaba de pie en medio del patio; sus canosos y revueltos cabellos parecían rosados a la luz del incendio.

-Bien, ¿y ahora qué? -gritaba-. ¿Nos doblegaron? ¿Nos amedrentaron? Ahí tienen las llamas. ¡No temo a los Fritz! ¡Os creéis muy valientes contra mujeres y niños! ¡Dasha, llegará el día en que quemaremos vivos a todos estos bastardos!

El cielo se enrojecía más y más, y a los que estaban en los patios les parecía como si en el oscuro humo de las llamas ardiera toda la maldad, la vileza y la mugre con que los alemanes habían infectado el alma humana.

1. Unidad de peso rusa que equivale aproximadamente a unos dieciséis kilos.

STALINGRADO

Volga-Stalingrado

Largo es el recorrido de Moscú a Stalingrado. Nuestro automóvil iba por los caminos del frente, bordeando ríos encantadores y ciudades llenas de exuberante verdor. Seguíamos caminos vecinales polvorientos, nivelados por las apisonadoras. Viajábamos durante el luminoso y azul mediodía, entre un polvo abrasador; al amanecer, cuando los primeros rayos del sol iluminaban fastuosamente las opulentas serbas maduras; viajábamos por las noches, cuando la luna y las estrellas brillaban en las tranquilas aguas del Krasívaia Mechá y flotaban en la áurea y rizada superficie del naciente y rápido Don.

Pasamos por Yásnaia Poliana. En torno a la casa se extendía un tapiz de hermosas flores, por las ventanas penetraba el sol en las habitaciones, y las paredes acabadas de blanquear, reverberaban. Solamente las calvas en la tierra, no lejos de la tumba en donde los alemanes enterraron a ochenta de sus muertos, y las negras huellas del incendio en las tablas del piso de la casa recordaban los desafueros de los alemanes en Yásnaia Poliana.

La casa de Lev Tolstói ha sido reconstruida, de nuevo abren sus capullos las flores, de nuevo aparece la solemne y sencilla grandeza de la tumba. Los cadáveres de los soldados enemigos han sido retirados y enterrados en los grandes cráteres que hicieron las enormes bombas alemanas arrojadas en Yásnaia Poliana. Y en estos sitios han crecido hierbajos de pantano.

Proseguimos nuestra ruta por la magnífica tierra invadida por la guerra. Por todas partes: en los campos, durante la labranza y la trilla, tras los caballos que tiran de los arados, en los tractores y en las máquinas segadoras-trilladoras, al volante de los camiones y en los peligrosos y difíciles trabajos en los apartaderos cercanos al frente, trabaja la mujer rusa. Ella fue la primera que corrió a la casa de Yásnaia Poliana, incendiada por los alemanes; ella es la que, con la pala, allana los caminos sin fin por los que circulan los tanques, las municiones y por los que chirrían las ruedas de los convoyes militares. La mujer rusa se echó sobre los hombros la formidable carga de la cosecha: la recolectó, ató las gavillas, trilló el grano y lo transportó a los almacenes. Sus curtidos brazos trabajan de sol a sol sin saber lo que es descanso. Ella administra las tierras cercanas al frente, con la ayuda de los muchachos y los viejos. No es fácil el trabajo para la mujer. Ved cómo suda ayudando a los caballos a sacar el carro atascado en la arena, repleto de ambarino trigo. Ella, empuñando el hacha, abate los corpulentos pinos, conduce las locomotoras, vigila en los pasos de los ríos, distribuye la correspondencia, trabaja sin descanso en las oficinas de los koljoses y de los sovjoses, en las Estaciones de Máquinas y Tractores. Ella no duerme por la noche y hace guardia junto a los graneros, vigilando el trigo recogido. Ella no rehúye la pesada carga del trabajo, no se atemoriza ante las pavorosas noches del frente, observa la lejana trayectoria de las bengalas, da la voz de alerta y hace sonar la carraca. La anciana de sesenta años Biriukova se pasó una noche de guardia en los graneros armada con el mango de una sartén, y a la mañana siguiente, riéndose, me contaba: «Estaba oscuro, la luna aún no había salido, sólo los rayos de un reflector recorrían el cielo. De repente oigo a alguien acercarse al granero y hurgar en la cerradura. Al

principio me asusté. “¿Qué puedo hacer yo –pensé–, pobre vieja, contra estos malditos?” Pero después, cuando recordé los sudores de sangre que les había costado a mis hijas cosechar el trigo para mis hijos, me acerqué sin hacer ruido, armada con el mango de la sartén, y grité con voz bronca, como un sereno: “¡Si das un paso más, disparo!”. Se escabulleron en el matorral como si se los llevara el viento. Apenas oí un ligero murmullo. Con mi mango de sartén los hice huir del granero».

La mujer rusa ha asumido el enorme trabajo en los campos y en las fábricas. Pero más agobiante que el del trabajo es el peso que oprime su corazón. No duerme por las noches, llora al marido muerto, al hijo, al hermano. Paciente, espera noticias de sus familiares desaparecidos. Con su magnífico y bondadoso corazón, con su claro y juicioso cerebro, soporta los duros reveses de la guerra. ¡Cuánta tristeza hay en sus palabras, cuán profunda y sabiamente ha comprendido la negra tormenta que asola el país, cuán infinitamente buena, humana y estoica es la mujer rusa!

Nuestro ejército tiene por qué luchar, tiene de qué estar orgulloso: su glorioso pasado, la Gran Revolución, y su tierra inmensa y rica. Pero también puede sentirse orgulloso de la mujer rusa; la mejor mujer de la tierra. Que nuestros combatientes recuerden a su mujer, a su madre, a su hermana, que teman más que a la muerte el perder la estimación y el amor de la mujer rusa, pues no hay en el mundo nada más elevado y honroso que este amor.

Muchas cosas vinieron a nuestro pensamiento mientras viajábamos hacia Stalingrado. El trayecto es largo. Aquí, el reloj va una hora adelantado. Y son otras las aves: los milanos, de cabeza grande, están inmóviles, aferrados a los postes del telégrafo con sus fuertes y plumadas garras; al atardecer, las lechuzas, de vuelo pesado y torpe, atraviesan

el camino. El sol abrasa despiadadamente durante el día. Las culebras cruzan reptando la carretera. Y la estepa es ya otra: los exuberantes prados han desaparecido. La estepa es de color castaño y está cubierta de quemadas y raquíticas matas de polvoriento ajeno, que se pegan a la resquebrajada tierra. Los bueyes arrastran las carretas, hay un camello quieto en medio de la llanura. Nos vamos acercando al Volga. Se siente físicamente la enormidad del territorio ocupado por el enemigo, una terrible sensación de angustia nos atenaza el corazón, no nos deja respirar. Es la guerra en el sur, la guerra en el bajo Volga, es la sensación del puñal enemigo, que ha penetrado profundamente en el cuerpo. Esos camellos, esa estepa llana y requemada, nos hablan de la proximidad del desierto, provocando en nosotros una sensación de angustia.

No se puede continuar retrocediendo. Cada paso atrás es una enorme y quizás irreparable desgracia. Un sentimiento que embarga a todos los vecinos de las aldeas del Volga, y que vive también en los ejércitos que defienden el Volga y Stalingrado.

Por la mañana temprano divisamos el Volga. El río de la libertad rusa parecía severo y triste en aquella hora ventosa y fría. Oscuras nubes bajas surcaban el cielo, pero el aire era claro y a muchas verstsas se columbraba la blanca y escarpada orilla derecha y las arenosas estepas de la orilla opuesta. Las claras aguas del río se deslizaban amplia y libremente entre vastos campos, como si una gran cinta metálica uniera la ribera derecha con la izquierda. En las altas orillas, el agua formaba remolinos, haciendo girar cáscaras de sandía y desgastando los salientes arenosos; las olas se remansaban y hacían balancearse las balizas. Hacia el mediodía el viento barrió las nubes, el calor se dejó sentir; y el Volga, reflejando los rayos perpendiculares del sol,

adquirió una tonalidad azul, velado por una tenue neblina. Tranquila y confiada dormitaba, arrullada por las aguas, la orilla arenosa, cubierta de un verde prado.

Produce, al mismo tiempo, contento y tristeza contemplar el más hermoso de los ríos. Barcos pintados de un color gris verdoso, cubiertos de ramaje marchito, descansan atracados en los embarcaderos; de sus chimeneas escapa un débil hilillo de humo, cual si estuvieran reteniendo su escandalosa y agitada respiración, temerosos de ser descubiertos por el enemigo. Por doquier, hasta las mismas orillas se extienden trincheras, blindajes y zanj as antitanque. Junto a las en otros tiempos animadas y ruidosas travesías en donde se agolpaba indolentemente la muchedumbre, por donde pasaban chirriando los carros cargados de melones y sandías, desde donde los muchachos lanzaban sus anzuelos, se ven ahora baterías antiaéreas, ametralladoras, refugios y unos camiones camuflados que esperan su turno para pasar. La guerra ha llegado al Volga. En ninguna parte han resonado las descargas de la artillería como en las llanuras del Volga. El tronar de los cañonazos, sin obstáculos que lo amortigüen, reforzado por el eco, retumba potente, elevándose desde la tierra hasta el cielo y descendiendo de nuevo del cielo a la tierra. Este horrísono estruendo recuerda a la gente que la guerra ha entrado en una fase decisiva, que continuar retrocediendo es imposible, que el Volga es la línea principal de nuestra defensa. Y por las noches, en las aldeas del Volga, todas las viejas cuentan la misma historia de un general alemán prisionero, que dijo a los soldados que le capturaron: «Yo había recibido esta orden: ocupar Stalingrado y cruzar el Volga. Si no ocupamos Stalingrado, no nos quedará otro remedio que retirarnos a nuestras fronteras, pues entonces nos será imposible sostenernos en Rusia». Huelga decir que es una fábula, pero en ella, como en todas las leyendas del

imaginario popular, hay más verdad que en muchas crónicas, y este pensamiento sobre el Volga y Stalingrado, sobre la batalla decisiva, inquieta a todos: viejos, mujeres, combatientes de los batallones obreros, tanquistas, aviadores, artilleros.

A finales de agosto los alemanes atacaron Stalingrado desde el aire. Ni una sola vez en toda la guerra habían efectuado un ataque de tal intensidad. El enemigo realizó más de mil vuelos, descargó su furia contra las viviendas, contra los hermosos edificios del centro de la ciudad, contra las bibliotecas, contra la clínica infantil, contra los hospitales, contra las escuelas y centros de enseñanza superior. Un enorme resplandor rojo y una espesa humareda se levantaron sobre Stalingrado, extendiéndose a más de sesenta kilómetros a la orilla del Volga. Una de las más bellas ciudades de la Unión Soviética fue objeto de un bombardeo monstruoso. Los alemanes sabían con certeza que las fábricas más importantes se encontraban ubicadas en los arrabales de la ciudad, pero se ensañaron sobre todo con el centro. Al mismo tiempo que ejecutaba los ataques aéreos, el enemigo intentaba llegar al Volga por el norte de la ciudad. Las columnas de tanques, seguidas de camiones con infantería, amenazaron directamente, durante cierto tiempo, la zona norte de Stalingrado, el sector de la fábrica de tractores. El ataque del enemigo fue rechazado por la unidad antitanque del teniente coronel Gorélik y por la unidad de antiaéreos del teniente coronel Guerman. A su lado se batieron los batallones de obreros de la fábrica de tractores y de la fábrica Barricada, gente entre los cuales había magníficos artilleros, tanquistas y morteristas. Los tanques, los cañones, los morteros entraban en el campo de batalla tan pronto salían de los portones de las fábricas. Aquella noche de fuego las fábricas continuaron trabajando

entre el fragor de las explosiones y de las llamas de los incendios. En el transcurso de los dos días de combate al noroeste de Stalingrado, el ejército recibió decenas de tanques y de cañones pesados. Los trabajadores, ingenieros y jefes de taller de las fábricas demostraron tener un coraje admirable. En las páginas de la historia de esta guerra permanecerá imborrable el nombre del alegre y temerario capitán Sarkisián, el primero que se enfrentó a los tanques alemanes con morteros pesados. Como también quedará en la memoria de todos la batería antiaérea del teniente Skakún. Tras haber perdido el contacto con el mando del regimiento, la batería estuvo luchando un día entero contra las fuerzas aéreas y terrestres del enemigo. Fue atacada por aviones en vuelo picado y por tanques pesados. La tierra y el cielo, las llamas y el humo, las atronadoras explosiones de las bombas, el aullido de las granadas y las ráfagas de las ametralladoras, todo se confundía en un espantoso caos acústico. En la batería había muchachas que servían en los aparatos de puntería, en los telémetros y en los puestos de observación, resistiendo junto a sus camaradas artilleros. «Los han aplastado, han acabado con ellos», pensaba el jefe del regimiento cada vez que callaba la batería. Pero otra vez volvía a oírse el fuego acompasado y certero de los antiaéreos. El terrible combate se prolongó durante toda la jornada y sólo a la noche siguiente se presentaron cuatro soldados supervivientes, llevando a su comandante herido. Relataron que mientras duró el combate las jóvenes no bajaron ni una sola vez al refugio, aunque hubo momentos en que parecía imposible no bajar. Y el ataque por sorpresa del enemigo fue rechazado. La situación se estabilizó.

Así se abrió la primera página de la epopeya de la defensa de Stalingrado, página escrita con sangre y fuego, con la

firmeza de los combatientes, con la valentía de los trabajadores, con el amor a la Patria.

¡La defensa de Tsaritsin y de Stalingrado! Sangrientos combates se desarrollan de nuevo en aquellos lugares donde las tropas rojas defendieron Tsaritsin. De nuevo en los comunicados se oye nombrar aldeas y poblados célebres durante la defensa de Tsaritsin; las tropas marchan junto a las antiguas trincheras, ahora cubiertas de hierbas, tan bien descritas por los historiadores de la guerra civil; no pocos de los defensores del Tsaritsin rojo –obreros, militantes del Partido, pescadores y campesinos– acuden ahora como voluntarios a defender el Stalingrado rojo.

Llegamos a Stalingrado poco después de un bombardeo. Aún flotaba en algunos sitios el humo del incendio. Un camarada de la ciudad nos mostró su casa reducida a cenizas. «Miren, ahí estaba la habitación de los niños –nos dice–. Aquí estaba mi biblioteca, y allí, en ese rincón donde se ven esas tuberías retorcidas, era donde trabajaba, allí estaba mi mesa de despacho.» Entre los montones de escombros podían verse las patas retorcidas de las camas de los niños. En los agujeros abiertos por las llamas en los tejados asomaba un cielo claro y sereno. Sobre el edificio del hospital infantil, que lleva el nombre de Lenin, enseñoreaba un águila de piedra con un ala arrancada por la metralla. Los muros y la columnata del destruido Palacio del Deporte estaban cubiertos por el humo del incendio y sobre el fondo de un negro aterciopelado se destacaban deslumbrantes las blancas esculturas de dos jóvenes atletas desnudos. En las ventanas de las casas vacías dormitaban lustrosos gatos siberianos. Las verdes macetas respiraban el aire fresco a través de los cristales rotos. Los chiquillos recogían alrededor del monumento a Jolsunov trozos de metralla y cascotes de granadas antiaéreas. En el tranquilo atardecer,

la rosada belleza del ocaso, que penetraba a través de los cientos de cuencas vacías de las ventanas, inundaba el corazón de pesar. En muchos edificios se veían lápidas conmemorativas: «En este edificio el camarada Stalin pronunció un discurso en 1919». «En este edificio estuvo instalado el Estado Mayor de la defensa de Tsaritsin.» En el bulevar central se levantaba un obelisco con la leyenda: «El proletariado del Tsaritsin rojo a los combatientes de la libertad, caídos en 1919 a manos de los verdugos de Wrangel».

Stalingrado vive y vivirá. Imposible quebrantar la voluntad del pueblo que quiere ser libre. Destacamentos de obreros limpian las calles, las chimeneas de las fábricas humean y el cielo está cubierto de las redondas nubecillas de las explosiones de los proyectiles antiaéreos. La gente se ha acostumbrado enseguida a la guerra. Sobre las barcasas que efectúan el transporte de tropas vuelan sin cesar los cazas y bombarderos enemigos. Tabletean las ametralladoras, el fuego de los antiaéreos es incesante, y los marineros, contemplando el cielo, comen jugosas tajadas de sandía. Los muchachos, con las piernas colgando de la borda de las barcasas, observan con mirada atenta los corchos de sus cañas de pescar; una mujer ya entrada en años hace calceta sentada en un banquillo. Cada día marchan al frente nuevos destacamentos de obreros. Stalingrado ha formado las filas de las fortalezas proletarias del país: Tula, Leningrado, Moscú. Estas fortalezas son inexpugnables. Entramos en una casa medio destruida. Sus habitantes están comiendo en mesas hechas de tablas y cajones, los niños soplan en los platos de sopa caliente. Uno de los camaradas militares levanta del suelo un libro medio quemado: «*Humillados y ofendidos*», lee en alta voz, mira a las mujeres sentadas sobre unos fardos a su alrededor y suspira. Una joven,

comprendiendo el hilo de sus pensamientos, se le acerca y dice enfadada: «Esto no tiene nada que ver con nosotros. ¡Hemos sido ofendidos, pero no humillados! ¡Nosotros nunca seremos humillados!».

Por la noche deambulamos por las calles. En el cielo se oye el runrún de los motores. En silencio se entrecruzan los rayos de nuestros reflectores con los de los alemanes. Las rectas calles y las desiertas y anchas plazas presentan un aspecto solemne. Resuenan los fusiles de las patrullas. Los tanques se mueven con fragor y los tanquistas vigilan con atención las calles. La infantería marcha con paso rotundo y firme por el asfalto. Los rostros de los combatientes están pensativos y concentrados. Por la mañana habrá combate. Combate por el Volga, por Stalingrado. Recordamos todo el largo camino recorrido; de nuevo aparece ante nosotros la solemne y recogida Yásnaia Poliana, las abejas revoloteando sobre la tumba de Tolstói, el noble y fiel trabajo de las campesinas en los inmensos campos de la zona del frente, el Krasívaia Mechá a la luz de la luna, los cuentos de las viejas sobre el alemán prisionero que ha dicho: «Si no ocupamos Stalingrado, no nos quedará otro remedio que retirarnos a nuestras fronteras», el tronar de los cañones sobre el Volga, la estatua de bronce del piloto Jolsunov y los marineros que contemplan el cielo en la travesía del Volga. Es amargo tener que combatir en el Volga. Pero no sólo debemos pensar en su defensa. Aquí, en el Volga, debe decidirse la suerte de la Gran Guerra por la Libertad. ¡Que caiga sobre el enemigo la espada de la victoria, forjada en las duras pruebas!

Y las tropas pasan y pasan por las oscuras calles. Los hombres marchan con rostro pensativo. Estos hombres serán dignos de su excelso pasado, de la Revolución, de aquellos que cayeron defendiendo el Tsaritsin rojo contra el

ejército blanco. Estos hombres son dignos del amor de la laboriosa mujer rusa, no pueden perder su estimación.

Stalingrado,
5 de septiembre de 1942

Una compañía de jóvenes tiradores de automático

Al atardecer, recostados en un barranco de la estepa, echaban pestes del brigada. Descalzos en su mayoría, los tiradores de automático movían la cabeza consternados, se miraban las plantas de los pies rozadas y enrojecidas. El cuello les dolía a causa de la correa del automático. Algunos se habían puesto a lavar en el arroyuelo que corría al fondo del barranco. El agua cristalina se enturbiaba y adquiría una tonalidad marrón de los sucios peales que después tendían a secar en las ramas de los perales y guindos silvestres. Los muchachos, tocándose los dedos de los pies, suspiraban:

-¡Después de una marcha así, no estaría de más dar un descanso a las piernas!

Lázarev, un muchacho estrecho de hombros y con el pelo castaño claro, tan largo que le caía suavemente sobre sus hundidas sienes y nuca, decía con enfado:

-Le advertí al brigada que las botas me quedaban pequeñas, y va y me suelta: «Ya se darán, con el uso». Y ya veis, usadas están y lo que han hecho es ponerme los pies en carne viva.

-Él viaja cómodamente en la cocina, tomando el sol mientras nosotros medimos la estepa con las plantas de nuestros pies -dijo Románov, un muchacho de la ciudad de Gorki de ojos y pelo negros, y, doblando la pierna, se sopló con cuidado la ardiente e hinchada piel del pie.

-Polvo, sol, no hay salvación alguna, y lo que es peor: no se ve el fin -dijo Petrenko-. Ucrania es distinta, allí no se ven más que jardines y más jardines.

Lázarev rió.

-No hables mal de la estepa. Zheldubáiev se enfada cuando se habla mal de ella.

El kazajo Zheldubáiev era amigo de Lázarev, con una amistad nacida durante el período de instrucción en la unidad de reserva, en conversaciones en los descansos después de los ejercicios, en la larga marcha bajo el despiadado sol de la estepa, en el torbellino de polvo, tan espeso que, de pronto, el que va a tu lado desaparece, haciéndose invisible. Y Lázarev gritaba en la nube de polvo:

-¡Eh, Zheldubáiev! ¿Estás ahí? ¡No se ve nada!

Después de la marcha ambos tenían el mismo color de cara, a pesar de ser Zheldubáiev el más negro y Lázarev el más blanco de los tiradores de automático. La cara de Lázarev no se ponía morena al sol y su frente permanecía tan blanca como antes de iniciar la marcha. Pero, con el espeso polvo del camino, las caras del kazajo y de Lázarev, oriundo de Narofominsk, eran igualmente grises, y sólo los ojos, negros los del primero y azules los del segundo, relucían con húmedo brillo. Sus charlas eran breves. Estaban demasiado cansados para mantener largas conversaciones. Pero marchaban uno al lado del otro y de vez en cuando Lázarev preguntaba:

-¿Cómo va, hermano? ¿Estás cansado?

Y Zheldubáiev, tras quitarle el tapón hecho de papel de periódico, tendía a su camarada una botella de cristal panzuda, llena de agua templada y turbia.

-Tú primero -decía Lázarev.

-No, no, bebe tú, haz el favor -respondía Zheldubáiev.

Por la tarde, si no les traían a tiempo el pan, se repartían las galletas y, economizando, liaban un cigarrillo para los dos.

Se cuidaban el uno al otro. Toda la compañía vivía en estrecha amistad, familiarmente. Es posible que esto se debiera a que estaba integrada exclusivamente por jóvenes. El esbelto Drobot, jefe de la compañía; su segundo, el seco y narigudo Beresiuk; el jefe de sección teniente Shut, en una palabra, todos los tiradores tenían aproximadamente la misma edad, unos eran del 20, otros del 23. Pero algunos de ellos, como Drobot y Beresiuk, ya hacía más de un año que combatían mientras que para otros, tal era el caso de Románov y Zheldubáiev, era su bautismo de fuego.

Marchaban braceando con energía, acariciando el automático colgado al pecho. Miraban con condescendencia a los fusileros, se enorgullecían de servir en la compañía de automáticos. Durante la marcha del regimiento, su compañía iba en vanguardia, y todos aquellos con quienes se cruzaban los miraban y decían:

–Mira, ahí pasan los tiradores de automático.

Drobot, en aras de mantener el orden, era severo con ellos, les exigía que cuidasen escrupulosamente sus armas, examinaba los automáticos, les obligaba a esforzarse, pero los muchachos comprendían y apreciaban por sí mismos lo que sus armas significaban para ellos. Drobot y Beresiuk eran ucranianos, sus familias se habían quedado en el territorio ocupado (la de Drobot cerca de Bélgorod, la de Beresiuk en la región de Vínitsa), y había en ambos una obsesión y un odio que se transmitía a los combatientes. Beresiuk había sido herido en los combates de otoño y por su mejilla se extendían las marcas de una gran cicatriz sonrosada. Siempre andaba criticando a los jefes de pelotón y de sección, pero éstos no se enfadaban con él porque

consideraban que no lo hacía por maldad, sino por amor al servicio. Los tiradores sentían un gran cariño por el joven teniente Shut, jefe de sección. Era, ya desde la escuela, un camarada bueno, y fiel, y cuando ascendió a su cargo arengaba a sus soldados:

-Sobre todo, muchachos, mantened la camaradería, nunca faltéis a ella, éste es nuestro primer deber.

Él, por su parte, nunca faltaba a la camaradería observada por los tiradores de automático.

Antes de incorporarse a filas Románov trabajaba en el famoso taller de Pávlovo, en el Oká, donde se fabrican los mejores cortaplumas del País Soviético. Al entrar al servicio, llevó consigo varias excelentes navajitas con diferentes útiles. Unas tenían forma de avión, otras recordaban un tanque. Románov pensaba que le serían de utilidad en un momento difícil, pues con una navajita así uno siempre podía adquirir tabaco, cerillas y lo que se le antojase. Sin embargo, la camaradería en la compañía estaba tan arraigada, le fueron tan simpáticos los muchachos, que en vez de cambiarlas las repartió entre los camaradas. Lázarev, con una melancólica sonrisa, decía a sus compañeros:

-Yo, muchachos, antes de la guerra era tornero en madera, hacía piezas de ajedrez de madera de abedul. He hecho muchísimas y sin embargo no sé jugar. -Y paseando una mirada viva e inteligente, repetía-: Ya veis, hacía juegos de ajedrez de la mañana a la noche, quería hacer más para proporcionar alegría a la gente, pero yo no he aprendido a jugar.

Mientras los peales se secaban, los tiradores aspiraban el olor procedente de la cocina y bostezaban. El hambre apretaba, pero el deseo de dormir era aún mayor después de haber realizado una marcha de más de cincuenta kilómetros.

Pero no pudieron descansar debidamente. En aquel mismo día los tanques y la infantería motorizada alemanes rompieron el frente en uno de los sectores de Stalingrado. Los alemanes ansiaban llegar al Volga, percibían el vaho húmedo del gran río, sentían la proximidad del invierno y ponían en tensión todas sus fuerzas para penetrar en aquella gran ciudad. Savinov, el comandante del regimiento, recibió la orden de atacar aquella misma noche.

Pasó junto a los batallones que descansaban en el barranco, observando los rostros fatigados de los soldados, escuchando fragmentos de las conversaciones entabladas entre los que yacían tumbados en el suelo. Al pasar al lado de los tiradores de automático observó con interés sus caras jóvenes, demacradas, que la fatiga había convertido casi en infantiles. Muchos de ellos nunca habían entrado en combate.

«¿Cómo se comportarán? ¿Resistirán la prueba? ¿Se mantendrán firmes estos muchachos de uniforme descolorido por el sol implacable?»

Al cabo de algunas horas el regimiento entró en combate, que se prolongó más de diez días...

Durante una corta tregua, el batallón acampó de nuevo en un barranco de la estepa. El aire cálido de la tarde transportaba el ruido de nuestros aviones y de los del enemigo, en lo alto del cielo azul tableteaban las ametralladoras, disparaban los cañones, zumbaban los motores. En la tierra, mientras tanto, también se combatía. Las nubes blancas y negras de las explosiones se esparcían por la llana estepa, los disparos de los cañones semiautomáticos eran rápidos y secos; se sucedían las sordas explosiones de los pesados proyectiles alemanes. A veces resonaban prolongadamente las salvas de los morteros de la Guardia, y el horrisono estruendo de sus explosiones

sofocaba los sonidos de la batalla que se desarrollaba en la tierra y en el aire. A ratos se acallaba el combate y el silencio era tal que incluso se oían los crujidos de la reseca hierba de la estepa y el canto de los grillos. En el profundo barranco los soldados se sentían tranquilos y en paz, como si estuvieran descansando en su casa y no a escasos kilómetros del enemigo. Los tiradores, echados en la tierra, acariciaban sus automáticos. Dando muestras de satisfacción, se estiraban cuan largos eran. Algunos se habían descalzado, otros se habían quitado las guerreras, y de nuevo en las ramas de los raquíticos perales y cerezos silvestres se balanceaban perezosamente los peales y las camisas amarillentas, aclaradas en el agua fría, después de una sencilla colada de soldado.

Observo los rostros jóvenes y demacrados de los tiradores de automático recién salidos de un combate que se ha prolongado varios días con sus noches. Para muchos de ellos, éste ha sido su bautismo de fuego. En sus rostros hay una extraña mezcla de alegría infantil y de la experiencia de quien ha visto de cerca la muerte.

Drobot habla con voz tranquila y meditada. Está bien que el joven comandante, descontento de sí mismo después del combate, señale serena y concretamente las faltas que han impedido a los tiradores de automático desarrollar plenamente sus fuerzas, que examine con énfasis los errores cometidos; está bien que el joven comandante no hable ni una palabra de sí mismo, de sus sensaciones durante la batalla y de sus pruebas de valor personal; está bien que hable de los soldados con admiración y orgullo de camarada. La compañía había soportado la prueba.

He aquí cómo relataba Lázarev el primer combate:

-Nos colocaron delante de los fusileros, pues por algo somos tiradores de automático. Nuestro objetivo era llegar

hasta los blindajes enemigos. Éramos cinco: Románov, el que regaló a los muchachos las navajitas, Petrenko, Belchenko, Zheldubáiev, que era mi mejor amigo, y yo. Era por la tarde, el sol se ponía y el fuego era tan nutrido que con sólo recordarlo me pone los pelos de punta: las granadas caían una junto a otra, polvo, humo, toda la tierra en derredor nuestro era removida por las minas. Las granadas no abren hoyos profundos, parece que remueven la tierra como las gallinas con sus patas. Cuando silbaban nos tumbábamos, y después del estallido proseguíamos el avance. Varias estuvieron a punto de reventarnos. Bueno, parecía que nuestra última hora había llegado, estallaban a cinco pasos, desgarraban los tímpanos. Una persona mayor en nuestro caso se habría visto perdida, pero los jóvenes tenemos fuertes las piernas: nos tirábamos a un lado, unos aquí y otros allá, sus granadas no nos alcanzaban, perdían el objetivo, nos reuníamos y avanzábamos de nuevo. ¡Haz lo que quieras!, estamos empeñados en seguir adelante y nada más. Ya estábamos cerca, faltaban unos doscientos metros, cuando, de pronto, salieron de detrás de una colina cinco tanques, derechos hacia nosotros. Románov estaba a mi lado. Los miró (era la primera vez que veía tanques alemanes) y dijo: «Bueno, es hora de morir». Nos echamos al suelo y los observamos. ¿Darían la vuelta? No, los muchachos no pensaban en eso; los tanques se detuvieron, abrieron fuego sobre nuestras cabezas y después de disparar se ocultaron de nuevo tras la colina. Nos miramos: «¡Ea, muchachos, sigamos avanzando! Es nuestro deber, no hay más remedio». Y de nuevo avanzamos, si bien, a decir verdad, la visión de los tanques había ensombrecido nuestro ánimo y no creíamos salir vivos del combate. Nos habíamos acercado considerablemente a los alemanes. Los veíamos de frente, muy cerca de nuestra posición. Contamos veinticinco

tiradores de automático. Había con ellos un oficial que llevaba abierto el capote y, bajo éste, una cartera de campaña. Andaba hacia delante y hacia atrás sin dejar de mirar hacia nuestras líneas. Veinticinco hombres, y nosotros cinco, unos y otros con fusiles automáticos. Permanecimos echados, cada uno abstraído en sus pensamientos, y nos lanzamos al combate. Nada más disparar las primeras ráfagas, Zheldubáiev me tocó y me dijo: «Le he matado». Yo dije asombrado: «¿Sí?». Me miró, sonriendo: «De verdad». Y aquella manera de decirlo, la seguridad que mostró, nos enardeció, empezamos a reírnos y se instaló entre nosotros un estado de ánimo imposible de expresar. Pero no había pasado ni un minuto cuando un francotirador alemán derribó a Zheldubáiev de un balazo en la frente. Cayó sin pronunciar una palabra y dejó de existir. Yacía muerto a mi lado, y yo estaba bañado en su sangre. Los cuatro restantes seguimos combatiendo. No puedo contaros cómo rechazamos con nuestro fuego a los veinticinco, ni diré cuántos derribamos ni cuántos huyeron, no quiero mentir; había oscurecido y sólo sé que no fuimos nosotros, sino ellos, los que abandonaron el campo. Yo me quedé con Zheldubáiev en la estepa, cavé su sepultura, me despedí de él y le enterré con mis propias manos.

Los camaradas escuchaban el relato de Lázarev y de vez en cuando intervenían para hacer alguna observación:

-Bugrov es un caso interesante, pero está muerto.

-Es cierto, cuando los tanques venían hacia nosotros pensamos: «¡Es hora de morir!».

Lázarev terminó su relato refiriéndonos cómo se despidió de Zheldubáiev muerto. Románov, el de los ojos negros, dijo:

-Yo antes pensaba: ¿qué es lo más terrible en el combate? Ahora lo sé: lo peor es perder en él a un camarada. Cuando el teniente Shut, en su agonía, se despidió de nosotros y nos

dijo: «Sólo os pido una cosa, muchachos, manteneos unidos, siempre juntos, no os apoquéis», a toda la compañía se le saltaron las lágrimas. Entonces comprendí que el camarada en el combate es más que el padre y la madre. Nunca había pensado que todos los tiradores de la compañía podrían llorar así.

La sonrosada luz del sol poniente inundaba la estepa, pero el barranco quedaba envuelto en la penumbra. De la cocina salían soldados llevando calderos, y en las oscuras ramas blanqueaban las camisas y los peales secos.

Frente del Don,
noroeste de Stalingrado,
17 de septiembre de 1942

Alma de soldado rojo

El fusil antitanque recuerda una vieja espingarda. Es igual de voluminoso y pesado; para su manejo se necesita a dos combatientes: el primero y el segundo número. En la marcha, el primer número lleva el fusil, el segundo los pesados cartuchos perforadores (similares a los proyectiles de los cañones de pequeño calibre), en número de treinta, un fusil de cinco balas y cien cartuchos para éste, dos granadas antitanque y, como es natural, el capote y el macuto. Todo esto, en conjunto, pesa más o menos lo que el fusil. Durante la marcha, el fusil antitanque aplasta con su peso el hombro y entumece el brazo. No es nada fácil saltar con él o marchar por caminos resbaladizos, pues su peso dificulta cualquier movimiento, y es difícil guardar el equilibrio llevándolo auestas. El paso del fusilero antitanquista es pesado y largo, cojea ligeramente de la pierna sobre la que recae la carga del fusil. Su andar se distingue fácilmente del

paso ligero del oficial, del medido y regular del infante, del bamboleano –«a lo marinero»– de los tiradores de automático, de la acelerada marcha del enlace, acostumbrado al constante movimiento. Y hasta se le puede distinguir por su porte: los fusileros antitanquistas suelen ser hombres fornidos. Por su espíritu y por su carácter deben de parecerse a aquellos cazadores rusos que, armados de una jabalina, iban a la espesura del bosque en busca del viejo oso. Y, francamente, cabe decir que el colmilludo y taciturno oso es una fiera inofensiva en comparación con los tanques pesados alemanes, provistos de cañones y ametralladoras de tiro rápido.

La persona ducha en la producción metalúrgica o que conoce el trabajo del minero, en cuanto llega a las naves de la fábrica o a la mina puede casi siempre, sin temor a equivocarse, reconocer al fundidor de acero o de hierro, al forjador, al cargador, o bien al entibador o al que maneja la perforadora. Cada uno de ellos se distingue enseguida por su porte, por su vestimenta, por su braceo al andar, por su conversación. A cada carácter su profesión, y la dura y noble labor elegida imprime su sello en el carácter del obrero y lo modela a su manera. Así también, la profesión militar selecciona y agrupa a los individuos por edad, fuerza, inteligencia, carácter, aficiones. Y la primera tarea de un comandante experto y de un buen comisario es contribuir a esta selección natural, ayudar a los hombres a elegir su tarea en el duro trabajo de la guerra, a que se definan los ametralladores, los exploradores, los enlaces.

Pongamos un ejemplo: a mi entender, el combatiente Grómov se ha transformado en el tipo característico del fusilero antitanquista, a pesar de que en la compañía haya gente con hombros más anchos que él, de movimientos más desenvueltos, como el cetrino Evtíjov, que tantos disgustos

ha causado a los alemanes, o el sargento Ignatiev, hombre de enormes manos y grande y pesada barbilla, que mueve mucho su cuello de toro, enrojecido por el sol.

Grómov tiene treinta y siete años. Antes de la guerra trabajaba en el distrito de Narofominsk, de la región de Moscú, concretamente en un koljós. En una palabra, era labrador. Difícilmente el año pasado, cuando en las madrugadas de junio iba a la cuadra y enganchaba el pacífico caballo a la chirriante y pesada carreta, hubiera podido pensar que un año después tendría que ocuparse en destrozar los tanques pesados alemanes.

Al mirar su rostro grisáceo, no afectado por el sol y surcado de arrugas, improntas de un largo y duro trabajo, se pregunta uno sin querer: ¿es el azar el que ha hecho que este hombre sea fusilero-antitanquista y el primer número de un fusil antitanque? ¿O quizás esta misma casualidad hubiera podido convertirle en conductor del convoy del regimiento, en mensajero del Estado Mayor, o en centinela de Intendencia encargado de controlar los pases de los soldados?

No. En su lacónica y brusca manera de hablar, en sus claros ojos pardoverdosos de severa mirada, en sus movimientos y modos, en cómo cuenta las cosas con desgana, en la forma de tratar con condescendencia a todo en el mundo, en todo se refleja el carácter de este hombre. Una fuerza interna y no la casualidad le hizo fusilero de la compañía antitanque. En sus ojos audaces, de mirada franca y exigente, en su actitud rencorosa e implacable hacia las debilidades humanas, en sus acres e irónicos juicios sobre la imperfección de la vida, se manifestaba su carácter extraordinario, recto, firme y tenaz.

Durante la marcha Grómov enfermó, «le estaba fastidiando el vientre», pero se negaba a ir al hospital.

Caminaba lentamente bajo el despiadado sol de la estepa, con el fusil al hombro. El jefe de la sección, Chigarev, le dijo dos veces:

-Ve y que los de sanidad te echen un vistazo. Estás pálido como un cadáver.

-¿Y a qué tengo que ir allí? -replicó enfadado Grómov-. ¿Me van a acostar en la estufa tal vez? Sólo hay un remedio para esto: es seguir adelante.

-Bueno, por lo menos dame el fusil, yo lo llevaré -le dijo el segundo número, Valkin-. Apuesto a que te habrá desollado el pescuezo.

-¡Anda, déjame en paz, no te preocupes de mi pescuezo! -le contestó irritado Grómov-. ¡Tú sigue adelante y no te metas en camisa de once varas!

Y seguía andando y andando, entre la ardorosa polvareda blanquecina. De tarde en tarde se pasaba la lengua por los labios resecos y ásperos, exhalaba un suspiro y con ansia aspiraba ruidosamente el aire. Se sentía muy enfermo. Por la noche, a pesar del cansancio, dormía mal, con un sueño pesado e intranquilo, tenía fiebre. «Así es la guerra -pensaba-, por el día te ahogas de calor y por la noche te hielas, tiritas de frío.»

Era la primera vez en su vida que pisaba las tierras del Volga. Con sus penetrantes ojos que todo lo observaban contemplaba las inmensas extensiones esteparias; miraba los grandes y despeluzados milanos que se sostenían con sus garras en los escurridizos y blancos aisladores de los postes del telégrafo; entornaba los ojos para columbrar a lo lejos el río cubierto de rizadas ondas, agitadas por un fuerte viento. Conversaba en las aldeas con las robustas viejas del Volga, con los pescadores de barba canosa, y suspiraba al escuchar aquellos relatos sobre las riquezas del inmenso río, sobre las ricas cosechas de trigo, sobre los melonares y los viñedos.

«¡Ah! El bandido ha llegado hasta la tierra madre del Volga», pensaba por las noches cuando oía el tronar de los cañones, que retumbaba sobre la inmensidad del río. Tristes y penosos pensamientos laceraban su corazón, reflexiones que no le abandonaban durante el día en la estepa ni por la noche en el vivac. Gota a gota se iba acumulando en él una rabia incontenible, y en lo más profundo de su alma condenaba despiadadamente cualquier equivocación, cualquier falta de firmeza.

Estaba poseído de la hirviente cólera del hombre al que la guerra ha arrancado de sus campos, de su isba, de la mujer que le ha dado los hijos. Era el furor del incrédulo santo Tomás, que con sus propios ojos veía la gran desgracia del pueblo que había provocado la invasión alemana. Veía las aldeas incendiadas, a su encuentro rodaban por los polvorientos caminos las caravanas de refugiados; veía a los viejos y a las viejas, a las mujeres con los niños de pecho en los brazos, que pasaban la noche a la intemperie en las barrancadas de la estepa; veía la sangre inocente vertida; oía contar relatos horripilantes como pesadillas, pero sin un atisbo de mentira.

Ni el dolor, ni lo penoso de la marcha por los polvorientos y ardorosos caminos eran suficientes para quebrantar su voluntad, su deseo de perforar la coraza de los tanques alemanes... Este deseo había crecido y madurado lenta y tenazmente en el corazón de Grómov, del hombre que nunca olvidaba los agravios. Su rudo corazón se fue caldeando poco a poco en el fuego de la guerra, y ya estaba al rojo vivo cual hulla recalentada en el horno. Era imposible apagar aquel fuego. Miraba despreciativamente a los infantes, a los servidores de las ametralladoras ligeras. Tenía fe en la fuerza de su formidable fusil-cañón, le perdonaba su peso y por las noches, después de un día de esfuerzos

sobrehumanos, le procuraba solícitos y cariñosos cuidados. Paciente y atento, limpiaba con un trapo el cañón, blanco de polvo; con parsimonia y ternura engrasaba el cerrojo; comprobaba la fuerza del muelle de expulsión; contemplaba el acero pavonado, brillante bajo una capa de grasa. Antes de acostarse, resoplando pesadamente, ponía a dormir su fusil de modo que la humedad no lo deteriorase, que no cayera sobre él el polvo del camino, que no entrara tierra en el cañón, que no tropezara con él la gente al andar en la oscuridad. Respetaba su gran fusil, confiaba en él lo mismo que en tiempos de paz confiaba en la reja de acero del arado. En aquellos tiempos había sido un buen labrador, y ahora, en la guerra, Grómov empuñaba en sus manos un fusil que perforaba la coraza de los tanques. Aquel enorme fusil acordaba con su naturaleza, con su alma ruda, con sus ojos verdes de dura mirada, con todo el espíritu del hombre que no perdona los agravios y que recuerda el bien y el mal hasta la muerte. Antes de la guerra la vida no había sido para él un lecho de rosas. Grómov había conocido lo que era el trabajo arduo y la necesidad. Pero no podía ni pensar en un tal agravio. Y marchaba al encuentro del enemigo cojeando de la pierna sobre la que recaía el peso del fusil, lamiéndose sus labios resecos, respirando el aire sofocante, blanco de polvo, insociable, siempre incomodando a la gente, que se apartaban a su paso. Así iban antiguamente a la guerra los soldados con los pesados mosquetes, y todos les miraban con respeto, con esperanza y hasta con miedo. Y en sus palabras, en su irónica y orgullosa independendencia se revelaba el alma del hombre que va a la guerra sin escatimar nada; podía, con una sonrisa, dar su último cigarrillo o arrojar despreocupadamente al compañero que le pedía fuego su última caja de cerillas. No se apiadaba de su cuerpo enfermo por la fatiga, no tenía en cuenta los tumultuosos latidos de su

corazón agitado, no pensaba en la muerte, a cuyo encuentro caminaba.

-Grómov, hablo en serio, deberías ir al puesto de sanidad -le dijo el sargento Ignatiev.

-No quiero ir -contestó Grómov.

Se encontraba muy mal; soportaba sobre sus espaldas todo el rigor de la guerra, por la noche tenía escalofríos y durante el día, en la estepa, una neblina blanca le cubría a veces los ojos, y no sabía si lo que nublaba su vista era el polvo que llevaba el viento o su enfermedad.

Y aquel soldado enfermo, obstinado e iracundo seguía marchando siempre hacia delante, sin esperar ningún encomio por la mayor de las hazañas: resistir con paciencia.

Por la noche ocuparon posiciones en primera línea del frente. Para ello tuvieron que avanzar arrastrándose, y de cuando en cuando se detenían y se agazapaban en el terreno. Sobre las avanzadillas volaba con estrépito un avión fascista de los que llamaban «cafeteras». La «cafetera» colgó unos cuantos «faroles», es decir, bengalas y sobrevoló sus posiciones, observando al blanco resplandor dónde arrojar su mortífera carga de pequeño calibre. Esta «cafetera» no ocasionaba grandes daños, pero sí un ruido molesto y mucha inquietud. No dejaba dormir, como las pulgas.

Grómov no pudo conciliar el sueño casi hasta el amanecer. Estaba echado en la zanja, construida de tal manera para que en ella se pudieran esconder el fusil antitanque y quienes lo manejaban en caso de que los tanquistas alemanes consiguieran «planchar» con sus orugas las posiciones avanzadas. Valkin dormitaba apoyado en la pared de la zanja. Sentía frío y con frecuencia tiraba de los faldones del capote para cubrirse las piernas. Grómov estaba sentado junto a él, castañeteando los dientes. La

«cafetera» colgó una bengala justo encima de sus cabezas y la zanja se iluminó. La desagradable claridad despertó a Valkin, quien, tras mirar a Grómov, bostezó, y en voz baja le dijo:

-Oye, toma mi capote, de verdad, yo me las apañaré sin él, ya he descansado.

-¡Sigue durmiendo! -le espetó Grómov.

Nunca se mostraba amable con el segundo número, pero en lo más profundo de su corazón apreciaba las cariñosas atenciones de su camarada. Y Valkin, al mirar a veces al sombrío Grómov, pensaba: «Éste es de los que nunca te dejarán en la estacada, aunque te quedes sin las dos piernas. No te abandonará, si es necesario te arrancará con los dientes de las garras de los alemanes».

-¿Dónde está el Volga? -preguntó Grómov.

-Me parece que a la izquierda -dijo Valkin.

-Entonces, a la derecha, en esas colinas, están los alemanes -dijo Grómov y preguntó-: ¿Has abierto el cierre de la bolsa? Así es más fácil sacar los cartuchos.

-El depósito está preparado -dijo Valkin-. Hay de todo: cartuchos y granadas, galletas y arenques, todo lo que quieras.

Y se echó a reír, pero Grómov ni siquiera sonrió.

El combate empezó al amanecer. Pronto se vio quiénes llevaban la voz cantante: nuestros artilleros y los morteros alemanes. Dominaban a todos los otros sonidos del combate: al tableteo de las ametralladoras, los estampidos de los automáticos y los breves aullidos de las granadas de mano. Los fusileros antitanque se habían posicionado delante de nuestra infantería, en «tierra de nadie». Sobre sus cabezas se oía el triste zumbido de los proyectiles soviéticos; a su espalda estallaban las granadas alemanas, que segaban el aire con un silbido de culebra. Secamente, tamborileaban los

pedazos de metralla y los pegotes de arcilla. Ante los ojos y a la espalda de los fusileros antitanque se alzaban cortinas de humo blanco y negro, y nubes de un polvo amarillo grisáceo, lo que en el argot militar se acostumbra a llamar un «infierno». Y en ese infierno Grómov estaba echado en el fondo de la zanja con las piernas extendidas y dormitaba, embargado por un insólito sentimiento de paz interior. Había alcanzado la meta. Había llegado hasta allí con su fusil, marchando con el brío con el que uno iría a la casa de la paz y del amor, como marcha el caminante enfermo hacia su hogar, temeroso de las paradas, embargado por el imperioso deseo de ver a sus seres queridos. A pesar de que varias veces durante el trayecto había creído desfallecer, que no podría seguir, sin embargo, llegó. Allí estaba, echado en el fondo de la zanja, el infierno aullando con mil voces distintas y Grómov, estiradas sus molidas piernas, dormitaba: breve y austero es el descanso del soldado.

Valkin estaba sentado en cuclillas no lejos de él y, maldiciendo por lo bajo, observaba el desarrollo de la batalla. A veces las granadas silbaban tan cerca que Valkin escondía la cabeza y miraba de reojo a Grómov; temía que el primer número advirtiera su miedo. Pero Grómov, con los ojos entornados, miraba al cielo; su rostro estaba pensativo y tranquilo. Varias veces los alemanes se lanzaron al ataque y retrocedieron ante la imposibilidad de abrirse paso a través del fuego de la infantería soviética, y la inquietud de Valkin iba in crescendo, presentía en su interior que de un momento a otro los tanques harían acto de presencia. Miró a Grómov y se intranquilizó al pensar que el primer número, enfermo, tal vez no resistiría el combate con las máquinas alemanas.

-¿Por qué no comes algo? -preguntó, y luego agregó, en un intento por entablar conversación-: Le dije al cabo de

cocina que te diera un vaso de vodka, como remedio para el vientre, pero el condenado no ha querido.

Pero esta loable tentativa de conversar tampoco conmovió a Grómov. Estaba echado de espaldas, en silencio. Valkin saltó de pronto al borde de la zanja.

-¡Grómov, ya vienen! -gritó con voz aguda-. ¡Vienen, Grómov, levántate!

Y Grómov se levantó.

Una columna de tanques enormes, rápidos y cautelosos, pesados y ágiles al mismo tiempo, avanzaba entre la polvareda y el humo de las explosiones de los proyectiles. Los alemanes habían decidido abrir camino a la infantería.

Grómov respiraba agitada y ruidosamente. Con mirada ávida y penetrante observaba a los blindados avanzar en orden desplegado desde detrás de una colina no muy elevada.

Con posterioridad le pregunté qué había sentido en el primer momento de su encuentro con los tanques, si no había tenido miedo ante ellos.

-No, qué va, no me asusté. Al contrario, temía que se desviarán de nuestra posición... pero lo que es miedo, ni por asomo... Hacia nosotros se dirigían cuatro tanques. Los dejé acercarse y enfilé a uno en el visor de mi fusil. El tanque avanzaba prudentemente, como si olfateara un rastro. «Sí, sí», pensé, «olfatea, olfatea.» Estaba ya muy cerca, lo veía entero. Entonces le largué el primero. El disparo del fusil antitanque es tremendo, produce un gran estruendo, pero apenas tiene retroceso. Sólo sentí un ligero empujón, menor que el del fusil ordinario. Pero el estampido es terrible, da lo mismo que abras la boca, de todas maneras te quedas sordo. ¡Hasta la tierra tiembla! ¡Qué fuerza! -Y acarició, suavemente, el cañón de su fusil-. En una palabra, erré el tiro. Siguen avanzando. De nuevo apunto a uno. ¡Era un

momento único! Al mismo tiempo sentía contento y rabia, nunca en mi vida había vivido nada semejante. «No, no puede ser», pensaba, «que no acabes con el alemán.» Y dentro de mí sentía como si alguien se estuviera burlando de mí: «¿Y si no acabas con él?». Bien, le largué la segunda píldora. Y enseguida me di cuenta que le había acertado, me quedé sin respiración al ver que una llamita azul se había desprendido de la coraza, rápida como una chispa. Y al instante comprendí que mi balita perforadora había penetrado y que la llama azul era la prueba de ello. Y comenzó a salir humo. Los alemanes empezaron a gritar dentro. Chillaban como nunca he oído chillar a nadie y, de pronto, se oyó un estallido: todo crujía, los cartuchos empezaban a explotar, y al final, una llamarada salió disparada hasta el cielo. ¡Se acabó! Disparé contra el segundo tanque. Y a éste le atiné a la primera. La llamita azul en la coraza. El mismo humo de antes. Después los gritos. Y de nuevo el fuego y el humo. Una alegría desbordante inundó mi alma, mi enfermedad desapareció como por ensalmo. Y me sentía orgulloso como nunca. Jamás mi corazón había latido con tanto alborozo. Ahora puedo mirar a los ojos a todo el mundo, proclamar: ¡les vencí!, y desterrar de mí esa idea que me torturaba día y noche: «¿Serán más fuertes que yo?».

Conversaba con Grómov en una barrancada de la estepa. El sol se había puesto. El crepúsculo se extendía por toda la barrancada y los largos fusiles antitanque quedaban sumidos en la penumbra.

Grómov estaba emocionado por el relato de su primer encuentro con los tanques. Parecía que sus grandes ojos, brillantes en la semioscuridad, ardían con una llama verde y colérica.

Y yo miraba en silencio a aquel soldado enfermo que había vencido a los alemanes, a aquel hombre para el que no

era fácil, ni mucho menos, combatir, a aquel labrador transmutado en antitanquista no por azar, no por decisión del mando, sino por su propia voluntad, por vocación.

20 de septiembre de 1942

La batalla de Stalingrado

Hace un mes, una de nuestras divisiones de la Guardia, con sus tres regimientos de fusileros, con artillería, convoyes, servicio de sanidad y servicios de retaguardia, se acercó a la barriada de pescadores en la orilla oriental del Volga, frente a Stalingrado. La marcha fue extraordinariamente rápida, en camiones. Día y noche estos vehículos levantaban nubes de polvo por la uniforme estepa de la orilla opuesta del Volga. Los buitres expectantes en los postes telegráficos se volvían grises a causa del polvo que levantaban los cientos y miles de ruedas y cadenas; los camellos miraban inquietos a su alrededor, acaso temerosos de que la estepa estuviera ardiendo. La inmensa extensión giraba en torbellinos de polvo, se movía, rugía, el aire se hizo denso y opaco, el cielo se cubrió de una membrana cárdena y el sol, cual oscura maza, quedó suspendido sobre la tierra perdida en sombras.

La división apenas hizo paradas durante el trayecto; el agua hervía en los radiadores, los motores se calentaban, y en las breves pausas apenas si los hombres tenían tiempo de beber un trago de agua y sacudirse de las guerreras el polvo que les cubría de pesada y blanca capa, cuando resonaba la voz de mando: «¡A los coches!». Y de nuevo los batallones y regimientos motorizados rugían hacia el sur. Los cascos de acero, los rostros, las ropas, los tubos de los cañones, las ametralladoras enfundadas, los poderosos morteros del regimiento, los autos, los fusiles antitanque, las cajas con

municiones, todo adquirió un color rojogrisáceo y se cubrió de una capa de polvo. En la cabeza de todos resonaba el estrépito de los motores, la competencia de los aullidos roncós de bocinas y sirenas: los chóferes tocaban continuamente el claxon, ante el temor de que se produjera alguna colisión en la carretera envuelta en una nube de polvo. El vértigo del movimiento se apoderó de combatientes, chóferes y artilleros. Sólo el general Rodímtsev juzgaba que su división se movía con exasperante lentitud, acaso consciente de que en aquellos días los alemanes, después de romper nuestra línea de defensa en Stalingrado, habían avanzado hacia el Volga, ocupado una cota dominante sobre la ciudad y el río, y progresaban por la calle central de la ciudad. Y el general apresuraba la marcha acelerando el furioso ritmo del movimiento, acortando si cabe las ya breves paradas. La tensión de su voluntad se transmitió a millares de personas, convencidas de que toda su vida consistía en una marcha vertiginosa e ininterrumpida, ya fuera de día o de noche.

La carretera dobló al suroeste y, enseguida, comenzaron a verse arces y sauces de rojas y esbeltas ramas y de estrechas hojas de plata gris; alrededor se extendían grandes huertos de bajos y frondosos manzanos. Y conforme la división se iba acercando al Volga, vio una oscura y alta nube que no se podía confundir con el polvo. Era siniestra, veloz, ligera y negra como la muerte: era el humo del incendio de los depósitos de gasolina, que se elevaba sobre la zona septentrional de la ciudad. Grandes flechas clavadas en los troncos de los árboles indicaban la dirección del Volga con la siguiente inscripción: «Travesía» y esta inscripción provocaba la alarma en el espíritu de los soldados en tanto que creían que la negra franja provenía del humo de muerte que se elevaba sobre la ciudad incendiada. La división llegó

al Volga en un momento crítico para Stalingrado. No se podía esperar la noche para cruzar el río; los hombres descargaban apresuradamente de los camiones las cajas con armas y cartuchos, levantaban las tapas y, al mismo tiempo que el pan, sacaban granadas, botellas de líquido inflamable, azúcar, embutidos.

No es fácil trasladar rápidamente toda una división de una orilla a otra del Volga, ni en unas maniobras. Pero efectuar el traslado de una división cuando sobre el Volga luce un sol resplandeciente, cuando el aire es diáfano, cuando en el cielo zumban avispas amarillas -los Messerschmitt- y cuando los aparatos alemanes de bombardeo en picado acribillan la orilla y los morteros y automáticos disparan desde la altura sobre el río, que se extiende amplio y despejado, no sólo no es tarea fácil, sino que se antoja poco menos que imposible.

Pero el espíritu del movimiento vertiginoso que había presidido la división durante la marcha así como la impaciencia de tomar contacto con el enemigo, permitieron cumplir esta tarea. La travesía se efectuó con tanta rapidez y de un modo tan audaz que hubo pocas bajas. Los hombres embarcaban en las balsas, en las lanchas. «¿Preparados?», preguntaban los remeros. «A toda marcha, adelante», gritaban los capitanes de las lanchas motoras, y la móvil franja gris del agua oscilante comprendida entre el bote y la costa comenzaba de pronto a crecer, a extenderse. El agua batía suavemente la proa del barquichuelo y centenares de ojos se fijaban en el agua, en la baja orilla cubierta de follaje ya amarillento, o allá donde entre la blancuzca neblina se alzaba la ciudad incendiada, que desafiaba valerosamente su cruel y heroico destino.

Allí, montados en gabarras meciéndose sobre las olas, los hombres de la división de fusileros estaban asustados de

tener que enfrentarse a un enemigo que parecía estar en todas partes, en el cielo y en la orilla, sin sentir la tranquilizadora seguridad de la tierra firme bajo los pies. El aire era insoportablemente puro y transparente; insufriblemente límpido era el cielo azul; el sol se mostraba implacable en su brillo; y pérfidamente traidora la turbulenta corriente del agua. Y nadie se alegraba de que el aire fuera puro, de que se respirara el frescor del río, ni de que el suave y húmedo aliento del Volga acariciara los ojos irritados por el polvo. Los hombres callaban en las balsas, barcazas, lanchas motoras y botes. ¡Oh, por qué no estaría el río cubierto por una sofocante y densa polvareda! ¡Por qué era tan diáfano y tenue el humo azul del camuflaje! Las cabezas se volvían inquietas hacia el cielo.

–¡Pican los malditos! –gritó alguien.

A cincuenta metros de la balsa, de pronto, emergió del agua una alta y fina columna blancoazulada, de caprichoso capitel. La columna se desmoronó, bañando a los hombres e inundando la cubierta. E inmediatamente, más cerca, se derrumbaron otras columnas idénticas. En aquel crítico instante, los morteros alemanes abrieron fuego graneado contra la división, que se encontraba en plena travesía. Los proyectiles explotaban sobre la superficie del Volga, que se cubrió de espumeantes y desgarradas heridas; los cascos de metralla golpearon la borda de las barcazas; en voz baja gemían los heridos, tan quedamente como si trataran de ocultar sus lesiones a los amigos, a los enemigos, a sí mismos. Y para completar el concierto las balas de los fusiles dejaron oír su silbido.

Hubo un momento terrible, cuando una granada de grueso calibre golpeó la borda de una pequeña balsa. Brillaron las llamas, un humo oscuro envolvió la frágil nave, se oyó el ruido de la explosión prolongada y un grito humano

prolongado, interminable, como nacido de esta explosión. E inmediatamente, miles de hombres vieron cómo entre las astillas que se balanceaban sobre el agua verdeaban los pesados cascos de acero de los naufragos, que nadaban. Veinte soldados de la Guardia, de los cuarenta que iban en la barcaza, perecieron.

Y verdaderamente fue terrible cuando toda una división de la Guardia, fuerte como Iliá Múromets¹, no pudo prestar ayuda a los veinte heridos que se tragaba el agua.

Por la noche la travesía continuó, y quizá jamás, desde que existen la luz y las tinieblas, los hombres se alegraron tanto de las tinieblas de la noche otoñal.

El general Rodímtsev la vivió en una actividad febril. A este hombre le ha tocado atravesar muchas pruebas durante el tiempo que llevamos en guerra. Su división luchó en Kiev, arrojó de Stalinki a los regimientos de SS que habían penetrado en este enclave, y más de una vez esta división rompió el anillo del cerco, pasando de posiciones defensivas a lanzar ataques furibundos. Temperamento, una gran voluntad, espíritu sereno, capacidad de reacción, saber atacar cuando otros creen que ni siquiera se puede soñar en la ofensiva, experiencia, táctica militar y cautela, todo ello unido a un gran valor personal y táctico: he aquí los rasgos del carácter militar del joven general Rodímtsev. Y el carácter del general es el carácter de su división.

Con frecuencia he tropezado en el ejército con grandes patriotas de su regimiento, de su batería, de su brigada de tanques. Pero quizás en ninguna parte haya visto tanto cariño a su unidad, tanto patriotismo como aquí. Consigue emocionar y a veces tiene incluso un carácter algo cómico. En la división, naturalmente, se enorgullecen en primer lugar de sus hazañas combativas, de su general, de su material de guerra. Pero si uno oye a los jefes, resulta que en ninguna

otra unidad hay un cocinero que sepa con tanta maestría hacer empanadillas, ni peluquero como Rubínchik, que no sólo afeita de un modo maravilloso, sino que también toca el violín como un virtuoso. «¡Oh, nuestra división!», se oye constantemente en todas las conversaciones. Cuando quieren avergonzar a alguien, suelen decir: «Pero por Dios, ¿qué haces? ¡Estás en nuestra división!...». Y también es frecuente oír: «Se lo diré al general... el general estará contento... el general se disgustará». Los veteranos, «los fundadores», como se autodenominan, al hablar de las grandes hazañas de la unidad agregan inevitablemente: «Nuestra división siempre lucha en los sectores de mayor responsabilidad». Los heridos, en los hospitales, se sienten preocupados por si les destinan a otra unidad, escriben cartas a los camaradas, y una vez restablecidos a menudo realizan largos y arduos recorridos para reincorporarse a su división.

Quizá la noche en que las últimas unidades embarcaron en dirección a Stalingrado, el general pensaba que el vínculo de amistad entre sus hombres sería de ayuda para combatir en aquella situación tan singular y compleja.

En efecto, sería difícil concebir un cuadro más complicado y menos favorable de comienzo de batalla. La división, al entrar en Stalingrado, se fraccionó en tres partes: en primer lugar, la retaguardia y la artillería pesada quedaban en la orilla oriental, separadas de los regimientos por el Volga; en segundo lugar, los regimientos que ya habían entrado en la ciudad tampoco podían mantener una línea continua de frente, porque los alemanes se habían posicionado entre dos de los regimientos: entre el que se había dirigido a la zona fabril y el que había desembarcado más abajo, siguiendo la corriente en la parte central de la ciudad.

Estoy convencido de que precisamente este sentimiento de «patriotismo divisionario», el cariño, la costumbre que liga a los jefes, cierta unidad de estilo militar, la correspondencia del carácter de la división con el de su jefe, ayudaron en gran medida a las unidades aisladas, separadas de la retaguardia por el Volga, a no proceder por su cuenta, sino formando un todo armónico, a establecer contacto y actuar en cooperación y, por último, después de resolver brillantemente en común la tarea de combate, crear una línea continua de frente de los tres regimientos, organizando de un modo ejemplar el abastecimiento de munición y víveres. Este espíritu de comunidad fue como un pilar de la pericia en el combate, de la valentía y tenacidad de los jefes y combatientes de la división.

La situación en la ciudad era grave: los alemanes consideraban que la ocupación de Stalingrado era cuestión de un día, quizá de horas. La fuerza principal de la defensa, como suele ocurrir en los episodios más críticos, era nuestra artillería. Pero los alemanes luchaban contra ella enérgicamente y con bastante éxito con armas automáticas: las condiciones de la ciudad permitían el desarrollo de esta guerrilla urbana, aproximarse a los cañones sin ser vistos y, con una ráfaga súbita, liquidar a los servidores de las piezas. Los alemanes estaban dispuestos de un momento a otro a irrumpir en la orilla y echarnos al Volga. Pero no fue en vano que los camiones marcharon noche y día entre torbellinos de polvo, no en vano la estepa se cubrió como si fuese de un espeso humo amarillento.

Por la mañana el general Rodímtsev se trasladó a Stalingrado en una lancha motora.

La división se había concentrado, dispuesta para el combate.

¿Cuál sería el cometido de aquella división que acababa de engrosar las filas de las tropas que defendían Stalingrado? ¿Una división cuya retaguardia se hallaba detrás del Volga, cuyo puesto de mando se encontraba a cinco metros del agua, y uno de cuyos regimientos había sido «aislado» por los alemanes de los restantes? ¿Ocupar la línea de defensa, atrincherarse urgentemente, fortificarse en las casas? No, eso no. La situación era hasta tal punto grave, que Rodímtsev recurrió a otro medio fulminante que él mismo ya había experimentado en las cercanías de Kiev: ¡pasó a la ofensiva! Ofensiva llevada con todos los regimientos, con todos sus poderosos medios de fuego, con todo el vigor de su pericia, con toda impetuosidad. Pasó a la ofensiva armado con la fuerza de la indignación y del amargo furor de los miles de hombres que a la roja luz del amanecer vieron cruelmente mutilada por los alemanes la ciudad, casas blancas, magníficas fábricas, amplias calles y plazas.

El sol del amanecer, como enorme ojo inyectado en sangre por un acceso de dolor e ira, miraba al Jolsunov de bronce, al águila con un ala extendida sobre el edificio derruido de la clínica infantil, a las blancas figuras de los atletas desnudos que se destacaban sobre el fondo de negro aterciopelado del edificio del Palacio del Deporte, cubierto del humo del incendio, a cientos de cegadas casas silenciosas. Y con los mismos ojos inyectados en sangre por el dolor y la ira, aquellos miles de hombres que habían atravesado el Volga contemplaban la ciudad mutilada por los alemanes. El enemigo no esperaba la ofensiva. Estaban hasta tal punto convencidos de que si obligaban a retroceder metódicamente a nuestras tropas hacia la orilla acabarían por arrojarlas al Volga, que no habían fortificado sólidamente la zona ocupada. El regimiento de la Guardia comandado por Elin y otros dos atacaron las zonas de la ciudad en poder

alemán. No se habían planteado como objetivo fundamental actuar conjuntamente, sino batir al enemigo, arrebatándole aquello que establecía condiciones ventajosas para las posiciones alemanas: la posibilidad de observar la orilla y el Volga y vigilar la travesía central. El regimiento de Elin se lanzó al ataque sin ver a sus otros camaradas-regimientos, pero aun así sentía, confiaba que no era el único que hacía frente a su crudo destino. Percibía próximo, cerca de sí, el aliento de los otros dos regimientos de la Guardia. Oía su paso firme, el estruendo de su artillería retumbando en sus oídos cual voz fraterna, el humo y el polvo del combate, que ascendía en lo alto, todo le hablaba del avance de la Guardia. Los aviones en picado, como cornejas asustadas, acosaban de la mañana a la noche a los batallones de la Guardia que atacaban.

El regimiento de Elin tomó por asalto unos inmensos edificios, que servían de puntos de apoyo de los alemanes.

Jamás hubo combates semejantes. Allí todas las nociones universalmente admitidas cambiaron, se desplazaron, como si en la ciudad del Volga hubieran penetrado bosques, barrancos de la estepa, pendientes y desfiladeros, montículos de la llanura. Allí se reunieron las peculiaridades de todos los teatros de la guerra, desde el mar Blanco hasta las montañas del Cáucaso. En el transcurso de un día, una sección pasaba de los árboles y de los arbustos que recordaban los pequeños bosques de Bielorrusia a desfiladeros montañosos donde, entre la penumbra de los muros cortados a pico del estrecho callejón, era preciso abrirse paso por entre los enormes bloques de piedra del muro de enfrente, desmoronado; y unas horas más tarde, este mismo destacamento salía a una enorme plaza asfaltada, cien veces más llana que la estepa del Don, y al anochecer se veía obligado a arrastrarse por huertas, entre

terrenos labrados y cercas derruidas y medio quemadas, lo mismo que en una lejana aldea de la región de Kursk. Estos bruscos cambios exigían al comandante de sección, de destacamento, un sobreesfuerzo, estar constantemente en vilo y en tensión para adaptarse rápidamente a las necesidades del combate. A veces, los tenaces asaltos a las casas se prolongaban durante varias horas, los combates se desarrollaban en habitaciones y pasillos semiderruidos, enterrados bajo ladrillos, donde a los soldados se les enredaban los pies en los cables arrancados, en los retorcidos armazones de las camas de hierro y los utensilios domésticos. Estos combates no tenían la menor semejanza con ningún otro escenario de guerra desde el mar Blanco hasta el Cáucaso.

En un edificio, los alemanes se hicieron tan fuertes que fue preciso hacerles saltar por los aires juntamente con los pesados muros. Bajo un terrible fuego del enemigo, que percibía próxima su muerte, seis zapadores transportaron a hombros ciento sesenta kilos de explosivos. El teniente de zapadores Chermakov, los sargentos Dubovi y Bugáiev, y los zapadores Klimenko, Shújov y Maserashvili se arrastraron bajo fuego alemán a lo largo de muros derruidos, llevando cada uno su carga mortal de más de veinticinco kilos, con el rostro sudoroso y sucio y las guerreras destrozadas. El sargento Dubovi gritó:

—¡No se os ocurra desertar, zapadores!

Shújov, torciendo la boca y escupiendo polvo, le contestó:

—¡A buena hora!

Al imaginarse este magnífico cuadro, a uno le invade un sentimiento de noble orgullo. ¡Qué hombres más bravos!

Y mientras el regimiento de Elin ocupaba triunfalmente edificio tras edificio, otros dos regimientos asaltaban el túmulo, un lugar estrechamente ligado a la historia de

Stalingrado, conocido desde los tiempos de la guerra civil. Aquí jugaban los niños, paseaban los enamorados, en invierno se esquiaba y se montaba en trineo. Este lugar está rodeado de un grueso círculo, tanto en los mapas rusos como alemanes. Cuando éstos lo ocuparon, seguramente el general Todt comunicó la buena nueva en un alegre radiograma a su Cuartel General, ya que los alemanes lo señalaban como «cota dominante, desde la cual se divisa el Volga, sus dos orillas y toda la ciudad». Y en la guerra lo que se divisa se bate. Son dos palabras terribles: «cota dominante». Pero los regimientos de la Guardia se lanzaron a su asalto.

Un número incontable de hombres magníficos perecieron en estos combates. A muchos no los volverán a ver las madres y los padres, las novias y las mujeres. A muchos los recordarán los camaradas y los familiares. Toda Rusia verterá lágrimas abundantes y amargas por los caídos en los combates por el túmulo. Esta batalla les costó cara a los soldados de la Guardia. Será llamado el túmulo rojo. Será llamado el túmulo de hierro: todo él está cubierto de la escama espinosa de los cascos de las granadas y los proyectiles, de los estabilizadores de las bombas de aviación alemanas, de vainas ennegrecidas por el humo de la pólvora, de desgarrados y picudos cascotes de granadas, de los pesados cuerpos de acero de los destrozados tanques alemanes. Pero llegó el momento glorioso en que el combatiente Kentia arrancó la bandera alemana, la arrojó al suelo y la pisoteó.

Los regimientos de la división se unieron. Aquella ofensiva increíblemente difícil, que se había iniciado en la orilla del Volga, casi, casi en el agua, se vio coronada por el éxito. En cierto modo terminaba así el primer período de combates de la división en Stalingrado, un período que aportó grandes

momentos de triunfo. El frente que habían ocupado era continuo, sólido y muy ventajoso para sus posiciones. En estos combates, los hombres adquirieron una rica e intangible experiencia, que ninguna academia del mundo hubiera podido darles, ya que desde que el mundo es mundo no se ha conocido una batalla semejante a la librada: tropas con tanques, regimientos de artillería y de morteros, con el apoyo de poderosas unidades de aviación, combatían en las calles y plazas de una enorme ciudad. Centenares, miles de hombres, soldados y oficiales, conocieron lo que es luchar por una casa de muchos pisos; los soldados de transmisiones aprendieron a tender los cables no a rastras por el suelo, sino en líneas separadas, a lo largo de los muros de los edificios, con un circuito de reserva; en estos combates se comprendió la relevancia del enlace por radio; los zapadores conocieron a fondo cómo es preciso minar y limpiar de minas las calles y callejas. Sin duda, el combatiente Jachetúrov, que bajo el fuego consiguió inutilizar ciento cuarenta y dos minas alemanas, podría ejercer una cátedra de ingeniería. Los combatientes y los comandantes pudieron medir en toda su amplitud el valor de los morteros, de los cañones antitanque, de las granadas de mano y de los fusiles antitanque en los combates callejeros. Aprendieron a enmascarar en las casas y sótanos las poderosas máquinas de guerra de la división. Según palabras de un comandante de regimiento, el mayor Dolgov, «los de la Guardia les tomaron afición a las botellas de líquido inflamable».

Comenzó la segunda fase de la dura batalla: la guerra defensiva con decenas de golpes sorpresa, vigorosos ataques de los tanques alemanes, crueles incursiones de los aparatos en picado, contraataques de nuestras unidades, guerra de francotiradores..., una guerra en la cual participaba toda clase de armas, desde el fusil hasta el cañón de largo alcance

y el bombardero en picado. Una fase nueva con su sorprendente y extraña existencia, distinta de todo. No se trataba de horas solamente, sino de días y semanas de vida en este infierno de humo, donde los cañones y morteros no callaban ni un solo minuto, donde el zumbido de los motores de los tanques y aviones, las bengalas de toda gama de colores, las explosiones de las minas, se hicieron tan corrientes para la ciudad como antes lo era el tintineo del tranvía, las sirenas de los coches, los faroles de las calles, los múltiples ruidos de la fábrica de tractores, las apremiantes voces de los barcos del Volga. Y aquí los combatientes viven su vida: beben té, preparan la comida, tocan la guitarra, discuten, se interesan por la existencia de sus vecinos, conversan. Aquí viven hombres cuyo carácter, costumbres y forma de ser y de pensar son carne y sangre del pueblo que envió a sus hijos a acometer esta difícil gesta.

A las nueve de la noche nos dirigimos al puesto de mando de la división. Las oscuras aguas del Volga eran iluminadas por bengalas de diferentes colores que, alzadas en tallos invisibles, se inclinaban sobre el destrozado muelle; y el agua ora parecía verde-sedeña, ora cárdeno-azul, o de pronto se enrojecía, como si toda la sangre de la Gran Guerra desembocara en el Volga. Se oía el seco disparo de los automáticos y las descargas de los cañones iluminaban con un blanco fulgor las negras chimeneas; en algunos momentos parecía que la producción no se hubiera interrumpido, que una brigada nocturna de remachadores golpeaba con sus martillos, que la llama azulada de la soldadura autógena iluminaba las naves y las chimeneas de la fábrica. Soplaban el fino y penetrante aire nocturno, hendido por las balas, y los proyectiles alemanes aullaban y mugían repugnantemente. Toda la inmensa llanura del Volga era profanada por el estruendo de las explosiones. A la luz

de los cohetes se veían los edificios destruidos, la tierra surcada de trincheras, los blindajes apoyados apenas en los escarpes y quebradas, las profundas zanjias protegidas de la inclemencia del tiempo con trozos de hojalata y tablas.

-Oye, ¿han traído la comida? -pregunta un combatiente sentado a la entrada del blindaje.

Una voz le responde desde la oscuridad:

-Hace tiempo que fueron a buscarla, pero aún no han vuelto. A lo mejor están tumbados por ahí, o tal vez no lleguen nunca. Hay un fuego terrible cerca de las cocinas.

-Esos hijos de perra alemanes no respetan que ya es hora de comer -gruñe el otro bostezando.

El puesto de mando de la división está enclavado en un profundo sótano que recuerda una galería horizontal de una mina de carbón; la galería está revestida de piedra, reforzada con troncos y, al igual que en una verdadera mina, el agua susurra en su fondo. Aquí, donde no existe noción de nada, donde un avance de metros equivale a un avance de muchos kilómetros en campo abierto, aquí, donde a veces la distancia que nos separa del enemigo atrincherado en una casa se mide por dos decenas de pasos, ha cambiado también, naturalmente, el emplazamiento de los puestos de mando de la división. El Estado Mayor se halla a doscientos cincuenta metros del enemigo, y en gradación correspondiente se encuentran los puestos de mando de los regimientos y batallones. Un oficial del Estado Mayor dice bromeando: «En caso de ruptura, basta con pegar un grito a viva voz para mantener contacto con los regimientos. Y desde allí, también a viva voz, pueden transmitir la orden al batallón». Pero el ambiente en el puesto de mando es el habitual, nunca cambia, se halle donde se halle: en el bosque, en un palacio o en una isba. Aquí, en el subterráneo, donde todo salta por las explosiones de las minas y de los

proyectiles, los oficiales de Estado Mayor están inclinados sobre los mapas; y aquí el telefonista, que es ya una figura tradicional en todas las crónicas de los frentes de guerra, grita: «Luna, habla Luna»; y aquí también, escondiendo modestamente en la manga un cigarrillo y procurando no echarle el humo a los jefes, sentados en un rincón de la pieza, se encuentran los enlaces. Y en este subterráneo alumbrado por quinqués, se siente inmediatamente que los hilos de los cables de las casas destruidas, de las fábricas, de los molinos ocupados por la división de la Guardia, tienden todos a un hombre, que todas las cuestiones planteadas por los comandantes van dirigidas y son expuestas a un solo hombre un tanto irónico, de hablar pausado y atento, que es quien determina el régimen de vida de los combatientes de la Guardia. La voz de los hombres es tranquila, a veces incluso pausada, los movimientos son reposados, con frecuencia uno ve la sonrisa en los rostros y muchas veces se oyen carcajadas. Los hombres, con la voluntad entrenada en el combate, se comportan como si la vida les sonriera; como si estuvieran bromeando, sin ningún esfuerzo, realizan la tarea más dificultosa, la más pesada que puede haber en la tierra. Sin embargo, en el subterráneo es penoso respirar: cuando llega allí una persona que viene del exterior, inmediatamente gruesas gotas de sudor perlan sus sienes y su frente, su respiración se torna rápida, entrecortada. En el subterráneo, como en los cimientos de una presa que sujeta el terrible empuje de las fuerzas enemigas que tratan de irrumpir en el Volga, el suelo, las paredes, el techo, todo tiembla de la tensión, de la pesada onda explosiva de las bombas y del estampido de los proyectiles; tintinean los teléfonos, oscila la llama de las lámparas y enormes sombras confusas se mueven convulsivamente en las húmedas paredes de piedra. Pero los hombres están tranquilos, han

estado aquí ayer, han estado un mes atrás, estarán mañana. Hace algunas noches los alemanes llegaron hasta aquí y lanzaron desde el terraplén granadas de mano, volaron al subterráneo cascotes, tierra, polvo, desde la oscuridad llegaban voces de mando en un idioma extraño, insólito en esta orilla del Volga. Y en esta trágica hora, el comandante de la división, Rodímtsev, siguió siendo el mismo de siempre: tranquilo, un tanto irónico; cada pausada palabra suya era como una dura piedra que viniera a reforzar la presa rota por la fuerza enemiga. Y la fuerza enemiga retrocedió.

La división se ha acostumbrado ya al ritmo de la batalla. La respiración de los hombres, los latidos del corazón, las breves horas de sueño, las órdenes de los jefes, las descargas de los cañones, de las ametralladoras, de los fusiles antitanque: todo se ha adaptado ya a los ritmos del combate. Durante ataques imprevistos de los bombarderos en picado, durante los asaltos nocturnos de la infantería fascista o en pleno día, durante las impetuosas arremetidas de docenas de tanques que se presentan de improviso, ora al amanecer, ora a las tres de la tarde, o en la adormecedora y engañosa calma del crepúsculo vespertino, lo más difícil es – así lo creo– encontrar el sentido del ritmo. ¡El ritmo de la tempestad! ¡El ritmo del combate en Stalingrado!

Rodímtsev me cuenta cómo no hace muchas noches los zapadores alemanes participaron en un asalto nocturno.

Habla con voz reposada, en actitud pensativa, y sobre una mesa de fabricación casera baila una cucharilla, salta, como si estuviese sobrecogida de espanto y quisiera escapar de este estruendoso subterráneo con revueltas sombras que se agitan por las paredes. Oímos nítidamente el estampido de un disparo de automático.

–Es un alemán –asevera Rodímtsev.

Va relatando reposadamente, sin prisa.

-Aquí la guerra es dúctil, flexible -dice-. Ya de noche, ya de día, ya sea un ataque de una columna de tanques. A veces la aviación, la artillería, los tanques y los morteros concentran su ataque contra un solo punto. Los alemanes cambian ex profeso de táctica. Pero nosotros en un mes hemos aprendido a luchar en estas condiciones. La mayor parte de las veces actuamos formando pequeñas agrupaciones. En la toma de una casa participan habitualmente dos grupos: uno de asalto y otro de consolidación del punto ocupado. La gente del grupo de asalto va provista de granadas, de botellas con líquido inflamable, de ametralladoras ligeras. Mientras los de asalto acaban con el enemigo, el grupo de consolidación se ocupa de llevar municiones, proyectiles y víveres no menos que para seis días, pues es frecuente quedar cercados. Hoy, por ejemplo, se han presentado dos combatientes que durante catorce días lucharon en un edificio rodeado por las casas «de los alemanes». Y así, con toda tranquilidad, ambos pidieron pan, municiones, azúcar y tabaco, cargaron con todo y se marcharon, diciendo: «Allí han quedado otros dos, guardan la casa, tienen unas ganas terribles de fumar». En general, los combates en las casas tienen algo sui géneris. La particularidad de esta lucha en Stalingrado es la flexibilidad, pues bruscamente, en apenas un abrir y cerrar de ojos la táctica cambia, incluso todo el carácter del combate: ora se lucha por una casa, ora, como no hace mucho le sucedió a Panjin, dos regimientos de infantería alemana y setenta tanques caen súbitamente sobre un regimiento, y así, diez, doce ataques al día.

Le pregunté si no se sentía fatigado por estos intensos combates de veinticuatro horas ininterrumpidas, por el continuo estruendo durante jornadas enteras, por los centenares de ataques de fuerzas alemanas como los que

hubo anoche y todo el día de ayer, como los que habrá mañana.

-Estoy tranquilo -me dijo-, y así tiene que ser. Por fortuna estoy hecho a todo. En una ocasión, un tanque alemán aplastó el puesto de mando y no contentos con eso después un soldado con fusil automático, para mayor seguridad, lanzó una granada, pero yo la volví a arrojar afuera. Y aquí me tiene, lucho y lucharé hasta la última hora de la guerra.

Me lo contó sin alterarse, con voz queda. Después empezó a preguntarme sobre Moscú. Hablamos, como es natural, de los teatros.

-Aquí también hemos tenido dos conciertos: el peluquero Rubínchik tocó el violín en nuestra madriguera.

Y todos los que nos rodeaban sonrieron, recordando el concierto.

Mientras duró nuestra conversación los teléfonos sonaron unas diez veces: el general volvía apenas la cabeza y decía dos o tres palabras al oficial de guardia del Estado Mayor. Y en estas breves palabras, pronunciadas con rápida soltura, en un tono habitual, vocablos de órdenes de combate, vibraba la fuerza imponente del hombre que ha dominado el ritmo de la tormenta de la guerra, del hombre que dicta este terrible y preciso *tempo* de batalla, que se ha convertido él mismo en el ritmo, en el estilo de las divisiones de la Guardia, el estilo de todas nuestras divisiones en Stalingrado, de todos los hombres soviéticos que luchan en esta ciudad.

El ayudante del general, el coronel Boríssov, dio las últimas disposiciones antes del asalto de una de las casas en poder de los alemanes. Este edificio de cinco pisos tenía una importancia crucial, ya que desde sus ventanas los alemanes divisaban el Volga y una parte de la orilla.

El plan del asalto me sorprendió por su gran cantidad de detalles, por su compleja elaboración. En el dibujo, hecho cuidadosamente, estaban representadas tanto la casa como las construcciones vecinas. Signos convencionales indicaban que en el segundo piso, en la tercera ventana, había un fusil ametrallador, francotiradores en dos ventanas del tercer piso, y en otra una ametralladora pesada; en una palabra, toda la casa había sido objeto de un exhaustivo reconocimiento: sus pisos, ventanas, entradas interiores y principales. En el asalto tomaron parte destacamentos de morteros, lanzaminas, francotiradores y automáticos. También participó la artillería del regimiento y los poderosos cañones apostados en la otra orilla del Volga. Cada arma tenía su cometido, rigurosamente vinculado al objetivo común; la coordinación y la dirección se realizaba mediante un sistema de señales luminosas, por radio y por teléfono. La idea dominante resultaba sencilla y compleja a un tiempo: el objetivo era comprensible incluso para un niño, pero los medios para alcanzarlo eran tan complicados que sólo un experto conocedor de los problemas y cuestiones militares podría llegar a dominarlos.

Y este asalto fue una nueva muestra de las particularidades de los combates que se libraban en Stalingrado. Aquí tuvo lugar la enorme colisión de dos Estados, de dos mundos que luchaban a vida o muerte, con la matemática precisión del combate por un piso de una casa, por el cruce de dos calles; aquí se combinó el carácter de cada pueblo con la pericia en la batalla, el pensamiento, la voluntad; aquí se libró una batalla que iba a decidir los destinos del mundo, una batalla en la que se pusieron de manifiesto todos los puntos fuertes y débiles de dos pueblos: el uno se lanzó al combate en nombre de un régimen feudal

de dominación del mundo, el otro por la libertad del mundo, contra la esclavitud, la mentira y la opresión.

Era ya muy entrada la noche cuando marchamos a lo largo de Stalingrado en una lancha motora. Seis kilómetros de trayecto, unas decenas de minutos por las anchas aguas del Volga.

El río hervía, las azules llamas de las explosiones de los proyectiles alemanes se encendían sobre las aguas, ululaban los cascotes portadores de la muerte, rugían sombríamente en el cielo nuestros bombarderos pesados. Desde las baterías antiaéreas alemanas centenares de líneas rizadas y luminosas, de azul, rojo y blanco, tendían hacia ellos. Los bombarderos vomitaban contra los reflectores alemanes las blancas ráfagas de sus ametralladoras. Parecía que la región del Volga sacudía el universo entero con el poderoso tronar de sus cañones pesados, con toda la fuerza de nuestra potente artillería. En la orilla derecha la tierra temblaba por las explosiones; los inmensos resplandores de los bombardeos se encendían sobre las fábricas; la tierra, el cielo, el Volga, todo estaba en llamas. Y el corazón sentía que aquí se estaba luchando por el destino del mundo, que aquí, entre llamas, imponente y estoico, estaba luchando nuestro pueblo.

Stalingrado,
20 de octubre de 1942

Tsaritsin-Stalingrado

¡Obreros y campesinos, honrados ciudadanos trabajadores de toda Rusia! Estamos ante las semanas más difíciles. El pan escasea en las ciudades y en muchas provincias del país extenuado. La población proletaria está preocupada por su destino. Los enemigos del pueblo se aprovechan de la penosa situación, que ellos mismos han propiciado,

para sus propios fines criminales, siembran la confusión, forjan las cadenas e intentan arrebatarse el poder de manos de los obreros y campesinos. Los antiguos generales, los terratenientes, los banqueros levantan la cabeza. Tienen la esperanza de que el pueblo, en su desesperación, les permitirá adueñarse del poder en el país.

Con estas palabras empieza uno de los documentos más inspirados y enérgicos de la Revolución, firmado por Lenin y Stalin y publicado el 31 de mayo de 1918 en *Pravda*.

Un cuarto de siglo nos separa de aquel tiempo en que la joven República, nacida entre el humo y el fuego de la guerra mundial, luchaba por su vida. El ejército alemán lanzó la ofensiva un 18 de febrero de 1918. A principios de mayo, los invasores ocuparon Ucrania, Crimea y Bielorrusia. El mariscal de campo Eichhorn instalaba su residencia en Los Tilos, el más bello lugar de una de las más bellas ciudades de Europa, Kiev.

En el Don gobernaba el general Krasnov. Denikin, que comandaba el ejército voluntario, se dirigía al Kubán, hacia Ekaterinodar. En Georgia mandaban los mencheviques, y los alemanes, a instancias de aquéllos, mangoneaban en Tiflis y tendían a apoderarse de Bakú.

En el verano de 1918, las ciudades de Novo-Nikolaevsk, Cheliabinsk, Omsk, Ufá, Penza, Samara, Simbirsk y Ekaterinoburgo se encontraban en manos de los destacamentos checoslovacos sublevados. En Siberia se organizó un gobierno de guardias blancos. En Iaroslav se produjo un levantamiento contrarrevolucionario. Un estado de agitación imperaba en las aldeas. El hambre y las epidemias se habían aliado con las tropas contrarrevolucionarias para atacar las regiones centrales del País Soviético. Parecía que la tierra en llamas se estremecía y resquebrajaba. El pueblo, extenuado por una guerra de tres años, en la que había derramado ríos de

sangre, y atormentado por las devastaciones y la miseria, de nuevo se alzaba en lucha por su honor, su libertad y su tierra.

Las enormes y pesadas tenazas de la contrarrevolución parecían a punto de cercar completamente Moscú y Petrogrado. Los enemigos avanzaban desde los cuatro puntos cardinales. Si estas tenazas se hubiesen cerrado, el País Soviético, privado de sus fuentes de aprovisionamiento, se hubiera visto obligado a defenderse en un frente circular, rodeado de fuerzas contrarrevolucionarias. Y la última fortaleza del poder soviético que se interponía en el camino de los invasores alemanes y de las tropas del general Krasnov, armadas con material alemán, era la ciudad del Volga: Tsaritsin.

En Tsaritsin debía cerrarse el pesado anillo del cerco enemigo. Así lo comprendieron muy bien los grandes estrategas de la Revolución. Tsaritsin, además, estaba ubicado en la ruta del imperialismo alemán, que aspiraba a salir al mar Caspio y Bakú, y se hallaba en el camino a Mesopotamia, Arabia e Irán.

Era un caluroso mes de agosto. Por las noches, cada vez se distinguían con mayor claridad los disparos de la artillería. Las tropas de Krasnov avanzaban sobre Tsaritsin. A mediados de mes la situación llegó a un punto crítico. Los soldados de Krasnov salieron al Volga por el norte y el sur de Tsaritsin, envolviendo la ciudad en un anillo. Se combatía en los arrabales de la ciudad, en Gumrak, en Voropónovo, en Sadóvaia. La luz de los reflectores iluminaba las calles por las noches. Las sirenas de las fábricas aullaban incesantemente de un modo angustioso. Los obreros de la fábrica Dimeau y de la fábrica de armas, los de la enorme aserraduría de los hermanos Maksímov, de la refinería de petróleo Nobel, se agolpaban a miles para defender su

ciudad natal. Porque el núcleo de acero de la defensa de Tsaritsin fueron los obreros. Junto al proletariado de Tsaritsin combatieron los soldados de la división comunista integrada por obreros de la cuenca del Donetsk: mineros y metalúrgicos, llegados hasta Tsaritsin después de una penosa ruta, combatiendo día y noche contra los guardias blancos. Con su sangre reconstruyeron bajo el fuego de la artillería el puente sobre el Don y se unieron a los obreros de Tsaritsin para compartir con ellos la cruda tarea de la defensa de la ciudad. Más tarde llegó el regimiento obrero de Rogozhsko-Símonovo, reclutado en las fábricas Goujon y Dinamo. Allí se encontraban Stalin y Vorochílov.

El 15 de agosto de 1918 fue un día crítico en la defensa de la ciudad. Muchos juzgaban que la situación era desesperada y sin salida. A las siete de la tarde del 15 de agosto el Consejo Militar, bajo la firma de Stalin y Vorochílov, declaró:

El Consejo de Comisarios del Pueblo y todos los pueblos revolucionarios vecinos, prestando toda la ayuda posible, siguen con viva atención la lucha heroica del Tsaritsin rojo por los intereses vitales de toda la Rusia Soviética así como por su liberación de las bandas invasoras de Krasnov.

La salvación de la ciudad roja depende de la ulterior firmeza, de la disciplina, del grado de consciencia, de la resistencia y de la iniciativa imparable de los círculos soviéticos.

La ciudad continúa en estado de sitio.

Los refuerzos que se esperaban de Astrakán no llegaron, ya que allí se había producido un levantamiento contrarrevolucionario. En Tsaritsin se había preparado una insurrección contrarrevolucionaria, prevista a las dos de la madrugada del 18 de agosto. Pero la Cheká descubrió el complot. El diario del Ejército Rojo *El Combatiente de la Revolución* recogía en el número extraordinario del 21 de agosto lo siguiente:

En Tsaritsin ha sido descubierto un gran complot de los guardias blancos. Los principales dirigentes del mismo han sido detenidos y fusilados. A los conspiradores les ha sido encontrada la suma de nueve millones de rublos. El complot ha sido completamente desbaratado por las medidas del Poder Soviético. ¡Temblad, traidores! ¡Una muerte implacable espera a todos y a cada uno de los que atenten contra el Poder Soviético de los obreros y campesinos!

Las huestes de Krasnov hicieron lo imposible por apoderarse de la ciudad, para que el poder saltara desde dentro. Pero la ciudad seguía en pie. A costa de gran número de víctimas, de noches de insomnio, de ríos de sangre, del penoso trabajo de los obreros, de la férrea voluntad staliniana, el primer asalto de las fuerzas enemigas fue rechazado, roto el cerco, restablecidas las vías de comunicación. Gloriosamente combatieron los regimientos obreros de Lugansk y las unidades al mando de Sivers, el tren blindado de Aliábiev aparecía impetuosamente ya en el sector norte ya en el sector sur del frente. Litros de sangre derramaron los obreros de Tsaritsin, los jóvenes comunistas, los comunistas. Día y noche, la artillería roja destrozaba al enemigo. El 22 de agosto nuestras tropas ocuparon las aldeas de Pichuga y Ersovka. En la noche del 26, nuestras unidades irrumpieron en la estación Kotlobán, recogieron un rico botín y aniquilaron el Estado Mayor de Mámontov. Ese mismo día Stalin telegrafió a Parjómenko en Moscú: «La situación en el frente ha mejorado. Traiga inmediatamente todo lo que haya recibido». Naturalmente, no es posible describir aquí con detalle todos los acontecimientos del primer y del segundo cerco de Tsaritsin en 1918 y la campaña de Denikin y Wrangel contra Tsaritsin en 1919.

Cuando se piensa en la vida de esta ciudad, en su duro y noble sino, ligado a los jóvenes y arduos años del Estado soviético, se perfilan con suma nitidez los rasgos

fundamentales del carácter y del destino de Tsaritsin. Las ciudades, lo mismo que los hombres, tienen su destino. Hay hombres para quienes su más alto destino son las penalidades y asperezas de la guerra. Y cuando se ve a uno de estos hombres en la sala de un teatro, en una exposición de pintura, en el ambiente familiar, en zapatillas, en mangas de camisa o en traje claro de verano, sin querer uno adivina en sus rápidos y bruscos movimientos, en su mirada que en algunos momentos se hace severa, en su hablar reposado y autoritario, que el destino, tarde o temprano, le deparará las penosas privaciones de la guerra, con sus marchas, con la reseca galleta del soldado. Y uno se imagina a este hombre entre el humo y el fragor del combate.

Tsaritsin-Stalingrado -la ciudad enclavada en la importante línea del Volga, entre el norte y el sur, ciudad a cuya espalda se encuentran las arenas y las estepas del Kazajstán, ciudad cuyo amplio pecho mira hacia el oeste, hacia las riquezas trigueras del Don y del Kubán- eligió para sí el orgulloso sino de ser el baluarte de la Revolución en la hora fatídica en la que se decidía la suerte del pueblo.

Veinticuatro años han transcurrido desde que Tsaritsin, habiendo resistido la presión enemiga, impidió la unión de las fuerzas del mal, que avanzaban desde el norte y el sur, y se alzó como pesada maza contra los alemanes que se abalanzaban desde el oeste hacia el este.

Transcurrieron veinte años de construcción pacífica. Se cubrieron de hierba las trincheras de Gumrak, Voropónovo y Béketovka. Crecieron árboles allí donde chirriaban los convoyes. Dejaron este mundo los viejos obreros participantes en la defensa de Tsaritsin. Encanecieron los obreros voluntarios, jóvenes en aquel entonces. Y aquellos chiquillos descalzos que corrían por entre las humeantes cocinas de campaña de los soldados, que recogían las vainas

vacías y jugaban a la guerra allí donde la guerra se hacía, se convirtieron en personas mayores, en padres de familia, en personajes importantes del gran Estado soviético.

Impetuoso fue el crecimiento de los hombres de Stalingrado, impetuosa la progresión de la propia ciudad durante los años de la pacífica vida soviética. En las fábricas gigantes –la de tractores Dzerzhinski, Octubre Rojo, Barricada– trabajaban decenas de millares de personas. Surgieron los astilleros y la central eléctrica, se reconstruyeron las viejas empresas, aparecieron decenas de fábricas nuevas.

La ciudad, donde a principios de siglo había dos institutos de segunda enseñanza, una sola biblioteca, un único asilo para huérfanos y cuatrocientas tabernas, al cabo de veinte años de pacífica vida soviética contaba con magníficas facultades donde enseñaban célebres profesores de mecánica, de medicina y de pedagogía, en cuyas aulas estudiaban quince mil alumnos; se crearon además decenas de escuelas profesionales, cientos de centros de primera enseñanza, bibliotecas, museos.

La ciudad de las tormentas de arena y polvo fue asfaltada. Alrededor de la misma creció una verde franja de veinte kilómetros de extensión, cientos de hectáreas de jardines y huertos, avenidas de castaños y arces.

La ciudad de las chatas casas de uno y dos pisos, de torcidas calles, se transformó en una urbe de altos y magníficos edificios blancos, en una metrópoli de amplias plazas de trazado clásico, adornadas con monumentos, embellecidas por el verdor de los árboles y por el abigarrado arabesco de las flores.

Cientos de manos cuidadosas barrieron, limpiaron, regaron las calles de Stalingrado. La ciudad de las

tempestades de arena se transformó en la ciudad del límpido aire del Volga, en la ciudad del sol y de la salud.

Por la noche, desde el Volga, Stalingrado parecía una enorme guirnalda de sesenta kilómetros de esplendorosa luz eléctrica. Brillaban bellamente los anuncios de neón de los almacenes, teatros, cines, circos, restaurantes. Lejos, más allá del Volga, se oía la música que difundían los altavoces. Nos enorgullecíamos de la ciudad, la queríamos. En efecto, Stalingrado se había convertido en una de nuestras ciudades más bellas: en una ciudad de trabajo y ciencia, de ardiente sol, de amplio espacio, en la ciudad del Volga.

Los habitantes de Stalingrado estaban encariñados con su ciudad, por la que sentían un amor singular, leal y verdadero, nacido durante el formidable trabajo, en los sacrificios y privaciones del período de la construcción. Aquéllos fueron los grandes decenios. Ahora, en tiempo de guerra, algunos consideran aquellos años de paz un idilio tranquilo y sin nubes. Naturalmente, esta percepción es inexacta. Las circunstancias de aquella época fueron duras, el trabajo fue rudo e intenso, nuestro país sufrió no pocas borrascas, no fue tarea fácil cumplir el colosal plan de colectivización e industrialización.

Los habitantes de Stalingrado recuerdan también los duros tiempos de la construcción de la fábrica de tractores, la primera fábrica gigante del primer Plan Quinquenal. Desde el extranjero seguían con mirada fría y hostil su construcción. ¡Cuántas dificultades! ¡Qué esfuerzo de voluntad sobrehumana, qué tensión mental!

Todo el país seguía con atención la construcción de Stalingrado, se alegraba de sus éxitos, se entristecía de sus fracasos. El 17 de junio de 1930 se inauguró la fábrica. Comenzó el período de adaptación de la compleja técnica de la producción en cadena, nunca aplicada hasta entonces en

Rusia. Nuevas y graves dificultades, nueva tensión de la lucha. La prensa extranjera predijo el hundimiento de la nueva fábrica. Escribía: «Debido al fracaso de la fábrica de tractores de Stalingrado, la Unión Soviética se ha visto obligada de nuevo a adquirir tractores fuera de sus fronteras». Las interrupciones en la producción de la grande y la pequeña cadena eran constantes, los talleres no entregaban la piezas en los plazos previstos. En el primer año la fábrica produjo en total 1.002 tractores, en 1931, 18.410, en 1932, 28.772 unidades, ¡y bien pronto se alcanzó la cifra de 50.000! Las dificultades habían sido superadas. La favorita del pueblo, la primera fábrica gigante del primer Plan Quinquenal trabajaba a pleno rendimiento.

Cuando los barcos de turismo se acercaban a la bella ciudad blanca sobre el Volga, los viajeros que descansaban sobre cubierta no veían solamente miles de ventanas brillando al sol y verdes jardines, no sólo oían la música, el ruido de los tranvías, las bocinas de los automóviles. Veían también el negro humo que se alzaba sobre tres gigantes: Tractores, Octubre Rojo y Barricadas. Veían cómo tras los ventanales ahumados de los talleres se vertía en chispas el acero, oían un atronador estruendo semejante a tempestuosa resaca. Tsaritsin rojo-Stalingrado recordaba a los hombres su destino de fortaleza rusa sobre el Volga y que estaba dispuesto de nuevo a aceptar el duro y orgulloso sino en la hora fatal del destino del pueblo, que no había olvidado las trincheras de Gumrak, Voropónovo, Sadóvaia y Béketovka, cubiertas de hierba...

El 23 de agosto de 1918, por orden de Vorochílov, los regimientos de obreros y de mineros de las divisiones Comunista y Morosov-Donetsk pasaron a la ofensiva en el sector central del frente, en Voropónovo; entregaron su sangre y su vida para rechazar al enemigo que estrujaba sus

garras sobre la ciudad. Esto ocurrió el 23 de agosto de 1918, y el 23 de agosto de 1942 a las cinco de la tarde, justamente veinticuatro años después, ochenta tanques pesados alemanes y columnas de infantería motorizada irrumpieron en la fábrica de tractores, la niña de sus ojos de los habitantes de Stalingrado, al tiempo que cientos de bombarderos enemigos atacaban con saña las barriadas pobladas de Stalingrado. Éste fue el primer ataque de las hordas fascistas en la línea del Volga.

La ciudad quedó envuelta en fuego y humo, enormes llamaradas se elevaron al cielo. Y parecía como si no hubieran transcurrido esos veinte años de trabajo pacífico, como si este intervalo de tiempo entre la primera ocupación alemana de Ucrania y el Don y esta segunda invasión de los alemanes jamás hubiera existido. Y de nuevo entre el estruendo y el humo de la batalla se alzó el Tsaritsin rojo-Stalingrado, la ciudad de magnífico y amargo sino.

No se puede comparar siquiera la fuerza de la presión alemana en agosto de 1942 con la ofensiva de las tropas de Krasnov en 1918. Las arremetidas de las divisiones de tanques, el terrible fuego de millares de morteros y cañones, los feroces ataques de las escuadras aéreas... Es dudoso que en la historia, incluso en la de la última guerra, haya habido agresiones de semejante calibre. Todo ha cambiado en la manera de hacer la guerra durante estos últimos decenios. Es otro el aspecto del campo de batalla, otra la manera de dirigir el combate, otros los medios existentes para realizar los ataques de fuego. Los tanques y las fuerzas motorizadas maniobran impetuosamente. Hay combates aéreos como nadie podía imaginarse en 1918. El cielo y la tierra actúan conjuntamente, cantidades ingentes de hombres y de metal son trasladadas en avión de un sector del frente a otro. Todo ha cambiado. Todo ha adquirido unas proporciones enormes,

de mayor fuerza y empaque. Sólo algo permaneció invariable, como si no fueran hombres de otra generación los que emprendieron la defensa de Stalingrado: el valeroso corazón del gran pueblo. ¡Los corazones de Yákov Erman, de Nikolái Rúdniev, de Aliábiev, no cesaron de latir! En el terrible momento, cuando una columna de ochenta tanques alemanes se acercaron inesperadamente a los alrededores de la fábrica de tractores y centenares de aviones incendiaban las barriadas de la ciudad, los obreros de ésta y los de Barricadas continuaron trabajando: en una sola noche produjeron ciento cincuenta cañones y se repararon ochenta tanques desde el 23 hasta el 26 de agosto. En la primera noche, centenares de obreros, armados de automáticos, ametralladoras pesadas y fusiles ametralladores, ocuparon la línea de defensa en los alrededores septentrionales de la fábrica. Lucharon junto al destacamento de morteros pesados del teniente Sarkisián, que fue el primero en detener el avance de la columna alemana de tanques. Lucharon junto a las fuerzas antiaéreas del teniente coronel Guerman, que empleaba la mitad de sus cañones contra los aparatos alemanes que volaban en picado y con la otra mitad de sus efectivos disparaba contra los tanques enemigos.

Había momentos en que el estruendo de las explosiones de las bombas englutía todos los sonidos, y era entonces cuando el teniente coronel Guerman creía que la batería avanzada del teniente Svistún había sido aplastada por la presión de la aviación y de los tanques alemanes. Pero pasados algunos momentos se oía de nuevo el acompasado fuego de las piezas antiaéreas. Durante veinticuatro horas la batería se sostuvo desligada por completo del mando del regimiento. Al anochecer del 24 de agosto, cuatro combatientes sacaron al teniente Svistún herido. Fueron los únicos supervivientes. Pero el primer ataque del enemigo fue

rechazado. Los alemanes habían fracasado en su intento de tomar la ciudad sobre la marcha. Y así comenzó la lucha en los accesos, en las calles de la ciudad, en las plazas, en las barriadas obreras, en el territorio de las fábricas gigantes de Stalingrado.

Han transcurrido ya setenta días de lucha en el propio Stalingrado, cien si se cuenta desde el inicio de los combates en los accesos lejanos a la ciudad. Con letras de oro deben quedar grabados para la eternidad en la historia del País de los Sóviets los nombres de dos célebres francotiradores, Chéjov y Záitsev, los nombres de los treinta y tres héroes que consiguieron rechazar el ataque de la columna de tanques pesados, los nombres de los obreros voluntarios Tókarev y Poliakov, el nombre del comisario de la unidad antitanque Krilov y de infinidad de pilotos, tanquistas, morteristas, fusileros, el nombre de la obrera Olga Kovaliova, fundidora de acero, el nombre del sargento Pávlov, que desde hace ya cincuenta días defiende con su pelotón una casa en una de las plazas más céntricas de Stalingrado, «La casa de Pávlov», se denomina este edificio en los partes oficiales. Stalingrado se sostiene con la sangre de esos hombres, con su voluntad, con su valor.

Las bajas del ejército alemán son enormes, el número de los alemanes muertos y heridos se acerca ya a los doscientos mil. Mil tanques, más de mil cañones y aviones han quedado reducidos a un montón de chatarra. Pero si es posible reponer las pérdidas de material de guerra, si es posible llevar al matadero nuevos rebaños de soldados alemanes, no hay en el mundo fuerza capaz de devolver a los alemanes lo perdido en tres meses, no existe medio alguno de restablecer el ritmo de la fracasada ofensiva de verano. Los éxitos tácticos de esa ofensiva alemana no se han visto refrendados con resultados estratégicos de relevancia. Se ha

detenido el avance hacia el este y el sur. La fortaleza del Volga ha soportado duras pruebas. La ciudad que eligió para sí el noble y severo sino de ser la fortaleza de la Revolución rusa, la ciudad que durante el primer año de la República supo contener la presión enemiga, ahora, veinticinco años después desempeña de nuevo un papel decisivo en el curso de la Gran Guerra Patria.

Y hela aquí, en ruinas, ora humeantes y templadas, como un cuerpo todavía no enfriado, ora heladas y sombrías. Por la noche, la luna ilumina los edificios derruidos, los troncos astillados de los árboles segados por los proyectiles. Las solitarias y asfaltadas plazas brillan a la luz verdosa y fría de la luna cual lagos cubiertos de una fina capa de hielo, y como pozos negrean en ellas los enormes embudos abiertos por las bombas explosivas. Enmudecen los talleres de las fábricas, demolidos por los proyectiles, no humean las chimeneas; en los patios de las fábricas, los macizos de flores semejan tumbas.

¿Está muerta la ciudad? No, ¡vive! Hasta en los breves momentos de calma, en cada casa destruida, en cada taller de la fábrica late intensa la vida. Los ojos avizores de los francotiradores buscan al enemigo; por las trincheras de comunicación, entre las ruinas, se trasladan proyectiles, minas, municiones; los observadores, que ocupan los pisos altos de los edificios, vigilan el menor movimiento del enemigo. Los oficiales están inclinados sobre los mapas; en los sótanos, los escribientes copian los informes; los delegados políticos pronuncian conferencias ante los combatientes; se oye el ruido de las hojas de los periódicos al ser pasadas; los francotiradores ejercen con celo su obra peligrosa.

Parece que las ruinas estén muertas, desiertas, desoladas. Pero de pronto, tras la esquina aparece cauteloso

y lento un tanque enemigo e, inmediatamente, el fusilero antitanquista, que no duerme ni de día ni de noche, lanza una descarga contra el blindado alemán. El ametrallador hitleriano, tratando de cubrir el avance del tanque, comienza a disparar desde la ventana de una casa contra el refugio de ladrillos desde el que el fusil antitanque vomita su fuego. Nuestro francotirador, apostado en el segundo piso de una casa vecina, defiende a su fusilero antitanquista y dispara contra el nido de la ametralladora del enemigo. El alemán, por lo visto, ha resultado herido o tal vez muerto, porque la ametralladora ha enmudecido. Seguidamente resuenan las explosiones de las granadas alemanas, vuelan cascotes rojos de ladrillo de los muros de la casa donde se oculta el francotirador: es la venganza por la muerte del ametrallador. Nuestro observador comunica datos referentes a la batería enemiga, y los cañones soviéticos, que hasta entonces habían permanecido mudos en las ventanas y en las puertas de las casas, abren fuego. El tanque alemán retrocede apresuradamente, vuelve a doblar la esquina de la calle. Con rapidez, en los raros momentos de tregua, el francotirador, el fusilero antitanquista y los ligeros cañones de campana cambian de posición.

Pero la mayor parte del tiempo en las casas, calles, plazas y fábricas, hay tronar de explosiones y fuego. No es fácil ahora vivir en Stalingrado.

Ante mí tengo un papel escrito a lápiz. Es un informe del jefe de una compañía, recibido hace poco en el Estado Mayor del batallón. El texto dice así:

Hora: 11.30. Al teniente primero de la Guardia, Fedósiev. La situación es la siguiente: el enemigo trata de cercar mi compañía, envía a mi retaguardia tiradores de automático, pero todas sus tentativas han fracasado. Los de la Guardia jamás retroceden. Caerán como valientes los jefes y los combatientes, pero el enemigo no pasará nuestra defensa.

¡Que todo el país conozca a la 3.^a compañía de tiradores, que, mientras viva su jefe, cerrará el paso a la canalla fascista! El jefe de la 3.^a compañía se encuentra en una situación difícil y su propio estado físico es pésimo, no oye, está débil. Tiene vértigos y con frecuencia se desvanece, padece hemorragias nasales. A pesar de todas las dificultades, los soldados rojos de la Guardia de la 3.^a compañía no retroceden. Moriremos como héroes por la ciudad de Stalin. ¡La tierra soviética será la tumba del enemigo! Confío en mis soldados y en mis oficiales: por encima de mi cadáver no pasará ni una sola alimaña fascista.

KALEGÁNOV

¡No, la gran ciudad no está muerta! El cielo y la tierra se estremecen por el estruendo de nuestra poderosa artillería. Los combates se desarrollan con la misma fuerza de hace dos meses. Millares de corazones laten acompasadamente y con ímpetu en las casas de Stalingrado: son los corazones de los obreros de Stalingrado, de los mineros del Donetsk, de los obreros y campesinos de Gorki, de los Urales, de Moscú e Ivánovo, de Viatka y Perm. Contra estos corazones de hierro se estrellaron los ataques alemanes. Estos corazones son los más fieles del mundo.

Jamás fue Stalingrado tan magnífico y grande como ahora, cuando, en ruinas, es glorificado solemnemente por los pueblos del mundo amantes de la libertad. Stalingrado vive. Stalingrado lucha. ¡Viva Stalingrado!

Stalingrado,
5 de noviembre de 1942

Con los ojos de Chéjov

Durante muchos días y muchas noches estos ojos que todo lo ven atisban la ciudad desde el quinto piso de una casa medio

derrumbada. Estos ojos ven la calle, la plaza, decenas de edificios con los suelos hundidos, casas vacías, muertas, en las que reina un silencio engañoso. Estos ojos redondos, de color castaño, a veces dorados, a veces verdes –uno no acaba de comprender si son claros u oscuros– observan las lejanas colinas, cubiertas por los blindajes alemanes, cuentan por el humo el número de hogueras y cocinas, el de camiones y carros que se dirigen a la ciudad desde el oeste. A veces se hace un profundo silencio y entonces se oye cómo en la casa de enfrente, en donde se ocultan los alemanes, se desprenden pequeños pedazos del estucado, a veces se oyen conversaciones en alemán y el crujido de las botas alemanas. Otras veces, por el contrario, el bombardeo y el fuego son tan intensos que hay que inclinarse al oído del camarada y gritar a pleno pulmón; pero el camarada se encoge de hombros para dar a entender: «No oigo».

Anatoli Chéjov aún no ha cumplido veinte años. Su vida no ha sido muy alegre. Hijo de un obrero de una fábrica de producción química, este joven de clara inteligencia, corazón bondadoso y facultades nada comunes, que adora los libros, conocedor y devoto de la geografía, que sueña con los viajes, querido de los compañeros, de los vecinos, y que ha conquistado el inexpugnable corazón de los viejos obreros por estar siempre dispuesto a defender a los ofendidos, desde la edad de diez años conoció las penalidades de la vida. Su padre se emborrachaba a menudo, y trataba cruel e injustamente a su mujer y a sus hijos. Dos años antes de la guerra Anatoli Chéjov dejó la escuela, aun cuando obtenía calificación de sobresaliente en todas las asignaturas, y empezó a trabajar en una fábrica de Kazán. Rápidamente y con facilidad aprendió diversos oficios, se hizo electricista, soldador de autógena, técnico de acumuladores, y llegó a ser un maestro imprescindible y querido por todos.

El 29 de marzo de 1942 recibió un aviso del Comisariado Militar y pidió ingresar en la escuela de francotiradores.

-De pequeño nunca había disparado, ni tan sólo con un tiragomas, me daba lástima todo ser viviente -dice-. Y a pesar de que en la escuela de tiro sacaba sobresaliente en todas las materias, mi primer ejercicio de tiro fue lamentable: nueve blancos sobre cincuenta posibles. El teniente me dijo: «En todo sobresaliente, pero en tiro un desastre. No tiene materia para ser un buen francotirador».

Pero Chéjov no se descorazonó, bien al contrario: a las horas de instrucción diurnas añadió las largas horas de la noche. Se pasaba diez horas seguidas estudiando la teoría del tiro y las armas de fuego. Estimaba en mucho la teoría y tenía fe en el poder de los libros, estudió a fondo numerosos principios de óptica y era capaz, como un verdadero físico, de hablar sobre las leyes de la refracción de la luz, sobre las imágenes reales y falsas, dibujar la complicada trayectoria del rayo luminoso a través de las nueve lentes del visor óptico. Comprendía los principios internos, los presupuestos de todos los mecanismos. Y Chéjov aprehendía la imagen aumentada en cuatro veces, en extensión y profundidad, no sólo con los ojos del tirador, sino también con los del físico.

El teniente erró en su apreciación. En los ejercicios de tiro con armas de guerra sobre objetos móviles Chéjov dio «en la cabeza» de la pequeña y movable figura con los tres cartuchos que le correspondían. Salió de la escuela de francotiradores con la calificación de sobresaliente, el número uno de su promoción, y, a pesar de que le propusieron quedarse como instructor para enseñar tiro con armas de precisión y ordinarias y el manejo del fusil automático y de las diferentes clases de granadas, solicitó ir como voluntario a una unidad. Así fue siempre, tanto en la

escuela y en la fábrica como en el servicio militar asimiló a la perfección el manejo de los diferentes instrumentos.

Este muchacho, al que todos querían por su bondad, por su amor a su madre y a sus hermanas, que nunca había disparado con un tiragomas, pues «le daba lástima todo ser viviente», quiso desde el primer momento ir a la línea de fuego.

-Quería ser el hombre que aniquila al enemigo con sus propias manos -me decía Chéjov.

Durante las marchas se entrenaba en apreciar las distancias sin la ayuda de aparatos ópticos. Anatoli calculaba los metros que había hasta un árbol y después lo comprobaba con pasos. Al principio se equivocaba en sus apreciaciones, pero poco a poco llegó a calcular a ojo grandes distancias con un error no mayor de dos o tres metros. Y esta ciencia en nada compleja le fue de inestimable ayuda en la guerra no menos que los enrevesados conocimientos de óptica y las leyes de la refracción del rayo luminoso a través de la combinación de un sistema de nueve lentes biconcavas y biconvexas. Aprendió a considerar el paisaje más idílico como un conjunto de puntos de orientación: los abedules, los matorrales de escaramujo, los molinos de viento se presentaban ante él como lugares en los que podía aparecer el enemigo, y le ayudaban a calcular el alza rápida y exactamente.

Los primeros días de su llegada al frente de Stalingrado, Chéjov estuvo al mando de un pelotón de infantería y después de una sección de morteros. Resolvía las tareas más diversas con ingenio y precisión, para lo cual tenía que poner en juego no sólo la fuerza de sus jóvenes piernas y ágiles brazos, así como la penetración de sus ojos claros, sino también discurrir con un pensamiento intenso, rápido y

complejo, como nunca había tenido que hacerlo para resolver los más difíciles problemas de álgebra o física con los cuales el maestro se complacía en atemorizar a los estudiantes.

Desde los primeros encuentros aprendió a considerar el combate no como un caos de fuego y estruendo, sino como el arte de adivinar lo que trata de hacer el adversario.

¿Tuvo miedo en los primeros días? No. Tenía la sensación de que enseñaba a los soldados a camuflarse, a disparar, a atacar, como si esto no fuera efectivamente la guerra.

En el frente suele discutirse sobre la valentía. Generalmente, esta discusión acaba en una acalorada disputa. Unos dicen que la valentía es el olvido de sí mismo, y que esto sobreviene con el combate. Otros, con toda franqueza, cuentan que al realizar hazañas heroicas sintieron un miedo inenarrable y que solamente la fuerza de voluntad y su capacidad para saber dominarse les conminó a levantar la cabeza, a cumplir con su deber e ir al encuentro de la muerte. Los terceros sostienen: «Soy valiente porque tengo la convicción de que no me matarán».

El capitán Koslov, hombre de probado arrojo, que muchas veces ha conducido su batallón de motociclistas a peligrosos ataques, me decía que él, por el contrario, es valiente porque está convencido de que han de matarlo y por eso le da lo mismo morir hoy que mañana. Muchos consideran que el origen de la valentía es la costumbre del peligro, la indiferencia ante la muerte como consecuencia de enfrentarse constantemente al fuego del combate. La mayoría fundamenta la valentía y el desprecio a la muerte en el sentimiento del deber, el odio al enemigo, el deseo de vengarse de los invasores por sus terribles crímenes. Los más jóvenes afirman que si ellos desempeñan actos heroicos es por el hambre de gloria; otros dicen que son valientes

porque creen que en el combate les están observando sus amigos, sus parientes, sus novias. Un jefe de división, hombre ya maduro, de gran valentía, cuando su ayudante le recomendó mantenerse alejado del fuego, le dijo riéndose:

-Quiero tanto a mis dos hijos que es imposible que me maten.

Yo particularmente creo que no tiene sentido discutir sobre la valentía con los hombres del frente. Cada uno es valiente a su manera. El árbol de la valentía es inmenso y frondoso, sus mil ramas se entrelazan y elevan al cielo la gloria de nuestro ejército, de nuestro gran pueblo.

Pero si cada valiente lo es a su manera, la egoísta cobardía sólo tiene un modo de ser: la esclava sumisión al instinto de conservación del propio pellejo. El individuo que hoy huye del campo de batalla, mañana escapará de su casa en llamas, dejando abandonada a su vieja madre, a su mujer y a sus pequeños.

Conocer a Chéjov me ha permitido apreciar otra de las variantes de la valentía, la más simple, si se quiere, pero la más sólida, la más «completa». De un modo innato, por naturaleza, le es ajeno el sentimiento de terror ante la muerte como al águila le es ajeno el vértigo de las alturas.

Chéjov recibió el fusil de francotirador al atardecer. Durante largo rato estuvo reflexionando en qué lugar situarse: ¿en los sótanos, agazaparse en el primer piso, o esconderse entre un montón de ladrillos caídos de los muros de una casa de varios pisos, destruida por una bomba de aviación? Observaba detenidamente las casas de nuestra primera línea de defensa: ventanas con jirones de cortinas quemadas, pendientes armazones de hierro, retorcidas y entrelazadas vigas encorvadas entre cada dos pisos, restos de barandillas, camas de matrimonio niqueladas que las llamas habían deslustrado. Los ojos escrutadores, de vista

perfecta, captaban y fijaban todos los detalles. Veía bicicletas colgando de las paredes sobre el abismo de cinco pisos derrumbados, veía los brillantes pedazos de color verdoso de las copas de cristal, trozos de espejo, amarillentas y quemadas hojas de palmera en el alféizar de las ventanas, trozos de hojalata retorcidos por el calor del incendio y desparramados como si fueran ligeras hojas de papel, cables ennegrecidos sobresaliendo de la tierra, las gruesas tuberías de conducción, los músculos y los huesos de la ciudad. Al fin Chéjov tomó una decisión: entró por la puerta de un edificio de cinco pisos y comenzó su ascensión por la escalera, aún en pie, al quinto piso. En algunos sitios los peldaños estaban destrozados, en los descansillos de la escalera, a través del rectángulo de las puertas quemadas, se veían cajas vacías, los pisos se distinguían solamente por la pintura de las paredes: las del segundo piso eran de color rosa, las del tercero azul oscuro, las del cuarto verdes con paneles marrón. Chéjov subió hasta el descansillo del quinto piso.

Era exactamente lo que a él le convenía. El muro derruido descubría una amplia vista: enfrente y un poco de través se veían las casas ocupadas por los alemanes; a la izquierda se encontraba una calle recta y ancha; algo más allá, a seiscientos o setecientos metros se veía una plaza. Todo aquello estaba ocupado por los alemanes. Chéjov se situó en el descansillo de la escalera, en un pronunciado saliente del muro, se colocó de modo que la sombra del saliente cayera sobre él, y quedó completamente invisible en aquella sombra cuando a su alrededor todo estaba iluminado por el sol. Apoyó el fusil en la barandilla de hierro de la escalera. Miró hacia abajo. Como era su costumbre, determinó los puntos de orientación, que no eran pocos. Vio a dos soldados alemanes caminando por la calle desierta. Se

detuvieron a cien metros de su posición. Chéjov estuvo cuatro minutos observándoles sin mover un solo músculo. Esta extraña sensación de indecisión es conocida por todos los francotiradores antes de su bautismo de fuego. A Chéjov se lo había contado el célebre Pchelíntsev, cuando fue de visita a la escuela de tiro y relató sus recuerdos sobre su primer disparo contra un soldado fascista.

Pronto llegó la noche. El cielo color cobalto se hizo azul oscuro. Los altos y requemados edificios se erguían como grises y silenciosos espectros. Salió la luna. Se alzaba en el cenit, grande, brillante, como el grueso espejo de acero del tanquista, que refleja indiferente la escena del encarnizado combate. La luna tenía un tono dorado, de miel, como si estuviera madura, y su luz, como la cera seca y blanca que se desprende de la miel, parecía ligera, sin gusto, sin olor, incolora. Esta blanca luz cérea se extendía cual tenue manto sobre la ciudad muerta, sobre los cientos de casas sin ojos, sobre el asfalto de las calles y las plazas, que relucía como el hielo. Chéjov recordó los libros que describían las ruinas de las ciudades antiguas y un dolor terrible y amargo oprimió su joven corazón. Le parecía que se ahogaba, tan agudo y penoso era el deseo de ver a la ciudad de nuevo libre, animada, ruidosa, alegre; de que sus miles de muchachas volvieran de la estepa, en donde, arrebuajadas en sus abrigo, esperaban en las carreteras a los camiones que quisieran llevarlas. Deseaba que volvieran aquellos niños y niñas que con seriedad de ancianos acompañaban con la mirada a las tropas que se dirigían hacia Stalingrado, aquellos viejos que se envolvían en mantones de mujer, aquellas viejecitas de la ciudad que se ponían encima de sus chaquetas los abrigo y los capotes de sus hijos.

Una sombra se deslizó por la cornisa. Sin ruido, pasó un gran gato siberiano con la peluda cola levantada. Miró a

Chéjov y sus ojos brillaron con una chispa azul, eléctrica. Allá, al final de la calle, ladró un perro, al que otros corearon; se oyó la irritada voz de un alemán y un tiro de pistola; el desesperado aullido de un perro y de nuevo el ladrido alarmado, furioso, unánime. Los canes, fieles a su hogar, impedían a los alemanes merodear durante la noche por las viviendas destruidas. Chéjov se incorporó para ver mejor: en la sombra de la calle se movían figuras oscuras y rápidas, los alemanes sacaban de una casa talegos y almohadas. Disparar era una opción poco recomendable, el fogonazo del disparo le hubiera descubierto en el acto. «Diantres, ¿a qué esperan los nuestros?», pensó con angustia Chéjov, y apenas este pensamiento había surgido en su cerebro cuando se oyó el apresurado y férreo parloteo de una ametralladora soviética. Chéjov se levantó y, con cuidado, tratando de que no crujieran los pedazos de cristal que brillaban a la luz de la luna, empezó a descender por la escalera. En los sótanos del edificio estaba alojada una sección de infantería. El sargento dormía en una cama niquelada, los soldados estaban tendidos sobre mantas y edredones medio quemados. Echaron té a Chéjov en un bote de lata. La tetera acababa de hervir y los bordes del bote le quemaban los labios. Chéjov no tenía hambre y rechazó el plato de mijo hervido que le ofrecían, se sentó sobre un montón de ladrillos y se puso a escuchar a un combatiente de Stalingrado que, en un oscuro rincón del sótano, recordaba cómo era la vida de antes: qué cines había, qué películas proyectaban, la piscina, la playa, el teatro, el elefante del parque zoológico muerto durante un bombardeo, los bailes, las magníficas muchachas. Y Chéjov, mientras le escuchaba, veía ante sí el cuadro del Stalingrado muerto, iluminado por la luna llena. Ya en su más tierna infancia él había conocido las penalidades de la vida. «Mi padre scandalizaba a

menudo, yo era incapaz de leer y estudiar las lecciones tranquilo, no tenía un rincón para mí», me contaba amargamente. Pero aquella noche comprendió por vez primera, y en toda su profundidad, la terrible fuerza del mal que los alemanes habían causado a nuestro país, comprendió que las pequeñas amarguras y contratiempos personales no eran nada en comparación con la formidable desgracia de todo un pueblo. Y su corazón, joven y bueno, ardía, le abrasaba.

Los muelles del somier crujieron. Era el sargento, que se había despertado y le preguntaba:

–¿Qué cuentas, Chéjov? Para empezar, ¿a cuántos alemanes has matado hoy?

Chéjov seguía ensimismado. De pronto dijo a los soldados que acababan de llegar de su turno de guardia y que se disponían a tocar el gramófono:

–Muchachos, por favor, no toquéis hoy el gramófono.

Por la mañana se había levantado antes del amanecer. Sin comer ni beber nada, llenó la cantimplora de agua, se metió en los bolsillos unas cuantas galletas y se dirigió a su puesto. Se tendió sobre las frías baldosas del descansillo de la escalera y se puso a esperar. Amanecía, alrededor todo se iluminaba, y tan grande era la fuerza vital del sol naciente que parecía como si hasta la infeliz ciudad esbozara una suave y triste sonrisa. Sólo bajo el saliente de la pared donde estaba echado Chéjov se extendía una sombra gris y fría. Por la esquina de una casa apareció un alemán llevando un cubo esmaltado. Luego Chéjov averiguó que a esta hora los soldados alemanes iban siempre cargados con cubos como aquél con agua para la higiene de los oficiales. Chéjov preparó el alza, enfiló al soldado en la cruz del visor, apuntó cuatro centímetros por encima de la nariz del alemán y disparó. Por debajo del gorro brotó una especie de nubecilla

oscura, la cabeza cayó hacia atrás, el cubo se le escapó de las manos y el soldado se desplomó. Chéjov temblaba. Al cabo de un minuto apareció por la misma esquina otro alemán; en las manos llevaba unos prismáticos. Chéjov apretó el gatillo. Después apareció otro, que quiso acercarse al del cubo, pero que no pudo llegar hasta él. «Tres», dijo Chéjov y se tranquilizó.

En el transcurso de ese día los ojos de Chéjov vieron muchas cosas. Precisó el camino que los alemanes tomaban para dirigirse al Estado Mayor, situado tras la casa de enfrente, en la esquina; hasta allí corrían los soldados con un papel blanco en la mano: el parte. Precisó el camino por el cual llevaban las municiones, la casa de enfrente, donde estaban los tiradores de automático y las ametralladoras. Precisó el camino que tomaban para llevar la comida y el agua para beber y lavarse. Los alemanes comían en frío. Chéjov sabía el menú del desayuno y de la comida: pan y conservas. A la hora de comer los alemanes abrieron un intenso fuego de mortero que se prolongó durante unos treinta o cuarenta minutos y después gritaron a coro: «¡Ruso, es hora de comer!». Esta proposición de tregua enfureció a Chéjov. A él, muchacho jovial y alegre, le resultaba intolerable que los alemanes hicieran broma en una ciudad trágicamente destruida, infeliz y muerta. Esto era un ultraje para su alma pura, y cuando llegaba la hora de comer se mostraba implacable. Bien pronto aprendió a distinguir los soldados de los oficiales. Estos últimos llevaban pelliza y gorra, no usaban correa e iban calzados con borceguíes. A los soldados los distinguía por las botas altas, el cinto y el gorro. No quería que los alemanes anduvieran por la ciudad erguidos, que bebieran agua fresca, que almorzasen, que comiesen. El joven Chéjov, amante de los libros y de la geografía, soñador de lejanos viajes, hijo

cariñoso y hermano tierno, se convirtió en un hombre temible: en un exterminador de invasores.

Hacia el final de la primera jornada, Chéjov vio a un oficial que marchaba con paso decidido. De todas las casas salían precipitadamente soldados con fusiles automáticos para cuadrarse ante él. Y de nuevo Chéjov preparó el alza, le enfocó en la cruz del visor y el oficial echó la cabeza hacia atrás y se desplomó sobre un costado, con los zapatos hacia donde estaba Chéjov.

Chéjov observó que le era más fácil tirar sobre un hombre en movimiento que quieto: el tiro impactaba directa y exactamente en la cabeza.

Hizo un descubrimiento que le permitía ser poco menos que invisible para el enemigo. Como al francotirador se le descubre comúnmente por el fogonazo del disparo, Chéjov disparaba siempre teniendo por fondo la pared blanca, de manera que la boca del cañón estuviera a catorce o veinte centímetros del borde de la pared. De esta manera, sobre el fondo blanco, el disparo pasaba desapercibido.

Sólo deseaba ya una cosa: que los alemanes no anduvieran por Stalingrado con el cuerpo erguido, ansiaba hacerles morder el polvo, clavarlos en tierra. Y lo consiguió: hacia el fin del primer día los alemanes ya no caminaban, sino que corrían; al final del segundo día se arrastraban por tierra. Por las mañanas, el soldado ya no iba a llevar agua al oficial. El camino por el que los alemanes iban por agua de beber estaba desierto: ya no bebían agua fresca y se conformaban con el agua insalubre de los depósitos. Al atardecer del segundo día, Chéjov exclamó al apretar el gatillo: «Diecisiete». Aquella noche los tiradores de automático alemanes se quedaron sin cena. Chéjov bajó a los sótanos. Los muchachos tocaron el gramófono, escuchando, mientras cenaban, «El pañuelito azul». Después cantaron a

coro la canción: «Se extiende el mar bravío». Los alemanes abrieron un fuego desaforado: disparaban los morteros, los cañones, las ametralladoras. Con especial tenacidad tableteaban los estruendosos automáticos de los tiradores hambrientos. Ya no gritaban: «¡Ruso, es hora de comer!»...

Durante aquella noche se oyeron los golpes de picos y palas, señal inequívoca de que los alemanes estaban cavando una zanja de comunicación en la tierra helada. Al tercer día por la mañana, Chéjov descubrió varios cambios notables: los alemanes habían construido dos trincheras a lo largo de la cinta asfaltada de la calle. Habían renunciado al agua fresca, pero pretendían proveerse de munición por aquellas trincheras. «¿Qué os parece, habéis visto cómo os he clavado en la tierra?», pensó Chéjov. De pronto se dio cuenta de que había una tronera en el muro de la casa de enfrente que no estaba el día antes. Chéjov comprendió al instante: «Un francotirador alemán». «Observa», murmuró al oído del sargento, que había venido a ver cómo operaba, y apretó el gatillo. Se oyó un grito, seguido de un taconeo de botas: los tiradores de automático se llevaban al francotirador que no había tenido tiempo de efectuar un solo disparo contra Chéjov. Éste se ocupó entonces de las trincheras, en concreto de una de ellas, por donde los alemanes se acercaban a rastras hacia el asfalto, cruzaban corriendo la calle y saltaban a la otra. Chéjov empezó a disparar sobre ellos en el momento en que hacían su aparición sobre el asfaltado. El primer alemán se escondió de nuevo en la trinchera:

-Bien, ya te he clavado en la tierra -dijo Chéjov.

Al octavo día Chéjov tenía bajo su control todos los caminos que conducían a las casas de los alemanes. Tuvo que cambiar de emplazamiento, pues los alemanes habían desestimado aquel paso y dejado de disparar. Echado en el

descansillo de otra escalera, aquel muchacho al que le «daba lástima disparar contra todo ser viviente» con un tiragomas y que se había convertido en un hombre temible, en un vengador, por la férrea y sagrada lógica de la Guerra Patria, contemplaba con sus jóvenes ojos el Stalingrado ultrajado por los alemanes.

Frente de Stalingrado,
16 de noviembre de 1942

El eje de la fuerza principal

Los regimientos siberianos de la división al mando del coronel Gúrtiev ocuparon de noche sus posiciones de defensa. El aspecto de una fábrica es siempre imponente y austera, pero ¿sería posible encontrar en el mundo un escenario de mayor severidad que el que hallaron los integrantes de la división aquella madrugada de octubre de 1942? Las moles oscuras de las naves, raíles oxidados aquí y allá, que brillaban de humedad, un amontonamiento de vagones de mercancías destrozados, montañas de cañones de acero diseminados sin orden ni concierto por el patio, vasto como una plaza, de la fábrica, colinas de escoria rojiza, de carbón, las enormes chimeneas de la fábrica, perforadas por los obuses alemanes. En el pavimento asfaltado negreaban los embudos abiertos por las bombas de aviación, había cascotes de metralla que la onda expansiva había diseminado como si fueran finos trozos de tela.

La división debía situarse delante de esta fábrica y defender la posición a toda costa. A la espalda estaba el frío y oscuro Volga. Durante la noche los zapadores levantaron el asfalto y en la capa rocosa cavaron unas trincheras con los picos, abrieron troneras en los gruesos muros de los talleres,

levantaron refugios en los sótanos del edificio destruido. Los regimientos de Markélov y Mijaliiov defendían la fábrica. Se instaló uno de los puestos de mando en una tubería de cemento armado que pasaba por debajo de la nave principal. El regimiento de Sergueienko protegía la zona de una profunda barrancada que se extendía a través del barrio de la fábrica hacia el Volga. Sí, a su espalda fluía el Volga, helado y oscuro; a su espalda estaba el destino de Rusia. La división debía permanecer allí, luchando a vida o muerte. La pasada guerra mundial costó a Rusia grandes sacrificios y mares de sangre, pero entonces las fuerzas tenebrosas del enemigo estaban divididas entre el frente occidental y el oriental. En la guerra actual, Rusia ha recibido sobre sí todo el peso del golpe de la invasión alemana. En 1941, los ejércitos alemanes avanzaron en un frente de mar a mar. Ahora, en 1942, los alemanes han concentrado toda su fuerza en la dirección sureste.

Todo aquello que en la guerra de 1914-1918 estuvo distribuido en dos frentes, todo lo que el año pasado había presionado únicamente sobre Rusia en un frente de tres mil kilómetros, fue concentrado el verano y el otoño de este año, igual que una maza, contra Stalingrado y el Cáucaso. Y por si fuera poco, aquí, en Stalingrado, los alemanes incrementaron más si cabe su fuerza ofensiva. Acentuaron sus esfuerzos en el centro y en el sur de la ciudad, concentraron toda la potencia de fuego de sus innumerables baterías de morteros, de sus miles de cañones, de sus unidades aéreas en la parte septentrional de la ciudad, contra la fábrica Barricada, que se eleva en el centro de la zona industrial. Los alemanes esperaban que el organismo humano no sería capaz de soportar una presión de esta magnitud, creían que no habría en el mundo corazones ni nervios capaces de aguantar sin desmoronarse este salvaje infierno de fuego, de metal

chirriante, de tierra conmocionada, de frenesí enloquecido. Aquí se reunió todo el arsenal diabólico del militarismo alemán: tanques superpesados y carros lanzallamas, morteros de seis cañones, bandadas de bombarderos en picado provistos de ululantes sirenas, bombas expansivas y de metralla. Aquí, los soldados provistos de automáticos recibieron balas explosivas, los morteristas y los artilleros fueron aprovisionados de proyectiles de termita. Aquí se concentró artillería alemana de todos los calibres, desde las piezas antitanque semiautomáticas de pequeño calibre hasta los cañones pesados de largo alcance. Aquí se arrojaron minas semejantes a inofensivas pelotas verdes y rojas y los torpedos aéreos abrieron simas de la profundidad de una casa de dos pisos. Aquí, la noche se hizo día, todo estaba iluminado por los incendios y las bengalas; aquí, el día se ensombrecía a causa de la humareda de los edificios en llamas y de las cortinas de humo tras las cuales se escondían los alemanes. Aquí, el estruendo era tan compacto como la tierra, y los breves minutos de silencio eran más siniestros y más espantosos que el estruendo de la batalla. Si el mundo inclina la cabeza ante el heroísmo del ejército ruso, si en el propio ejército ruso se habla con emoción de los defensores de Stalingrado, aquí, en el mismo Stalingrado, los combatientes de Shumílov exclaman con respeto:

–¡Pero si esto no tiene ningún mérito! ¡Los hombres de la fábrica sí que resisten! Espanta y asombra al mismo tiempo: día y noche penden sobre ellos nubarrones de fuego y humo, bombarderos en picado alemanes, pero Chuikov se mantiene firme.

Para un militar estas palabras crueles y atroces suenan gravemente: «Eje de la fuerza principal». No hay expresión más terrible en la guerra, y, naturalmente, no por azar la división siberiana del coronel Gúrtiev se ocupó de la defensa

de la fábrica en una oscura mañana de otoño. Los siberianos son hombres de gran fortaleza, austeros, acostumbrados al frío y a las privaciones, silenciosos, amantes del orden y la disciplina, bruscos en sus palabras. Los siberianos son hombres resistentes y seguros como las rocas. En un imponente silencio picaban la tierra pedregosa, abrían troneras en los muros de los talleres, construían parapetos, trincheras, pasos de comunicación. Preparaban una defensa a vida o muerte.

El coronel Gúrtiev, un hombre enjuto de cincuenta años, dejó en 1914 el segundo curso del Instituto Politécnico de Petersburgo para alistarse como voluntario a la guerra ruso-alemana. Entonces era artillero, combatió contra los alemanes en Varsovia, en Baránovichi, en Chartorisk.

El coronel había consagrado veintiocho años de su vida a la ciencia militar, había combatido e instruido a cuadros de mando. Dos hijos suyos, tenientes, marcharon a la guerra. La mujer y una hija estudiante quedaron en el lejano Omsk. Y, en ese día solemne y lleno de peligros, el coronel evocó a los hijos tenientes, a la hija, a la mujer, a las decenas de jóvenes mandos instruidos por él, y evocó también toda su larga y modesta vida espartana, con el trabajo como único fin. Sí; había llegado la hora en que todos los principios de la ciencia militar, de la moral, del deber, que enseñó con rígida perseverancia a sus hijos, a sus alumnos, a sus compañeros de armas, debían ser puestos a prueba, y el coronel contemplaba con emoción el rostro de los soldados siberianos, de los hombres de Omsk, de Novosibirsk, de Krasnoiarsk, de Barnaul, camaradas que el destino había escogido para rechazar junto a él los ataques del enemigo. Los siberianos se acercaron, magníficamente preparados, hacia la gran línea de defensa. La división se había educado en una gran escuela antes de llegar al frente. El coronel

Gúrtiev entrenó a sus hombres con amor e inteligencia, severa e implacablemente. Sabía que, por muy dura que fuese la instrucción militar, los asaltos nocturnos de entrenamiento, o soportar el paso de los tanques estando en las trincheras y las largas marchas, la guerra en sí era mucho más dura y rigurosa. Tenía fe en la firmeza y en la fuerza de los regimientos siberianos. Lo había comprobado en el largo trayecto, salpicado únicamente por un incidente extraordinario: a un soldado se le cayó el fusil desde el tren en marcha; saltó, recogió el arma y corrió tres kilómetros hasta la estación para alcanzar el convoy que se dirigía al frente. En las estepas de Stalingrado tuvo ocasión de comprobar la firmeza de los regimientos el día en que, por primera vez, hombres no fogueados rechazaron con firmeza el súbito ataque de treinta tanques alemanes. Comprobó la resistencia de los siberianos durante la última etapa de la marcha hacia Stalingrado, cuando los hombres tuvieron que recorrer doscientos kilómetros en dos días. Y, pese a todo, el coronel seguía contemplando con emoción el rostro de los combatientes que ocupaban la línea principal, en el eje de la fuerza principal.

Gúrtiev confiaba en los mandos de su división. El joven coronel Tarásov, comandante del Estado Mayor, un hombre que desconocía la fatiga, era capaz de estar día y noche en un refugio sacudido por continuas explosiones, planeando, inclinado sobre los mapas, alguna incursión compleja. Su recto e implacable criterio, su hábito de mirar cara a cara a la vida, de buscar la verdad militar por amarga que ésta fuese, residía en su fe de hierro. Porque en este hombre delgado y porte juvenil, de baja estatura, con cara, hablar y manos de campesino, habitaba una fuerza indomable de espíritu y de pensamiento. Svirin, el adjunto al comandante de la división en cuestiones políticas, poseía una voluntad

firme, un pensamiento agudo y una modestia ascética; sabía permanecer tranquilo, sereno y distendido allí donde el hombre más alegre y de carácter templado se olvidaba de sonreír. Los comandantes de los regimientos, Markélov, Mijaliov y Shámov, eran el orgullo del coronel. Confiaba en ellos como en sí mismo. Todos en la división hablaban con cariño y entusiasmo de la serenidad de Shámov, de la voluntad indesmayable de Markélov, de las magníficas cualidades espirituales de Mijaliov, muy querido por el regimiento, siempre preocupándose paternalmente de sus subordinados, un hombre afable y simpático que ignoraba lo que era el miedo. Y, a pesar de todo, Gúrtiev miraba, conmovido, el rostro de sus oficiales, porque sabía cuál era el auténtico significado de ser el eje de la fuerza principal, mantener la gran línea de la defensa de Stalingrado. «¿Aguantarán, se mantendrán?», pensaba el coronel.

La división apenas había tenido tiempo de atrincherarse en la tierra pedregosa de Stalingrado, apenas se había retirado el mando de la división a una profunda galería excavada en los arenales de la orilla del Volga, apenas habían tenido tiempo de tender los hilos telefónicos, apenas empezaban a repiquetear los radiotelefonistas que comunicaban los puestos de mando con la artillería emplazada más allá del Volga, apenas se habían disipado las tinieblas de la noche, cuando los alemanes abrieron fuego. Los Junkers-87 estuvieron ocho horas consecutivas picando sobre el dispositivo de la división, ocho horas sin un solo minuto de interrupción estuvieron llegando, ola tras ola, los aviones alemanes, ocho horas estuvieron ululando las sirenas y silbando las bombas, ocho horas se estuvo estremeciendo la tierra, ocho horas estuvieron saltando en pedazos los restos de los edificios de ladrillo, ocho horas permanecieron en el aire las nubes de humo y polvo, aullaron

mortíferamente los cascos de metralla. Quien haya escuchado el gemir del aire abrasado por una bomba de aviación, quien haya sufrido la tensión de un asalto impetuoso de diez minutos de la aviación alemana, comprenderá lo que son ocho horas de ataque intenso de los bombarderos en picado.

Durante ocho horas los siberianos dispararon con todas las armas a su alcance contra los aviones alemanes, y, probablemente, a los alemanes debía de embargarles un sentimiento parecido al de la desesperación, cuando en esta tierra ardiente de la fábrica, envuelta en polvo negro y en humo, seguían crepitando porfiadamente las salvas de los fusiles y las ráfagas de las ametralladoras, los disparos breves de los fusiles antitanque, el rítmico e iracundo fuego de los antiaéreos. Parecía que todo ser viviente debía de haber sido abatido, aniquilado, pero la división siberiana, incrustada en la tierra, no se doblegaba, no se abatía, sino que seguía, tenaz e inmortal, manteniendo el fuego. Los alemanes pusieron en acción la artillería y los morteros pesados. El silbar angustioso de las granadas y el rugir de los proyectiles se unían al aullido de las sirenas, a las explosiones de las bombas de aviación. Así continuó hasta la noche. En un penoso y severo silencio los soldados rojos enterraron a sus camaradas caídos. Esto fue el primer día, el día de inauguración del nuevo alojamiento. Los morteros y los cañones alemanes no callaron en toda la noche, y muy pocos fueron los hombres de la división que lograron conciliar el sueño.

Aquella noche el coronel Gúrtiev se encontró en el puesto de mando con dos viejos amigos, a quienes no había visto desde hacía más de veinte años. Hombres que se habían separado jóvenes y solteros se encontraban con el pelo cano y el rostro lleno de arrugas. Dos de ellos comandaban

divisiones; el tercero, una brigada de tanques. Se abrazaron y aquellos que los rodeaban –los jefes de sus Estados Mayores, sus ayudantes, los mayores de la sección de operaciones– vieron lágrimas en los ojos de estos hombres canosos. «¡El destino nos ha reunido!», decían. Y, en efecto, había algo conmovedor y majestuoso en el encuentro de estos amigos de la juventud en aquella trágica hora, entre la nave de la fábrica en llamas y los escombros de Stalingrado.

Estaba claro que habían seguido el camino justo, ya que el reencuentro se había producido en el cumplimiento de un alto y difícil deber.

La artillería alemana tronó toda la noche. Apenas había salido el sol sobre la tierra removida por el hierro alemán, cuando aparecieron cuarenta aviones que efectuaron bombardeo en picado, y de nuevo comenzaron a zumbar las sirenas, de nuevo una oscura nube de polvo y de humo se levantó sobre la fábrica, ocultó la tierra, los talleres, los vagones destrozados, incluso las altas chimeneas se hundieron en la negra neblina. Aquella mañana el regimiento de Markélov no permaneció bajo tierra. Adelantándose al presumible ataque decisivo de los alemanes, salió de sus escondrijos, de sus refugios, de sus trincheras, abandonó sus madrigueras de cemento y de piedra y pasó a la ofensiva. Los batallones avanzaban a través de las montañas de escorias, a través de las casas en escombros, rozando el edificio de granito de las oficinas de la fábrica, a través de las vías férreas, a través de los jardincillos del arrabal urbano. Pasaron al lado de miles de horribles fosas abiertas por las bombas y sobre sus cabezas se cernía todo el infierno de las fuerzas aéreas alemanas. Un viento férreo les fustigaba la cara, pero ellos seguían avanzando, y, seguramente, una suerte de miedo supersticioso se apoderó

del enemigo: ¿eran hombres los que iban al ataque, eran mortales?

Sí, lo eran. El regimiento de Markélov avanzó un kilómetro, ocupó nuevas posiciones y se fortificó en ellas. ¡Sólo aquí sabe la gente qué representa un kilómetro! ¡Un kilómetro son mil metros, un kilómetro son cien mil centímetros! Por la noche los alemanes atacaron al regimiento con fuerzas muchas veces superiores. Avanzaban batallones de infantería alemana y tanques pesados, las ametralladoras cubrían de plomo las posiciones del regimiento. Soldados borrachos, provistos de automáticos, se arrastraban con tenacidad lunática. Sobre cómo luchó el regimiento de Markélov hablan los cadáveres de los combatientes, los amigos que oyeron cómo durante la noche y el día siguiente y de nuevo por la noche tabletearon las ametralladoras rusas, los hombres que oyeron cómo estallaban las granadas rusas. Sobre este combate hablan también los tanques alemanes destruidos e incendiados, los cementerios llenos de interminables hileras de cruces con cascos alemanes formados por secciones, por compañías, por batallones.

Sí, los siberianos eran simples mortales y pocos de ellos sobrevivieron, ¡pero cumplieron con su deber!

Al tercer día, los aviones alemanes se cernieron sobre la división no ya ocho horas, sino doce. Siguieron en el aire después de haberse puesto el sol, y, desde la alta oscuridad del cielo nocturno, surgía la voz ululante de las sirenas de los Junkers; como martillazos pesados y frecuentes, golpeaban las bombas sobre la tierra envuelta en humeantes llamas rojas. Cañones y morteros dispararon desde el alba hasta el crepúsculo contra la división. En la zona de Stalingrado, los alemanes operaban con cien regimientos de artillería. A veces, organizaban ataques repentinos de fuego, por las

noches ejecutaban un metódico fuego agotador y, simultáneamente, actuaban las baterías de morteros. Éste era el eje de la fuerza principal.

De pronto, varias veces al día los cañones y los morteros alemanes callaban; de súbito la fuerza opresiva de los aviones de bombardeo en picado desaparecía. Se hacía un extraño silencio. Entonces los observadores gritaban: «¡Atención!», y en las avanzadillas se empuñaban las botellas de líquido inflamable. Los fusileros antitanquistas abrían los sacos de lona de los cartuchos, los soldados limpiaban con la palma de la mano sus automáticos, los lanzadores de granadas se acercaban las cajas de las bombas de mano. Este breve lapso de silencio no suponía ningún descanso. Precedía al ataque.

Enseguida se oía el chirrido de centenares de orugas, el sordo roncar de los motores anunciaba el avance de la columna de tanques, y el teniente gritaba:

–¡Atención, camaradas! ¡Por la izquierda se infiltran unos automáticos!

A veces, los alemanes llegaban a treinta o cuarenta metros de su posición, lo que permitía a los siberianos ver sus caras sucias, sus capotes hechos jirones, les oían proferir amenazas y burlas en un deficiente ruso, y después, tan pronto como los alemanes se replegaban, de nuevo caían sobre la división con furia renovada los bombarderos en picado y la oleada del fuego de la artillería y los morteros. Nuestra artillería prestó un gran servicio en el rechazo de los ataques alemanes. El comandante de uno de los regimientos de artillería, Futenfírov, los jefes de las agrupaciones artilleras y de las baterías se encontraban en las posiciones avanzadas con los batallones, con las compañías de la división. Se comunicaban con las posiciones de fuego por medio de radiotransmisores; decenas de

poderosos cañones de largo alcance vivían en la orilla izquierda con el mismo aliento, con la misma inquietud, con las mismas alegrías y las mismas penas que los soldados de a pie. La artillería actuó notablemente: cubría con una barrera de acero las posiciones de la infantería, arrugaba como si fuesen de cartón los blindados superpesados contra los que nada podían hacer los antitanques. Segaba, igual que una espada, a los automáticos que se protegían tras el blindaje de los tanques. Ora se desplomaba en la plaza, ora en los puntos de concentración secretos. Volaba los polvorines y hacía saltar por los aires las baterías de morteros. Jamás, en toda la guerra, la infantería había sentido tal amistad, tal poderosa ayuda de la artillería como en Stalingrado.

En el transcurso de un mes, los alemanes realizaron ciento diecisiete ataques contra los regimientos de la división siberiana. Hubo un día terrible en el que la infantería y los tanques alemanes lanzaron veintitrés ataques. Y los veintitrés fueron rechazados. Durante todo el mes, a excepción de tres días, la aviación alemana estuvo sobrevolando de diez a doce horas diarias sobre la división. En total, en todo el mes, trescientas veinte horas. La sección de operaciones calculó la cifra astronómica de bombas que los alemanes arrojaron sobre la división: cifras con cuatro ceros. De índole similar son las cifras que determinan el número de incursiones aéreas alemanas. Y todo concentrado en un frente de kilómetro y medio a dos kilómetros de longitud. Con este estruendo se hubiera podido ensordecir a toda la humanidad, con este metal y este fuego se habría podido incendiar y destruir un Estado. Los alemanes creían que de este modo conseguirían quebrar la fuerza moral de los regimientos de Siberia, pensaban que habían sobrepasado los límites de resistencia del corazón y los

nervios humanos. Pero, hecho asombroso, los hombres no sólo no se doblegaron, no sólo no enloquecieron, no sólo no perdieron el dominio de su corazón y de sus nervios, sino que incluso se hicieron más fuertes, más serenos. La gente callada y recia de Siberia adoptó una actitud más severa, más callada, las mejillas de los soldados rojos se hundieron, los ojos miraban sombríos. Aquí, en el eje de la fuerza principal de las tropas alemanas, durante las breves pausas de tregua no se oían canciones, ni música de acordeón, ni palabras alegres y ligeras. Bien al contrario, los hombres mantenían una tensión sobrehumana. Hubo períodos en que no durmieron durante tres y hasta cuatro días seguidos, y el comandante de la división, el canoso coronel Gúrtiev, hablando con sus soldados, escuchó con dolor lacerante las palabras de un combatiente que le decía en voz baja:

-Tenemos de todo, camarada coronel: novecientos gramos de pan por día, nos traen sin falta comida caliente en termos dos veces al día..., pero no tenemos apetito.

Gúrtiev estimaba y quería a sus hombres, y sabía que cuando el soldado «no tiene apetito» es que, verdaderamente, se encuentra en una situación límite. Pero ahora Gúrtiev estaba tranquilo. Comprendía que no existiría fuerza capaz en el mundo de mover de su posición a los regimientos siberianos. Los combates fueron enriquecedores en cuanto aportaron una experiencia grande y terrible a soldados y jefes. La defensa se perfeccionó, se hizo más eficaz. Ante las naves de la fábrica surgió un laberinto de construcciones de cemento: parapetos, trincheras de comunicación, pozos de tirador. Las construcciones defensivas fueron llevadas hasta muy lejos delante de las naves. Los hombres aprendieron pronto a maniobrar bajo tierra, a concentrarse, a desplegarse, a pasar de los talleres a las trincheras de comunicación o en sentido contrario,

variando su posición dependiendo de dónde descargara sus golpes la aviación enemiga y según dónde atacaran los tanques y la infantería alemana. Se construyeron «bigotes» bajo tierra, «tentáculos» a través de los cuales los cazadores de tanques se acercaban furtivamente a los blindados alemanes que se detenían a cien metros de los talleres. Los zapadores minaron todos los caminos que conducían a la fábrica; tuvieron que llevar las minas de dos en dos, debajo del brazo, como si fueran panes. El camino desde la orilla a la fábrica tendría de seis a ocho kilómetros y estaba por completo bajo fuego alemán. Colocaban las minas en la más profunda oscuridad, durante la madrugada, antes del amanecer, a veces a una distancia de treinta metros de las posiciones fascistas. Así se pusieron cerca de dos mil minas bajo las vigas de las pequeñas casas destruidas por el bombardeo, bajo las montañas de cascotes, en los embudos abiertos por proyectiles y granadas. Los hombres aprendieron a defender edificios grandes, haciendo un fuego nutrido desde el primer piso hasta el quinto, establecieron puestos de observación ante las mismas narices del enemigo, disimulándolos con extraordinario arte, aprovechando para la defensa los hoyos abiertos por las bombas y el complejo sistema de tuberías subterráneas de la fábrica para la conducción de gas, aceite y agua. Cada día que pasaba se iba perfeccionando el enlace entre la infantería y la artillería, y a veces parecía que el Volga ya no separaba los cañones del regimiento, sino que los cañones veían y en un abrir y cerrar de ojos reaccionaban ante el menor movimiento del enemigo, que se encontraban al lado de las secciones o de los puestos de mando.

Con la experiencia, creció también el temple de los hombres. La división se convirtió en un auténtico cuerpo único, maravillosamente organizado. Los propios hombres de

la división no percibían, no podían comprender o apreciar los cambios psicológicos que se habían efectuado en ellos durante el mes de permanencia en el infierno, en las avanzadillas de la gran línea del frente de Stalingrado. Ellos no advertían ningún cambio destacable: en los escasos minutos libres se lavaban en los baños subterráneos, les traían la comida caliente en termos, y Makarévich y Karnaújov, con las largas barbas de dos pacíficos carteros rurales, les traían a las avanzadillas, bajo las balas, en sus bolsas de cuero, periódicos y cartas de las lejanas aldeas de Omsk, de Tiúmén, de Tobolsk, de Krasnoiarsk. Seguían acordándose de su trabajo en la carpintería, en la fragua, en el campo. A los morteros alemanes de seis cañones los llamaban en broma «tontainas» y a los bombarderos en picado provistos de sirena, los «chillones» y los «músicos». Y cuando oían las amenazas que les proferían a voz en grito los soldados alemanes desde las ruinas del edificio vecino, «¡Eh, rus, bul-bul, entrégate!», se reían y se decían unos a otros: «¿Por qué será que los alemanes siempre beben agua pútrida, acaso no les gusta el agua del Volga?». A ellos les parecía que seguían siendo los mismos, pero los que venían de la orilla baja miraban con asombro respetuoso a aquellos hombres que no conocían el miedo, para quienes las palabras «vida» y «muerte» ya no tenían ningún sentido. Solamente ojos foráneos podían apreciar en su justa medida la férrea fortaleza de los siberianos, su indiferencia ante la muerte, la serena voluntad de unos hombres que debían soportar hasta el fin el duro destino de ocupar una línea de defensa donde había que resistir hasta la muerte.

El heroísmo se hizo hábito, se convirtió en el estilo de la división y de su gente, el heroísmo pasó a ser cotidiano, una costumbre de cada día. Heroísmo en todo y en todos. El heroísmo estaba en el trabajo de los cocineros que

mondaban patatas bajo el fuego de los proyectiles de termita. Había un noble heroísmo en la labor de las sanitarias -Tonia Egórova, Zoia Kalgánova, Viera Kaliadá, Nadia Kasterián, Liolia Nóvikova y muchas otras amigas suyas-, todas ellas estudiantes de Tobolsk, que vendaban a los heridos y les llevaban agua en el fragor del combate. Sí, visto desde fuera, el heroísmo habitaba en cada gesto ordinario de los hombres de la división. Estaba en la calma con que el jefe de la sección de transmisiones, Jamitski, se sentaba tranquilamente en un alto delante del fortín a leer novelas, mientras una decena de aviones de bombardeo en picado embestían, mugiendo, la tierra; estaba en el cuidado con que el oficial de enlace Batrakov se limpiaba las gafas y, después de guardar los partes en la cartera, emprendía los doce kilómetros de ruta a través del «barranco de la muerte» con la misma serenidad con que daría su paseo habitual de los domingos; estaba en la sonrisa que se dibujaba en el rostro del tirador de automático Kólasov, enterrado hasta el cuello entre los escombros de un fortín derruido por una explosión, cuando se dirigió al comisario Svirin; estaba en la sencillez con que la mecanógrafa del Estado Mayor, Klava Kopilova, una siberiana gordezuela de mejillas rojas, comenzó a copiar a máquina la orden del día en un blindaje antes de que una bomba la sepultara. Al ser salvada, fue inmediatamente a un fortín para seguir escribiendo hasta que una nueva explosión la volvió a enterrar entre los escombros. Pese a todo, concluyó su tarea de copiar la orden en un tercer blindaje, presentándola, por fin, al comandante de la división para su firma.

He aquí la gente que se encontraba en el eje de la fuerza principal.

Nadie mejor que los alemanes conoce su indoblegable tenacidad. Por la noche llevaron un prisionero al blindaje de

Svirin. Sus manos y su rostro, cubiertos de unas cerdas canosas, estaban completamente negras de mugre, y una bufanda de lana hecha un guiñapo le envolvía el cuello. Aquél era un alemán de las unidades de élite del ejército que servían de ariete para romper el frente. Era un miembro del partido nazi que había tomado parte en todas las campañas. Después del interrogatorio de rigor, le tradujeron la pregunta de Svirin:

–¿Cómo califican los alemanes la resistencia en el distrito de la fábrica?

El prisionero estaba de pie con la espalda apoyada en la pared de piedra del blindaje

–¡Oh! –dijo, y de pronto estalló en sollozos.

¡Sí, en el eje de la fuerza principal había verdaderos hombres, cuyos nervios y corazón se mantuvieron firmes!

Tras veinte días de asedio los alemanes lanzaron el asalto definitivo a la fábrica. El mundo jamás había conocido hasta entonces una preparación tan exhaustiva de una ofensiva. La aviación, los morteros pesados y la artillería estuvieron atacando ochenta horas seguidas. Durante tres días y tres noches todo se convirtió en un caos de humo, de fuego y de estruendo. El silbido de las bombas, el agudo alarido de las minas de los «tontainas» de seis bocas, el aullido de los proyectiles pesados, el prolongado grito de la sirena podían ensordecen a los hombres, pero solamente precedían al tronar de las detonaciones. La súbita llamarada de las explosiones resplandecía en el aire, el aullido del metal desgarrado se extendía por el espacio. Y esto se prolongó durante ochenta horas. A las cinco de la mañana, en cuanto cesaron las operaciones de la artillería, empezó el ataque de los tanques pesados y medios, las hordas borrachas armadas de automáticos, los regimientos de infantería. Los alemanes consiguieron abrirse paso hasta la fábrica, sus blindados

jadearon junto a los muros de los talleres, fragmentaron nuestra defensa, aislaron las posiciones avanzadas de los puestos de mando de la división y de los regimientos. Parecía que, privada de dirección, la división perdería su capacidad de resistencia, que los puestos de mando, bajo el golpe directo del enemigo, serían aniquilados. Pero ocurrió algo sorprendente: cada trinchera, cada parapeto, cada pozo de tirador, las ruinas fortificadas de las casas, se convirtieron en fortalezas con su propia dirección, con sus propios enlaces. Los sargentos y los soldados de filas pasaron a ser jefes que rechazaban con habilidad e inteligencia los ataques. Y en esta hora angustiosa y difícil, los comandantes y el personal del Estado Mayor transformaron los puestos de mando en fortificaciones y ellos mismos, como soldados de filas, repelieron la ofensiva enemiga. Shámov rechazó diez ataques. El jefe del tanque que defendía el puesto de mando de Shámov, un tipo enorme de pelo rojizo, después de disparar todos sus proyectiles y cartuchos, saltó a tierra y empezó a apedrear a los automáticos alemanes que se aproximaban. El propio comandante del regimiento disparaba un mortero. El comandante de regimiento Mijaliov, el preferido de la división, murió bajo una bomba que cayó en el puesto de mando. «Han matado a nuestro padre», lamentaban los soldados. El mayor Kuchnariov, sustituto de Mijaliov, trasladó su puesto de mando a una conducción de cemento armado que pasaba bajo las naves de la fábrica. Durante varias horas Kuchnariov, su jefe de Estado Mayor Diátlenko y seis jefes más lucharon a la entrada de esa conducción. Disponían de algunas cajas de granadas y con ellas rechazaron todos los ataques de los alemanes armados con automáticos.

Este combate, extraordinario por su encarnizamiento, se prolongó durante varias jornadas sin interrupción. Ya no se

peleaba por casas o por naves aisladas; se luchaba por cada rellano de escalera, por un recodo en algún pasillo estrecho, por un torno, por los espacios entre las máquinas, por los tubos de conducción de gas. Ningún hombre de la división retrocedió en este combate. Y si los alemanes ocupaban alguna posición, era señal inequívoca de que allí ya no quedaban defensores con vida. Todos lucharon como el gigante tanquista de pelo rojizo, cuyo apellido ni el propio Shámov conocía; como el zapador Kosichenko, que arrancaba con los dientes el seguro de las granadas porque tenía roto el brazo izquierdo. Era como si los caídos en la batalla transmitiesen su fuerza a los supervivientes, y hubo momentos en que diez bayonetas bien utilizadas mantuvieron con éxito la defensa que correspondía a un batallón. Las naves de la fábrica pasaron muchas veces de manos siberianas a manos alemanas; pero nuevamente los siberianos las ocupaban. En este combate los alemanes conquistaron varios edificios y talleres de la fábrica. En este combate los alemanes llevaron sus ataques hasta la máxima tensión. Fue su ofensiva más poderosa en el eje de la fuerza principal de defensa. Como si, al levantar este peso excesivo, se hubiese roto algún resorte interno que accionara su ariete demoledor.

La curva de la presión alemana empezó a descender. Tres divisiones alemanas -la 94.ª, la 305 y la 389- luchaban contra los siberianos. En el curso de estos ciento diecisiete ataques de la infantería, las fuerzas alemanas perdieron cinco mil vidas. Los siberianos resistieron esta tensión sobrehumana. Ante la fábrica quedaron esparcidas dos mil toneladas de metal de los tanques convertidos en montones de chatarra. Mil toneladas de proyectiles, minas y bombas de aviación cayeron sobre los patios y talleres de la fábrica, pero la división resistió el empuje del enemigo. No se retiró

de la zona de muerte, ni una sola vez volvió la vista atrás. Sabía que a su espalda estaba el Volga, el destino de todo el país.

Involuntariamente, uno no puede dejar de pensar en cómo se fraguó esta demostración extrema de tenacidad. Aquí salió a relucir el carácter nacional, la conciencia de la enorme responsabilidad, la recia y sombría tenacidad siberiana, la espléndida preparación militar y política, la rigurosa disciplina. Pero yo aún quisiera añadir otro rasgo que desempeñó un papel relevante en esta grande y trágica epopeya: la sorprendente pureza moral, el firme afecto que une a todos los hombres de la división siberiana. Este espíritu de sencillez espartana es patrimonio de todos los mandos de la división. Este espíritu se manifiesta en las pequeñas cosas de cada día, en la actividad sensata y silenciosa. He visto el amor que une a los hombres de la división en la pena con que hablan de los camaradas caídos. Lo he visto en las palabras que utilizó un soldado del regimiento de Mijaliov para contestar a una pregunta sobre cómo vivían:

–¡Qué puedo decir! Nos hemos quedado sin padre.

Lo he visto en el recibimiento conmovedor del viejo coronel Gúrtiev a la sanitaria Zoia Kalgánova, que regresaba al batallón después de haber sido herida por segunda vez. «¡Hola, mi pequeña!», dijo en voz baja Gúrtiev y, rápidamente, con los brazos tendidos, se dirigió hacia la delgada muchacha de pelo cortado. Únicamente un padre puede recibir así a su entrañable hija. Esta fe y este amor mutuos ayudaron a que, en el terrible combate, los soldados pudieran reemplazar a los jefes caídos, ayudaron a que los jefes y quienes trabajaban en el Estado Mayor empuñaran las ametralladoras, las granadas de mano, las botellas con

líquido inflamable a fin de detener a los tanques alemanes que avanzaban imparables hacia el puesto de mando.

Las mujeres y los niños nunca olvidarán a sus maridos y padres, caídos en la gran frontera del Volga. Imposible olvidar a estos hombres magníficos y fieles. Sólo hay una manera de que nuestro Ejército Rojo pueda honrar dignamente la sagrada memoria de todos aquellos que sucumbieron en el eje de la fuerza principal del enemigo: una ofensiva liberadora para la que no existan obstáculos. Abrigamos el firme convencimiento de que la hora de esa ofensiva está próxima.

Frente de Stalingrado,
20 de noviembre de 1942

Por los caminos de la ofensiva

El hielo flota por el Volga. Los témpanos hacen ruido al rozarse, chocan, se destrozan o se amontonan uno sobre el otro. Este sonido seco, que recuerda el crujido de la arena, se percibe a cierta distancia de la orilla. Casi todo el río está cubierto de hielo. Sólo aquí y allá pueden verse en esta ancha cinta blanca, que flota entre las orillas oscuras que no han sido amortajadas por la nieve, unas manchas de agua. El hielo blanco del Volga arrastra árboles y maderos. Un cuervo grande y sombrío sirve de remate a una colina blindada de hielo. Su plumaje es tan negro que se destaca sobre el fondo del oscuro ajeno.

Ayer pasó flotando por aquí un marino rojo muerto, vestido con una camiseta a rayas. Lo recogieron los marineros de un barco de carga. Estaba pegado al hielo y lo arrancaron con dificultad. Parecía no querer abandonar el Volga, en el que había combatido y perecido.

Los barcos y barcazas que navegan entre el hielo tienen un aspecto muy extraño. El humo negro que sale de las chimeneas de los barcos es arrastrado por el viento y se extiende sobre el río, se aferra a lo que encuentra en su camino y se desgarran en jirones al chocar contra los témpanos de contorno caprichoso. Las proas obtusas de los barcos machacan pausadamente la cinta blanca, y tras la popa la sombría agua vuelve a cubrirse del hielo procedente de Stalingrado. Jamás han navegado los barcos del Volga en temporada tan tardía. «Es nuestra primera navegación polar», dice el capitán del remolcador.

No es cosa fácil navegar entre el hielo. Las maromas se rompen con frecuencia, los marineros cortan los pesados cables y, balanceándose, saltan de un témpano resbaladizo y vacilante a otro. El capitán, de largos bigotes canosos y tez de color ladrillo, curtida por el viento, grita con voz ronca en la bocina. El barco cruje por la tensión mientras se acerca a la barcaza, presa entre los hielos. No obstante, este paso del río funciona día y noche: las barcazas llevan municiones, tanques, pan y caballos. Y si el paso temible, el paso de fuego que hay allí arriba, cerca de la ciudad, asegura la defensa de Stalingrado, éste de abajo, el paso de hielo, asegura la ofensiva de Stalingrado.

El grueso de las fuerzas alemanas asaltó las casas y las calles, las fábricas y las huertas de Stalingrado durante noventa días. Durante noventa días las divisiones que defendían la ciudad rechazaron el empuje sin precedente de miles de cañones, tanques y aviones alemanes. Los combatientes al mando de Rodímtsev, Górojev, Gúrtiev y Batiuk resistieron centenares de ataques furiosos. Gracias a su voluntad, a su corazón de hierro y a la sangre derramada generosamente, Stalingrado rechazó la avalancha enemiga. El anillo que cercaba nuestra defensa se hacía cada vez más

estrecho; cada vez era más difícil el contacto con la orilla cubierta de hierba y más tenaces los asaltos. Agosto fue un mes muy duro en la defensa de Stalingrado. Más aún lo fue septiembre; y octubre presencié la máxima furia del empuje alemán. Parecía que las fuerzas humanas no podrían resistir el fuego desencadenado sobre la ciudad. No obstante, los combatientes rojos lo resistieron. Quizá para ello hicieron falta fuerzas sobrehumanas. El hecho es que en la hora temible nuestro pueblo encontró esas fuerzas. El enemigo no logró cruzar la línea de defensa del Volga.

Ojalá nuestra ofensiva sea digna de la defensa de Stalingrado, ojalá sirva como monumento vivo, temible y llameante a los que cayeron defendiendo el Volga, defendiendo Stalingrado.

Mientras cruzábamos el Volga navegaron a nuestro encuentro unos barcos que llevaban a remolque gabarras con prisioneros rumanos. Éstos vestían unos miserables capotillos verdes llenos de agujeros y unas gorras blancas y altas. Brincaban y se frotaban las manos heladas en un intento de quitarse el frío. «Por fin han visto el Volga», decían nuestros marineros. Los rumanos miraban taciturnos el agua, el hielo crujiente, y en sus rostros se leían sus pensamientos, tan poco alegres como aquella negra agua invernal.

Todos los caminos que llevan hacia el Volga hormigean de prisioneros. En la extensa estepa, uniforme y oscura, se les ve desde lejos. Sus gorras blancas se balancean al compás de su movimiento. Van en columnas de doscientos a trescientos hombres, o en pequeñas partidas de entre veinte y cincuenta. Una columna que se extiende a lo largo de varios kilómetros se desplaza lentamente, reflejando con su movimiento todas las sinuosidades del camino vecinal de la estepa. Esta enorme multitud de más de tres mil prisioneros

rumanos va escoltada por unos pocos combatientes. Un destacamento de doscientos prisioneros es escoltado habitualmente por dos o tres soldados rojos. Los rumanos marchan con cierto orden, algunos de ellos hasta guardan la alineación y marcan el paso, y esto les parece ridículo a los que se tropiezan con ellos. Algunos prisioneros hablan bastante bien el ruso y gritan: «¡La guerra no es necesaria, hay que marchar a casa, muerte a Hitler!». Los combatientes de la escolta dicen sonriendo: «Apenas nuestros tanques salieron a su retaguardia e interceptaron todos los caminos, se pusieron inmediatamente a vociferar que la guerra no es necesaria; pero antes, sin duda, no lo gritaban: disparaban, violaban a las muchachas aldeanas y apaleaban a los ancianos». Y los prisioneros siguen marcha que te marcha, haciendo ruido con sus calderetas y cantimploras. Van en multitudes; llevan cuerdas y trozos de alambre en lugar de cintos; se arrebujan en mantas de colores abigarrados. Entre risas, las mujeres exclaman: «¡Estos tíos son verdaderos gitanos!».

Las divisiones al mando del general Trufánov comenzaron la ofensiva una mañana nebulosa. Hacía frío. En el momento designado, la calma, que en la niebla parece mayor, fue sustituida por el tronar de los cañones y el horripilante aullido de las baterías de morteros de la Guardia. Apenas cesó el cañoneo surgieron de la niebla los tanques rusos. Los carros pesados ascendieron impetuosamente las escarpadas pendientes de las colinas; la infantería iba montada en ellos o los seguía a paso ligero. La niebla ocultaba el movimiento de los carros y de la gente, y desde el observatorio no se veían más que los pálidos fogonazos de la artillería. La cota central fue asaltada por el batallón al mando del teniente Babáyev. Los primeros en alcanzar la cima fueron el suplente de Babáyev, teniente Matusovski, los tenientes Makárov y

Iolkin, y los combatientes Vlášov, Fomín y Dodojin. El sargento primero Kondráshev irrumpió en un fortín rumano y empezó a machacar a los ametralladores a culatazos. Los rumanos levantaron las manos. Cuando la niebla se disipó, desde el puesto de mando se pudo ver que la cota central, entre la falda y la cresta, hormigueaba de capotes grises rusos. Los cañones pesados rumanos emplazados en las vaguadas y en las contrapendientes de las colinas se acallaron uno tras otro. Y cuando sonaron los timbres de los teléfonos de campaña y los enlaces llegaron corriendo con los partes de los jefes de compañía y de batallón, en los que se comunicaba que las tres cotas dominantes habían sido tomadas al asalto por la infantería, los tanques y regimientos motorizados irrumpieron impetuosos por la brecha abierta en el dispositivo enemigo.

Seguimos las huellas de los tanques en ofensiva. A lo largo de los caminos yacen cadáveres rumanos y cañones abandonados, camuflados con hierba seca de la estepa y con sus bocas apuntando el este. En las vaguadas vagan unos caballos que arrastran los tirantes cortados; los camiones destrozados por la artillería despiden un humo negruzco; en los caminos están tirados los cascos con el escudo real rumano, millares de cartuchos, granadas de mano y fusiles. Ante nosotros, un fortín rumano. Al lado de un nido de ametralladora vemos un montón de vainas cubiertas del hollín de la pólvora. En la trinchera de comunicación blanquean unas hojas de papel, unas cartas y la tierra parda de la estepa que, empapada de sangre, ha adquirido un color de ladrillo. Allí mismo están tirados unos fusiles con sus culatas destrozados por las balas rusas. A nuestro encuentro siguen llegando multitudes de prisioneros. Antes de enviarles a la retaguardia se les cachea. ¡Qué aspecto más ridículo y miserable tienen estos montones de prendas de mujeres

aldeanas, encontradas en los macutos y bolsillos de los rumanos! Hay pañolones de ancianas, pendientes, ropa interior, faldas, pañales y blusas de colores abigarrados. En el macuto de un soldado se han encontrado veintidós pares de medias de lana y en el de otro, cuatro pares de chanclos de goma de mujer, ya hechos trizas. Cada vez vemos más camiones y cañones abandonados. Encontramos a cada paso coches capturados que se desplazan hacia nuestra retaguardia. Hay entre ellos camiones y autos lujosos, carros blindados de transporte y coches del Estado Mayor.

Llegamos a Abganérovo.

Una campesina vieja nos habla de los tres meses vividos bajo los ocupantes.

-Nuestro pueblo está todo vacío. No se oye cacarear ni una gallina, no canta ningún gallo. No ha quedado ni una sola vaca. Los rumanos, esos pavos reales, lo han limpiado todo. Han apaleado a todos nuestros hombres sin excepción: a unos por no haber salido al trabajo; a otros por no haber entregado el trigo. En Plodovítaia han vapuleado al alcalde cuatro veces. Se han llevado a mi hijo inválido, y con él a una niña y un chiquillo que aún no ha cumplido los diez años. Ya hace cuatro días que les lloramos. ¿Dónde estarán, Dios mío?

La estación ferroviaria de Abganérovo está abarrotada de trofeos arrebatados a los alemanes. Hay aquí decenas de cañones pesados y centenares de piezas de artillería de campaña que, enfilados en distintas direcciones, parecen estar mirando perplejos alrededor. Se ven largas filas de camiones conquistados al enemigo, con los emblemas de sus divisiones y caprichosamente decorados con nombres femeninos. Las vías de la estación están repletas de trenes conquistados por nuestras tropas. Los alemanes habían logrado ya cambiar los carriles, y en los vagones de los

convoyes mixtos de carga puede uno leer los nombres de muchas ciudades y países conquistados por los hitlerianos. Hay aquí vagones franceses, belgas y polacos, pero cualquiera que sea el idioma en que está hecha la inscripción, cada uno de los vagones lleva pintada el águila imperial negra, símbolo de la esclavitud y la violencia. Hay en la estación convoyes cargados de harina y de maíz, de minas y de obuses de artillería, de grasa envasada en grandes latas rectangulares; hay vagones abarrotados de botas de fieltro sintético con gruesas suelas de madera, de gorros de piel de cordero, de aparatos técnicos, de reflectores. ¡Qué aspecto más mísero y deplorable tienen los vagones de carga convertidos en vagones sanitarios, con sus literas hechas apresuradamente y cubiertas de trapos sucios! Nuestros combatientes sacan de allí los sacos de tela sintética llenos de harina y los cargan en sus camiones. Cada saco lleva impresa un águila negra.

Al anochecer proseguimos nuestro viaje. Marchan las tropas, se balancean los negros fusiles antitanque, pasan corriendo impetuosamente unos cañones arrastrados por pequeños y poderosos automóviles. Los tanques avanzan con un gruñido sordo, los regimientos de caballería pasan al trote. Un viento frío que levanta el polvo y arrastra secos cristalillos de nieve se pasea por la estepa aullando y abofeteando a la gente. Los rostros de los soldados rojos, curtidos por el cruel viento invernal, han tomado un tinte amoratado. No es en absoluto fácil combatir con semejante tiempo, pasar las largas noches de invierno en la estepa, bajo los efectos de este viento penetrante y helado; no obstante, los hombres marchan animados, con la cabeza en alto, cantando. Esto es la ofensiva de Stalingrado. El estado de ánimo de las fuerzas es extraordinariamente bueno. Todos, empezando por los generales y terminando por los

soldados rasos, viven con el sentido de una gran responsabilidad, de la gran importancia de lo que está ocurriendo. El espíritu de la sensatez grave y sobria se deja ver en todas las operaciones militares, en la conducta de los jefes. En los Estados Mayores desconocen el descanso: han desaparecido las nociones de día y noche. Los jefes de las unidades y de los Estados Mayores trabajan con precisión, de modo serio e intenso. Se oyen voces tranquilas que dan órdenes breves. El éxito obtenido es grande, es indudable; no obstante, todos están dominados por un solo pensamiento: el enemigo está cercado y no se le debe permitir romper el cerco, es preciso aniquilarlo. Los hombres del frente de Stalingrado dedican su vida entera al cumplimiento de esta importante misión. Confiamos en que la ofensiva de Stalingrado será digna de la gran defensa de Stalingrado.

Stalingrado,
28 de noviembre de 1942

El Consejo Militar

Cuando se entra en los blindajes y en las viviendas subterráneas de los jefes y de los soldados rojos, de nuevo le entra a uno el deseo apasionado de guardar para la posteridad los magníficos rasgos de esta existencia sin igual. Estas lámparas y tubos de chimeneas hechos con vainas de proyectiles; estos vasos elaborados con balas de los proyectiles que se ven en las mesas junto a las copas de cristal; este viejo cenicero de loza con la inscripción: «Mujer, no hagas enfadar a tu marido», junto a una enorme granada antitanque; esta bombilla eléctrica opalina en el «despacho» blindado del jefe del ejército, Chuikov, y la sonrisa de éste cuando dice: «Tenemos hasta brillantes arañas de cristal.

Para algo vivimos en la ciudad»; este tomo de Shakespeare en el despacho subterráneo del general Gúrov y las gafas con montura metálica que han quedado sobre las páginas abiertas; este puñado de fotografías metidas en un sobre con la dedicatoria «a mi papaíto», encima de un mapa lleno de signos rojos y azules; este despacho subterráneo del general Krilov, con una modesta mesa escritorio sobre la que lleva a cabo su magnífico trabajo de jefe del Estado Mayor; todos estos samovares y gramófonos, estos azucareros azules familiares y estos espejos redondos con marco de madera colgados de las paredes arcillosas del subterráneo: toda esta vida, todos estos pacíficos utensilios sacados del fuego de los edificios en llamas; este piano en el puesto de mando del batallón de ametralladoras, con el que tocaban bajo el estruendo de los ataques alemanes; este elevado y noble estilo de las relaciones de unos con otros, esta sencillez y franqueza de los hombres ligados por lazos de sangre, por la memoria de los caídos, por los grandiosos trabajos y sufrimientos de los combates de Stalingrado. Cuando el jefe del 62.º ejército habla con el enlace y cuando el enlace se dirige al jefe del ejército, cuando el telefonista entra en el departamento del jefe del Estado Mayor a comprobar cómo funciona el aparato, cuando el jefe de división Batiuk da una orden a un combatiente, cuando el capitán de la compañía comunica al jefe de regimiento Mijáilov el parte con los resultados del combate nocturno, en cada cosa y en cada movimiento, en cada palabra, en cada mirada se siente este estilo especial de elevada dignidad, estilo que aúna en sí la más férrea y la más implacable disciplina, cuando a una sola voz miles de hombres se lanzan a la muerte, y la fraternidad y la igualdad de todos los hombres de Stalingrado: generales y soldados. ¡Que estos rasgos, que este estilo no quede sin

destacar por quien haya de escribir la historia de la batalla de Stalingrado!

Mucho se ha escrito sobre cómo se creó la gran defensa de Stalingrado, cómo se cimentó. Fue la gloria de nuestros hombres, la gloria de su valentía, de su resistencia, de su abnegación.

Entre los muchos factores que determinaron el éxito de nuestra defensa ocupa uno de los puestos de honor la hábil dirección del 62.º ejército. Sobre ella hay mucho que contar a nuestro lector. El jefe del ejército, Chuikov, el miembro del Consejo Militar, Gúrov, y el jefe del Estado Mayor, Krilov, fueron no sólo el cerebro de la operación, sino también el eje espiritual de la defensa de Stalingrado. Para mandar el 62.º ejército no bastaba con un pensamiento militar claro y sereno, no bastaba con una voluntad inquebrantable y tenaz. En esta gran hazaña fue necesario poner todo el corazón, toda el alma. Y las severas órdenes de los días de octubre no eran dictadas únicamente por el cerebro: también las dictaba el corazón. Y estas órdenes dictadas por el corazón encendían a los hombres como una llama, les impulsaban a realizar hazañas sobrehumanas, llenas de abnegación y perseverancia, pues en aquellos días las grandes gestas humanas no bastaban para resolver las tareas que tenían ante sí los combatientes del 62.º ejército.

El Consejo Militar compartía con los soldados rojos todas las penalidades de la defensa. Ocho veces cambió de emplazamiento el puesto de mando del ejército. En Stalingrado sabían lo que significaba el cambio del puesto de mando. Quería decir que sobre él habían caído toneladas de bombas y que se encontraba bajo el fuego directo de los automáticos. Cuarenta combatientes del personal del Estado Mayor perecieron en los blindajes del Consejo Militar. Hubo una noche terrible en que las llamas de miles de toneladas de

petróleo se alzaron desde los depósitos incendiados por las granadas alemanas y, rugiendo, se precipitaron sobre los blindajes del Consejo Militar. Las llamas se elevaban a una altura de ochocientos metros. El Volga ardía cubierto de petróleo inflamado. La tierra estaba en llamas, diluvios de fuego se precipitaban desde lo alto de la abrupta quebrada. Al jefe del Estado Mayor, que estaba trabajando en su blindaje y que sólo se dio cuenta de que todo ardía a su alrededor por la insoportable temperatura, le pudieron sacar en el último minuto a través de un río de fuego. Toda la noche la pasó el Consejo Militar en una estrecha faja de la ribera, entre las oscuras llamaradas rugientes. El jefe de una división de la Guardia, Rodímtsev, mandó al lugar del incendio a un grupo de combatientes. Al volver le comunicaron que el Consejo Militar se había trasladado. «¿A la orilla izquierda?», les preguntó. «No -le contestaron-; más cerca de las líneas de fuego.»

Hubo días en que el Consejo Militar se encontraba más cerca del enemigo que los puestos de mando de las divisiones y hasta de los regimientos. Los blindajes se estremecían como si se encontraran en el centro de un potente terremoto. Parecía que las gruesas vigas del entibado se cimbrearan como juncos elásticos, la tierra oscilaba bajo los pies y hubo que empotrar en el suelo las mesas y las camas, como en los camarotes de los barcos durante una tempestad. Sucedió a veces que los vasos y las copas se hacían añicos debido a la constante y rapidísima vibración. Las emisoras de radio no funcionaban, pues el continuado bombardeo estropeaba las lámparas. Los oídos ya no reaccionaban ante aquel estrépito, parecía como si dos agujas de acero se hubieran introducido por el pabellón del oído y se clavarán en el cerebro. En medio de esta tensión se pasaban el día, y durante la noche, cuando el bombardeo se apaciguaba, el

jefe del ejército, Chuikov, daba órdenes a los jefes de división sentado ante el mapa. Gúrov, con su aire tranquilo y cordial, aparecía inesperadamente en las divisiones y regimientos. Krilov continuaba su trabajo sobre los mapas, los planos y las tablas, escribía informes, comprobaba miles de cifras, pensaba. Y todos miraban el reloj y, con un suspiro, decían: «Pronto amanecerá y de nuevo tendremos jaleo».

Éstas eran las condiciones en que trabajaba el Consejo Militar del 62.º ejército. Cuando le pregunté a Chuikov qué había sido para él lo más penoso en esta batalla, me respondió sin titubear:

-Las horas en que quedaban interrumpidas las comunicaciones con las tropas. Imagínese usted que hubo días en que los alemanes destruyeron todas las transmisiones telefónicas con las divisiones; la radio dejó de funcionar debido a la trepidación de la emulsión de las baterías. Enviábamos a un oficial de enlace, lo mataban; enviábamos a otro, lo mataban. Todo temblaba y retumbaba a nuestro alrededor, y sin comunicaciones. Vivíamos esperando la noche, cuando al fin podíamos enlazarnos con las unidades... Para mí no ha habido nada más horrible ni más atormentador que esta sensación de amordazamiento e incertidumbre.

Conversábamos con el jefe del ejército en una larga noche de diciembre. A veces Chuikov prestaba atención y decía:

-Escuche usted; todo está tranquilo. -Y añadía con una sonrisa-: Palabra de honor, es aburrido.

Es un hombre alto, de rostro grande, moreno, con algunas arrugas, cabellos rizados, nariz grande y aguileña, gruesos labios y voz enérgica. Chuikov, hijo de un campesino de Tula, me recordaba no sé por qué a los generales de los tiempos lejanos de la primera guerra patria. Hace mucho trabajó en

un taller de talabartería de Petrogrado, donde elaboraba espuelas con «sonido argentino». Durante la guerra civil, a la edad de diecinueve años, mandaba un regimiento. Desde entonces es militar.

Para este hombre, la defensa de Stalingrado no era solamente un problema militar, por mucha importancia estratégica que tuviera. Sentía y vivía todo el romanticismo de esta batalla, su cruel y sombría belleza, la poesía de la guerra, la poesía de la defensa a vida o muerte, a la que obligaba con órdenes férreas a jefes y soldados. Para él esta batalla por Stalingrado era el triunfo y la gloria supremos de la infantería rusa. Cuando las negras fuerzas de la aviación, de los tanques, de la artillería y de los morteros alemanes reunidos por Von Bock, Todt y Paulus, que avanzaban en el sentido del eje principal, desplomaban todo su peso sobre nuestra línea de defensa; cuando el sol desaparecía entre nubes de humo negro y los cimientos de granito de los edificios se desmenuzaban como si fuesen de arena; cuando las resquebrajadas paredes maestras de las casas trepidaban a causa del estruendo de los motores de las divisiones de tanques y parecía imposible que quedara nada con vida en este infierno, entonces surgía de la tierra la inmortal infantería rusa.

Sí, toda la fuerza de la técnica alemana chocó aquí con el soldado de la infantería rusa, y Chuikov, para quien esta tierra regada de sangre era más cara y más bella que todos los jardines del paraíso, decía: «¿Cómo? ¿Derramar tanta sangre y elevarse hasta las alturas de la gloria para después retroceder? ¡No, eso nunca sucederá!». Enseñaba a los jefes a valorar al enemigo con juicio sereno y sensato. «No es tan fiero el león como lo pintan», decía, aunque sabía que algunos días el león alemán era verdaderamente feroz en la dirección del eje principal. Sabía que la apreciación

rigurosamente exacta del enemigo es una de las condiciones fundamentales de la victoria, y decía: «Sobrestimar al enemigo es perjudicial, subestimarle es peligroso». Hablaba con los jefes sobre el orgullo de ser militar ruso y les decía que el buen oficial antes deja que le corten la cabeza que la inclina ante las granadas alemanas. Tenía fe en el valor del militar ruso. Severo entre los más severos, no tenía la menor compasión con los cobardes y alarmistas.

Esta misma fe en la fuerza de la infantería rusa vivía en el general Krilov. En esta fe basaba su complicado trabajo, sus cálculos, sus previsiones. El destino le había reservado la suerte de ser desde el primer hasta el último día el jefe del Estado Mayor del ejército que defendió Odesa; después, jefe del Estado Mayor del heroico ejército que durante siete meses defendió Sebastopol, y por último, jefe del Estado Mayor del 62.º ejército que defendió Stalingrado. Este sereno y reflexivo militar de habla comedida y sosegada, de movimientos y sonrisa suave es quizás el general con mayor experiencia del mundo en la defensa de ciudades.

Esta ruda ciencia la aprendió entre el humo de los incendios y el tronar de las explosiones. Aprendió a trabajar metódicamente, a meditar sobre complicados problemas, sobre las intenciones del enemigo, a concebir en todos sus detalles maniobras y planes en circunstancias infernales, en las cuales ningún hombre de ciencia sería capaz de concentrarse en su pensamiento ni un minuto.

A veces le parecía que los combates de Sebastopol no habían terminado, sino que continuaban aquí, en Stalingrado; que el estruendo de la artillería rumana ante Odesa se fundía con el zumbido de los aviones que volaban en picado sobre las fábricas de Stalingrado. En Odesa los combates se desarrollaban en los alrededores de la ciudad, a quince o dieciocho kilómetros; en Sebastopol se acercaron a los

suburbios en los distritos del Norte y de los Astilleros, pero aquí tenían lugar en la misma ciudad: en las plazas, en las calles, en los patios, en las casas, en los talleres de las fábricas. Aquí los combates tenían la misma terrible fuerza que los de Sebastopol, pero a mayor escala: las masas guerreras que tomaban parte en esta batalla eran incomparablemente mayores. Y aquí fue al fin ganada la batalla. Para Krilov no se trataba sólo de la victoria del ejército de Stalingrado, sino también de la victoria de Odesa y Sebastopol.

¿En qué consistió la táctica del enemigo en los combates por las tres ciudades? Los alemanes emplearon en las tres batallas el método de roer nuestra línea de defensa de forma metódica y continuada, y dividir nuestros dispositivos y aniquilarlos por partes, en aquellos casos en que conseguían dividirlos. En estos combates el cálculo principal se basaba en la fuerza de los motores, en la aplicación de enormes masas de máquinas de guerra, en el aturdimiento. Esta táctica, desde el punto de vista militar, era buena. No sólo buena, sino acertada, pero tenía un vicio orgánico que los alemanes no podían evitar: la desproporción entre la potente fuerza de los motores y la imperfección de la infantería alemana. Y la cuña de acero que penetró por esta brecha fueron las divisiones de tiradores rusos magníficamente armadas que defendieron Stalingrado con su firmeza, con su inmortal bravura. En Odesa Krilov comprendió verdaderamente lo que representaba esta fuerza, midió sus posibilidades en Sebastopol y fue testigo y participante de su triunfo a orillas del Volga, en Stalingrado.

Si dentro de un cuarto de siglo los hombres que mandaban el 62.º ejército se encuentran con los jefes de las divisiones de Stalingrado, este encuentro será un encuentro de hermanos. Los viejos se abrazarán, se enjugarán las

lágrimas y empezarán a recordar los grandes días de Stalingrado. Recordarán a Bolvínov, caído en combate, a quien querían con ternura los combatientes por haber apurado con ellos hasta las heces la amarga copa de la vida del soldado, a aquel Bolvínov, que, con el cinto lleno de bombas de mano, se arrastraba hacia las avanzadillas del enemigo y decía a sus soldados: «No hay otro remedio, muchachos, hay que resistir». Recordarán como Zhóludev, cuando quedó enterrado en el blindaje con todo su Estado Mayor, se puso a cantar: «¡Amo, hermanos, amo, hermanos, la vida!». Recordarán la conducción de agua en la que vivía Rodímtsev y recordarán cómo el día en que su división atravesaba el Volga, los auxiliares del Estado Mayor se metieron en los tanques y defendieron la travesía. Recordarán cómo Gúrtiev quedó sepultado con su Estado Mayor en una gruta y cómo sus amigos cavaron una salida. Recordarán que al jefe de división Batiuk, al ir a informar al jefe del ejército, le cayó una granada de gran calibre a los pies, que no explotó, y cómo Batiuk, meneando la cabeza siguió andando con una mano metida entre las solapas del capote. Recordarán cómo el general Gúrtiev llamó por teléfono a su amigo, el general Zhóludev y le dijo: «Resiste, amigo, no puedo ayudarte en nada». Recordarán cómo Gorishni y Liúdnikov se encontraron en la helada orilla.

Recordarán muchas cosas. Recordarán, claro está, cómo Chuikov les apremiaba y cómo se sentía la tensión del combate no sólo por el camino hacia el blindaje del jefe del ejército, sino también en el mismo blindaje. Mucho habrá para recordar. Será una entrevista solemne y alegre. Pero también habrá en ella una gran tristeza, ya que no asistirán muchos a los que no es posible olvidar, pues todos, jefes de ejército y jefes de división, no podrán dejar de recordar la

gran gesta del soldado ruso que, con raudales de sangre, supo defender la patria.

Stalingrado,
29 de diciembre de 1942

El ejército de Stalingrado

El camino que conduce al batallón pasa por las vías férreas abarrotadas de trenes de carga, cubiertos de la nieve reciente caída durante la noche. Caminamos por un terreno baldío, sembrado de embudos abiertos por las bombas y los proyectiles. En la lejanía, sobre un túmulo, se divisan las oscuras sombras de los depósitos de agua donde están atrincherados los alemanes. Este solar está completamente a la vista de los francotiradores y observadores alemanes. Pero el combatiente delgadito de capote largo que va a mi lado marcha calmoso, sin prisa, y explica en tono tranquilizador:

-¿Piensa usted que no nos ven? Sí, nos ven. Antes atravesábamos estos lugares a rastras y de noche, pero ahora la cosa ha cambiado: economizan los cartuchos y las granadas.

De pronto, mi acompañante me pregunta si juego al ajedrez y al instante me aclara que él es un ajedrecista de primera y que hubiera llegado a ser maestro titulado. Jamás había tenido la oportunidad de entablar una conversación sobre este juego tan abstracto y noble sintiendo que sobre mí tienen puesta la mirada alemanes que economizan las balas. Respondí a mi acompañante de un modo bastante distraído, mientras me dejaba llevar por el pensamiento de si serían lo suficiente ahorrativos aquellos alemanes atrincherados en los depósitos de acero y hormigón. Pero a

medida que nos acercábamos a los depósitos, éstos se hacían menos visibles: se replegaban tras la cresta del túmulo.

Pasamos por los senderos que corren a través de uno de los talleres de una enorme fábrica de Stalingrado. A un lado quedan montones de chatarra, enormes cazos de los que se emplean para verter el metal fundido, chapas de acero y paredes derruidas. Los combatientes rojos están acostumbrados hasta tal punto a ver la destrucción que ha asolado el lugar, que pasan ante las ruinas sin fijarse siquiera en ellas. Por el contrario, provoca su interés y curiosidad algún cristal que por casualidad ha quedado intacto en la ventana de la oficina destruida de la fábrica, alguna alta chimenea que no ha sido perforada por los proyectiles, alguna casita de madera que se ha salvado de milagro.

-Fíjate, ¡qué extraño! Una casita sana -dicen al pasar, y se sonríen.

Y en efecto, tienen un aspecto conmovedor estos raros testimonios de una vida pacífica que han quedado incólumes en el reino de la destrucción y la muerte.

El puesto de mando del batallón está emplazado en el sótano de un enorme edificio de cuatro pisos, una de las grandes empresas industriales. Éste es el punto más occidental de nuestra línea del frente de Stalingrado, que penetra como un cabo en el mar entre las casas y construcciones ocupadas por los alemanes. El adversario está allí mismo, al lado, pero los soldados rojos se dedican a sus faenas con tranquilidad y sin prisas. Dos de ellos sierran unos maderos; otro los parte con un hacha. Pasan combatientes con unos termos grandes. Apoyado en el saliente medio desmoronado de una pared está sentado un combatiente, que se dedica con ahínco a un trabajo de ajustador: repara una pieza de un mortero averiado. Reflexiona antes de tomar una determinación sobre los

diferentes detalles de su trabajo, luego coge otra vez las herramientas y se pone a canturrear, lo mismo que un cerrajero en su taller.

El edificio muestra las huellas de la terrible labor destructora de los alemanes. En derredor resaltan las negras bocas de los embudos abiertos por las bombas alemanas «de quinientos». Las paredes y los techos de hormigón han sido derribados por las bombas de aviación que cayeron sobre ellos. El almacén de hierro, descoyuntado por la fuerza de las explosiones, pende y se dobla, lo mismo que una fina red de pescar rota por un enorme esturión. El muro que da al oeste ha sido destruido por la artillería de largo alcance y el del norte, de metro y medio de espesor, se ha venido abajo tras el impacto de un mortero de seis bocas. Un enorme tubo de granada de mortero, con las aletas de hierro de la parte superior abiertas como pétalos, yace en el piso de baldosas. Las paredes parecen picoteadas por las explosiones de los proyectiles ligeros y de las granadas. Pero aquí mismo, sobre el metal y la piedra desmenuzada por el fuego alemán, han sido levantados nuevamente por las manos de los combatientes muros rojos con largas y estrechas aspilleras. Esta fortaleza destruida no se entregó. Se mantuvo firme como puesto avanzado de nuestra defensa y ahora apoya con su fuego nuestra ofensiva.

Y hoy, lo mismo que ayer, se desarrolla aquí una guerra cruenta y justa. En algunos lugares, las trincheras cavadas por el batallón se encuentran a veinte metros del enemigo. El centinela oye cómo por las trincheras alemanas andan los soldados, oye sus riñas, que aumentan cuando hacen el reparto de la comida, oye durante toda la noche cómo el centinela alemán brinca para hacer entrar en calor sus pies ateridos dentro de las pobres botas destrozadas. Aquí todo está batido por el fuego, cada piedra sirve de punto de

referencia. Aquí hay muchos francotiradores, y aquí, en esas profundas y estrechas trincheras donde los hombres han cavado refugios y colocado hornillos con chimeneas hechas de vainas de proyectiles, donde se regaña con imperativo tono familiar al camarada que no quiere ir a cortar leña, donde se come apetitosamente con cucharas de madera el rancho traído en termos por las trincheras de comunicación, aquí, día y noche, reina la tensión de un combate a vida o muerte.

Los alemanes comprenden toda la importancia de este sector en el sistema de su defensa. No es posible asomarse ni un palmo del borde de la trinchera sin que se oiga inmediatamente el disparo de algún francotirador alemán. Aquí no ahorran las balas. Pero la pétrea y helada tierra, en la que están profundamente hundidos los alemanes, no les podrá salvar. Día y noche se oyen los golpes de picos y palas: nuestros combatientes van avanzando paso a paso, abren la tierra con su pecho y se acercan cada vez más a la cota dominante. Y los alemanes presienten que está cercana la hora en que ni el francotirador ni el ametrallador les podrán salvar. Les produce espanto aquel ruido de palas, quisieran que cesara aunque sólo fuera por un momento, por un segundo.

—¡Ruso! ¿Quieres fumar? —gritan.

Pero los rusos no responden. Entonces, el ruido de los picos y las palas queda apagado por el retumbar de las explosiones: los alemanes quisieran ahogar con los estampidos de sus granadas ese horrible y metódico trabajo de los rusos. En respuesta, desde nuestra trinchera vuelan también granadas. Pero apenas se disipa el humo y se acalla el estrépito, los alemanes vuelven a oír aquellos golpes de sepulturero. No, esta tierra no les salvará de la muerte. Esta tierra será la muerte para ellos. Cada vez más, por horas,

por minutos, los rusos se acercan venciendo la pétrea rigidez de la tierra invernal...

Pero henos de nuevo en el puesto de mando del batallón. A través de una pared destruida en la que se ha conservado un letrero: «Cerrad la puerta. Luchad contra las moscas», pasamos a un profundo sótano. Aquí, sobre la mesa, hay un rojizo samovar de cobre. Los soldados rojos y los jefes descansan sobre colchones de muelles, traídos de las casas vecinas destruidas.

El jefe del batallón, capitán Ilgachkin, es un joven chuvaco alto, delgado, de ojos negros y frente morena y amplia. En su cara, en sus ojos ardientes, en sus palabras se percibe el fanatismo y el frenesí de los habitantes de Stalingrado. Él mismo dice:

-Estoy aquí desde septiembre. Y ahora no pienso en nada más que en ese túmulo. Desde que me levanto por la mañana hasta la noche. Incluso cuando duermo lo veo en sueños. -Y golpeando con el puño la mesa, agrega agitado-: ¡Tomaré el túmulo, lo tomaré! El plan está trazado de tal modo que no puede caber en él ni un solo error.

En octubre, él y el combatiente rojo Riepa estaban absorbidos por una idea: derribar a los Junker 87 con el fusil antitanque. Ilgachkin realizó unos cálculos bastante complicados; teniendo en cuenta la velocidad inicial del proyectil y la velocidad media del avión, elaboró todo un cuadro para la corrección del tiro y así se construyó un «cañón antiaéreo» fantásticamente ingenioso. Clavaron en la tierra una barra de hierro, sobre ella colocaron un buje y en el buje encajaron una rueda de carro; el fusil antitanque fue fijado con unas rejas a los radios de la rueda, mientras que el cuerpo del fusil se encontraba entre ellos. E inmediatamente, el delgaducho y nostálgico Riepa derribó tres bombarderos Junker 87 alemanes.

Ahora, del fusil antitanque se ocupa el famoso francotirador de Stalingrado Vasili Záitsev. Le ha adaptado el colimador del fusil de precisión porque quiere destruir las ametralladoras alemanas colocando la bala por la misma aspillera. Y estoy convencido de que lo logrará. Záitsev es un hombre silencioso, del que en la división se dice: «Nuestro Záitsev es un hombre culto y modesto: ya ha matado a doscientos veinticinco alemanes». Goza de gran aprecio en la ciudad. A los jóvenes francotiradores educados por él los llaman *saitchata*², y cuando se acerca a ellos y les pregunta: «¿Tengo razón o no?», todos le responden a coro: «Sí, Vasili Ivanóvich, tienes razón». Ahora Záitsev está consultando con los técnicos, dibuja, piensa, hace anotaciones.

Aquí, en Stalingrado, se encuentra uno con mucha frecuencia a personas que no sólo dan en la guerra toda su sangre, toda su alma, sino también todo el poder de su inteligencia, toda la intensidad de su pensamiento. Cuántas veces he tenido ocasión de encontrar tanto a coroneles como a sargentos y simples soldados que, día y noche, tienen centrada la mente en una sola cosa, hacen cálculos, trazan planos, como si estos hombres que defienden la ciudad hubieran hecho suya la obligación de inventar algo y realizar experimentos aquí, en los subterráneos de esta ciudad en la que poco tiempo atrás se ocupaban de ello en los espaciosos laboratorios de institutos y fábricas muchos célebres profesores e ingenieros.

El ejército de Stalingrado combate en la ciudad y en el terreno de las fábricas. Y lo mismo que en otros tiempos los directores de las gigantescas factorías de Stalingrado y los secretarios de los Comités de Radio del Partido se sentían orgullosos de que precisamente en su distrito, y no en cualquier otro de la ciudad, trabajase un célebre stajanovista, así hoy los jefes de las divisiones se sienten

orgullosos de sus hombres famosos. Batiuk, riéndose, cuenta con los dedos:

-El mejor fracontirador, Záitsev, es mío; el mejor morterista, Besdidko, es mío; el mejor artillero de Stalingrado, Shuklín, es también mío...

Y lo mismo que en otros tiempos cada distrito de la ciudad tenía sus tradiciones, su carácter, sus particularidades, ahora las divisiones de Stalingrado, iguales en gloria y en méritos, se distinguen la una de la otra por múltiples particularidades y rasgos característicos. Ya hemos escrito acerca de las tradiciones de las divisiones de Rodímtsev y Gúrtiev. En la gloriosa división de Batiuk es habitual el tono de generosa hospitalidad ucraniana y de benévola y cariñosa ironía. Allí les gusta contar cómo Batiuk estaba parado junto a un blindaje cuando las granadas alemanas, silbando una tras otra, caían en el barranco, junto al jefe de artillería que intentaba salir de su refugio subterráneo; y mientras corregía el tiro en broma exclamaba:

-¡Dos metros más a la derecha! Bien. ¡Un metro a la izquierda! ¡Jefe de la artillería, cuidado!

También allí bromeaban hablando del legendario virtuoso en el disparo de mortero pesado, Besdidko. Y éste, que no conoce un solo fallo, que lanza las granadas con una precisión incluso de centímetros, se ríe y se enfada a la vez. Besdidko mismo, una persona de melodiosa y suave voz de tenor, de pícaro sonrisa ucraniana, que tiene en su haber 1.305 alemanes muertos, bromea cariñosamente a costa del jefe de la batería, Shuklín, que con un cañón dejó en un solo día fuera de combate catorce tanques enemigos.

-Disparaba con un cañón, precisamente, porque sólo tenía uno.

Aquí en el batallón son aficionados a las bromas, a contar anécdotas cómicas los unos de los otros. Cuentan cómo se

producen los inesperados choques nocturnos con los alemanes, cuentan cómo pescan las granadas alemanas que caen en el fondo de la trinchera y cómo las vuelven a lanzar a las trincheras alemanas, cómo «debutó» el día anterior el «tontaina» de seis bocas, incrustando los seis proyectiles en los blindajes alemanes; cuentan cómo al pasar el enorme cascote de una bomba de una tonelada, que fácilmente hubiera podido matar a un elefante, le cortó a un combatiente lo mismo que una navaja el capote, el chaquetón guateado, la guerrera y la camiseta, y no le hizo el más leve rasguño en la piel ni le hizo derramar una sola gota de sangre. Y al contar estas historias la gente se ríe, y uno mismo encuentra todo esto tan cómico, que no puede por menos de reír.

En el departamento contiguo del subterráneo de la fábrica están instalados los morteros de una compañía. Desde aquí se dispara, desde aquí observan al enemigo, aquí cantan, comen, escuchan la gramola.

Un fino rayo de sol penetra a través de una chapa que cubre la ventana del sótano. El rayo trepa lentamente por la pata de la cama, acaricia un borceguí del que allí duerme, juguetea con un botón metálico de su capote, luego llega a la mesa y, cuidadosamente, como si temiera una explosión, roza una bomba de mano que está junto al samovar. Sigue trepando más arriba, lo que significa que el sol se va poniendo ya y que se acerca la noche invernal.

Por lo general dicen: una noche de calma. Pero esto no se podía decir de aquella noche. Retumbó un largo sonido, luego se oyeron frecuentes explosiones de gran fuerza y todos los que estaban en el sótano dijeron a la vez: «Es el seis bocas». A continuación se oyeron las mismas explosiones, y después un ruido lejano y prolongado. Y pasados unos instantes resonó una detonación aislada. «El

nuestro de largo alcance bate desde la otra orilla», dijeron los que estaban allí sentados. Y aunque el tiroteo no cesaba ni un momento y la llegada del anochecer sólo se había podido apreciar en el oscuro y frío sótano porque el rayo de sol se arrastraba cada vez más arriba y ya se había acercado al techo negro y ahumado, aquélla era, a pesar de todo, una tarde tranquila.

Los combatientes rojos pusieron la gramola.

-¿Qué disco escuchamos? -preguntó uno de ellos.

Varias voces respondieron a la vez:

-El nuestro, aquel...

En ese momento sucedió algo extraordinario. Mientras el soldado estaba buscando el disco, pensé: «Qué bien estaría escuchar aquí, en este negro y ruinoso sótano, la *Canción Irlandesa* que tanto me gusta». Y, de pronto, una voz solemne y nostálgica entonó: «Tras la ventana brama la tormenta...». Por lo visto, esta canción era muy del agrado de los combatientes. Todos estaban sentados en silencio. Diez veces, por lo menos, repitieron el mismo estribillo: «Señora muerte, le rogamos que espere tras la puerta...». Estas palabras y la ingenua y genial música de Beethoven sonaban aquí con una fuerza indescriptible. En la guerra el hombre pasa por muchos sentimientos: ardientes, felices, amargos, conoce el odio y el hastío, conoce la pena y el miedo, el amor, la compasión, la venganza. Pero rara vez en la guerra visita a las gentes la melancolía. Mas, en estas palabras, en esta música concebida por un corazón grande y apesadumbrado, en este condescendiente y burlesco ruego: «Señora muerte, le rogamos que espere tras de la puerta...», se encerraba una fuerza indescriptible, una noble melancolía.

Y aquí, como nunca, experimenté el goce de la grandiosa fuerza del verdadero arte, sentí la alegría de que la canción

de Beethoven fuera escuchada con tanta solemnidad, como una misa, por los soldados que hacía ya tres meses se enfrentaban con la muerte en este edificio arruinado, mutilado pero no entregado a los fascistas.

Al son de esta canción, en la semioscuridad del sótano, evoqué en mi memoria el recuerdo solemne, palpable, de las decenas de hombres que defendieron y defienden Stalingrado, de los hombres que expresaban toda la grandeza del alma popular. Recordé al sargento Vlášov, severo, implacable, que comandó la travesía del río. Recordé al zapador Brizin, un hombre arrogante, moreno, de bravura a toda prueba y que luchó él solo contra veinte en una casa de dos pisos vacía. Recordé a Podjánov, que después de herido no quiso que le llevaran a la orilla izquierda. Cuando empezaba el combate, salía del subterráneo en que se encontraba la compañía de sanidad y, arrastrándose hasta la línea de fuego, disparaba su fusil. Recordé cómo el sargento Viruchkin, bajo un fuego intensísimo, retiraba los escombros del Estado Mayor de la división, que había quedado enterrado en la fábrica de tractores. Cavaba con tal furia e ímpetu que hasta le salía espuma de los labios, y sólo a la fuerza lograron apartarle de allí por miedo a que cayese muerto a causa de aquel esfuerzo sobrehumano. Recordé cómo hacía sólo algunas horas Viruchkin se había lanzado sobre un camión de municiones envuelto en llamas y había apagado el incendio. Y recordé también que el jefe de la división, el general Zhóludev, no tuvo tiempo de expresar su agradecimiento a Viruchkin, pues éste fue alcanzado por una granada alemana. Puede ser que en el flujo de la sangre guardara, heredada de sus antepasados, aquella bravura de guerrero que le hacía olvidarse de todo y lanzarse en ayuda de los caídos en desgracia. Puede ser que precisamente por eso dieran a su familia el apellido Viruchkin³. Recordé a

Vólkov, un combatiente del batallón de pontoneros. Herido en el cuello, con un omoplato fracturado, recorrió un trayecto de treinta kilómetros, a trechos arrastrándose, otros en los autos que cruzaban del hospital a la travesía, y cómo lloraba cuando lo llevaron de nuevo al hospital... Recordé a aquellos que murieron entre las llamas en la barriada de la fábrica de tractores, pero no abandonaron las casas envueltas en llamas y dispararon hasta la última bala. Recordé a aquellos que lucharon por la fábrica Barricada y por el túmulo de Mamaev, a aquellos que resistieron los ataques de los tanques alemanes en el parque de las Estatuas. Recordé el batallón cuyos hombres sucumbieron todos, desde el jefe hasta el último combatiente, defendiendo la estación ferroviaria de Stalingrado. Recordé el ancho y apisonado camino que conduce al barrio de los pescadores, situado a orillas del Volga, el camino de la gloria y de la muerte, las silenciosas columnas que marchaban por él en medio del ardiente polvo de agosto, en las noches de luna de septiembre, durante los temporales de octubre, a través de las nieves de noviembre. Marchaban con paso pesado los tiradores de fusil antitanque, automáticos, infantes, ametralladores, y guardaban un silencio austero y solemne; sólo se oía el ruido de sus armas y el crujido de la tierra bajo sus fuertes pisadas.

Y de pronto me acordé de una pequeña carta escrita por manos infantiles, una cartita que descansaba junto a un combatiente muerto en un fortín. «Buenos días, o puede ser que buenas noches. Salud, papaíto. Te echo mucho de menos. Vuelve pronto. Ven a casa. Quisiera verte aunque sólo fuera una hora. Te escribo y las lágrimas se me escapan de los ojos. Te escribe tu hija Nina.»

Recordé a aquel padre muerto. Seguramente estaría releendo la carta en su hora final, y aquella cuartilla

arrugada quedó allí, junto a su cabeza. ..

¡Cómo transmitir los sentimientos que me embargaban en aquellos momentos en el oscuro sótano de la fábrica que no se entregó al enemigo, cuando sentado allí escuchaba una canción solemne y melancólica y miraba las caras pensativas y graves de aquellos hombres que vestían el capote de soldados rojos!...

Stalingrado,
1 de enero de 1943

En el frente de Stalingrado

El 6 de agosto, el coronel general Yerémenko asumió el mando de las tropas del frente de Stalingrado. Aquellos fueron días duros y terribles. Un sol inclemente abrasaba la estepa: su ancha y turbia faz estaba velada por una nube de polvo liviano y seco. Ese polvo, levantado por millares de botas de soldados, por las ruedas de los carros y las orugas de los tanques y tractores, se elevaba alto, muy alto, y parecía que el despejado cielo se hubiera cubierto de una capa de plomo.

Los ejércitos se replegaban. Los hombres marchaban taciturnos. El polvo cubría su vestimenta, sus armas, se posaba en los cañones, en las lonas que cubrían las cajas de los documentos de los Estados Mayores, en las negras y esmaltadas tapas de las máquinas de escribir, en las maletas, los sacos y los fusiles caóticamente amontonados en los carros. Ese polvo seco y grisáceo penetraba en la nariz y en la garganta. Los labios, resecos, se agrietaban. Ese polvo penetraba en las almas y en los corazones, sembraba inquietud en los ojos de las gentes, circulaba por las arterias y venas y, por él, la sangre de los combatientes se tornaba

gris. Era un polvo horrible: el polvo de la retirada. Corroía la fe, apagaba el fuego del corazón, se alzaba turbio ante los ojos del artillero y del infante. Había momentos en que los hombres, presa de angustiosos sentimientos, se olvidaban del deber, de su fuerza, de sus terribles armas. Los tanques alemanes avanzaban con estrépito por los caminos. Día y noche se cernían sobre las travesías del Don los aviones alemanes de bombardeo en picado; a poca altura de los trenes de campaña pasaban raudos los Messer con un estridente silbido. Humo, fuego, polvo, bochorno...

Había momentos en que a la gente le parecía que en aquel aire caliente que ellos aspiraban con los labios resecos no había oxígeno y que se asfixiarían en el polvo áspero y gris. Aquellos días, los rostros de los combatientes que marchaban por los caminos estaban tan lívidos como los de los heridos que yacían en los trepidantes camiones. Aquellos días, los que marchaban arma al hombro sentían deseos de gemir y lamentarse como los que yacían, cubiertos de vendas sucias y ensangrentadas, sobre la paja en alguna aldea, esperando las ambulancias. El gran ejército del gran pueblo se retiraba.

Los primeros trenes de campaña del ejército en retirada entraron en Stalingrado. Por las alegres calles de la ciudad, junto a las lunas de los escaparates, junto a los quioscos pintados de azul que vendían refrescos de frutas, junto a las librerías y tiendas de juguetes, pasaban camiones llenos de heridos con rostro demacrado, coches de campaña con los guardabarros abollados, cajas agujereadas por las balas y la metralla, pequeños coches Emka con los parabrisas rajados por los impactos de las balas, coches con greñas colgantes de heno y maleza, coches cubiertos del polvo y del lodo de los caminos de la guerra. Y el aliento de la guerra quemó la ciudad, irrumpió en ella.

Un sello de inquietud apareció en el rostro de los habitantes de la ciudad. Parecía que todo era como antes y, sin embargo, todo había cambiado. Sólo las potentes fábricas continuaban vomitando negro humo. La industria de Stalingrado trabajaba día y noche. La fábrica Barricada y la de tractores se transformaron en el arsenal del frente de Stalingrado. Y a relevar a los caídos en la lucha cruenta y desigual, a relevar a los que habían muerto en Kotémikovo y Klétskaia, a relevar a los desaparecidos en las travesías fluviales, noche tras noche se dirigían al frente regimientos de artillería y batallones de tanques creados por el grandioso esfuerzo de nuestros obreros.

La guerra galopaba frenéticamente hacia Stalingrado. La ciudad se preparaba para convertirse en escenario de la guerra. Los Estados Mayores planeaban la defensa. Los cruces de las calles o los parques de la ciudad, en los que antes solían citarse los enamorados, eran marcados como posiciones tácticas ventajosas o, por el contrario, arriesgadas, con campo visual completo o limitado, expuestas más o menos al fuego, capaces de asegurar los flancos o reforzar el centro. La guerra llamó a las puertas de Stalingrado. Y aquellos entrañables caminos esteparios cubiertos de guindos silvestres, los barrancos, las colinas que aún conservaban los nombres que les habían puesto los bisabuelos se transformaron en vías de comunicación; el terreno accidentado, en cotas: la ciento dos/cero, la ciento veintiocho/seis, la ciento treinta/cinco.

El mando alemán creía ciegamente en la fuerza del poderoso ariete concentrado en el eje del golpe principal. Creía que no existía en el mundo una fuerza capaz de enfrentarse con el cuerpo de aviación del coronel general Richthofen, con los tanques y la infantería de Von Bock. Los alemanes avanzaban hacia el Volga y Stalingrado; los

alemanes se acercaban cada vez más a la ciudad, abriéndose paso por el sur desde Tsimliánskaia y Kotémikovo y por el noroeste desde Klétskaia. A los alemanes les parecía que la toma de Stalingrado y la salida al Volga eran problemas ya resueltos. Calculaban el plazo de un modo muy simple: tomaban la distancia que quedaba por recorrer y la dividían por el término medio de kilómetros que avanzaban a diario. Realizado este simple cálculo aritmético, Hitler anunció al mundo el día de la toma de Stalingrado.

Precisamente en aquellos graves días de la retirada de agosto llegó a la región de las aldeas incendiadas, a la región del humo, del fuego, del polvo seco y caliente, mientras en el aire turbio no se acallaba el ruido de los motores de las escuadras aéreas del coronel general Richthofen y la estepa entre el Don y el Volga se hundía bajo el peso de las columnas de tanques, de las divisiones de infantería y de los regimientos de artillería al mando de Von Bock, a esa región antes pacífica que se había transformado en infierno llegó el jefe del nuevo frente de Stalingrado.

Los alemanes, que pensaban sólo en cifras, suponían que aquel infierno humeante que habían creado no podía engendrar más que pánico, debilidad, apatía, falta de fe en un buen desenlace de la guerra para los rusos. Se frotaban ya las manos de satisfacción, pensando en que después de una continua retirada y de haber sufrido tantísimas pérdidas, allí, en las estepas donde vagan los camellos, cerca del desierto, los rusos, anonadados por sus reveses, no opondrían una seria resistencia ni defenderían la ciudad que se encontraba sobre la orilla alta y abrupta, teniendo a sus espaldas el kilómetro y medio de la anchura del Volga. En efecto, los rusos sabían que a sus espaldas se encontraba un río ancho y de curso veloz, pero también sabían que precisamente allí se decidiría el destino de Rusia.

Después de los sangrientos combates librados a orillas del Donetsk septentrional, del Oskol y del Don, las tropas rusas llegaron extenuadas a las puertas de la ciudad del Volga; pero no había fuerza en el mundo capaz de hacerles retroceder un paso más. ¿Cómo se creó, cómo surgió aquella firmeza? ¿De dónde brotó aquella fuente que llenó de energía a los hombres al borde de la escarpada ribera del Volga?

Los alemanes esperaban que su ariete avanzaría de acuerdo con las leyes de la progresión aritmética. Habían comprobado dichas leyes en Polonia y Holanda, en Francia y Bélgica, en Yugoslavia y Grecia, donde, al quinto día, las columnas alemanas marchaban con una rapidez dos veces mayor que el primer día, y al décimo día, dos veces mayor que al quinto. En Europa, los alemanes marchaban como un alud de las montañas, pero en los accesos de Stalingrado lo hacían como un carro que sube una empinada cuesta pedregosa.

Y ahora quiero hablar de la cosa más maravillosa, basado en una gran fe en la fuerza del pueblo y en su amor a la libertad.

El coronel general Yerémenko es un cincuentón grueso, robusto, en el cual la falta de agilidad en los movimientos debida a la gordura se compagina con la ligereza y la rapidez. Cuando Yerémenko se cala las gafas para leer un documento o mirar en el mapa, se parece a un maestro de provincia que se recreara leyendo un libro en la escuela después de clase. Pero cuando empuña repentinamente el auricular del teléfono para decir al jefe de artillería: «¡Intensifique el fuego! ¡Ataque como un buitre, como un buitre, sin darle tregua al enemigo!», cuando con frases rápidas y concisas ordena trasladar varios regimientos de artillería de un sector del frente a otro, cuando manda que

los antiaéreos abran fuego por sorpresa contra los aviones de transporte alemanes descubiertos en su ruta por la despoblada estepa, se siente y se ve que Yerémenko no es solamente el general de la defensa firme, granítica, sino también el de la maniobra ofensiva súbita y veloz.

El coronel general Yerémenko es un hombre de gran experiencia militar, que conoce la dura vida del soldado porque él mismo, en 1914, se lanzaba al ataque con la bayoneta calada y él mismo aniquiló a veintidós alemanes. Es un soldado convertido en general. Y cuando está dirigiendo una operación militar compleja, escuchando un informe o dando órdenes rápidas y breves, cuando conversa con algún general cuyas tropas han irrumpido en las trincheras enemigas y ordena a la aviación del frente que despegue hacia el combate, cuando de pronto descuelga el auricular y dice en tono enfadado: «¡Apresuraos, apresuraos a traer botas de fieltro!», uno comprende que para él la guerra es la realidad suprema de la vida, exenta por completo de ilusiones románticas.

-¿Quién quiere morir? -me preguntó con una risilla típica de su edad, y él mismo repuso-: Nadie.

Para Yerémenko, la guerra es la continuación de la vida, es la vida cotidiana. Las leyes de la guerra son leyes de la vida. No existen en ella los misterios kantianos de las «cosas en sí». Yerémenko valora a los soldados y a los generales con sencillez y sobriedad prácticas. Conoce las normas de conducta en la vida y en el trabajo de un padre de familia numerosa, que tiene la costumbre de quejarse de dolor de riñones, lo mismo que las de un jovenzuelo vehemente que no está acostumbrado a sopesar sus acciones.

-La mejor edad del soldado es entre los veinticinco y los treinta años -asegura Yerémenko-. A esa edad no se manifiesta aún el deseo de servir en el tren de campaña, no

se piensa de continuo en la familia y ya se ha atenuado el ardor juvenil. Al combatir, el soldado necesita no sólo fundarse en su valentía; también debe valerse de la experiencia, la sensatez y la astucia que aporta la vida.

Yerémenko conoce las vicisitudes de la guerra, por experiencia y por sus muchos años de labor militar. Él, uno de los organizadores de la defensa de Smolensk, se encontró en más de una ocasión con las fuerzas principales del enemigo y, por primera vez durante la Gran Guerra, vio quebrarse los planes de los alemanes, alterarse los ritmos y confundirse los caminos de avance de las columnas de tanques y soldados alemanes, que parecían infalibles. En ello reconoció la fuerza de nuestra defensa. Comprobó la fuerza de nuestra ofensiva cuando las tropas del frente de Kalinin que se hallaban bajo su mando rompieron las líneas del enemigo, ocuparon Peno, Andreapol y Toropets, y llegaron a las puertas de Vítebsk. Pero también conoció la amargura de los reveses y la fuerza traidora del enemigo durante la ruptura del frente por los alemanes en la dirección Briansk-Orel.

Conocía las veleidades de la fortuna militar, las eventualidades de la guerra y no consideraba aún derrotados a los alemanes en el período de nuestros grandes éxitos.

A la grandiosa epopeya de la defensa de Stalingrado le precedieron combates extraordinariamente enconados y heroicos en las estepas del sur de la ciudad. Al principio, los alemanes calculaban que desde allí se abrirían paso hasta la ciudad, pero fue allí donde tropezaron con un muro de resistencia férrea. Las tropas del general Shumílov rechazaban la presión del enemigo en una estepa llana, donde los alemanes podían desplegar ampliamente sus fuerzas, su aviación y sus agrupaciones de tanques. Allí, la guerra no se parecía en absoluto a la que se desarrolló

después en las calles y plazas de Stalingrado. Parecía diferenciarse como la noche del día de los combates que se libraron en las calles de dicha ciudad. Pero aquí, en la estepa desierta, se manifestaron por primera vez las notables cualidades –la firmeza y el sublime espíritu de sacrificio– que caracterizaron más tarde todos los combates por Stalingrado. Aquí, en la estepa, todo era distinto que en la ciudad. Aquí acontecían sucesos sorprendentes que, al parecer, no guardaban ninguna relación con la lucha por la ciudad. Aquí, cierta vez, un centinela divisó a una liebre metiéndose en un campo minado que él vigilaba. Acto seguido, un zorro marrón grisáceo, con su espesa cola erguida, se lanzó en persecución de la liebre metiéndose también en el sector minado. El centinela vio cómo los dos animalillos –el perseguidor y el perseguido– volaron al tropezar con las minas. Quiso acercarse a ellos, pero también cayó gravemente herido por los cascotes de una mina que estalló al roce de su bota. Mientras tanto, rodeando el campo minado, que había sido descubierto, aparecieron unos tanques alemanes en el extremo opuesto. El centinela herido hizo unos disparos de fusil para avisar a sus compañeros de la presencia del enemigo. Aquí, en la estepa, comenzó la batalla por Stalingrado. Aquí, los encargados de los cañones antitanque del sargento Apanásenko y de Kirill Guetman rechazaron los ataques de treinta tanques pesados. Aquí escribió su juramento, antes del asalto de un apeadero ferroviario ocupado por los alemanes, el obrero de la cuenca del Donetsk, Liájov. Aquí, en la estepa, pelearon los tanques kv del coronel Bubnov; pelearon de tal manera que hasta el día de hoy oímos hablar a diario de la maravillosa e invencible brigada de Bubnov. Aquí asaltaron una cota veinticinco combatientes de la Guardia de la unidad del coronel Denisenko; al quedar

quince, echaron cuerpo a tierra por unos instantes y reanudaron el ataque; volvieron a tumbarse cuando quedaron seis y prosiguieron su avance; otra vez buscaron el amparo de la tierra cuando quedaban tres y otra vez se levantaron ansiosos de estrangular al enemigo. Era tal la fuerza de aquellos hombres, que el último sobreviviente de los veinticinco siguió adelante, llegó a la cumbre y abrió fuego de ametralladora contra el enemigo, resguardado tras un tanque alemán incendiado.

Aquí, en la estepa, los alemanes no lograron abrirse paso hasta la ciudad desde el sur. Entonces concentraron todas sus fuerzas en el recodo del Don, rompieron nuestra defensa en el caserío Vertiachi y llegaron, con una columna de tanques, al extremo norte de la ciudad, donde se encuentra la fábrica de tractores. Esto aconteció el 23 de agosto de 1942.

El plan de los alemanes suponía la ocupación inmediata de las fábricas, de los puntos de travesía del río y, hacia el 25 de agosto, dominar por completo la ciudad de Stalingrado. Fue en aquel preciso momento cuando las fuerzas alemanas concentradas en el eje del golpe principal chocaron, cuerpo a cuerpo, con nuestro 62.º ejército.

Comenzó la gran batalla, cuyo curso seguían todos los pueblos del mundo con la respiración en suspenso.

El teniente general Chuikov fue quien asumió el mando del 62.º ejército en los momentos más decisivos de la batalla de Stalingrado. Chuikov se presentó en el puesto de mando del jefe del frente, instalado en un profundo sótano en el extremo oeste del Stalingrado en llamas. Desconocemos lo que Yerémenko le dijo a Chuikov al encomendarle esa dura labor. Aquella conversación quedó entre ellos dos. El jefe del frente conocía a Chuikov desde hacía muchos años; le conocía por su participación en las maniobras militares de

tiempos de paz y en las de la Gran Guerra. Conocía su valor, su indomable energía, su inquebrantable firmeza. Una vez marcado un objetivo, Chuikov no retrocedía. «Es un hombre que no se deja llevar por el pánico», decía el jefe del frente.

Grandiosa y dura fue la tarea que le tocó en suerte al general Chuikov. Pero su lema y el de sus ayudantes, Górojev, Rodímtsev, Gúriev, Gúrtiev y Batiuk, fue siempre «¡Resistir hasta la muerte!». Y demostraron su fidelidad a este lema en las inauditas pruebas a que se vieron sometidos en la batalla de Stalingrado. Lealtad a este lema demostraron los jefes de los regimientos y batallones, de las secciones y de los pelotones de las unidades que combatieron en Stalingrado. Lealtad a este severo y noble lema demostraron muchos millares de soldados que no retrocedieron ni un solo paso de la línea de defensa que ocupaban.

El general Chuikov y sus ayudantes compartían con los soldados todas las dificultades de la lucha. En Stalingrado no existía una zona militar escalonada en profundidad. La ciudad que como una estrecha franja se extendía a lo largo de unos sesenta kilómetros a orillas del Volga, no tenía zonas de retaguardia ni avanzadillas. El Stalingrado reducido a un montón de cenizas y escombros se trocó en ciudad-frente, ciudad-trinchera, ciudad-blindaje. Y en aquella trinchera en que día y noche se oía el estrépito de los disparos y de las explosiones, entre las llamas de los incendios y el rugido de los bombarderos alemanes, se hallaban el jefe del ejército, el teniente general Chuikov, los generales y coroneles, jefes de las divisiones y los soldados tiradores de automáticos, los zapadores, los antitanquistas, los artilleros y los infantes.

Cien días y cien noches trabajaron en ese infierno Chuikov y sus ayudantes. En ese infierno transcurría la puntual, acompasada e intensa labor de sus Estados

Mayores; en ese infierno se trazaban los planes de las operaciones, se reunían consejos de oficiales, se adoptaban las decisiones, se escribía y firmaban las órdenes de combate.

Al chocar con la extraordinaria firmeza del 62.º ejército, los alemanes comprendieron que si emprendían un ataque simultáneo en todo el frente, no tomarían Stalingrado. Por ello, decidieron descoyuntar nuestra línea de defensa, clavar cuñas en las posiciones del 62.º ejército y partirlo de la misma manera que se parte un tronco con ayuda de cuñas cuando éste se resiste a los pesados golpes del hacha. Merced a esfuerzos fenomenales y a incontables pérdidas, los alemanes lograron hincar en tres lugares el filo de sus cuñas dirigidas hacia el Volga. Pensaban que tenían que vérselas con un cuerpo de estructura parecida a la de la madera, y que las cuñas hendidas partirían el 62.º ejército. Pero se equivocaron. Con las cuñas clavadas en su carne el 62.º ejército seguía, como antes, unido, subordinado a la voluntad de su jefe, indestructible, indivisible, completamente entero. Y eso les parecía un milagro: ¡un ejército que se encontraba aislado de los servicios de retaguardia por el Volga caudaloso y otoñal, un ejército en el que habían penetrado tres afiladas cuñas alemanas... ese ejército continuaba luchando como un organismo íntegro, perfecto y poderoso!

¿Cómo se puede explicar este milagro? Los alemanes se habían equivocado. No comprendieron ni pudieron establecer la estructura orgánica, interior, del 62.º ejército. Pensaban que se trataba de madera, pero lo que tenían ante sí era acero de alta calidad, acero formado de cristalillos microscópicos, ligados por las potentes fuerzas de la cohesión molecular. ¡Cada uno de esos cristales era acero!

¡Y no hay, no ha habido ni podía haber en el mundo una cuña capaz de partir ese acero!

El prolongado repliegue no había desmoralizado a nuestras tropas, como esperaban los alemanes. En el polvo de los caminos esteparios, en el resplandor de las llamas que devoraban las aldeas crecía la amargura, crecía la ira, crecía la voluntad de morir pero no someterse a la violencia, a la tenebrosa fuerza de los esclavizadores e invasores alemanes. Este severo sentimiento se hizo común en todos los hombres del frente, desde el jefe supremo hasta el último soldado. Y este sentimiento era la base de la defensa de Stalingrado.

Tanto los oficiales como los soldados comprendían la gran responsabilidad que había recaído sobre ellos por el destino de su pueblo. Esta conciencia de que estaba impregnada toda la vida espiritual del 62.º ejército se manifestó en aquellas ocasiones en que soldados, cabos y sargentos, aislados a veces durante varios días de los puestos de mando, se hacían cargo ellos mismos de la dirección de sus unidades defendiendo hábil, astuta y sensatamente los puntos de apoyo, los blindajes y los edificios fortificados. Esta conciencia, en momentos graves y decisivos, transformaba a los soldados en jefes, privaba a los alemanes de la posibilidad de obstaculizar la dirección del combate, creaba una unidad monolítica.

Los hombres que combatieron en las filas del 62.º ejército ingresaron en la gran hermandad de la defensa de Stalingrado. Esta hermandad, más fuerte que los lazos familiares, unió a hombres de diversa edad y de diversas nacionalidades. Como símbolo de esta hermandad tengo hoy ante mis ojos la imagen de tres heridos que se dirigían con paso lento y trabajoso al puesto sanitario de urgencia. Anegados en sangre, marchaban abrazados, tambaleantes

por la debilidad, y se detenían a cada paso. Y cuando uno de ellos perdía las fuerzas, los dos restantes casi le llevaban auestas.

-¿Sois paisanos? -les pregunté.

-No. Somos de Stalingrado -repuso con voz ronca y débil el soldado ciego que marchaba en el centro, con los ojos vendados con una gasa sucia y ensangrentada.

Fuerza grande y unificadora para aquellos hombres del 62.º ejército fue la fe mutua, sellada con sangre, que nació en los combates por Stalingrado.

-El primero y más importante de los principios del arte militar sobre el que yo me baso es la preocupación constante e infatigable por las tropas -afirmaba el general Yerémenko-. Ante todo, es preciso colocar a nuestras tropas en condiciones más ventajosas que las del enemigo, conocer constantemente al adversario, preocuparse del suministro normal de municiones, equipos, ropas. -Yerémenko sonrió picarescamente y añadió con sencillez campechana-: Bueno, y que no falte algo caliente y nutritivo para comer.

Esta constante preocupación, esta solicitud paternal la sintieron todas las tropas del frente. La sintió el teniente general Chuikov, jefe del 62.º ejército, en los momentos más duros del combate, al recibir unas cartas breves y animadoras del jefe del frente y el potente apoyo de la artillería que se encontraba a disposición del mismo.

Esta preocupación constante la conoció muy bien el coronel Górojev, que se encontraba en el flanco derecho del 62.º ejército. Durante más de dos meses, sus tropas permanecieron aisladas de las vías de comunicación de la orilla derecha por dos cuñas alemanas. Comprimidas contra la orilla del Volga, se sostenían sobre un palmo de tierra. Y durante esos dos meses, en momentos de tensión sobrehumana, ¡cuántas veces oyó Górojev aquella voz

tranquila y amistosa, cuántas veces recibió breves saludos y el apoyo de la potente artillería de largo alcance y de los morteros de la Guardia!

En todo el frente de Stalingrado había una fe mutua, desde el jefe del frente hasta el último soldado. Y su más sencilla expresión fueron las palabras de un soldado, dirigidas al coronel general:

-Hace mucho tiempo que le conozco, mi general. En el Lejano Oriente estuve sirviendo a sus órdenes.

Los soldados conocen al coronel general. Pero también él conoce bien a sus soldados. Siempre habla con gran respeto y cariño de los combatientes del frente de Stalingrado.

-Aquí, en Stalingrado -dice-, nuestro soldado rojo ha demostrado toda la fuerza y la madurez espiritual del pueblo ruso.

El enemigo no logró romper nuestra defensa de Stalingrado, la fuerte estructura del 62.º ejército no cedió a la monstruosa presión del ariete alemán. Las poderosas fuerzas de cohesión que unen los cristales del acero demostraron ser más eficaces que el mal que venció a Europa.

El 62.º ejército resistió y triunfó. ¡Llegó el día en que el general Chuikov y sus ayudantes Rodímtsev, Górojev, Gúrtiev y Gúriev ordenaron abrir fuego contra las tropas alemanas que se encontraban cercadas en el sector de Stalingrado! Llegó el día en que el 62.º ejército pasó de la defensa al asalto y participó en la ofensiva de Stalingrado. La ofensiva, cuyo plan se gestó en los calurosos y polvorientos días de agosto, en las duras y sofocantes noches en que hasta el Volga llegaba el reflejo de los incendios de las orillas del Don, en que las llamas de Stalingrado encendían de odio los corazones de los soldados rojos, ¡esa ofensiva se realizó!

Ha quedado atrás la primera etapa de la batalla de Stalingrado, la batalla en la ciudad; la batalla durante la cual los obreros, al salir del recinto de los talleres para descansar, veían cómo los tanques alemanes rebasaban la colina y se dirigían a atacar nuestras líneas; la batalla durante la cual las lanchas blindadas de la flotilla del Volga entablaron combate con los tanques alemanes que aparecían en los muelles de Stalingrado; la batalla que se alzó con potentes alas sobre la estepa. ¡Tales cien días no había conocido el mundo! Allí en la estepa, las liebres, enloquecidas por el estruendo, se cobijaban en las trincheras de nuestros combatientes. Y los antitanquistas, acariciando los animalillos temblorosos, les decían:

-¡No tengas miedo, no permitiremos que los alemanes lleguen hasta aquí!

La primera etapa de esta batalla ha terminado. El coronel general Yerémenko está acostado en su cama de campaña, con su pierna herida sobre una almohada, e intercambia breves frases por teléfono con los jefes de los ejércitos.

El centro de los combates de Stalingrado se ha trasladado de las sombrías ruinas, de los estrechos callejones obstruidos por montañas de ladrillos, de los talleres fabriles a la vasta extensión de las estepas del Volga. ¡Sí, la primera etapa de la grandiosa batalla de Stalingrado ha terminado! Sus participantes esperan la merecida recompensa. Los coroneles Gúrtiev, Górojev y Saráiev han sido ascendidos a generales.

Millares de soldados y jefes han recibido condecoraciones.

Pero yo quisiera hablar de la mayor recompensa que se han ganado todos los soldados y jefes del frente de Stalingrado: el gran agradecimiento del pueblo.

En un recodo del Volga, cerca de una fábrica de Stalingrado, había una barcaza aprisionada por los hielos. En su bodega vivían seiscientos obreros con sus mujeres, madres e hijos que esperaban ser evacuados a la región del Transvolga. Cierta noche oscura y fría, en la bodega entró un hombre. Pasó entre los ancianos obreros de rostros sombríos, sumidos en tristes pensamientos. Pasó junto a las ancianas que guardaban un apesadumbrado silencio; pasó junto a una joven con huellas de sufrimiento en el semblante, que el día anterior había dado a luz un hijo sobre el húmedo entablado de la bodega; pasó junto a niños que dormían sobre un montón de bultos. Se acercó a la lamparilla y se puso a leer en voz alta: «Días atrás, nuestras tropas, que se encontraban en los accesos a Stalingrado, pasaron a la ofensiva contra las hordas fascistas alemanas...».

Y –¡oh, milagro!– parecía que el viento libre del Volga hubiese penetrado repentinamente en aquel antro sombrío y asfixiante. La gente lloraba. Lloraban las mujeres, lloraban los severos maestros metalúrgicos, lloraban los taciturnos y canosos ancianos. ¡Sean esas lágrimas de agradecimiento la gran recompensa del pueblo para quienes llevaron sobre sus espaldas el horrible peso de la defensa de Stalingrado, para quienes con su sangre defendieron Stalingrado!

Diciembre de 1942

1. Héroe de la épica popular rusa.

2. Gazapillos. Juego de palabras relacionado con el apellido Záitsev, derivado de la palabra *saiats* (liebre).

3. Palabra derivada del verbo *viruchat*, que significa «salvar», «tender la mano a alguien».

LA VIDA

Esta historia me la relató un compañero de viaje casual, un capitán enfermo de malaria. Se hallaba en medio de la carretera, expuesto a la fría lluvia, arrebuñado en una capa impermeable, y una sonrisa se esbozó en sus labios amoratados cuando levantó la mano.

Nuestro Usúrov detuvo el camión. El capitán se subió a la caja del vehículo y se sentó sobre la lona sucia y mojada que tapaba el montón de trastos viejos que llevaba consigo nuestro práctico Usúrov: una cama italiana capturada al enemigo, un cajón de obuses alemán, unas cubiertas viejas y varios depósitos pequeños y chirriantes de veinte litros de capacidad.

La carretera estaba en un estado lamentable. El camión se arrastraba fatigosamente, las ruedas patinaban a cada instante; a veces, el vehículo derrapaba y todos los ocupantes de la caja teníamos que agarrarnos a los laterales.

Dos veces nos vimos obligados a detenernos. El agua hervía en el radiador. Usúrov daba vueltas alrededor del camión, golpeaba con sus botazas las cubiertas, se agachaba a examinar las ballestas y pronunciaba esas terribles palabras de los chóferes, tan conocidas para todos los que viajan por los caminos y que siempre llenan de tristeza el corazón: «Le hemos dado dos golpes al diferencial», «la hoja maestra ya está lista», «no queda aceite en el cárter»...

Durante el viaje, el capitán enfermo, a quien le castañeteaban sin parar los dientes debido a la fiebre, nos contó esta historia. Después dijo: «Aquí está el puesto de sanidad. Yo me bajo aquí». El mayor Bova dio un puñetazo en

el techo de la cabina. Usúrov miró por la ventanilla y dijo con una sonrisa torcida:

-¿Acaso se puede parar en una pendiente tan pronunciada? Ya llevo dos meses sin frenos.

El capitán se apeó, dio las gracias y, lentamente, recogiendo los faldones de la capa, se dirigió por el pegajoso barro hacia una casucha que se columbraba a lo lejos.

Usúrov salió de la cabina, miró en derredor y dijo al tiempo que señalaba con el dedo:

-Ahí está la cuesta de la que hablaba. Tiene cuatrocientos metros. Unos veinte coches se han quedado tirados ahí; no pueden con ella ni los camiones de seis ruedas; hasta los americanos se quedan clavados. Parece hecha adrede para nuestra Colombina... -Dio una palmadita cariñosa al lateral de la vieja camioneta y entonó con alegría desenfadada-: *Recuerdas nuestras citas y el azul del cielo...* -Ocupó su asiento tras el volante y puso en marcha el motor.

Yo anoté la historia relatada por el capitán.

I

Hacía ya dos semanas que un pequeño destacamento de soldados rojos marchaba por la estepa del Donetsk, abriéndose paso con las armas a través de los poblados mineros que había destruido la guerra. Los alemanes los habían cercado en dos ocasiones y otras tantas veces, después de romper el anillo del cerco, el destacamento continuó su marcha hacia el este. Pero esta vez era imposible salir. Los alemanes habían sitiado el destacamento con un círculo compacto: infantería, artillería y baterías de morteros.

En contra de la lógica y la razón –por lo menos así se lo parecía al coronel alemán–, aquellos hombres no querían entregarse. El frente estaba a cien kilómetros; pero el puñado de hombres de la infantería soviética, guarecido entre las ruinas de un edificio que se alzaba sobre la misma mina, seguía haciendo fuego. Los alemanes disparaban contra ellos sus cañones y sus morteros día y noche. Acercarse era imposible: los soldados rojos tenían ametralladoras y fusiles antitanque. Su reserva de municiones debía ser muy numerosa: no escatimaban los cartuchos.

El asunto adquirió un carácter escandaloso. El mando del ejército alemán envió un radiograma irritado y burlón: «¿Necesita el coronel apoyo de artillería pesada y tanques?». El coronel, molesto y afligido, llamó a su jefe del Estado Mayor.

–Seguro que entiende usted –le dijo– que la derrota de este desgraciado destacamento no nos dará ninguna gloria, pero cada hora superflua de su existencia es una afrenta para mí, para cada uno de ustedes, para todo el regimiento.

Al amanecer comenzó la preparación con los morteros pesados para el asalto a las ruinas. Los proyectiles panzudos, amarillos, de unos dieciséis kilos de peso, avanzaban obedientes y certeros hacia el blanco. Parecía que cada metro de tierra estaba ya removido, excavado. Se habían consumido unos dos módulos de municiones, pero el coronel ordenó que no se suspendiera el fuego. Más aún: puso en acción la artillería del 105. El humo y el polvo se elevaron en columnas hacia el cielo y los altos muros del martinete se vinieron abajo con estruendo.

–¡Que continúe el fuego! –ordenó el coronel.

Las piedras volaban en todas direcciones mientras el armazón de hierro se rompía como si fuese hilo podrido y el

hormigón se pulverizaba. El coronel observaba con los prismáticos este horrible martilleo.

-¡Que no se interrumpa el fuego! -repitió.

-Seguramente hemos disparado ya cincuenta proyectiles pesados de mortero y treinta obuses contra cada ruso -calculó el jefe del Estado Mayor.

-¡Que siga el fuego! -insistió terco el coronel.

Los soldados tenían hambre, estaban cansados, pero no pudieron desayunar ni comer. Hasta las cinco de la tarde, el coronel no dio la orden de emprender el asalto. Los soldados se lanzaron hacia las ruinas desde los cuatro costados. Las tropas atacantes tenían fusiles automáticos, ametralladoras ligeras, poderosos lanzallamas, explosivos, bombas de mano y granadas antitanque, cuchillos, palas. Se acercaban más y más a las ruinas mientras ahogaban con un grito amenazador, en medio del estruendo y los chirridos, su miedo a los hombres guarecidos en el edificio que se alzaba sobre la mina.

El silencio acogió a los atacantes. Ni un disparo. Ni un movimiento. Los primeros en llegar a las ruinas fueron un pelotón de exploradores.

-¡Ruso! -gritaban los soldados-. ¿Dónde estás, ruso?

Callaban las piedras y el hierro. Naturalmente, la primera idea que les pasó por la cabeza fue que hasta el último de los rusos había sido machacado. Los oficiales ordenaron efectuar una rebusca minuciosa, desenterrar los cadáveres, establecer su número.

La búsqueda duro largo tiempo, pero no se encontró ningún cadáver. En muchos lugares había charcos sangrientos, vendas ensangrentadas, camisas en jirones también manchadas de sangre. Se encontraron cuatro ametralladoras ligeras retorcidas por los proyectiles alemanes. No había latas de conserva, ni paquetes de

concentrados de harina de mijo y de guisantes, ni trozos de galletas. En un agujero, un soldado de reconocimiento halló una remolacha a medio comer. Los alemanes, orientándose por un reguero de sangre, llegaron hasta la boca de la mina. De un gancho hundido en el entibado pendía una cuerda. Evidentemente, los rusos se habían descolgado por allí y se habían llevado consigo a los heridos. Después de atarse con cuerdas y proveerse de bombas de mano, tres soldados de reconocimiento comenzaron a descender por el pozo. El fondo no distaba mucho, estaba a menos de setenta metros de profundidad. Apenas los exploradores llegaron a la galería subterránea de la mina empezaron a tirar desesperadamente de las cuerdas. Los extrajeron sin sentido, cubiertos de sangre. Las heridas de arma de fuego que presentaban acabaron de confirmar que los rusos se encontraban en la mina. Era evidente que no podrían permanecer allí largo tiempo: la remolacha a medio comer que habían encontrado testimoniaba que los rusos carecían de víveres.

El coronel comunicó todos estos hechos a sus superiores y otra vez recibió del jefe del Estado Mayor del ejército un telegrama extraordinariamente lleno de hiel y de sarcasmo: el general le felicitaba por el inusitado éxito y expresaba su esperanza de que en los días venideros lograra vencer definitivamente la resistencia de los rusos. El coronel se desesperó. Comprendió que estaba haciendo un ridículo espantoso.

Después de esto se adoptaron varias medidas. Por dos veces se arrojaron al pozo papeles escritos en ruso donde se instaba a la rendición. El coronel prometía respetar la vida a los que se entregasen y prestar asistencia a los heridos. Las dos veces escribieron con lápiz en el papel la respuesta: «No». Después empezaron a lanzar al pozo bombas

lacrimógenas. Pero, por lo visto, la falta de difusión del aire impedía que el humo se extendiese por la galería subterránea. Entonces el coronel, ya fuera de sí, dictaminó que se reuniese a las mujeres del poblado minero y se les anunciara que, si los soldados rojos refugiados en la mina no se entregaban, todas ellas serían fusiladas con sus niños. Se ordenó a las mujeres elegir tres delegadas que deberían bajar a la mina y persuadir a los soldados rojos para que se rindieran, si deseaban salvar a las mujeres y los niños. En el caso que los soldados rojos se negaran a entregarse, el pozo de la mina sería volado.

Las delegadas eran mujeres mineras: Niusha Kramarenko, mujer de un entibador; Varvara Sótova, que antes de la guerra trabajaba en el lavado del carbón, y María Ignátievna Moiséyeva, de treinta y siete años y madre de cinco niños: el mayor de ellos, una chica, tenía trece años escasos. Las mujeres pidieron a los alemanes que dejaran bajar con ellas a la mina al viejo picador Koslov; tenían miedo a perderse si no las acompañaba alguien, porque los soldados rojos, después del ataque con gases, probablemente se habrían marchado a galerías más lejanas. El propio viejo se había ofrecido a ir con ellas. Los alemanes instalaron sobre el pozo un cabrestante y una polea y luego sujetaron una jaula a un cable que arrancaron del martinete destrozado.

Condujeron a las mineras hacia el pozo. Una muchedumbre de mujeres y niños iba llorando tras ellas. Las mineras lloraban también: se despedían de sus hijos, de sus familiares, del poblado, de la luz del sol.

-¡Niushka, Varka, Ignátievna! -gritaban las mujeres a más y mejor-. Todas nuestras esperanzas están puestas en vosotras! Convened a los muchachos, a esos golfos; si no

salen los malditos alemanes nos fusilarán a nosotras y a nuestros hijitos los ahogarán como si fueran gatos.

Las mineras clamaban a través de sus lágrimas:

-¿Creéis que no lo sabemos? ¡También nosotras tenemos hijos! ¡Ólechka, ven aquí, déjame que te mire! ¿Será posible que por esta cabezonería tengamos que morir todos? ¡No! Sacaremos de los pelos a esos locos rabiosos, les sacaremos los ojos a esos tontos. Les haremos comprender a cuantos inocentes condenan a la perdición.

El viejo Koslov iba delante, cojeando de la pierna izquierda: se la había aplastado en 1906, en el hundimiento del entibado de una galería de la zona oeste. Iba balanceando rítmicamente una lámpara minera encendida y quería apartarse cuanto antes de las mujeres vociferantes y llorosas: le echaban a perder el solemne estado de ánimo que se apoderaba de él siempre que descendía a la mina. Y ahora, engañándose a sí mismo, se imaginaba cómo el montacargas habría de descenderle a la mina, cómo la humedad se le pegaría a la cara, cómo entraría en el tajo largo y silencioso y alumbraría con su lámpara el agua oscura que rezumaba, que resbalaba por las vertientes y las vigas del entibado, recubiertas de grasiento polvillo de carbón. En la galería se quitaría la ropa, la doblaría, elegiría un sitio y se pondría a picar la hulla blanda. Al cabo de una hora, su compadre, el jefe de equipo de gases, vendría a verle y preguntaría: «¿Qué, picas?», y él se enjugaría el sudor y contestaría con una sonrisa: «¿Y qué voy a hacer? Pico mientras me quede vida. Qué, ¿nos sentamos a descansar?». Se sentarían los dos cerca del ventilador, dejarían en el suelo las lámparas, la corriente de aire le abanicaría el cuerpo negro, brillante de sudor, y hablarían sin prisas del grisú, de la nueva galería, de la vía que iba al túnel principal, y se burlarían del encargado de la

ventilación. Después, el compadre diría: «Bueno, Koslov, ni tú ni yo hacemos nada aquí», y tras reavivar la lámpara, se marcharía. Y él mismo asentiría: «Vete, vete, viejo», tomaría el pico y volvería a ponerse a picar entre el polvo tenue y negro. ¡Cuarenta años de ese trabajo no eran ninguna broma!

Pero por mucha prisa que se diera el anciano cojo, las mujeres no se quedaban a su zaga. El llanto y los gritos llenaban el aire. Pronto alcanzaron los tristes escombros del edificio que se alzaba sobre la mina. Koslov no había estado allí ni una sola vez desde el día en que el ingeniero Tatárinov, pálido y ventrudo, voló personalmente con sus manos trémulas los martinetes y las construcciones exteriores de la mina, que él mismo había construido. Eso había ocurrido dos días antes de la llegada de los alemanes.

Koslov miró a su alrededor y se quitó el gorro involuntariamente. Las mujeres lloraban y gritaban, y una lluvia fría y menuda caía sobre la calva del viejo y le picoteaba la piel. Pensaba que las mujeres lloraban por la mina difunta, pues él tenía exactamente la sensación de estar otra vez en el cementerio, en aquel día de otoño, cuando se acercó al féretro abierto para despedirse de su vieja. Los alemanes, con las esclavinas y los capotes puestos, charlaban, fumaban cigarrillos, escupían, como si toda esta muerte violenta fuera completamente natural.

Sólo uno de los soldados, picado de viruelas y con manos poderosas de campesino, contemplaba con aire tristón y sombrío las ruinas. «Parece que le da lástima –pensó el viejo–. Quizás haya sido también minero, picador o entibador.»

El viejo fue el primero en entrar en la jaula. Niusha Kramarenko clamó a voz en grito:

–¡Ólechka, ángel mío, hijita!

Una niña de tres años, descuidada, con un gran vientre hinchado por la remolacha y los granos de maíz crudos, miró con aire mohíno a la madre, como si desaprobara su actitud demasiado escandalosa. «¡Ay, no puedo! Me flojean los brazos y las piernas», gritaba Niushka. Le daba miedo el negro agujero donde estaban aquellos soldados rojos que se defendían con tanta furia. «¡Nos matarán a todos; en la oscuridad no nos distinguirán! -chillaba-. A nosotros nos matarán ahí abajo y a vosotros aquí arriba.» Los alemanes la empujaron a la jaula mientras ella les apartaba con los pies. El viejo quiso ayudarla pero perdió el equilibrio, y el cable le raspó dolorosamente la mejilla. Los alemanes se echaron a reír y Koslov, confuso, rugió de rabia:

-Entra, tonta, vas a la mina y no a Alemania. ¿Por qué alborotas tanto?

Varvara Sótova saltó, ágil y ligera, a la jaula y, echando una mirada a las mujeres y a los niños llorosos que le tendían las manos, gritó:

-¡No tengáis miedo, mujeres! ¡Los embrujaré a todos y los sacaré de ahí!

Sus ojos, anegados en lágrimas, brillaron de pronto alegres y pícaros. A Varvara Sótova le gustaba este viaje peligroso. Cuando todavía estaba soltera era conocida por su desenfado. Más aún: un poco antes de la guerra, siendo ya una mujer casada con dos hijos, los días de paga se iba con el marido a la cervecería, tocaba el acordeón y bailaba, haciendo sonar las pesadas botas claveteadas, con los jóvenes descargadores, compañeros suyos de trabajo en el lavado del carbón. Y hoy, en este minuto duro y terrible, Sótova, con los ojos relucientes, hizo con la mano un alegre ademán de aceptación de la fatalidad y exclamó: «¡Vivimos sólo una vez! No se puede cambiar lo que está escrito, ¿no es verdad, abuelo?».

María Ignátievna Moiséyeva pasó su pierna hinchada por encima del borde, jadeó, gimió y, al tiempo que decía: «Varka, ayúdame, no quiero que el alemán me toque; me las compondré sin él», entró en la jaula. Luego le dijo a su hija mayor, que tenía en brazos a un pequeño de unos dieciocho meses: «Lidka, da de comer a la cabra; encontrarás ramas partidas. No hay pan; cuece la mitad de la calabaza que sobró ayer en la cazuela de hierro que está debajo de la cama. La sal se la pides a Dmitrievna. Y ten cuidado con la cabra: que no se escape. Se la llevarían en el acto». La jaula osciló, Ignátievna perdió el equilibrio y se agarró al borde, y Varka Sótova le pasó un brazo alrededor de la cintura prominente. «¿Qué llevas en el pecho?», le preguntó con asombro. María Ignátievna, sin responder, dijo enfadada al cabo alemán:

—¿Para qué hacernos sufrir en balde? Ya que nos han metido aquí, bájenos.

Y el cabo, como si lo hubiera comprendido, hizo una señal a los soldados. La jaula empezó a descender. Unas tres veces golpeó contra el entibado verdioscuro con tanta fuerza que todos se tambalearon. Luego bajó suavemente; la humedad y las tinieblas envolvieron a la gente; la débil llama de la lámpara alumbraba el entibado podrido del pozo; el agua resbalaba silenciosa y brillante por él. La mina despedía frío y, cuanto más bajaba la jaula, más frío y más terror se sentía en el alma.

Las mujeres guardaban silencio. Se habían desprendido de pronto de todo lo que les era querido y familiar; el clamor de las voces, el llanto, los lamentos permanecían aún en sus oídos, pero ya el silencio riguroso del negro subterráneo las rodeaba, pesaba sobre su cerebro y sobre su corazón. Y súbitamente, pensaron por un instante en la suerte de los

hombres que llevaban ya tres días allí en lo hondo, en las tinieblas...

¿Qué pensaban? ¿Qué sentían? ¿Qué aguardaban, en qué confiaban? ¿Quiénes eran: jóvenes o viejos? ¿A quién recordaban, de quién se compadecían? ¿De dónde sacaban fuerza para vivir? El viejo alumbró con la lámpara una piedra blanca y lisa, hundida entre dos vigas, y precisó:

-Desde esta piedra hasta la galería hay treinta y seis metros: aquí está el primer horizonte. Ahora hay que procurar que oigan voces de mujeres; si no los muchachos dispararán contra nosotros.

Y las mujeres empezaron a gritar:

-¡Muchachos, no tengáis miedo, somos mujeres! -chilló Sótova.

-¡Somos de los vuestros, de los vuestros, somos rusas! -clamaba Niushka.

Y María Ignátievna repetía arrastrando las sílabas:

-¿Oís, hijitos? No disparéis.

II

A la entrada de la galería les recibieron dos centinelas con fusiles automáticos; cada uno de ellos tenía como una docena de granadas de mano colgadas del correa. Examinaron a las mujeres y al viejo, guiñando dolorosamente los ojos al débil resplandor de la lámpara, luego se taparon los ojos con la palma de la mano y volvieron la cabeza. Aun tamizada por una especie de tela metálica, la lengüecilla amarillenta de la llama, no más grande que el dedo meñique de un niño, les cegaba igual que el joven sol del verano.

Uno de ellos quiso ayudar a María Ignátievna a saltar de la jaula: le ofreció su hombro para que se apoyase en él. Pero al parecer no calculó bien sus fuerzas y cuando

Moiséyeva posó sobre él la mano abierta, perdió bruscamente el equilibrio y se cayó.

El otro centinela rompió a reír:

-¡Pero Vania!

No era posible advertir si eran jóvenes o viejos: tenían las barbas crecidas, hablaban lentamente, se movían con cautela cual si estuviesen ciegos.

-¿No tenéis algo de comer, mujeres? -preguntó el que había ayudado de forma tan desafortunada a María Ignátievna.

El otro le atajó con rapidez:

-Si tuviesen algo, se lo entregarían al camarada Kostitsin; él lo repartiría.

Las mujeres les contemplaban en silencio; el viejo alzó la lámpara y alumbró la alta bóveda de la galería subterránea.

-No está mal -murmuró-; el entibado se mantiene fuerte. Hicieron el trabajo a conciencia; que Dios les dé salud.

Un centinela permaneció cerca del pozo. El otro acompañó a las mujeres hasta el jefe.

-¿Dónde están ustedes instalados? -preguntó el viejo.

-Muy cerca de aquí, detrás de las puertas, a la derecha, corredor abajo: allí estamos.

-¡Vaya unas puertas! -exclamó asombrado Koslov-. Pero si es la puerta de ventilación. En la primera rampa...

El centinela caminaba a su lado. Las mujeres marchaban detrás.

A pocos pasos de la puerta de ventilación había dos ametralladoras que apuntaban hacia la entrada de la galería. Después de recorrer unos cuantos metros más, el viejo alzó otra vez la lámpara y preguntó:

-¿Duermen?

El centinela contestó con tranquila lentitud.

-No, están muertos.

El viejo proyectó la luz de la lámpara sobre los cadáveres vestidos con guerreras y capotes de soldados rojos. Sus cabezas, sus pechos, sus hombros, sus brazos estaban envueltos en vendas, en trapos que parecían roñosos por la sangre vieja, coagulada. Los cadáveres yacían en una hilera, estrechamente apretujados, lo mismo que si estuvieran calentándose. Algunos conservaban el calzado, del que asomaban trozos de los peales; dos tenían botas de fieltro, otros dos, botas altas militares, uno estaba descalzo. Tenían los ojos hundidos y sus rostros se hallaban recubiertos de espesa pelambre.

-¡Dios mío! -murmuraron las mujeres al tiempo que miraban a los muertos y se persignaban.

-Vamos; ¿por qué se detienen? -apremió el centinela.

Pero las mujeres y el viejo seguían contemplando los cadáveres, aspiraban con espanto su olor. Luego siguieron adelante. Desde un rincón de la galería principal llegó un débil gemido.

-¿Es aquí? -preguntó el viejo.

-No, éste es nuestro hospital -repuso el centinela.

Sobre tablas y sobre las puertas arrancadas del pozo de ventilación yacían tres heridos. A su lado había un soldado rojo; aplicaba una cantimplora con agua a los labios de un herido. Los otros dos permanecían completamente inmóviles, sin emitir ni un solo gemido. El viejo enfocó su lámpara hacia ellos. El soldado rojo que tenía la cantimplora preguntó:

-¿De dónde viene esta gente? -Y, al percibir las miradas de espanto que las mujeres dirigían a los dos soldados inmóviles, añadió-: Ya no les queda mucho, un par de horas a lo sumo.

El herido que bebía agua murmuró quedamente:

-Madrecita, si hubiera sopa de verdura agria...

-Nosotros somos una delegación -explicó Varvara Sótova.

-¿De quién? ¿De los alemanes? -preguntó el sanitario.

-Bueno, bueno -cortó el centinela-; ya se lo contarán todo al jefe.

El herido pidió a Koslov:

-¡Abuelo, alúmbrame aquí! -Y, suspirando profundamente, se incorporó y apartó el capote que cubría su pierna deshecha por encima de la rodilla.

-¡Ay, madrecita mía! -gritó Niushka Kramarenko-. ¡Ay!

El herido, con la misma voz queda, repetía: «Alumbra, alumbra», y no dejaba de incorporarse para ver mejor. Observaba tranquila y cuidadosamente su pierna como si fuese una cosa accesorio, extraña, sin poder convencerse a sí mismo de que aquella carne muerta, putrefacta, aquella piel negra como el hierro colado, comida de gangrena, formaba parte de su cuerpo vivo.

-¿Lo ves? -le reconvino al sanitario-; ya han llegado los gusanos; mira cómo se mueven. Ya le dije al jefe que no había por qué preocuparse de mí; si me hubieran dejado arriba, habría podido lanzar algunas granadas y luego me hubiera matado yo mismo.

El herido se miró de nuevo la pierna y dijo con disgusto:

-¡Mira cómo se mueven!

El centinela le atajó:

-No te trajimos sólo a ti y a esos dos. -Señaló a los heridos que yacían inmóviles-. También trajimos catorce muertos.

Niushka Kramarenko les interrumpió:

-¿Por qué ha de sufrir aquí? Debían haberle subido arriba; allí por lo menos le habrían lavado en el hospital y le habrían vendado.

-¿Quiénes? ¿Los alemanes? -preguntó el herido-: ¡Prefiero quedarme aquí y que me coman vivo los gusanos!

-Vamos, vamos -dijo el centinela-. Aquí no hace falta ninguna agitación, ciudadana.

-Espere -habló María Ignátievna, que se sacó del pecho un trozo de pan y se lo ofreció al herido.

El centinela extendió el brazo con el fusil automático y le advirtió en tono autoritario:

-Está prohibido. Cada miga de pan que hay en la mina debe ser entregada al jefe para que él la reparta. Vamos, vamos, ciudadanas. No perdamos tiempo.

Y reanudaron su marcha.

El destacamento se hallaba en un horno abierto en la primera galería occidental de la vertiente este de la mina. En la galería había ametralladoras e incluso dos morteros ligeros de compañía.

Cuando las mujeres desembocaron allí oyeron unos sonidos tan inesperados para ellas que se detuvieron de forma involuntaria. De la galería llegaba una canción. Alguien cantaba débil, cansinamente una canción desconocida para ellas, una canción triste, lúgubre.

-Es para entonar el espíritu en sustitución del almuerzo -explicó con seriedad el soldado que les acompañaba-. El jefe lleva dos días enseñándonos esa canción: dice que su padre ya la cantaba cuando fue deportado en tiempos del zar.

Una voz solidaria, traspasada de amargura, entonaba:

Nuestro enemigo no se mofó de ti, a tu alrededor estaban los tuyos.

Y todos nosotros, los que te queremos, cerramos tus ojos de águila.

-Escuchad, mujeres -pidió en voz baja y grave Niushka Kramarenko-; dejadme pasar la primera, yo sé poner en juego las lágrimas y los lamentos mejor que vosotras. Salta a la vista que estos muchachos son capaces de mantenerse en

sus trece aunque los alemanes fusilen allí arriba a nuestros pequeños.

El viejo se volvió bruscamente hacia las mujeres y exclamó con voz ahogada por la rabia:

-¿Es que habéis venido a convencerles, perras? ¡Merecéis que os fusilen!

El centinela que se hallaba en la entrada de la galería donde acampaba el destacamento se echó el automático a la cara.

-¡Alto o disparo!

-¡Somos mujeres! -gritó María Ignátievna y, dando un paso adelante, inquirió imperiosamente-: ¿Dónde está el jefe?

De la oscuridad salió una voz débil:

-¿Qué pasa ahí?

La lámpara alumbró a un grupo de soldados rojos medio tumbados sobre la tierra. En el centro se veía a un hombre alto, ancho de hombros, con una barba color castaño claro y todo manchado de polvo de carbón.

Los hombres sentados a su alrededor también se hallaban recubiertos de carbón y tenían las manos negras; el blanco de sus ojos resplandecía y en sus dientes había una nitidez como de nieve.

Al verlos, el viejo Koslov sintió que se le enternecía el alma: éstos eran los combatientes cuya fama resonaba por toda la cuenca del Donetsk. Y le parecía verlos ataviados con los gorros del Kubán, con sus rojos pantalones de montar, con los sables plateados, con los gallardos mechones escapando por debajo de los gorros de piel y las gorras de visera laqueada. Pero los rostros que le miraban a él eran rostros de obreros, negros de carbón, como los que tenían sus amigos entrañables, los picadores, los entibadores, los barreneros, los carreros. Y al verlos, el anciano picador

comprendió con todo su corazón que la suerte terrible y amarga que habían preferido al cautiverio alemán era también su propia suerte.

Miró enojado a María Ignátievna cuando ésta empezó a hablar.

-Camarada jefe -empezó ésta-, venimos a hablar con ustedes como una especie de delegación.

El jefe se levantó; era alto, ancho de espaldas y, al mismo tiempo, muy delgado, y enseguida se incorporaron tras él los soldados rojos. Llevaban chaquetones guateados y sucios gorros con orejeras; sus barbas estaban crecidas. Y las mujeres les miraban: eran sus hermanos, los hermanos de sus maridos, tal como salían de la mina después del trabajo, cubiertos de carbón, tranquilos, agotados de cansancio, guiñando los ojos a la luz.

-¿De qué se trata, delegadas? -preguntó el jefe con una sonrisa.

-Muy sencillo -respondió María Ignátievna-. Los alemanes han reunido arriba a todas las mujeres con sus hijos y les han dicho: «Enviad a algunas mujeres a la mina para que convengan a los combatientes de que deben rendirse; si no conseguís hacerlos subir, os fusilaremos a todas aquí mismo junto con vuestros hijos».

-Bien -dijo el jefe, y sacudió la cabeza-. Y tú, ¿qué contestas a eso, mujer?

María Ignátievna contempló el rostro del jefe, se volvió hacia sus dos compañeras y triste pero tranquilamente preguntó:

-¿Qué contestamos, mujeres? -y extrajo de su pecho trozos y cortezas de pan, galletas, remolacha hervida y algunas patatas sin mondar.

Los soldados rojos volvieron la cabeza y bajaron los ojos como avergonzados de mirar la comida, magnífica, increíble

por su aspecto, por su apetitosa fragancia. Les daba miedo mirar; aquello era la vida. Sólo el jefe observó fijamente el pan y las patatas cocidas.

-Esta contestación no es sólo mía. Unas viejecillas me trajeron estas riquezas -explicó María Ignátievna-; por el camino, yo no hacía más que temblar por miedo a que el alemán reparase en lo que llevaba debajo de la blusa.

Colocó toda la humilde ofrenda en un pañuelo, se inclinó profundamente, entregó todo al jefe y dijo por último:

-Perdone.

El jefe la saludó en silencio.

Niushka Kramarenko habló luego en voz baja:

-Ignátievna, yo, desde que he visto a aquel herido, desde que he visto cómo le comían vivo los gusanos, desde que he escuchado sus palabras, ¡me he olvidado de todo!

Pero Varvara Sótova miró a los soldados rojos con sus ojos sonrientes y resumió:

-Por lo visto la delegación ha venido en vano a la mina.

Los soldados rojos contemplaron su rostro juvenil.

-Tú puedes quedarte con nosotros -dijo uno-. Te casarás conmigo.

-Muy bien, pues me caso -aceptó Varvara-; pero ¿podrás dar de comer a tu mujer?

Todos se echaron a reír quedamente.

Las mujeres permanecieron más de dos horas en la mina. El jefe y el viejo picador conversaban en voz baja en un rincón apartado del horno.

Varvara Sótova se había sentado en el suelo; cerca de ella se apoyaba sobre un codo un soldado rojo de escasa estatura. En la semioscuridad, la mujer veía la palidez de su frente, los huesos faciales, profundamente marcados bajo la piel; las mandíbulas, los pómulos. Él miraba con fijeza -la boca entreabierta en un gesto infantil- el rostro y el pecho

pronunciado de la mujer. Una ternura femenina invadió el corazón de Varvara; le acarició con dulzura la mano, se acercó más a él. El rostro del soldado resplandeció con una sonrisa y le musitó con voz ronca:

-¡Ay! ¿Para qué habéis venido a sacarnos de quicio? Las mujeres, el pan, todo recuerda el sol.

Ella le abrazó bruscamente y, después de besarle en los labios, rompió a llorar.

Todos los que estaban sentados alrededor miraban en medio de un grave silencio; nadie bromeó ni se rió.

Todos callaban.

-Bueno, ya es hora de que nos marchemos -decidió Ignátievna, y se levantó-. Abuelo Dmitrich, ¿subimos o qué?

-Acompañaros hasta el pozo, sí, os acompañaré -afirmó el viejo picador-; pero no subo con vosotras. Arriba no tengo nada que hacer.

-Pero ¿qué dices, Dmitrich? -exclamó la Kramarenko-, aquí te morirás de hambre.

-Bueno, ¿y qué? Pues me moriré aquí, con mi gente, en la mina donde he trabajado toda la vida.

Lo anunció con una voz tan tranquila, tan clara, que todos comprendieron en el acto que sería inútil disuadirle. El jefe se adelantó:

-Bien, mujeres, no os enojéis con nosotros. Me parece que los alemanes sólo querían asustaros para hacernos caer en una trampa. Habladles de nosotros a vuestros hijos. Que ellos digan a sus hijos: «Nuestra gente sabe morir».

-Habría que darles cartas -propuso un soldado rojo-; así después de la guerra podrían enviarlas y nuestro saludo antes de la muerte llegaría a las gentes.

-No debemos escribir nada -repuso el jefe-. Seguramente las registrarán en cuanto suban.

Y las mujeres se separaron de ellos llorando, como si dejaran en la mina a sus maridos y a sus hermanos condenados a una muerte terrible.

III

Aquella noche, los alemanes arrojaron dos veces al pozo bombas fumígenas. Kostitsin ordenó cerrar todas las puertas de ventilación y que se obstruyeran las rendijas con carbonilla fina. Los centinelas llegaban hasta el pozo a través de las cámaras de aire y montaban guardia con las máscaras antigás puestas.

En la oscuridad, el sanitario se acercó a Kostitsin y le comunicó que los heridos habían muerto:

-No por los gases, sino de las heridas. -Y buscando a tientas la mano de Kostitsin, le entregó un trocito de pan.

-Minéyev no ha querido comerlo. Dijo: «Devuélveselo al jefe; a mí ya no me hace falta».

El jefe guardó en silencio el pan en su bolsa de campaña, donde se conservaban las reservas de víveres del destacamento.

Transcurrieron muchas horas. La lámpara de petróleo se había apagado; todos yacían en una oscuridad absoluta. El capitán encendió solamente por unos instantes su linterna de bolsillo; la batería y un hilillo rojo oscuro ardían con dificultad, sin fuerzas para vencer la inmensidad de las tinieblas. Kostitsin distribuyó los víveres que había traído Ignátievna. A cada hombre le tocaba una patata y un trozo de pan de unos sesenta u ochenta gramos.

-Qué, abuelo -preguntó luego al picador-, ¿te arrepientes de haberte quedado con nosotros?

-No -respondió el viejo-. ¿De qué he de arrepentirme? Aquí el corazón está tranquilo y el alma, limpia.

-Deberías contarnos algo, abuelo -rogó una voz en la oscuridad.

-Es verdad, cuéntanos algo -apoyó una segunda voz-; no te hagas de rogar; aquí todos somos obreros.

-¿De qué oficio? -interrogó el anciano.

-De oficios diferentes. Por ejemplo, el camarada capitán Kostitsin era maestro antes de la guerra.

-Enseñaba botánica en un instituto pedagógico -asintió, riéndose, el capitán.

-¿Ves? Y cuatro de nosotros somos ajustadores. Tres amigos míos y yo.

-Y los cuatro nos llamamos Iván. Cuatro Ivanes.

-El sargento Ladin era linotipista, y nuestro sanitario Gavrílov... ¿Está aquí?

-Aquí estoy -respondió una voz-; mi trabajo como sanitario ha concluido.

-Gavrílov era el encargado del depósito de herramientas de una fábrica.

-Luego está Fedka, que trabajaba de peluquero, y Kuzin, empleado en una fábrica de productos químicos.

-Éstas son todas nuestras tropas.

-¿Quién acaba de hablar? ¿El sanitario? -preguntó el viejo.

-Exacto. ¿Ves? Ya has aprendido a distinguirnos por la voz.

-Así pues, ¿entre vosotros no hay mineros, topos?

-Ahora todos somos topos -dijo una voz desde algún rincón apartado-; todos somos mineros.

-¿Quién ha hablado ahora? -preguntó el viejo-; ¿uno de los ajustadores?

-Uno de ellos.

Y todos se echaron a reír por lo bajo, perezosamente.

-Ya ves, nos ha llegado la hora de descansar.

-No, también ahora combatimos -concluyó Kostitsin-; estamos en una fortaleza asediada. Sobre nosotros concentramos la fuerza del enemigo. Y recordad, camaradas, que mientras uno de nosotros respire, mientras no se cierren sus ojos es un combatiente de nuestro ejército que continúa librando un gran combate.

Sus palabras habían sido pronunciadas en la oscuridad con una voz sonora, casi como un grito, y nadie vio a Kostitsin limpiarse el sudor que había aparecido en sus sienes por la tremenda tensión que le hizo falta para emitir esas palabras con fuerza.

«En efecto, es un maestro, un auténtico maestro», pensó el picador, y luego dijo en tono aprobatorio:

-Sí, muchachos, vuestro jefe habría podido mandar en nuestra mina como un verdadero director.

Pero nadie pudo ni siquiera intuir hasta qué punto eran elogiosas las palabras del anciano picador; nadie sabía que Koslov se había pasado la vida entera maldiciendo a los directores, porque no había en todo el mundo, decía, un hombre capaz de dirigir una mina tan famosa, cuyo pozo había abierto él mismo, Koslov, con sus propias manos.

En las tinieblas, el viejo, embargado por la fe y el amor a los hombres cuya suerte cruel y terrible compartía voluntariamente, explicó:

-Muchachos, yo conozco esta mina mejor de lo que el marido conoce a su mujer, mejor de lo que la madre conoce a su hijo mimado. Yo, muchachos, he trabajado toda mi vida en esta mina, desde que la abrieron hace cuarenta años. Únicamente en tres ocasiones falté al trabajo: en el año mil novecientos cinco durante la insurrección contra el zar, cuando me tuvieron catorce meses en la cárcel; en mil novecientos once, cuando me encerraron seis meses por agitación contra el zar, y por fin en mil novecientos dieciséis,

cuando me llevaron al frente y caí prisionero de los alemanes.

-¿Ves? -dijo una voz irónica-. A vosotros, los viejos, os gusta mucho alabaros. Cuando estábamos en el Don, un viejo cosaco no hacía más que jactarse delante de nosotros, nos enseñaba condecoraciones de los tiempos del zar, se burlaba de todo. Pero nosotros no iremos vivos al cautiverio, y tú sí fuiste.

-¡Tenías que haberme visto en el cautiverio! -gritó Koslov-. ¡Tenías que haberme visto allí! Me capturaron herido, sin conocimiento.

-¡Sargento, sargento! -amonestó, severo, Kostitsin.

-Perdone usted, camarada capitán. No ha sido con mala intención, sino por gastar una broma.

-Bueno. ¡Qué importa! -exclamó el viejo, y a oscuras hizo un gesto en señal de perdón; pero, naturalmente, no lo vio nadie. Y luego añadió con una voz sosegada-: Me escapé tres veces del cautiverio. La primera vez desde Westfalia; allí también trabajaba en una mina, en un trabajo parecido al de aquí, y en una mina como otra cualquiera; pero no podía, ¡de ninguna manera! Sentía que me faltaba el aire, que me era imposible trabajar allí.

-¿Y qué tal era la comida? -preguntaron al mismo tiempo varios hombres.

-¿La comida? Doscientos cincuenta gramos de pan y una sopa en la que se podía ver Berlín en el fondo del plato... Y ni una lagrimita de grasa. Agua hervida.

-Pues ahora bebería yo agua hervida.

Y, de nuevo, se oyó la voz del jefe:

-Merkúlov, recuerde usted mi orden: que no se hable de comida.

-Pero si yo hablaba de agua hervida. ¿Qué tiene que ver eso con la comida, camarada capitán? -respondió, bonachón

y fatigado, Merkúlov.

-Pues sí -continuó Koslov- allí estuve trabajando cosa de un mes, y luego crucé la frontera y me escapé a Holanda; pasé dieciséis días allí y me metí en un buque en dirección a Noruega. Sólo que no pudimos llegar. En el mar nos agarraron los alemanes y nos llevaron a Hamburgo. Allí me dieron de lo lindo, me colgaron de una cruz. Estuve colgado dos horas, un practicante me tomó luego el pulso, me rociaron con agua y, por último, me enviaron a Alsacia, a una mina; trabajo subterráneo también. Pero llegó nuestra revolución y volví a escaparme; entonces recorrí toda Alemania. En esta fuga me ayudaron los obreros alemanes. No hacía noche en las aldeas; prefería los poblados obreros. Y así fui marchando. Sólo me quedaban veinte versts para llegar a la frontera cuando me volvieron a echar el guante y otra vez me metieron en la cárcel. De allí me escapé por tercera vez. Llegué a la zona del Báltico, pero caí enfermo de tifus. ¿Será posible, pensaba, que no vuelva a la mina, será posible que tenga que morirme? Pero no: pude con los alemanes y pude también con el tifus. Me curé. Hasta el año veintiuno estuve en la guerra civil; fui a ella como voluntario. Y es que yo me sentía terriblemente indignado contra el viejo régimen; cuando era un muchacho muy joven ya repartía papeles, que nosotros llamábamos entonces octavillas.

-Sí, viejo, eres un hombre indómito -resumió un combatiente que estaba sentado junto a Koslov.

-¡Ay, hermano, tú no sabes cómo soy! -exclamó Koslov con pueril fanfarronería-. Yo soy un hombre trabajador, revolucionario, que al servicio de la verdad nunca escatimó nada. Vine aquí cuando me desmovilizaron, en abril. Casi había caído la noche. Recuerdo mi llegada. -Hizo una pausa para revivir los viejos recuerdos-. Llegué, sí, llegué. Y diré, hablando con franqueza, que no fui primero al poblado, sino

que vine directamente a la mina para ver el martinete. Estaba allí, inmóvil, y las lágrimas me corrían por la cara. Y no porque estuviese ni pizca de borracho: sólo lloraba. Juro por Dios que fue tal y como os lo estoy contando. Volvía a contemplar la mina, el elevador, y seguía llorando. Pero la gente ya me había reconocido, algunos fueron corriendo a avisar a mi mujer. Gritaban: «Tu Koslov ha resucitado, allí en la mina lo tienes, llora que te llora». Bueno, pues creedme: hasta su última hora, mi vieja no pudo perdonarme que fuese a ver la mina antes que a ella. «Eres un minero», me decía, «tienes un trozo de hulla en lugar de corazón.»

Calló otro momento y después prosiguió:

–Pero puedes creerme, camarada combatiente: a ti que, según he oído antes, eres también un muchacho obrero, te diré claramente que mi sueño ha sido trabajar toda la vida en esta mina y morir en ella.

Se dirigía al auditorio invisible en la oscuridad, como si lo formase un solo hombre. Le parecía conocer muy bien a este hombre, que era un viejo amigo suyo, un obrero con quien el destino le había hecho encontrarse después de los días horribles vividos bajo los alemanes y que ahora, sentado a su lado junto al horno, seguía sus palabras con atención y con amor.

–Bien, camaradas –dijo el jefe–. Camaradas, acercaos por la ración.

–Quizá deberíamos encender la luz –bromeó alguien–, por si alguien se acerca dos veces.

Y todos se rieron: tan insensata les parecía una acción tan vil.

–Vamos, ¿por qué no se acercan? –insistió Kostitsin.

Y de la oscuridad salieron voces:

–Venga, acércate tú... Abuelo picador, ponte el primero; acércate, abuelo; anda, coge tu ración.

Y el viejo apreció este noble gesto de aquellas gentes a quienes el hambre atormentaba. Había visto muchas cosas en su vida; más de una vez había visto a hombres hambrientos lanzarse sobre el pan.

Después del reparto de la comida, el viejo se sentó cerca de Kostitsin.

-Quedamos nueve, camarada Koslov, de los veintisiete que bajamos a la mina -le dijo éste en voz baja-. Los hombres están extraordinariamente agotados: ya no nos queda pan. Al principio temí que se irritaran unos contra otros cuando comprendiesen la gravedad de nuestra situación. Y debo decirle que hubo momentos en los que comenzaron a regañar por pequeñeces. Pero luego se produjo un cambio y en gran parte me felicito de haberlo conseguido; antes de su llegada tuvimos una conversación muy seria. Y así vivimos aquí: cuanto más difíciles se ponen las cosas, más estrechamente nos apretamos unos contra otros; cuanto más oscuro está todo, más unidos vivimos. Mi padre estuvo en la deportación cuando todavía era estudiante, en tiempos del zar, y desde niño sus recuerdos me impresionaron. Decía: «Había pocas esperanzas; pero yo confiaba». A mí me educó de este modo. «No hay situaciones desesperadas; lucha hasta el final, lucha mientras te quede aliento.» Y así lo he hecho. Es terrible pensar cómo hemos peleado este mes, las fuerzas que ha enviado el enemigo contra nosotros, y ya ve usted: nada. No nos hemos rendido a esa fuerza, la hemos rechazado. Quedamos nueve hombres, nos hemos hundido profundamente bajo tierra; sobre nosotros hay, quizás, una división de alemanes; pero no estamos vencidos: combatiremos y saldremos de aquí. No nos quitarán el cielo, el viento, la hierba; ¡saldremos de aquí!

El viejo le respondió también quedamente:

-¿Y por qué salir de la mina? Aquí está uno en su casa. Antes había veces en que alguien caía enfermo y no se iba al hospital... Permaneces acostado en la mina y ella te cura.

-¡Saldremos, saldremos! -aseguró Kostitsin en voz alta para que todos oyesen sus palabras-. Saldremos de esta mina; nosotros somos invencibles; ¡lo hemos demostrado, camaradas!

Pero apenas había acabado de hablar cuando una vibración pesada, lenta y sorda conmovió la bóveda y el suelo. El entibado crujió, se agrietó; bloques de roca cayeron al suelo; pareció por un momento que todo se removía alrededor y luego, de pronto, una onda alcanzó a los hombres tambaleantes, oprimió su pecho, les cortó la respiración. Hubo un momento en que casi se hizo imposible respirar: el polvo espeso y fino, que durante años enteros estuvo amontonándose en las bóvedas y en los entibados, se esparció y llenó el aire.

Una voz jadeante, medio ahogada por la tos, anunció:

-¡Los alemanes han volado el pozo! La mina será la tumba para todos nosotros...

Inmediatamente se oyó la voz testaruda y frenética de Kostitsin:

-¡No, no nos enterrarán, saldremos, lo oís, subiremos arriba, saldremos!

Una obsesión iracunda y sagrada se adueñó de la gente. Los hombres, cual embriagados por la idea que les dominaba, gritaban jadeantes, entre golpes de tos:

-¡Saldremos, camarada capitán, subiremos arriba, subiremos cueste lo que cueste!

IV

Kostitsin destacó a dos hombres para que fuesen al pozo. Les condujo el viejo picador. Era difícil avanzar: en muchos sitios la explosión había producido avalanchas y hundimientos del techo.

-Venid detrás de mí, agarraos a mi pierna -indicó Koslov, y se arrastró con segura facilidad a través de los montones de roca y de los hastiales derrumbados.

Halló a los centinelas a la entrada de la galería: los dos yacían en un charco de sangre tibia, que ya empezaba a enfriarse, con las manos sujetando firmemente los fusiles automáticos retorcidos por la explosión. Enterraron a los caídos cubriendo sus cuerpos con trozos de roca.

-Ahora no quedamos nada más que tres Ivanos -dijo uno de los combatientes.

El viejo husmeó largo rato por el patio subterráneo, llegó hasta el pozo y hurgó por allí apartando las vigas y las rocas, horrorizado del ímpetu de la explosión:

-¡Qué canallas! -murmuraba-. ¡Volar el pozo! ¿Dónde se ha visto nada igual? Es como si se golpease la espalda de un chiquillo con una estaca.

Se arrastró luego hacia algún lugar lejano, hasta que dejó de oírsele por completo. Los soldados llamaron un par de veces:

-¡Abuelo, eh, abuelo, vuelve, que el capitán espera!

Pero el viejo, sin darse por aludido, guardaba silencio.

-¿No habrá quedado enterrado? -preguntó uno de los combatientes, y volvió a gritar-: Abuelo picador, ¿qué revuelves por ahí? ¿Me oyes?

-¿Dónde andáis? -sonó la voz de Kostitsin desde la galería.

Se arrastró hacia donde estaban los combatientes y ellos le comunicaron la muerte de los centinelas.

-Iván Korénkov, el que quería enviar una carta con las mujeres -dijo Kostitsin, y todos callaron. Luego preguntó:- ¿Dónde está nuestro amigo?

-Hace rato que se marchó arrastrándose. Ahora le llamaremos otra vez -explicó un combatiente-. Aunque también se podría disparar una ráfaga de fusil automático; él lo oiría.

-No -dijo Kostitsin-; es mejor aguardarle.

Se sentaron en silencio; todos miraban hacia el pozo por si se veía alguna luz blanca. Pero las tinieblas eran compactas e infinitas.

-Los alemanes nos han enterrado, camarada capitán -dijo un combatiente.

-¿Qué dices? ¡No hay quien nos pueda enterrar! -respondió Kostitsin-. Nosotros sí que hemos enterrado a muchos de ellos y todavía habremos de enterrar a más.

-No estaría mal -dijo el segundo combatiente.

-Claro que estaría bien -aprobó, arrastrando las palabras, el que había hablado del entierro, y por sus voces Kostitsin comprendió que dudaban de su fe.

-Han metido una tonelada de explosivos, lo han hecho saltar todo -dijo.

A lo lejos se oyó como un roce entre las rocas; después todo volvió a quedar en silencio.

-Son ratas que corren -dijo un combatiente-. De todas formas, ¡qué destino tan duro! Desde mi infancia he andado metido en trabajos pesados; en el frente me dieron un arma pesada, el fusil antitanque, y ahora me ha tocado también una muerte pesada.

-Pues yo era botánico -dijo Kostitsin, y se rió como siempre que recordaba sus tiempos de botánico.

Esta etapa de su vida se le aparecía maravillosa, deslumbrante. Había olvidado sus profundos desacuerdos

con el catedrático, había olvidado que fracasó al defender su tesis y que tuvo que volver a defenderla con el amor propio herido. Aquí, en la profundidad de la mina cegada, el pasado se le representaba como un amplio laboratorio con las grandes ventanas abiertas de par en par o como un claro de bosque lleno de rocío y de sol matinal, donde él dirigía a los coleccionistas que buscaban plantas para los herbarios de los institutos.

-No, no son ratas lo que se mueve; es nuestro abuelo, que anda por ahí -dijo el segundo combatiente.

-¿Dónde estáis? -gritó Koslov desde lejos.

Se orientaron por su voz; se le oía respirar a pocos pasos, y en su aliento notaron una alegre e inquietante excitación que les hizo prestar atención y adquirir nuevos ánimos.

-¿Dónde estáis? ¿Estáis ahí? -preguntó impaciente Koslov-. No me he quedado con vosotros en balde, muchachos. Vamos corriendo a ver al jefe; la explosión ha abierto una salida.

-Aquí estoy -dijo Kostitsin.

-Bien, camarada jefe, en cuanto llegué al pozo noté una especie de corriente de aire. Me dirigí hacia ella y vi que el hundimiento se había detenido arriba. Por el pozo se puede llegar fácilmente hasta el primer horizonte; allí hay una grieta abierta por la conmoción y por ella pasa la corriente de aire. En el primer horizonte nace una galería de quinientos metros que va a parar a un barranco; yo trabajé allí en el mil novecientos diez. He probado a trepar valiéndome de los garfios. En total habré subido unos veinte metros; pero más allá los garfios están arrancados. Entonces no he dudado en encender mi última cerilla: todo estaba tal como he dicho. Lo que hay que hacer es clavar una decena de garfios, apartar las piedras que obstruyen el paso, perforar unos dos metros y salir a la galería abierta.

Todos permanecieron en silencio.

-Ya ven ustedes -dijo Kostitsin en tono tranquilo y lento, notando la fuerza con que le latía el corazón-. Ya lo ven; yo tenía razón al decir que no nos enterrarían aquí.

Uno de los combatientes rompió a llorar de pronto.

-¿Será posible, será posible que volvamos a ver la luz del día? -repetía.

El otro preguntó en voz baja:

-¿Cómo podía usted saber todo esto, camarada capitán? A mí me parecía que cuando usted hablaba de esperanza era sólo para animarnos.

-Yo fui quien habló inmediatamente con el jefe acerca del primer horizonte, cuando las mujeres estaban todavía en la mina; yo le infundí esperanza -dijo con absoluta convicción el viejo-. Lo que ocurre es que nos callamos en espera de que la cosa se confirmara, a fin de no ilusionar a la gente en balde.

-¡Tiene uno tantos deseos de vivir! -dijo el combatiente que se había echado a llorar y que ahora se avergonzaba de sus lágrimas.

Kostitsin se levantó y dijo:

-Yo tengo que ir a convencerme personalmente; después llamaremos a los hombres. Vamos, guíame. Y vosotros, camaradas, esperad aquí; si viene alguien del destacamento, ni una palabra hasta mi regreso. ¿Comprendido?

Los combatientes se quedaron otra vez solos.

-¿Será posible que volvamos a ver la luz del día? -dijo de nuevo uno-. Parece incluso terrible cuando se piensa en ello.

-Sí, está muy bien ser un héroe pero ¡tiene uno tantas ganas de vivir! -exclamó el combatiente que había llorado y que aún experimentaba la vergüenza de sus lágrimas.

Seguramente no existe en la tierra trabajo tan atormentador y difícil como el que efectuó el destacamento

de Kostitsin en estos días. Una oscuridad implacable oprimía el cerebro y atormentaba el corazón; el hambre hacía sufrir a los hombres en el trabajo y en las breves pausas. Solamente ahora, cuando se vislumbraba una salida a la situación que ayer parecía desesperada, los hombres sentían con particular agudeza el terrible peso que les agobiaba, medían la tortura del infierno donde se encontraban. Un trabajo tan sencillo que bajo la luz del sol hubiese costado una hora escasa a un hombre fuerte y sano, duraba aquí todo un largo día. Había momentos en que los hombres exhaustos se tiraban al suelo, y a ellos mismos les parecía que no habría fuerza capaz de volver a levantarlos. Pero pasado algún tiempo se incorporaban y, apoyándose con las manos en la pared, volvían al trabajo. Algunos trabajaban en silencio, lenta, reflexivamente, con miedo a agotarse con movimientos inútiles; otros trabajaban febrilmente, con frenética actividad, durante unos minutos y luego, rendidos, se sentaban, dejaban caer involuntariamente los brazos y esperaban a que les volvieran las fuerzas como el sediento que aguarda con paciente obstinación a que se junten algunas gotas turbias y calientes en una fuente seca. Los que al principio se alegraron más, pensando que la salida de la mina había de tener lugar muy pronto, perdieron con rapidez la fe y la esperanza. Aquellos que no confiaban en la salvación rápida se sentían, por el contrario, más tranquilos y trabajaban con menos interrupciones. Algunas veces, en las tinieblas, se oían gritos de desesperación y de furia:

—¡Luz, luz! ¡No hay fuerzas sin luz!... Es como trabajar sin pan. Quisiera uno dormir, dormir... Es mejor morir que trabajar de este modo.

Los hombres masticaban los correaes, lamían la grasa de las armas, trataban de cazar ratas; pero en la oscuridad, los roedores, veloces y astutos, se les escapaban de entre las

manos. Y los hombres, con la cabeza bordoneante, mientras les zumbaban sin cesar los oídos y se tambaleaban de debilidad, volvían al trabajo.

Kostitsin parecía de hierro. Y era como si se encontrase a un mismo tiempo allí donde los tres Ivanes ajustadores partían y doblaban ganchos de las gruesas barras de hierro, y allí donde se apartaban las rocas, y allí donde se clavaban los nuevos garfios en el pozo; y era también como si a oscuras viese la expresión en los rostros de los combatientes y por eso, en el momento preciso, se acercaba al que perdía las fuerzas. Unas veces, cariñosamente y con un gesto de camarada, les ayudaba a incorporarse, otras decía con lentitud, sin alzar la voz: «Le ordeno a usted que se levante; aquí sólo los muertos tienen derecho a permanecer tendidos». Era implacable porque sabía que, en cuanto se permitiese la menor debilidad o compasión con un caído, perecerían todos.

Una vez el combatiente Kuzin se echó en el suelo y dijo:

-Haga usted conmigo lo que quiera, camarada capitán; pero ya no está al alcance de mis fuerzas levantarme.

-No; yo le obligaré a incorporarse -replicó Kostitsin.

Kuzin, que respiraba con dificultad, preguntó con un sarcasmo doloroso:

-¿Y cómo va usted a obligarme? ¿Acaso me va a pegar un tiro? Pero si yo no pido otra cosa: que me lo peguen; no tengo fuerzas para soportar más tiempo esta tortura.

-No; no te lo pegaré -contestó Kostitsin-; sigue echado, haz lo que quieras; nosotros te sacaremos a la superficie en brazos. Pero allí, a la luz del sol, no te daré la mano: te despreciaré; podrás irte adonde te dé la gana.

Y Kuzin se incorporó con un juramento, se tambaleó, volvió a caerse, se levantó de nuevo y siguió apartando el mineral.

Sólo en una ocasión Kostitsin perdió el dominio de sí mismo. Se le acercó un combatiente y le dijo en voz baja:

-Se ha caído el sargento Ladin. No sé si está muerto o es que se ha quedado dormido, no contesta.

Kostitsin conocía muy bien el carácter sencillo y franco del sargento. Sabía que, en caso de morir o quedar herido él, Ladin debía tomar el mando y que sería capaz de conducir a los hombres como lo hacía él.

Y mientras avanzaba en la oscuridad hacia el sargento, recordó que Ladin había trabajado en silencio hasta el límite y pensó que, si se había entregado antes que los demás, era únicamente por su debilidad después de una herida reciente que le había hecho perder mucha sangre.

-Ladin, sargento Ladin -llamó mientras pasaba su mano por la frente fría y pegajosa del hombre, que parecía como aletargado.

El sargento no se movió. Entonces Kostitsin se inclinó sobre él y le roció la cabeza y el pecho con el agua de su cantimplora. Ladin se estremeció.

-¿Quién es? -preguntó.

-Yo, el capitán -respondió el jefe al tiempo que se inclinaba de nuevo sobre él.

Ladin pasó un brazo por el cuello de Kostitsin, le tocó la mejilla con el rostro húmedo y murmuró: «Camarada Kostitsin, yo no puedo levantarme ya. Pégueme usted un tiro y reparta mi carne entre los hombres. Será su salvación». Y besó a Kostitsin con sus labios fríos.

-¡Cállese usted! -gritó Kostitsin-. ¡Cállese!

-Camarada capitán, de no hacerlo así los hombres no podrán aguantar.

-¡Cállese! -volvió a gritar Kostitsin-. ¡Le ordeno que se calle!

Le había asustado la sencillez de aquellas palabras terribles pronunciadas en la oscuridad. Abandonó a Ladin y se fue rápidamente hacia donde crepitaba el ruido del trabajo.

Pero Ladin se arrastró tras él, tirando de una pesada barra de hierro. Después de arrastrarse unos pocos metros se detenía, recobraba fuerzas y luego seguía su camino a rastras.

-Aquí hay otro garfio -dijo cuando llegó-; pásádselo a los que trabajan arriba.

En cualquier parte donde el trabajo no iba bien, los combatientes preguntaban:

-¿Dónde está el abuelo, dónde está nuestro amo? ¡Padre, ven aquí! Padre, ¿dónde andas?

Todos ellos, empezando por el propio Kostitsin, comprendían claramente que si el viejo no hubiese estado entre ellos, nunca habrían conseguido sacar adelante el enorme trabajo que habían realizado y que ahora se encaminaba ya hacia su final. El viejo se movía fácilmente, con libertad, entre las tinieblas de la mina. Por el tacto había encontrado los materiales que hacían falta. Él fue quien encontró un martillo y un cortafríos. Él quien trajo de una galería distante tres picos roñosos. Él quien aconsejó que se atase con correas y cuerdas a los hombres que trabajaban en el pozo, quien clavó los nuevos garfios en lugar de los hundidos. Él quien llegó primero al horizonte superior y supo apartar a oscuras las piedras que obstruían el paso a la galería. Parecía que el cansancio y el hambre no obraban sobre él: tan ágilmente se movía, con tanta facilidad subía y bajaba por el pozo. El trabajo iba tocando a su fin. Incluso los más agotados sintieron que recuperaban fuerzas. Hasta Kuzin y Ladin se notaron más vigorosos, más firmes, y se

pusieron en pie sin tambalearse cuando alguien gritó desde arriba:

-¡Hemos clavado el último garfio!

Un sentimiento de alegría, como de embriaguez, les embargó a todos. Kostitsin condujo por última vez a sus hombres hacia el horno, repartió allí los fusiles automáticos e hizo que cada combatiente se colgase granadas de mano del correa.

-Camaradas -anunció-: ha llegado el momento de volver a la tierra. Recuerden que allí arriba está la guerra. ¡Camaradas! Bajamos aquí veintisiete hombres, volvemos ocho. ¡Que sea eterna la memoria de los que quedan aquí por los siglos de los siglos!

Y llevó al destacamento hacia el pozo.

Únicamente una tensión nerviosa, casi de enajenación, pudo dar a los hombres energía para trepar por los ganchos, para arrastrarse metro a metro por el pozo escurridizo y húmedo de la mina. La subida de los primeros seis hombres duró más de dos horas. Cuando por fin llegaron al primer horizonte, se sentaron a esperar en la galería: Kostitsin y Koslov todavía estaban abajo.

En la oscuridad, nadie pudo ver cómo ocurrió aquello... Parecía la obra de un azar perverso e inútil. Durante el ascenso, ya a pocos metros de la galería, el viejo picador se desplomó de repente.

-¡Abuelo, amo, padre! -gritaron varias voces al mismo tiempo.

El cuerpo del viejo cayó pesada y sordamente contra un montón de mineral que había en el fondo.

-¡Maldición, qué suerte más absurda! -murmuró Kostitsin mientras palpaba el cuerpo inerte.

Únicamente el viejo picador, unos minutos antes de su muerte, notó que le ocurría algo extraño, terrible. «¿Será

que ha llegado mi momento?», pensó.

En el mismo instante en que los combatientes, después de clavar el último garfio, gritaban su alegría; en que los más débiles, los más agotados, sintieron de pronto que aún podían moverse, él notó que las fuerzas de la vida le abandonaban.

Nunca había experimentado nada semejante. La cabeza le daba vueltas, círculos encendidos bailaban ante sus ojos. Subía por el pozo, abandonaba la mina donde había trabajado su vida entera. Y a cada movimiento que hacía, a cada nuevo esfuerzo, se le debilitaban las manos, sentía frío en el corazón. En su cerebro danzaban escenas olvidadas hacía mucho tiempo: el padre, con la barba negra, pisando blandamente con los *laptis*¹, le llevaba hacia el elevador de la mina... El capataz inglés moviendo la cabeza, riéndose, contemplando a aquella personilla de once años que había venido a trabajar en la mina... Y otra vez los círculos encendidos en los ojos. ¿Qué era aquello? ¿El sol crepuscular entre el humo y el polvo del atardecer de la cuenca del Donetsk? ¿Sangre? ¿O aquel trapo rojo y audaz que él, Koslov, había sacado de debajo de la chaqueta y, haciendo sonar con fuerza las botas, había izado frente a la muchedumbre de desarrapados que acababa de subir de la mina para enfrentarse directamente con los cosacos y los policías a caballo que cargaban al galope desde detrás de las oficinas? Concentró todas sus energías, quiso gritar, pedir ayuda. Pero ya no tenía fuerzas: las palabras no le salieron.

Pegó su rostro a la piedra escurridiza, fría; sus dedos se aferraron al garfio. La suave humedad le rozó la mejilla, el agua resbaló por su frente, y le pareció que era su madre quien le regaba de lágrimas el rostro.

-¿Adónde, adónde te vas, amo? -preguntaba el agua murmurante.

Y de nuevo quiso gritar, llamar a Kostitsin, pero se desplomó y cayó al fondo del pozo.

V

Salieron de noche al barranco. Caía una lluvia fina y templada. Se quitaron los gorros y tomaron asiento calladamente sobre la tierra. Gotas tibias les caían sobre la cabeza. Nadie hablaba. La penumbra nocturna era luminosa para sus ojos acostumbrados a los largos días de tiniebla. Contemplaban las nubes oscuras, aspiraban el aire, pasaban la palma de la mano como una caricia sobre la húmeda hierba primaveral que se abría paso entre los tallos muertos del año anterior. Veían la oscuridad tormentosa de la noche y escuchaban: eran gotas de lluvia que caían desde el cielo sobre la tierra. A veces se levantaba viento del este y entonces volvían sus rostros hacia él.

Miraban la enorme extensión y cada uno de ellos, concentrando la mirada, veía ante sí, en la oscuridad, aquello que deseaba su corazón: el sol.

-Resguarden los automáticos de la lluvia -ordenó Kostitsin.

Regresó el soldado que había marchado para reconocer el terreno y les llamó en voz alta, audazmente:

-En el poblado no hay ni un alemán; hace tres días que se marcharon a toda prisa. Allí, dos viejecillas nos están cocinando un caldero de patatas, han juntado paja y nos echaremos a dormir. Hoy estamos a veintiséis; es decir, hemos permanecido doce días en la mina. Dicen que todo el poblado rezaba a Dios en secreto por nuestro descanso...

En la casa hacía mucho calor. Dos mujeres y un viejo les ofrecieron agua hervida y patatas.

Los combatientes tardaron poco en quedarse dormidos, apretados unos contra otros, sobre la paja blanda y tibia. Kostitsin, sentado en un taburete con el automático, montaba guardia.

Permanecía erguido, con la cabeza alta y la vista clavada en la difusa luz del amanecer. Se quedarían allí un día, una noche y otro día más; pero a la segunda noche tendrían que ponerse en camino. Así lo había decidido. Un rumor extraño, como de algún roce, despertó su atención. Parecía un ratoncillo. Escuchó. No; un ratón no era. El rumor parecía llegar desde muy lejos y, al mismo tiempo, estaba muy próximo: como si alguien golpease tímida, medrosamente con un martillito o, por el contrario, golpease con constancia y tenacidad... ¿Era quizá que persistía aún en sus oídos el ruido del trabajo bajo tierra? No sentía el menor deseo de dormir. Se acordó de Koslov.

«Mi corazón se ha convertido en un pedazo de hierro - pensó-. Ahora no podré sentir jamás amor o compasión.»

Una vieja que andaba silenciosamente con los pies descalzos cruzó el zaguán. Comenzaba a clarear. El sol se abrió paso a través de las nubes e iluminó un ángulo del horno encalado; unas gotas relucieron en el cristal de la ventana. Una gallina alarmada cacareó, no muy fuerte, en el zaguán. La vieja le dijo algo al tiempo que se inclinaba sobre una cestilla. Y, de nuevo, aquel ruido extraño.

-¿Qué es eso? -preguntó Kostitsin-. ¿Oye usted, abuela? ¿Es que alguien golpea aquí cerca con un martillito o me lo parece a mí?

La vieja respondió sin alzar la voz, desde el zaguán:

-Es aquí, en el zaguán; son pollitos que están saliendo del cascarón: golpean con el pico para romper el huevo...

Kostitsin miró a los combatientes: dormían en silencio, inmóviles, con la respiración acompasada y lenta. El sol se

proyectó en un trozo de espejo que había sobre la mesa, y un rayo agudo y luminoso fue a posarse en la sien hundida de Kuzin. Kostitsin sintió de repente que le invadía una gran ternura por estos hombres capaces de soportarlo todo. Pensaba que en la vida no había experimentado nunca un sentimiento tan fuerte, tal amor, tal ternura.

Observaba los rostros negros de barbas crecidas; veía las manos heridas, pesadas y oscuras de los soldados rojos. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero no se las limpió.

La estepa muerta del Donetsk tiene un aspecto majestuoso y triste. En la bruma se perfilan los edificios mineros volados, negrean las altas colinas de carbonilla, el humo azulado de la piritita ardiendo se arrastra por entre las vertientes y, esparcido por el viento, desaparece sin dejar huella, dejando tras de sí tan sólo un penetrante olor a gas sulfuroso. El viento de la estepa corre entre las casitas mineras destruidas, sobre las oficinas incendiadas. Rechinan las puertas y las contraventanas a medio arrancar, rojean los raíles herrumbrosos del ferrocarril. Las locomotoras muertas se encuentran bajo los cobertizos volados. Los poderosos mecanismos de elevación han sido abatidos por la fuerza de las explosiones, serpean en el suelo quinientos metros de cable acerado que se escapó del tambor del montacargas; se hallan al desnudo los pilones de cemento de la instalación que servía para ventilar la mina, las bobinas vacías de las enormes dinamos brillan como cobre aurífero, en el pavimento de piedra de los talleres mecánicos rojean las pesadas máquinas perforadoras. La noche es aquí terrible a la luz de la luna. No hay silencio en este reino de la muerte. El viento silba en los cables colgantes, tintinean los trozos de chapa, una plancha metálica fulgura súbitamente con un suave resplandor, un ladrillo se desploma ruidosamente, rechina la puerta de la torre de la mina. La

oscuridad y las manchas de la luna se arrastran sobre la tierra, trepan por las paredes, corren entre los montones de chatarra y los negros cabrestantes requemados.

Por todas partes vuelan sobre la estepa chispas verdes y rojas, se extinguen, desaparecen en la bruma fría de las nubes llenas de luz lunar. Son centinelas alemanes que, temerosos de la región de carbón y hierro por ellos asesinada, disparan al aire para ahuyentar las tinieblas. La grandiosa inmensidad ahoga el débil tableteo de los automáticos, las balas luminosas se apagan en el cielo frío, y otra vez, la cuenca del Donetsk, muerto y vencido, asusta al vencedor, y otra vez, crepitan las ráfagas de los automáticos y ascienden al cielo las chispas verdes y rojas. Todo habla aquí de un encarnizamiento terrible: las calderas han desgarrado sus pechos de hierro para no servir a los alemanes, el metal fundido se salió de los hornos y corrió por la tierra, el carbón se sepultó bajo enormes capas de mineral y la poderosa energía eléctrica abrasó los motores que la hicieron nacer.

Contemplando la cuenca del Donetsk muerto, el corazón no se llena sólo de amargura: también hay en él gran orgullo. Este cuadro espantoso de destrucción no es la muerte. Es el testimonio del triunfo de la vida, que desprecia a la muerte y la vence.

1. Zuecos.

1943

EL PRIMER DÍA EN EL DNIÉPER

I

El jefe de división, general Gorishni, visitó en los accesos al río Dniéper a uno de los batallones del regimiento de Borísov. El general saltó del coche y, con voz sonora, pausada y tan bien articulada que todos los soldados la entendieron, dijo al jefe del batallón:

-Capitán Ionin, le ordeno salir al Dniéper y establecer una línea de defensa en la orilla.

Ionin conocía la tarea antes de recibir la orden del general. Gorishni sabía también que el capitán estaba enterado. Pero, intencionadamente, pronunció con solemnidad ante los soldados aquellas palabras tan llenas de contenido y de significación para los hombres que en aquella hora marchaban por los campos y bosques de Ucrania.

Apenas Gorishni pronunció la palabra «Dniéper», fue como si todo el batallón se viera sacudido por un viento de tormenta. Los soldados levantaban los fusiles y lanzaban gritos de «¡hurra!».

El batallón del teniente Gavrílov fue el primero en alcanzar el Dniéper. El agua, cristalina, se deslizaba rápida y callada, besando la orilla de arena blanca y crujiente.

El fondo del Dniéper también estaba cubierto de arena limpia; el agua, que corría rauda junto a la orilla, parecía de un tono amarillo claro, mientras que la arena, tenuemente iluminada bajo el cristal líquido, adquiría un color ora verdoso, ora azulado.

Delante se veía una isla llana y arenosa, cubierta de juncos; más allá, refulgía de nuevo el agua, tras la que se alzaba en la niebla el sombrío bosque de la ribera derecha del Dniéper.

Los hombres se acercaron al río y empezaron a lavarse la cara. Muchos de ellos se arrodillaban y bebían el agua del Dniéper. No lo hacían porque sintieran sed después del torturante y penoso camino, sino porque lavarse en el Dniéper y beber sus aguas adquiriría en estos momentos un solemne significado simbólico.

Hace un año, la división del general Gorishni rechazaba los primeros ataques del 6.º ejército alemán, mandado por el mariscal de campo Paulus en Stalingrado, la gran ciudadela del Volga. Una batalla sin precedentes en la historia se libraba junto al túmulo de Mamáiev. No se luchaba allí por dicho túmulo. No se luchaba únicamente por Stalingrado. En aquella batalla se decidía la suerte de Rusia. ¿Acaso alguien de los que en los días de septiembre de 1942, entre las ruinas de Stalingrado, en la escarpada orilla del Volga, entre el humo y las llamas, bajo el rugir de los aviones de bombardeo en picado, rechazaba el furioso empuje de las divisiones de infantería y de tanques de los alemanes pensaba que un año después las tropas del Ejército Rojo saldrían al Dniéper en el inmenso y victorioso frente desde Smolensk hasta Dniepropetrovsk? ¿Soñaban con eso los ciudadanos de Stalingrado?

Ésta es la razón de que los hombres, emocionados, se hincasen de rodillas y bebiesen con solemnidad y con fervor las cristalinas aguas del Dniéper. Eran testigos y participantes del grandioso triunfo de nuestro pueblo. A su espalda quedaban centenares de kilómetros de camino. Pasará el tiempo y oiremos los relatos sobre las penosas caminatas, los vendavales, las tormentas de nieve, los

barrizales de otoño, las heladas lluvias, el fuego espantoso de los morteros y cañones alemanes, los pesados cañones motirizados, los tanques T6 que, emboscados, atacaban las líneas avanzadas de la infantería soviética.

Alguna vez se relatará cómo en una oscura y fría noche de diciembre de 1941 un coro del Ejército Rojo cantaba ante los soldados:

Oh, Dniéper, Dniéper, que fluyes en la lejanía,
tus aguas son como las lágrimas...

La escena tenía lugar en medio de las profundas nieves de Vorónezh; los combatientes que escuchaban y los que cantaban no podían contener las lágrimas; tan lejanos les parecían el Dniéper y Ucrania...

Un día otoñal del año 1943, nuestras tropas salieron al Dniéper.

II

Llegamos de día al puesto de mando del cuerpo de infantería comandado por el general Lazhkó. Hallamos al general en una isba, sentado junto a una ventana abierta. Ante él, sobre la mesa, se veía un mapa surcado de rayas rojas. Nuestra artillería, emplazada a poca distancia de la isba, cañoneaba la ribera opuesta del Dniéper. Los cristales de las ventanas trepidaban con cada disparo. En algún lugar bastante alejado resonaban de tarde en tarde explosiones sordas: eran los alemanes, que, como solían decir nuestros soldados, «dejaban caer» granadas desde la orilla opuesta. El jefe del Estado Mayor y el de la artillería daban sus partes al general. A una persona que anteriormente hubiese trabajado

en la industria, podría parecerle que se encontraba de nuevo en el despacho del director de una gran fábrica.

No sin razón se da a nuestras unidades el nombre de «economías».

La «economía» de Lazhkó era un organismo enorme y complejo. Numerosas circunstancias determinan la actividad y el trabajo normales de una economía tal. ¡Y en qué no habrá que pensar para asegurar todas estas circunstancias! El general y los dos coroneles hablaban de los caminos, los vados, los puentes, los antiaéreos, el combustible, las bases de reparación, los pontones que se habían retrasado, los múltiples tipos de municiones, el abastecimiento, la moral de los combatientes, las balsas y las barcazas. Hablaban en voz baja, examinaban los partes sobre los proyectiles enviados a las posiciones de fuego para los cañones de regimiento y compañía y para la artillería pesada divisionaria; departían sobre el efectivo de munición en los polvorines divisionarios y, al fin, sobre las municiones que se encontraban aún en camino. Deliberaban detenidamente, señalando en el mapa las largas distancias que tenía que recorrer el convoy. Había que resolver y concretar no ya decenas, sino centenares de cuestiones para que el cuerpo de infantería pertrechado de abundante, complejo y variado material pudiese actuar con toda su potencia de fuego, del modo más efectivo y con el menor número de bajas.

Tomemos uno de los elementos de la actividad habitual de una «economía» de guerra: el enlace. Seguramente, el trabajo de la Central de Comunicaciones de Moscú es más fácil que el de cualquiera de las demás «economías» militares, donde se precisa unir a las compañías, los batallones, los regimientos y divisiones en un todo armónico que actúe al unísono, en las condiciones de un eterno movimiento, de cambios inesperados en el combate, cuando

el experto y astuto enemigo hace todo lo posible para impedir el funcionamiento normal del enlace. Además, es preciso mantener el enlace con los medios de refuerzo, con los tanques, con la aviación, con los vecinos de la derecha y de la izquierda. En este trabajo toman parte la radio, el teléfono, el telégrafo, los mensajeros y los oficiales de enlace.

Si observamos el trabajo de uno solo de los elementos que realizan el enlace en las operaciones, por ejemplo, la radio, nos daremos cuenta de qué esfuerzo se precisa para asegurar su normal funcionamiento -cifrar los mensajes, conservar en buenas condiciones los complicados aparatos en el contexto de campaña, mantener el voltaje necesario, ocultarse de los alemanes que acechan desde el aire-, y si tomamos en consideración que la radio es nada más que uno de los elementos de enlace, y que el propio enlace representa solamente uno de los numerosos eslabones de la cadena de las operaciones militares, comprenderemos cuán tenso y difícil es el trabajo de los dirigentes de la guerra moderna. En la guerra actual se usa mucho material bélico. Los cañones, aviones o morteros reactivos de la Guardia en modo alguno son más simples que las complejas máquinas y aparatos empleados en la industria. Además, hay que tener en cuenta que el trabajo en la guerra se realiza a despecho de un enemigo fuerte y experimentado, que trata día y noche de interrumpir el enlace, destruir los puentes, incendiar y volar los depósitos, aniquilar las columnas en marcha, interceptar los mensajes, irrumpir inesperadamente con sus tanques y aviones en el dispositivo de guerra de la «economía» militar.

Grandes son los honores de que gozan nuestros generales, jefes de división, de cuerpos del ejército, del ejército mismo. Muchas y muy honrosas son las

condecoraciones que se les adjudican. Pero grande, inmensa es también la responsabilidad que pesa sobre sus hombros, responsabilidad que ni por un instante pueden olvidar. Responden por el éxito del combate, por la pronta y completa derrota del enemigo, por la expulsión de los invasores de nuestra tierra. Y al mismo tiempo responden ante los millones de madres que enviaron sus hijos a combatir en la guerra, ya que el más ligero descuido o inexactitud, la más pequeña falta de coordinación en el trabajo de la «economía» militar se paga con la sangre preciosa y sagrada de los combatientes.

Nuestros generales y jefes no deben olvidarse jamás de esta responsabilidad por la vida de los combatientes contraída ante las madres de nuestra gran Patria; deben saber afrontar con dignidad y honor el peso moral que ésta supone.

Quizá por eso sea tan sombría, seria y preocupada la expresión del general y de los dos coroneles que en su puesto de mando en la isla ribereña discuten los complicadísimos problemas del desplazamiento de los hombres y de los cañones, el abastecimiento, las municiones, las bases y depósitos de combustible, etc.

III

En los momentos decisivos de la guerra, no sólo las decisiones y cálculos de los jefes desempeñan un papel de capital importancia, sino también el buen y exacto funcionamiento de los servicios y de la cooperación de todas las armas. En los momentos decisivos de la guerra, el éxito depende en gran parte de la suerte, del sacrificio, del coraje, de la presencia de ánimo, de lo que a veces parece loca

temeridad, de saber aprovechar rápidamente una eventualidad favorable.

Cuando el agua, alumbrada por los primeros rayos, comenzó a rutilar en medio del silencio del alba, se dejó oír un rumor impreciso y lejano proveniente de la parte de Kiev. Desde la avanzadilla, enclavada en la ribera, comunicaron que río arriba se acercaba un barco. El jefe del batallón, Gavrílov, ordenó a los soldados hacer cuerpo a tierra y no abrir fuego mientras no diera la orden. Tras el recodo del río se avistaba ya la chimenea del barco, que navegaba con lentitud, pues remolcaba una gabarra y por el brazo del Dniéper la corriente es rápida. En aquella hora temprana, sólo un hombre se hallaba en cubierta. El jefe del batallón, con ayuda de unos prismáticos, estableció, por los galones, que era un suboficial alemán. Éste, valiéndose también de unos prismáticos, examinaba atentamente la orilla. Cuando el barco se acercó al lugar donde estaban al acecho nuestros combatientes, Gavrílov dio la orden de abrir fuego.

Las ráfagas de los automáticos crepitaron al unísono; los disparos de los fusiles antitanque retumbaron de modo ensordecedor, rompiendo el silencio de la mañana. Algunos combatientes se incorporaron de un salto y comenzaron a arrojar granadas contra el barco, en el que se puso a ladrar una ametralladora. El timonel hizo que la embarcación virase bruscamente y atracó en la orilla opuesta. Atravesando el río en lanchas, los soldados de la compañía del teniente Kondakov se apresuraron hacia el barco. La tripulación alemana abandonó la nave y puso pies en polvorosa.

El primero en llegar al barco fue el alférez Dmitri Yarzhin, que hasta que estalló la guerra había trabajado de maquinista en el Volga. Entre los combatientes de su sección se hallaba el soldado Sujinin, antiguo timonel de la flota

fluvial. Una hora después, el batallón había cruzado ya a la orilla derecha del Dniéper. Comenzó la travesía de la división. Durante uno de los viajes, volaron sobre el barco algunos Messers, pero Maksímov, el subjefe del regimiento, ordenó a los combatientes desalojar la cubierta y los aviones fascistas pasaron de largo al tomar la embarcación por una de las suyas, si bien es verdad que poco después la barca, sometida a un intenso bombardeo de la aviación alemana y tras recibir noventa y tres impactos, dejó de existir. Pero la embarcación ya había prestado un gran servicio. La gabarra que arrastraba iba cargada de troncos, tablas y clavos. Centenares de diestras manos empuñaron los martillos y las hachas e iniciaron la construcción de pontones y balsas.

Hemos presenciado en varios lugares la travesía del Dniéper. En los primeros instantes y días, se cruzaba el río con el ímpetu grandioso del entusiasmo espontáneo del pueblo; tanto los oficiales como los soldados del Ejército Rojo aceptaban voluntariosos y alegres todos los grandes riesgos que el paso del río representaba. Sin esperar la llegada de los pontones y demás medios de paso, los hombres, al llegar al Dniéper, cruzaban sus aguas caudalosas y rápidas sobre balsas, lanchas y pontones contruidos por ellos mismos con toneles cubiertos por tablas; cruzaban bajo el fuego nutrido de la artillería y de los morteros enemigos, bajo los feroces ataques de los bombarderos y cazas alemanes. En algunos sitios los combatientes pasaron la artillería regimental a la orilla opuesta sobre pontones a modo de balsas; grupos de soldados cruzaron el río sobre sus capas-tiendas rellenas con paja.

Este impulso espontáneo contribuyó en mucho a que el Ejército Rojo se afianzase en las plazas de armas conquistadas en la orilla derecha del Dniéper. Cuando los

potentes medios de paso de la unidad llegaron al río y comenzó la construcción de puentes y el tendido de pontones, cuando llegaron los tanques y la artillería pesada, mientras las potentes salvas de los antiaéreos cubrían las pasarelas con su cortina de fuego y los motores de nuestros cazas zumbaban desde el alba al anochecer sobre el Dniéper, nuestra infantería, armada con ametralladoras, artillería regimental de acompañamiento y morteros, estaba ya en la orilla derecha y, con una audacia sin igual, libraba combates encarnizados contra los alemanes, desbaratando y confundiendo sus cálculos de rechazar organizadamente nuestros intentos de cruzar el río.

La unión de la inspiración audaz con el frío cálculo, del éxito guerrillero con la fuerza potente de nuestros cañones, tanques y aviones, la unión del sabio arte militar con la temeridad inspirada de los valientes es uno de los rasgos distintivos del Ejército Rojo.

Este rasgo es ajeno al mercenario ejército fascista alemán, perfectamente amaestrado y provisto de material.

IV

Durante el otoño, las tardes como ésta son frecuentes en Ucrania. Amplios, como en los dibujos de Doré, los rayos semitransparentes del sol agonizante iluminan la orilla occidental del Dniéper. Las nubes, cual inmensos y frágiles farolillos, se encienden en el horizonte con una suave luz rosada. La negra silueta de un pinar se alza en la lejanía, orlada con el apacible encanto de la luz crepuscular. En la tierra, una gran llamarada roja se escapa del humo negro e inquieto que se extiende sobre una aldea incendiada, y el resplandor claro y perpendicular de las explosiones de los

proyectiles y de los cañonazos ciega la vista. Sobre la tierra se está librando la batalla por la orilla derecha del Dniéper.

Los negruzcos aviones alemanes vuelan a poca altura sobre las tierras ribereñas al tiempo que se oye el graznido de las entrecortadas ráfagas de ametralladora. Y, cosa sorprendente, existe una profunda e íntima ligazón entre el cielo azul, magnífico y radiante del crepúsculo y el infierno desencadenado sobre la tierra. El tronar de la batalla liberadora armoniza con la plácida y tranquila quietud del firmamento...

Permanecíamos sentados en unos troncos, frente al puesto de mando de la división de la Guardia del general Gorishni. Éste se había instalado en un fortín abandonado por los alemanes. Los macizos troncos de pino olían a resina. Gorishni hablaba del combate. La encarnizada batalla por la orilla derecha del Dniéper recordaba la batalla por Stalingrado. Los alemanes habían emprendido decenas de furiosos contraataques. La infantería alemana, apoyada por cañones motirizados, morteros pesados, artillería y aviación, se alzó varias veces durante el día con el vano empeño de arrojar a nuestros combatientes a las aguas del Dniéper.

Se producían combates a bombazo limpio, se entablaban contiendas cuerpo a cuerpo, en las que nuestros combatientes ensartaban a los alemanes en sus bayonetas, los abatían con las palas. Al punto sanitario del batallón llegaban heridos con lesiones de arma blanca.

En los primeros momentos, cuando el combate se desarrollaba en la misma orilla, era muy difícil atrincherarse; nuestros combatientes cavaron en la arena unas trincheras de una profundidad de medio metro, que se desmoronaban al punto por la acción del agua.

Ahora, cuando nuestras tropas van ensanchando paso a paso su plaza de armas y en la orilla derecha del Dniéper se

han afianzado no sólo la infantería, sino también nuestro potente material bélico, cuando nuestros combatientes pisan terreno firme y a sus espaldas quedan no ya unos cientos de metros, sino kilómetros de tierra de la orilla derecha, no existe fuerza capaz de detener nuestro empuje hacia delante.

Gorishni se acercó al teléfono instalado en una trinchera poco profunda y se puso a conversar con los jefes que se encontraban en primera línea.

Hablaba con ellos con la misma voz calmada y cantarina de ucraniano con la que un minuto antes conversaba con nosotros. Llamaba a muchos jefes por su nombre y patronímico, pues los hombres de la división están unidos por una larga amistad forjada en la lucha. Posiblemente debido al hecho de que aquí, junto al Dniéper, la voz de Gorishni resonase tan tranquila, fuera más fuerte y firme la confianza que inspiraba a los soldados que combatieron con él junto al túmulo de Mamáiev y en la fábrica Barricada, en la gloriosa línea del Volga.

A veces Gorishni escuchaba el caos de sonidos que se produce en el combate. A través de él determinaba qué sucedía en el campo de batalla, cuál de sus divisiones había abierto fuego, cuál de sus batallones rechazaba los ataques del enemigo. El caos del combate no lo era para él. Distinguía las cosas con seguridad, sabía leer en él. Y en esta tarde de alto cielo sumido en gran quietud, en la tierra cubierta de humo y de nubes de polvo y arena levantadas por las explosiones, se desarrollaba el combate, se vertía a raudales la sangre de los habitantes de Stalingrado, de los participantes en los combates por Stalingrado. Llegó al puesto de mando la noticia de la muerte de la enfermera del puesto sanitario del batallón, Galia Chabánnia. Gorishni y

su ayudante lanzaron una exclamación de pena. Después Gorishni dijo:

-¡Válgame Dios! Cuando después de la victoria dejamos Stalingrado, en las paradas los muchachos corrían y se derribaban unos a otros en la nieve; me acuerdo de que esta muchacha reía tan fuerte que la oía todo el convoy. Nadie en la división tenía una risa tan sonora y alegre como ella.

Cayó también herido el subjefe de regimiento mayor Maksimov. Fue él quien, el primer día, engañó a los pilotos alemanes al cruzar el río.

Se presentó en el puesto de mando el subjefe de batallón teniente Surkov. Hacía seis noches que no dormía. Su rostro estaba cubierto de una espesa pelambre. Pero no denotaba cansancio. Estaba aún embargado por la terrible excitación del combate. Posiblemente dentro de media hora, al descansar su cabeza sobre el macuto, se quedaría dormido, y entonces no habría manera de despertarlo. Pero ahora le brillaban los ojos y su voz sonaba brusca, excitada. Este hombre, que hasta la guerra había sido maestro de historia, parecía llevar en su interior el fuego de las batallas por el Dniéper. Surkov habló de los contraataques alemanes, de los golpes asestados por nosotros, refirió cómo desenterró de una trinchera a un enlace paisano suyo, que en otro tiempo había sido su alumno. Surkov le enseñaba historia. Ahora, ambos participaban en batallas de las cuales se hablará a los escolares mientras exista el mundo.

UCRANIA

¿Cómo explicar el sentimiento que se apoderó de nosotros cuando contemplamos de nuevo las jatas¹ blancas, los lagos cubiertos de juncos y de hojas brillantes, los altos álamos, las dalias que miran desde detrás de las empalizadas; cuando desde la tierra y el cielo nos sopló en la cara el suave aliento de Ucrania y ella se alzó ante nosotros con todo su indescriptible encanto, con su infortunio, con su cólera, con su tierra pródiga, con los negros andrajos de lo que fueron hogueras, con la belleza de los ricos jardines entre el fuego y las lágrimas?

Sí, es complicado este sentimiento y no es fácil expresarlo; pero abarca a todos: tanto a los generales de ejército como a la gloriosa infantería que, sin conocer el sueño, con su movimiento penoso y abnegado, adelanta a los tanques y a la aviación, porque no hay paso tan ligero, tan rápido, tan firme como el paso del pueblo que se libera a sí mismo y a su tierra, que marcha día y noche hacia delante entre la lluvia y el barro, con agua hasta el pecho, apartando las ramas punzantes en los bosques tupidos, removiéndolos con sus botas la tierra grasienta de los campos húmedos: ni los pájaros del cielo ni los aviones pueden seguir su paso.

¿Cuál es este sentimiento que obliga a los hombres de rostro enflaquecido a andar, tambaleándose de cansancio, y a entonar una canción, a dormir en una cuneta bajo la lluvia

y a sonreír entre sueños, a ir a la muerte glorificando la vida en su corazón? ¿Cuál es este sentimiento que a los viejos, cuando oyen hablar en ruso, les hace correr al encuentro de nuestras tropas y llorar silenciosamente, sin fuerzas para pronunciar una palabra? Las campesinas viejas e inteligentes dicen con sereno asombro: «Pensábamos que al ver a los nuestros prorrumpiríamos en risas y canciones, ¡pero la tristeza inunda nuestra alma y no podemos evitar las lágrimas». ¿Cuál es este sentimiento? Sólo una vez le es dado al pueblo experimentarlo. En él están reunidos la alegría del encuentro y el dolor por las pérdidas irreparables, el orgullo y la dicha por la libertad recobrada, y el recuerdo penoso de las derrotas del primer tiempo de la guerra; en él está toda la grandiosa vida del pueblo, con sus penas, con sus alegrías, con su renacer, con su esperanza, con el horror de lo sufrido. Este sentimiento engendra la conciencia de la unidad del pueblo; esta conciencia se enciende en las torturas, entre los gemidos de los niños y las viejas que mueren en las llamas, y por ello se conmueve el corazón ante el encuentro del pueblo trabajador de Ucrania con los hermanos que van hacia él desde Siberia, desde el Volga, desde las estepas kazajas.

Todos nosotros vivimos la asombrosa sensación que podríamos denominar de la «resurrección del tiempo». Nuestros ejércitos avanzan ahora hacia el oeste por los mismos caminos que vieron su repliegue hacia el este en el otoño de 1941. Liberamos las ciudades que entregamos a los alemanes en los terribles meses de agosto, septiembre y octubre de 1941. Marchamos hacia el oeste no sólo en el espacio, sino también en el tiempo. Hemos liberado Orel, Vóljov, Mtsensk, Járkov, Bélgorod, Stalino, y hemos revivido las jornadas de octubre de 1941. Smolensk, Glújov, Róslavl, Poltava, Nezhin, Chernígov han sido liberados, y así nuestro

pueblo hizo girar otro mes la rueda férrea del tiempo: estamos en septiembre de 1941. Ha sido ocupado Kremenchug, y nuestras tropas atacan todavía al fascismo alemán en Kiev, Dniepropetrovsk, Gómel y Moguilióv: entramos en agosto de 1941. No está lejos el día en que el Ejército Rojo, después de llegar hasta las fronteras violadas por los criminales fascistas, devuelva triunfalmente a nuestro pueblo y a la humanidad aquella hora del amanecer del 22 de junio en la que los motores de los aviones alemanes aullaron en nuestro cielo y los postes fronterizos crujieron bajo los golpes de los tanques de pesada testuz. Ese día demostraremos definitivamente que al fascismo no le es dado el gobernar la rueda del tiempo, pondremos en su sitio el calendario y las horas de la historia; ese día diremos: el tiempo robado por la fiera ha sido devuelto al hombre, a la inteligencia, a la creación, al trabajo, a la historia.

Nuevas ciudades surgirán donde estuvieron emplazadas las incendiadas; los campos cubiertos de malas hierbas serán sembrados otra vez con centeno, con trigo, con cebada; crecerán bosques jóvenes, y sobre las cenizas de las aldeas surgirán jatas blancas y alegres, revivirá la cuenca del Donetsk, tierra del carbón y del acero. Pero todavía no existe en la tierra fuerza capaz de hacer revivir a nuestras madres y a nuestros hijos caídos, no hay fuerza que pueda borrar las arrugas, devolver la vista a los ojos cegados por las lágrimas, devolver la juventud a los que encanecieron. Por eso el pueblo llora frecuentemente al recibir a su ejército, porque en la gran alegría de la liberación existe también una gran pena. Y el último día de la guerra no será sólo un día solemne de alegría y de victoria: será también un día de lágrimas y de tristeza, un día en el que se recuerde a todos los que perecieron en el combate, a todos los que fueron sepultados en la tierra, a todos los torturados, a los

quemados vivos, a los que cayeron en la esclavitud, a los que murieron de hambre tras las alambradas de los campos de concentración alemanes.

Nuestros hombres tienen ansia de saber cómo ha vivido Ucrania. Durante dos años, las regiones de Chernógov y de Kiev han sido retaguardia alemana, durante dos años las regiones del Dniéper han vivido separadas de nosotros por un muro de trescientas verstas de espesor. Era la retaguardia profunda de las tropas alemanas, eran tierras donde el fascismo alemán se consideraba el dueño, el dueño invencible por los siglos de los siglos, para siempre.

Apenas nuestras tropas entran en una aldea, del bosque, de entre la maleza, de entre los altos cañaverales de los pantanos salen gentes. Sólo en el cerebro de una persona extraordinariamente ingenua puede caber la idea de que en los distritos de la retaguardia el fascismo se comportó con más prudencia que en la línea del frente, que a los hombres que vivieron bajo el yugo nazi a trescientos kilómetros de las avanzadillas les fueron concedidos los derechos más elementales y tuvieron aseguradas las condiciones mínimas de existencia.

¡No, mil veces no!

He visto decenas de aldeas incendiadas por los alemanes en el Desná, a orillas del Dniéper, entre los dos ríos, en la magnífica y fértil llanura que se extiende entre ambos y que los fascistas convirtieron en un infierno de sufrimientos y torturas para el hombre. He visto la aldea de Kosar entre Nezhin y Kozelets, donde hay cruces sobre los restos de las antiguas hogueras. Allí, miles de viejos, de mujeres, de niños fueron encerrados en isbas y quemados vivos. Las cruces han sido colocadas por algún familiar sobre los restos de las hogueras donde yacen los huesos calcinados de los muertos.

En la orilla derecha del Desná he visto, asesinada, la aldea de Suvid, que sufrió el mismo destino atroz que Kosar. He visto las aldeas vecinas: Voropáevo, Stároe Voropáevo, Zhukin. He visto al oeste de Chernógov la aldea de Kuvéchichi, ejecutada también; he visto Vodianki, Komorovka. He visto decenas de aldeas de las regiones de Chernógov y de Kiev incendiadas por los alemanes en su retirada a la otra orilla del Dniéper. Todavía humean los incendios, el pesado olor de la arcilla quemada gravita en el aire, y decenas de miles de viejos y de niños que se quedaron sin techo permanecen ahora bajo el cielo sombrío del otoño, guareciéndose contra las lluvias y las inclemencias del tiempo en chozas recubiertas de ramajes, de puñados de paja salvados por casualidad del fuego.

El fascismo ha renunciado a las ejecuciones y asesinatos individuales.

El fascismo fusila y ejecuta no sólo a personas aisladas, sino también aldeas y ciudades enteras. Grupos de incendiarios y de automáticos provistos de balas incendiarias queman y fusilan decenas de florecientes aldeas, ejecutan calles, manzanas de casas, ciudades enteras.

Hemos pasado por Glújov, Królevets, Nezhin, Kozelets, Oster, Chernógov. El hermoso Chernógov ha sido asesinado por los alemanes: en la ciudad no queda una sola casa viva. Oster y Glújov están heridos de gravedad. Los alemanes dejaron intacto Kozelets: nuestras tropas les expulsaron impetuosamente, sin darles tiempo a exterminar esta verde ciudad ucraniana.

Dos días después de haber estado nosotros en la ciudad, una escuadra aérea la atacó y destruyó con sus bombas las indefensas casas de un solo piso rodeadas de jardines. Kozelets está muerto. La aviación alemana ejecutó lo que no pudieron llevar a cabo los incendiarios. En esto se ve un

plan, el principio organizador de la destrucción. Sabemos que la misma suerte han corrido las ciudades de la cuenca del Donetsk, de las regiones de Járkov y de Poltava.

Se puede decir con firmeza: la humanidad no ha conocido en toda su historia un crimen de tal crueldad, de tales proporciones. Se trata de tierras inmensas, de decenas y centenares de ciudades, de miles de aldeas. Se trata de la matanza organizada de millones de niños, de viejos, de mujeres, de prisioneros, de heridos. Se trata de la esclavitud de grandes pueblos.

Cada soldado, cada oficial y general del Ejército Rojo que ha visto Ucrania, sangrante, en llamas, que ha escuchado el relato veraz del pueblo sobre lo que ocurrió allí durante los dos años de dominio alemán, comprende con toda su alma, con todo su corazón, que en nuestra tierra viven ahora dos palabras sagradas. Una de ellas es amor. La otra, venganza.

La esencia del fascismo estriba precisamente en que es tan terrible para los pueblos por sus crímenes sanguinarios como por sus manifestaciones sociales «pacíficas».

He tenido ocasión de visitar algunos distritos y aldeas que salieron vivos de manos de los fascistas. Las ciudades y las aldeas son como los hombres: unas sufrieron una muerte atroz en el fuego o fueron fusiladas con balas incendiarias. Otras, gravemente heridas, desangrándose, escaparon de la muerte y ahora vuelven poco a poco a la existencia, curan sus heridas. También hay aldeas felices donde los alemanes no incendiaron ninguna casa, donde no ejecutaron a nadie, donde no tuvieron tiempo de llevarse a nadie al cautiverio. Sin embargo, en estas aldeas que se salvaron, el odio a los alemanes tiene la misma fuerza que en las que sucumbieron. Parece que no existen palabras de maldición con las que los ancianos no increpen a los alemanes.

«Víboras», «diablos», «así sueñen todas las noches que se los comen los perros», «bandidos», «criminales», «malditos sean sus padres», «miserables perros», «son el cólera», «así revienten», «peores que la peste»: es lo que oye uno cuando los viejos hablan de los alemanes.

Con su altivez, con su grosería, con su increíble codicia, los fascistas herían agudamente el sentimiento de dignidad humana y nacional del aldeano de Ucrania.

Las huellas del estilo germanofascista aparecen en todas partes. En calles y caminos, los avisos, los rótulos estaban escritos en grandes caracteres alemanes; únicamente algunos tenían debajo inscripciones minúsculas en lengua ucraniana. Hay lugares donde los letreros en ucraniano brillan por su ausencia; por lo visto, los fascistas pensaban que los aldeanos de Chernígov y de Kiev, sin excepción, tenían que conocer la lengua alemana.

En las aldeas, los alemanes hacían sus necesidades en los zaguanes y en los portales, en los jardincillos, ante las ventanas de las jatas, sin recatarse ante las muchachas o las viejas. Durante la comida, corrompían ruidosamente el aire entre risotadas, metían las manos en las fuentes llenas de alimentos, despedazaban con los dedos la carne guisada. Sin recatarse ante los campesinos iban desnudos por las jatas, entablaban riñas y peleas entre ellos por cualquier nimiedad. Su glotonería, su capacidad de comerse de una sentada dos decenas de huevos, un kilo de miel, una escudilla enorme de nata, provocaban un sentimiento de ironía y de desprecio.

Su espíritu comercial, su mercantilismo, su ratería mezquina asombraban a los campesinos.

Los alemanes trataban de endosarles, a cambio de la miel, huevos y carne de cerdo, navajillas rotas, encendedores inservibles con la piedra gastada; hacían raterías y trampas,

y no se limitaban a engañar a los campesinos: intentaban también engañarse unos a otros.

Los comandantes militares de los distritos y pueblos asombraban a los ucranianos por su grosería, por su proclividad a la glotonería y al vino.

Los alemanes que descansaban en las aldeas de la retaguardia se afanaban desde la mañana hasta la noche en buscar comida, engullían, se emborrachaban, jugaban incesantemente a las cartas.

Por declaraciones de prisioneros y por cartas halladas sobre los soldados muertos se ve que los alemanes se consideraban en Ucrania representantes de la raza superior establecidos en aldeas salvajes. Suponían que la urbanidad podría dejarse a un lado en las «salvajes» tierras orientales. Por eso se mostraban desnudos ante las aldeanas, corrompían ruidosamente el aire cuando los viejos se sentaban a comer y se hartaban hasta sentir arcadas.

Y el campesino ucraniano, sensato, irónico, limpio y escrupuloso, miraba a los fascistas con repugnancia y con desdén.

-¡Vaya una cultura! -he escuchado a decenas de personas-; y decían que los alemanes eran cultos. Pues ya hemos visto la cultura hitleriana. Pensaban que nosotros no éramos cultos. Nuestra gente no hará nunca lo que los alemanes hicieron en nuestra tierra: ¡no se les ocurrirá!

Recuerdo en particular mi conversación con el viejo campesino Pável Vasílevich, horticultor apasionado, que habla con arrobo de los manzanos cultivados por él. Toda su relación con el mundo, con la naturaleza, está penetrada de un fino sentimiento verdaderamente artístico. Es un admirador de la belleza, un esteta en el sentido elevado de la palabra.

Cuando, dejando caer los brazos y entornando los ojos con un aire de fatiga, me dijo: «¿Hay en el mundo algo más bello que un manzano joven?», sentí que toda el alma dulce del pueblo ucraniano se expresaba por boca de este viejo campesino. Los alemanes no le habían causado personalmente ningún daño; sus hijas habían escapado al cautiverio alemán. Pero con qué asco, con qué burla implacable habló de los alemanes, de cómo ensuciaban su jardín, el zaguán de su limpia jata, de sus repugnantes modales al comer. Pero, naturalmente, este aspecto cotidiano de los dos años de dominio fascista en la aldea ucraniana no era más que una pequeña faceta de la enorme porquería prusiano-fascista triunfante, que trataba de arraigar en la tierra de Ucrania.

La economía agrícola alemana mostró al campesinado ucraniano con un relieve máximo y escueto lo que los alemanes querían obtener de Ucrania.

Los koljoses fueron convertidos en «agrupaciones rurales» y en «comunidades». En 1943, los administradores de distrito y de sector, ayudados por los alcaldes y los burgomaestres, comenzaron a organizar los llamados «*desiatijatki*», es decir, el trabajo de la tierra por grupos de diez casas. La «mole» fascista alemana hizo retroceder setenta u ochenta años la agricultura. Reaparecieron el arado de madera, la hoz, el mayal, el antediluviano molino a brazo.

Nuestro Estado prestó gran ayuda a los koljoses dándoles maquinaria, combustible, préstamos. Durante sus dos años de dominación, los fascistas no dieron nada a los campesinos de las regiones de Kiev y de Chernígov. Éstos tenían que tirar ellos mismos del arado; a lo sumo, enganchaban vacas o caballos medio muertos. Es curioso el hecho de que los alemanes sólo trajeran de Alemania un número insignificante

de aventadoras. Los fascistas añadieron de treinta a cuarenta áreas a cada hogar campesino, de modo que el terreno de cada familia campesina alcanzó la hectárea. Con motivo de esto armaron un enorme barullo demagógico, pero después impusieron a los campesinos tales cargas, que los riquísimos koljosianos de Ucrania se convirtieron, al cabo de un año, en siervos unidos por el trabajo forzado y el látigo policiaco.

En 1942, los alemanes requisaron en la mayoría de las aldeas toda la magnífica cosecha, y dejaron para los campesinos una ración de hambre: 200 gramos de cereales por cabeza.

Cada hogar debía pagar un impuesto consistente en un quintal de carne, 300 huevos y 600 litros de leche allí donde hubiese una vaca. Además, las casas tenían que pagar una contribución por cada persona que viviese en ellas. Los molinos cobraban un precio tan monstruoso, que los campesinos preferían moler el trigo en molinos a brazo, hechos con vainas de proyectiles y trocitos de madera claveteados. La molienda en estos molinos a brazo se hacía en secreto, pues las autoridades los confiscaban y perseguían a los campesinos que se servían de ellos. Moler el grano en esos molinos a brazo era una operación penosísima.

Los campesinos decían de la política agraria alemana: «La tierra es nuestra, pero el centeno es alemán; las vacas son nuestras, pero la leche es alemana».

En dos años, los alemanes se llevaron una enorme cantidad de objetos de valor. En dos años no dieron al campo ucraniano ni una sola caja de cerillas, ni una sola gota de petróleo, ni un solo centímetro de tela. Los comercios estaban vacíos. Únicamente aquí y allá se organizaron

centros de cambio donde los fascistas trocaban sal por huevos y por gallinas a una equivalencia de rapiña.

La política económica del fascismo alemán en la aldea ucraniana se distinguía por su descaro insolente y estúpido: era un saqueo en toda regla. Esto lo comprendió todo el pueblo ucraniano, sometido a la servidumbre.

Es curioso que los propios alcaldes y burgomaestres, traidores a su pueblo, jugaran en los últimos tiempos con dos barajas y trataran de engañar a los alemanes y de defender a los campesinos. ¡Tan cruel era la política de los fascistas alemanes en el campo de Ucrania!

Los propios fascistas echaron por tierra el mito de su capacidad de organización, por ellos creado.

Quisiera subrayar un rasgo común, inherente a todos los métodos de la dominación alemana en Ucrania: el látigo, el insulto, las palizas, las bofetadas eran práctica habitual de los comandantes y burgomaestres alemanes. Una maestra, que huyó hace pocos días de Kiev, nos relataba cómo durante el invierno ella y una compañera suya de viaje, una doctora, tuvieron que entrar a calentarse en el restaurante de una estación. Una camarera alemana, una muchacha, se llegó a ellas y por señas les indicó que se marchasen. Las mujeres tardaban en irse. Entonces, la muchacha se acercó hasta casi tocar a las dos mujeres rusas, poseedoras de una alta instrucción, y agitó las manos como se hace para espantar a las gallinas que han entrado casualmente por una puerta abierta: «Kish, kish, kish», dijo. La médica le preguntó en alemán: «¿Cómo puede usted rebajar de tal manera la dignidad humana?». La muchacha contempló asombrada a la mujer de cabellos grises, alzó la mano y la abofeteó. Este torpe y limitado sentimiento de superioridad, este desprecio por un gran pueblo, distinguía a todos los funcionarios alemanes en Ucrania, tanto militares como civiles.

Y el pueblo ucraniano, el pueblo de la libertad cosaca, el pueblo de la Siech de Zaporozhie², el pueblo que creó canciones magníficas, el pueblo que convirtió su tierra en un jardín floreciente y en un trigal generoso, este pueblo se alzó contra los invasores fascistas con todo su orgullo, con toda su dignidad. Distritos completos estuvieron en manos de los guerrilleros. Los alemanes no circulaban por muchas carreteras importantes porque sabían que estaban controladas por los guerrilleros.

En bastantes sitios, los guerrilleros dictaban a los alcaldes y a los burgomaestres las condiciones de la recogida de la cosecha, y los alcaldes cumplían estas condiciones porque los guerrilleros eran una fuerza más real que los alemanes. Los policías abandonaban las aldeas de la región de Chernígov y se guarecían en la ciudad con sus familias.

El cuadro de esta lucha majestuosa se ofreció a nuestros ojos cuando llegamos a la zona entre el Desná y el Dniéper, a la cuña forestal y pantanosa enclavada entre los dos ríos. En todos los caminos del bosque pueden verse los parduscos esqueletos carbonizados de los vehículos militares alemanes. Aquí se ven por todas partes las huellas del «horror alemán» contra los guerrilleros. En los caminos, a lo largo de cientos de metros, los bosques están talados a uno y otro lado: los alemanes querían alejar así a los guerrilleros. En muchas aldeas hay poderosas fortificaciones construidas con gruesos troncos de pino; a estas fortificaciones, rodeadas de trincheras y envueltas por alambradas, conduce todo un laberinto de trincheras de comunicación.

En los linderos de los bosques hay fortines y blindajes con las troneras dirigidas hacia la espesura: los alemanes construyeron una «fortaleza interior» para contener la ola guerrillera que se alzaba, amenazadora, en los pinares próximos al Dniéper.

En los pozos de los pueblos hay unas tablillas con inscripciones en alemán y en ucraniano que informan de que el agua no está envenenada y que de su pureza responde tal o cual vecino.

Todo esto atestigua la lucha a muerte que libraban los guerrilleros ucranianos contra los invasores. En cada aldea se habla de ataques audaces de los guerrilleros, de guarniciones alemanas segadas, de coches incendiados, de convoyes arrebatados a los alemanes.

He aquí, saliendo de los bosques, a la gloriosa milicia del pueblo ucraniano. No se puede observar sin lágrimas de emoción y de alegría a estos viejos barbudos, a los muchachos con papajas³ extrañamente ladeadas, con sus borlas a lo cosaco; a las mujeres jóvenes o maduras envueltas en chales al estilo aldeano: avanzan en fila, con fusiles, con automáticos alemanes, con granadas en el cinto. Chirrían las ruedas de los convoyes guerrilleros, relinchan suavemente los caballos. Los artilleros van en cañones alemanes que arrastran carros aldeanos, los carreros azuzan a los caballos que se hunden en la arena blanca de la orilla.

¿Quiénes son estos hombres vestidos con chaquetas, con capotes, con uniformes alemanes, con pellizas aldeanas, la cabeza cubierta por gorros, por papajas, por kepis, por viejas gorras arrugadas? ¿Quiénes son estos viejos, estos muchachos, estos cuarentones con barba? ¿Quiénes son los que van por los senderos de los bosques, los que galopan a caballo junto a la orilla del Dniéper, los que rodean las hogueras, en medio de los inmensos pinares? Son el alma del pueblo, su alma gloriosa, eternamente viva; son su orgullo, su arrojo, su libertad, su honor. Son el alma de Ucrania. Los fascistas no lograron matarla, a pesar de que hicieron todo lo posible para conseguirlo. El mundo no ha conocido

semejante terror, semejante crueldad sanguinaria. Los alemanes declararon que toda la familia: la mujer, la madre, los hijos de cualquier campesino que se uniera a los guerrilleros serían quemados vivos en su isba. Y ahí van decenas de miles de guerrilleros, las huestes de la Ucrania eternamente libre, los hombres para quienes la libertad del pueblo es lo más querido en el mundo. Ahí van, y la ceniza golpea en sus corazones.

Estas líneas han sido escritas no lejos de Kiev. En una mañana sombría y ventosa nos encontramos con un muchacho en la linde de la aldea de Tarasiévichi, cerca del Dniéper. El muchacho estaba muy delgado, su tez mostraba un color amarillento terroso, gruesos chichones resaltaban en su cabeza, tenía los labios sucios y lívidos. Sus ojos miraban cansados; en ellos no había ni alegría ni pena, no había vida. Son terribles esos ojos seniles, cansados y sin luz de los niños.

-¿Dónde está tu padre?

-Lo mataron.

-¿Y tu madre?

-Se murió.

-¿Tienes hermanos y hermanas?

-Tengo una hermana que se llevaron a Alemania.

-¿Tienes algún familiar?

-No. Los quemaron en la aldea por ayudar a los guerrilleros.

Y se alejó por un patatal, con sus pies negros por la suciedad, mientras se metía en el pantalón su camisa harapienta...

Estas líneas han sido escritas no lejos de Kiev. La ciudad se ve a lo lejos. Brillan las cúpulas del monasterio, se vislumbran en la ligera neblina los blancos muros de las altas casas...

Gentes llegadas de Kiev relatan que los alemanes han rodeado con un cordón de tropas la inmensa tumba de Babi Yar, a la que fueron arrojados los cadáveres de cincuenta mil judíos asesinados en Kiev a finales de septiembre de 1941. Ahora los están desenterrando febrilmente para quemarlos...

¿Acaso son tan insensatos como para creer que pueden borrar sus tétricas huellas? Esas huellas han sido impresas para la eternidad con el fuego de las lágrimas y de la sangre de Ucrania. Y en la noche más cerrada se percibe su siniestro fulgor.

Octubre de 1943

-
1. Casa campesina ucraniana.
 2. Organización autónoma de los cosacos ucranianos.
 3. Grandes gorros de lana de borrego.

1944

LA OFENSIVA DE PRIMAVERA

(Pensamientos)

I

El sol se alzó sobre las vastas tierras del sur de Ucrania y expulsó del cielo, con ayuda del viento tibio, unos negros nubarrones; la tierra húmeda comenzó a secarse, a perder los miles y millones de toneladas de agua que había absorbido durante las largas jornadas de noviembre, diciembre, enero, febrero y marzo. Hace muchos años que esta tierra llana, azotada por vientos fríos y secos, no había conocido tanta agua caída del cielo. Dicen que el invierno de 1929 también fue de perros. Sin embargo, los habitantes del lugar ni lo comparan con el invierno actual.

Esta tierra húmeda y pegajosa cual gelatina se extendía a lo largo y ancho de decenas y centenares de miles de kilómetros, sin helarse, sin endurecerse. En este amasijo se hundían las ruedas de los cañones, las orugas de los tractores, los cascos de los caballos y las pezuñas de los bueyes; en ese amasijo pegajoso se hundían con sordo chapoteo las botas y los borceguíes de los infantes. También los aviones U-2 que pasaban lentamente, volando a poca altura entre la niebla gris, parecían hundirse en esta tierra, atraídos por su peso terrible.

Hoy día, al pasar volando sobre el Dniéper, el Ingulets y el Ingul, sobre el laberinto de riachuelos y arroyos, sobre el Bug y los limanes, se ven en la tierra medio seca surcos profundos: huellas de ruedas y orugas. Los caminos de la ofensiva, como ríos, se desbordaron de las carreteras y los

caminos. El cuerpo vivo y sudoroso de nuestro ejército en ofensiva no cabía en el lecho de estos caminos y tuvo que extenderse por todo lo ancho de la vasta estepa.

El sol calienta cada vez con mayor fuerza y detrás de los camiones flotan ya ligeras nubecillas de polvo. Un capitán de tez morena, con los faldones del capote cubiertos de escamas secas de tierra rojiza, pardusca y gris, aspira este polvo con placer, sonríe y dice:

-¡Oh, qué fuerza más terrible posee este mar de lodo!
¡Qué bien huele hoy el polvo!

Hace unos días reinaba en esta estepa el aullido agudo y penetrante de las camionetas y los camiones IAZ, de los tractores, de los Dodge y los Studebaker. Aullaban en su anhelo furioso de librarse de los millones de patitas pegajosas del limo para no quedar a la zaga de la infantería. Sus ruedas patinaban rabiosas e impotentes, despidiendo pellas de lodo, sin poder avanzar por los carriles pegajosos. Y millares de hombres fuertes, enjutos y sudorosos, con los dientes apretados, arrastraban los enormes servicios de retaguardia de los ejércitos en ofensiva; los arrastraban de día y de noche, bajo la lluvia incesante y la nieve húmeda que se derretía. Los arrastraban poniendo en tensión sus músculos, los arrastraban a fuerza de voluntad, de carácter férreo, de ansia de victoria, a fuerza de torturante sed de venganza, de paciencia.

Actualmente, todos los que han participado en esta labor grandiosa y dura de la ofensiva sin par, tanto el general como el soldado, se sienten inclinados a mirar atrás, a medir este camino colosal para comprender bien qué ocurrió, qué se hizo evidente para todo el mundo en el transcurso de los meses del cruentísimo duelo entre el Ejército Rojo y las tropas fascistas, duelo que tuvo lugar en los campos y vastas estepas de Ucrania.

Nadie admitía la posibilidad de una ofensiva sin caminos para el movimiento de las tropas en un invierno de deshielo sin precedentes, en una primavera en la que decenas de ríos y centenares de riachuelos se habían desbordado, en medio de frías nieblas, lluvias y nieve derretida; por la viscosa arcilla, la húmeda tierra negra, el fango de los limanes cubiertos de cañaverales; a través de las aguas crecidas que corrían hacia el cercano mar.

Sin embargo, esta ofensiva se hizo realidad.

El 30 de enero de 1944, los destacamentos de exploración -un batallón de cada división- comenzaron a tantear la defensa alemana en la plaza de armas de los fascistas en Níkolopol. Hacía frío. Los pies de los combatientes no se hundían en el lodo; un hielo fino crujía bajo las botas y la firmeza del suelo llenaba de alegría a la gente. Resonaban las ráfagas de ametralladora y los cañonazos.

La defensa alemana en el Dniéper había sido construida a conciencia y con habilidad. Tenía trincheras de perfil completo, toda una red de zanjás de comunicación y blindajes de gran espesor, que servían de refugio y para calentarse. Delante de la línea de defensa los alemanes tendieron una red de alambradas y de campos de minas. Esta defensa fue reforzada por una orden temible e histórica de Hitler al general Hollit, jefe del ejército: mantener la plaza de armas de Níkolopol a toda costa. Fue reforzada además por extensas explicaciones dadas a los oficiales de aquel ejército. Esta plaza de armas cerraba el camino hacia Crimea. Esta plaza de armas presionaba políticamente a Antonescu, a quien inquietaba la suerte de la decena de divisiones rumanas bloqueadas en Crimea por las tropas del general Tolbujin. Esta plaza de armas defendía el manganeso de Níkolopol, del que se abastecía toda la industria

metalúrgica alemana de las regiones situadas al este de Berlín. Esta plaza de armas cubría Krivoi Rog, con sus inmensas reservas de magnífico mineral de hierro de color ladrillo. A los soldados se les hizo recordar que constituían el ejército «de la venganza», que llevaba el número del ejército del mariscal de campo Paulus, perecido en Stalingrado, y que había sido organizado por Hitler para la revancha. Y por último, esta defensa era reforzada por condiciones naturales extraordinariamente ventajosas para los alemanes: riberas escarpadas, barrancos y colinas.

Así era la defensa alemana en el curso bajo del Dniéper. Ni que decir tiene que era mucho más ventajosa que nuestra defensa de Stalingrado en el curso bajo del Volga, situada en una franja estrecha de la alta orilla.

Gracias al azar, o quizá fue voluntad del destino, el nuevo 6.º ejército se enfrentó con el ejército de Stalingrado al mando de Chuikov. Entonces, en otoño del año 1942, en el Volga, el 6.º ejército atacaba furiosamente y embestía contra nuestra defensa mortal. Aquí, en el Dniéper, cambiaron los papeles: era el Ejército Rojo quien llevaba la ofensiva y el 6.º ejército de Hollit quien se defendía. Allí, en Stalingrado, en el período crítico de la Gran Guerra Patria, las enormes masas de tropas blindadas de Paulus, apoyadas por la escuadra del ducho pirata aéreo Richthoffen, embistieron la gran línea de defensa del Volga durante cien días y cien noches. Allí, en aquella línea, el mundo fue testigo de la catástrofe sufrida por la estrategia del alto mando alemán. La ofensiva alemana se estrelló contra la firmeza de la infantería rusa, contra la sabia y lacerante fuerza de la artillería soviética. Allí, mientras sufrían pruebas crueles y adversidades bajo el fuego enemigo, cara a cara con la muerte ávida y terrible, se elevaron con toda su talla gigantesca el soldado, el oficial y el general del Ejército Rojo, poniendo de manifiesto toda su

fuerza, paciencia, talento y riqueza de alma, su voluntad clara y férrea. Junto con los cadáveres de los alemanes muertos, las divisiones de granaderos y de asalto eliminadas de las listas de efectivos, junto con los tanques y aviones de picado Stuka, fueron también eliminadas, destrozadas y quemadas la doctrina de la hegemonía mundial del fascismo y la doctrina de la estrategia ofensiva de las tropas fascistas alemanas. Después de Stalingrado, el hitlerismo comenzó a hablar de la defensa; después de Stalingrado, el fascismo comenzó a vociferar sobre la «muralla oriental», sobre la «muralla del Dniéper», sobre la «línea Leningrado-Odesa», sobre la conservación de las tierras ocupadas y de las riquezas adquiridas con el pillaje. Antes de Stalingrado, los fascistas hablaban de otra cosa: del dominio sobre todo el mundo. Y he aquí que las divisiones del Ejército Rojo, que en el otoño de 1942 habían defendido Stalingrado, se preparaban en enero de 1944 para asestar el golpe decisivo al 6.º ejército alemán, que había pasado a la defensiva en la plaza de armas de Níkol, en la corriente baja del Dniéper.

Cambiaron los papeles. El Ejército Rojo tenía en su haber el arco de Kursk, el saliente de Orel, los combates por Járkov y el Donetsk septentrional; el paso del Dniéper en su curso medio, la batalla de Kiev.

El 30 de enero los alemanes tomaron nuestra exploración, apoyada por la artillería, por una ofensiva general. También esta vez su presunción les llevó a un serio revés. Ahora es sabido que los generales alemanes se echan la culpa de la catástrofe los unos a los otros. En sus informes, acusan al jefe del Estado Mayor del XXX cuerpo del ejército, Klaus, de «no haber apreciado debidamente la situación, haber subestimado las fuerzas del enemigo y exagerado las propias». Todo esto, naturalmente, es cierto. Lo único que no es cierto es que la culpa la tenga sólo Klaus.

La actitud ignorante y presuntuosa frente al adversario, el sentimiento de superioridad son los defectos orgánicos del Estado fascista-alemán y de su camarilla militarista; son defectos de los cimientos y no de la techumbre.

El 30 de enero, al anochecer, los alemanes hicieron el balance de sus éxitos. Naturalmente, su defensa resultó ser inaccesible; naturalmente, las divisiones rojas de la Guardia no lograron romperlas. Y, naturalmente, comunicaron todo esto, con tono jactancioso, a su Alto Mando.

Aquella misma noche, nuestro Alto Mando terminaba de llevar a cabo una maniobra rápida y decisiva. Esta maniobra es el mejor testimonio de la madurez del pensamiento y de la voluntad de aquellos que se forjaron en el fuego de las pruebas sin precedente de la guerra. La dirección del golpe principal fue elegida con enorme acierto, con rapidez y audacia fue descargado el enorme puño de fuego y acero, tomada la decisión de dejar en los sectores secundarios del frente unas pocas fuerzas para cubrir la línea, apoyadas tan sólo por unos campos de minas.

La ofensiva comenzó por la mañana. Cuando la voz de nuestra artillería resonó en la estepa gris, se estremecieron el cielo y la tierra. Los cuerpos de la Guardia royeron la defensa enemiga con las mandíbulas de acero de sus cañones. La potencia del combate crecía por horas. Algunos evocaban la batalla de Stalingrado. A causa del estruendo de nuestra artillería pesada, el hielo fino que apresaba los charcos se rompía como cristal. Los alemanes combatían con tesón y habilidad. Y no era sólo la maestría militar de nuestros combatientes y jefes lo que aplastaba el tesón y la habilidad de los alemanes. Los aplastaban la grandeza de espíritu y la nobleza de objetivos, que en esta batalla triunfaron sobre la vileza del ejército de asesinos de niños y ancianos. El humanismo y el bien se convirtieron en

elementos de nuestra realidad militar y se entrelazaron con la teoría y la práctica de combate del Ejército Rojo, se fundieron con los procedimientos tácticos de nuestros generales y oficiales. En la colaboración armoniosa de las enormes masas de tropas dirigidas por el generalato, en la unidad de los jefes de las compañías de tiradores y los de las baterías artilleras, que con ojos fraternales observaban el campo de batalla desde observatorios muy avanzados; en el contacto estrecho entre los tanques y la artillería, entre los aviones de corrección del tiro y las tropas terrestres, se deja ver el colectivismo de nuestro pueblo, la unidad forjada en la lucha por una causa justa y un objetivo elevado.

Al atardecer, en un sector estrecho del frente, el cuerpo mandado por el general Glazunov obtuvo cierto éxito en sus ataques al dispositivo alemán: en la defensa enemiga se produjo una concavidad profunda. También aquí se reflejaron en la táctica de nuestras tropas el carácter del pueblo, formado durante muchos siglos, y, simultáneamente, los rasgos del joven país revolucionario, país de innovadores audaces en todas las esferas de la vida. En el arrojó con que se lanzó por la estrecha fisura todo el cuerpo de tanques de Tanaschishán, lleno de sangre viva y fogosa, en la rapidez con que el revés parcial del enemigo fue desarrollado y profundizado hasta tomar proporciones catastróficas, en todo esto se reflejó la energía bolchevique y la audacia revolucionaria, el saber elegir con rapidez el eslabón fundamental en toda la cadena compleja de los acontecimientos del combate.

Hacia la mañana, la ruptura prometía a los alemanes el cerco y la muerte.

La actuación de nuestra artillería en la ruptura de la defensa alemana nos ofrece un ejemplo aleccionador de asiduidad, ingenio y ausencia absoluta de rutina. Toda la

enorme orquesta artillera pasaba con libertad y facilidad de una etapa del combate a la siguiente, determinando de forma simultánea las acciones de los tanques y de la infantería y subordinándose a ellas, poniendo en práctica el plan elaborado de antemano y reaccionando instantáneamente ante los nuevos e inesperados fenómenos surgidos en el combate. En una batalla de maniobra, con su ritmo intenso, no es cosa fácil pasar de la neutralización de la defensa del fuego enemigo, localizada con anterioridad, al acompañamiento de la infantería propia que se lanza al ataque; o pasar de la destrucción de objetivos nuevos o «resucitados» al combate artillero en la profundidad de la defensa rota, «hacer callar» el fuego alemán en los flancos y la vanguardia de las pequeñas unidades que se han adelantado mucho al grueso de las fuerzas. Este trabajo exige una gran fuerza moral, un enorme esfuerzo de la atención, del pensamiento y de la voluntad, exige una reacción rápida, y audacia...

Nuestra gente, los hombres soviéticos, los artilleros rusos, los que disparaban el fuego y los que lo dirigían, pusieron de manifiesto que poseían todas estas cualidades. Los alemanes intentaron contrarrestar nuestra maniobra de envolvimiento con una contramaniobra. Siempre habían presumido de movilidad. Pero les tocaron en suerte malos tiempos. «Sobremaniobraron», y en vez de una maniobra acabaron inmersos en una carrera febril e impotente de un lado para otro. La movilidad y capacidad de maniobra de los alemanes degeneró. En los cerebros de los soldados y generales alemanes crecía por horas el horror al cerco. Este horror, nacido en Stalingrado, maduraba, arraigaba en sus mentes y confundía las acciones de los alemanes en todo el escalafón de la jerarquía militar. Este horror obligaba a los oficiales del Estado Mayor a exigir la retirada, apenas se

dibujaba algún peligro en el horizonte; este horror obligaba a los alemanes, servidores de las ametralladoras y de los morteros, a mirar hacia atrás, hacia occidente, a fijarse alarmados en las sombras engendradas por su propia imaginación y huir abandonando las armas cuando los infantes, que corrían alocados de un lado para otro, les espantaban con rumores alarmantes. Este horror dominaba a los jefes de los regimientos de infantería y de los batallones de tanques alemanes.

El 1 de febrero, durante el día, el cuerpo de tanques de Tanaschishán penetró profundamente en la retaguardia alemana y fraccionó en dos el frente enemigo. Este golpe fue asestado con precisión: los tanques salieron a la retaguardia de la defensa alemana y provocaron la parálisis como el escalpelo de un cirujano.

En este día decisivo de la batalla el cuerpo no perdió más que cuatro tanques.

Siguiendo a las fuerzas blindadas se lanzaron a la brecha la infantería y la artillería. El principio de unidad de objetivo, de subordinación de todas las tareas secundarias a la tarea principal y fundamental, sobre el que descansa nuestra edificación estatal y económica, se manifestó en toda su magnitud en la táctica de nuestras tropas en la etapa final de la operación. Haciendo caso omiso a la resistencia que ofrecían guarniciones aisladas en las cotas y aldeas, y aplicando a gran escala la maniobra de flanqueo, nuestras fuerzas avanzaron de cuarenta a cincuenta kilómetros en la defensa alemana y cortaron los caminos de repliegue al enemigo. La agrupación alemana de Níkopol fue aniquilada.

Cuando le pregunté al general coronel Chuikov si el enemigo había logrado huir en algunos de los sectores, éste, sonriendo, me contestó: «El enemigo no pudo huir: fue aniquilado».

Así terminó el segundo encuentro de los ejércitos de Stalingrado con el 6.º ejército alemán, el ejército «de la venganza». Habían transcurrido catorce meses entre la batalla del Volga y la del Dniéper. Su desenlace tiene un sentido profundo, en el que reside la filosofía de toda la guerra. En la tierra soviética, el 6.º ejército fue el exponente de la bancarrota de la estrategia alemana en sus dos polos: la estrategia ofensiva y la estrategia defensiva.

Las divisiones del Ejército Rojo que combatían en Stalingrado demostraron en el Volga la inaccesibilidad de nuestra defensa y la impotencia del 6.º ejército del mariscal de campo Paulus. En el Dniéper, en la plaza de armas de Níkolopol, las divisiones de Stalingrado ondearon triunfalmente la bandera de nuestra estrategia ofensiva sobre los restos aplastados del 6.º ejército del general coronel Hollit, que había pasado a la defensiva. En ambos triunfos, en los dos polos del arte de la guerra se reflejaron las leyes de la vida popular, del carácter del pueblo; se reflejó todo aquello que hunde sus raíces en el lejano pasado y lo que está ligado con los rasgos maravillosos de nuestro Estado soviético, Estado joven, audaz y progresista.

II

El tiempo se puso insoportable. Día y noche caía una nieve húmeda. Durante muchas horas lloviznaba tediosamente, y luego volvía a caer nieve, que se derretía apenas tocaba el suelo. La niebla se cernía sobre la estepa, las nubes, bajas, parecían rozar la tierra. Daba la impresión de que eran tan oscuras y frías como los valles, cerros y campos saturados de humedad sobre los que se deslizaban. Con frecuencia no se veía más allá de cien o ciento cincuenta metros. Se paralizó el movimiento de toda clase de transporte. Ni las orugas de

los tanques y transportadores ni las ruedas con cadenas de los enormes camiones de seis ruedas podían vencer aquel cenagal monstruoso. El combustible destinado a cubrir doscientos kilómetros se gastaba en uno solo. Las ruedas de las piezas de artillería pesada se hundían en el lodo y los combatientes las sacaban a fuerza de músculos, pero a los pocos pasos volvían a hundirse.

El enemigo derrotado cifraba sus esperanzas en aquel cenagal infranqueable. *Molva*, el periodicucho editado en Odesa, predecía la suspensión completa de nuestra ofensiva. Los elementos, desencadenados, parecían dispuestos a impedirnos recolectar la cosecha de nuestro éxito. Y fue entonces cuando se levantó en toda su titánica altura nuestro infante, el gran hombre de la Gran Guerra Patria.

Allí donde los poderosos motores resultaron impotentes, salieron al frente de las columnas detenidas por los elementos los infantes, con sus fusiles y automáticos, los morteristas, con los morteros de batallón, los artilleros, con los cañones ligeros regimentales.

La ofensiva no se detuvo ni un día, ni siquiera una hora. ¿Quién describirá la gran hazaña de nuestra gente? ¿Quién contará la gran epopeya de este movimiento sin igual en todo el mundo, de esta ofensiva que avanzaba día y noche sin conocer el sueño? Los infantes marchaban llevando módulo y medio de cartuchos, marchaban con sus capotes empapados de agua, tan pesados como el plomo. Cuando las crueles ráfagas del viento del norte embestían a los soldados, los capotes se helaban, se ponían rígidos cual si fuesen de chapa de hierro, y no defendían del crudo frío. El lodo se pegaba a las botas, que pesaban un pud cada una. A veces, los hombres no podían recorrer más de un kilómetro a la hora, tan difícil se les hacía el camino. En decenas de kilómetros a la redonda no había ni un lugar seco donde descansar un

rato, y para colocarse bien los peales tenían que sentarse en el lodo. Los servidores de los morteros marchaban al lado de los tiradores, y cada uno de ellos llevaba media docena de granadas colgadas de unas cuerdecillas.

A los artilleros les parecía que el error más grave cometido en todo el mundo era llamar cañón ligero a la pieza regimental. ¡Qué pesado era el cañón ligero! A veces tenían que entablar combate en sectores donde ni los caballos ni los bueyes podían pasar con los ligeros carros aldeanos cargados de municiones. Hubo casos en los que decenas de combatientes que formaban una cadena humana se pasaban los proyectiles de mano en mano hasta los emplazamientos de la artillería. Arrastrar los cañones era tan difícil que el fuego más encarnizado parecía a los artilleros un reposo placentero.

Sin embargo, la pasión del avance continuo inflamaba la sangre y el corazón de los combatientes del ejército en ofensiva.

«No importa -se decían-, los alemanes lo pasan aún peor; para ellos es la muerte.»

Y el ritmo de esta ofensiva sin precedente en la historia era fabuloso. Se desarrollaba día y noche, barría los focos de resistencia alemanes, interceptaba los caminos de repliegue, ocupaba los nudos ferroviarios y los cruces de caminos en la retaguardia profunda del enemigo. La ofensiva, que se llevaba a cabo de forma simultánea desde el este hacia el oeste y desde el norte hacia el sur en movimiento combinado y acorde, cortaba cada vez nuevos sectores de la defensa alemana, hasta convertirse en todo un sistema de cercos y semicercos, en una red de acero inteligentemente tendida en la que perecían las unidades alemanas con su material y fuerza viva.

El mando, que dirigía el complejo combate ofensivo en sus formas más perfectas y difíciles -el flanqueo, el envolvimiento y el cerco, con todas sus extraordinarias dificultades debidas al lodo que hacía infranqueables los caminos-, compartía con los soldados toda la dureza de la vida bajo la lluvia constante, en la nieve derretida, en el lodo infranqueable de las vastas estepas. Los Estados Mayores, que iban en Willys, eran remolcados en caravanas por tanques pesados y tractores. Hubo días en que los generales cubrían decenas de kilómetros a pie. En una ocasión en que su coche se hundió en el lodo y no pudo continuar el viaje, el jefe de cuerpo, Glazunov, mandó a los radistas que le acompañaban que cargasen con la radio, se arremangó los faldones del capote como los soldados y prosiguió el avance a pie, al tiempo que dirigía por radio el combate que sostenían las divisiones a su mando. El enlace constante e ininterrumpido con las tropas fue en esta ofensiva una ley inviolable para los jefes de división, y no hubo dificultades capaces de impedir este enlace.

Los aviones U-2 prestaron un gran servicio a las tropas en ofensiva, pues no se limitaron a transportar a los oficiales del Estado Mayor y a llevar órdenes e informes urgentes; también abastecían de cartuchos a la infantería, y de obuses y granadas a la artillería y los morteros. Es difícil comprender cómo podían estos laboriosos y modestos peones de nuestra aviación despegar de la tierra pegajosa de los campos de aterrizaje improvisados. Pero la victoria y la ofensiva lo exigían y los U-2 levantaban el vuelo a despecho de todas las leyes de la mecánica y de toda la experiencia acumulada.

Las tropas del frente llevaban la ofensiva a regiones cercanas al mar, donde los ríos, en su curso bajo, se desbordan impetuosos y existen enormes marismas.

¿Quién relatará a las generaciones venideras las hazañas de las tropas de ingeniería de este frente, de los pontoneros, de los zapadores, quién glorificará la labor sagrada de los magníficos talentos populares, de los santos mártires que, con una canción en los labios, hundidos hasta la cintura en el lodo helado o hasta el cuello en el agua fría, construían zampeados a golpes de maza?

¿Quién recordará los centenares de vados, de pasarelas de asalto, de travesías organizadas a base de pontones, balsas, lanchas y puentes por los que pasaron los tanques y la artillería pesada del cuerpo?

Todo esto se construía con una rapidez fantástica, se construía a pesar de que los materiales del ejército para estos casos habían quedado muy atrás. El coronel Tkachenko, del 62.º ejército, que en su tiempo dirigió la travesía más terrible del mundo, la travesía del hielo y del fuego en el Volga, me habló de las travesías de la ofensiva. Para la construcción de puentes y pasos se aprovechaba todo material flotante: vallas, portones, puertas, lanchas viejas, postes, bidones de gasolina abandonados por los alemanes, hielo y los enormes toneles de vino que los zapadores llamaban «toneles alegres». Nadie creía en la posibilidad de tender un puente a través del Dniéper cuando faltaban o escaseaban los medios de paso del ejército, que habían quedado atascados en el mar de lodo. Pero los pontoneros creían en el coronel, y Tkachenko, a su vez, tenía fe en sus hijos de Stalingrado. Y tendieron un puente de ochocientos noventa y siete metros de largo en treinta y ocho horas, y la artillería cruzó el río por él.

No hubo un trabajo más terrible que la construcción del puente a través del Bug meridional. Los zapadores disponían de una minúscula plaza de armas en la orilla occidental del río. El enemigo atacaba y los zapadores construían el

puede, no bajo el fuego de los alemanes, sino bajo el propio. El viento del norte, tempestuoso, ayudaba a los alemanes: el nivel del agua cambió bruscamente y descendió un metro y medio. El cenagal parecía no tener fondo, el pilote de prueba penetró a once metros de profundidad como si lo hubieran metido en una enorme artesa con masa de harina. Sin embargo el puente se construyó y el coronel hizo pasar por él, durante tres días, más de diez mil carros de los servicios de retaguardia.

He aquí rebasados el Don, el Donetsk septentrional, el Dniéper, el Ingulets, el Ingul, el Bug y el Dniéster, los deltas y el enorme laberinto de ríos, riachuelos y arroyos primaverales.

Para ganar en astucia, para vencer a los terribles elementos, para resultar más fuerte y más inteligente que ellos era insuficiente el talento del gran pueblo. Estoy profundamente convencido que en esta lucha se manifestó el genio del pueblo.

La propaganda alemana intenta explicar la catástrofe sufrida por los ejércitos de ocupación durante el invierno y la primavera del año corriente diciendo que a los rusos les han ayudado los elementos, el «general lodo». Un general alemán, cuyo desafortunado informe tengo ante mis ojos, explicaba al mando del ejército: «Los rusos aplazaron el comienzo de la ofensiva hasta el deshielo [...]. Los rusos esperaron hasta el deshielo intencionadamente. [...] Los elementos tienen la culpa de esta catástrofe».

¡Qué estupidez más miserable! ¡Qué hipocresía! ¡Qué incapacidad orgánica para comprender los hechos, analizarlos y hacer las deducciones correspondientes!

Nosotros hemos llevado a cabo ofensivas victoriosas en todas las estaciones del año: en el invierno de 1941, en el

verano y otoño de 1943, en el otoño, el invierno y la primavera de 1944.

El lodo y el deshielo del año en curso nos crearon inmensas dificultades. Nosotros llevamos a cabo la ofensiva no gracias al lodo, sino a pesar de éste. He visto en manos de miembros del Consejo Militar del frente barómetros y otros aparatos que registraban la curva de la presión atmosférica. Todo el Estado Mayor esperaba de un momento a otro, de un día para otro una mejora del tiempo, ansiada tanto por los generales que dirigían las tropas como por el último soldado que avanzaba hundido hasta las rodillas en el lodo. Tuve ocasión de conversar con un sabio meteorólogo que daba conferencias especiales a los miembros del Consejo Militar. Y como siempre sucede a los que pronostican el tiempo, la gente, que para el bien de nuestra ofensiva ansiaba las heladas, condenaba infundadamente al pobre hombre, como si él tuviera la culpa de la existencia del mal tiempo. Por las mañanas se veían en la mesa del general del ejército Malinovski, junto con los partes de mayor importancia, los boletines y las observaciones meteorológicas de las regiones vecinas, transmitidas por radio. Los elementos eran crueles, los caminos se ponían cada vez más intransitables, los ríos no querían cubrirse de hielo, sus aguas crecían, se desbordaban e inundaban las tierras bajas.

Pero, a despecho de los elementos, el Ejército Rojo continuó avanzando victoriosamente.

¿Cuáles son las conclusiones reales sobre las fuerzas y el carácter espiritual de los ejércitos que lucharon en las estepas de Ucrania durante el invierno y la primavera del año corriente?

En esta ofensiva, como en los combates defensivos, increíblemente duros, de Stalingrado, se manifestó el

carácter brioso y noble de nuestro hombre. Nuestro infante se incrustó como una cuña de acero en la brecha abierta entre la fuerza de los motores alemanes y la miseria espiritual de sus oficiales y soldados, que luchan por la ideología tres veces maldita del asesinato en masa de inocentes, por la ideología de la esclavitud y de la desigualdad social y racial.

Frente a las dificultades titánicas, nuestros combatientes y oficiales pusieron de manifiesto todo su valor. Sometimos a los elementos y derrotamos al enemigo. El enemigo se sometió a los elementos y fue derrotado en los campos de batalla. Sí, nosotros llevábamos a cabo la ofensiva en condiciones difíciles, sin precedente, llevábamos a cabo la ofensiva a pesar de la intransitabilidad de los caminos convertidos en lodazales, y a despecho de los ríos desbordados, y no gracias a éstos. Los elementos se someten a los espíritus fuertes, no a los débiles. Los espíritus débiles se someten a los elementos. En esta ofensiva, nuestra infantería -soldados y oficiales- suplió con su valor, su talento, su paciencia e ingenio lo que le había quitado la infranqueabilidad de los caminos. Realizamos una maniobra hábil y compleja a pesar de que los motores tuvieron que detenerse debido al lodo. Se rechazaron los contraataques de tanques de los alemanes con los medios de la infantería, pues la artillería antitanque no podía mantener el ritmo de la ofensiva. Aprendimos a destrozar la defensa enemiga con proyectiles contados, pues las municiones no podían llegar a los emplazamientos a tiempo para el combate.

Armada de fusiles, ametralladoras y morteros de batallón, nuestra infantería supo aplastar el potente sistema de fuego de la defensa enemiga. A cuestras, sacamos del lodo los servicios de retaguardia. A cuestras, sacamos del lodo la artillería. La riqueza espiritual de los hombres soviéticos

triunfó en medio de las mayores dificultades, venció a los elementos y derrotó al enemigo.

Así es como se mostró el Ejército Rojo ante las dificultades titánicas de la ofensiva.

¿Cómo se comportaron los soldados, oficiales y generales de los ejércitos fascistas alemanes? ¿Cuál era su moral, dónde buscaban y encontraron los medios para la lucha, la fuerza?

Obran en nuestro poder el parte y la nota explicativa del jefe de la 16.^ª división motorizada del teniente general conde Von Schverin. El alto mando hitleriano lo ha entregado a los tribunales como uno de los culpables de la catástrofe: sobre él cayó el golpe de los ciudadanos de Stalingrado en ofensiva. Sus justificaciones ante el general coronel Hollit, que mandaba el ejército, dan una respuesta categórica a la pregunta planteada aquí. Huelgan los comentarios. Sin embargo, quiero recordar lo siguiente:

Trabé conocimiento con la 16.^ª división motorizada cuando ésta llevaba a cabo la ofensiva sobre Stepnoie y Astrakán, a finales del verano de 1942. Se me había grabado en la memoria por los relatos de los vecinos, quienes consideraban a los soldados y oficiales de Von Schverin unos canallas de una insolencia y desenfreno indescriptibles. Estos canallas iban desnudos en sus motocicletas por las calles de Stepnoie, con las vergüenzas al aire, bailaban en las calles al son de las armónicas, agarraban unas borracheras de muerte y consumían cantidades colosales de carne, miel y azúcar, y se zamparon todas las gallinas y ovejas de la comarca. Borrachos, trataban con entusiasmo «filosófico» de convencer a las muchachas rusas de que la suerte de Rusia y de los rusos era convertirse en esclavos eternos de la raza superior de los señores alemanes. Esta canalla jalonó su camino con el asesinato de millares de

ancianos y niños. Una maestra de la escuela media de Stepnoie me relató cómo un oficial de esta división intentó violarla. El asistente del oficial la encerró en una habitación con su amo borracho; la mujer permanecía de pie, con su criatura de seis meses en brazos, y el oficial del conde Von Schverin ora aplicaba el cañón de su pistola a la cabecita de la criatura, ora disparaba contra el suelo, incrustando sus balas a unos centímetros de los pies de la joven madre.

He aquí lo que escribía el conde Von Schverin en la primavera de 1944. Ante todo sobre la ofensiva de nuestras tropas.

Por la tarde todas las cotas estaban en manos del enemigo, que se concentró en número escaso en ellas y emplazó allí su artillería.

Al mismo tiempo, recibí una comunicación del cuerpo en la que se decía que el enemigo, con fuerzas cuyo número no se había podido determinar, había avanzado desde Ekaterínovka hacia Kámenka e irrumpido en Shirochani por el norte.

Por la tarde, el enemigo reforzó su empuje en dirección a las cotas situadas al este y noreste de Mijáilovka.

Los oficiales dudaban de que la división pudiera mantener la línea, pero el mando declaró que se habían tomado todas las medidas para asegurar una defensa sólida.

Al oscurecer, el enemigo inició la ofensiva e irrumpió en Mijáilovka por el norte, introduciendo allí el pánico... A las 23.00, el enemigo, con grandes fuerzas y al grito de «hurra», atacó la cota 87,5, arrolló el batallón de antiaéreos de la 9.^a división de tanques que la guarnecía y lo obligó a retirarse en dirección oeste. Con esta operación, el enemigo cortó el único camino transitable a Mijáilovka. En esta situación se difundieron rumores alarmantes de que el enemigo ya se había adueñado de las cotas al noroeste de Mijáilovka. Las unidades del regimiento artillero que cubrían este sector abandonaron sus posiciones. Mijáilovka corría el peligro de quedar cercada. A mi juicio, no merezco reproche alguno por haber abandonado Mijáilovka.

He aquí el cuadro dibujado por el teniente general alemán. Y he aquí cómo describe el estado de sus tropas

durante nuestra ofensiva.

El 3 de febrero por la mañana se presentó ante mí el coronel Fischer con los restos de su Estado Mayor. El coronel me informó de que su regimiento había sido empujado hacia el este (!) y, evidentemente, estaba cercado. Al mismo tiempo, recibí un informe de la estación ferroviaria de Apóstolovo diciendo que grupos aislados de la división dispersada por los rusos se encontraban allí, en un estado de extremo agotamiento y sin armas ni munición. Durante la retirada de Mijáilovka se ha perdido una gran cantidad de camiones. Para desplazarse con mayor facilidad, la infantería se vio obligada a abandonar sus cañones. Se perdieron las municiones y las armas pesadas. Mucha gente estaba tan extenuada que se quedaba tendida en los caminos. Todo esto produjo entre los soldados un estado de desbarajuste y desmoralización absoluto. De las unidades de la 123 y 306 divisiones de infantería, anteriormente situadas en Mijáilovka, no apareció ninguna. No se sabe si durante la noche retrocedieron en dirección noreste o fueron aniquiladas por completo.

El 306 batallón de reserva tiene una capacidad combativa limitada. Fue completado con soldados de los convoyes, no tiene sentido de unidad y su mando no vale mucho.

Los restos del segundo y tercer batallones del 60.º regimiento motorizado se encuentran en un estado de agotamiento completo. Escasean las armas, tenemos muy pocas armas pesadas y carecemos en absoluto de ametralladoras. Los Estados Mayores no poseen medios de enlace.

Los restos del 45.º regimiento de infantería están tan exhaustos física y moralmente que apenas pueden servir para la acción. Faltan armas, municiones, personal de mando y de intendencia.

Todo hombre soviético -combatiente, oficial, obrero o intelectual- leerá con legítimo orgullo y profunda satisfacción estas confesiones del general hitleriano.

Por último, el conde Von Schverin ofrece un cuadro general del estado de sus tropas blindadas y mecanizadas.

Los camiones y tractores permanecían inmóviles en el barro; los soldados contemplaban, impotentes, cómo perecían sus armas, municiones, equipos y prendas personales.

Estos hombres van a la ventura, con barro hasta las rodillas, sin plan ni mando. Su situación es catastrófica, en todas partes siembran el pánico y el espanto. La dirección de las tropas se va paralizando y en todas partes reina la confusión, pues sin medios de enlace de nada vale el aparato de dirección. Parece como si al soldado le hubiesen cortado primero las piernas y luego las manos, y por último le hubieran tapado la boca. Este estado de ánimo es el de todo aquel que ha caído en esta situación, sea oficial o soldado.

Y el siguiente resumen, de sentido profundísimo, es una verdadera obra maestra:

Mis unidades necesitan caminos buenos y firmes; cuando los caminos son malos, pierden la posibilidad de desplazarse.

Este testimonio del enemigo derrotado es bastante objetivo.

En el duelo en los campos y estepas de Ucrania, el Ejército Rojo puso de manifiesto su fuerza espiritual, mientras las tropas fascistas alemanas demostraron su impotencia. Los elementos furiosos, tan hostiles a nosotros como al enemigo, fueron vencidos por los hombres soviéticos, fuertes de espíritu. Los caminos enlodados y las inundaciones no impidieron llevar a cabo la venganza justa sobre las hordas de bandidos que invadieron nuestra tierra. En su estrategia defensiva, los alemanes demostraron el carácter defectuoso y limitado de su espíritu y de su pensamiento militar.

Lo mismo que en la ofensiva de Stalingrado, la causa de su fracaso fue la desproporción existente entre la fuerza mecánica de los motores y la fuerza espiritual, la flexibilidad, el ingenio de sus oficiales y soldados al tropezarse con situaciones no previstas en los reglamentos. Los alemanes demostraron carecer de fuerza espiritual, de flexibilidad táctica e ingenio.

Fueron incapaces de asimilar las lecciones de combate defensivo que les dimos en Stalingrado. No supieron poner en juego la granada de mano, esta bayoneta suvoroviana de la guerra actual, esta arma potente en la lucha defensiva cuerpo a cuerpo.

En un solo aspecto permanecieron fieles a sí mismos hasta el fin. Todo el camino de su retirada fue jalonado por el fusilamiento de millares de mujeres y ancianos, por el asesinato de inocentes, por los cadáveres de los niños arrojados a los pozos. Al abandonar las aldeas, privados de la posibilidad de evacuar sus medios técnicos, arrimaban sus máquinas negras y siniestras a las blancas jatas ucranianas y prendían fuego a los depósitos de gasolina. Y así, pueden verse ahora los armazones carbonizados y lúgubres de las máquinas al lado de las casitas blancas destruidas por ellos. Éste es el símbolo del fascismo alemán: como hediondo escorpión agonizante, hunde su aguijón en todo lo vivo y destruye vidas inocentes.

El llamamiento del jefe del Ejército Rojo, camarada Stalin –«aniquilar, hasta que no quede uno, a todos los ocupantes alemanes que han invadido nuestra Patria para esclavizarla»–, se pone en práctica. Podemos decirlo con razón ahora, cuando el Ejército Rojo llega por todas partes a las fronteras estatales de la Unión Soviética. En decenas de «bolsas» gigantescas, en las redes de acero de los cercos, el Ejército Rojo extermina al ejército fascista alemán, compuesto de millones de bandidos.

A los que cometieron la imprudencia de cruzar nuestra frontera y lograron escapar a la venganza, el Ejército Rojo les cazarán en su guarida. Se avecina una nueva etapa de la guerra, la etapa decisiva.

3.^{er} frente ucraniano,
26 de abril

LA FRONTERA SOVIÉTICA

El teniente general Mescheriakov situó su puesto de mando en una colina, en las afueras de la aldea.

-Es un verdadero chalé -decían en tono alegre los oficiales de enlace y el personal del Estado Mayor al acercarse a la casa, sobre la que se extendían las gruesas ramas de un árbol añoso.

Al mirar por la ventana con unos prismáticos se podía distinguir una línea de terreno ondulado por la que pasaba la defensa alemana. De día, el sol bañaba sus rayos alegres en el agua clara del profundo río. De noche, las estrellas atravesaban el caprichoso follaje, y el río, iluminado por la luna, despedía un brillo argénteo.

En la pendiente sur de la colina crecían las viñas; en el valle se alzaba el maíz espeso y la brisa hacía murmurar las hojas sedosas y finas. Incluso cuando el sol llegaba a su cenit el interior de las casas estaba fresco, y las paredes, enjalbegadas, brillaban; por la noche, la luna les confería un tono azulenco.

En el crepúsculo, el general paseaba bajo las pesadas ramas de los árboles. Caminaba lentamente, el gorro en la mano, sumido en la profunda sombra de los árboles, y los centinelas le perdían de vista a menudo. Escrutaban la oscuridad y, de pronto, veían a la luz de la luna su cabeza

canosa. El general, de pie en la colina, miraba la orilla opuesta del río, donde estaban atrincherados los alemanes.

Y mientras el general permanecía allí, los centinelas guardaban silencio, no canturreaban, no fumaban sus pitillos escondidos en las mangas del capote, no cruzaban ni una palabra.

Pero cuando el jefe del ejército volvía a entrar en la casita se encendía la lucecilla de un pitillo –fumaba el tirador de automático que hacía guardia al lado de la casita del jefe del Estado Mayor–, comenzaba a silbar una melodía el combatiente Pankrátov, hombre corpulento y entrado en años que guardaba la casita del general en jefe; tosía el tártaro Kafi, a quien los muchachos del batallón del Estado Mayor llamaban Kolka.

Durante el día los jefes de división se habían reunido en la casita del general en jefe. Al ejército le esperaba una operación importante y compleja. Los generales y coroneles, inclinados sobre el mapa, escucharon a su jefe. En acción coordinada, la infantería, los tanques, los regimientos artilleros, los batallones de ingeniería y la aviación de caza y de bombardeo tenían que romper la defensa alemana, descoyuntar el frente del enemigo y derrotar a sus divisiones en su propia tierra.

El general en jefe puso en conocimiento de los reunidos el plan de la operación. Los jefes de división informaron de la preparación de sus unidades y expusieron sus consideraciones sobre las particularidades de las posiciones enemigas en el sector. Hablaron de operaciones demostrativas, de la dirección del golpe principal, de las municiones, del enlace telefónico y por telégrafo y radio, de la cooperación de la artillería y los tanques, la aviación y la infantería; hablaron de los campos de minas, de la necesidad de tender puentes, de las cortinas de humo en los pasos del

río, del suministro de víveres, de lo complicado de una acción conjunta en la profundidad de la defensa enemiga.

El general en jefe los escuchaba con atención. Aquellos hombres, que habían llevado victoriosamente sus regimientos y divisiones hasta las fronteras de su querida tierra, tenían en su haber decenas de batallas complejas; conocían bien al enemigo, sus fuerzas y sus debilidades; conocían bien a sus subordinados, sus caracteres, sus inclinaciones, sus pasiones, su experiencia y su habilidad. Estos hombres habían pasado por la escuela de la guerra más dura que ha habido en la historia, y en las pruebas y adversidades de las batallas habían demostrado su fuerza espiritual. Habían demostrado que para esta guerra sin precedente no bastaban los conocimientos obtenidos en las academias, y completaron esos conocimientos con su inspiración, su talento, su pensamiento audaz y su espíritu creativo. Estos hombres habían demostrado que dirigir los regimientos y divisiones en el combate no es sólo una ciencia, sino un arte en el pleno y elevado sentido de esta palabra; en esta guerra habían demostrado todo su respeto hacia las tradiciones y su desprecio por las cosas encorsetadas y hechas con patrones fijos. No temían los trabajos sucios, las privaciones, los peligros y el frío; eran hijos de su pueblo.

Acodado en la mesa, el general en jefe escuchaba atentamente los partes lacónicos de sus oficiales.

El consejo terminó.

Llegó el momento de despedirse. Sin embargo, ni Mescheriakov ni los jefes de las unidades querían separarse. En aquella reunión celebrada en la frontera de las tierras liberadas, al margen del nuevo teatro de la guerra, había algo solemne y emocionante.

La fraternidad que unía a aquellos hombres había sido forjada por las privaciones sufridas, por las penas de los primeros meses de la guerra, por los grandes esfuerzos conjuntos.

Mescheriakov dijo en voz baja:

-Sí, por fin cruzamos la frontera. Ayer por la tarde estaba contemplando el terreno desde la colina y me puse a meditar. En la guerra del catorce estuvo aquí un hombre... -riendo, el general añadió-: Semión Márkovich Mescheriakov, hijo de campesino, soldado raso de la primera sección de la segunda compañía.

El jefe artillero, un general robusto de cabeza grande con un mechón de cabellos grises sobre la frente surcada de arrugas, que era autor de un famoso manual y antes de la guerra había ocupado una cátedra en una academia, dijo vivamente:

-Entonces, Semión Márkovich, casi fuimos vecinos; en el quince estuve a unos ciento veinte kilómetros al suroeste de este lugar: servía de apuntador en la artillería de montaña.

-Los cañones Hotchkis -rió entre golpes de tos el jefe de transmisiones, un coronel corpulento con gafas-; los cañones Hotchkis. ¿Habrá alguien que los conozca mejor que yo? Por aquel entonces serví de delineante en los talleres artilleros de reparación del frente suroeste. Abandoné en el segundo curso la escuela politécnica para ingresar de voluntario en el ejército.

-Pues yo -empezó un general de pelo rizado, conocido en el país y fuera de éste por el golpe terrible que había asestado a los alemanes en el frente de Stalingrado-, yo entonces tenía trece años y trabajaba en Petrogrado como ayudante de guarnicionero.

El joven y elegante jefe de una división de la Guardia, que llevaba la Estrella de Oro de Héroe de la Unión Soviética,

intervino con tono alegre:

-Yo estuve en estos lugares en el año cuarenta y uno, era comandante de un batallón. Y en aquellos tiempos prehistóricos de los que acaba de hablar el camarada general en jefe, yo me paseaba por debajo de la mesa: mi hermano mayor, Kolka, había alcanzado ya el puesto de ayudante de pastor y yo estaba a su servicio, cumpliendo encargos especiales.

Todos se echaron a reír.

Entró el ayudante, se acercó al general y, tras inclinarse, le susurró unas palabras.

El general asintió con un movimiento de cabeza y dijo:

-Bien, la comida ya está a punto. Así pues, no permito marchar a nadie. Les invito, camaradas, a comer. La mesa nos espera bajo los árboles, al aire libre.

El coronel corpulento dijo a su vecino, en voz baja:

-Buena cosa es comer al aire libre, pero tampoco estaría mal un poco de vino. ¿Crees que lo habrá?

El general en jefe se volvió hacia él y exclamó:

-¡Pues no faltaría más, camarada coronel! Y además, un vino magnífico, fresquito, recién traído de la bodega. ¿Cómo ha podido usted dudar de mí?

El coronel se sintió turbado. Comprendió al instante que, desde aquel momento, sus camaradas de servicio le repetirían en cada encuentro: «¿Recuerda usted cómo le exigía vino al general en jefe?».

En la misma aldea, a la misma mesa, bajo la sombra del mismo árbol donde el general agasajaba a sus jefes de división, estaba sentado tres semanas atrás el jefe de un cuerpo de ejército alemán, el teniente general conde Von Erlenkampff.

Por la noche debía trasladarse a un nuevo puesto de mando. Los ordenanzas, bajo la dirección del ayudante, hacían las maletas, y el chófer, que conducía el coche del conde desde el principio de la guerra, llenaba de gasolina unos depósitos de reserva, atados con cinturones gruesos y trozos de alambre a la carrocería del Almirante, vehículo producido por la casa Oppel.

Erlenkampf estaba sentado a la mesa con la capa puesta. A su lado permanecía de pie el jefe de su Estado Mayor, el coronel Klaus.

-Siéntese, Klaus -dijo Erlenkampf-, tome una copita de coñac. -Le escanció una copita y sonriendo añadió-: Venga, brindemos. Brindemos por el paso feliz de la frontera rusa... feliz para mí y para usted, naturalmente.

-La campaña rusa no ha acabado aún -dijo Klaus.

-Bien, entonces es aún temprano para este brindis por la terminación feliz de la campaña rusa... -respondió el jefe del cuerpo.

Su discreción habitual le traicionó en esta ocasión. Se bebió la copa, volvió a llenarla y dijo, al tiempo que la apuraba por segunda vez:

-Me vienen a la cabeza pensamientos alegres, pensamientos extraños y en verdad regocijantes. Aproximadamente en este lugar di una comida a mis oficiales. Fue el veintiuno de junio del cuarenta y uno. Gran día, decíamos nosotros. Más aún, lo creíamos. Y heme aquí, otra vez, bajo un árbol semejante y otra vez al oeste de la tierra rusa. Y a propósito, ¿quién inventó estas palabras: «espacio vital oriental»? Parece que nada ha cambiado, Klaus. ¡Qué absurdo! Entonces éramos una fuerza y ahora somos... Pero qué puedo decirle que no sepa. Usted conoce la situación tan bien como yo. ¿Dónde están los jefes de división con los que bebimos por la victoria en el cuarenta y

uno? Krause fue muerto por los guerrilleros, Fischer pereció en Bélgorod, Von Rostotski cayó prisionero en el Don. ¿Y los otros? ¿Y el insustituible Büchner? ¿Y el «hombre de hierro», el coronel Gaus? ¿Y Schüller? No ha quedado nadie. ¿Dónde están los granaderos, dónde están aquellos que les sustituyeron por dos veces? Ayer ordené que me entregaran un informe, y entre todas las fuerzas efectivas del cuerpo los veteranos no llegan al dos por ciento. Asómbrese, ¡no llegan al dos por ciento! Los demás quedaron unos bajo tierra y otros en el cautiverio. Los más felices regresaron mutilados a la patria. Klaus, esto no es espacio vital. ¡Es el espacio de la muerte, he aquí la palabra adecuada! Usted y yo hemos logrado escapar, conservamos nuestros brazos y nuestras piernas, no hemos sido enterrados ni entregados a los tribunales como muchos otros; no nos han degradado, no nos han destituido como al conde Von Schverin. Por todo esto vale la pena brindar, ¿eh? Por los cuadros inolvidables que hemos visto durante la campaña rusa, por el mariscal de campo Paulus, por el mariscal de campo Manstein. ¿Recuerda usted que le vimos pisar el barro, con las manos y la cara sucios, cuando se le estropeó el coche? Brindemos por Hollit, que huye como una liebre, por el fracaso de Brauchitsch, por aquel campo terrible cerca de Kastórnaia en que no se veía esta tierra maldita, cubierta por los montones de cadáveres de nuestros soldados. Bebamos por los que perdieron el juicio a causa de los ataques artilleros rusos; por los oficiales y soldados que quedaron tendidos en el lodo; por aquellos enormes ejércitos de tanques de los que no ha quedado ninguno. ¿Qué, qué me dice usted, Klaus?

El jefe del Estado Mayor jamás había visto al general tan deprimido.

–Hoy es difícil llamarle optimista, mi general –respondió el jefe del Estado Mayor.

-Hay una cosa que no pude ni puedo comprender - continuó Erlenkamp-. Hemos estado perdiendo constantemente, y hoy, al pasar otra vez la frontera, le digo que hemos perdido todo lo que se podía perder: los planes estratégicos, la seguridad, el material y, sobre todo, nuestros conocimientos, nuestra experiencia. Nos contagiamos de la manía de los «sacos» y de los «cercos». Después de haber sostenido la guerra en Rusia durante tres años, no aprendimos a llevar la guerra, sino que por el contrario empezamos a combatir peor, nos hicimos más cobardes y más ignorantes. El oficial del año cuarenta y dos era peor y más estúpido que el oficial del año cuarenta y uno, y el oficial del año cuarenta y cuatro es más débil, estúpido y nulo que el oficial del cuarenta y tres. De oficiales de primera categoría pasamos a oficiales de cuarta categoría. Todo esto se comprende. Pero ¿por qué actúa en Rusia una ley diametralmente opuesta? ¿Por qué tienen los rusos tal riqueza de hombres capaces? ¿Será que en su país surgen de la tierra? ¿De dónde sacan esos millares y más millares de oficiales de talento? ¿De dónde los sacan? ¿Por qué ha secado la guerra el cerebro del ejército alemán? ¿Por qué les trae la guerra a los rusos una cosecha tan rica de hombres de talento? ¿De dónde los sacan? Diga, Klaus.

-No lo sé.

Erlenkamp le miró y concluyó con su serenidad habitual.

-Olvidémonos de esta conversación, Klaus. Usted comprenderá lo que significa para un hombre cuyo bisabuelo era general alemán pasar la frontera rusa en las condiciones en que acabamos de cruzarla hoy.

El dueño de la casa en la que se alojaban los tiradores de automático de la guardia del Consejo Militar era muy viejo.

Los combatientes de la Guardia y los chóferes del general en jefe llamaban «viejo» también al hijo del dueño, y al hablar de ellos los llamaban «el viejo viejo» y «el viejo más joven».

A Pankrátov, tirador de automático que hacía guardia en la casa del general en jefe, le gustaba mucho conversar con los viejos. Pankrátov era un hombre serio, que antes de la guerra ocupaba el alto puesto de presidente de un koljós; tenía la costumbre de analizar todos los fenómenos de la vida; le gustaba explicar y también escuchar.

El dueño de la casa hablaba bastante bien el ruso, pues había vivido cerca de Benderi durante un tiempo, cuando trabajaba en la finca de un terrateniente ruso.

-Los rusos estuvieron guerreando en esta zona allá por el año dieciséis -decía el viejo-; recuerdo que en mi casa se alojaba un soldado ruso.

-Bien -dijo Pankrátov, al que gustaba analizar los hechos-. Bueno, supongamos que en tu casa vivió un soldado ruso, ¿qué piensas de nosotros?

-Habéis cambiado por completo -dijo el viejo-; entonces aquél era el único soldado que sabía leer y escribir y los otros, alojados en las casas vecinas, siempre venían a verle: uno para pedirle que le leyese una carta, otro para rogarle que escribiera a su casa. Y ahora veo como cada uno lee sus cartas, que todos sabéis escribir, leer el periódico, libros. Todos conocéis los mapas y tomáis notas en vuestras libretillas.

-Así es. ¿Y tú qué? ¿Eres analfabeto? ¿No has cambiado?

-No. Yo soy un mujik, como antes. Soy el mismo de siempre. También mi hijo es analfabeto. Somos mujiks y nada más.

-En cambio, mi hijo es director del departamento de Hacienda de la región. Manda a todos los contables y tenedores de libros.

El viejo se echó a reír y profirió:

-A tu hijo no lo conozco; en cambio, al mío, sí.

-Me parece que no me crees -dijo Pankrátov- pero, ¿acaso soy el único? Tomemos mi koljós: ¿sabes cuánta gente instruida ha salido de él? Sionka Pronin es profesor. Aniutka y Vera Mirónova son médicos. Liuba Stepánova también es médico; en el cuarenta y uno visitó nuestro pueblo y llevaba las insignias de médico militar de segundo rango. Los dos hermanos Belov son ingenieros. Pável, el nieto del cuadrero de nuestro koljós, Mítriev, es también ingeniero, director de una empresa. Seis de los nuestros ejercen de maestros en la ciudad. Vitka Kosin, que era un cabeza loca, está ahora en Moscú y escribe en los periódicos. Y si te pones a contar la de mecánicos y tractoristas que han salido de allí... ¡bah!, pierde uno la cuenta. Y si te parece poco, puedo decirte que en la guerra participan dos coroneles nacidos en nuestro koljós. Tú me dices que a mi hijo no lo has visto. ¿Cómo puedo presentártelo aquí? Si quieres, le escribiré y me enviará un certificado. Tú, barbas, deberías hacer trabajar un poco tus sesos, entonces comprenderías por qué ganamos a los alemanes.

Pankrátov se puso a contar con los dedos.

-Uno, los alemanes; dos, los italianos; los finlandeses, los húngaros y los rumanos, ¿cuántos son? Cinco. De España, escribieron los periódicos, enviaron una división de cortacabezas. Todos ellos contra nosotros solos. Otro caso semejante no se conoce. Todos los bandidos del mundo entero se lanzaron contra nosotros. Ningún otro país lo hubiera resistido. ¿Te figuras lo que hubiera pasado de lanzarse contra nosotros tal avalancha en el año catorce?, ¿eh? Yo lo interpreto así: hemos adquirido una fuerza enorme; después de la revolución en nuestro país progresó

todo el pueblo. Si hemos llegado hasta tal punto que de un mujik puede salir un general, puedes tener la seguridad de que aún mostraremos al mundo cosas en las que nadie se atreve a pensar siquiera. Hitler, el idiota, no comprendió esta mecánica. Pensaba que en nuestro país todo continuaba como en los tiempos viejos, que el mujik se trenzaba sus laptis y el obrero no conocía más que la taberna.

Pankrátov hablaba tan rápido que el viejo no pudo comprender ni la mitad de lo que le decía.

Pankrátov se sentía tentado de relatarle que el propio general en jefe había sido soldado raso, pero le acometió la duda de si no sería un secreto militar y prefirió callarse.

En este instante entró el sargento y dijo:

-Pankrátov, ¿qué idilio es éste? ¿No sabes que ya es hora de entrar de servicio? Te has acomodado como un ama de casa y no piensas en nada. ¿O es que quieres ganarte una guardia de arresto?

Al atardecer, al caer el crepúsculo, el general, de pie en la colina, miraba el río, las cotas lejanas donde estaban atrincherados los alemanes. A la luz de la luna, los centinelas veían su cabeza plateada. ¿En qué pensaba el general?

Hacia el oeste ya no estaban los campos rusos y ucranianos, ultrajados por el enemigo. Allí se extendían las tierras enemigas. Detrás del ejército quedaban las vastas tierras recorridas desde el Volga hasta allí, discurrían los numerosos ríos cruzados en el avance.

... Y el agua corre constantemente, absorbe el tronar de los cañones y las explosiones de las granadas de mano, la melodía de las tristes canciones; arrastra las miradas y los pensamientos de los pescadores ataviados con desgarradas camisas de percal que echan sus redes en los lugares profundos; arrastra el susurro nocturno de los exploradores y la sangre salada de los combatientes que lucharon en sus

orillas por la libertad de Rusia y Ucrania, de Moldavia y de Bielorrusia. Los ríos fluyen hacia el mar, y las lágrimas, la sangre y los pensamientos del pueblo se mezclan con el agua del mar. Por eso es tan amarga y tan salada su agua. Son tan poderosas sus olas pujantes porque al mar afluyen los ríos del país que nada escatimó en esta guerra sangrienta; los ríos del país donde vive el pueblo que aportó a la guerra sus inmensas fuerzas, su corazón y el talento y la inteligencia del hombre trabajador, liberados por la revolución.

3.^{er} frente ucraniano

LA «BOLSA» DE BOBRÚISK

(Apuntes de viaje)

I

El día y la hora de una ofensiva se preparan en medio de un gran secreto. Pero, naturalmente, millares y millares de personas -todo el Ejército Rojo y todo el pueblo soviético- sabían que aquella ofensiva iba a realizarse, y todos la esperaban. El enemigo la aguardaba poseído por la angustia y se preparaba para ella mientras escuchaba febrilmente el infernal y tentador fuego de nuestros cañones, que lanzaban su desafío a las baterías alemanas ocultas en los bosques, en las arboledas y entre el alto y lozano centeno.

Sí, los alemanes esperaban nuestra ofensiva y se preparaban para ella.

A la hora señalada para el golpe, las divisiones del mariscal de campo Von Busch, concentradas contra los ejércitos de Rokossovski, no eran inferiores en número a las divisiones de Rundstedt que habían sido preparadas para rechazar el desembarco de las tropas inglesas y americanas en Francia. Pero las divisiones de Busch superaban a los ejércitos alemanes de la Europa occidental en entrenamiento y experiencia militar. Eran tropas selectas que debían contrarrestar el ataque de los ejércitos del primer frente de Bielorrusia.

Poco antes de nuestra ofensiva, Von Busch personalmente pasó revista a las divisiones y regimientos a su mando y exhortó a los soldados a mostrar firmeza. Éstos tuvieron que garantizar con sus firmas que morirían antes que retroceder

un paso. Se les hizo saber que quienes retrocedieran serían pasados por las armas y que sus familias, en Alemania, serían objeto de represiones.

El dispositivo de defensa organizado en la zona del río Drut se extendía muchos kilómetros tierra adentro. Seis líneas de trincheras, campos minados, alambradas, artillería de todos los calibres: todo fue preparado para rechazar con éxito el ataque. Los alemanes esperaban el golpe. Un oficial capturado por nosotros días antes de comenzar la ofensiva contaba que entre la oficialidad alemana no existía otro tema de conversación que la ofensiva inminente de las tropas soviéticas. Hablaban a media voz de la inmensa «bolsa» bielorrusa. Hacían conjeturas sobre la dirección de los golpes. En todos los ejércitos fueron suprimidos los permisos. Se prepararon algunas «novedades» para reforzar la defensa. Así, por ejemplo, en previsión de nuestra preparación artillera, los alemanes instalaron en las trincheras cúpulas especiales de metal estriado, además de los abrigos cubiertos de varias capas blindadas. Estas cúpulas metálicas, recubiertas de arena, son invulnerables a la acción de un proyectil de calibre mediano y sirven de refugio para el ametrallador y su arma durante la preparación artillera. En cuanto cesa el fuego de la artillería, el ametrallador sale con su arma a la superficie por un orificio especial y abre fuego. Había trincheras en que esos nidos de ametralladoras se encontraban a diez o quince metros unos de otros. Previendo que muchas de sus baterías habían sido descubiertas por nuestro servicio de exploración artillera, los alemanes emplazaron baterías de cañones y morteros nuevas, «mudas», que no daban ninguna señal de existencia durante el período de la calma. Estaban destinadas en exclusiva a hacer fuego contra nuestra infantería.

Lógicamente, surge esta pregunta: ¿en qué consiste el secreto de la ofensiva, si tanto nosotros y nuestros amigos como nuestros enemigos la esperaban?

El éxito de la ofensiva alemana de junio de 1941 fue determinado en un grado considerable por la alevosa y bandidesca celeridad del golpe. El fracaso de la ofensiva alemana de julio de 1943 se debe en cierto grado a que nosotros estábamos enterados de dicha ofensiva, la esperábamos y nos preparamos para contrarrestarla. Nuestro servicio de información averiguó no sólo el día, sino incluso la hora de su comienzo. Los alemanes no lograron asestarnos un golpe por la espalda. La ofensiva alemana, privada del elemento de la sorpresa bandidesca, se transformó en retirada. La batalla de Kursk, comenzada por los alemanes, terminó en el Dniéper. En esta batalla, los alemanes perdieron Ucrania. Al cumplirse exactamente tres años del comienzo de la guerra, el tronar de los cañones, que retumbaba en tres frentes de norte a sur, anunció al mundo el comienzo de la batalla por la liberación de Bielorrusia.

Al encontrarnos cara a cara con los alemanes, los derrotamos; durante aquellas jornadas demostramos nuestra superioridad sobre ellos, la superioridad de nuestras armas, la superioridad de nuestro espíritu y de nuestra destreza.

II

Las tropas del general Gorbátov emprendieron la preparación artillera a las cuatro de la madrugada. Soplaban el viento impetuoso y frío del amanecer. El aire, las isbas de la despoblada aldea, los árboles, la tierra, las nubes bajas impropias del verano presentaban una coloración gris, como si el mundo apareciera dibujado a esa hora temprana con tintes difusos, borrosos. Sobre los árboles gorjeaban las

aves, que apresuraban la salida del sol. Esa luz gris, sin sol, las inquietaba y asustaba. Aquella mañana despuntaron dos albas. Por la parte de occidente el cielo se iluminó de pronto con los resplandores intermitentes de un fuego denso e incesante, en pugilato con el fuego del sol que asomaba por oriente. ¡El fuego sagrado de la Guerra Patria!

El duro martillar de la artillería del Alto Mando, el retumbar de los cañones de los grupos divisionarios, los golpes de los obuses, los certeros y nutridos disparos de las piezas regimentales se fundieron en un estruendo único que estremecía la tierra.

Al estrépito de la artillería se unió un silbido parecido al que produce una enorme locomotora al soltar el vapor; y hacia el cielo se elevaron centenares de hoces de fuego que se clavaban con sus puntas en las trincheras alemanas: habían comenzado su trabajo las divisiones de morteros de la Guardia. Un gato corría por una calle desierta de la aldea, barriendo el polvo con la cola. Por lo visto maullaba, pero no se le oía. Temblaba el follaje de los arces, de los robles y de los álamos bielorrusos. En las isbas vacías volaban los cristales, se desmoronaban los hornos, golpeaban las puertas y persianas.

Cuando una persona ajena llega a una fábrica metalúrgica, el potente ruido del trabajo provechoso le parece caótico, como el bramido del mar. En el estrépito actual de nuestra artillería, una persona no instruida podía ver también el desencadenamiento de los elementos de la naturaleza, un caos. Pero era el ruido del trabajo de la guerra, un trabajo tan inteligente, complejo y grandioso como el de millares de ingenieros, delineantes, horneros, fundidores, laminadores y contramaestres de una fábrica metalúrgica. Cientos y miles de horas de intenso y meticuloso trabajo precedieron a esta tremenda bacanal de

fuego artillero. Cada cañón de los muchos centenares de piezas que disparaban batía un objetivo previamente descubierto y señalado.

Al fuego huracanado de la artillería precedió la inmensa labor de los exploradores, de los jefes de regimientos y divisiones, de los aviadores, topógrafos y oficiales de los Estados Mayores. Este trabajo perspicaz y concienzudo dirigía el movimiento y los golpes de la ola de fuego, y cada uno de nuestros cañones batía un cañón o una ametralladora del enemigo. Y sin embargo, no todo el fuego del adversario fue abatido durante la preparación artillera. Repetidas veces, al lanzarse nuestra infantería al ataque, fue recibida por el fuego de las ametralladoras y los morteros alemanes. Los hitlerianos comprendían perfectamente la importancia de su primera línea de defensa y, por retenerla, lucharon con terrible tenacidad, con desesperada rabia, con furia suicida. Salían de debajo de las planchas estriadas de metal, emplazaban sus ametralladoras en las trincheras semiderrumbadas, y de pronto las ametralladoras y los cañones «mudos» se dejaban oír. En este choque cara a cara los alemanes pusieron en tensión todas sus fuerzas y alcanzaron el máximo potencial de su tenacidad defensiva. Fue éste un combate en el que no se hizo ninguna concesión a la «defensa elástica» de la que se consideraba experto el antiguo jefe de este 9.º ejército, general Model, conocido también por el sobrenombre de «Modelo de elasticidad».

A las divisiones del Ejército Rojo les costó mucho trabajo avanzar por las pantanosas riberas bajas del Drut y, desde allí, atacar las cotas ocupadas por los alemanes y las trincheras que se extendían, línea tras línea, en una extensión de varios kilómetros. Hacia el mediodía, se elevó nuestra aviación. Nunca había visto tantos aviones. El inmenso espacio del cielo se hizo de pronto tan estrecho

como la Plaza Roja en las fiestas de Mayo. El cielo se llenó de ruidos: se oía el ronroneo acompasado de los aviones de bombardeo en picado, el férreo y seco zumbido de los aviones de asalto, el silbido penetrante de los Iak y los Lav¹. Las praderas y los campos adquirirían tonalidades diversas al posarse sobre ellos las sombras pausadas de las nubes y las sombras veloces de centenares de aviones que volaban entre la tierra y el sol. Detrás de la línea del frente se levantó un murallón alto y negro: era humo que parecía tan denso y oscuro como la tierra, y era tierra que se alzaba con rápida ligereza al espacio, transformada en humo. Y entretanto, un nuevo y fenomenal estruendo se sumó a la orquesta de la batalla. Una gran unidad de tanques que estaba camuflada en el bosque salió reptando con su alargado cuerpo de acero hacia el lugar de la nueva concentración, presta a irrumpir en la brecha que se abriría en la defensa enemiga. Los tanques avanzaban recubiertos con ramas y troncos de abedules y álamos jóvenes. Millones de tiernas hojas verdes temblaban en el aire; rostros jóvenes de tanquistas asomaban por las escotillas. En el frente, cuando se prepara una ofensiva, se suele decir por regla general que «va a haber boda», que «va a haber fiesta». Al contemplar el acero recubierto de verde follaje, pensé involuntariamente: «Ha llegado la fiesta severa y temeraria de la guerra».

Llegó el momento en que el retumbar de la artillería, el zumbido de los aviones y el rugido de los tanques se fundieron en un estrépito único que hizo estremecer el cielo y la tierra. Se diría que se habían alzado los Urales, a los que se habían propuesto llegar los invasores; se diría que se habían alzado y caminaban hacia occidente mientras doblegaban con su peso tierra y cielo. En aquel momento solemne para la Patria el deseo más vehemente que sentí fue el de hacer llegar allí, por obra de milagro, a los millares y

millares de grandes y a la par modestos trabajadores – obreros e ingenieros– que con su infatigable labor, con sus honradas manos de oro, con su duro sudor habían fabricado los cañones, tanques y aviones del Ejército Rojo. Ellos no estaban allí, ellos no podían estar allí, pero que sepan que en aquellas jornadas rigurosas y sangrientas los generales, los oficiales, los soldados de infantería pronunciaron palabras de profundo agradecimiento y rendido cariño hacia los obreros cuyo denodado esfuerzo ahorró mucha sangre joven, la sangre de aquellos que marcharon adelante.

III

Se dice que la infantería es la reina de los campos de batalla. Pero en aquellos días no sólo reinaba en los campos: sus dominios se extendían por los bosques, pantanos y ríos. Todas las armas están a su servicio, pero también ella les sirve. Grande es la fuerza de los motores, del blindaje, del fuego y de los mecanismos. Los cañones luchan contra los cañones; los cascotes de los proyectiles rompen las alambradas. Los zapadores abren pasos por los campos minados. Terrible faena ésta: a treinta o cincuenta metros de las trincheras enemigas, durante nuestra preparación artillera, avanzar a rastras, neutralizar las minas, cortar las alambradas. Allí nos encontramos con viejos combatientes de Stalingrado: con los de Gúrtiev, con los zapadores del mayor Rivkin. Y del mismo modo que en la fábrica Barricada, el larguirucho sargento primero Efim Efímovich Dúdnikov se arrastraba delante de los parapetos de las trincheras alemanas: con las tijeras y los alicates en las manos, las granadas en un bolso de lona y, al cinto, la pistola del legendario Brizin, el mejor zapador de Stalingrado, que había sucumbido varios meses atrás. Esta pistola le fue

entregada a Dúdnikov por el jefe de la división. Los pasos en los campos minados que se encontraban delante de la línea del frente ocupada por la división habían sido abiertos tan cuidadosamente que, durante todo el período que duró la ruptura de la defensa enemiga, ni un solo hombre tropezó con una mina. La artillería regimental y los cañones motirizados, los tanques y otros medios de apoyo acompañaron a los soldados de infantería todo el tiempo de la ruptura. La terca y rabiosa resistencia que ofrecieron los alemanes durante treinta horas fue vencida, y al mediodía de la segunda jornada nuestras tropas se apoderaron de las seis líneas de trincheras alemanas. Fuertes son los motores y el blindaje de los tanques, destructora es la potencia del fuego artillero. La intensidad de los motores y del fuego de las ametralladoras ayudaron a la infantería. Y el soldado de infantería, el demiurgo de la guerra, que recorre con su delgada guerrera los campos de hierro de la batalla, supo pagar con generosidad la ayuda que le prestaron durante la ruptura de la defensa enemiga. No quedó en deuda ni ante la artillería, ni ante los tanques ni ante los zapadores.

Los regimientos de infantería que marchaban en vanguardia no se tomaron ni un descanso. Su incesante avance no permitía al enemigo hacerse fuerte en línea alguna. Ni en el Dogbis, ni a orillas del río Ola o del Vira. La infantería indicaba a los cañones motirizados aquellos puntos en los que los carros Ferdinand estaban ocultos en la maleza. Se acabó para los zapadores la labor de desminar los caminos y tender puentes: el ataque de la infantería era tan impetuoso que a los alemanes no les daba tiempo de volar o minar objetivo alguno. De debajo de un gran puente se extrajo tonelada y media de explosivos, colocados allí por los alemanes. Centenares de puentes de todos los tamaños y centenares de pasos de fajinas se conservaron intactos. El

camino para los tanques quedó abierto. La infantería avanzaba por los campos y por los pantanos con el lodo hasta la cintura, marchaba por los umbríos bosques, por la punzante maleza, y aparecía donde menos la esperaban los alemanes. Con creces pagó la deuda contraída con la artillería y los tanques. El Alto Mando había calculado que dicha operación debía durar nueve días. El general Gorbátov se comprometió a realizarla en siete. Pero el hombre del fusil y de la guerrera desteñida por la lluvia y el sol dio al mando la posibilidad de llevar a cabo su plan en tres días.

¿En qué consistía este plan?

La idea fundamental, como todas las buenas y grandes ideas, era sencilla. Una vez lograda la ruptura de la defensa alemana se debía asestar el golpe principal en una dirección inesperada para los alemanes. Los tanques, tras penetrar en la brecha y dirigirse perpendicularmente hacia el río Berezíná, debían variar bruscamente su itinerario en un punto determinado y, alcanzando al norte de Bobrúisk la retaguardia de los alemanes, debían detenerse y transformar el campo de batalla en el yunque de acero contra el cual se estrellasen cinco divisiones enemigas de infantería y una de tanques. La infantería y la artillería en ofensiva, cual poderoso macho de herrero, debían machacar a los alemanes contra este yunque. Si la operación era coronada por el éxito, los alemanes quedarían inexorablemente encerrados en una «bolsa» y amenazados por un cerco mortal. La concentración de las fuerzas de tanques y de artillería en la dirección del golpe principal se hizo con el mayor secreto. Durante varias semanas se aprovecharon las horas de la noche en que reinaba más oscuridad para efectuar el traslado de inmensas cantidades de material. Cincuenta oficiales expertos dirigían el movimiento. Mucho antes de amanecer, los regimientos de

artillería y de tanques desaparecieron sin dejar rastro en los bosques que se alzan a orillas del Drut. Los exploradores alemanes anotaban, día tras día, la misma frase: «Por los caminos se observa el movimiento habitual».

Y he aquí que al mediodía de la tercera jornada de la ofensiva, los tanques de Bájariev penetraron en la brecha. Se lanzaron por caminos que no habían sido minados por los alemanes, gracias a que la infantería no les permitió hacerlo; cruzaban puentes que no habían sido volados por los hitlerianos, gracias también al esfuerzo de nuestra infantería. La marcha de los tanques fue realizada en unas horas: la agrupación alemana que se retiraba del Drut hacia el oeste bajo los golpes de nuestras divisiones de infantería quedó aislada junto a la margen oriental del río Bereziná. Esta unidad del 9.º ejército fascista alemán, como en otro tiempo el ejército de Napoleón, no logró cruzar el río. El castigo alcanzó a los alemanes no en la travesía, sino en la orilla oriental del río. Desde ese momento, el Bereziná se transformó para siempre en motivo de espanto para cuantos habían acariciado la idea de invadir Rusia. El Bereziná de 1944 figuraba al lado del Bereziná de 1812.

IV

Tuve la oportunidad de ver cómo se consolidaban cual cemento las paredes de la «bolsa» de Bobrúisk y, si cabe expresarse así, cómo trabajaban con el cuchillo y la pala nuestras unidades dentro de la misma «bolsa». Con el cuchillo se cortaba la comunicación entre el mando de los cuerpos de ejército alemanes y sus divisiones, entre las divisiones y sus regimientos, entre los regimientos y sus batallones y compañías, y se impedía así su acción coordinada. Con el cuchillo se exterminaba a los que no

rendían las armas. Y con la pala se extraía abundante cantidad de prisioneros. La pala, en manos diestras, actuó de manera rápida, fácil e incesante.

El general Urbanóvich se encontraba en un blindaje de soldados alemanes, situado en el lindero de un bosque de pinos. Aún se conservaban sobre la paja de los camastros las huellas de los cuerpos de los alemanes que se habían acostado allí algunas horas antes. Sobre el suelo de tierra estaban tiradas revistas y gruesas novelas alemanas. El telefonista repetía con insistencia: «¡Reseda, Reseda, Reseda! ¿Me oyes? ¡Habla Amapola, habla Amapola!». Los Willys corrían veloces entre los troncos de los pinos, como si marcharan por una carretera asfaltada, y se paraban a la entrada del blindaje. Con los rostros inflamados de entusiasmo y sudorosos por el calor, los jefes de artillería e infantería y los oficiales de enlace informaban al general sobre la situación. El tronar de nuestros cañones y los estallidos de los proyectiles alemanes estremecían el aire. Urbanóvich, hombre delgado que empezaba a quedarse calvo, estaba sentado ante un mapa tendido sobre las tablas no cepilladas de una mesa de pino. Limpiaba los lentes con el pañuelo, se inclinaba sobre el mapa y, mientras marcaba sobre éste unas líneas con su lápiz, daba las órdenes a los oficiales que le rodeaban. Distribuía los tanques, los cañones motirizados, los batallones de tiradores y las baterías por los caminos, por los puentes, por dondequiera que los alemanes tratasen de romper el cerco. Los gestos tranquilos y la voz pausada y profesoral de Urbanóvich contrastaban con la agitación de los hombres que se encontraban alrededor de él. Ante el temor de que, debido a la tensión febril de aquellas horas, sus órdenes no fueran cumplidas con la exactitud necesaria y que la «bolsa» fuese agujereada en alguna parte, Urbanóvich preguntaba:

-¿Ha comprendido? Anótelo. Y ahora repítalo. Repítalo otra vez. Bien. Puede usted retirarse.

Uno tras otro quedaban interceptados los caminos de retirada de los alemanes. Las paredes de la «bolsa» se hacían cada vez más gruesas e impenetrables. Hacia el anochecer del 27 de junio, los alemanes comprendieron la catástrofe que les había sobrevenido.

En las primeras horas del cerco, cuando la dirección del cuerpo del ejército y las divisiones no estaban aún del todo obstaculizadas, los alemanes hicieron varios intentos de abrirse paso hacia el noroeste, y emplearon para ello una fuerte agrupación de tanques y artillería. El 26 de junio, a las tres de la madrugada, intentaron atacar. Pero mucha sangre les costaron estos intentos y, además, fueron esfuerzos vanos. Entonces el mando alemán propuso a sus tropas escaparse del cerco por grupos sueltos, empleando la táctica del engaño y la perfidia. Con una mano en alto y la otra sosteniendo el fusil, los fascistas declaraban que se iban a entregar; pero al aproximarse a nuestras tropas se lanzaban al ataque. Mataron a varios de nuestros parlamentarios, entre ellos a un mayor, que habían salido a tratar con ellos. Pero los fascistas pagaron su alevosía con mares de sangre. Junio de 1944 no era junio de 1941. En estos días los bosques de Bielorrusia ofrecían un aspecto horrendo. Había lugares en que no se veía la tierra debido a la abundancia de cadáveres de fascistas.

Comenzó el tercer período de la liquidación de la «bolsa». El ejército alemán habían perdido su artillería. Miles de caballos grandes y bien alimentados que se empleaban para el transporte de las piezas artilleras vagaban entre los pinos y por los campos de centeno verde y alto. Los cajones de proyectiles yacían apilados bajo los árboles. Los cañones abandonados estaban enfilados hacia el norte, sur, este y

oeste: en los últimos momentos, los artilleros alemanes esperaban que apareciéramos por los cuatro costados.

Se disgregaron los cuerpos de ejército, las divisiones, los regimientos y las compañías. Los generales alemanes convocaban mítines bajo los altos pinos, y nuestros exploradores observaban desde los matorrales cómo los generales exhortaban a los pequeños grupos de soldados a que no se apresuraran a entregarse prisioneros. Jefes de división, abandonados por sus ordenanzas y que se habían quedado sin cocina y sin cocineros, se dedicaban a buscar fresas en los claros del bosque. Jefes de regimiento vagaban ocultos por los campos de centeno, mientras miraban hacia el camino por el que pasaban nuestros tanques. Los oficiales, haciendo tintinear las condecoraciones que llevaban prendidas al pecho, se cavaban cuevas junto a los árboles.

En la «bolsa» empezó a trabajar nuestra pala. Hacia el cielo se alzó una inmensa polvareda: eran las pisadas de millares de botas alemanas que marchaban hacia el este. Por numerosos caminos de Bielorrusia avanzaban los soldados y oficiales alemanes prisioneros, levantando nubes de amarillento polvo. Iban con los rostros negros de suciedad, los uniformes destrozados, las cabezas bajas y los ojos clavados en el suelo.

¡Qué de monstruos alemanes pudimos ver durante esas horas en que la pala los sacaba de la «bolsa» de Bobrúisk! Un jefe de regimiento con siete condecoraciones, asesino de ojos azul celeste y labios rosados de muchacha coquetona, tenía guardada en su cartera una serie de fotografías horribles: una de ellas mostraba a un guerrillero en la horca y a una mujer apretando contra su pecho los pies del muerto. «Eso era en Polonia», nos dijo el alemán, como si el bandolerismo practicado en Polonia no mereciera castigo. «Pero ¿por qué se colgó del cuerpo del ejecutado un cartel

en ruso que dice: “Así se castiga a los guerrilleros?”.» «No tiene nada que ver. Eso sucedió en la frontera de Rusia y Polonia», respondió el asesino.

Hablamos con diversos oficiales que acababan de salir de los campos de centeno con las manos en alto y como idiotizados. Pero aún no habían bajado las manos cuando ya declararon que Alemania era invencible. Al preguntarles sobre la suerte de sus batallones, que se alejaban levantando el polvo de los caminos hacia oriente, encogían los hombros con indiferencia y rogaban con voz temblorosa que les devolvieran sus cortaplumas y navajas, sus limas con mangos de nácar para las uñas y otros menudos útiles por el estilo. Del fondo de la «bolsa» fueron extraídos ejemplares monstruosos del género humano que no habría sido posible hallar entre los prisioneros alemanes de primera línea. Intendentes, pastores eclesiásticos, individuos de los destacamentos de castigo, un célebre cocinero diplomado de sonrosadas mejillas, que con su arte culinario hacía las delicias del estómago de un teniente general que mandaba una división; un capitán de estatura gigantesca con hombros tan anchos que, sin duda, no podría pasar por unos portones abiertos de par en par, y con un cráneo tan pequeño como el de un recién nacido. Este capitán mandaba el cuerpo de tren. A los alemanes los «extraían» de los bosques, de las arboledas, de los campos de centeno, de los pantanos, uno a uno, por decenas, por centenares y por multitudes inmensas. En los últimos momentos andaban dedicados a la busca y captura de prisioneros no sólo los tiradores de automático y los tanquistas, sino también muchos «voluntarios»; por ejemplo, un operador de cine de un club ambulante, un peluquero del Estado Mayor de una división, unas muchachas que trabajaban en la sección política de una división...

Cien horas de nuestra ofensiva fueron suficientes para que las divisiones selectas de los alemanes, que venían combatiendo desde hacía tres años en el frente oriental, cayeran en un estado de completa desmoralización, parálisis e impotencia. Cien horas fueron suficientes para que aquella agrupación de tropas fascistas alemanas, bien organizada, bien atrincherada, dotada de potente artillería y de tanques, que había resistido furiosamente durante los primeros días, quedara transformada en una inmensa muchedumbre que marchaba, en medio de una polvareda amarillenta, escoltada por unas decenas de soldados con fusil automático.

V

Al cabo de tres días regresamos al Estado Mayor del general Gorbátov. Nos encontramos con personas en cuya compañía escuchamos la preparación artillera en aquel turbio y frío amanecer, con las cuales contemplamos el potente y armonioso vuelo de nuestros aviones y oímos el estrépito de los tanques de Báhareiv que se concentraban para penetrar en la brecha. ¿Era posible que hubiesen pasado sólo tres días desde el momento en que nuestra infantería se lanzara, por las riberas bajas del Drut en las que rondaba la muerte, al ataque de las trincheras alemanas?

El general Iváshechkin, jefe del Estado Mayor y primer ayudante de Gorbátov, estaba sentado junto a una mesa, con su rizada cabeza inclinada sobre un mapa. El general Gorbátov, hombre alto y un poco canoso, se dirigió a las tropas felicitándolas con motivo de las gloriosas victorias en Bobrúisk y exhortándolas a batir al enemigo con mayor ímpetu aún. Los ayudantes conocen la ley de su general: ¡no escatimar en el combate la sangre fascista y cuidar como las niñas de sus ojos la sangre de nuestros soldados y jefes!

Las tropas continúan su marcha. Aún les queda por recorrer un largo camino. Grande es la gloria que les espera. ¡Éxito y suerte, camaradas!

1.^{er} frente de Bielorrusia,
28 de julio

1. Tipos de aviones soviéticos que llevan los nombres de sus constructores, Yakóvlev y Lávochkin.

EL BIEN ES MÁS FUERTE QUE EL MAL

I

Muchas veces, durante un breve alto en alguno de los tortuosos caminos que se dirigen al frente, al encontrarse con alguien por las veredas de un bosque o en una de esas conversaciones que se suele entablar junto al pozo de una aldea, bajo el chirrido del cigüeñal de madera reseca por el sol, se ven y se oyen cosas maravillosas: ante uno surge, como una sombra fugaz, lo más valioso y encantador del alma humana. A veces, se oye la simpática y sabia palabra de algún soldado, de algún viejo aldeano gruñón o de alguna viejecilla maliciosa y campechana. A veces, se ven cosas que, involuntariamente, hacen asomar las lágrimas a los ojos, y otras tan graciosas que al recordarlas, por mucho tiempo que haya pasado, hacen reír de nuevo. ¡Cuánta poesía, cuánta belleza existe en esos cuadros pasajeros vistos en las praderas forestales, en los altos campos de centeno, al pie de los parduscos troncos de los pinos en la arenosa orilla de un riachuelo, en un diáfano amanecer, entre el polvo y el humo de una puesta de sol festiva y radiante, o a la luz de la luna llena! Pero hay veces en que lo visto nos deja completamente trastornados, hiela la sangre en nuestras venas, y la certeza de que aquel cuadro horrible quedará

grabado en el alma para siempre y le perseguirá a uno hasta la muerte oprime angustiosamente el corazón.

Pero ¡cosa extraña y sorprendente!, cuando uno se pone a escribir un artículo, todo eso, no sé por qué, no cabe en el papel. Al escribir acerca de un cuerpo de tanques, de la artillería pesada, de la ruptura de un frente, te viene sin razón aparente a la cabeza el recuerdo de una vieja hablando con un soldado, o el de un potrillo que sobre sus patas vacilantes está parado en un campo desierto, junto al cuerpo exangüe de su madre asesinada. Otras veces te viene a la memoria cómo en una aldea envuelta en llamas las abejas revoloteaban en torno a un joven manzano y cómo un viejo bielorruso, descalzo, salió de una zanja en la que se resguardaba de los proyectiles y espantó al enjambre, mientras los soldados le contemplaban. ¡Dios mío, cuántas cosas se podían leer en sus ojos tristes y pensativos!

Estos pormenores constituyen el alma del pueblo, en ellos vemos la guerra, con sus penurias y triunfos, con su dura y bien ganada gloria.

La naturaleza de Bielorrusia se parece y no a la de Ucrania; los rostros de los campesinos bielorrusos se parecen y no a los de los ucranianos. El paisaje de Bielorrusia es una acuarela triste, de colores sobrios y delicados. También hay en Ucrania pantanos, riachuelos, jardines, espesos bosques, claras arboledas, rojizos arenales y polvo y arcilla en los caminos. Pero no hay en la naturaleza ucraniana esa monotonía y tristeza. No hay en los semblantes ucranianos esa palidez, esa monótona repetición del vestido blanco y gris. La tierra de Bielorrusia es más mezquina, más pantanosa, y no ha dado a la naturaleza tantas flores, frutos y riquezas, ni al hombre tanta alegría y colores en el rostro y en el traje.

Pero al mirar a los millares de guerrilleros bielorrusos, que salen de los bosques armados con granadas y fusiles automáticos alemanes, con cintas de cartuchos ceñidas al cuerpo como fajas, comprende uno cuán infinitamente rico es el pueblo bielorruso en amor eterno a su patria y a su libertad.

Llegamos en coche a una aldea. Vemos a unas mujeres con pañuelos blancos, a unos chiquillos y a un viejo con la cabeza descubierta, todos mirando cómo un muchacho con la chaqueta llena de rotos deja en el suelo un fusil automático alemán y se pone a cavar la tierra con un azadón. ¡Cuántas cruces blancas recién hechas hemos visto en nuestro camino! Aún no se habían cubierto de polvo las toallas que, por tradición, se atan a las cruces. ¡Cuántas fosas recién abiertas y ancianos altos, con seriedad patriarcal en los rostros y luengas barbas agitadas por el viento, llevando auestas ataúdes! Estas cruces blancas y esas fosas abiertas nos muestran el camino recorrido por los alemanes.

Por lo que vemos, también aquí se dará sepultura a alguien. ¿Cavará ese muchacho una tumba para su novia o su hermana?

Pero no, no es la muerte la que ha reunido a esta gente. Ese muchachito campesino, al terminar la escuela primaria en 1941, enterró allí sus manuales de estudio y se marchó al bosque con los guerrilleros. Y hoy, al cabo de tres años, desentierra sus libros. ¿No es esto, acaso, un símbolo esplendoroso? Un muchachito guerrillero deja sobre el suelo su automático y, en medio de la polvareda levantada por los ejércitos que marchan hacia Minsk, hojea con celo, tristeza, preocupación y amor las páginas húmedas y amarillentas de un libro de texto. Se llama Antón. ¡Acudid a verle, ingenieros, literatos, profesores! Él os espera.

Nuestro coche sigue adelante: se apresura a dar alcance a una división que combate a la ofensiva. ¿Cómo encontrar a nuestra vieja conocida de Stalingrado entre el polvo y el humo, el rugido de los motores, el estruendo de los tanques y cañones motirizados y el chirrido de los enormes convoyes que marchan hacia occidente; en el torrente de niños descalzos y de mujeres cubiertas con pañuelos blancos que fueron llevados por los alemanes en víspera de los combates y que ahora regresan a oriente, a sus casas?

Buenas almas nos aconsejaron que, para librarnos de las paradas y averiguaciones, buscáramos la división valiéndonos de una señal muy conocida por todos: en el regimiento de artillería de dicha división va un carro tirado por un camello que responde al nombre de *Kusniéchik*. Este animalito, natural del Kazajstán, hizo todo el camino de Stalingrado al Bereziná. Los oficiales de enlace, por regla general, se guían por el carro de *Kusniéchik* para encontrar sin trabajo el Estado Mayor que día y noche está en marcha.

Reímos por este consejo tan raro que nos pareció una broma, y continuamos nuestro camino.

A una persona ajena, todo podría parecerle extraño en este inmenso torrente, y ella misma se sentiría extraviada entre esos millares de hombres que no saben los unos de los otros. Pero mayor sería su extrañeza al ver que todos los que marchan, adelantándose unos a otros, se conocen bien.

He aquí a un teniente de infantería conduciendo una sección por una senda que corre paralela a la carretera. Al pasar un cañón-automóvil, saluda con la mano a un muchacho con mono y casco de tanquista que va sentado en la cabina, y éste, sonriente, responde al saludo con la cabeza y le grita algo que no llega a nuestro oído por el traqueteo metálico de las orugas. He aquí un carrero con el gorro completamente desteñado, las cejas, las pestañas y el bigote grises del polvo;

grita algo al conductor de un tractor, también sucio y polvoriento; éste, aunque no oye nada, mueve afirmativamente la cabeza.

Mientras tanto, dos tenientes que viajan en un camión no paran de hablar al tiempo que señalan los coches que pasan:

-Fíjate, en ese Willys va el comandante del regimiento de antitanquistas... ¡Eh! Ánichka, ten cuidado, que te puedes caer!... ¡Mira, ahí va Liuda, la de la compañía de enlace! ¡Diablos, qué gorda se ha puesto! ... ¡Hola, Nikitin! Qué, ¿ya has salido del hospital? ¿De vuelta a tu batallón?

Tres años hace que la gente lucha hombro con hombro. Y durante estos encuentros pasajeros en el rápido torrente de hierro, se ponen de manifiesto los lazos de amistad que unen a todos estos oficiales, sargentos, cabos y soldados enjutos, de tez bronceada, polvorienta, con guerreras desteñidas por el polvo y el sol, con medallas que penden de cintas sucias y descoloridas, con galones rojos y amarillos sobre el pecho que indican las heridas recibidas.

Penetramos en un bosque. De inmediato nos rodea el silencio; el coche viaja por un camino apenas visible, apartado de la carretera. Al pie de unos robles gigantescos de follaje lozano y espeso, que parece metal fundido, sobre la mullida hierba, que suele ser particularmente delicada y agradable en los añosos robledales, vemos tres hermosas mujeres. En sus cabezas y hombros se posan las sombras del caprichoso follaje y las luminosas manchas del sol. ¡Qué magnífica es esta tranquila hora de verano, cuán amargamente rompen a llorar estas mujeres al ser lacerado su corazón dolido por la pregunta quizás inoportuna del chófer: «¿Qué tal vivís, ciudadanas?».

Casi en cada aldea oíamos de la desgracia que les sobrevino a miles y miles de madres.

Unas semanas antes de comenzar los combates, los alemanes empezaron a llevarse de las aldeas a los niños de ocho a doce años de edad, según decían para darles educación. Pero al poco tiempo todos se enteraron de que los niños se encontraban en campos de concentración cercados por alambradas. Las madres iban a verlos desde lugares muy lejanos.

-Las mujeres caían desmayadas y los niños lloraban a voz en grito, pegados al hilo de espino -nos contó una de las campesinas.

Luego, los niños desaparecieron de repente. ¿Dónde estaban? ¿Qué había sido de ellos?

¿Los habían matado o enviado a Alemania como esclavos? O, según se contaba, ¿los mantendrían cerca de los hospitales de la oficialidad hitleriana a fin de extraerles la sangre para salvar a los heridos alemanes?

¿Cómo consolar una pena inconsolable?

Unos centenares de metros más adelante columbramos entre los árboles dos sombras fugaces: eran dos muchachas que estaban recogiendo fresas y que, al divisarnos, echaron a correr.

-¡Eh, no temáis -grita el chófer-, no somos alemanes!

Las muchachas salen de un pequeño barranco, riendo y tapándose la boca con los pañuelos. Miran como pasa nuestro coche y nos ofrecen sus canastos cuadrados de mimbre, llenos de fresas.

De nuevo nos metemos en el polvo y en el ruido de la carretera principal. Lo primero que vemos es un camello pardusco, casi sin pelo, que tira de un carro. Es el famoso *Kusniéchik*. A su encuentro marchan una multitud de prisioneros alemanes. El camello vuelve hacia ellos su fea cabeza con el belfo despectivamente caído. Por lo visto, le llama la atención el color de los uniformes, que él no está

acostumbrado a ver, o tal vez perciba el olor a algo ajeno, extraño. El carrero grita con tono de seriedad a los soldados de la escolta: «¡Traed a unos cuantos alemanes, que *Kusniéchik* se los zampará en un pispás!». Allí mismo nos enteramos de la biografía de *Kusniéchik*. Durante los tiroteos, se esconde en los embudos abiertos por las bombas y los proyectiles. Ha sido herido ya tres veces. Kapramanián, el jefe del regimiento de artillería, ha prometido al carrero que si lleva a *Kusniéchik* hasta Berlín será condecorado. «Las Órdenes no te cabrán en el pecho», le dijo el jefe de regimiento seriamente, si bien sus ojos sonreían.

Guiados por *Kusniéchik*, llegamos al Estado Mayor de la división.

II

En la división de Gúrtiev no encuentro a muchos de mis viejos amigos, a muchos a quienes conocía personalmente y cuyo recuerdo quedó grabado en mi memoria tras breves encuentros, y tampoco a aquellos otros de cuyas grandes hazañas había oído hablar. Falta Gúrtiev, caído durante la toma de Orel: al explotar un proyectil en el observatorio, él, con su cuerpo, protegió a su jefe, el general Gorbátov. La sangre del general-soldado salpicó el gorro de Gorbátov. Pero en la división continúan trabajando infatigablemente, como siempre, el coronel de la Guardia Svirin, el artillero Fuguenfírov, el zapador Rivkin. A menudo pasa por mi lado algún oficial, algún sargento o cabo que luce en el pecho la cinta verde de la medalla otorgada por la defensa de Stalingrado.

El lugar de los caídos lo ocupan hombres nuevos, jóvenes en quienes vive el espíritu indomable de aquéllos. En la división se acostumbra a entregar las armas de los

luchadores de Stalingrado a los jóvenes héroes. La pistola de Gúrtiev fue adjudicada a su hijo, un joven teniente; la del bravo zapador Brizin la lleva su amigo Dúdnikov. Entre los zapadores jóvenes ya goza de fama de intrépido el sagaz Chernorótov.

Durante un combate tuvimos la ocasión de persuadirnos a ojos vista de lo que representa la amistad existente entre los defensores de Stalingrado. En cierto momento llegó corriendo un enlace y gritó: «¡En el observatorio de la artillería han matado a Fuguenfírov!». Svirin, al oírlo, se agarró de los cabellos y profirió un gemido; los rostros de los hombres, en aquellos instantes de la victoria, se tornaron grises. Todos repetían llenos de pena y desconcierto: «¡Ay, Dios mío, cómo ha podido suceder tal cosa!». Felizmente, era una falsa noticia. Al cabo de quince minutos les comunicaron que Fuguenfírov estaba sano y salvo.

Había en la división un soldado de transmisiones apellidado Putílov. Cierta vez, durante la defensa de Stalingrado, quedó cortada la comunicación entre el Estado Mayor de la división y sus regimientos. Putílov se lanzó a rastras hacia el lugar de la avería, a fin de repararla. Pero fue gravemente herido. Agonizante, cogió los extremos del cable, los apretó con los dientes y falleció. La comunicación continuó funcionando, soldada por su boca yerta. El carrete de Putílov es hoy día como una bandera o una condecoración que se otorga a los mejores soldados de transmisiones de la división. En mi imaginación ese cable unido por el cuerpo exánime de Putílov en el territorio de la fábrica Barricada, y que se extiende desde el Volga hasta el Bereziná, desde Stalingrado hacia Minsk, a través de todo nuestro inmenso país, es el símbolo de la unidad y de la fraternidad presentes en nuestro ejército y en nuestro pueblo.

Pasamos la noche en la tienda del batallón divisionario de sanidad, acampado en un bosque. A la mañana siguiente fuimos testigos de un cuadro sorprendente: unos sanitarios trasladaban de tienda a un herido. En la camilla, a los pies del herido, se mecían tranquilamente dos gatitos.

Cuando entramos en la tienda, vimos el cuadro siguiente: los heridos, que yacían unos en camillas y otros sobre la hierba, contemplaban cómo una joven enfermera jugueteaba con los gatitos empuñando una ramita de pino. Los gatitos hacían todo lo que corresponde en tales casos: se arrastraban sobre el vientre, brincaban con el pelo erizado, saltaban, chocaban en el aire, caían sobre el lomo, sacudían la cola.

Me fijé en los heridos que, una o dos horas antes, habían sido retirados del campo de batalla. Tenían el uniforme y la ropa desgarrados por el acero mortal, empapados en sangre negra, coagulada. Pero en sus rostros grises y terrosos, de mártir, jugueteaba una sonrisa. Por lo visto, lo que contemplaban debía de ser extraordinariamente significativo e importante. Ya habían visto la muerte y, de pronto, aparecía ante ellos la vida: aquello que veían les recordaba su infancia, a sus hijos, su hogar, les apartaba de la sangre y los sufrimientos.

La única que no sonreía era la joven enfermera, que realizaba un trabajo necesario, un tratamiento curativo. Y, por cierto, ¡cuánta inteligencia femenina, sensible y delicada se precisa para vivir a ocho o diez kilómetros del frente, en eterno movimiento, y llevar consigo ese inventario vivo para provocar una sonrisa en los labios lívidos! El capitán Ametístov, uno de los más antiguos oficiales del ejército del que forma parte la división mencionada, me refirió que, entre las tropas de Gorbátov, había observado con frecuencia un amor a los animales verdaderamente conmovedor: un

general llevaba consigo a una paloma que «tomaba el té»: primero metía el pico en el azúcar y luego en un platillo con agua, y así sucesivamente.

En compañía de un jefe de tanques, muy respetable, vivían un erizo y un gato muy pillo. En los regimientos tenían liebres domesticadas, perros con patas heridas y ya curadas. Un jefe de regimiento domesticó un zorro, que de día se escapaba al bosque y hacia el anochecer regresaba junto a su amo.

De nuevo me puse a pensar. ¿Qué había de particular en ese detalle sin importancia? ¿Sería un capricho o el deseo de entretenerse? ¿O aquello volvía a hablarnos del maravilloso e inmenso amor que nuestro hombre profesa a la vida, a la hermosa naturaleza, al mundo en el que el hombre libre debe aniquilar las tenebrosas fuerzas del mal y ser un amo inteligente y bueno?

III

Cuando entramos en Bobrúisk, unos edificios ardían y otros estaban convertidos en ruinas.

¡El camino de Bobrúisk ha sido el camino de la expiación! Nuestro coche se abría paso trabajosamente entre los tanques y cañones motirizados alemanes, quemados y destruidos. Centenares de miles de cadáveres alemanes yacían en medio del camino, en las cunetas, al pie de los pinos y sobre el centeno verde aplastado. Los enterraban de continuo, pero eran tantos que daba la impresión de que nunca se acabaría con ellos. Y aquel día era, por añadidura, caluroso y sin viento, de modo que la gente que iba a pie o en vehículo tenía que taparse la boca y la nariz con el pañuelo. Allí había hervido el caldero de la muerte, allí se había cumplido la expiación, la dura y horrible expiación de

aquellos que no deponían las armas e intentaban abrirse paso hacia occidente por los caminos cortados por nosotros; la expiación de aquellos que regaron nuestra tierra con la sangre de los niños y las mujeres.

Sobre la orilla llana y arenosa del Bereziná, a la entrada del Bobrúisk incendiado y destruido vimos a un soldado alemán que tenía una pierna herida. Con la cabeza alzada, contemplaba el paso de las columnas de tanques, de cañones motirizados y de artillería que rodaban hacia el puente. Un soldado rojo se acercó a él; luego, tras llenar una lata de conservas con agua del río, se la ofreció.

Pensé involuntariamente: ¿qué habría hecho un alemán, en el verano de 1941, cuando por este puente pasaban rumbo a oriente las columnas blindadas de las tropas fascistas, si en la orilla arenosa del Bereziná se hubiese tropezado con un soldado rojo con las piernas fracturadas? Ya sabemos lo que habría hecho. Pero nosotros somos hombres; por eso mismo hemos vencido a las fieras.

Mas ¡pronto ha de llegar el día del juicio, en que la luz disipará las tinieblas y el bien triunfará sobre el mal! ¡Pronto llegará la hora de la expiación completa!

Seguimos nuestro viaje. De nuevo camino, polvareda, riachuelos, campos, repiqueteo de fusil automático en los bosques.

En un corral oscuro y semiderruido tiene lugar el primer interrogatorio de unos generales hechos prisioneros la tarde del día anterior: el teniente general Heine, jefe de la 6.^a división, y el general mayor Adolfo Hamann, famoso verdugo que ejerció, sucesivamente, el cargo de comandante de las ciudades de Orel, Karáchev y Bobrúisk. Aquí, en el corral, tiene lugar la apoteosis de la «bolsa».

Heine lleva puestas unas botas de soldado; es calvo y tiene una cabeza simétrica de anormal; a cada momento se enjuga el sudor que mana de su jeta sofocada, sonrío y hace gestos afirmativos con la cabeza. Su voz es ronca y no sabe uno de qué: si por un catarro o por efecto de la gran cantidad de aguardiente bebido para animarse durante los cinco días que ha durado su actividad militar. Su declaración es muy copiosa en palabras y escasa en claridad: probablemente, no se le ha pasado aún la borrachera o no sabe razonar con mayor cohesión ni expresar sus pensamientos. Recuerdo cómo algunas horas antes, un capitán alemán prisionero se quejaba de que en los últimos tiempos el generalato se encontraba a un nivel extraordinariamente bajo; que Hitler había sustituido el generalato de casta con generales-cabos nazis. Al escuchar las razones pobres, embrolladas y turbias de Heine, uno no puede por menos que pensar: «Sí, tienen de qué quejarse los capitanes y tenientes fascistas...».

Adolf Hamann comienza a responder el interrogatorio. Es un viejo extraordinariamente voluminoso, de estatura baja, con cara grande, roja, de mejillas flácidas. Hitler le ha condecorado con nueve u once órdenes y distintivos que lleva colgados en su voluminoso pecho, en su voluminoso vientre, en su voluminoso costado.

Horrible es la sensación que se experimenta al contemplar a Hamann. Sus manos, sus ojos, sus cabellos, su habla: todo ello no se diferencia de los demás hombres. Pero al mirarle, ante nuestros ojos aparecen las fosas abiertas en las que yacen cientos, miles de cadáveres de mujeres y niños enterrados vivos; cadáveres en cuyos pulmones los médicos han hallado arena y tierra. Ante nuestros ojos se alzan las ruinas de la ciudad de Orel, volada por orden de Hamann el 4 de agosto de 1943; la ciudad de Karáchev barrida por él

de la faz de la tierra, y Bobrúisk, que aún está envuelta en humo y llamas.

Con esa misma voz de bajo dictaba órdenes a sus incendiarios; con esa misma mano rechoncha firmaba la orden del exterminio en masa de criaturitas y ancianos indefensos. Con ese mismo pie gordo metido en una elegante bota apisonaba la tierra sobre la fosa en que habían sido enterrados vivos niños y ancianas. ¡Qué horrible es respirar el mismo aire que él, que este ser inhumano! Lo mismo que todos los criminales, lo niega todo: la matanza en masa de los hebreos, los fusilamientos en masa de los guerrilleros, el secuestro de la población y toda violencia en general. Sólo una vez, en Orel, si mal no recuerda, ejecutó a un hombre por haber cometido un crimen pasional. ¿Si había volado Orel? Sí, pero era cosa de todos sabida que él, como soldado, debía cumplir la orden de Schmidt, el jefe del 2.º ejército de tanques. Sí, sí, también en Karáchev había cumplido las órdenes del mando. Y también en Bobrúisk. De pronto, lanza a los que le interrogan una mirada rápida, astuta y temerosa, una mirada de viejo ladrón y asesino, de cobarde.

¡Con qué repugnancia, con qué aversión y curiosidad le mira el delgaducho joven tirador de automático con bandas verdes y botas pesadas!

Han pasado casi once meses desde aquel día en que el general Gorbátov, en el mitin celebrado en Orel, llamó a los soldados a tomar venganza, a cazar al verdugo de Orel. Los soldados rojos han cumplido su orden.

Nuestro coche sigue su camino por las selvas guerrilleras de Bielorrusia. Bobrúisk ha quedado muy atrás. Queda ya muy poco hasta Minsk. Y todo lo que vemos, lo que por un segundo aparece y desaparece de la vista pero que quedará grabado en la memoria para toda la vida, todo es testimonio de que el bien vence al mal, de que la luz es más fuerte que

las tinieblas, de que, defendiendo una causa justa, el hombre derrota a la fiera.

1.^{er} frente de Bielorrusia

EL INFIERNO DE TREBLINKA

I

Al este de Varsovia, a lo largo del Bug occidental, se extienden arenales, pantanos y terrenos cubiertos de espesos bosques de pinos y de árboles foliáceos. Son lugares poco poblados y tristes. Los caminantes evitan los arenosos y estrechos caminos donde los pies se entierran y las ruedas se hunden hasta los cubos.

Allí, en el ramal ferroviario de Sedlets, se encuentra la pequeña y perdida estación de Treblinka, a sesenta kilómetros largos de Varsovia, no lejos de la estación de Malkinia, punto de bifurcación de la línea férrea que une Varsovia, Bielostok, Sedlets y Lomza.

Es posible que muchas de aquellas personas que fueron traídas en 1942 a Treblinka hubieran pasado por aquí en tiempos de paz y que, con ojos distraídos, mirasen el aburrido paisaje: pinos, arena, otra vez pinos, matorrales, arbustos secos, los tristes edificios de la estación, las vías que se cruzan... Y es posible que la aburrida mirada del pasajero notara la existencia de un ramal ferroviario que partía de la estación y se internaba en el tupido bosque de pinos que llegaba hasta la vía misma. Este ramal conduce a una cantera de la que se extraía arena blanca destinada a satisfacer las necesidades industriales y de construcción de la ciudad.

La cantera dista cuatro kilómetros de la estación y se encuentra en un terreno baldío, rodeado de pinos por todos lados. La tierra es allí avara e improductiva y los campesinos

no la cultivaban, por eso el terreno permanecía yermo desde tiempo inmemorial. En algunos sitios está cubierto de musgo y de vez en cuando presenta algunos escuálidos pinabetes. De tarde en tarde vuelan por allí los grajos o las moñudas abubillas de colores abigarrados. Este miserable desierto fue elegido y aceptado por el *führer* de las SS de Alemania, Henrich Himmler, para la construcción de un inmenso patíbulo cuyo igual el género humano no había conocido desde los tiempos bárbaros hasta nuestros días crueles. Sí, es indudable que el universo no ha conocido un patíbulo semejante. Aquí fue construido el matadero principal de las SS, que superó en dimensiones a los de Sabibur, Maidánek, Belzhitse y Osvétsim.

En Treblinka existieron dos campos de concentración: el de trabajos forzados, N.º 1, en el que se hallaban presos de distintas nacionalidades, fundamentalmente polacos; y el campo judío, que llevaba el N.º 2.

El campo N.º 1 (de trabajo o penitenciario) colindaba con la cantera de arena, no lejos del límite del bosque. Era un campo de concentración ordinario, como los que la Gestapo construyó a centenares y miles en las tierras del Este ocupadas por los alemanes. Fue creado en 1941. En él, como en una síntesis, se podían percibir rasgos del carácter alemán deformados por el terrible espejo del régimen hitleriano. Del mismo modo que en el delirio de la fiebre se reflejan de una manera monstruosa y deformada los pensamientos y sentimientos vividos por el enfermo antes de su enfermedad, de igual modo que el loco en sus ataques de enajenación deforma la lógica de las reacciones y pensamientos del hombre normal, así el criminal lleva a cabo su faena uniendo, en el martillazo dado en el entrecejo de las víctimas, la hábil práctica, la precisión y la fuerza del obrero metalúrgico con la sangre fría del antropoide.

El espíritu de economía, la exactitud, el cálculo, la pulcritud pedantesca son todos ellos rasgos plausibles que poseen muchos alemanes. Aplicados a la agricultura o a la industria, dan sus frutos. El hitlerismo aplicó estos rasgos al crimen contra la humanidad y las SS del Reich procedieron en el campo de concentración polaco exactamente como si se tratara del cultivo de coliflores o de patatas.

El terreno ocupado por el campo de concentración está dividido por unas barracas iguales y rectangulares construidas a cordel, y por caminitos bordeados de abedules y enarenados. Se construyeron estanques de cemento para aves domésticas, lavaderos para la ropa con unos cómodos peldaños, servicios para el personal alemán, un horno de cocer pan bien acondicionado, peluquería, garaje, surtidor de gasolina con una esfera de cristal, depósitos. Aproximadamente con una tipología análoga, con jardincitos, con columnitas-fuentes, con caminos asfaltados, se construyó también el campo de Maidánek cerca de Lublin, y de igual forma organizaron en la Polonia oriental decenas de otros campos de trabajo forzado donde la Gestapo y las SS pensaban afincarse de manera permanente. En la construcción de estos campos se reflejaron los rasgos característicos de la precisión alemana, del espíritu de ahorro mezquino, la pedantesca tendencia al orden, la afición alemana a la reglamentación, al esquema elaborado hasta los más pequeños e insignificantes detalles.

La gente ingresaba en el campo de trabajo para un plazo que a veces era muy pequeño: cuatro, cinco o seis meses. Allí metieron a polacos que habían infringido las disposiciones del gobernador general. Estas faltas eran por lo común insignificantes, puesto que cuando se trataba de infracciones de importancia el castigo no era el campo, sino la muerte inmediata. Una denuncia, una delación, una palabra casual

que se escapaba mientras se iba por la calle, el incumplimiento de la orden de entrega de productos, la negativa a facilitar a un alemán el carro o el caballo, la resistencia de las muchachas a rendirse a las proposiciones amorosas de un SS, no ya el sabotaje en la fábrica, sino solamente la sospecha de la posibilidad de un sabotaje: todo esto conducía a centenares y a miles de polacos, obreros, campesinos, intelectuales, hombres y muchachas, viejos, adolescentes o madres de familia, al campo penitenciario. En total pasaron por dicho campo unas cincuenta mil personas. Solamente se recluía en este campo a los judíos cuando se trataba de conocidos y excelentes maestros panaderos, zapateros, ebanistas, albañiles o sastres. Allí había todos los talleres imaginables y entre ellos un importante taller de muebles que confeccionaban butacas, mesas y sillas para los Estados Mayores del ejército alemán.

El campo N.º 1 existió desde otoño de 1941 hasta el 23 de julio de 1944. Fue completamente suprimido cuando los detenidos oían ya el sordo rugido de la artillería soviética...

El 23 de julio por la mañana temprano los guardianes y los SS, después de beber unas copas para armarse de valor, emprendieron la liquidación del campo de concentración. Por la noche habían sido muertos y enterrados todos los presos. El carpintero de Varsovia Max Levit logró salvarse saliendo herido de entre los cadáveres de sus compañeros cuando se hizo oscuro, y se arrastró hacia el bosque. Contó cómo, tumbado en la zanja, oyó a treinta chicos que al ser fusilados cantaron la canción *Mi gran país querido*, oyó cómo uno de los muchachos gritaba: «¡Stalin nos vengará!», oyó cómo el jefe de los muchachos, el niño Leib, querido en todo el campo, al caer a su lado en la zanja se irguió después de sonar la descarga y pidió: «¡Señor guardián, ha errado el tiro, por favor, señor, otra vez, otra vez!».

Ahora se puede hablar con detalle del orden alemán que imperaba en este campamento de trabajo. Por las declaraciones de decenas de testigos polacos que escaparon o fueron puestos en libertad en su tiempo, conocemos las leyes imperantes en el campo N.º 1. Sabemos del trabajo en la cantera de arena, sabemos cómo a los que no cumplían las normas los arrojaban por un escarpado a una hondonada, conocemos las normas de la alimentación, que consistía en 170 o 200 gramos de pan y un litro de un mejunje al que se daba el nombre de sopa; sabemos de los muertos de hambre, de los hinchados a los que transportaban en unas carretillas fuera de las alambradas y fusilaban; conocemos las orgías salvajes que organizaban los alemanes, cómo violaban a las muchachas y cómo allí mismo fusilaban a sus amantes forzadas; cómo arrojaban a la gente desde una torreta de seis metros de altura, cómo por la noche, borrachos o en pandilla, sacaban de las barracas a diez o quince presos y empezaban a hacer con ellos, con toda parsimonia, ensayos de métodos de asesinato, disparando al corazón, en la nuca, en los ojos, en la boca o en las sienes de los condenados. Conocemos los nombres de los SS guardianes del campo, sus caracteres, sus particularidades, sabemos también quién fue el jefe del campo, el flamenco alemán Von Ripen, criminal insaciable y depravado, aficionado a los buenos caballos y a las galopadas rápidas. Sabemos del joven y macizo Stumpfe, al que le daban irresistibles ataques de risa cuando mataba a alguno de los presos o cuando en su presencia se ejecutaba a alguien. Le pusieron por mote «La muerte que ríe». El último que oyó su risa fue Max Levit, el 23 de julio de este año, cuando los vigilantes al mando de Stumpfe fusilaban a unos muchachos. Levit estaba tumbado, herido gravemente en el fondo de una zanja. Tenemos noticias de un alemán tuerto, Sviderski, de Odesa, llamado el «Maestro del martillo». Era

considerado un insuperable especialista en el asesinato «en frío», y en sólo algunos minutos mató a martillazos a quince niños de entre ocho y trece años declarados no aptos para el trabajo. Sabemos de un SS, Preifi, delgado, parecido a un gitano, apodado «El Viejo», sombrío y reservado. Para distraerse se colocaba junto al depósito de inmundicias y espiaba a los presos que iban a hurtadillas a comerse las mondas de las patatas, les obligaba a abrir la boca y entonces les disparaba en ella.

Conocemos los nombres de los asesinos profesionales Schwartz y Ledek. Éstos se divertían disparando a los detenidos que al anochecer regresaban del trabajo, y mataban así diariamente a veinte, treinta o cuarenta personas.

La deformación de los cerebros, del corazón, del espíritu, de las palabras, de los hechos, de las costumbres era como una terrible caricatura que recordaba los rasgos habituales, los pensamientos, los sentimientos, las costumbres y las conductas de los alemanes normales. Y el orden del campo y la documentación de los asesinatos, como la afición a la broma monstruosa, que recordaba a las bromas de los estudiantes becarios alemanes borrachos, las canciones sentimentales cantadas a coro en medio de charcos de sangre y los discursos que aquellos antropopitecos pronunciaban sin descanso ante los condenados, las máximas y los piadosos sermones, cuidadosamente impresos en papeles especiales, todo esto eran monstruosos dragones y reptiles nacidos del germen del chovinismo tradicional alemán, de la altivez, el amor propio, la vanidosa confianza en sí propio, la pedante preocupación babosa por su propio nido y la férrea y fría indiferencia por la suerte de todo lo vivo, procedente de la fe bestial y estúpida de que la ciencia alemana, la música, la poesía, el idioma, el césped, los

váteres, el cielo, la cerveza, las casas son las más altas y las más hermosas de todo el universo. Los vicios y los terribles crímenes cometidos por estas gentes tuvieron su origen en las taras del carácter nacional alemán.

Así funcionó este campo, semejante a un Maidánek en pequeño, y pudo parecer que no había nada más terrible en el mundo. Pero los que vivieron en el campo N.º 1 sabían muy bien que había algo más espantoso, cien veces más horrible que su campo. A tres kilómetros de él, los alemanes comenzaron en mayo de 1942 la construcción de un nuevo campo. La construcción se llevó a cabo a un ritmo rápido; en ella trabajaron más de mil obreros. Nada allí estaba dispuesto para la vida, todo estaba preparado para la muerte. La existencia de este campo, según el pensamiento de Himmler, debía permanecer en el más absoluto secreto; ni una sola persona debía salir viva de su recinto. Y absolutamente a nadie se le permitió acercarse a él. A un kilómetro de distancia se hacía fuego sin previo aviso sobre todo aquel que por casualidad pasara por allí. Se prohibía a los aviones alemanes que volaran sobre esta zona. Las víctimas traídas en trenes que circulaban por un ramal ferroviario especialmente derivado no sabían hasta los últimos minutos cuál era la suerte que les esperaba. A la guardia que acompañaba a los trenes no la dejaban llegar ni siquiera hasta donde se hallaba la vigilancia exterior del campo. A la llegada de los vagones, se encargaban de su custodia los SS del campo. Los trenes, compuestos por lo general de sesenta vagones, se dividían en tres partes al llegar al bosque, y la locomotora enviaba sucesivamente tandas de veinte vagones hacia el andén del campo. La locomotora empujaba los vagones por detrás y se detenía en las alambradas, de tal manera que ni el maquinista ni el fogonero traspasaban los límites del campo. Cuando los

vagones quedaban descargados, el suboficial de SS que estaba de guardia daba un pitido para llamar a los siguientes veinte vagones, que esperaban a doscientos metros. Cuando se descargaban los sesenta vagones, la jefatura del campo telefoneaba a la estación para que enviaran un nuevo tren, y se hacía avanzar por la vía al que había quedado vacío hasta la cantera donde los vagones eran cargados de arena y se marchaban a las estaciones de Treblinka y Malkinia.

Se puso de manifiesto la ventajosa situación de Treblinka: los trenes cargados de víctimas llegaban a ella desde los cuatro puntos cardinales: del oeste, del este, del norte y del sur. Los trenes procedían de las ciudades polacas de Varsovia, Mendsizhets, Chenstojov, Sedlets, Radom, de Lomza, Bielostok, Grodno, de muchas ciudades de Bielorrusia, de Alemania, Checoslovaquia, Austria, Bulgaria, Besarabia.

Durante trece meses llegaron trenes a Treblinka. Cada convoy estaba compuesto por sesenta vagones y en cada uno iban escritas con yeso las cifras 150, 180, 200. Éstas indicaban la cantidad de personas que había en cada vagón. Los empleados ferroviarios y los campesinos llevaban en secreto la cuenta de estos vagones. El campesino de sesenta y dos años Kasimir Skarzhinski, que vivía en la aldea de Vulka (en el poblado más próximo al campo), me contó que hubo días en los que frente al pueblo pasaron, solamente por el ramal de Sedlets, seis trenes, y que casi no hubo día a lo largo de los trece meses en que no circulara por lo menos uno. Y hay que tener en cuenta que el ramal de Sedlets era solamente uno de los cuatro caminos de hierro que proveían a Treblinka. El obrero de vías y obras Lutsián Tsúkov, movilizado por los alemanes para trabajar en el ramal que conducía desde Treblinka hasta el campo N.º 2, dice que en el tiempo que duró su trabajo, es decir desde el 15 de junio

de 1942 hasta agosto de 1943, llegaron al campo desde Treblinka por dicho ramal de uno a tres trenes por día. Cada tren estaba formado por sesenta vagones y cada uno de estos transportaba por lo menos ciento cincuenta personas. Testimonios como éste los hemos reunido a decenas. Incluso si reducimos todas las cifras del movimiento de trenes hacia Treblinka aportadas por los testigos aproximadamente a la mitad, de todos modos, la cantidad de personas transportadas allí en trece meses resultará ser de unos tres millones.

El campo mismo, con sus vallas exteriores, los depósitos de objetos propiedad de los asesinados, el andén y demás edificaciones auxiliares, ocupaba una superficie bastante reducida: 780 por 600 metros. Si por un instante se tiene duda sobre la suerte que corrieron los millones de personas que llegaron aquí y si por un instante se admitiera que los alemanes no los mataron inmediatamente después de su llegada, habrá que preguntarse dónde se encuentra toda esta gente que podría integrar la población de una nación pequeña o de una de las grandes capitales de Europa. Durante trece meses, es decir durante 396 días, los trenes se marchaban cargados de arena o vacíos, y ni una sola persona de las que llegaron al campo N.º 2 volvió a salir. Ha llegado el momento de formular la severa pregunta: «Caín, ¿dónde están los que trajiste aquí?».

El fascismo no ha conseguido guardar en secreto su monstruoso crimen. Pero no sólo porque miles de personas fueran testigos involuntarios. Hitler, convencido de su impunidad, decidió aniquilar a millones de inocentes en el verano de 1942, en la época de los mayores éxitos de las tropas fascistas. Ahora se puede demostrar que la mayor cantidad de asesinatos perpetrados por los alemanes fueron en 1942. Convencidos de su impunidad, los fascistas

mostraron lo que eran capaces de hacer. ¡Ah, si Adolf Hitler hubiera vencido habría podido hacer desaparecer las huellas de todos sus crímenes, habría obligado a callar a todos los testigos, aunque hubieran sido decenas de miles y no solamente miles! Ni uno de ellos habría pronunciado una palabra. Y sin proponérselo uno, se siente el deseo de inclinarse una vez más ante aquellos que en otoño de 1942, ante el silencio del mundo entero, actualmente tan bullicioso y triunfal, sostenían los combates en Stalingrado, sobre los escarpados del Volga, contra el ejército alemán a cuya espalda humeaban y borbotaban ríos de sangre inocente. ¡El Ejército Rojo, ése es el que ha impedido a Himmler guardar el secreto de Treblinka!

Hoy los testigos han hablado y han clamado la tierra y las piedras. Y hoy, ante la conciencia del mundo, ante los ojos de la humanidad, podemos, de manera minuciosa, paso tras paso, atravesar los círculos del infierno de Treblinka, en comparación con el cual, el de Dante resulta un juego inofensivo e inocente de Satán.

Todo lo que se escribe más adelante ha sido tomado de los relatos de testigos que aún viven, de los testimonios de personas que trabajaron en Treblinka desde el primer día de existencia del campo hasta el día 2 de agosto de 1943, cuando los condenados a muerte se sublevaron, prendieron fuego al campo y huyeron al bosque, y de las declaraciones de los guardianes detenidos, quienes confirmaron palabra por palabra, y en muchos casos completaron, los relatos de los testigos. A estas gentes las he visto yo personalmente, hablé larga y detalladamente con ellas, sus declaraciones escritas están ante mí sobre la mesa, y todos estos numerosos testimonios de diversas fuentes concuerdan entre sí en todos los detalles, empezando por la descripción del perro amaestrado del comandante, *Bari*, y terminando por la

descripción de los procedimientos para el asesinato de las víctimas y la construcción del patíbulo en cadena.

Pasemos a través de los círculos del infierno de Treblinka.

¿Quiénes eran las gentes que fueron transportadas en los trenes a Treblinka? Fundamentalmente hebreos y también polacos y gitanos. A mediados de 1942, toda la población judía de Polonia, Alemania y las regiones occidentales de Bielorrusia fue recluida en guetos. En estos guetos de Varsovia, Radom, Chenstojov, Lublin, Bielostok, Grodno y en muchas decenas de otros más pequeños fueron reunidos millones de judíos entre los que había obreros, artesanos, médicos, profesores, arquitectos, ingenieros, maestros, artistas, hombres de profesiones liberales, con sus mujeres, sus hijos, hijas, madres y padres. Sólo en el gueto de Varsovia había cerca de quinientas mil personas. Según parece, este encierro constituía la fase previa y preparatoria del plan hitleriano de aniquilamiento de los hebreos. El verano de 1942, época del éxito militar del fascismo, se consideró como el momento adecuado para la puesta en práctica de la segunda parte del plan fascista de destrucción física de los judíos. Es sabido que Himmler vino por aquel tiempo a Varsovia para dictar las disposiciones correspondientes. Día y noche se trabajaba en la preparación del patíbulo de Treblinka. En el mes de julio ya salieron los primeros trenes de Varsovia y Chenstojov en dirección a Treblinka. A la gente le decían que los llevaban a Ucrania para emplearlos en trabajos agrícolas. Se les autorizaba a llevar consigo veinte kilos de equipaje y productos alimenticios. En muchos casos los alemanes obligaban a sus víctimas a comprarse los billetes de ferrocarril hasta la estación de Ober-Maidan. Con este nombre convencional designaban los alemanes a Treblinka. Resultó que los rumores sobre el horrible lugar pronto se

extendieron por toda Polonia y la palabra «Treblinka» dejó de ser empleada por las SS cuando realizaban la carga de gente en los trenes. Sin embargo, el trato que en ellos se les daba no dejaba duda alguna sobre la suerte que esperaba a los pasajeros. En vagones de carga se amontonaban no menos de ciento cincuenta personas; habitualmente eran ciento ochenta y doscientas. Durante todo el viaje, que a veces se prolongaba dos y tres días, no se daba agua a los detenidos. Los sufrimientos a causa de la sed eran tan grandes que la gente bebía sus propios orines. Los guardianes exigían cien sloti por un sorbo de agua y una vez que habían recibido el dinero era habitual que no se la dieran. Las personas viajaban apretadas unas contra otras, a veces hasta de pie, y en cada vagón, sobre todo en los días sofocantes del verano, al final del viaje habían muerto algunos viejos y enfermos del corazón. Como las puertas no se abrían ni una vez durante el viaje, los cadáveres empezaban a descomponerse y emponzoñaban el aire. Si apenas alguno de los viajeros encendía una cerilla de noche, la guardia abría fuego de fusil contra las paredes del vagón. El barbero Abraham Kohn cuenta que en su vagón hubo muchos heridos y cinco muertos a consecuencia de los disparos de la guardia contra sus paredes.

De manera completamente distinta llegaban a Treblinka los trenes procedentes de los países de la Europa occidental. Allí la gente no había oído hablar del campo y hasta el último minuto creían que se los llevaba al trabajo, e incluso los alemanes les pintaban las comodidades y excelencias de la nueva vida que les esperaba. Algunos trenes llegaron con gente que estaba convencida de que los llevaban al extranjero, a países neutrales. Mediante elevadas sumas se les proveía por parte de las autoridades alemanas del visado para el paso de la frontera y de pasaportes extranjeros.

En una ocasión llegó a Treblinka un tren con ciudadanos de Inglaterra, Canadá, Estados Unidos y Australia a los que la guerra había sorprendido en Polonia y otros países de Europa. Después de largas gestiones acompañadas de la entrega de grandes sobornos consiguieron el visado para salir a los países neutrales. Durante todo el viaje a través de los países europeos fueron sin escolta, con el personal de servicio habitual. Estos trenes incluían vagones cama y vagón restaurante. Los pasajeros llevaban consigo voluminosos cofres y maletas, así como grandes reservas de productos alimenticios. Los niños bajaban a las estaciones intermedias y preguntaban si estaba próxima la de Ober-Maidan.

Arribaban de vez en cuando vagones de gitanos desde Besarabia y desde otras regiones. Algunas veces llegaban trenes cargados de jóvenes polacos, campesinos y obreros, que habían tomado parte en las sublevaciones y los destacamentos de guerrilleros.

Es difícil decir qué es más terrible, si ir a la muerte en medio de horribles sufrimientos, conociendo su inminencia, o, con un completo desconocimiento de la propia perdición, estar mirando por la ventanilla de un vagón de primera clase al tiempo mismo que se telefonea desde la estación de Treblinka al campo de concentración comunicando los datos sobre la llegada del tren y la cantidad de personas que en él viajan.

Para pergeñar el último engaño a las gentes que llegaban desde Europa, incluso el ramal de vía férrea que conducía al campo de la muerte estaba acondicionado con la apariencia de una estación para pasajeros. Junto al andén donde se descargaban los veinte vagones de turno se erguía un edificio de estación con taquillas, consigna para los equipajes, salas restaurantes; por todas partes podían verse

flechas indicadoras con letreros que decían: «A Bielostok», «A Baránovichi», «A Volkovisk», etc. A la llegada de cada tren a la estación, una orquesta, cuyos componentes iban bien vestidos, interpretaba diversas piezas musicales. Un portero con uniforme de empleado de ferrocarriles recogía los billetes a los pasajeros y les dejaba pasar hasta la plaza. Tres o cuatro mil personas cargadas con bultos y maletas, sosteniendo a los ancianos y a los enfermos, irrumpían en esta plaza. Las madres llevaban a sus hijos en brazos, los niños mayores se apretaban contra sus padres y miraban con curiosidad la plaza. Algo alarmante y terrible había en este lugar que había sido pisoteado por millones de pies humanos. La mirada escrutadora de la gente bien pronto captaba pequeños detalles alarmantes. Sobre el suelo barrido a la ligera, sin duda minutos antes de la llegada del contingente, se veían tirados algunos objetos como paquetes con ropa, maletas abiertas, brochas de afeitar, cacerolas esmaltadas. ¿Cómo habían ido a parar allí? ¿Y por qué inmediatamente al final del andén de la estación terminaba la línea férrea, crecía una hierba amarillenta y se levantaba una alambrada de tres metros? ¿Dónde pues se encontraba el camino a Bielostok, a Sedlets, a Varsovia, a Volkovisk? ¿Y por qué se reían de una manera tan rara y sardónica los nuevos guardianes al observar a los hombres que se arreglaban las corbatas, a las viejecitas pulcras, a los niños con trajecitos de marinero, a las muchachas espigadas que se las ingeniaron para conservar limpios sus vestidos durante este viaje, a las madres jóvenes que amorosamente arreglaban las mantas en que llevaban envueltos a sus hijitos? Todos estos guardianes uniformados de negro y los suboficiales de las SS se parecían a los que arrean al ganado a la entrada del matadero. Para ellos, los recién llegados no eran personas vivas, y se sonreían involuntariamente al observar

las muestras de pudor, de amor, de miedo, de preocupación por las personas allegadas o por los enseres; les hacía gracia que las madres riñeran a sus hijos por haberse alejado algunos pasos, que les arreglaran los vestiditos, que los hombres se secasen la frente con un pañuelo de bolsillo y que fumaran cigarrillos con avidez, que las muchachas pusieran en orden sus cabellos y que con susto se sujetaran las faldas cuando soplaban ráfagas de viento. Les producía risa que los viejos trataran de sentarse en los maletines, que algunos llevaran libros bajo el brazo y que los enfermos se abrigaran el cuello. Diariamente pasaban por Treblinka hasta veinte mil personas. Los días que salían de la estación seis o siete mil se consideraban como días de poco trabajo. Cuatro o cinco veces por día la plaza se llenaba de gente. Y todos estos miles, decenas de miles, centenares de miles de personas que preguntaban con ojos asustados, todos estos rostros jóvenes y viejos, bellezas morenas y de cabellos dorados, viejos calvos, jorobados y encorvados y tímidos adolescentes, todos se unían formando un torrente único que se tragaba el talento, la admirable ciencia humana, el amor juvenil, la perplejidad infantil, la tos de los viejos y el corazón del hombre.

Y de nuevo los recién llegados percibían temblorosos lo rara que era esta mirada irónica, contenida y harta, mirada de superioridad de la bestia viva sobre el hombre muerto.

Y nuevamente, en estos breves instantes, los que llegaban a la plaza captaban unos detalles incomprensibles y que provocaban inquietud.

¿Qué es lo que había allí, tras el enorme muro de seis metros de altura, cubierto por completo de mantas, de edredones y de ramas de pino que comenzaban a amarillear? Las mantas y edredones también les causaban alarma: de distintos colores, de seda, de tela estampada, recordaban a

los que cubrían las camas de los recién llegados. ¿Cómo habían venido a parar aquí? ¿Quién los había traído? ¿Y dónde se encontraban los dueños de estas mantas? ¿Por qué ya no las necesitaban? ¿Y quiénes eran esos hombres con brazaletes azules? Viene a la imaginación todo lo meditado en los últimos momentos, las inquietudes, los rumores transmitidos al oído. ¡No, no, no puede ser! Y el hombre aparta de sí la terrible idea. La alarma continúa durante algunos instantes, acaso dos o tres minutos, hasta que todos los recién llegados tienen tiempo de salir del andén. Esta salida siempre se hace con retraso porque en cada contingente hay inválidos, cojos, viejos y enfermos que apenas pueden valerse de sus piernas. Pero ya están todos en la plaza. Un *Unterscharführer* (brigada de tropas de las SS) ordena en voz alta y clara a los recién llegados que dejen sus bultos en la plaza y se dirijan al baño, conservando solamente los documentos personales, los objetos de valor y unos pequeños paquetes con lo necesario para el baño. Surgen en la mente decenas de preguntas: si llevar ropa limpia, si se pueden deshacer los equipajes, si no se confundirán las cosas dejadas en la plaza, si no se perderán. Pero una extraña fuerza obliga a las gentes a guardar silencio, a andar deprisa, a no hacer preguntas, a no quedarse mirando atrás, a dirigirse hacia el paso abierto en la alambrada de seis metros de altura enmascarada con ramas. Marchan junto a erizos antitanques, junto a una alambrada de espino tres veces más alta que un hombre, junto a una zanja antitanque de tres metros de ancho, otra vez junto a unos rollos de delgado alambre de acero esparcidos por el suelo y otra vez junto al muro de muchos metros de alto cubierto de alambre espinoso. Una terrible sensación de predestinación y de desamparo se apodera de ellos: no es posible huir ni volverse atrás, ni luchar; desde

unas bajas y achatadas torretas de madera les observan los cañones de unas ametralladoras de grueso calibre. ¿Pedir socorro? ¡Si alrededor no hay más que SS y guardianes con automáticos, granadas de mano y pistolas! ¡Ellos son los amos! En sus manos están los tanques y la aviación, la tierra, las ciudades, el cielo, los ferrocarriles, las leyes, los periódicos, la radio. Todo el mundo calla, agobiado, subyugado por la pandilla parda de bandidos que se han hecho con el poder. Únicamente allá, a muchos miles de kilómetros, la artillería soviética dispara en la lejana rivera del Volga, anunciando tenazmente la decidida voluntad del pueblo ruso, en guerra a muerte por la libertad; llama y despierta a los pueblos del mundo para la lucha.

Y en la plaza frente a la estación, dos centenares de obreros con brazaletes de color azul celeste («el grupo celestial»), en silencio, con rapidez y habilidad, desatan los líos, abren los bultos y maletas, sueltan las correas de los portamantas. Se procede a una clasificación y valoración de los objetos dejados un instante antes por el contingente que acaba de llegar. Se arrojan al suelo útiles de costura cuidadosamente empaquetados, ovillos de hilo, trajecitos de niño, camisas de mujer, sábanas, jerséis, tijeras, maquinillas de afeitar, cartas, fotografías, dedales, frascos de perfume, espejos, cofias, zapatos, botas de abrigo hechas de mantas guateadas en previsión del frío, zapatos de señora, medias, puntillas, pijamas, paquetes de mantequilla, café, botes de cacao, hábitos, candelabros, libros, galletas, violines, rompecabezas infantiles. Es necesario estar especializado para, en sólo contados minutos, clasificar todos estos miles de objetos, valorarlos y separarlos, unos para enviarlos a Alemania, otros, de mala calidad, viejos o remendados, para ser quemados. ¡Ay del obrero que colocara una maleta vieja de fibra en el montón de maletines de cuero apartados para

su envío a Alemania, o del que arrojase al montón de medias viejas zurcidas un par de medias de París con el marchamo de fábrica! Un obrero puede equivocarse una vez, pero no le es posible hacerlo dos. Cuarenta SS y sesenta vigilantes trabajaban en el «transporte», que así se llamaba en Treblinka la primera fase que acabamos de describir: llegada del tren, salida del contingente a la «estación» y a la plaza, vigilancia sobre los obreros que clasificaban y valoraban los objetos. Mientras realizaban este trabajo, con frecuencia los obreros, sin ser vistos por la guardia, se echaban a la boca un pedazo de pan, de azúcar, un bombón, encontrado en los paquetes de productos alimenticios. Tal cosa les estaba prohibida. Se les permitía al terminar el trabajo lavarse las manos y la cara con agua de colonia y perfumes porque en Treblinka no había agua suficiente y sólo estaban autorizados a lavarse con ella los alemanes y los guardianes. Y mientras la gente todavía viva se preparaba para el baño, el trabajo llevado a cabo con sus objetos llegaba a su fin, los valorados eran llevados al almacén y las cartas, fotografías de niños recién nacidos, de hermanos, novias, amarillentas notificaciones de bodas, todos estos miles de valiosos objetos enormemente queridos para sus dueños y que eran sólo basura para los dueños de Treblinka se reunían en montones y se arrojaban a una zanja enorme en cuyo fondo había centenares de miles de análogas cartas, tarjetas postales, de visita, fotografías, papelitos con retorcidas letras de niño y los primeros y torpes dibujos infantiles hechos con lápices de colores. Se limpiaba mal que bien la plaza y quedaba preparada para la recepción de una nueva partida de condenados.

No siempre la llegada del contingente se desarrollaba como acabamos de describir. Cuando los detenidos sabían adónde se les llevaba, se producían desórdenes. El

campesino Skrzheminski vio cómo desde dos trenes, después de romper las portezuelas, salían personas que arrollaban a los guardianes y se lanzaban corriendo hacia el bosque. En ambos casos, absolutamente todos fueron muertos a tiros de automático. Unos hombres que llevaban consigo cuatro niños de entre cuatro y seis años de edad que también fueron muertos. La campesina Mariana Kobus cuenta también de casos semejantes de lucha con los guardias. En una ocasión, ante sus propios ojos, mientras estaba trabajando en el campo, fueron muertas sesenta personas que se escapaban desde el tren hacia el bosque...

Ya pasa el contingente a otra plazoleta que se hallaba en el interior del segundo recinto del campo. En ella se elevaba una enorme barraca y a la derecha otras tres, dos de ellas destinadas a almacén de ropas y la tercera de calzado. Más lejos, en la parte occidental, se encontraban los barracones de los SS, los de los guardianes, depósitos de víveres, el corral del ganado, automóviles ligeros y camiones, un coche blindado. La impresión era la de un campo corriente, análogo al campo N.º 1.

En el ángulo sureste del patio del campo de concentración había una zona aislada por medio de ramas y delante de ella una garita con la inscripción «Lazareto». A todos los lisiados y a los gravemente enfermos se los separaba de la multitud que esperaba para ir al baño y se les llevaba en camillas al lazareto. De la cabina salía a recibir al enfermo un «doctor» vestido con una bata blanca y con un brazalete con la cruz roja en el brazo izquierdo. De lo que pasaba en el lazareto hablaremos más adelante.

La segunda fase de la conducción del contingente recién llegado se caracterizaba por el quebrantamiento de la voluntad de la gente por medio de órdenes ininterrumpidas breves y rápidas, proferidas en el tono del que tanto se ufana

el ejército alemán: su timbre constituía una de las «demostraciones» de que los alemanes pertenecen a la raza de los señores. La letra R, a un tiempo gutural y dura, suena como un látigo.

«*Achtung!*» (¡Atención!) se exclama dirigiéndose a la multitud, y en medio del silencio de plomo, la voz del *Scharführer* pronuncia las palabras aprendidas a fuerza de repetirlas varias veces al día durante muchos meses seguidos.

—¡Los hombres se quedan donde están y las mujeres y niños van a desnudarse a las barracas de la izquierda!

Según cuentan los testigos, era corriente que se produjeran entonces unas escenas terribles. El amor maternal, conyugal y filial le decía a la gente que era la última vez que iban a verse unos a otros. Apretones de manos, besos, despedidas, lágrimas, breves palabras con las que las personas expresan todo el amor, todo el dolor, toda la ternura... Los SS, psiquiatras de la muerte, saben que es preciso ahogar estos sentimientos instantáneamente, hacerlos desaparecer. Los psiquiatras de la muerte conocen las sencillas leyes a las que se someten todos los mataderos de reses en el mundo y que en el de Treblinka se adoptaban con la gente. Éste es uno de los momentos más críticos, el de la separación de las hijas de sus padres, de las madres de los hijos, de las abuelas de los nietos, de los maridos de sus mujeres.

Y de nuevo resuena en la plaza: «*Achtung! Achtung!*». Precisamente en este momento era necesario enturbiar la razón de la gente, espolvorearla de esperanza ofreciéndole las reglas de la muerte como si fueran reglas de la vida. La misma voz dejaba caer palabra por palabra:

—Que las mujeres y los niños se quiten el calzado al entrar en la barraca. Las medias que se metan en los zapatos. Los

calcetines de los niños deben colocarse en las sandalias, botitas y zapatitos. ¡Sed ordenados!

E, inmediatamente, la misma voz:

-Al dirigirse al baño hay que llevar consigo los objetos de valor, los documentos, el dinero, toalla y jabón... Repito...

En el interior de la barraca hay una peluquería para mujeres en la que las pelan con máquina y donde a las viejas les quitan las pelucas. ¡Singular momento psicológico! Este pelado para la muerte, según contaban los peluqueros, era lo que más afianzaba a las mujeres en la creencia de que se las conducía al baño. Las muchachas, al palparse la cabeza, rogaban a veces: «Aquí no le ha quedado igualado, haga el favor de pasarme la máquina otra vez». Por lo general, después del corte del cabello las mujeres se tranquilizaban y casi todas salían de la barraca llevando un pedazo de jabón y una toalla plegada. Algunas jóvenes lloraban por sus hermosas trenzas.

¿Para qué pelaban a las mujeres? ¿Para engañarlas? No, estos cabellos eran necesarios para su utilización en Alemania.

Eran materia prima. He preguntado a muchas personas qué hacían los alemanes con estos montones de pelo arrancados de las cabezas de los muertos vivos. Todos los testigos cuentan que enormes cantidades de cabellos negros, dorados, rubio claro, bucles y trenzas eran sometidos a desinfección, se prensaban en sacos y se enviaban a Alemania. Todos los testigos confirmaron que estos sacos llevaban direcciones alemanas. ¿Para qué los utilizaban? A esta pregunta nadie pudo contestar. Únicamente en los testimonios escritos de Kohn se asegura que quien demandaba este cabello era el Departamento de la Marina de Guerra, que lo utilizaba para llenar colchones,

confeccionar dispositivos técnicos y para el trenzado de cables de los submarinos.

Opino que esta declaración precisa de una confirmación complementaria que habrá de dar a la humanidad el primer almirante Reider, que en 1942 se encontraba al frente de la flota de guerra alemana.

Los hombres se desnudaban en el patio. Del primer contingente llegado por la mañana había sido separado un grupo compuesto por entre cincuenta y trescientos hombres de los más fuertes; éstos eran destinados al enterramiento de los cadáveres y habitualmente los mataban al día siguiente. Los hombres debían desnudarse muy deprisa, pero tenían que colocar cuidadosamente el calzado, los calcetines, la ropa interior, las chaquetas y los pantalones. La clasificación de los objetos la hacía un segundo grupo de obreros, el grupo «rojo», que se diferenciaba de los que trabajaban en el «transporte» en que los brazaletes que llevaban eran de este color. Los objetos que se consideraban de suficiente valor para ser enviados a Alemania eran remitidos desde allí al almacén. Con todo cuidado se les arrancaban todas las iniciales metálicas o de tela. Los demás objetos se quemaban o se enterraban en zanjas.

La sensación de peligro aumentaba de continuo. Hería el olfato un hedor terrible que se entremezclaba con el olor de cal clorhídrica. Resultaba extraña la presencia de una cantidad incomprensiblemente grande de moscas cebadas e impertinentes en aquel lugar, en medio de los pinos. La gente respiraba con fuerza e inquietud, miraba a todos lados, se fijaba en cualquier detalle insignificante que pudiera aclarar, poner de manifiesto, levantar la cortina de misterio que ocultaba su propia suerte. ¿Y por qué allí, por la parte sur, se oía el estruendo de una excavadora gigante?

Comenzaba una nueva fase. Se empujaba a la gente desnuda hacia unas ventanillas y se les conminaba a entregar los documentos y objetos de valor. Y de nuevo la terrible voz hipnotizante que gritaba: «*Achtung! Achtung! Achtung!*... ¡Pena de muerte a quienes oculten objetos de valor!».

El *Scharführer* estaba sentado en una pequeña caseta de tablas. Le rodeaban algunos SS y guardianes que permanecían en pie. Junto a la caseta había unos cajones de madera en los que se echaban los objetos de valor: uno para los billetes, otro para las monedas y un tercero para los relojes, anillos, pendientes, broches con piedras preciosas, brazaletes... Y los documentos, que ya no eran necesarios para nadie en el mundo, cubrían el suelo; documentos pertenecientes a muertos en vida que una hora después iban a yacer amontonados en una zanja. Sin embargo, el oro y los objetos de valor eran sometidos a una cuidadosa clasificación: decenas de tasadores determinaban la pureza del metal, el valor de las piedras, la pureza de los brillantes.

Y ¡cosa asombrosa! Las bestias lo utilizaban todo: el cuero, el papel, los tejidos, todo lo que sirve al hombre era necesario y útil para las bestias; únicamente el valor más grande que existe en el mundo, la vida, era pisoteado. ¡Y cuántos grandes talentos, cuántos almas honradas, cuántos ojos hermosos de niños, cuántos tiernos rostros de viejecitas, cuántas cabezas espléndidamente hermosas de muchachas en cuya formación la naturaleza trabajó durante montones de siglos se precipitaban en el abismo de la nada formando un enorme torrente silencioso! Bastaban unos segundos para destruir la vida que el mundo y la naturaleza habían creado con enorme y penoso esfuerzo.

Aquí, junto a las ventanillas de «las cajas», se producía la crisis; aquí terminaba el tormento de la mentira que

mantenía a la gente en la hipnosis de la ignorancia, en un estado febril, y que les hacía pasar en unos minutos de la esperanza a la desesperación, de la visión de la vida a la visión de la muerte. Este tormento de la mentira era uno de los elementos del cadalso en cadena que ayudó a los SS en su trabajo. Y cuando llegaba el último acto del pillaje a los vivos muertos, los alemanes cambiaban bruscamente el estilo empleado con sus víctimas. Se apoderaban de los anillos rompiendo los dedos a las mujeres y arrancaban los pendientes desgarrando los lóbulos de las orejas.

En la última etapa del matadero en cadena se exigía, para la rapidez de su funcionamiento, un nuevo principio, y por esto la palabra *Achtung* se sustituía por otra restallante y sibilante:

«*Schneller! Schneller!*» (¡Más deprisa! ¡Más deprisa!) ¡A paso ligero hacia la muerte!

La cruel experiencia de estos últimos años nos ha enseñado que el hombre desnudo pierde instantáneamente la capacidad de resistir, deja de luchar contra su suerte; junto con su ropa pierde el instinto de vivir y acepta su suerte como un destino fatal. El impaciente y sediento de vida se convierte en un ser pasivo. Pero para asegurarse, los SS adoptaban por añadidura, en la última etapa del trabajo en el matadero, el método de un aturdimiento monstruoso, sumían a la gente en un estado de abatimiento psicológico.

¿Cómo se lograba?

Adopción instantánea y brusca de crueldades ilógicas y sin sentido. Los hombres desnudos a quienes se había despojado de todo –pero que se obstinaban tenazmente en seguir siendo mil veces más numerosos que los seres que los rodeaban y que iban vestidos con uniforme del ejército alemán– seguían respirando, miraban, pensaban, sus corazones todavía latían. Les quitaban de las manos los

pedazos de jabón y las toallas, y les hacían formar en columnas de cinco hombres.

-«*Hände hoch! Marsch! Schneller! Schneller!*» (¡Manos arriba! ¡Andando! ¡Más deprisa! ¡Más deprisa!)

Entraban en una avenida recta bordeada de flores y de abetos que medía ciento veinte metros de largo y dos de ancho, y que conducía al lugar del suplicio. A ambos lados de esta avenida había unas alambradas espinosas, así como una fila de guardianes vestidos con uniformes negros y de SS con uniformes grises que permanecían hombro con hombro. El camino estaba cubierto de arena blanca y los que marchaban en primer lugar con las manos en alto veían en esta arena esponjosa las huellas frescas de pies descalzos, unas pequeñas, femeninas, otras minúsculas, de niño, otras pesadas, de personas viejas. Estas huellas tan imprecisas marcadas en la arena eran todo lo que quedaba de miles de personas que hacía poco tiempo habían pasado por este camino de igual manera a como ahora pasaban las nuevas cuatro mil, y a como pasarían dos horas más tarde otros miles que esperaban su turno en el ramal de ferrocarril del bosque. Pasaban igual que ayer y que diez días atrás, como pasarían a la mañana siguiente y dentro de cincuenta días, como pasó la gente durante los trece meses de existencia del infierno de Treblinka.

Los alemanes llamaban a esta avenida «el camino sin regreso».

Un antropoide apellidado Sujomil gritaba al tiempo que hacía gestos y muecas y deformaba intencionadamente las palabras alemanas:

-¡Niños, niños, deprisa, deprisa, el agua del baño se enfría! ¡Más deprisa, niños, más deprisa! -decía, y luego soltaba una carcajada, se ponía en cuclillas y hacía movimientos de danza.

La gente con las manos en alto marchaba en silencio, entre dos filas de guardianes, mientras recibía culatazos y golpes propinados con varas de goma. Los niños, que apenas podían seguir el paso de los mayores, corrían. En este último y doloroso camino, todos los testigos señalan la ferocidad de un monstruo, el SS Zepf. Se había especializado en el asesinato de niños. Dotado de una enorme fuerza, este antropeide agarraba bruscamente a un niño de la multitud y, o bien lo enarbolaba como una maza y golpeaba su cabeza contra el suelo, o bien lo partía por la mitad.

Yo oí lo que se contaba de esa bestia, por lo visto nacida del vientre de una mujer, y me parecía increíble e inverosímil lo que de él se decía. Pero cuando unos testigos visuales me lo confirmaron personalmente, cuando oí que hablaban de ello como de uno de los detalles que cuadraba y que no se contradecía con el régimen general del infierno de Treblinka, creí en la posibilidad de su existencia.

La actuación de Zepf era necesaria: provocaba el shock psicológico de los condenados y constituía también una manifestación más de la crueldad ilógica que aniquilaba la voluntad y la conciencia. Era un tornillito útil y necesario de la enorme máquina del Estado fascista.

Lo que debe llenarnos de horror no es que la naturaleza críe semejantes degenerados, pues no son pocos los monstruos que existen en el mundo orgánico: cíclopes, seres con dos cabezas y las correspondientes perversiones y monstruosidades espirituales. Lo terrible es otra cosa: que estos seres que deberían estar aislados, que deberían ser estudiados como fenómenos de la psiquiatría, en cierto Estado sean considerados ciudadanos normales y activos. Su ideología delirante, su psique patológica, sus increíbles crímenes son elementos necesarios para el Estado fascista. Miles, decenas de miles, centenares de miles de seres

semejantes constituyen el apoyo, la base de la Alemania hitleriana. Vestidos de uniforme, con armas, con condecoraciones imperiales, estos seres fueron durante años enteros los dueños absolutos de la vida de los pueblos de Europa. Hay que horrorizarse de la existencia no de éstos, sino del Estado que los sacó de los escondrijos, de las tinieblas, del subsuelo, y que los hizo necesarios, útiles e insustituibles en Treblinka, cerca de Varsovia; en Maidánek, cerca de Lublin; en Bélzhitsa, en Sabibur, en Osvétsim, en Babi Yar, en Domanevka, cerca de Odesa; en Trostianets, junto a Minsk; en Ponari, en Lituania; en decenas y centenares de cárceles, campos de trabajo forzados, campos penitenciarios y campos de exterminio.

Uno u otro tipo de Estado no le cae a la gente desde el cielo: la actitud material e ideológica de los pueblos es la que engendra el orden estatal. Y es en esto en lo que se debe pensar de verdad y por lo que de verdad debe uno horrorizarse...

El camino desde las «ventanillas de las cajas» hasta el lugar de la ejecución duraba entre dos y tres minutos. Azotada y aturdida por los gritos, la gente llegaba a una tercera plaza y por un instante se detenía sorprendida. Ante ellos se elevaba un bello edificio de piedra, decorado con maderas talladas y construido al estilo de un viejo templo. Cinco amplios escalones de cemento conducían a unas puertas bajas, muy amplias, sólidas y bellas. A la entrada crecían flores plantadas en tiestos. Pero alrededor reinaba el caos: por todas partes se veían montañas de tierra fresca, recién removida, una excavadora gigantesca arrojaba con sus pinzas rechinantes de acero toneladas de tierra arenosa amarilla, y el polvo levantado por su trabajo se interponía entre la tierra y el sol. El ruido de la colosal máquina que cavaba desde la mañana hasta la noche unas enormes fosas

se entremezclaba con los furiosos ladridos de decenas de perros policía alemanes.

De ambos lados del edificio de la muerte salían unas líneas de vía estrecha por las que unas personas con amplios monos empujaban unas vagonetas reversibles.

Las anchas puertas se abrían lentamente y dos ayudantes de Schmidt, jefe del edificio de la muerte, aparecían en la entrada. Eran unos sádicos y unos monomaniacos; uno era alto, de unos treinta años, anchas espaldas, rostro cetrino, sonriente y alegremente excitado, y cabellos negros; el otro era más joven, de corta estatura, castaño, con mejillas amarillentas como si acabara de tomar una fuerte dosis de acríquina. Los nombres y apellidos de estos traidores a la humanidad son conocidos por todos.

El más alto sostenía en la mano un grueso tubo de conducción de gas de un metro de largo y una fusta; el segundo estaba armado con un sable.

En ese momento los SS soltaban a unos perros amaestrados que se arrojaban sobre la multitud y clavaban sus dientes en los cuerpos desnudos de los condenados. Los SS, con gritos salvajes, a culatazos, arreaban a las mujeres aterrorizadas y que permanecían petrificadas.

En el interior del edificio actuaban los ayudantes de Schmidt, que empujaban a la gente hacia las puertas abiertas de la cámara de gas.

En este instante aparecía junto al edificio uno de los comandantes de Treblinka, Kurt Franz, que llevaba cogido del collar a su perro *Bari*. El amo lo había amaestrado especialmente para que se arrojara sobre los condenados y les arrancara de un mordisco los órganos sexuales. Kurt Franz hizo en el campo una buena carrera: empezó como suboficial de tropas de las SS y alcanzó el grado, bastante alto, de *Untersturmführer*. Este SS, de unos treinta y cinco

años, alto, delgado, poseía una capacidad poco habitual para organizar el funcionamiento de este lugar de ejecución en cadena; no solamente adoraba su servicio: no concebía la vida fuera de Treblinka, donde nada escapaba a su vigilancia incansable; era en cierto modo un teórico, le gustaban las generalizaciones y se complacía en aclarar sus pensamientos y la importancia de su trabajo. Habría sido deseable que en esos minutos terribles aparecieran en el edificio de «gasificación» el Papa de Roma, mister Breilsford y todos los demás defensores humanitarios del hitlerismo, naturalmente en calidad de espectadores.

Hubieran podido enriquecer sus sermones humanitarios, sus libros y los artículos con nuevos argumentos. El Santo Padre, que guardaba un silencio tan benévolo mientras Himmler asesinaba a la humanidad, habría podido calcular en cuántas partidas podían los alemanes hacer pasar por Treblinka a toda la administración del Vaticano. ¡Grande es la fuerza del humanitarismo, que no muere mientras no muere el hombre! Y cuando llega el corto pero terrible momento de la victoria de la bestia sobre el hombre, éste conserva hasta el último suspiro tanto la fuerza de su propia alma como la claridad de pensamiento y el calor del amor. Y la bestia que mata al hombre sigue siendo, como antes, una bestia, aunque victoriosa. En esta fuerza inmortal de alma de las gentes hay un martirio sombrío, el triunfo del hombre que muere sobre la bestia viva. Los días más duros de 1942 constituyeron la aurora de la victoria de la inteligencia sobre la locura feroz, del bien sobre el mal, de la luz sobre las tinieblas, de las fuerzas del progreso sobre las fuerzas de la reacción. Terrible aurora sobre campos de sangre y de lágrimas y abismos de sufrimiento, aurora recibida con los sollozos de las madres y de los niños que perecían, con los estertores de la muerte de los viejos. Las bestias y la

filosofía de las bestias predecían el ocaso del mundo, de Europa, pero las personas seguían siendo personas, no aceptaban la moral y las leyes del fascismo, combatían contra él por todos los medios, entre ellos con su propia muerte como personas.

Emocionan hasta lo más profundo del alma, quitan el sueño y la tranquilidad los relatos sobre cómo los cadáveres vivientes de Treblinka conservaban hasta los últimos minutos, no ya la apariencia, sino el alma humana; relatos sobre mujeres que intentaban salvar a sus hijos y que para ello llevaban a cabo grandes hazañas en vano, madres jóvenes que cubrían a sus hijos con sus propios cuerpos; nadie conoce y nadie conocerá ya nunca los nombres de estas madres. Nos han hablado de niñas de diez años que consolaban con su prudencia ingenua a sus madres, que lloraban desesperadas; de un niño que gritó a la entrada de la cámara de gas: «¡Los rusos nos vengarán, mamá, no llores!». Nadie conoce y nadie conocerá nunca los nombres de estos niños. Nos han hablado de decenas de personas condenadas que se enfrentaron con sus manos desnudas a jaurías de SS armados con automáticos y granadas, y de los que perecían en pie con los pechos atravesados por decenas de balas. Nos contaron de un hombre joven que clavó un cuchillo a un oficial de las SS, de un joven traído del gueto sublevado de Varsovia que consiguió esconder milagrosamente de los alemanes una granada y que la arrojó, estando ya desnudo, en medio de una multitud de verdugos. Se habla sobre los combates que se prolongaron toda la noche entre un grupo sublevado de condenados y destacamentos de guardianes y de SS. Los disparos y las explosiones de las granadas resonaron hasta la mañana y cuando apareció el sol, toda la plaza estaba cubierta por los cuerpos de los combatientes muertos, y junto a cada uno de

ellos descansaba su arma: un palo arrancado de la empalizada, un cuchillo, una navaja de afeitar. Mientras la Tierra exista, ya nadie sabrá nunca los nombres de los caídos. Se habla de una muchacha alta que en el «camino sin regreso» arrancó la carabina de manos de un vigilante y combatió contra decenas de SS que disparaban contra ella. Dos bestias fueron muertas en este combate y otra acabó con una mano destrozada. Ha quedado manco. Fue terrible el ensañamiento y el martirio a que sometieron a la muchacha. Su nombre no se conoce y nadie honrará su memoria.

Pero ¿será así en efecto? El hitlerismo le quitó a esta gente la casa y la vida y quiso borrar sus nombres del recuerdo del mundo. Pero todos ellos, tanto las madres que cubrían con su cuerpo a sus hijos como los niños que se secaban las lágrimas ante sus padres y aquellos que lucharon con cuchillos y arrojaron granadas y que cayeron en el combate nocturno, y la muchacha desnuda, parecida a las diosas de la antigua Grecia que luchaban solas contra decenas, todos ellos sumidos en la nada, conservaron eternamente el mejor de los nombres, el que no podrá hundir en la tierra la jauría de los esbirros de Hitler y Himmler: la denominación de «hombres». En su monumento la historia escribirá: «Aquí duerme un hombre».

Los habitantes de la aldea de Vulka, la más próxima a Treblinka, cuentan que algunas veces los gritos de las mujeres asesinadas eran tan espantosos que todo el pueblo huía despavorido a los lejanos bosques para no oír los alaridos penetrantes que desgarraban el cielo y la tierra. Más tarde el grito se apagaba de pronto y de nuevo surgía bruscamente, espantoso, penetrante, calaba hasta los huesos, en el cráneo, en el alma. Esto se repetía hasta tres o cuatro veces por día.

Pregunté a uno de los verdugos capturados, Sh., sobre estos gritos. Aclaró que las mujeres gritaban en el instante en que soltaban a los perros y empujaban al edificio de la muerte a todo el grupo condenado. «Veían la muerte; además estaban muy apretadas, se las apaleaba terriblemente y los perros las destrozaban.»

Un silencio inesperado se producía cuando cerraban las puertas de las cámaras. El grito de las mujeres se elevaba de nuevo al ser conducido a la cámara de gas un nuevo grupo. Esto se repetía dos, tres, cuatro y en ocasiones cinco veces por día. Pues el cadalso de Treblinka no era un cadalso sencillo: era un lugar de ejecución en cadena, método adoptado por la producción industrial contemporánea.

Y de igual manera que un verdadero conglomerado industrial, Treblinka no surgió de pronto tal y como ahora la describimos. Creció paulatinamente, se desarrolló, creó nuevos «talleres». Al principio se construyeron tres cámaras de gas de dimensiones no muy grandes. Durante su montaje llegaron algunos trenes y como las cámaras no estaban todavía preparadas, todos los recién llegados fueron asesinados con arma blanca: hachas, martillos y mazas. Los SS no querían descubrir el trabajo de Treblinka a los ojos de los que vivían en los alrededores, y por ello evitaban los disparos.

Las primeras tres cámaras de cemento tenían unas dimensiones pequeñas, de cinco por cinco metros, es decir, disponían de una superficie de veinticinco metros cuadrados cada una. Su altura era de ciento noventa centímetros. En cada una de ellas había dos puertas: por una entraban las personas vivas y la segunda servía para la extracción de los cadáveres de los «gaseados». Esta segunda puerta era muy ancha, medía unos dos metros y medio de un lado a otro. Las

cámaras habían sido construidas juntas, con los mismos cimientos. Estas tres cámaras no satisfacían las exigencias de Berlín respecto a la potencia del cadalso en cadena. Inmediatamente se comenzó la construcción del edificio descrito más arriba. Los directores de Treblinka se enorgullecían de que éste dejaba muy atrás, por su potencia, por su capacidad de recepción y por la superficie «productora» de las cámaras, a todas las fábricas de muerte de la Gestapo, tanto de Maidánek, como de Sabibur y Bélzhitsa.

Setecientos detenidos se ocuparon durante cinco semanas de la construcción del edificio del nuevo combinado de la muerte. En el momento álgido de los trabajos llegó desde Alemania un maestro con su equipo y procedió al montaje. Las nuevas cámaras, en número total de diez, se extendían de manera simétrica a ambos lados de un amplio corredor de cemento. En cada una de las cámaras, de igual manera que en las tres que las antecederon, había dos puertas, la primera, que daba al corredor, por la que se metía a la gente viva, y la otra abierta en el muro opuesto que servía para la extracción de los cadáveres de los «gaseados». Estas puertas daban a una de las dos plataformas especiales colocadas simétricamente a ambos lados del edificio. Hasta la plataforma llegaban unas líneas de vía estrecha. De esta manera los cadáveres caían por sí solos a la plataforma y desde ahí, inmediatamente después, se los cargaba en vagonetas y se los llevaba a la enorme fosa que día y noche se dedicaba a abrir la colosal excavadora. El suelo de las cámaras estaba construido con una gran pendiente desde el corredor hasta la plataforma, lo que aceleraba mucho el trabajo de descarga. En las cámaras viejas se descargaban los cadáveres de manera primitiva. Se los llevaban en angarillas y los arrastraban con correas. La superficie de

cada cámara era de siete por ocho metros, es decir, de 56 metros cuadrados. La superficie total de las nuevas diez cámaras alcanzaba 560 metros cuadrados, y si se contaba también la superficie de las tres cámaras viejas que continuaban trabajando cuando llegaban partidas pequeñas, Treblinka disponía de una superficie productora de muerte de 635 metros cuadrados. En una cámara se metía al mismo tiempo a cuatrocientas o quinientas personas. De tal manera, después de la carga completa de las diez cámaras, se mataba por término medio a cuatro mil quinientas personas de una vez.

La carga media de las cámaras del infierno de Treblinka era por lo menos de dos a tres veces por día (hubo días en que fueron cargadas hasta seis veces). Si reducimos deliberadamente las cifras podemos considerar que, si se cargaban dos veces al día, sólo en las cámaras nuevas se mataba en Treblinka cerca de diez mil personas por día y alrededor de trescientas mil al mes. Treblinka trabajó diariamente durante trece meses, pero incluso si descontamos noventa días entre las reparaciones y la llegada de un número de trenes menor del previsto, resulta que Treblinka funcionó durante diez meses completos. Si cada mes pasaron por término medio trescientas mil personas, en diez meses se mató en Treblinka a tres millones de seres humanos.

Nuevamente hemos venido a parar a la cifra de tres millones. La primera vez llegamos a ella mediante un cálculo disminuido intencionadamente de los trenes que llegaron.

El proceso de asfixia en la cámara se prolongaba entre diez y veinticinco minutos. Al principio, cuando se pusieron en funcionamiento las nuevas cámaras y los verdugos, al no haber podido poner a punto su sistema, llevaban a cabo pruebas para la dosificación de distintas sustancias

venenosas, las víctimas pasaron por terribles martirios, conservando la vida durante dos o tres horas. En los primeros días las instalaciones impelentes y absorbentes funcionaron muy mal, y la agonía de los infelices se prolongaba durante ocho y diez horas. Para la matanza se adoptaron diversos métodos, como la inyección de los gases del escape del motor de un tanque pesado que servía de fuente de fuerza motriz en la estación de Treblinka. Estos gases de escape contenían entre un dos y un tres por ciento de óxido de carbono, que tiene la propiedad de cuajar la hemoglobina de la sangre en estrecha unión con lo que se llama carboxihemoglobina. Ésta es más persistente que la unión (oxihemoglobina) que se forma al contacto de la sangre que se encuentra en los alvéolos de los pulmones con el oxígeno del aire. A los quince minutos, la hemoglobina de la sangre humana se une estrechamente con el óxido de carbono y el hombre respira inútilmente, el oxígeno deja de entrar en su organismo y aparecen síntomas de hambre de oxígeno, el corazón trabaja con una fuerza furiosa y empuja la sangre hacia los pulmones, pero la sangre envenenada por el óxido de carbono es impotente para apoderarse del oxígeno del aire. La respiración se vuelve ronca, aparecen fenómenos torturantes de asfixia, el conocimiento se ofusca y el hombre muere como si fuera ahorcado.

El segundo método adoptado en Treblinka y que obtuvo una gran difusión fue la extracción del aire de las cámaras por medio de unas bombas especiales; la muerte se producía por las mismas causas que el envenenamiento por óxido de carbono: al hombre se le quitaba el oxígeno. Y finalmente, el tercer método, menos utilizado pero que de todas maneras se empleaba, fue el asesinato por medio del vapor, método éste que también se basaba en privar al organismo del oxígeno.

El vapor expulsaba el aire de la cámara. Se utilizaron diversas sustancias venenosas, pero esto constituyó un experimento. Los sistemas para el asesinato en masa, o como si dijéramos industrial, fueron los dos de los que hemos hablado más arriba.

Así pues, el proceso de trabajo de la fábrica de Treblinka se reducía a privar sucesivamente al hombre de todo lo que venía gozando desde su creación por la sagrada ley de la vida.

En primer lugar se le quitaba la libertad, la casa, la patria y se le conducía a un anónimo bosque desierto. Después, en la plaza de la estación, se le despojaba de los objetos de su propiedad: cartas, fotografías de los seres queridos; más tarde, tras la valla del campo, le quitaban a su madre, a su mujer, a su hijo. Después, una vez desnudo, se le despojaba de los documentos, que se arrojaban a una hoguera: al ser humano se le quitaba el nombre. Lo empujaban por un corredor con un techo bajo de piedra y con ello le quitaban el cielo, las estrellas, el viento, el sol.

Y por fin llegaba el último acto de la tragedia humana; el hombre cruzaba el último círculo del infierno de Treblinka. Se cerraban con fuerza las puertas de la cámara de cemento. Toda clase de aparatos de cierre perfeccionados: fuertes pasadores, cerraduras y postillos, sujetaban estas puertas. No se las podía arrancar.

¿Encontraremos en nosotros mismos fuerzas suficientes para pensar en lo que sentía y experimentaba en los últimos minutos la gente que se encontraba metida en estas cámaras? Es sabido que guardaban silencio. En un terrible apretujamiento en que se quebraban los huesos y la caja torácica no podía respirar, permanecían de pie unos contra otros, cubiertos de un sudor mortal y pegajoso, como un solo hombre. Alguien, acaso un viejo prudente, pronunciaba con

esfuerzo: «¡Consolaos, es el fin!». Otro tal vez gritara una terrible maldición. ¿Será posible que no se cumpla esta sagrada maldición? Una madre, con esfuerzo sobrehumano, intentaba ensanchar el sitio para su hijito, ¡que su respiración mortal pudiera ser aligerada aunque no fuera más que en una millonésima por el último cuidado materno! Una muchacha con la lengua ya torpe pregunta: «Pero ¿por qué me ahogan, por qué?». La cabeza le da vueltas y la asfixia le oprime la garganta. ¿Qué cuadros pasan por delante de los ojos vidriosos y agonizantes? ¿La infancia, los días felices de los tiempos de paz, el último y penoso viaje? Acaso se le apareciera el rostro sonriente del SS que estaba de pie en la primera plaza, frente a la estación: «¡Ah, por eso se reía!». La conciencia se ofusca y llega el momento terrible del último martirio...

¡No, no es posible imaginarse lo que sucedía en la cámara! Los cuerpos muertos permanecían de pie mientras se enfriaban poco a poco. Según declaración de los testigos, los que más tiempo seguían respirando eran los niños. Veinte o veinticinco minutos después los ayudantes de Schmidt observaban por unas mirillas. Llegaba el momento de abrir las puertas de la cámara que daban a la plataforma. Presos vestidos con monos, arreados por los gritos de los SS, comenzaban la descarga. Como el suelo tenía pendiente hacia la plataforma, muchos cuerpos caían por sí solos. Personas que trabajaron en la descarga de las cámaras me contaban que los rostros de los muertos estaban muy amarillos y que aproximadamente un setenta por ciento de los asesinados dejaban escapar hilillos de sangre por la nariz y por la boca. Los fisiólogos pueden explicar eso. Los SS hablaban unos con otros y examinaban los cadáveres. Si alguno resultaba estar vivo, gemía o se movía, le daban el tiro de gracia con una pistola. Después, un equipo armado de

tenazas de dentista arrancaba a los muertos los dientes de oro y de platino. Esos dientes se clasificaban según su valor, se embalaban en cajas y se enviaban a Alemania. Si a los SS les hubiera resultado más ventajoso o más cómodo arrancar los dientes a las personas en vida, claro está que lo hubieran hecho sin el menor titubeo. Pero por lo visto arrancar los dientes a los muertos era más cómodo y sencillo.

Se cargaba a los cadáveres en vagonetas y se les conducía a una enorme fosa. En ella eran colocados unos junto a otros, bien apretados. La fosa permanecía abierta, estaba esperando. Y durante este tiempo, cuando apenas había comenzado la descarga de los «gaseados», el *Scharführer* que trabajaba en el transporte recibía una breve orden por teléfono. Daba un pitido que era la señal para el maquinista y otros veinte vagones avanzaban lentamente hacia el andén junto al que se elevaba la maqueta de la estación de Ober-Maidan. Otras tres o cuatro mil personas, cargadas con sus maletas, bultos y paquetes con comida, salían a la plaza de la estación. Las madres llevaban a sus hijos de la mano, los hijos mayorcitos se apretaban contra los padres y miraban atentamente hacia todos lados. Había algo alarmante y terrible en esta plaza pisoteada por millones de pies... ¿Y por qué de pronto al final de la plataforma de la estación se terminaba la vía, crecía hierba amarilla y se elevaba una alambrada de tres metros de alto?...

La recepción del nuevo contingente se llevaba a cabo siguiendo un horario riguroso, de tal manera que las víctimas entraran por el «camino sin regreso» precisamente en el momento en que los últimos cadáveres de «gaseados» eran arrojados a la fosa. Ésta seguía sin cubrir, esperaba.

Y el comandante del campo de exterminio, sentado en su despacho, rodeado de papeles y de esquemas, llamaba por

teléfono a la estación de Treblinka y a las vías de reserva, por las que chirriando y trepidando avanzaba un tren de sesenta vagones rodeados por la escolta de las SS, deslizándose por la angosta vía de reserva entre dos hileras de pinos.

Las enormes excavadoras trabajaban y chirriaban abriendo día y noche nuevas fosas de cien metros de largo y de una gran profundidad. Y las zanjas quedaban sin cubrir. Esperaban. Pero no esperaban mucho tiempo.

II

A fines de invierno de 1943 Himmler llegó a Treblinka acompañado de un grupo de altos funcionarios de la Gestapo. El grupo arribó a la región del campo en avión y poco después, en dos automóviles, entraba por la puerta principal. La mayoría iban vestidos con el uniforme militar, pero algunos, acaso los expertos, vestían de paisano, con abrigos y sombreros. Himmler visitó personalmente el campo y uno de los testigos visuales nos contó cómo el ministro de la muerte se acercó al enorme foso y permaneció allí mirándolo largo tiempo en silencio. Las personas que le acompañaban se mantuvieron a cierta distancia, a la espera de que Henrich Himmler terminara de contemplar la colosal tumba ya medio llena de cadáveres. Treblinka era la fábrica más importante del trust organizado por Himmler. El avión del *Führer* de las SS regresó el mismo día. Al abandonar Treblinka, Himmler dio una orden al mando del campo que desconcertó a todos, tanto al jefe de los *Sturmführer*, barón Von Pfein, como a su ayudante Korol y al capitán Franz: comenzar de inmediato la cremación de los cadáveres enterrados (del primero al último), sacar del campo las cenizas y huesos calcinados y diseminarlos por los campos y

caminos. Bajo tierra se encontraban ya millones de cadáveres y esta tarea parecía extraordinariamente complicada y difícil. Además se dio la orden de no enterrar a los siguientes «gaseados», sino incinerarlos también. ¿A qué se debía el viaje de inspección de Himmler y su orden personal y categórica? La causa era solamente una: la victoria del Ejército Rojo en Stalingrado. Puede apreciarse lo espantosa que fue para los alemanes la fuerza del golpe ruso en el Volga por el hecho de que, pasados algunos días, se pensó por primera vez en Berlín en la responsabilidad, en la expiación, en el pago de las culpas, ya que el mismo Himmler voló en avión a Treblinka y ordenó que se borrarán inmediatamente las huellas de los crímenes cometidos a sesenta kilómetros de Varsovia. Éste fue el eco que tuvo el poderoso golpe asestado por los rusos a los alemanes en el Volga.

Al principio, la incineración de los cadáveres no funcionaba de ninguna manera, pues éstos no querían arder; aunque es cierto que pudo observarse que los de las mujeres ardían mejor. Se gastó una enorme cantidad de gasolina y aceite para quemar los cadáveres, pero el sistema salía muy caro. Parecía que la cosa se encontraba en un callejón sin salida. Pero desde Alemania llegó un SS, hombre robusto de unos cincuenta años, especialista en la materia. ¡Cuántos especialistas no habrá creado el régimen hitleriano, tanto para el asesinato de niños pequeños, el estrangulamiento y la construcción de cámaras de gas, como para la destrucción científica de grandes ciudades en un solo día! Se encontró también a un especialista para la exhumación y la cremación de millones de cadáveres humanos.

Bajo su dirección se comenzaron a construir hornos. Se trataba de un tipo especial de hornos-hoguera. Ni el crematorio de Lublin ni cualquiera otro de los más grandes

del mundo habría estado en condiciones de quemar en un plazo tan breve una cantidad tan gigantesca de cuerpos. La excavadora abrió una hondonada de unos doscientos cincuenta o trescientos metros de largo, unos veinte o veinticinco de ancho y seis de hondo. En el fondo de esta gran zanja, en toda su extensión, fueron colocadas en tres hileras y a distancias iguales unas columnas de hormigón armado de una altura sobre el nivel del fondo de cien a ciento veinte centímetros. Estas columnas servían de cimientto para unas vigas de acero colocadas a lo largo de toda la zanja. Sobre estas vigas fueron dispuestos de través unos raíles a una distancia de cinco a siete centímetros uno de otro. De esta manera se montó una gigantesca parrilla en un horno ciclópeo. Se tendió una nueva vía estrecha que iba desde la fosa-tumba hasta la fosa-horno. Pronto construyeron otra más y más tarde una tercera de iguales dimensiones. En cada parrilla se echaban cada vez de tres mil quinientos a cuatro mil cadáveres.

Se trajeron dos nuevas excavadoras colosales tipo Baguer. Se trabajaba día y noche. Personas que tomaron parte en la labor de la incineración de los cadáveres cuentan que estos hornos recordaban a gigantescos volcanes: un terrible calor quemaba los rostros de los operarios, las llamas se elevaban a una altura de ocho o diez metros, unas columnas de humo negro, espeso y grasiento subían al cielo y se cernían en el aire, formando una cobertura pesada e inmóvil. Los habitantes de los pueblos circunvecinos veían estas llamas por las noches desde una distancia de treinta o cuarenta kilómetros. Se elevaban más alto que los bosques de pinos que rodeaban el campo. El olor a carne humana quemada lo impregnaba todo. Cuando el viento soplabá hacia el campo polaco situado a tres kilómetros, la gente se ahogaba. A esta tarea de cremación de cadáveres fueron

destinados ochocientos detenidos, cantidad que supera a la de los trabajadores empleados en los altos hornos o en los hornos Martin de cualquier gigante de la metalurgia. Este taller monstruoso trabajó día y noche durante ocho meses, sin interrupción, y aun así no pudo terminar con la cremación de los millones de cuerpos exhumados. Es verdad que continuamente llegaban nuevos contingentes para ser «gaseados», y eso también recargaba los hornos.

Llegaron trenes de Bulgaria. Los SS y los guardianes se alegraron de su llegada porque, engañados por los alemanes y por el gobierno fascista búlgaro de entonces, las gentes no preveían su suerte y llevaban consigo gran cantidad de objetos de valor, muchos productos alimenticios sabrosos, pan blanco. Más tarde empezaron a llegar trenes de Grodno y Bielostok, después trenes procedentes del gueto de Varsovia, que se había sublevado; llegaron trenes cargados con campesinos insurrectos polacos, con obreros y con soldados. Llegó un contingente de gitanos de Besarabia, compuesto por unos doscientos hombres y ochocientas mujeres y niños. Los gitanos vinieron a pie y tras ellos iban unos carros tirados por caballos; también habían sido engañados, y estas mil personas llegaron escoltadas solamente por dos guardias montados, quienes ignoraban que conducían a la gente a la muerte. Cuentan que las gitanas juntaban las manos con admiración al ver el hermoso edificio de «gasificación», sin adivinar hasta el último momento la suerte que les esperaba. Esto divirtió especialmente a los alemanes. Los SS se ensañaron con crueldad con los sublevados del gueto de Varsovia. Separaron a las mujeres y a los niños del grupo y los condujeron no a las cámaras de gas, sino a los lugares donde se quemaban los cadáveres. Obligaron a las madres enloquecidas de espanto a llevar a sus hijos a las vigas al

rojo vivo, sobre las que, en medio de las llamas y del humo, se retorcían miles de cuerpos muertos, donde los cadáveres, como si revivieran, se removían y se retorcían, donde los vientres de las embarazadas muertas reventaban a causa del calor y los niños fallecidos antes de nacer ardían en el vientre abierto de sus madres. Este espectáculo era capaz de trastornar el juicio de la persona más templada, y los alemanes consideraban con toda razón que iba a impresionar cien veces más de lo que ya lo estaban a las madres; éstas intentaban tapar los ojos de sus hijos, quienes se lanzaban hacia ellas y gritaban enloquecidos: «Mamá, ¿qué va a ser de nosotros, nos van a quemar?». ¡Dante en su infierno no presencié semejante cuadro!

Los alemanes, después de distraerse con este espectáculo, quemaban a los niños.

La mera lectura de estas cosas es terriblemente dura. Pero que el lector me crea: no es menos duro escribirlas. Es posible que alguien pregunte: «¿Para qué escribir, para qué recordar todo esto?».

El deber del escritor es el de contar la espantosa verdad, y el deber ciudadano del lector es conocerla. Todo aquel que vuelve la cabeza, que cierra los ojos y pasa de largo ofende la memoria de los caídos. ¡Quien no conoce toda la verdad nunca podrá comprender contra qué enemigo, contra qué monstruo entró en lucha a muerte nuestro grandioso, nuestro santo Ejército Rojo!

El lazareto también fue reorganizado de nuevo. Antes se conducía a los enfermos a un lugar rodeado de ramas donde un falso médico los recibía y los mataba. Los cuerpos de los muertos, viejos y enfermos, eran transportados en angarillas hasta la fosa general. Más tarde se excavó también allí una hondonada circular. Alrededor de ésta, como si se tratara de un estadio deportivo, había colocados unos bancos de poca

altura tan próximos al borde que los que se sentaban en ellos se encontraban sobre la zanja misma. En el fondo de la hondonada se construyeron unas parrillas en las que ardían los cadáveres. A los enfermos y a los viejos achacosos se les conducía al lazareto y los «sanitarios» les invitaban a sentarse en los bancos de cara a la hoguera de cuerpos humanos. Después de divertirse con el espectáculo, los caníbales disparaban a las nuca canosas y a las espaldas encorvadas de los que estaban sentados, que, muertos o heridos, caían a la hoguera.

Nosotros conocíamos el tosco humor alemán y siempre lo valoramos en bastante poco. Pero ¿pudo nunca nadie de entre los vivos figurarse lo que significó el humor de los SS en Treblinka, lo que significaron las diversiones de los SS y las bromas de los SS?

Organizaron competiciones de fútbol entre los condenados a muerte, les obligaban a jugar al marro, instituyeron un coro y danzas con los presos. Cerca de las viviendas alemanas se levantó una casa de fieras: metidos en jaulas había animales salvajes inofensivos como lobos y zorras, pero las más terribles fieras que hay en la tierra, semejantes a cerdos, estaban en libertad, se sentaban en los bancos de álamo y oían música; hasta se compuso un himno especial para los condenados -*Treblinka*-, al que pertenecen los siguientes versos:

*Für uns gibt's heute nur Treblinka,
Das unser Schicksal ist...*¹

Obligaban a gentes ensangrentadas a que algunos minutos antes de su muerte ensayaran a coro unas estúpidas canciones sentimentales alemanas:

... Ich brach das Blümelein

*und schenkte es dem schönsten
geliebten Mädlein...*²

El comandante mayor del campo separó a algunos niños de uno de los grupos recién llegados, mató a sus padres, vistió a los niños con las mejores ropas, los hartó de dulces, jugó con ellos y, después, pasados algunos días, cuando se cansó de este pasatiempo, mandó que los mataran.

Una de las principales distracciones consistía en la violación y el ensañamiento con las mujeres jóvenes y guapas y las muchachas que separaban de cada contingente de condenados. Por la mañana, los mismos violadores las conducían a la cámara de gas. Así se distraían los SS de Treblinka, baluarte del régimen hitleriano y orgullo de la Alemania fascista.

Es oportuno señalar que estos individuos no eran ejecutores mecánicos de una voluntad extraña. Todos los testigos señalan un rasgo que les era común: la afición a los razonamientos teóricos, a filosofar. Todos ellos tenían la debilidad de pronunciar discursos a los condenados, de jactarse ante ellos, de exponer el profundo sentido y la importancia para el futuro de lo que sucedía en Treblinka. Explicaban de manera detallada la supremacía de su raza sobre las demás, declamaban grandes parrafadas sobre la sangre alemana, el carácter alemán y la misión de los alemanes.

Su credo estaba expuesto en los libros de Hitler y Rosenberg y en los folletos de Goebbels.

Después de trabajar y de divertirse como acabamos de describir, dormían como unos santos, sin que les perturbaran malos sueños ni pesadillas. Su conciencia nunca les atormentaba, sin duda porque ninguno de entre ellos la tuvo nunca. Hacían gimnasia, cuidaban celosamente de su propia

salud, bebían leche, se preocupaban mucho por las comodidades de su vida. Construían empalizadas alrededor de sus viviendas, bellos macizos de flores, glorietas. Frecuentemente, varias veces al año, se marchaban de vacaciones a Alemania porque la jefatura consideraba muy nocivo el trabajo en su «establecimiento» y se preocupaba por su salud. En su patria andaban con orgullo, con la cabeza bien alta, y no hablaban de su trabajo no porque se avergonzasen de él, sino simplemente porque, al ser disciplinados, no tenían valor para infringir lo firmado por ellos ni el solemne juramento prestado. Y cuando llevando a sus mujeres del brazo iban por las noches al cine y se reían a carcajadas o golpeaban el suelo con sus botas herradas, resultaba difícil distinguirlos de los ciudadanos corrientes. Pero eran bestias en el más amplio sentido de la palabra, bestias SS.

El verano de 1943 resultó ser extraordinariamente cálido. Durante muchas semanas no hubo ni lluvia, ni nubes ni viento. El trabajo de cremación de los cadáveres se encontraba en su punto álgido. Los hornos llevaban ya seis meses ardiendo día y noche, y habían sido incinerados algo más de la mitad de los cadáveres.

Los detenidos que trabajaban en la cremación de los cadáveres no podían soportar los espantosos sufrimientos morales y físicos y diariamente se suicidaban de quince a veinte hombres. Muchos buscaban la muerte infringiendo deliberadamente el régimen disciplinario.

«Recibir una bala era un lujo», me contaba un muchacho panadero de Kossuvo que huyó del campo. La gente decía que en Treblinka ser condenado a vivir era mucho más terrible que ser condenado a muerte.

Las cenizas y los restos calcinados se sacaban fuera del campo. Los campesinos de la aldea de Vulka fueron

movilizados por los alemanes para cargar las cenizas en carros y descargarlas a lo largo de los caminos que conducían al campo de la muerte y al campo penitenciario polaco. Niños detenidos arrojaban con palas y esparcían de forma uniforme estas cenizas por los caminos. Algunas veces encontraban entre las cenizas monedas de oro y coronas semifundidas. A causa de la ceniza, estos caminos se volvieron negros como una cinta de luto. A los niños se les llamaba «los niños del camino negro». Las ruedas de los automóviles hacían un ruido especial al pasar por este camino. Y cuando yo pasé por él fui oyendo de continuo bajo las ruedas un triste murmullo, tenue como un débil lamento.

Los campesinos cargaron ceniza y restos quemados desde la primavera de 1943 hasta el verano de 1944. Veinte carros trabajaron diariamente; cada uno de ellos hacía entre cinco y ocho viajes por día y se cargaban de siete a ocho puds de cenizas en cada uno.

En la canción *Treblinka* que los alemanes obligaban a cantar a los ochocientos hombres que trabajaban en la cremación de los cadáveres, hay unas palabras en las que se invita a los reclusos a la sumisión y la obediencia; a cambio se les promete «la pequeñísima felicidad que brilla por un breve instante». Y cosa sorprendente, en la vida del infierno de Treblinka hubo, en efecto, un día feliz. Los alemanes, sin embargo, se equivocaron, porque no fueron la sumisión y la obediencia las que proporcionaron este día a los condenados a muerte: fue la valentía de los audaces. Los reclusos concibieron un plan de sublevación. No tenían nada que perder. Todos ellos estaban condenados a muerte, cada día de vida era un día de sufrimientos y martirios. Ni uno siquiera de entre ellos, testigos de los terribles crímenes de los alemanes, habría sido perdonado; a todos les esperaba el «gaseamiento»; en efecto, se les enviaba allí después de

algunos días de trabajo y se les sustituía por otros nuevos, sacados de los contingentes que iban llegando. Sólo algunas decenas de hombres vivieron, no ya días y horas, sino semanas y meses: fueron los maestros calificados, como los carpinteros o los albañiles, y los panaderos, sastres y barberos que servían a los alemanes. Éstos precisamente fueron quienes organizaron el comité de la sublevación. Como se comprende, sólo condenados a muerte y personas dominadas por un sentimiento de venganza feroz y por un odio implacable podían idear un plan de sublevación tan descabellado. No quisieron huir hasta no destruir por completo Treblinka. Y lo destruyeron. En las barracas de los obreros aparecieron las armas: hachas, cuchillos, mazas. ¡A qué precio, y con qué inmenso riesgo fueron conseguidos! ¡Cuánta maravillosa paciencia, astucia y habilidad fueron necesarios para ocultarlos de los registros y esconderlos en las barracas! Se hicieron reservas de gasolina para rociar e incendiar las construcciones del campo. ¿Cómo se acumuló esta bencina y cómo desapareció sin dejar rastro, como si se hubiera evaporado? Fueron necesarios unos esfuerzos sobrehumanos, la tensión de la inteligencia, de la voluntad, y un atrevimiento inaudito. Finalmente hicieron una gran galería bajo la barraca donde los alemanes tenían el arsenal. También aquí la audacia ayudó a la gente, el dios de los audaces los protegió. Del depósito de armas fueron extraídas veinte granadas de mano, una ametralladora, carabinas y pistolas. Todo esto fue metido en escondrijos y enterrado por los conspiradores. Los conjurados se dividieron en grupos de cinco. El complicado y enorme plan de la sublevación fue elaborado hasta los últimos detalles. Cada grupo de cinco tenía una misión precisa. Y cada tarea, de una exactitud matemática, era una verdadera locura. Unos se encargaron de asaltar las torres en las que se encontraban los

guardianes con ametralladoras. Otros debían atacar por sorpresa a los centinelas que circulaban entre las plazas del campo. Un tercer grupo debía atacar los automóviles blindados. El cuarto fue encargado de cortar las comunicaciones telefónicas, el quinto debía caer sobre el edificio del cuartel, el sexto, abrir una brecha en la alambrada de espino, el séptimo, tender un puente a través del foso antitanque, el octavo, rociar con gasolina los edificios del campo y prenderles fuego, el noveno debía destruir todo lo que pudiera ser destruido con rapidez.

Fue prevista incluso la provisión de dinero para los que habían de huir. Un médico de Varsovia, encargado de reunirlo, estuvo a punto de echarlo todo a perder. En una ocasión el *Scharführer* notó en el bolsillo de sus pantalones un grueso paquete de billetes, que el doctor iba a ocultar en un escondrijo. El *Scharführer* hizo como si no se hubiera dado cuenta. E inmediatamente informó a Kurt Franz. Se trataba naturalmente de un acontecimiento extraordinario. Franz en persona fue a interrogar al médico. Enseguida sospechó que ocurría algo anormal, porque, bien mirado ¿para qué necesitaba el dinero un condenado a muerte? Franz comenzó el interrogatorio seguro y sin prisa, porque dudaba que hubiera en el mundo nadie que supiera hacer confesar por medio de torturas tan bien como él. Pero el médico de Varsovia fue más astuto que el capitán de las SS: se envenenó. Uno de los participantes en la sublevación me contó que nunca se esforzaron con tanto empeño en salvar la vida de un hombre en Treblinka como aquella vez. Por lo visto Franz comprendió por instinto que el médico moribundo guardaba un importante secreto. Pero el veneno alemán actúa infaliblemente y el misterio continuó siendo un misterio.

A fines de julio comenzó a hacer un calor asfixiante. Cuando abrían las fosas se escapaba un vapor como el que despedirían unas gigantescas calderas. El monstruoso hedor y el calor de los hornos mataban a la gente. Extenuados, los que transportaban los cadáveres caían muertos también sobre las parrillas. Miles de millones de moscas cebadas y hartas se arrastraban por la tierra y zumbaban por el aire. Se estaban quemando los últimos centenares de miles de cuerpos humanos.

La sublevación se fijó para el 2 de agosto. Como señal debía servir el disparo de un revólver. La causa sagrada fue coronada por el éxito. Al cielo se elevaron nuevas llamas, pero éstas no eran ya pesadas y llenas de humo grasiento, las llamas de los cadáveres que ardían, sino el fuego resplandeciente, ardoroso y devorador del incendio. Ardieron los edificios del campo y a los sublevados les pareció que el mismo sol, deshaciéndose en pedazos, era el que brillaba sobre Treblinka y presidía la fiesta de la libertad y del honor.

Restallaron los disparos, tabletearon las ametralladoras de las torres tomadas por los sublevados. Victoriosamente, como las campanadas de la verdad, sonaban las explosiones de las granadas de mano. El aire se estremeció por el estruendo y los crujidos, se derrumbaron los edificios, el silbido de las balas ahogó el zumbido de las moscas de los cadáveres. Se enarbolaron en el aire claro y limpio las hachas rojas de sangre. El día 2 de agosto, por la tierra del infierno de Treblinka corrió la sangre repugnante de los SS. Y el cielo azul, que irradiaba luz, festejó solemnemente el momento de la venganza. Entonces se repitió una historia vieja como el mundo: los seres que se consideraban a sí mismos como representantes de la raza superior, los seres que ordenaban tronando «*Achtung! Mützen ab!*» (¡Atención!

¡Fuera sombreros!), los seres que arrancaban de sus casas a los habitantes de Varsovia para llevarlos a la muerte, los que con unas voces de un zumbido repugnante de dominadores gritaban: «*Alle r-r-r-raus!*» (¡Salgan todos!), estos seres tan convencidos de su poderío cuando se trataba de la ejecución de millones de mujeres y de niños, resultaron ser unos cobardes, repugnantes, miserables que imploraban perdón servilmente apenas se trataba de una verdadera lucha a muerte. Se desconcertaron, corrían de un lado para otro como ratas, se olvidaron del sistema diabólicamente pensado de defensa de Treblinka. Pero ¿vale la pena hablar de esto y es necesario acaso extrañarse de ello?

Dos meses y medio después, el 14 de octubre de 1943, se produjo un levantamiento en la fábrica de muerte de Sabibur, organizado por un prisionero de guerra soviético, un delegado político natural de Rostov que respondía al nombre de Sashkó Pecherski. Y allí se repitió lo mismo que en Treblinka: gentes medio muertas de hambre fueron capaces de habérselas con centenares de bandidos SS hartos de sangre inocente. Los sublevados mataron a los guardias con hachas construidas por ellos mismos en las herrerías del campo, y el arma de muchos de ellos fue la arena fina de la que Sashkó ordenó que se llenaran los bolsillos y con la que cegaron los ojos de los centinelas... Pero ¿hay que maravillarse de esto?

Cuando ardió Treblinka y los sublevados, en silencio, se despidieron de la gente convertida en ceniza y salieron a través de la alambrada, de todos lados se lanzaron unidades de las SS y de la policía a perseguir a los que huían. Centenares de perros policías fueron azuzados tras los rastros. Los alemanes movilizaron la aviación. Los combates se sucedieron por los bosques, por los pantanos, y son pocos,

son pocos aquellos de entre los sublevados que se cuentan hoy entre los vivos.

Desde el 2 de agosto Treblinka dejó de existir. Los alemanes acabaron de incinerar los cadáveres que quedaban, derribaron los edificios de piedra, quitaron las alambradas, quemaron las barracas de madera que habían quedado a medio arder. Fue volado el edificio de la muerte, cargada y transportada la instalación, destruidos los hornos y llevadas a otro sitio las excavadoras; las enormes e innumerables fosas fueron cubiertas de tierra, arrasada hasta la última piedra del edificio de la estación y finalmente destrozada la vía férrea y hechas desaparecer las traviesas. En el territorio ocupado por el campo fue sembrado altramuz, y el colono Streben construyó su casita. En la actualidad no existe siquiera esta casita porque fue quemada. ¿Qué es lo que querían conseguir con todo esto los alemanes? ¿Hacer desaparecer las huellas del asesinato de millones de personas en el infierno de Treblinka? Pero ¿acaso es esto concebible? ¿Es que sería posible obligar a guardar silencio a miles de personas que vieron cómo los trenes de condenados a muerte se dirigían desde toda Europa al lugar de la ejecución en cadena? ¿Existe poder humano capaz de ocultar aquellas mortecinas y pesadas llamas y aquel humo que durante ocho meses flotó en el cielo y que era visto de día y de noche por los habitantes de decenas de pueblos y aldeas? ¿Quién sería capaz de arrancar de los oídos de los campesinos de la aldea de Vulka y obligarles a que olvidaran el espantoso llanto de mujeres y niños que resonó durante trece meses y que hasta hoy día parece estar metido en sus sienes? ¿Es posible obligar a que callen los campesinos que durante un año transportaron ceniza humana desde el campo hasta los caminos de los alrededores? ¿Es posible reducir al silencio a los testigos

que quedaron con vida de los trabajos del cadalso de Treblinka, desde los primeros días de su aparición hasta el día 2 de agosto de 1943, último de su existencia; testigos que contaron en una versión concordante y exacta todo sobre cada SS y vigilante; testigos que paso tras paso, hora tras hora establecieron el diario de Treblinka? Ahora ya no se les gritará *Mützen ab!*, ahora ya no se les conducirá a las cámaras de gas. Y Himmler ya no tiene poder sobre sus ayudantes, quienes, mientras agachan muy bajo la cabeza y manosean con dedos temblorosos las puntas de sus guerreras, cuentan con voz sorda y monótona la historia de sus crímenes, que parece una locura, un delirio. Un oficial soviético con la cinta verde de la medalla de la defensa de Stalingrado transcribe hoja tras hoja las declaraciones de los criminales. Y junto a la puerta se halla, con los labios apretados, un centinela en cuyo pecho también pende la medalla de Stalingrado y en cuyo rostro seco y curtido por el viento hay una expresión severa. Es el rostro de la justicia del pueblo. ¿Y no es un símbolo asombroso que llegase a Treblinka, al lado de Varsovia, uno de los ejércitos victoriosos de Stalingrado? No fue sin razón que se inquietase Henrich Himmler en febrero de 1943, no sin causa voló a Treblinka, fue por algo que ordenó construir hornos, quemar y suprimir las huellas. Pero todo su esfuerzo fue en vano. Los de Stalingrado llegaron hasta Treblinka, el camino entre el Volga y el Vístula resultó ser corto. Y ahora la tierra misma de Treblinka no quiere ser cómplice de los crímenes cometidos por los asesinos, arroja de su seno los huesos, los objetos pertenecientes a los muertos y que los hitlerianos intentaron esconder en sus entrañas.

Llegamos al campo de Treblinka a principios de septiembre de 1944, es decir, trece meses después de estallar la sublevación. Trece meses trabajó el cadalso. Y durante trece meses los alemanes intentaron borrar las huellas de su trabajo.

Silencio. Apenas se mueven las copas de los pinos que se elevan a lo largo de la vía del ferrocarril. Fue a estos mismos pinos, a esta arena, a estos viejos tocones a los que miraron millones de ojos humanos desde los vagones que se deslizaban despacio hacia el andén. Crujen levemente la ceniza y los restos calcinados en el camino negro, bordeado cuidadosamente, en un estilo muy alemán, de piedras pintadas de blanco. Hemos entrado en el campo y marchamos por la tierra de Treblinka. Vainas de altramuza se revientan al más pequeño roce, o se abren ellas solas emitiendo un ligero ruido. Millones de semillas se esparcen por la tierra. El ruido de las semillas que caen, el sonido de las vainas que se abren se funde en una melodía continua, triste y suave. Parece como si de la misma profundidad de la tierra se elevara el sonido fúnebre, triste, amplio y tranquilo de unas pequeñas campanas apenas perceptibles. Y la tierra tiembla bajo los pies, hinchada, gorda, como si estuviera empapada en aceite de linaza, la tierra sin fondo de Treblinka, inestable como una fosa abisal. Este lugar baldío cercado de alambradas devoró más vidas humanas que todos los océanos y mares del globo terrestre durante toda la existencia del género humano.

La tierra arroja huesos partidos, dientes, objetos, papeles: no quiere guardar el secreto.

Y los objetos surgen de la tierra reventada, de sus heridas sin cerrar. Aquí están las camisas semipodridas de los muertos, los pantalones, el calzado, las pitilleras cubiertas de verdín, ruedecitas de relojes de bolsillo, cortaplumas,

brochas de afeitar, candelabros, zapatos de niño con borlas rojas, toallas con bordados ucranianos, puntillas de ropa blanca, tijeras, dedales, corsés, fajas. Y más lejos, por entre las grietas de la tierra surgen a la superficie montones de vajilla: sartenes, jarros de aluminio, tazas, cacerolas pequeñas y grandes, cazos, bidones, jarrillos, tacitas irrompibles infantiles... Y más lejos, de la tierra removida, sin fondo, exactamente como si la mano de alguien arrojara a la luz lo que guardaron los alemanes, sale a la superficie un pasaporte soviético semipodrido, un cuaderno de notas en lengua búlgara, fotografías de niños de Varsovia y de Viena, una carta infantil con letra retorcida, un librito de versos, una plegaria copiada en unas hojas amarillas, una cartilla de racionamiento de Alemania... Y por todas partes centenares de tarros y frasquitos de perfume, de cristal granulado, verdes, rosas, azules... Sobre todos ellos se cierne un espantoso olor a materia descompuesta que no han podido vencer ni el fuego, ni el sol, ni la lluvia, ni la nieve ni el viento. Y centenares de minúsculas moscas del bosque se posan sobre los objetos semidestruidos, sobre los papeles y las fotografías.

Seguimos adelante por la tierra insondable y vacilante de Treblinka y de pronto nos detenemos. Unos cabellos rubios y espesos, de reflejos cobrizos, finos, maravillosos cabellos de muchacha, pisoteados en la tierra, y al lado unos rizos igualmente claros, y más lejos unas trenzas negras, pesadas, sobre la arena amarilla, y más lejos más y más. Éste, por lo visto, era el contenido de un solo saco de cabelleras olvidadas que no fue cargado.

¡Todo esto es verdad! La última esperanza de que fuera sólo un sueño se derrumba. Y las vainas de altramuz suenan sin cesar, golpean las semillas como si verdaderamente desde la profundidad de la tierra llegara el sonido fúnebre de

incontables pequeñas campanas. Y parece como si el corazón se parara oprimido por una tristeza, por una pena, por una nostalgia tales como el hombre no puede soportar.

Los sabios, los sociólogos, criminalistas, psiquiatras, filósofos analizarán cómo pudo producirse todo esto. ¿Se trata de rasgos orgánicos, de atavismo, educación, medio, condiciones externas, predeterminación histórica, voluntad criminal de los dirigentes? ¿Qué es esto, cómo sucedió? Los rasgos embrionarios de racismo que se hallan en las exposiciones de toda clase de profesores charlatanes y de pobres teóricos provincianos alemanes del siglo pasado que parecían cómicos, el desprecio de los filisteos alemanes hacia el «cerdo ruso», el «bestia polaco», el «hebreo apestoso», el «pervertido francés», el «mercachifle inglés», el «hipócrita griego», el «tonto del checo», toda esta farfolla barata de la supremacía del alemán sobre el resto de los pueblos de la tierra de la que se burlaron bonachonamente los publicistas y los humoristas; de pronto todo esto, en el lapso de algunos años, se transformó y pasó de tener unos rasgos «infantiles» a convertirse en una amenaza mortal para la humanidad, la vida y la libertad, y llegó a ser origen de increíbles e inauditos sufrimientos, torrentes de sangre y crímenes. En esto hay materia para la reflexión.

Guerras como la actual son espantosas. Pero hoy no basta con hablar de la responsabilidad de Alemania. Hoy es necesario hablar de la responsabilidad por el futuro de todos los pueblos y de todos los ciudadanos del mundo.

Hoy en día toda persona está obligada ante su conciencia, ante su hijo y ante su madre, ante la patria y ante la humanidad a contestar con toda la fuerza de su alma y de su inteligencia a la pregunta de quién dio nacimiento al racismo, qué es necesario para que el nazismo, el hitlerismo no

resucite en ningún sitio ni a este ni al otro lado del océano, nunca por los siglos de los siglos.

La idea imperialista de la nacionalidad, de la raza y de cualquier otro exclusivismo condujo lógicamente a los hitlerianos a la construcción de Maidánek, Sabibur, Belzhitse, Osvéntsím, Treblinka.

Debemos recordar que los fascistas van a sacar de esta guerra no sólo la amargura de la derrota, sino también la dulzura del recuerdo de los fáciles asesinatos en masa.

De esto debe acordarse diariamente y de manera severa todo aquel que aprecie el honor, la libertad, la vida de todos los pueblos, de toda la humanidad.

1. «Para nosotros no queda más que Treblinka, éste es nuestro destino.»

2. «Corté una florecita y se la regalé a mi bellísima amada.»

CAMINO DE LA FRONTERA

I

El avance de nuestras tropas es más rápido que el correr de las palabras por los cables telegráficos. Los acontecimientos de la mañana, que parecían extraordinariamente importantes, son eclipsados por los del mediodía, y la tarde vuelve a traernos noticias de más aldeas y ciudades reconquistadas, de nuevos generales y oficiales hechos prisioneros, del avance continuo de nuestras tropas. Tan sólo algunos días atrás hablábamos de que Bobrúisk había quedado a nuestra espalda y de que faltaba poco para llegar a Minsk. Hoy ya quedan muy atrás, en el este, Minsk, Negorieloye, la pequeña ciudad de Stoilbtsi, reducida a cenizas por los alemanes, y la simpática ciudad de Novogrúdok.

Nuestro coche cruza los puentes del Niemen por una travesía de crujientes tablas. Las diáfanas aguas de este río, que parecen pardas debido a la arena gruesa y oscura del fondo, corren hacia el norte. Durante todo el período de la ofensiva, es el primer río que vemos correr de sur a norte, hacia el Báltico.

Muchos kilómetros nos separan ya del Niemen: nuestro coche avanza por caminos y carreteras bordeadas de arces y tilos, a través de ciudades y pueblos incendiados por los alemanes. Y, como siempre, delante marcha nuestra gloriosa infantería y tabletean las ametralladoras de grueso calibre.

Cada vez se estrecha más la franja de nuestro territorio ocupada por el enemigo. El estruendo de los combates se

oye en los mismos lugares en que, a finales de junio y comienzos de julio de 1941, rechazábamos a las tropas fascistas alemanas que habían irrumpido en nuestro país. Si en los combates por Kiev volvimos al mes de septiembre de 1941, si al liberar Gómel nuestras tropas volvimos a agosto de 1941, hoy, en estos lugares, hemos alcanzado la línea de combate de junio y julio. Nuestro ejército devuelve al pueblo la tierra que le fue arrebatada por los alemanes y los tres años robados por éstos a la historia, a la razón, al trabajo creador y al humanismo.

Se aproxima el gran día en que todas las tierras soviéticas volverán a ser libres. Los jefes de policía, los burgomaestres y los traidores que iban retirándose de un lugar a otro hacia el oeste, con los servicios de retaguardia del ejército alemán, ya han cruzado la frontera de Prusia Oriental como una nube de langostas, serpientes y escorpiones barridos de nuestra tierra. El ladrido de la propaganda radiada alemana llega ya a nuestros oídos desde las perreras-emisoras evacuadas apresuradamente a Alemania. Tras del grandioso día de la liberación de las tierras y pueblos soviéticos, llegará otro día histórico: el día en que el ejército de la libertad, el ejército de la venganza, nuestro Gran Ejército Rojo comience a atacar las fronteras alemanas. Estos días son también días de gran júbilo y de gran responsabilidad para el Ejército Rojo ante su pueblo, días de gran responsabilidad para el pueblo ante su Ejército Rojo. En estos días y horas, cada uno de nosotros, ciudadanos soviéticos, debe darse perfecta cuenta de que a medida que nos vamos acercando a la frontera es preciso aumentar el esfuerzo y estar preparados para contrarrestar cualquier acto de alevosía de los criminales fascistas.

En estos días no debemos dormirnos en nuestros laureles. Cualquier descuido, la menor negligencia son en el momento

actual completamente inadmisibles y criminales. Esto debe tenerlo presente todo el Ejército Rojo, desde los más altos generales hasta los más modestos soldados de infantería, zapadores, exploradores y encargados de la defensa química; ésta debe ser la guía de acción para toda la retaguardia de nuestra defensa, desde los directores de las gigantescas fábricas de construcción de tanques y aviones hasta los más modestos fundidores y sus ayudantes.

II

Durante las últimas semanas recorrimos más de cuatrocientos kilómetros, acompañando a las tropas que combaten a la ofensiva. La división con la que comencé este camino ha dejado muy atrás el Niemen. Desde las fuentes del Dniéper hasta las del Niemen, nuestro camino ha corrido por frondosos bosques de pinos y árboles foliáceos, por campos de centeno, cebada y trigo, por arenales y baldíos de amarillenta arcilla, por floridas colinas y umbríos valles, a lo largo de riachuelos brillantes al sol o a la luz de la luna llena, junto a arroyos y manantiales, a través de las calles de ciudades envueltas en llamas. Durante los tres años de guerra, nuestras tropas no han visto nunca tanta polvareda en los caminos. Ni en 1941, en Ucrania, ni en el verano de 1942, cuando combatían en las estepas del Don y Stalingrado, vieron un polvo tan denso y molesto. A veces los coches se ven obligados a detenerse, porque de pronto, en pleno día, se extiende una penumbra amarillenta que impide ver incluso a una distancia de pocos metros. Lo mismo que la lluvia, el polvo resbala por el parabrisas; se posa y forma una gruesa capa sobre el blindaje de los tanques, sobre los cañones, sobre los rostros y los uniformes de los hombres. Los verdes bosques se han vuelto blancos como la leche o

como el cabello de un anciano, tanto polvo recubre el follaje. El polvo se alza como el humo de un colosal incendio y parece que la tierra arde, envuelta en nubes amarillentas. ¡En realidad, la tierra arde!

Los bosques secos, incendiados por los proyectiles, arden con llamas rojas espesas, y el acre y oloroso humo azulenco de los incendios se mezcla con el polvo pardusco de las sendas forestales. En algunos lugares se respira dificultosamente y, a causa del polvo y el humo, los ojos se irritan hasta ponerse rojos como la sangre. Mientras tanto es dueño y señor del cielo el implacable sol de julio, que desde hace varios días no ha visto su poder amenazado por la más tenue nubecilla. Y al igual que después de la ofensiva de invierno, al atascarse en el barro, muchos soñaban con el polvo seco -el azote de la guerra-, hoy todos dicen: «¡Que llueva, que se llene todo de barro, pero que desaparezca este polvo maldito!».

Cuando se inició la ofensiva y tronaron los primeros cañonazos de la preparación artillera, el trigo estaba aún verde; hoy, en cambio, las espigas están logradas, los tallos amarillentos parecen bañados de cobre y oro. Los hombres se alegran de un modo sorprendente: un mes atrás, el trigo estaba aún verde; un mes atrás, las tropas se encontraban a orillas del Dniéper y del Drut... Es duro combatir bajo un sol inclemente, envuelto en el humo de los bosques y aldeas incendiados, en medio de la polvareda levantada por dieciséis horas de marcha. Pero el espíritu de nuestro combatiente es elevado y animoso. A menudo, una canción extiende sus alas sobre las nubes de polvo; de los camiones y carros de los trenes de servicios regimentales, que traquetean por los caminos, llegan a nuestros oídos los lamentos del acordeón. Sólo durante la marcha se llega a

comprender por qué la del acordeón es la verdadera música del soldado en campaña.

El hombre no podría tocar ningún otro instrumento mientras viaja en un camión que corre a toda velocidad por un camino lleno de baches, o en un carro que salta por el empedrado de las calles. Por los caminos del frente quedarían mudas la balalaika o la corneta. Pero al acordeonista no le molestan las sacudidas del camión; ya puede éste pegar todas las que quiera, y pegarlas de tal manera que salte toda su carga: los bidones de gasolina, las cajas con galletas y los morrales sobre los que van sentados los hombres. Al saltar con el músico, el acordeón suelta un trino tan lleno de alegría y brío que, involuntariamente, todo el mundo sonríe y vuelve la cabeza. ¡Y cómo les gusta a los combatientes decir algo alegre, agudo, de qué buena gana y con qué unanimidad se ríen de una chanza acertada!

Durante un breve alto en el camino, el soldado de transmisiones Skvortsov se aproxima a caballo a un grupo de hombres que descansan a la sombra de un árbol. Skvortsov es un hombre de baja estatura, el rostro picado de viruelas, veterano de una división, participante en los combates más encarnizados y sangrientos de la guerra. Monta un caballo alemán de gran alzada y lleva sobre el pecho un fusil automático alemán. Skvortsov tiene ganas de reír. Pero como todas las personas verdaderamente dotadas de agudeza, cuenta algo gracioso conservando él mismo toda la seriedad. Al ser hijo de campesinos, comprende la naturaleza de la gracia no menos que los célebres escritores humoristas. Skvortsov mantiene correspondencia con tres mujeres que viven en la retaguardia: una de ellas, según cuenta, le ha comprado una vaca; otra, un reloj de oro; y la última un traje, sin acertar su talla. Y ahora, reflexiona en voz alta, ¿con cuál de ellas debe casarse? Al cabo de algunos

minutos, todos los presentes y el autor de estas líneas se desternillan de risa, tan cómicos y, a la vez, serios son los argumentos que aduce Skvortsov «a favor» y «en contra» de cada una de las mujeres. Él mismo no tiene la menor intención de mofarse de sus supuestas novias; por el contrario, siente verdadero respeto hacia ellas, les está muy agradecido de que le escriban.

Mientras recorre a los presentes con la mirada, le dice a una muchacha combatiente:

-Como ves, Raia, ya nos tienen «casados» en la retaguardia. Y vosotras, cuando la guerra se acabe, os quedaréis con un palmo de narices, todo por buscar galones. ¡Palabra de honor que me dais lástima!

Las muchachas se desternillan de risa.

Skvortsov espolea al caballo, que no quiere pasar al trote.

-¡Arre, alemán, adelante! ¡Yo te enseñaré a amar la libertad!

El jinete desaparece entre la polvareda. Los soldados le siguen con la mirada, y dicen:

-¡Ay, qué tío más gracioso, qué buen humor tiene!

Y los ojos inflamados de la gente, al reír, parecen lavados con agua fresca.

Es necesario decir que, en la guerra, un chiste, una palabra de ánimo, la risa o las canciones son cosas extraordinariamente grandes y precisas; son las manifestaciones del espíritu victorioso de las tropas que vencen el fuego del enemigo, el calor sofocante, el polvo y las marchas prolongadas.

Pero también he de confesar con plena franqueza que, durante esta campaña, no he visto ni una sola vez a bailarines: ¡se cansan tanto los pies en las marchas!

Vuelvo a observar a la gente al cabo de un rato. Siguen su camino hacia delante.

Rostros severos y sombríos, ojos airados contemplan las llamas que devoran las aldeas incendiadas por los alemanes. Así es el alma de nuestro hombre: en ella conviven la férrea severidad y la sonrisa.

III

Durante las últimas semanas he tenido ocasión de visitar muchas ciudades de Bielorrusia el mismo día o al día siguiente de su liberación. Bobrúisk, Minsk, Stoilbtsi, Novogrúdok, Baránovich... También he estado en ciudades polacas: Lublin, Sedlets, Jolm, Bélaia Podleska.

El año pasado, durante la ofensiva en Ucrania, vi las ciudades de Glújov, Bajmach, Niezhin, Kozelets, Chernígov, Iagotin, Koróstishev y Zhitómir cuando acababan de ser reconquistadas. Vi Odesa, Orel y Elista envueltas en el humo, y las llamas del primer día de su liberación.

También estuve en muchas ciudades al cabo de algunas semanas de haber sido liberadas: Voroshílovgrad, Kiev, Járkov, Novograd-Volinsk, Rovno, Lutsk, Krivoi Rog... y en todas partes -en el humo y las llamas de Orel y Minsk, en las frías ruinas, cubiertas de hierba, de las calles de Gómel, en las cenizas de Vorónezh- los ojos leen el horrendo rollo de los crímenes cometidos por el fascismo alemán. Y a medida que se acorta la distancia que nos separa de la frontera, ante el ejército en ofensiva, se desenvuelve hasta el infinito este rollo escrito con la sangre de millones de niños y ancianos, a la luz de los incendios, bajo los gemidos y gritos de los ejecutados, con el estertor de los que fueron enterrados vivos. Durante tres años los hitlerianos han cometido en la tierra de Bielorrusia crímenes y brutalidades sin precedentes en la historia de la humanidad.

Horrible era el aspecto de Minsk: ciudad presa en las alambradas de los campos de concentración y de las cárceles; ciudad aherrrojada con grilletes fascistas, ciudad de prisiones y mazmorras hitlerianas, ciudad moribunda y semiderruida a la que la sangre llegaba al pecho.

En una horrible noche de invierno, los alemanes fusilaron en sus calles a muchos millares de prisioneros de guerra inermes. Miles de guerrilleros fueron torturados y muertos en las mazmorras de la Gestapo, de la policía, de la comandancia militar, de la gendarmería, del SD¹. En el transcurso de dos años, fueron asesinados en Minsk más de cien mil hebreos: mujeres, niños, ancianos, obreros, ingenieros, médicos, empleados. Los verdugos no perdonaron la vida a nadie: ni a las ancianas enfermas, ni a las parturientas ni a los recién nacidos. Mataban por calles. Mataban por edades. Mataban por profesiones. Y mataron a todos.

A medida que nos aproximamos a la frontera, leemos nuevas y nuevas páginas de este horrendo rollo.

No existe aldea ni ciudad en que no se lllore a las víctimas asesinadas por los alemanes.

Durante el combate por cierta aldea, un anciano bielorruso de setenta y cinco años imploraba a nuestro coronel que le admitiera en calidad de combatiente.

-Me han matado a todos -repetía-, a todos; deme un fusil.

Unos días más tarde, junto a un bosque en el que se habían hecho fuertes los alemanes, encontré a otro anciano de barba enmarañada que empuñaba un fusil. Tenía tantos años que hasta sus ojos estaban descoloridos.

-Abuelo -le dije-, harías mejor en descansar. ¿Por qué estás con los guerrilleros, a tu edad?

-No me queda otro remedio -contestó el anciano con visible tristeza-; los alemanes han matado a todos los míos: a

la vieja, a mi hija, a dos nietos, y por si era poco me han quemado la casa.

Dicho esto, se encaminó hacia el bosque desde donde disparaban los automáticos y las ráfagas de ametralladora.

De este a oeste, desde el Volga y los montes del Cáucaso corre un río de sangre y lágrimas. De cada aldea, de cada caserío, de cada pueblo y ciudad parten arroyos y riachuelos de sangre que desembocan en el caudaloso río de la ira y los sufrimientos del pueblo. Oscuro es el cielo bajo el cual corre este río: las cenizas y el humo han tapado la luz, no se ve el sol ni estrellas. Sólo las oscuras llamas de los pueblos del Volga incendiados por el enemigo alumbran su camino por las estepas del Don, por los campos de Vorónezh y Kursk, por los bosquecillos de Orel, por los valles de Kiev y las llanuras de Volín.

Ya quedan pocas verstras hasta la frontera, pero el río es cada vez más ancho, sus desenfrenadas aguas corren cada vez más raudas e impetuosas. Su hondo cauce cruzará la ancha frente del país soviético como una arruga profunda y eterna. Severo y omnipotente es el pueblo que ha pasado por el crisol de los grandes sufrimientos y la gran lucha.

Ya oye el malhechor fascista el trueno de la venganza... Los gemidos de las víctimas inocentes, el goteo de la sangre de los ejecutados, las lágrimas de los que lloran por los caídos se han fundido con el estruendo de nuestros cañones, con el ruido ensordecedor del río de acero que, en medio de combates encarnizados, se dirige a la tierra del enemigo. La noche llega a su fin.

Este día, de sol a sol, es nuestro. ¡Que tiemblen los culpables!

1. Siglas de *Sicherheitsdienst*, literalmente: Servicio de Seguridad. Eran los servicios de inteligencia de las SS y del partido nazi.

LA FUERZA CREADORA DE LA VICTORIA

Hacia el comienzo de nuestra ofensiva, la línea del frente de Bielorrusia se asemejaba al contorno de un ave en vuelo, con las alas desplegadas hacia el norte y hacia el sur sobre centenares de kilómetros.

El ave del frente de Bielorrusia se convirtió en el centro de atención del mundo entero cuando, hacia finales de junio, batió poderosamente su férrea ala derecha, y a mediados de julio hendió el aire con la izquierda... Desde entonces, las férreas alas del frente cubrieron muchos centenares de kilómetros; la figura del ave desapareció y el frente se enderezó como por la acción de una enorme fuerza interior.

He tenido la suerte de llegar, en coche y en aviones del servicio de enlace, a tiempo para el comienzo de la ofensiva emprendida desde el extremo del ala derecha al del ala izquierda, y de observar el primer día del ataque en diversos sectores del frente que, juntos, medían casi mil kilómetros.

El primer día de una ofensiva ofrece siempre un interés extraordinario porque en él se refleja del modo más evidente y palpable el estilo, lo particular y propio no sólo del método y del plan, sino también del temperamento del combatiente y de todos aquellos que prepararon la operación.

Los cuadros de los combates son tan complejos, tan singulares sus hechos, que no hay posibilidad de encajarlos en los marcos de una simple descripción empírica o de una exposición minuciosa. A uno le obsesionan los cuadros sintetizados, y se pone a meditar acerca de nuestra táctica y de la conducta del adversario.

El dispositivo del enemigo, tal como lo tenían señalado en sus mapas nuestros exploradores, coincidió casi por

completo, en todos sus detalles: los puntos de enlace de las unidades y las ramificaciones de la defensa, con el verdadero dispositivo de las divisiones, los regimientos y las baterías alemanes. Esto asentó la primera base de nuestro éxito.

En todos los sectores del frente, los alemanes repetían con una constancia sorprendente el mismo error al determinar la dirección de nuestro golpe principal y del auxiliar. Donde el enemigo concentraba sus fuerzas para rechazar la embestida de nuestros tanques, se encontraba sólo con las unidades de nuestro ejército que tenían la misión de distraerle y atenazarle. Pero donde el enemigo no esperaba grandes operaciones militares debido a las particularidades del terreno, como, por ejemplo, en el sector pantanoso y forestal del general Bátov, allí se asestó un golpe rápido, poderoso y contundente. Repito: esto sucedió en todos los sectores del frente. En términos generales, este rosario de errores particulares se vio dignamente coronado por el error de cálculo principal: por el fiasco estratégico del Cuartel General hitleriano. Los alemanes esperaban que el golpe principal fuese asestado en todo el frente sur y, por eso, preparaban a Model para contrarrestar la ofensiva. Pero el que recibió un fulminante puñetazo en la mandíbula fue, en el sector central, el mariscal de campo Von Buschel, el mismo al que Hitler, previsor, había quitado poco antes de la ofensiva gran cantidad de armamento pesado para entregarlo a Model.

Cabe preguntarse cuál fue la causa de los errores cometidos por los alemanes. Por lo visto, su previsión se basaba en premisas esquemáticas sobre las ventajas del terreno, y en los cálculos aritméticos de las distancias cortas y largas. Ellos habían supuesto que la ofensiva se realizaría en los sectores más occidentales, más transitables, más próximos a los nudos ferroviarios, pero en realidad tuvo

lugar por un camino imprevisto por el adversario. Nuestra creatividad ayudaba a vencer pantanos y bosques considerados infranqueables. Por los campos cubiertos de hierbas pantanosas se abrieron caminos de muchos kilómetros de extensión, y por donde antes no pasaba ni un ágil explorador, marcharon tanques pesados y cañones de gran calibre. El camino más corto hasta la frontera de la «fortaleza europea» no resultó ser aquella línea geométrica recta que veían los alemanes en el mapa, sino otra completamente distinta: la magnífica y compleja curva, engendrada por la geometría analítica de la guerra, que asestó golpes mortales a los ejércitos del «centro» alemán con la bolsa tres veces repetida: en Vítebsk, Bobrúisk y Minsk.

En la preparación artillera de la ruptura nos acompañó el éxito a lo largo de todo el frente; sin embargo, el éxito se alcanzó por caminos diferentes. Este fenómeno es extraordinariamente significativo. Merece la pena analizarlo. Podría parecer que el éxito logrado en uno de los flancos invitaría a copiar al pie de la letra, en la ofensiva en otros sectores, los métodos que ya habían conducido una vez a la ruptura del frente. Ya que ciertos métodos conducen al éxito, es lógico repetirlos por segunda, tercera y cuarta vez, en una palabra, siempre que a las tropas se les plantee una tarea similar. Los alemanes, por ejemplo, consideraban imprescindible la aplicación de una fórmula determinada para la consecución del éxito. En sus posteriores operaciones aplicaban sin reflexionar, es decir, de forma mecánica, los métodos que en determinada ocasión les condujeron al éxito. El empleo de fórmulas predeterminadas y la canonización de métodos para lograr el éxito encierran en sí mucho de reprobable: el estancamiento del ingenio militar, el menosprecio de las peculiaridades de la situación,

que, naturalmente, nunca puede ser igual; además, esto da al enemigo la posibilidad de contrarrestar los métodos, descubiertos a fuerza de ser repetidos. Es en verdad admirable la riqueza latente y creadora de métodos, la completa renuncia a patrones determinados, que observamos en la actividad de nuestros generales durante la ruptura de la defensa alemana.

Tres generales lograron indiscutiblemente grandes éxitos en esta ofensiva. Los tres vieron coronados sus esfuerzos con excelentes resultados. Y resulta magnífico que cada uno de ellos haya actuado basándose en toda su experiencia personal, que haya mostrado su propio estilo y escrito con su puño y letra una página en el libro de oro de la victoria.

Probad a colocaros en lugar del adversario y a contrarrestar golpes tan monolíticos en la unidad de su objetivo y tan diferentes en su realización práctica. He aquí, por ejemplo, una preparación artillera de gran potencia que aumenta gradualmente, trasladando el fuego de la primera línea de defensa a la segunda. Dicha operación va precedida por otra, igual de monumental: una exploración en la que se ponen en juego potentes medios artilleros y unidades de infantería. Entre la exploración y el comienzo de la preparación artillera media un intervalo de muchas horas. Después de arrojar sobre el enemigo, durante ciento cincuenta minutos, una lluvia torrencial de acero y explosivos, grandes unidades de infantería se lanzan al ataque. Tal es el estilo del primer golpe. Mientras, al lado mismo, en el sector vecino, se realiza la ruptura de un modo completamente distinto. Potentes grupos artilleros disparan sus proyectiles contra sectores aislados de la defensa alemana. En estos puntos nuestra superioridad en artillería alcanza proporciones fantásticas. Así, por ejemplo, en uno de los sectores del frente la proporción de la artillería era de

diecinueve a uno a nuestro favor. Esta proporción no sólo testimonia nuestra superioridad en medios técnicos, también pone de manifiesto nuestra habilidad para ganar en astucia al enemigo. Aquí los proyectiles no cubren la primera línea de trincheras, como en el primero de los casos, sino que estallan en la profundidad de la defensa, donde, según se supone, está concentrada la fuerza viva retirada de la primera línea por los pasos de comunicación después del comienzo del ataque artillero. Tras un breve huracán de fuego se instaura una calma repentina; el adversario, siguiendo la fórmula elaborada de antemano, se apresura a ocupar la primera línea en espera del ataque. Y, al instante, el fuego de la artillería cae sobre esta primera línea. A continuación vuelve a reinar el silencio, y de repente en las trincheras del enemigo se oyen «hurras» que echan por tierra toda idea sobre la distancia y el tiempo. No es la infantería que esperaba el enemigo; son destacamentos de choque especialmente entrenados y escogidos, que se habían concentrado a unos metros de las trincheras del enemigo.

Y he aquí un tercer modelo de ruptura de la defensa enemiga. Su estilo se diferencia tanto del primero como del segundo. El enemigo sabe que, si ha comenzado la preparación artillera, ha comenzado también la exploración por medio del combate. Por lo tanto, conviene no descubrir los emplazamientos artilleros propios. Mas, de pronto, el enemigo se encuentra con que la exploración se ha transformado inesperadamente en ofensiva y al cabo de unos minutos de preparación artillera, decenas, centenares, miles, avalanchas de infantes inundan sus trincheras.

He aquí tres métodos de ruptura. No nos planteamos la tarea de analizar cuál de estos métodos es el más perfecto. Lo importante es subrayar otro factor: la unidad de objetivo y la diversidad de medios, la ausencia completa de fórmulas

establecidas por un patrón para el logro del éxito, el espíritu de creación táctica en la primera y más importante etapa de la ofensiva.

En el combate moderno cobra extraordinaria importancia el papel del jefe de división. En vista de que no siempre el enlace con el mando superior es perfecto, el jefe de división debe tomar por su cuenta decisiones importantes que no pueden ser aplazadas ni un minuto. De ello depende el éxito en la persecución, el cerco y el aniquilamiento del enemigo que está aturdido, pero que al cabo de una o dos horas puede volver en sí. Esto determina en gran parte el vertiginoso ritmo con que se desarrolla la operación en su conjunto.

Al planear cierta operación que debía tener lugar en uno de los sectores del frente de Bielorrusia, el mando superior calculó que ésta duraría nueve días. El Estado Mayor de la unidad a la que le correspondía realizar dicha operación se comprometió a llevarla a cabo en siete días. Pero de hecho, la operación, que consistía en la ruptura de la línea de defensa de una agrupación del enemigo, en el desmembramiento de esta última, en su cerco y aniquilamiento, duró tan sólo tres días. Esta triple reducción del plazo, y este triple aumento del ritmo, fueron posibles gracias a que los jefes de las divisiones, hombres que, como diría yo, llevan sobre sí todo el peso de la dirección constante del combate en el mismo campo de batalla, mostraron, de la manera más completa, su experiencia, su iniciativa, su capacidad de adoptar con rapidez decisiones concretas, orientadas a la consecución del objetivo común planteado por el mando superior.

He observado la labor del jefe de cierta unidad de la Guardia durante el desarrollo rápido de una maniobra en el campo de batalla, y puedo afirmar con plena responsabilidad que su trabajo combativo, creador, no rebajaba en tensión al

de un sabio que estuviese resolviendo un problema difícilísimo, en el que una complejísima teoría matemática se entrelazara con un material empírico contradictorio pero imprescindible.

A un jefe de división se le plantea el problema de estudiar, en un plazo de tiempo muy breve, la forma de dirigir un combate en el que, además de sus regimientos, participan la artillería, los cañones motirizados y los morteros de la Guardia que le han sido agregados. Al mismo tiempo, debe resolver problemas relacionados con el municionamiento, el suministro de combustible y la elección de los caminos más seguros en una situación complicada, en un frente que, por su dispositivo intrincado, se asemeja a un pastel de hojaldre.

Durante el combate suele ocurrir que al tiempo que se rechazan los contraataques de los Ferdinand y de los tanques del adversario, es preciso perseguir a las unidades de infantería y a los trenes del servicio de retaguardia que tratan de escapar del cerco; también ocurre que, a la vez que se adopta la decisión de tender sin tardanza un puente en determinado sector de un río, se dispone la destrucción de una travesía alemana en un camino paralelo. Y todo este sinnúmero de decisiones debe estar en estricta coordinación con el plan del mando superior, con las instrucciones dadas por los organismos superiores.

Es preciso añadir que dicha labor, llevada a cabo durante decenas de horas sin tregua ni descanso, no transcurre en un despacho, sino en circunstancias que exigen un gasto enorme de energía física: en el campo de batalla, enfrentado a graves peligros y a la muerte. El auténtico y eterno espíritu creador es precisamente aquel que concilia sublimes y armoniosos planes e ideas con la dura, obstinada y contradictoria realidad bélica. Asimismo, en la guerra, el plan del mando superior está subordinado a la realidad de un

campo de batalla en el que reinan el fuego, el acero y la muerte. De aquí el gran mérito de nuestros jefes de división.

A principios de la primavera de 1943 tuve ocasión de sostener en el frente una larga conversación con cierto general. A su mando se encontraban unidades con las siguientes particularidades: unas habían participado en la ruptura del frente alemán al noroeste de Stalingrado, y otras, en la heroica defensa de esta ciudad.

El general mencionado me refirió que notaba cierta diversidad en el estilo y la destreza de los jefes de dichas unidades. Unos eran muy decididos, hábiles y expertos en la ofensiva y en la persecución del adversario; otros, en cambio, se habían destacado en la defensa, al rechazar fuertes contraataques de la infantería y los tanques. Al general le preocupaba mucho esta especialización. Me habló de casos en que algunos de sus jefes de unidad sufrían reveses al cambiar rápidamente la situación, al pasar de la ofensiva a la defensiva o viceversa. Me contó cómo cierta vez uno de sus maestros en el arte de perseguir al enemigo perdió la orientación y dio a su regimiento la orden de replegarse, al ver aparecer en uno de sus flancos unos veinte tanques alemanes, y cómo, aproximadamente al mismo tiempo, en un sector vecino, otro jefe de regimiento en cuya sangre palpitaba el heroísmo de una defensa tenaz, prolongada y con poca movilidad había dejado escapar el momento en que el enemigo emprendía un súbito repliegue nocturno y había permanecido inactivo hasta la mañana, sin intentar interceptarles el camino de retirada de los alemanes y embestirles por el flanco. El general, que era una persona muy reflexiva, me dijo:

-No tengo la menor intención de estimular en ellos los rasgos que les caracterizan, pues sería erróneo hacerlo. Por

el contrario, trato de inculcarles aquellas cualidades que no poseen aún en grado suficiente.

Esto tuvo lugar aproximadamente hace año y medio, cuando la línea del frente pasaba todavía por las tierras del Don.

Pero en el verano de este año 1944, en los frentes de los ríos Drut, Bereziná, Svisloch y Niemen, observábamos con gran interés la actuación de aquellos jefes cuyo pasado estaba ligado a la dirección de combates defensivos o de ruptura.

Y es en verdad admirable la síntesis en que se ha acumulado la riquísima experiencia obtenida en los combates pasados. No vemos ya una especialización unilateral ni un amontonamiento mecánico de experiencia, sino la forma más perfecta de dirección de tropas, originada por la combinación armónica del arte de la ofensiva y de la defensa.

En la guerra de maniobras es donde, en un menor espacio de tiempo, se compaginan los más tenaces y encarnizados combates de defensa con la persecución y envolvimiento del enemigo y las evoluciones con los flancos descubiertos. En la guerra de maniobra, el perverso enemigo ora se defiende en su red ramificada de trincheras, ora, deshecho y cercado, se agrupa y forma repentinamente un ariete y embiste con furia, rompe el cerco e intenta él mismo cercar a nuestras tropas. En la guerra de maniobra, los cambios de estrategia en el combate son repentinos, bruscos y difíciles de prever: en lugar de una unidad de infantería destrozada y perseguida puede surgir, en el transcurso de una noche, una nueva división contraatacante trasladada en aviones o automóviles hasta ese sector desde un lugar muy alejado de la retaguardia. A veces, las unidades enemigas destrozadas y dispersadas por los bosques y campos de centeno se reúnen

de nuevo en el transcurso de unas horas con el objetivo de asestar un último golpe a la desesperada, y pueden representar un serio obstáculo para las tropas que actúan con sus ataques a la ofensiva por el flanco, desde la retaguardia o saliendo a los caminos por los que avanzan nuestros servicios de retaguardia.

Ni el más experto maestro de la ofensiva podría cumplir su tarea en estos combates combinados, tan complejos y tensos, si no fuese al mismo tiempo maestro de la defensa, en el sentido más elevado de la palabra. En realidad, la esencia del combate de maniobra reside precisamente en la combinación de las operaciones ofensivas y defensivas, que se alternan con rapidez extraordinaria. Nuestros generales, oficiales y soldados pasaron con brillantez el examen del período victorioso de la guerra, combinando genialmente todas las formas de combate. Puedo citar muchos ejemplos: el de la impetuosa actuación de aquel Chuikov al que, en Stalingrado, llamaban «el general Firmeza» y que, a la sazón, parecía ser nada más que especialista en batallas defensivas; o la admirable labor de Bátov, que hizo acopio de experiencia en la ruptura del frente de Stalingrado, en la batalla de Kursk, en la lucha por el Dniéper, en la compleja combinación de todas las formas de combate. Podríamos enumerar toda una pléyade de jefes de división y regimiento.

Quiero detenerme en un episodio breve, pero bastante dramático y aleccionador. A finales de junio del año en curso, en la ruptura de la defensa alemana participó el primer grupo del regimiento artillero de una división de la Guardia que había combatido en el frente de Orel, a orillas del Sozh y el Dniéper.

Después de permanecer muchos meses en un mismo lugar, manteniendo combates defensivos que por su estabilidad recordaban los de Stalingrado, los artilleros, que

en su mayoría habían participado en la defensa de dicha ciudad, hubieron de penetrar en la brecha, junto con la infantería y los cañones motirizados, inmediatamente después de haberse logrado la ruptura de las líneas alemanas. Enriquecida su experiencia con la impetuosa ofensiva llevada a cabo en Ucrania, en verano y otoño del año pasado, los artilleros cumplieron de un modo excelente su nueva e intensa labor, y acompañaron con su fuego a la infantería que avanzaba vertiginosamente. El rápido cambio de situación no se reflejó en el trabajo de los cañones. El arte de combatir en un avance impetuoso se transformó en elemento de su labor militar, del mismo modo que los cinco meses de tiro artillero en el territorio de las fábricas de Stalingrado, que les cubrieron de gloria. En las nuevas condiciones de combate, los artilleros vencieron con facilidad todas las dificultades, aprendieron a orientarse en un instante, a elegir con rapidez las posiciones de fuego y a emplazar las piezas, a disparar a tiro directo, a municionarse, a escoger caminos ventajosos, a luchar con las minas del enemigo, a llevar a cabo combates de maniobra contra los Ferdinand... Kagramanián, el jefe del regimiento, encomendó al primer grupo artillero una tarea difícil: avanzar con ímpetu, abrirse paso hacia la última carretera que seguía en poder de los alemanes cercados y, tras dominarla, batirla con el fuego de sus obuses. Esta marcha, durante la cual el grupo artillero, arrastrado por tractores, tuvo que apartarse de la infantería y pasar por lugares plagados de focos de resistencia alemana, fue realizada con rapidez y eficacia extraordinarias, pese a toda su complejidad. Hacia el anochecer, los obuses y cañones, que ganaron en rapidez a los medios de locomoción más veloces, salieron a la carretera. Esto aconteció, si no me equivoco, el cuarto día de la ofensiva. El terreno era llano. Detrás se

encontraba la carretera. A la derecha, unos matorrales bajos tras los cuales se extendía un bosque. Después de varios días de marcha y de combate, los hombres, vencidos por la fatiga, se quedaron dormidos. Los únicos que no dormían eran los centinelas que vigilaban los alrededores y Frolov, el subjefe, que no apartaba la vista de un sendero desierto: esperaba a su jefe, el cual, escoltado por uno de los cañones, había partido con los camiones en busca de munición. Pero los hombres durmieron poco. De pronto, Frolov gritó: «¡Al combate!». Beskaravaini, el jefe del Estado Mayor del grupo artillero, que reposaba tumbado sobre una capa-tienda, se levantó como impulsado por un resorte. A la luz de la luna se destacaban con claridad las columnas de alemanes, que se aproximaban por los cuatro lados. Después de perseguir al enemigo durante todos aquellos días, el grupo se encontró cercado. Los alemanes formaron un estrecho y compacto anillo en torno a él y abrieron fuego. Comenzó el épico combate entre sesenta y tres artilleros nuestros y mil alemanes. Los hombres evocaron las horas más terribles de la defensa de Stalingrado. Resucitó el lema: «¡Resistir hasta la muerte!». Resultaba asombroso el enfurecimiento con que los alemanes, presintiendo su cercano fin, luchaban por recuperar la carretera. Hacía ya diecisiete horas que el grupo artillero combatía. Junto a algunos cañones no quedaba más que un hombre. El oficial Selesniov, que había recibido una herida en el pecho, al quedar solo se arrastró hasta el cañón cargado, tiró del cordón de la pieza y disparó. El apuntador Konkov manejaba él solo un obús. Los soldados del grupo capturaron setenta prisioneros. Hubo momentos en que se abría fuego a una distancia de veinte metros. Pese a todos sus esfuerzos, los alemanes no lograron abrirse paso. Al día siguiente, el subjefe del regimiento, teniente

coronel Stepánov, se puso a contar personalmente el número de cadáveres alemanes tirados junto a los cañones del grupo artillero que en la impetuosa maniobra de ofensiva se había visto obligado a pasar a una defensa circular y mortal. Había cerca de setecientos alemanes muertos. También nuestro grupo artillero tuvo que completarse, y una vez repuesto pasó de la defensa a una ofensiva impetuosa e ininterrumpida.

Precisamente de la combinación de los golpes ofensivos impetuosos con la defensa mortal -cosas en apariencia contrapuestas, pero en realidad inseparables- nace la victoria de hoy. Y en todas partes ocurre lo mismo: en la labor de los jefes de ejército y de división, y en las pequeñas acciones de los batallones, grupos artilleros, compañías y baterías. Esta madurez militar explica la audacia y los ritmos inauditos de nuestra ofensiva actual.

Cabe comparar esta unidad sintética con la cacareada doctrina alemana sobre la defensa rígida y la defensa elástica. Estos dos polos de la táctica defensiva alemana tuvieron por representantes a dos mariscales de campo, en cierto sentido «polarizados», contrapuestos: el «rígido Von Busch» y el «elástico Model».

Model se «especializó» en su elasticidad durante el período en que nuestras tropas asestaban sus golpes en el sur. Von Busch se ganó entre los alemanes la fama de maestro de la defensa rígida después de la lucha librada en el noroeste. Así les consideraba también el cuartel general alemán: cada uno especialista en su ramo. Sin embargo, llegó la hora en que el Ejército Rojo amplió la especialidad de ambos mariscales de campo y de las tropas por ellos entrenadas: los dos, el «rígido» y el «elástico», sufrieron una catástrofe. Cierta vez tuve la ocasión de presenciar en unas cabañas y graneros de madera el primer interrogatorio a

tres generales alemanes, mientras sus uniformes lucían aún no sólo cruces aureoladas con hojas de roble, sino también verdaderas hojas secas de los robles que crecen en los bosques de Bielorrusia, por los que dichos generales habían vagado durante cinco días. Von Lützow, el más instruido de los tres en materias militares, ya entonces se daba perfecta cuenta de lo funesto que había sido para el ejército alemán del «centro» el papel desempeñado por la especialidad estrecha de miras, dogmática y ajena a todo principio sintético de Busch, el «maestro» de la defensa rígida. Este principio mecánico fue aplicado sin tomarse en cuenta en lo más mínimo la situación estratégica general; fue aplicado con torpeza y estrechez escolásticas, con esa testarudez puramente alemana que no quiere tener en cuenta la inmensa superioridad de nuestros tanques, de nuestra aviación y de nuestra artillería.

He aquí una breve cita tomada de las tesis elaboradas por el mando alemán para una reunión de los jefes de división de los ejércitos alemanes del centro, que tuvo lugar poco antes de nuestra ofensiva:

El *Führer* opina que no podemos continuar replegándonos. Por consiguiente, es preciso mantener las posiciones a cualquier precio. El *Führer* considera que la derrota sufrida en el sector sur del frente oriental ha sido consecuencia de la insuficiente capacidad de maniobra puesta de manifiesto en el cumplimiento de nuestra tarea defensiva...

Y, a continuación:

De todo esto se puede sacar una sola conclusión: ¡mantener las posiciones!

Ahora sabemos ya cómo mantuvieron los alemanes sus posiciones. Lógicamente, surge esta pregunta: ¿Dónde entonces, tras del fracaso del «rígido Busch», manifestará su

especialidad el «elástico Model»? ¿Entre los límites este y oeste de Alemania? ¿Entre el Oder y el Rin? ¿Les queda acaso «espacio»?

Así es cómo el ejército alemán, en las diversas etapas de la guerra, destacó a escolásticos y especialistas estrechos de miras, comenzando por los ases de la ofensiva «relámpago» y acabando con los ases de la defensa elástica. Fracasaban y se retiraban de la escena de las operaciones militares cuando el Ejército Rojo bajaba el telón, a fin de levantarlo ante un nuevo, y hoy último, acto de la guerra.

En nuestro ejército se ha formado, desarrollado y templado el tipo superior de oficial y general que sintetiza en su persona toda la riqueza creadora, toda la diversidad de experiencia y de formas de la guerra.

Nuestra potencia material, la inmensa fuerza de nuestra artillería, nuestros tanques, nuestra aviación, que destroza la resistencia de los alemanes, constituyen una magnífica expresión del genio creador de todo el pueblo soviético. Sin esta poderosa base –la del fuego y acero soviéticos, que aplastan el fuego y el acero del ejército alemán–, sería imposible la victoria. Ahora tenemos más tanques, más aviones, más cañones. Sus cualidades combativas han superado la fuerza de las armas alemanas. Tal es el resultado de la histórica hazaña realizada por los obreros soviéticos, de la genial labor efectuada por la inteligencia colectiva, por la voluntad colectiva. La fuerza de este genio creativo reside en que de él rebosan todos los pueblos de la Unión Soviética, todas las edades, todas las profesiones, todos los hombres, desde los académicos hasta los obreros no cualificados.

He aquí, por ejemplo, a un joven zapador. Ha llegado el primero a un puente incendiado por los alemanes y ha ideado con brillantez cómo salvarlo: empieza a arrojar bombas de

mano al agua y, con los surtidores levantados por las explosiones, apaga las llamas. Y he aquí que, al mes de comenzada la ofensiva, en este mismo sector de los bosques, como en un cuento de hadas, aparecen tanques y cañones motirizados de colosal potencia que aún no han participado en la lucha, reservados por una sabia inteligencia para nutrir la ofensiva y mantener de manera interrumpida la gran fuerza de la tensión victoriosa, y uno siente que todo el mundo, desde los soldados, desde el joven zapador hasta los generales, maestros en la dirección de tropas, están empeñados en lograr la victoria.

Esta labor creadora que busca formas más elevadas y perfectas, que nunca se contenta con lo que tiene hoy y mira con vivo interés y curiosidad al futuro, esta labor creadora, inspirada por la estrategia staliniana y unida por la voluntad staliniana, es precisamente la garantía de la victoria.

1945

CAMINO A BERLÍN

(Apuntes de viaje)

Moscú-Varsovia

I

Largo es el camino que separa Moscú de Varsovia: mil doscientos kilómetros. Una gigantesca cinta asfaltada, la carretera de Varsovia, ora ligeramente cubierta de nieve, ora barnizada por una fina capa de hielo, ora de un color gris piedra, se extiende a través de campos, tierras desérticas, pantanos y bosques atenazados por las heladas. Una fría ventisca barre la tierra, los ríos y los pantanos congelados por los rigores de enero. La ventisca azota ora en el sentido de la carretera, ora de través, y el camino se vuelve invisible, envuelto en una neblina gris y fugitiva.

Los bosques ora se abren en grandes claros ora se cierran casi sobre la misma carretera, y tenemos la impresión de que nuestro pequeño Willys, con su caja de madera, no conseguirá abrirse paso por la estrecha y recta brecha abierta de cara al horizonte entre los sombríos pinos, que tienen cubiertos sus anchos hombros verdes con blancas pellizas de nieve. Los robles, los álamos y los tilos parecen fantásticos esqueletos oscuros, y los abedules y sauces que bordean el camino son tan hermosos que ni siquiera el chófer, que tiene fija su atención en la páfida carretera invernal, puede dejar de admirar el delicado encaje gris páfido del fino ramaje.

Para proveernos de gasolina, torcemos por la carretera de Kaluga y desde allí, pasando por Tíjonova Pustin y Polotniani Zavod, retomamos el camino cerca de Medín, en la tierra de la varsoviana. Atravesamos las ruinas de Medín, Iujnov, Róslavl. ¿Quién osará calificar de monstruosas estas ruinas? Son el recuerdo del alto valor de nuestros combatientes de 1941. Un viejecito de Kaluga, inclinado a filosofar como todos los guardianes, observó al cerrar tras nuestro coche las puertas del puesto de gasolina:

-Ahora vais a Varsovia. Allí se combate todavía, pero hubo un invierno, en vísperas de la entrada de los alemanes en Kaluga, en que eché la gasolina de los bidones a la cuneta. Ahora pasarán diez años más, y los chicos de la escuela me preguntarán: «Abuelo, ¿es cierto que los alemanes estuvieron en Kaluga?».

Pero las huellas de la gran batalla de 1941, las pacíficas casas incendiadas por los alemanes y los tanques alemanes destrozados por los combatientes del Ejército Rojo, se ven no sólo en Kaluga sino también en Polotniani Zavod, en Maloyaroslávets e incluso cerca de Podolsk. Se encuentran por todas partes: aldeas convertidas en montones de cenizas, troncos de árboles centenarios mutilados por los proyectiles, viejas trincheras cubiertas de nieve, los blindajes y las aspilleras deformadas de los fortines semidestruidos. Por ellas asomaban los cañones de acero de las ametralladoras pesadas y escudriñaban los combatientes del terrible año 1941. Las huellas de la gran batalla de Moscú han quedado en el corazón del pueblo. Los nombres de Maloyaroslávets, Kaluga, Polotniani Zavod, Iujnov y Medín, que van unidos a aquellas duras y encarnizadas batallas, a la lucha por la libertad y la existencia de Rusia y de Moscú, están grabados para siempre en la historia del país y en la memoria del pueblo.

¿Quién osará calificar de monstruosas estas ruinas? Ellas constituyen el majestuoso cimiento de nuestra victoria actual. Aquí dijo Stalin: «¡Ni un paso atrás!». Aquí los preferidos de la gloria, Zhúkov y Rokossovski, que hoy conducen a sus ejércitos por el territorio de Alemania, defendieron Moscú.

El camino que lleva al Vístula, mil doscientos kilómetros, no sólo es inmenso por su extensión; en él se ha manifestado el grandioso trabajo, la paciencia, la singular hazaña de un pueblo; es un camino anegado en sangre y en sudor, trazado por millones de brazos obreros que en una labor sin descanso, durante el glacial invierno de 1941, fabricaron los tanques y los cañones, los morteros y los proyectiles para el ejército. Cada palmo de este camino fue conquistado a costa de sacrificios y cada metro representa trabajo duro y un cúmulo de proezas. Un millón doscientos mil metros, un millón y medio de pasos humanos: ¡he aquí la inmensidad de la inabarcable vía que lleva de Moscú a Varsovia!

El auto avanza sin cesar mientras deja atrás los mojones que marcan los kilómetros recorridos; arrecia el viento, tratando de destrozar la caja de madera y arrancar la lona que la cubre para defendernos del frío. Por las rendijas penetra un fino polvillo de nieve y sus copos se derriten en nuestras mejillas y en la frente. Cae la tarde. Un zorro, ataviado de invierno, cruza la carretera y corre entre los montículos con su hermosa cola torcida. Para cuando nuestro chófer, el brigada Iván Penin, que un día de septiembre de 1942 me llevó a Stalingrado, logró frenar, el zorro estaba ya a unos cien metros. Disparamos unos tiros de pistola. Pero el animalillo ni siquiera nos miró ni aceleró su cauteloso paso, menudo y zigzagueante. Volvimos al coche satisfechos: ¡habíamos participado en la caza de un zorro! Y la caza nos ocupó muy poco tiempo: no más de un minuto.

Cayó la noche. Bajo la amarillenta luz que proyectan los faros de nuestro coche, la carretera cubierta de una fina capa de hielo parece de cobre, dorada. Una liebre que ha saltado al camino, estupefacta y cegada por el monstruo luminoso que avanza hacia ella, empieza a dar vueltas en el mismo sitio hasta que se queda inmóvil, hecha un ovillo blanco.

Por la mañana nos encontramos ya en Bielorrusia. Atravesamos Kríchev, Propoisk y Dovsk. Entramos en un sector donde la carretera está bordeada por un alto y denso arbolado; así hasta Rogachov. Aquí, hace medio año, nuestros regimientos se lanzaron a la ofensiva a través de los mortíferos y vastos pantanos del alto Dniéper para liberar Bielorrusia. Aquí, el 19 de junio de 1944, a las cuatro de la mañana, en el crepúsculo, el cielo nublado se iluminó de pronto por el nutrido fuego de miles de cañones; la tierra retumbó por el tronar de las piezas de los regimientos y divisiones de artillería y se hundió bajo el peso de los tanques que salieron al ataque.

Corre raudo nuestro auto y nos acercamos ya a Bobrúisk. A ambos lados de la carretera, cubiertos de herrumbre, yacen los restos de millares de automóviles y tanques alemanes; los cañones de las piezas pesadas alemanas, de los antiaéreos y antitanques, pintados con manchas de colores, enfilan aturridos sus bocas en todas direcciones. Aquí hirvió la caldera del cerco en el que cayó el 9.º ejército alemán, que se había agrupado por segunda vez bajo el mando del mariscal de campo Von Bock; el ejército al que persiguieron hasta aniquilarlo las tropas de Rokossovski desde el arco de Kursk hasta las fronteras de Bielorrusia, este mismo 9.º ejército que, formado por tercera vez, de nuevo ha sido ahora derrotado, dispersado y despedazado en el Vístula por las tropas del mariscal Zhúkov, que en su

impetuoso avance hacia las fronteras orientales de Alemania lo están exterminando. Por cierto, el Ejército Rojo originará una nueva variante del antiguo mito del ave Fénix que surgió de las cenizas: ¡el Fénix del ejército alemán no surge de las cenizas, sino que se convierte en ceniza!

Atravesamos veloces la ciudad de Slutsk, que se extiende a lo largo de la carretera, la semidestruida Kartus-Berioza, los lugares donde nuestras tropas llevaron a cabo su impetuosa ofensiva en el último otoño. Aquí encontramos en las cunetas del camino los cuerpos verdes de nuestras tanquetas. Son las huellas del golpe alevoso que los alemanes asestaron desde Brest al país soviético el 22 de junio de 1941... ¡A duro precio y con creces han de pagar este año los alemanes aquel vil golpe bandidesco! Maldecirán el día y la hora en que, sin declararnos la guerra, cruzaron la frontera soviética. Los descendientes de los alemanes de nuestros días recordarán aquel día como el día de su ignominia y de las más grandes calamidades. ¡Que muera por la espada vindicadora el que desenvainó la espada de la guerra injusta y de rapiña!

Antes de oscurecer, por occidente se despejó de pronto el cielo y una irradiación dorada de asombrosa belleza iluminó la tierra. Entramos en un bosque y las franjas luminosas del ocaso, al penetrar a través de las ramas, parecían enormes alas de gigantescos aviones que pausada e invariablemente volaran hacia el oeste.

El corazón late con emoción, como si la espléndida aureola aparecida tras las oscuras nubes de invierno presagiase la próxima victoria.

De noche, en Kobrin, supimos que Varsovia había sido tomada por nuestras tropas. Nos pusimos nuevamente en camino antes del amanecer. La noticia de la toma de Varsovia ya se había propagado por las ciudades polacas de

Viala-Podliaska y Mendsizhets. En Sedlets la muchedumbre se dirigía al mitin, refulgían los instrumentos de música, desfilaban los soldados del ejército polaco. Llegamos al último sector de nuestra carretera, entre Sedlets y Varsovia. Un camino de intensa animación, como todos los caminos del frente. Pero al mismo tiempo presentaba un aspecto peculiar, alegre, que se dejaba notar en las bocinas de los autos, en el rugir de los motores y el chirriar de las orugas, en la emoción singular de solemne dicha que reflejaban los rostros y los ojos de cuantos en coche o a pie se dirigían hacia Varsovia.

A marcha lenta atravesamos las calles animadas de la pequeña ciudad de Minsk-Mazovetski.

Llegamos a Praga, suburbio de Varsovia.

Aquí presenciamos una auténtica fiesta popular: banderas con los colores blanco y rojo flameaban en el aire; los balcones de las casas estaban engalanados de tapices; las banderas exornaban no sólo las viviendas, sino también los edificios en ruinas, como si afirmaran que los que un día habitaron allí participan asimismo en el triunfo general. Los habitantes de Praga celebraban la liberación de Varsovia con doble motivo: compartían el júbilo de toda Polonia y se alegraban además de que el peligro mortal que les acechó a lo largo de muchos meses, sometidos al fuego de los cañones y morteros alemanes, había sido vencido. Millares de personas se encontraban en la margen del Vístula contemplando con ávido anhelo la ciudad liberada.

Nuestro pequeño Willys de caja de madera llegó hasta el puente volado, refunfuñó y se detuvo. Es de suponer que nuestro automóvil era el primero en muchos años en llegar por la antigua carretera de Moscú a Varsovia. Bajamos al río helado. Seguimos el caprichoso encaje de acero del puente volado y llegamos al elevado pilar de piedra de la orilla

occidental del Vístula, subimos por la alta escalera oscilante de los bomberos y salimos al muelle. El centinela, un soldado del Ejército Rojo de edad ya madura, parado al lado de una pequeña hoguera encendida en la orilla, dijo en tono bonachón al tirador de automático que se hallaba a su lado: «Mira, hermano, qué magnífica galleta me he encontrado en el bolsillo. Ahora mismo nos la comeremos entre los dos». Fueron éstas las primeras palabras que oí en Varsovia. Y pensé que este hombre, con su viejo capote gris, de rostro severo pero bonachón, con la tez curtida por las heladas y los vientos, seguramente era uno de los que, después de haber defendido Moscú en aquel año terrible, marcharon durante mil doscientos kilómetros empeñados en los grandiosos afanes de la guerra de liberación. Y ante mis ojos cruzó en un instante todo su largo camino de combate recorrido a pie, a través del fuego, de la muerte, de las tempestades de nieve, de las heladas y de las lluvias torrenciales.

II

Varsovia liberada presenta un cuadro imponente, triste, puede decirse que trágico. El demonio alemán de la destrucción absurda y la maldad se ha ensañado a sus anchas durante más de cinco años de dominación en la capital de Polonia. Es como si un enorme monstruo, al verse libre de las cadenas que le sujetaban, hubiese asestado terribles golpes con sus puños de hierro a los altos edificios, derrumbado las paredes, destrozado las puertas y ventanas, destruido los monumentos, deformado las vigas y raíles de acero, quemado todo lo que pueden devorar las llamas y arrancado con sus garras férreas el asfalto de las calles y el empedrado de las calzadas. Montones de ladrillos llenan las

calles de la gran urbe. Una red de sinuosos y caprichosos senderos, como los que trazan los cazadores en los tupidos bosques o en las montañas, atraviesa las amplias plazas y las rectas calles de los distritos centrales. La gente que regresa a Varsovia trepa por los montones de ladrillo y sólo por alguna que otra calle, en Marshalkóvskaia, en Krákovskoe Predmestie y otras, pueden avanzar los coches y los carros. Relativamente mejor se ha conservado la parte sureste de la ciudad, el distrito del palacio Belvedere y del parque. Aquí han quedado algunos edificios que pueden ser restaurados con relativa facilidad, que pueden ser resucitados.

Al entrar en una ciudad destruida, lo que se puede contemplar son solamente las huellas tangibles de la labor de verdugos realizada por los alemanes. Así también en la Varsovia muerta, arrasada por el fuego, nuestro pensamiento abarca ante todo lo que hoy ven nuestros ojos: miles, decenas de miles de edificios destruidos, altos muros ennegrecidos por el humo de los incendios, columnas derrumbadas, iglesias derruidas, teatros, fábricas y palacios arrasados, casas con los techos desplomados, los vanos de las escaleras hundidas, los huecos vacíos de las ventanas arrancadas; un horrible desierto allí donde alcanza la vista, desierto en el que a veces, a lo largo de manzanas enteras, no se encuentra ni un solo ser vivo. Tal vez de noche aquí, en las calles de Varsovia, vaguen, en busca del sustento, los lobos y los zorros, deje su sinuoso rastro la liebre, se reúnan todos los animales que hemos encontrado por los bosques de Bielorrusia... ¡Pero el verdugo alemán no sólo ha matado la belleza visible de Varsovia! ¡No sólo las piedras labradas por el hombre han sido destruidas!

Aquí, en Varsovia, se desarrolló una tragedia cien, mil veces más horrible que aquella cuyas huellas presenciamos. ¡Aquí se ejecutaba, aquí era exterminado un valor más

grande que los palacios y los templos más hermosos del mundo, el valor más alto que existe en la tierra: la vida del hombre!

Por cada una de las ventanas, hoy sin vida, de las decenas de miles de casas destruidas asomaban los ojos vivaces de los niños, de las muchachas, de sus madres, de sus abuelos. Hoy todos esos ojos están cerrados para siempre. Por estas calles, hoy muertas, caminaban decenas y centenares de miles de hombres: catedráticos, maestros, cerrajeros, artistas, mecánicos, contables, médicos, relojeros, arquitectos, ópticos, ingenieros, tejedores, panaderos. Muchos de ellos ya no regresarán jamás a la Varsovia liberada: fueron asesinados por los alemanes. Miles y miles de hombres de talento, honrados, valientes, trabajadores, creadores de la vida, luchadores por la libertad sucumbieron, fueron ejecutados por los verdugos. Aún hoy yacen en los sótanos de las casas destruidas los cadáveres, helados por el frío, de los que participaron en la trágica insurrección, condenada al fracaso de antemano. Después de la insurrección los alemanes expulsaron a todos los habitantes de la ciudad y partieron en pedazos el tejido vital –de colosales proporciones por su complejidad y por su diversidad– creado por el millón y medio de habitantes de Varsovia. Hombres de centenares y millares de las más difíciles ypreciadas profesiones fueron diseminados por las pequeñas ciudades, por las aldeas, por los caseríos de los bosques. El corazón de Polonia quedó paralizado. Pero la fuerza de la vida es superior a la de la muerte. Lenta y tímidamente, en Varsovia va penetrando la vida.

Contemplo a estos primeros centenares de hombres, a los exploradores de la vida y del trabajo; contemplo sus extrañas siluetas envueltas en abrigo y bufandas, y trato de adivinar sus profesiones. Este que lleva buen abrigo de

pieles, de barba rubia bien cuidada y gafas de gruesos cristales, sentado sobre sus maletas en un carro campesino, tal vez sea un médico famoso o un profesor de la universidad. Aquel peatón, que lleva con facilidad un enorme bulto sobre sus anchos hombros, será un albañil. Y el de la boina, con la cara fatigada, que viene montado en bicicleta por el estrecho sendero con un bulto atado al portaequipajes tal vez sea un relojero. Por ahí viene un grupo de hombres, jóvenes y viejos, con sombreros, boinas, abrigos de pieles, impermeables, gabanes de entretiempos, empujando cochecitos de niño de color crema o azul, montados sobre gruesas cubiertas de goma y cargados de bártulos, maletas, maletines y portamantas. Soplando sus dedos helados y mirando tristemente los montones de ruinas, avanzan unas muchachas y mujeres jóvenes. Sus esbeltas siluetas y bellas pantorrillas están deformadas por las gruesas pañoletas, las grandes botas de hombre y las polainas de abrigo. Son ya centenares y miles los que miran con alegría y tristeza a la vez las ruinas de su ciudad natal.

Pasamos a la parte noroeste de la ciudad. He aquí el gueto de Varsovia. Una muralla de ladrillo rojo de unos tres o tres metros y medio de altura rodea las decenas de manzanas que formaban el gueto. El grosor del muro es de unos cuarenta o cincuenta centímetros. Tiene incrustados trozos de vidrio y está todo envuelto en alambre espinoso cubierto de herrumbre. Este muro, el edificio tenebroso de la Kehilá o Judenrat¹ y dos iglesias es todo lo que los alemanes dejaron en el gueto. Aquí ni siquiera han quedado en pie los esqueletos de los edificios, como ocurre en las demás calles de Varsovia. Un vasto e informe mar rojizo de ladrillos rotos cercado por la muralla es lo que ha quedado de muchas decenas de manzanas, calles y callejuelas. En este mar de piedras es raro encontrar un ladrillo entero:

todo son cascotes menudos. La altura de los edificios que se alzaban aquí sólo puede juzgarse por las colinas y barrancadas de este mar de ladrillos. Bajo sus escombros están enterrados miles y miles de hombres que perecieron cuando los alemanes hicieron saltar los refugios y blindajes secretos. A comienzos de 1942, los alemanes trajeron por la fuerza al gueto de Varsovia alrededor de medio millón de judíos. Casi todos ellos fueron asesinados en las «fábricas de la muerte» de Treblinka y Maidánek. Sólo contadas personas de este medio millón de seres humanos, por verdadero milagro, lograron escapar con vida de esta prisión circundada por un muro de ladrillo. En abril de 1943, cuando en el gueto quedaban todavía unas cincuenta mil personas, estalló la insurrección de los condenados a morir. Cuarenta días con sus noches duró aquella terrible batalla entre los insurgentes mal armados y los regimientos de las SS. Los alemanes lanzaron al combate una división de tanques y aviación de bombardeo. Los insurrectos -hombres, mujeres y niños-, sin rendirse ni uno solo, lucharon hasta el último aliento. Un mar quieto de ladrillo testimonia ahora la grandiosa epopeya de aquella batalla. El gueto está desierto: nadie regresa a sus calles, el torrente humano no se dirige hacia aquí. Todos los que se llevaron los alemanes ya están muertos, quemados, y su ceniza desparramada por los campos y caminos. Aquí encontramos sólo a cuatro hombres. Uno de ellos, cuyo rostro parecía el de un cadáver viviente, se llevó en un canastillo infantil de juguete, como recuerdo, un puñado de ceniza que había quedado de los cuerpos de los insurgentes quemados por la Gestapo en el patio de la Kehilá.

Visitamos un «blindaje» secreto en el que durante largos meses estuvieron escondidos seis polacos y cuatro judíos. La fantasía más rica no puede imaginarse lo que representaba

aquel refugio secreto organizado en el cuarto piso de una casa en ruinas. Para llegar allí había que escalar las paredes escarpadas de la escalera derrumbada, cruzar el hueco de ésta por las vigas extendidas de una pared a la otra o bien arrastrarse por un oscuro y estrecho agujero abierto en la pared.

Delante de nosotros iba una muchacha polaca, habitante de aquel blindaje, que caminaba con audacia y serenidad por las vigas extendidas sobre el hueco de la escalera. He de confesar que, después de haber vivido tres años y medio de guerra, en esta ocasión sentí que se me paralizaba el corazón, o bien que mi frente se cubría de sudor o que se me oscurecía la vista. Pero durante la ocupación alemana, los habitantes de aquel blindaje entraban y salían de allí por aquellas vigas no durante el día, sino únicamente cobijados por la completa oscuridad de las noches sin luna.

De nuevo estamos en la calle. Ya no son centenares, sino miles y decenas de millares de personas que llegan desde el este y desde el oeste, desde el norte y desde el sur. Hombres de ciencia y artesanos, arquitectos y médicos, obreros y artistas abandonan los campos cubiertos de nieve para regresar a la capital de Polonia. Ellos, estos hombres, son el aliento y la savia vital de Varsovia. Por medio del trabajo duro, pero libre y feliz, restituirán, reharán el complejo, colosal y multiforme tejido de la vida de la capital polaca.

Varsovia liberada resucitará de las cenizas.

...Ya de madrugada, la caja de madera que nos trajo a Varsovia, resoplando, rodaba de nuevo por la carretera, ahora en dirección a Lodz, Kutno y más al oeste, por el camino recorrido por el gran ejército cuyas huellas seguimos desde Moscú.

Frente de Bielorrusia,
20 de enero de 1945

Entre el Vístula y el Oder

I

Escribo estas líneas a pocos kilómetros de Poznan, cuando a través de la oscura tempestad de nieve decenas de aviones militares vuelan hacia la ciudadela de Poznan y el tronar de nuestra artillería y el ruido amenazador y ululante de nuestros morteros de la Guardia se funde con centenares de ráfagas de ametralladora. Pronto Poznan se sumará a la larga serie de ciudades recuperadas al enemigo por la fuerza de nuestros golpes, y los regimientos alemanes, los destacamentos de la Landwehr², del Volksturm³ y de las escuelas de oficiales que la defienden seguirán haciendo resonar sus marmitas tras los numerosos grupos de prisioneros de guerra que se dirigen hacia el este.

Pero en estos momentos el combate es encarnizado, nos vemos obligados a desalojar a los alemanes de los fortines de la ciudadela arrebatándoles el terreno palmo a palmo. Los zapadores se las ingeniaron para echar por una tubería que llevaba a uno de los fortines de un sector del frente dos bidones de petróleo y le prendieron fuego, obligando a salir a los alemanes de la casamata. Ahora, el general Chuikov, que está ante el mapa de la ciudad, con el auricular del teléfono en la mano, grita en alta voz: «¡No abráis fuego contra el centro, allí está Glébov!». Y de pronto, riéndose alegremente, golpea con la punta del lápiz la nariz de su ayudante al tiempo que exclama: «¡Ah! ¡Ah! ¡Ya hay enlace

de fuego; ahora estableceremos el enlace de las tropas! ¡Los seccionaremos, los seccionaremos!».

Mientras tanto nuestras tropas, bordeando la ciudad bloqueada, avanzan cada vez más hacia el oeste, han entrado en Pomerania y cada jornada, cada hora reduce la distancia que las separa de Berlín. Millares y millares de hombres: soldados del Ejército Rojo, oficiales, generales, tanquistas, aviadores, chóferes, reguladores del tráfico, panaderos, camareras de los comedores de los Estados Mayores, soldados del cuerpo de tren con las barbas canosas sin afeitar llevan meticulosamente la cuenta de los kilómetros que aún quedan hasta Berlín. No es un interés deportivo. Es la cuenta que presenta la vida a la muerte, el honor al orgullo, la cuenta de la vindicta del pueblo. Millones de pesadas botas de soldados reducen esta cuenta: las tropas, a sangre y fuego, se abren camino hacia Berlín.

La carretera de Varsovia a Poznan atraviesa regiones en las que el paisaje sufre bruscos cambios. Pero no cambia aquí solamente el paisaje geográfico, sino también el económico, el social y el político, toda la vida de la región. Según los alemanes, esto no es ni un protectorado ni una gobernación general, sino el Reich, el Estado alemán propiamente dicho, la «tercera incorporación», el Vaterland⁴.

En lugar de las aldeas aparecen los caseríos; cada vez con mayor frecuencia las casas tienen tejados puntiagudos y, a su lado, pequeños jardincillos con árboles que ofrecen una aburrida monotonía: parecen escobones plantados. Encontramos numerosas casas señoriales alemanas con enormes locales destinados a los servicios. Visitamos una de ellas. Hasta la guerra de 1939 pertenecía a un polaco; más tarde Hitler la regaló a un militar retirado alemán. El nuevo amo huyó hace varios días abandonando a sus servidores, los

caballos, el ganado, las aves, los depósitos llenos de vino y de conservas. Huyó llevándose lo menos posible, pero no le sirvió de nada: nuestros tanquistas le dieron alcance.

Por la carretera caminan centenares de alemanes cargados de bártulos y maletas. Son los que intentaron huir y fueron alcanzados por nuestras tropas. Ahora regresan del oeste al este. Marchan cabizbajos, mirando con el ceño fruncido el torrente de acero que avanza por la carretera. Su camino no es de rosas; los polacos de la región, viejos, mujeres y niños, les amenazan con los puños, levantan la mano contra ellos, los maldicen. Durísima era la vida de los polacos en la gobernación general, pero peor aún era el sino de los polacos a quienes tocó vivir en el Reich germano. Al incorporar a Alemania los territorios de las regiones de Lodz y Poznan, los alemanes los separaron de las tierras de la gobernación general polaca con líneas de alambradas y aherrojaron a los polacos con las cadenas de la esclavitud feudal, de la privación absoluta de derechos y de la miseria. Casi todos los intelectuales polacos de las zonas agrícolas – los maestros, los abogados, los médicos y casi todos los eclesiásticos– fueron arrojados a los campos de concentración de Dachau y Osvéntsím. Durante cinco años y medio se prohibió a los niños polacos la asistencia a las escuelas y se impidió a los párvulos aprender el abecedario. Desde la edad de doce años los chicos polacos de los distritos rurales tenían forzosamente que trabajar en las haciendas de los alemanes y los de las ciudades, en las fábricas. A los campesinos polacos se les prohibió incluso la práctica del culto religioso. Casi todas las iglesias fueron cerradas y más tarde convertidas en depósitos del ejército alemán. Los polacos fueron desalojados de sus tierras, que pasaron a manos de los alemanes. A los polacos los echaron de sus casas, que fueron ocupadas por familias alemanas. A los

polacos les quitaron el ajuar, las vacas, los caballos, todo lo cual pasó a poder de los alemanes. Los padres fueron separados de sus hijos, los maridos de sus mujeres, y todos se vieron convertidos en peones de los terratenientes alemanes. Cada alemán tenía a su disposición de cuatro a seis jornaleros polacos, a los que pagaba un salario miserable: los obreros adultos recibían 20 marcos por semana y los adolescentes 6 marcos por mes. La hija del dueño de la casa donde paramos, una chica de quince años, recibió por los once meses que trabajó la suma de 60 marcos. Los alemanes vendían productos alimenticios a los polacos solamente «con la izquierda», expresión muy en boga en esta región que connota una venta ilegal. Los precios que les cobraban eran tales que esta chica, por ejemplo, debería haber trabajado tres años para poder adquirir un kilo de carne de cerdo. El amo absoluto del pueblo era el *Ostbauernführer*, el sargento de policía, que disponía a su antojo de la vida y de la libertad de los polacos. Así, envió a un vecino del dueño de la casa en que nos alojamos al campo de concentración de Osvétsim porque un año antes de la llegada de los alemanes había dicho a un campesino que hablaba en alemán: «¿Por qué hablas en alemán, si esto no es Berlín?».

La entrega de la tierra a los alemanes la decidía la organización local del partido fascista, del partido nacionalsocialista. El propio *Bauernführer* Schvandt, hombre muy grueso, dueño de una cervecería y de una tienda al por menor, no consideraba necesario pagar salario alguno a sus obreros, tres hombres y tres mujeres: al final de la temporada los echaba a la calle sin darles ni un céntimo. Hasta que estalló la guerra, Schvandt poseía una granja de cuatro acres de tierra; ahora, después de saquear a sus vecinos polacos, poseía cincuenta.

Los polacos a quienes no les quitaron toda la tierra y los aperos de labranza se vieron esclavizados en el territorio del Reich en condiciones más duras aún que las de los obreros agrícolas. No eran considerados propiamente como asalariados, sino que fueron sometidos por los alemanes a la servidumbre de la gleba, fueron esclavizados en su propia tierra invadida por la Alemania fascista. Un polaco no tenía derecho a abandonar el pueblo ni cambiar de amo. Los intentos de pasarse del territorio del Reich al de la gobernación general eran castigados con la pena de muerte. A los campesinos polacos se les prohibía categóricamente viajar en ferrocarril y visitar los jardines y parques públicos. Al campesino polaco se le prohibió hasta beber una copa de vodka en los días festivos: la ley únicamente permitía la venta de vodka a los alemanes.

Se establecieron aquí cinco categorías de alemanes: los del Mar Negro, los balcánicos, los del Báltico, los *Reichsdeutsche* y los *Volksdeutsche*. Las primeras tres categorías las formaban colonos alemanes, llegados sobre todo en 1941 para la explotación de estas tierras polacas convertidas de pronto en territorio alemán. En 1944 llegó una nueva oleada de colonos alemanes: eran los que los fascistas se llevaban consigo al retirarse de los diversos países y regiones.

En Alemania rige una ley sobre la entrega obligatoria por parte de los campesinos de toda la producción agrícola en puntos especiales de acopio, donde les pagan 9 marcos por 100 kilos de patatas y 20 marcos por 100 kilos de centeno. Sin embargo, a pesar del escrupuloso control de las comisiones destacadas a tal efecto con la participación de representantes del partido fascista, los colonos alemanes, esos nuevos ricos, comerciaban con el grano y la patata, y vendían a los polacos a precios de especulación el centeno y

las patatas que a ellos pertenecían. De este modo los campesinos polacos se veían obligados a comprar a elevadísimos precios los productos que ellos mismos habían cosechado, pagando por ellos los marcos con los que los alemanes, con una avaricia fenomenal, les remuneraban su trabajo forzado y agobiante.

Así vivían aquí los campesinos polacos. Después de esto, no es de extrañar que manifiesten un odio tan grande hacia los alemanes que no lograron huir y pasar al otro lado del Oder.

¿Hace falta repetir ahora, al final de esta guerra cruel, que el fascismo alemán representa para los pueblos el régimen del patíbulo? Pero las formas de la bestialidad fascista son infinitamente variadas y en cada etapa se nos descubre de un modo nuevo la esencia cruel, de verdugo, del fascismo. Esta bestialidad de verdugo es visible a lo largo de dos mil kilómetros de la frontera alemana, donde los ocupantes, a la luz de los incendios nocturnos, saqueaban y asesinaban a los campesinos rusos a las orillas del Volga, en Babi-Yar sobre las abruptas márgenes del Dniéper, donde los alemanes enterraban vivos a los niños judíos, y en Maidánek, más allá del Vístula, convertido en patíbulo y horrible prisión para veinte pueblos de Europa. Y aquí, a ciento cincuenta o doscientos kilómetros de Berlín, la esencia bestial y de verdugo del fascismo alemán, amamantada con el veneno del odio racista, es invariable, es igual que en todas partes; sólo han cambiado las formas en que se manifiesta.

II

Hace tres días salimos de Lodz. Es ésta una enorme ciudad industrial que cuenta con más de mil empresas, de las cuales la mitad son fábricas de gran importancia. Lodz fue

arrancada de las garras fascistas con tan impetuosa rapidez que los alemanes no pudieron envenenar y matar la vida de este Manchester polaco ni con el veneno de sus dientes de víbora ni con el aguijón del escorpión.

Durante cinco años Lodz estuvo incorporada al Reich y recibió el nombre de Litzmanstadt, por el apellido de un general alemán que obtuvo misteriosos y oscuros «méritos» en la lucha contra los ejércitos rusos en 1914.

En Lodz no vimos ni un letrero en polaco, ni un rótulo polaco que indicara el nombre de las calles: todo fue totalmente germanizado, por todas partes aparecen los nombres de Hitler, Goering, Ludendorff, etc. Si el campesino polaco fue reducido a la condición de jornalero esclavizado, el polaco de Lodz se vio convertido en un obrero de la época de la servidumbre. Los polacos del territorio del Reich eran llamados «infrahombres», y es increíble la cantidad de limitaciones, prohibiciones y desigualdades ultrajantes a que fueron sometidos los polacos de Lodz. Se les quitaron todas las empresas y tiendas; los ingenieros, contables y abogados no podían ejercer su profesión; los liceos y universidades existían solamente para los alemanes. En los restaurantes, en los cines y en los teatros se realizaban casi todas las tardes batidas y revisiones de documentos para descubrir a los polacos. Muchos almacenes y tiendas tenían cerradas sus puertas para los compradores polacos. No se sabe por qué, a los polacos se les prohibió viajar en los coches delanteros de los tranvías, y solían decir bromeando: «Los alemanes nos arrastran»... En las fábricas se instalaron guardarropas, comedores, baños y urinarios con esta inscripción categórica: «*Nur für Deutsche*» (Sólo para los alemanes). Los obreros alemanes se regían por un código especial de trabajo, tenían salarios distintos y gozaban de un sistema propio de remuneración; recibían comida más nutritiva en

los comedores de las fábricas y un racionamiento más elevado por las cartillas. Todo esto se hacía no tanto con el objeto de mejorar las condiciones reales de vida del obrero alemán, como para empeorar las condiciones morales y físicas de los obreros polacos; todo esto conducía a propagar siempre la misma idea absurda y estúpida de la superioridad racial del alemán sobre los demás pueblos de la tierra.

Las huellas de esta bestial política racista han quedado grabadas en toda la vida de Lodz. Y, claro está, ante todo y en mayor medida aún que contra los polacos, esta política fue aplicada por los fascistas contra los judíos de Lodz. Una parte de la ciudad fue rodeada de alambradas y convertida en gueto. Si entre dos distritos del gueto pasaba una calle «aria», los alemanes construían altos puentes, obligando a los judíos a cruzar la calle por el puente para que no tocasen el suelo «ario». En los cuatro años y medio de existencia del gueto de Lodz fueron asesinadas dentro de sus límites doscientas cincuenta mil personas. Un día del mes de septiembre de 1942, los alemanes sacaron del gueto para asesinarlos a diecisiete mil niños de hasta doce años. ¿Quién será capaz de imaginarse, aunque sea por un instante, el cuadro de este monstruoso asesinato de niños? De los doscientos cincuenta mil judíos que habitaban en el gueto conservaron la vida ochocientos cincuenta. El día en que se les iba a sacar del gueto (para ejecutarlos), en las calles de Lodz aparecieron los tanques soviéticos.

Así vivió esta ciudad de medio millón de habitantes durante cinco años, abismada en torturas sanguinarias, bajo las garras de hierro del fascismo alemán...

En compañía del subsecretario del Ministerio de Industria del gobierno polaco y de un representante del mando soviético, tuve la oportunidad de visitar las más importantes fábricas alemanas de guerra instaladas en Lodz. En su

organización se reflejaban las leyes fascistas. De ello son testimonio la división de los obreros por su condición racial, tema del que hablé más arriba, las tenebrosas cárceles y calabozos de los sótanos de los talleres, que servían de prisión para los que llegaban con tardanza al trabajo, y las aspilleras de los fortines de hormigón desde las cuales las armas apuntaban a las puertas y ventanas de los talleres más importantes. De ello son testimonio los relatos de los obreros sobre los castigos corporales de todo género y sobre el empleo de los puños como el procedimiento más corriente y preferido de los «organizadores» alemanes de la producción para influir sobre los obreros. Hasta 1939 casi todas las fábricas eran propiedad de polacos. Pero los alemanes se apoderaron de ellas, transformándolas en fábricas de material de guerra. Por lo general se adueñaron de ellas sociedades anónimas de accionistas y sus directores eran individuos llegados desde el interior del Reich.

Al entrar en conocimiento de la historia de estas fábricas alemanas se ve que no era la libre voluntad de sus «dueños» y directores, sino la necesidad dictada imperiosamente por el Ejército Rojo y por la aviación de bombardeo de nuestros aliados, la que imponía la organización técnica y la distribución geográfica de las fábricas alemanas en las regiones orientales del Reich. Hay aquí fábricas «fugitivas», fábricas «inválidas», fábricas compuestas por restos de varias empresas, e incluso hay en ellas talleres que cuentan con maquinaria «huida» de los bombardeos de las diversas regiones de Alemania.

Por ejemplo, la fábrica de construcción de maquinaria y la fábrica siderúrgica de Yona. ¡Qué maquinaria más variada encuentra uno en ellas! He aquí una máquina enorme, de varios metros de longitud, para la producción de torpedos: los alemanes empezaron a montarla en el verano de 1944 y

se proponían empezar a explotarla en estos días. O una máquina automática de cuatro ejes maestros para la elaboración de las cajas de cambio de los tanques pesados. Otra máquina está destinada a la producción del cojinete de puntal para el eje principal de la hélice de los submarinos. Otras máquinas producen aros para los proyectiles. Una fábrica que facturaba maquinaria de este tipo fue destruida por la aviación inglesa en el interior de Alemania, y otra en Poznan. Ésta es la tercera.

Los alemanes dividían y diseminaban sus empresas industriales, producían accesorios diversos en distintos lugares de Alemania y de los países ocupados y realizaban el montaje en talleres aparte. Éstos se trasladaban constantemente, «chaqueteaban», cambiaban de domicilio, eran arrasados por el fuego y destruidos e intentaban resucitar.

Ahora el Ejército Rojo pone punto final a este ajetreo: con una enorme red de acero está pescando los centenares y quizá miles de fábricas y talleres de toda clase en los que los fascistas han desperdigado su industria. La integridad de la industria alemana está descompuesta, la base de su repelente edificio se halla resquebrajada y ya se aproxima la hora en que se desmoronarán los muros de la horrible prisión, enterrando entre sus escombros a los asesinos y verdugos de los pueblos de Europa.

Veamos otra fábrica de las más importantes.

En ella trabajaban más de dos mil quinientos obreros, que producían motores para los Junkers y Messerschmitt. Cincuenta y ocho de estos motores, comprobados y ya embalados, se encuentran en los depósitos de la fábrica. Antes de la guerra había aquí una fábrica textil que pertenecía a la firma francesa Alar Rousseau. La fábrica alemana de motores, huyendo de los bombardeos de la

aviación aliada, fue trasladada de Múnich a Eisenach, en Turingia, y subdividida en varias filiales. Bajo los nuevos golpes de los bombardeos la fábrica de motores se trasladó de Turingia a Lodz. Pero la implacable ofensiva del Ejército Rojo obligó a los fascistas a trasladar una vez más a toda prisa los talleres principales de la fábrica a otra ciudad polaca. Por cierto, esta fábrica de guerra de los fascistas, que se desplaza corriendo desde las fronteras occidentales hasta las orientales del Reich, recuerda a un lobo acosado por los cazadores.

Y aquí, en las inmediaciones de Poznan, donde todavía se oye el estruendo de nuestros proyectiles al demoler los fortines de la ciudadela, tabletean sin cesar las ametralladoras y vuelan raudos y ululantes los aviones de asalto del constructor Ilyushin, y también hay no pocas fábricas alemanas de material de guerra.

El coronel Elizárov, hombre fornido, apunta en su libro de notas con todo esmero, al compás del tronar de los cañones, los nombres de las empresas industriales que hay en Poznan, según le va informando un oficial de edad. Hay aquí una fábrica de Focke-Wulf, una fábrica de construcción de trenes blindados, fábricas de granadas, fusiles, fusiles-ametralladoras, cartuchos, automóviles y cubiertas para los mismos.

¡La grieta mortal abierta en la base misma del sistema social fascista se abre cada vez más en anchura y profundidad! ¡Están derrumbándose ya los muros de la prisión de los pueblos de Europa!

30 de enero de 1945

Alemania

I

Una soleada mañana llegamos al Oder, en la parte de su curso más cercana a Berlín. Parecía extraño que el fangoso camino vecinal, los matorrales bajos y punzantes, las ralas arboledas, las colinas de escasa altura que corrían hacia el río, las pequeñas casitas diseminadas aquí y allá en los campos cubiertos del verde claro de los brotes del trigo de invierno; parecía extraño que todo esto, tan habitual para nuestros ojos y tantas veces visto, se encontrara en las profundidades de Alemania, a menos de ochenta kilómetros de Berlín.

Era el primer día de la llegada de nuestras tropas al curso medio del Oder, en la provincia de Brandeburgo. El sol calentaba como si nos hallásemos en la primavera, la atmósfera era ligera y transparente, pero el cielo enemigo fue cruel para nosotros en aquella mañana tibia y sin viento. Los aviones volaban a docenas; el estampido de los cañones de tiro rápido, el graznido de las ráfagas de las ametralladoras, el ronroneo de los motores, el estruendo de las explosiones de las bombas llenaban el espacio: eran los alemanes, que habían hecho despegar de los aeródromos de Berlín y sus alrededores docenas y centenares de Focke-Wulf, Messerschmitt y aparatos de bombardeo en picado. Los aviones formaban sobre el Oder negras nubes errantes y parecía como si un fenomenal enjambre de avispa y abejorros poseídos por la furia y el espanto intentara defender su nido.

Pero a través del infierno de hierro avanzaban nuestras tropas siempre adelante, y pude observar cómo la larga cadena de nuestra infantería se desplazaba lenta y

constantemente hacia el río. Los hombres marchaban con pesadas zancadas, iban un poco agachados, fusil y automático en mano, y ni el terrible obstáculo del pegajoso barro, ni el fuego y la metralla que caían del cielo primaveral bastaron para detener este grandioso movimiento de avance, imponente, incontenible. Mientras tanto, por las carreteras que conducían al Oder eran trasladados los pesados cañones motirizados, la artillería y los morteros. Aquel día las fuerzas del Ejército Rojo llegaron a la última barrera fluvial que nos separaba de la capital de Alemania; por el este no había ya más obstáculos naturales entre las tropas del primer frente bielorruso y Berlín. ¡Cuántas decenas y centenares de barreras, grandes y pequeñas, se habían alzado ante este ejército en el camino recorrido desde el Volga hasta el Oder! Con el mismo paso solemne, a un tiempo ligero y contenido, habían llegado los soldados rojos al Don, al Donetsk y al Dniéper, al Drut y al Bereziná, al Bug occidental y al Niemen, al Vístula y al Varta en su avance desde el Volga hacia el negro corazón de Alemania.

Y aquella mañana primaveral, en el Oder, recordé de repente cómo en el durísimo invierno del año cuarenta y dos, en medio de un despiadado torbellino de nieve, en una noche de enero iluminada de rojo por las llamas de una aldea incendiada por los alemanes, un carretero, envuelto en su pelliza de piel de cordero, preguntó de súbito y a voces:

-¡Eh, muchachos! ¿Dónde está el camino hacia Berlín?

En respuesta sonó la carcajada unánime de chóferes y carreros.

¿Vivirá aún aquel bromista que cerca de Balakléi preguntaba por el camino de Berlín? ¿Estarán vivos los que aquella noche, hace tres años, se rieron al oír su pregunta? Sin embargo, esta broma hecha en una noche helada de aquel crudísimo invierno contenía un pequeño pero precioso

grano de la eterna fe del pueblo en el triunfo venidero del bien sobre el mal. Sí, muchas cosas recordé... Recordé también las palabras de la orden de Hitler dictada en el invierno del año 1941, la orden sobre el asolamiento de las tierras de Rusia: «Que las llamas de las aldeas rusas incendiadas alumbren los caminos de aproximación de mis reservas a la línea del frente». Y en las crueles y presuntuosas palabras de esta bestia humana anidaba el germen de la muerte del fascismo, el germen de la muerte de la ideología del odio racial, del mal, de la esclavitud y del terror sangriento.

Sí, muchas cosas volvieron a mi memoria aquellos días en que nuestras tropas irrumpieron en la Alemania fascista. Y aquella tarde, cuando después de cruzar la frontera alemana detuvimos el coche y tras abandonar la carretera gris azulada avanzamos a través de un bosque de pinos, pisando las humedecidas hojas, aspirando el olor de la tierra, contemplando los campos, las arboledas, los valles, las puntiagudas casas de rojas tejas, sentí el deseo de gritar y de llamar a nuestros hermanos combatientes que yacen en las tierras rusas, ucranianas, bielorrusas, polacas, a los combatientes que duermen el sueño eterno sepultados en los campos de batalla:

–¡Camaradas! ¿Nos oís? ¡Hemos llegado!

Y cuando nuestros tanquistas e infantes pasaron la frontera y entraron en tierras de Brandeburgo, tal vez latieron por un instante los corazones sin vida de los millones de ancianas y niños asesinados, los corazones de los inocentes ahorcados o ahogados en los pozos de agua; tal vez se estremecieron las cenizas de los que sucumbieron abrasados por el fuego.

–¡Muertos: madres y hermanas nuestras, ancianos y niños asesinados! ¿Nos oís? ¡Hemos llegado!

Pero nadie contestó. Por la carretera pasan a gran velocidad camiones que llevan a remolque piezas de artillería de largo alcance, otros conducen los morteros de la Guardia, estaciones de radio, municiones: todos los gigantescos atributos de la guerra. Ante nuestra vista desfilan campos, bosques, fincas de terratenientes, aldeas ricas, bosquecillos, pueblos... He ahí el Oder. Todo esto es Alemania: ciudades alemanas, aldeas alemanas, tierras, bosques y aguas alemanas, alemanes son el aire y el cielo... Y el sol poniente brilla con su divina indiferencia, juguetea con sus rayos en los millares de charcos, en los cristales de las ventanas, en los pesados cristalillos de la nieve que se derrite en las cunetas de la carretera y bajo los pinos.

II

Tuve la oportunidad de visitar muchas ciudades, pueblos, aldeas, fincas señoriales y caseríos de la provincia de Brandeburgo. ¿Cómo podría yo transmitir la multitud de complejas impresiones recogidas durante aquellos días?

En muchas casas alemanas, en las paredes, bajo las ventanas de verdes celosías bien pulidas, se ve la siguiente inscripción, que destaca nítidamente pintada con gruesas letras: «*Licht ist dein Todt!*» (¡La luz es tu muerte!). Es un anuncio de la defensa antiaérea que exhorta al cumplimiento de las reglas de camuflaje nocturno.

Pero al ver cómo en todas partes, en todos los terrenos de la vida social y privada, en todas las capas de la población se inculcaban, se propagaban y se proclamaban, práctica y teóricamente, los principios bestiales del hitlerismo, pensé sin poder evitarlo: «Esta inscripción que aparece en las casas, “¡La luz es tu muerte!”, no es un anuncio sobre las reglas de camuflaje nocturno, sino una consigna de Adolf

Hitler, la consigna fundamental con la que se presentó al pueblo alemán. Éste ha sido el principio fundamental de la teoría y de la práctica alemanas durante todos los años de dominio fascista; bajo el signo de este principio ha vivido el pueblo alemán doce años».

¡Sí, los tiempos cambian!

Un día, en este país de las tinieblas, el gran poeta y pensador Goethe exclamó en su lecho de muerte: «*Licht, mehr Licht!*» (¡Luz, más luz!).

El trabajo de los millones de obreros extranjeros traídos a Alemania por la fuerza desde el este, el sur, el oeste y el norte se ha convertido en el factor más importante de la «propaganda económica» del hitlerismo. Pero este trabajo era remunerado tres, cinco o diez veces menos que el de los alemanes. El obrero alemán recibía, con arreglo a su calificación, de cien a doscientos marcos por mes; sin embargo, el extranjero ocupado en el mismo trabajo recibía entre quince y treinta marcos. Las normas de suministro de víveres de los obreros extranjeros se diferenciaban radicalmente de las normas del obrero alemán. Con más exactitud, no se diferenciaban, sino que eran simplemente opuestas. El obrero extranjero recibía en la fábrica trescientos gramos de pan y una mala sopa. A veces se les suministraban cinco gramos de embutido. El obrero alemán recibía en la fábrica una comida normal y, además, tenía sus cartillas de racionamiento que le aseguraban a él y a su familia el pan y otros productos alimenticios: grasa o un sucedáneo, azúcar, carne, etc.

Por si esto fuera poco, los dirigentes del Estado alemán se esforzaron por aplicar también entre los mismos obreros extranjeros el principio fascista de diferenciación racial, concediendo ciertos privilegios a los obreros de los países occidentales en comparación con los obreros de los países

orientales. Para fraccionar más aún los intereses de los obreros, los fascistas practicaban asimismo la diferenciación en el grupo Ost (oriental), oponiendo los obreros de Ucrania occidental a los de Ucrania oriental, y éstos, a su vez, a los obreros rusos y bielorrusos.

Por supuesto, a la desigualdad económica entre los obreros alemanes y los diferentes grupos de obreros extranjeros correspondía una desigualdad jurídica no menos indignante. Los campamentos de los obreros extranjeros eran prácticamente campos de concentración corrientes, cercados de alambradas. Los *Führer* de ambos sexos de estos campamentos no eran más que carceleros. El sistema de multas monstruosas que a veces devoraban el salario de varios meses por adelantado, los registros humillantes, las reglas que privaban a los obreros del grupo Ost de la posibilidad de abandonar el campamento durante los seis días de trabajo, la prohibición de andar por las aceras, de ir a los cines, conciertos y teatros, la obligación de ponerse en pie y en posición de firmes al entrar un alemán y, por último, el frecuente empleo de castigos corporales: todo esto suponía un ultraje insoportable a la dignidad personal de hombres que hasta hacía poco habían sido libres. Y por último, todos los obreros extranjeros estaban constantemente expuestos al peligro de ser trasladados de los campos de trabajo a la cárcel o a un campamento de la muerte. En caso de enfermedad apenas si se les prestaba asistencia, ya que existía una orden que prohibía suministrarles medicinas que escaseaban.

Este fraccionamiento múltiple del proletariado según el principio racista, este avivamiento artificial de la lucha de razas, el antagonismo racial fomentado en la enorme aglomeración internacional de proletarios que abarcaba de diez a quince nacionalidades, fue, en efecto, el principio

fundamental, el credo de los dirigentes de la industria fascista. ¿A qué conducía esta política? Esta política conducía a que los obreros alemanes se dejasen corromper, se consideraran «alemanes en general», representantes de la raza de los señores, llamados a dominar sobre el mundo entero. En estas negras y envenenadas tinieblas que envolvieron a Alemania se les forzó a dejar de distinguir a sus verdaderos enemigos. Es preciso añadir que esta corrupción político-moral de la clase obrera alemana que acabamos de describir fue precedida, todavía antes de la guerra, por el terrorismo fascista, por la exterminación física de centenares de miles de los mejores y más honrados obreros alemanes. No me arriesgaré a juzgar qué es más funesto: si el aplastamiento físico o el aplastamiento moral del obrero alemán. Naturalmente, hasta los últimos días se daban casos -lo diré con palabras de nuestros compatriotas y de obreros franceses- en que obreros alemanes se ponían en contacto con los obreros extranjeros, les prestaban ayuda material, les expresaban su simpatía, les hablaban de su odio hacia Hitler, les transmitían las noticias reconfortantes que habían escuchado de forma ilegal por la radio. Pero estos casos eran muy contados, excepcionales. En su conjunto la clase obrera alemana no quiso ni supo oponerse al fascismo en su lucha criminal por la esclavización del mundo entero.

Es interesante señalar que los fascistas no lograron en absoluto escindir el ejército multinacional de obreros extranjeros. El sistema de infames privilegios no les dio resultado alguno: el frente único de odio hacia los fascistas conservó su carácter monolítico. Y es verdaderamente imposible escuchar sin una emoción profunda los relatos que hablan de la amistad maravillosa, noble y valiente, del gran espíritu de camaradería obrera, de la magnífica y gloriosa fraternidad de los proletarios oprimidos, llevados por la

fuerza a Alemania desde todos los países de Europa. Franceses, polacos, belgas, checos, holandeses, serbios, rusos, ucranianos, bielorrusos, prisioneros de guerra ingleses y americanos: todos ellos formaban parte de la gran hermandad de obreros y soldados, de la internacional de la libertad y del honor. No fueron infectados por la úlcera del racismo. Los esfuerzos viles de los nazis resultaron completamente vanos. Tuve ocasión de conversar con unos franceses que habían vivido cerca de cinco años en la atmósfera envenenada del imperio hitleriano. Todos ellos rebosan odio hacia el racismo, todos ellos son servidores fieles de los grandes ideales de libertad, igualdad y fraternidad.

Las carreteras están obstruidas por las multitudes de obreros y de prisioneros de guerra liberados que van hacia el este. Nunca había visto yo un cuadro tan extraño. Algunos llevan «remiendos» en el pecho y en la espalda: son los símbolos que les cosieron los hitlerianos en los campos. Los franceses llevan triángulos de colores llamativos y violeta; los americanos, rectángulos de color blanquiazul. Algunos tienen los «remiendos» cosidos a las piernas. Las multitudes se desplazan a pie, en carros, bicicletas, cabriolés y coches secuestrados a los alemanes. Varios soldados americanos van en un tractor: se lo encontraron en la carretera y, después de repararlo, engancharon a él un enorme furgón de carga. Los liberados se desplazan en grupos de doscientos o trescientos hombres y también en grupos pequeños. Muchos llevan banderas y otros se han puesto brazaletes con los colores nacionales. Ondeán al aire banderas rojas soviéticas, banderas tricolores francesas, belgas, banderas americanas salpicadas de estrellas y banderas polacas de color blanco y rojo; hay también banderas yugoslavas, holandesas. Marchan soldados de las fuerzas americanas de desembarco

aéreo, larguiruchos, de anchas espaldas, vestidos con chaquetones de color caqui; franceses con sus boinas y gorros de piloto; muchachas rusas con pañolones blancos; muchachos ucranianos vestidos con chaqueta; marchan también un holandés con chistera y patillas, italianos morenos y extenuados con pañuelos al cuello, checos con cortos chaquetones de abrigo, polacas y polacos. Helos aquí hablando mientras avanzan con la ayuda de gestos. He aquí, de vuelta de las galeras alemanas, a unos niños rusos cubiertos de harapos, muchachos de doce o trece años de edad. Ahí van dos soldados de rostro moreno y labios gruesos color pardo-azul. Los detenemos; sonríen confusos y alegres a la vez. De su habla gutural sólo percibimos dos palabras: «India, Bombay...».

Pero dicho sea de paso: en este gran caos de pueblos y lenguas, todos se entienden entre sí de uno u otro modo. He tenido ocasión de ver cómo un sargento o cabo nuestro que conocía, según se suele decir aquí en broma, todas las lenguas menos las extranjeras, conversaba con un sargento o soldado francés, y los interlocutores, no se sabe cómo, se entendían mutuamente.

Aquí se ve de forma palpable que la Alemania hitleriana era la cárcel de los pueblos del mundo entero. Y en estos días, cuando se hunden las murallas de la Bastilla mundial, decenas de miles de sus cautivos salen en libertad y recuperan los sagrados derechos del hombre. Y uno piensa una y otra vez en la significación universal de la dura y grandiosa hazaña de nuestro pueblo y de nuestro ejército.

III

La proporción de trabajo forzado de los obreros extranjeros en la Alemania fascista era muy elevada. Muchas empresas

industriales funcionaban exclusivamente por el trabajo de los extranjeros. En la economía rural, en las grandes haciendas de los terratenientes trabajaban decenas de miles de jornaleros y jornaleras, llevados por la fuerza desde Polonia, Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Checoslovaquia. Pero los jornaleros no sólo trabajaban para los terratenientes. No había, literalmente, ni una sola economía campesina en la que no trabajasen de dos a cuatro jornaleros traídos del este. Centenares de veces me he encontrado en las aldeas alemanas con muchachas de las regiones de Odesa, Jersón, Dniepropetrovsk, Kiev, Vínitsa, Kárnenets-Podolsk, Chernígov. A mi pregunta: «¿Dónde trabajabais?», todas ellas contestaban: «Trabajábamos de peones en el campo». En la agricultura se ocupaba una gran cantidad de muchachos y muchachas adolescentes, sacados por la fuerza de Ucrania y Bielorrusia. Al día siguiente de nuestra entrada en Alemania vimos a unos ochocientos niños soviéticos que iban por la carretera en dirección al este; la columna se extendía a lo largo de varios kilómetros, y junto a la carretera, en silencio, clavadas las miradas en los rostros que desfilaban, se hallaban nuestros combatientes y oficiales: padres que buscaban entre los que iban pasando a sus hijos llevados por la fuerza a Alemania. Un coronel estuvo parado durante varias horas, erguido, severo, con semblante sombrío y taciturno, y sólo al anochecer volvió a su coche: no había encontrado a su hijo.

El trabajo en la agricultura era incomparablemente más duro que en la industria. Este trabajo se distinguía por la arbitrariedad absoluta de los amos, a cuya merced se encontraban la vida y el honor de cualquiera de los jornaleros o jornaleras. La jornada comenzaba de noche y terminaba de noche. Y aunque, según testimonio general, la alimentación en las aldeas era considerablemente mejor que

en la ciudad, los obreros preferían vivir en los campamentos de las fábricas y no trabajar de peones en el campo.

Es preciso suponer que el trabajo esclavo de varios millones de obreros extranjeros fue precisamente el fundamento económico sobre el que Hitler edificó en Alemania la ideología del racismo. Tanto la clase obrera como los campesinos de Alemania fueron aterrorizados y aplastados y luego sobornados, engañados y corrompidos por el fascismo. Pero también en las aldeas he tenido a veces ocasión de oír hablar de campesinos que trataban con simpatía a los jornaleros y odiaban el fascismo. Sin embargo, estos casos aislados no ejercieron influencia alguna sobre las leyes terroristas que regían la vida del imperio fascista.

Si dejamos a un lado la esclavitud horrible y tenebrosa a que en Alemania estaban sometidos los obreros extranjeros, en comparación con la cual la situación de las capas trabajadoras del pueblo alemán parecía la cumbre del bienestar, el cuadro de la vida del propio pueblo alemán ofrece unos colores bastante sombríos.

Terror, espionaje, denuncias, millares de alemanes encerrados en cárceles y campos de concentración, ejecuciones de los descontentos con el régimen existente, una enorme cantidad de huérfanos, de ancianos solitarios cuyos hijos fueron muertos en el frente: éstos son los rasgos corrientes y esenciales del «paraíso» fascista.

En la pequeña ciudad de Schwerin pude ver a ocho ancianos de setenta u ochenta años de edad que vivían en una sola habitación sucia y oscura. Sus hijos habían muerto en el frente. Todos ellos eran antiguos obreros. La pensión que recibían era casi nula. La miseria en la que vivían (uno de estos ancianos era ciego y dos paralíticos) era verdaderamente cruel. Estos ancianos, ya totalmente

inútiles, no preocupaban para nada a la «solicitud demagógica» de Hitler.

En Alemania hemos visto las inmensas proporciones y la intensidad alcanzadas en su labor por el «despacho» de Goebbels, por el Ministerio de Propaganda, este gigantesco sistema combinado de demagogia y mentira. Las ciudades, los locales fabriles están literalmente plagados de carteles fascistas; las casas, repletas de ediciones monstruosamente tendenciosas, demagógicas, completamente falsas. El teatro, el cine, los discos de gramófono inculcaban sin cesar la ideología nazi. He examinado los cuadernos escolares en varios centros de enseñanza. Comenzando por las primeras clases casi todos los ejercicios, composiciones y dictados escritos con trazos infantiles, no seguros todavía, están dedicados a temas bélicos y a las cuestiones nazistas. Los cuadros, carteles y consignas aleccionadoras colgadas en las paredes de las aulas tienden a un único objetivo: la glorificación de Hitler y de las ideas del nazismo.

En el transcurso de doce años los hitlerianos nutrieron y atiborraron a millones de alemanes con su propaganda criminal. Y ahora no son pocos en Alemania los muchachos y muchachas de diecisiete a veinte años de edad que no han leído más que libros, folletos y periódicos fascistas, que no han oído más que discursos nazis en las reuniones y por la radio, ni estudiado más que en las escuelas y universidades fascistas, ni visto más que películas y espectáculos nazis, etc.

Esta generación joven, nutrida tan sólo por las ideas del hitlerismo, es el sostén principal y más fanático del régimen fascista. Esta generación joven es la que ha sido sometida de una manera más profunda a una influencia corruptora en los primeros años de éxitos militares de la Alemania fascista; es la que ha absorbido con mayor plenitud la «doctrina» racista. Y en estos momentos, en la hora para ellos fatal, el

ultraasesino Hitler y su pandilla apelan más que a nadie a la juventud alemana. En estos días he escuchado más de un relato de nuestros muchachos y muchachas sobre cómo los escolares alemanes los detenían en las carreteras y en los bosques al intentar escapar de los campamentos, y manifestaban un celo verdaderamente asombroso en esta su actividad de sabuesos. Es de suponer que el trabajo de restauración de las ciudades soviéticas destruidas por el ejército alemán producirá un efecto curativo sobre estos fanáticos partidarios del nazismo.

IV

¿Qué representan estos alemanes que hoy vemos en el territorio de Alemania? Al entrar en una ciudad alemana saltan a la vista centenares y millares de banderas blancas colgadas en las puertas, en los balcones, en cada ventana. Los alemanes -hombres y mujeres, ancianos y jóvenes- llevan puestos brazaletes blancos. Es la señal de la capitulación. ¿Por qué se han quedado, por qué no se han marchado con las tropas alemanas?

Algunos contestan a esta pregunta con toda franqueza: «Queríamos marcharnos, lo intentamos, pero no pudimos porque en el camino nos rebasaron los tanques soviéticos y nos vimos obligados a regresar».

Otros dicen que no quisieron marcharse conscientemente, sabiendo que el intento no daría resultado alguno: al cabo de una semana o un mes les alcanzaría el Ejército Rojo. Los terceros dicen que les asustaban las dificultades de la evacuación, ya que conocen la suerte de los refugiados que se han ido a las regiones occidentales de Alemania: sufren privaciones terribles, duermen al aire libre, padecen hambre, pasan semanas enteras errando por los campos y

carreteras sin albergue ni ayuda alguna. Y por último, la cuarta categoría la forman los ancianos y los inválidos abandonados por sus allegados y por las autoridades al capricho del destino.

He conversado con alemanes que hacía varios días habían estado en Berlín. En efecto, sus relatos sobre la situación en la capital alemana pueden quitar a cualquier alemán las ganas de emprender el viaje. Hambre, frío, incendios, bombardeos aéreos, terror de la Gestapo, dormir en las ruinas de las casas: ésta es la suerte de decenas de miles de refugiados que desde las provincias orientales de Alemania han llegado «en tránsito» a Berlín.

Aquí, en las ciudades de la provincia de Brandeburgo, hemos visto no pocos alemanes evacuados de las regiones occidentales de Alemania, particularmente de las ciudades destruidas por la aviación de nuestros aliados en el territorio del Ruhr. Ya hemos hablado sobre las fábricas y los tornos que los alemanes evacuaron del oeste al este y que han venido a parar a manos del Ejército Rojo. Ahora hemos encontrado a los que trabajaban en aquellos tornos o eran sus dueños.

Al hablar a los civiles alemanes de la enorme destrucción y los sufrimientos causados por la Alemania fascista y su ejército de bandidos a la Unión Soviética, ellos lo confirman: sí, lo conocen todo, y luego añaden que ellos mismos no tienen nada que ver con los delitos y las bestialidades cometidas por las divisiones y ejércitos alemanes.

«Esto lo hacían los nazis, la Gestapo, las SS, la SD y las SA⁵ –dicen los alemanes civiles–; nosotros no hacíamos eso...» Pues bien, puede que sea así. Pero en una ciudad alemana bastante grande he asistido a un acto de presentación y registro de miembros del Partido Nacionalsocialista que no habían logrado evacuar por culpa

de nuestros tanques. Eran unos ochenta hombres. Entre ellos había algunos que militaban en este partido desde hacía diez o trece años y que habían contraído méritos bien concretos ante el gobierno fascista de Alemania. Había también entre ellos algunos cuyos nombres, probablemente, eran bien conocidos por Hitler y Himmler. Sin embargo, también ellos negaban su culpa y decían que habían ingresado en el Partido Nacionalsocialista no por su voluntad, sino coaccionados, que no podían aguantar el régimen fascista y que ahora renunciaban a él con el mayor placer. Ninguno de ellos se mostró conforme en cargar aunque sólo fuese con una millonésima parte de la responsabilidad por todos los horrores que ha cometido el partido nazi en los años de la guerra. Entre estos alemanes figuraba uno que había salido con destacamentos de SS para ahogar en sangre el movimiento guerrillero en la Unión Soviética, para castigar a los campesinos soviéticos que se habían sublevado contra los invasores hitlerianos. No obstante, también este alemán se declaró víctima del régimen hitleriano, alegando que su voluntad fue paralizada por el terror fascista y que, por tanto, no debía responder para nada de sus actividades.

Yo creo y espero que al determinar la culpabilidad de los participantes directos en los crímenes fascistas, el Tribunal de las Naciones Unidas pasará sin discusiones filosóficas por encima del punto de la libertad de voluntad. El juicio será justo. La sentencia será dictada en nombre de los millones de niños, mujeres, ancianos y prisioneros de guerra inermes cuyas cenizas apelan hoy a los corazones de los soldados rojos.

Ante cada soldado, oficial y general del gran Ejército Rojo, que avanza triunfalmente, a través de durísimos combates, hacia Berlín; ante cada uno de los que nos

encontramos en tierras alemanas, la cuestión de la responsabilidad del pueblo alemán se plantea de un modo algo diferente a como se nos planteaba medio año atrás.

Se plantea de un modo diferente porque medio año antes era una cuestión moral a resolver, una cuestión hasta cierto grado teórica. Hoy es una cuestión práctica, una cuestión de hecho. ¡Hoy estamos en Alemania!

Yo creo que la solución de esta cuestión reside, ante todo, en que tanto hoy como mañana cada uno de nosotros debe reunir, redoblar y movilizar por completo todas sus fuerzas espirituales para la lucha contra el ejército alemán, que prácticamente se está cubriendo con la consigna falsa de la defensa de su territorio e intenta detener nuestro avance victorioso con exasperación y perfidia cada vez mayores. En esta última etapa de la guerra, el sentido de responsabilidad ante la Patria debe ser elevado a una altura nunca vista. La disciplina debe ser férrea. Ésta es la condición indispensable para la victoria, esto es lo que nuestro gran pueblo exige de su ejército.

El juicio de nuestro pueblo a los delincuentes de la guerra será severo y despiadado. A los fascistas no les salvarán las lágrimas de cocodrilo; los de la Gestapo y sus corderinos –los componentes de los destacamentos de castigo, los nazis– no lograrán salvarse en sus madrigueras. El juicio de los pueblos los alcanzará y los castigará como se merecen. ¡Que tiemble cada culpable!

Pero el Ejército Rojo, que avanza bajo las grandes banderas de la gloria, el honor y la libertad, no hace la guerra contra los niños, las mujeres y los ancianos. Nosotros fijaremos la medida de la responsabilidad de los hombres alemanes. Y ésta no será igual para los que vinieron a la tierra soviética con el cuchillo del asesino, para los que fusilaron y ahorcaron a sus víctimas inocentes, que para

aquellos que, aturdidos por el terror, trabajaron sumisos para Hitler en las fábricas, sin participar en el desenfreno fascista. El Ejército Rojo sabe que en Alemania hubo gente recluida en las cárceles y campos de concentración por haber luchado contra el régimen de Hitler. Con su marcha triunfal a través de Alemania, el Ejército Rojo determina el día del juicio sobre los bandidos, verdugos y asesinos. Éste será el juicio más riguroso que ha conocido la humanidad. No será la venganza apresurada en la que puede perecer el inocente y salvarse el forajido. Que no abriguen esta esperanza de salvación los alemanes que tienen sus manos manchadas de sangre, aquellos que fomentaron los grandes crímenes contra la humanidad con sus órdenes, con su palabra impresa, con sus viles y demagógicos discursos.

Llegó la hora del castigo. Todo lo robado, los alemanes tendrán que devolverlo. Alemania deberá responder por todo lo que fue incendiado, destruido y volado. En este mundo austero y honrado la paz para todos los pueblos de la tierra descansa no sobre la indulgencia, sino sobre el duro granito de la ley justa del castigo. Llegará el día en que el pueblo alemán pueda mirar honrada y francamente a los ojos de los pueblos del mundo, el día en que en el país de las negras tinieblas, del oscurantismo y del mal, en el país regido por tenebrosas leyes, en el país en cuyos muros está escrito hoy: «¡La luz es tu muerte!», los hombres vuelvan a recordar las palabras pronunciadas por el gran Goethe en la hora de la muerte: «¡Luz, más luz!».

1.^{er} frente bielorruso,
16 de febrero de 1945

1. Consejo judío.

2. Término referido a las unidades militares o milicias del ejército austrohúngaro.
3. Milicia nacional alemana creada en los últimos días del Tercer Reich.
4. Patria.
5. Tropas de asalto del partido nazi.